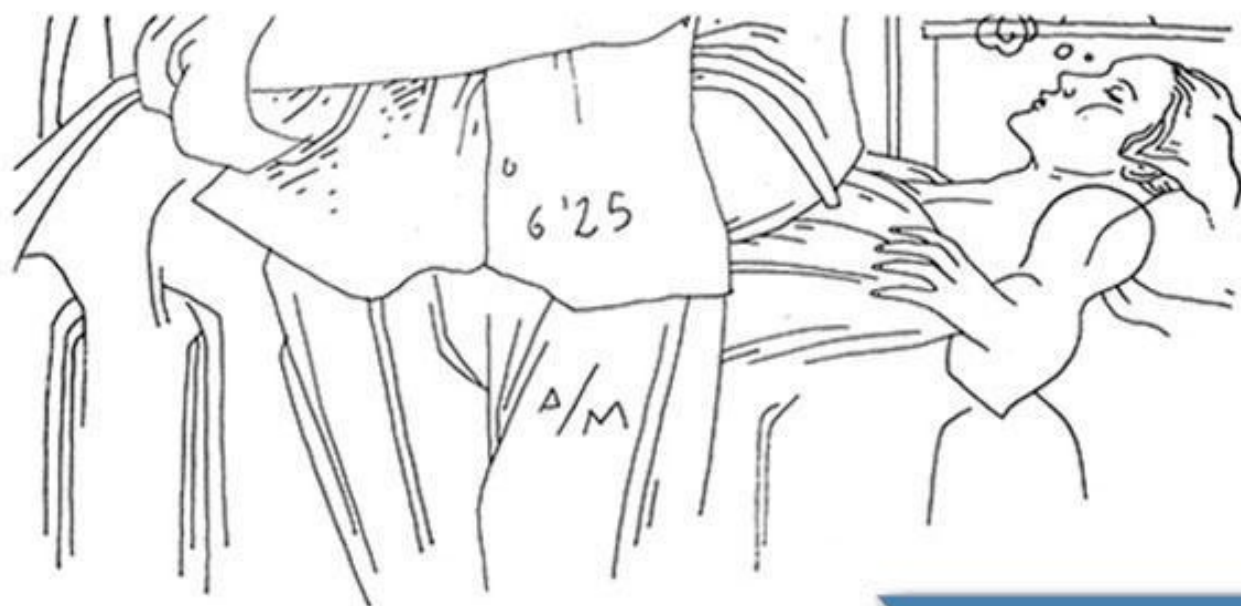


31 de Enero de 1989.



Andrés Ibáñez

La lluvia de los inocentes



Lectulandia

Novela generacional, Andrés Ibáñez narra en ella la adolescencia y la primera juventud de la generación de los ochenta. Trufada de referentes musicales, cinematográficos, de lecturas de novelas y de cómics, serán muchos los que se reconocerán en las peripecias de sus protagonistas y en la España de aquella época, la del asentamiento de la democracia y de la movida madrileña pero también de los primeros desencantos. Una novela nostálgica e irónica a la vez que busca la identificación del lector en esta crónica escrita por uno de los novelistas más destacados de su generación.

**Lectulandia**

Andrés Ibáñez

# **La lluvia de los inocentes**

ePub r1.0

Artifex 27.02.14

Título original: *La lluvia de los inocentes*  
Andrés Ibáñez, 2012  
Diseño de portada: Ceesepe (Carlos Sánchez Pérez)

Editor digital: Artifex  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# La lluvia de los inocentes

# Lluvia

Mi habitación se abre a la lluvia.

Mi ventana es un ojo abierto a la sorpresa de la lluvia de Madrid. Es una habitación de Madrid, lo cual es misterioso, porque hacía muchos años que no vivía en Madrid, y ahora, cuando pienso en esta ciudad, mis recuerdos se parecen mucho más a los sueños que a los verdaderos recuerdos. Sin embargo, puedo pensar que es uno el que recuerda y otro el que sueña. Qué extraño, comenzar una historia declarando que el que la cuenta es, en realidad, otro. Qué extraño ser otro y perderse en las ensoñaciones de la lluvia de Madrid. Qué dulce era la lluvia en Madrid sobre las losas grises. Puesto que ya no puedo recordar Madrid, la sueño. Entonces encuentro la libertad. Mis sueños no son míos. Mis recuerdos, en caso de tenerlos, serían míos, lo cual les despojaría de todo aura de misterio, pero mis sueños no son míos. Soy libre, puesto que puedo soñar Madrid. No soy yo el que escribe estas páginas. No soy yo el que sueña. Nadie es responsable de sus sueños (al menos, esto era lo que creía yo hace un año), y por tanto, puedo soñar la lluvia sobre las losas grises de las calles de Madrid, la lluvia cayendo por entre el laberinto de acacias, la lluvia atravesando la luz transparente de Madrid en el laberinto de acacias y plátanos, los cedros de los jardines de las embajadas y las románticas calles empedradas en las que se elevan hoteles de principios de siglo pintados de amarillo limón. Seguramente casi nadie reconocerá esas imágenes: la intensa claridad de los días de otoño, las aceras llenas de hojas amarillas, las nervaduras delicadas de las hojas de los arces cubriendo la acera como una alfombra, las madre selvas surgiendo sobre los muros de piedra, las calles empinadas, la paz misteriosa de esos barrios ajenos al tiempo.

Sólo en otoño suceden cosas en Madrid. En otoño la realidad desciende como una lluvia fina. Es la realidad lo que pone las hojas amarillas. Sé que nunca podré disfrutar del otoño en ningún lugar más que en Madrid, porque sólo durante el otoño Madrid se abre entre las nubes de la ensoñación y entra en la nítida claridad de lo real. Y ya sé que muchos se escandalizarán cuando digo que lo real es algo que puede «caer» desde lo alto, igual que la lluvia, igual que la luz del sol. Y habrá otros que piensen que la luz es la verdadera realidad de Madrid, la luz del sol estallando en las cúpulas de pizarra y en las galerías acristaladas del barrio de Salamanca y brillando desordenadamente en las arboledas de acacias y plátanos y pseudoplátanos (Dios mío, nunca me había dado cuenta de que había tantos árboles en Madrid: ¡verdaderamente es ésta una ciudad-bosque, una villa de las florestas!), pero esa luz radiante y cruel de los veranos de Madrid trae una realidad suavemente imposible, su violencia no sabe qué hacer con una ciudad tan dulce y femenina. Quizá si un biplano pintado de amarillo cruzara los cielos. Quizá si los cisnes del estanque del Palacio de Cristal gritaran como gansos salvajes en vez de girar pacíficamente alrededor de los

abetos hidrónicos. Lo cierto es que no sabemos qué hacer bajo esa irradiación, y que, cuando en medio del verano cae de pronto la lluvia, una de esas feroces tormentas de verano que duran unos minutos, más parecidas a un episodio de una ópera que a un verdadero fenómeno meteorológico, Madrid recupera de pronto su realidad, y todo se hace vivo, todo respira, todo es de pronto lo que es, los cristales son transparentes, brillan los techos de los coches, las losas de las aceras reflejan la luz del cielo, el aire se llena del perfume de la tierra mojada, porque Madrid sólo es real bajo la lluvia.

## Acacia

Estoy en mi habitación de niño, en la casa de mis padres. He tenido la tentación de escribir «en la vieja casa de mis padres», aunque lo cierto es que esta casa no es vieja en absoluto, y que me siento en ella como me he sentido siempre. La lluvia cae pausadamente al otro lado de las ventanas con una especie de fascinante insistencia. La lluvia, siempre la lluvia. Me siento en esta casa como me he sentido siempre: vacío, tenue, hecho como de aire y reflejo. De niño siempre me asombraba lo que revelaba el rayo de sol oblicuo que entraba por la ventana: que el aire no era en realidad invisible, sino que estaba cargado de millones de puntos dorados, un cosmos de diminutos mundos flotantes. Así me siento yo ahora: polvo en el aire, atravesado de tiempo. El agua en los cristales pone reflejos de acuario sobre las paredes. Es como si las viejas paredes lloraran.

Llevo toda la tarde buscando en mis viejos papeles. Hace muchos años, cuando era mucho más joven, cuando era casi un niño entusiasmado con Chéjov y con Kuprin, comencé a escribir una novela. Escribí más de cien páginas, quizá ciento cincuenta. Llevo años pensando en esa novela que comencé y que no acabé. Sus imágenes me persiguen. La felicidad que sentía al escribir esas páginas, la facilidad con que acudía a unas cosas y a otras, voces, personas, lugares, y todo brotaba luego fielmente en la página: usaba la palabra «tristeza» para hablar de la tristeza, la palabra «castaña» para hablar de las castañas, usaba expresiones como «al día siguiente» o «mientras tanto, en casa de X», es decir, las expresiones que usan los verdaderos escritores. Recuerdo incluso el placer que me proporcionaba separar la narración en capítulos y numerar los capítulos con números romanos, «Capítulo VIII», «Capítulo XIII»: era, en fin, un libro, un verdadero libro. Llevo varios días buscándolo. Recuerdo perfectamente de qué trataba la historia, pero no recuerdo el título. Si tuviera que ponerle ahora un título lo llamaría *La lluvia en Madrid*.

Éste es el segundo o tercer día que vengo, y es evidente que no encontraré ese libro perdido. Me digo que quizá es mejor así, que encontrarlo sólo me depararía una desilusión, pero sé que no es cierto, que lo que de verdad desilusiona es perder el pasado, y que es fácil y conveniente afirmar que nuestra pérdida es en realidad una victoria.

¿Qué hacer? Camino por las habitaciones como el que pasea por un parque silencioso, escuchando los crujidos del parqué viejo, contemplando la luz de la lluvia a través de las ventanas. El ventanal del salón muestra la lluvia como un gran espectáculo. Antes aquí había una terraza con una hilera de jardineras llenas de plantas. Más tarde, mis padres la cerraron con una pared de cristal para añadir unos metros al salón. Durante muchos años hubo una acacia enana en una de las jardineras de la terraza cerrada: creció allí ella sola, una semilla perdida traída por el viento, y se



convirtió en un perfecto bonsái, una acacia en miniatura de proporciones perfectas y hojitas diminutas que todos en la familia admirábamos como un milagro inexplicable. Ahora ya no está, y ya no sé cuándo murió, o si mi madre la quitó para plantar otra cosa.

¡La acacia, la pequeña acacia que crecía en una jardinera, en la terraza de la casa de mis padres! En realidad, me digo de pronto, todo lo que necesito está en esa acacia. No necesito más imágenes, no necesito más nombres ni más palabras. En ella está guardada toda la pureza del mundo, la fuerza inocente que hace que se reproduzcan las cosas, la fuerza de las imágenes, el nervio y la alegría de la existencia vegetativa, su interpretación luminosa de la pasividad como un bien que se reparte, como sombra y perfume sobre los caminos del mundo por los que otros más afortunados pueden ensayar la fascinación de los grandes viajes. La pequeña acacia que reunía en sí toda la poesía y que era, sin yo saberlo, toda la literatura.

Contemplo la gran biblioteca construida por mi padre, los anaqueles algo curvados ya por el peso. Recuerdo perfectamente el olor del serrín, el olor intoxicante del barniz, las grandes gotas grises cayendo sobre los periódicos del suelo. Yo debía de tener unos cinco años, y le acompañaba a los talleres a los que iba a encargarse los tablones que luego aserraba en casa y lijaba y barnizaba, porque mi padre era de esos que piensan que un hombre tiene que saber hacer las cosas que necesita, pintar, empapelar, tirar una pared, levantar otra, cambiar una ventana, construir una mesa. Oíamos la radio en esa época: teníamos una radio de madera, el altavoz protegido por una cubierta de cáñamo trenzado. Hoy en día despreciamos la inexactitud de lo vegetal.

En la parte de abajo de la biblioteca una serie de puertas correderas de madera de pino, que el tiempo ha macerado hasta un intenso color rojo té cargado, guardan, según creo recordar, muchos de los secretos tesoros de mi infancia. Me arrodillo sobre el parqué, empujo una de las puertas, que siempre han corrido con dificultad por los caireles de madera diseñados por mi padre, y comienzo a extraer cajas polvorientas y carpetas cerradas con bramante. Allí están los números de *Aganok* que le mandaban a mi madre desde la Unión Soviética, con sus encantadoras fotos en colores de *technicolor* de los años sesenta, y los números de *LIFE* que recuerdo tan bien: los reportajes africanos de Leni Riefenshtal, la serie completa de «Vistas del Monte Fuji» de Hokusai, la imagen de una gran piscina cubierta llena de bañistas japoneses de ambos sexos. Las bandejas de plástico para el revelador y el fijador, la vieja ampliadora de hierro verde de mi padre con la cual nos encerrábamos en el baño durante horas a la luz de una bombilla roja para revelar las fotos de las vacaciones. La colección de postales de mi padre, en una carpeta de grandes anillas redondas. La colección de sellos de mi padre, en tres o cuatro carpetas. Me siento en el suelo y comienzo a recorrer las postales, taladradas con una de esas máquinas de hacer

agujeros en el papel que antes había en todas las casas y en cuyo interior, después de un rato de trabajo, uno encontraba un tesoro de miles de pequeños círculos de papel de colores. Recuerdo muchas de estas postales: el abeto nevado de Shishkin, un cuadro de Gauguin, un teatro de sombras balinés, un oso polar dormido, un teatro de ópera. Mi primer recuerdo erótico está unido a esta imagen, en la que se ve el interior de la ópera de Viena con todas las luces encendidas. No sé cuántos años tendría: el hecho es que yo contemplaba esa imagen de la sala brillantemente iluminada, las plateas, los palcos, los balcones uno encima de otro con su oro, sus maderas nobles, su terciopelo color sangre, sus tulipas encendidas, y contemplaba el palco real del centro, y pensaba en el vértigo que debería de sentir el que se asomara a ese palco real y en lo fácil que sería caerse desde esa altura, y me imaginaba que el que estaba allí caía y entonces tenían que recogerle y meterle en una ambulancia y llevárselo al hospital, y entonces, inexplicablemente, ese pensamiento me resultaba tan excitante que tenía una erección, y me sucedía lo mismo cada vez que contemplaba esa foto. Pero ¿qué era lo que resultaba tan excitante? ¿El vértigo? ¿La caída? ¿La llegada de la ambulancia? ¿Matarse en un teatro de ópera?

¿Qué más? Una caja de madera que contiene todos los negativos de todas las fotos hechas por mi padre hasta su matrimonio, entre ellas frágiles negativos en cristal de sus fotos infantiles, que fueron tomadas a finales de los años veinte. *The Family of Man*, un libro de fotografías que me obsesionaba cuando era niño. «La familia del hombre» era el título de una exhibición fotográfica que abrió en Nueva York a mediados de los años cincuenta y luego fue corriendo por las capitales del mundo. Mi padre la vio en Londres en 1958. La puerta corredera no va más allá de un punto. Parece sólidamente encajada, como si hubiera algo que obstaculizara su paso. Y sé que lo más interesante se encuentra, precisamente, detrás de esta puerta encajada e imposible de abrir.

Mi padre murió en 1985. Tenía sesenta y tres años. Mi madre vive todavía. Yo también vivo todavía.

Estoy desorientado. ¿Dónde podría encontrar esa vieja novela en la que sentí quizá por primera vez la intensa felicidad de la escritura? Regreso a mi antigua habitación, donde ya he mirado varias veces, y abro de nuevo el armario donde ya he mirado, abro los cajones que ya he abierto y repaso de nuevo los papeles y carpetas que ya he repasado durante los últimos días. Sé que no está allí, pero a pesar de todo busco con la vaga esperanza de obtener un regalo de las hadas. No sería la primera vez en mi vida que un objeto aparece en el lugar más incomprensible o desaparece del lugar más inesperado. Además, queda la vaga esperanza de no haber mirado bien la última vez. Mi madre siempre me ha dicho que no sé buscar las cosas. Al parecer, es una característica masculina. Pero las mujeres, ¿por qué saben buscar las cosas? Quizá porque están convencidas de que las cosas son simplemente cosas, mientras que para nosotros las cosas son ideas. Ellas buscan con los dedos, pero nosotros buscamos con la fantasía, con la impaciencia.

Regreso al salón de casa y me arrodillo de nuevo frente a las puertas corredizas que están debajo de las estanterías de la biblioteca. Sólo me queda un apartado por explorar, el último, al que resulta difícil llegar porque la última puerta no corre del todo. Debe de haber algo que le bloquea el paso: hundo los brazos en el armario y me encuentro con carpetas llenas de papeles que se aprietan con fuerza contra la tabla de madera. Es la fuerza de los recuerdos escondidos en los rincones olvidados.

El día es tan oscuro que a pesar de que los visillos del salón están descorridos, la biblioteca, que recibe la luz sólo indirectamente, está casi hundida en la penumbra. Pero esta penumbra me resulta enormemente dulce. Creo que podría vivir para siempre así, en esta luz de la lluvia, en esta penumbra, en este perpetuo asombro de que el arbolito del pasado haya desaparecido.

¿Por qué me he obsesionado de pronto con esa vieja novela que empecé a escribir cuando casi era un niño? ¿Por qué he convertido en mi ocupación diaria venir a la casa de mi madre para buscarla?

No, no he venido para buscar aquel libro perdido, sino para buscar a aquel Mateo perdido.

Encuentro por fin lo que lleva tanto tiempo, quizá tantos años, bloqueando la última puerta de madera. Es el viejo bate de cricket de mi padre. No lo recordaba tan pequeño. La madera, con los años, se ha puesto de un bello tono dorado rojizo. El mango está forrado con bramante negro enrollado y encolado. Mi padre tiene algunas fotos en las que aparece jugando al cricket, pero son bromas o anécdotas, como cuando se vestía con ropas africanas con sus amigos africanos del *college* o cuando se disfrazó de director de orquesta en una fiesta familiar anterior a mi nacimiento, pero este bate tampoco es realmente una herramienta deportiva, sino un regalo de

despedida. En la pala de madera están escritos los nombres de todos y cada uno de los compañeros del curso de mi padre en Fircroft College. El nombre de Hopkins, el director del *college*, que luego seguiría siendo amigo de mi padre, aparece también por algún lado. Algunos de los nombres han empezado a borrarse.

Este último rincón del armario aparece, de pronto, plagado de tesoros inesperados. Hay, primero, cientos y cientos de mapas de toda Europa, cuidadosamente almacenados por mis padres en el curso de todos nuestros viajes y luego, al final, *lo, lo and behold*, una serie de viejas carpetas marrones cerradas con el viejo procedimiento del bramante y el botón. Están muy polvorientas, y por espacio de unos segundos me siento como en la escena de una película cuando el protagonista encuentra, por fin, el viejo libro escondido en el fondo del cofre. Ya que en estas carpetas, me digo con un latido de maravilla y asombro, debe de esconderse todo eso que yo venía buscando: el pasado, el pasado de mi padre.

Llevo las carpetas a la mesa del comedor, las coloco en hilera y comienzo a abrirlas desenroscando los bramantes y sintiendo en las yemas de los dedos la áspera sensación del cartón viejo. Una está llena de cartas de mi padre a mi madre y también algunas de mi madre a mi padre, todas fechadas en el año 1959. Otra está íntegramente dedicada al Servicio Civil Internacional, folletos, información impresa y varios recortes de periódicos locales de Francia e Inglaterra donde aparecen noticias relativas a las actividades de la organización y en los que aparecen varias fotos de mi padre, muy sonriente y ya no tan joven (debía de tener unos treinta años y ya había empezado a perder pelo). En otra hay varios pasaportes de mi padre, papeles y cartas diversos, un cuaderno escolar de 1936 con delicados mapas coloreados y dibujos de castillos y poemas copiados, y un pequeño bloc lleno de apretada escritura que contiene, al parecer, el diario de un viaje que mi padre realizó en 1956. Las otras contienen trabajos a mano y a máquina y resúmenes sobre historia y literatura inglesas que son, me imagino, sus apuntes y sus trabajos de Fircroft.

Comienzo por este mazo de cartas. Están escritas en cuartillas con la redondeada letra rusa de mi madre y la letra nerviosa y elíptica de mi padre. Con un suspiro me digo que estas cartas no me pertenecen, y que no tengo derecho a leerlas. Las he encontrado en casa de mi madre, estoy en casa de mi madre y mi madre aparecerá en cualquier momento por la puerta, y parece bastante obvio que yo no debería leerlas, sino entregárselas. A pesar de todo, las hojeo un poco. Todas las fechas corresponden a 1959, el año en que mis padres fueron novios. Mi padre había regresado de Inglaterra a mediados del año anterior y vivía con sus padres en la travesía de Tortosa, la casa de los abuelos de mi temprana infancia. Mi madre había regresado de la Unión Soviética sólo dos años antes y trabajaba y vivía en el Sanatorio Antituberculoso de Guadarrama.

Leo frases sueltas de las cartas, párrafos aquí y allá. Las cartas de mi padre están

fechadas en Travesía de Tortosa, y las de mi madre en el Sanatorio Antituberculoso de Guadarrama. Vivían los dos separados, él en su acalorada terraza de Madrid y ella entre los pinos y las águilas de la sierra, y sólo podían verse los fines de semana, pero a mi madre no le resultaba fácil viajar de Guadarrama a Madrid. Debía de haber pocos trenes y menos autobuses, y no creo que a mi padre le hubiera gustado que alguno de los médicos del sanatorio trajera a mi madre a Madrid en su coche. Lo primero que salta a la vista en estas cartas, aun para el que lee sólo frases sueltas aquí y allá, son los celos de mi padre, unos celos enfermizos que serían motivo de incontables problemas a lo largo de la vida de ambos. Eran la manifestación más palpable de su complejo de inferioridad, la sensación de que cualquiera podría quitarle a aquella mujer maravillosa y llena de mundo y de encanto que acababa de conocer, especialmente aquellos médicos arrogantes de fines de los cincuenta, pequeños dioses de túnica blanca que hacían diagnósticos llenos de términos técnicos y salvaban vidas en su montaña mágica. Mi padre le habla a mi madre con las expresiones más dulces y lastimeras, la trata con un cariño y con una delicadeza exquisitos, la llama «mi niña» una y otra vez, e introduce palabras y frases en ruso. El tono de las de mi madre es mucho más frío, mucho más maduro emocionalmente. Aunque él era once años mayor que ella, parecen casi las cartas de un jovencito a una mujer algo más madura. En sus cartas, mi madre le tranquiliza, le asegura una y otra vez que le quiere, le pide que no sufra, que no sufra tanto, que no sufra siempre. Es evidente que el dolor de mi padre le inquieta, pero no estoy seguro de que la conmueva. En los párrafos que leo al azar no parece conmovida, sino simplemente preocupada, quizá incluso impaciente. Ella a veces también introduce frases en inglés, y hay algunas cartas que están escritas íntegramente en inglés. Da la impresión de que mi madre, aburrída en sus largas horas del sanatorio de Guadarrama y forzada a decir siempre las mismas cosas, no te preocupes, yo también te quiero, no te preocupes tanto, había pensado que podía aprovechar la obligación de escribir para practicar un poco su inglés. No me cabe duda de que los dos estaban enamorados, pero hay muchas formas de estar enamorado. Creo que mi padre sentía una pasión desbordante por mi madre, y que mi madre más bien se dejaba querer. Sin embargo, la muerte de mi padre, treinta años más tarde, fue la gran tragedia de su vida. Mi padre fue su único amor.

Mi padre siempre tuvo celos de mi madre, y durante una época, cuando mi padre entró en la universidad y se pasaba el día rodeado de chicas jóvenes, mi madre también tuvo algunos episodios de celos de mi padre, lo cual me sorprende, porque no creo que ninguno de los dos tuviera nunca el menor motivo. ¿O quizá sí? Uno siempre tiende a ver de forma simplificada a los padres. Siempre nos parece que nuestros padres son muy ingenuos, no nos damos cuenta de que todo lo que ellos quieren es que nosotros no veamos los horrores de este mundo. Pero los vemos a

través de ellos, como si sus cuerpos se transparentaran suavemente, igual que espíritus.

¿Qué decía Otelo? Ella me amó porque tuvo compasión de mis sufrimientos, y yo la amé porque me tuvo compasión. ¿Qué somos, más que espejos de nosotros mismos? Hace algunos años, en Nueva York, vi un espectáculo de danza de Carolyn Carlson en el City Hall en el que ella, que ya era un poco mayor y no bailaba, salía haciendo una coreografía muy bonita en la que llevaba un pequeño proyector de dibujos animados colocado en la espalda. La maquinita, con su ruido antiguo y enternecedor, proyectaba continuamente viejos *cartoons* de Mickey Mouse y el Pato Donald, pero la bailarina no era consciente de esas imágenes que ella misma ponía sobre el escenario, sobre el ciclorama, sobre las bambalinas, sobre el público. Se movía y giraba y caminaba, siempre seguida por las temblorosas imágenes que ella misma producía y que, al parecer, era incapaz de advertir. Ella me amó porque tuvo compasión de mis sufrimientos, y yo la amé porque me tuvo compasión.

Pero ¿acaso es posible decir «yo la amé porque la amé»? ¿Es posible que el amor no tenga otra razón que el propio amor? ¿Deberíamos tratar al amor como a la velocidad de la luz, es decir, como a una constante que no varía aunque varíen las magnitudes convencionales que la acompañan? Mi padre amó a mi madre porque ella era muy hermosa y le resultaba intrigante e intelectualmente estimulante, y ella le amó porque mi padre tenía un alma hermosa y llena de todas las cosas que ella buscaba en un hombre y que no encontraba en los médicos del Sanatorio de Guadarrama, necios como pavos reales, machistas y beatos como la época lo exigía, llenos de valores franquistas, totalmente incultos.

La pena de sí mismo fue siempre el gran problema psicológico de mi padre, su gran debilidad, y uno de los gusanos que envenenaron a lo largo de los años la convivencia de mis padres y también la de toda la familia, especialmente en los largos veranos en los que nos veíamos obligados a convivir los cuatro en un pequeño espacio, un pequeño espacio rodante que se movía arriba y abajo del mapa de Europa, deteniéndose al pie de lagos y castillos. Se sentía ofendido, perpetuamente ofendido. Se sentía perseguido, ridiculizado, y cuanto más manifestaba este sentimiento poco halagador, más ridículo resultaba a los ojos de los demás y más ridículo se sentía ante sí mismo. Ahora, cuando escribo esto, pienso que quizá esa falta de amor por sí mismo que abrazó a mi hermano por detrás desde el principio de su vida y le impidió para siempre abrir las alas, fue una herencia de mi padre. Es como si mi hermano y yo nos hubiéramos reunido en algún lugar, en algún momento del que no somos conscientes, algún lugar oscuro y salvaje lleno de murciélagos y telarañas, y hubiéramos decidido repartirnos el legado de mis padres, el legado de humillaciones, tristezas, pérdidas, miedos, mierda, bilis, sangre... Yo me quedo su furia, yo su frustración, yo me quedo su mal carácter, yo su complejo de inferioridad, yo su panza, yo su

mandíbula apretada...

Busco los álbumes de fotos familiares, en la zona del armario que ya he explorado antes y enseguida encuentro el que recoge las primeras fotos, las fotos desde el principio de los tiempos. Es el álbum más bonito de todos, está forrado en terciopelo azul y tiene una foto inscrita en la portada, una vista de Frankfurt desde el río Main tomada por mi padre.

Allí están las primeras fotos de mis padres, las fotos de mis abuelos, dos labriegos en el pueblo de Nuévalos, en medio del desierto de Zaragoza, una foto, la única que existe de mi bisabuelo, que era salinero en unas zonas lunares en medio del páramo de Aragón, una foto de estudio de mi padre, con tres años, sentado en un caballito de cartón. Cuando éramos niños siempre mirábamos esta foto y nos asombrábamos de lo mucho que Luis se parecía a mi padre cuando era pequeño. Cuando más nos parecemos físicamente a nuestros padres es cuando somos muy pequeños y luego, en el otro extremo de la vida, cuando comenzamos a hacernos viejos.

Mi padre dispuso las fotos de este álbum de forma que la página izquierda le correspondiera a él y la derecha a mi madre. Las fotos están colocadas y anotadas con enorme cuidado y evidente cariño, los rótulos escritos con tinta china blanca sobre la cartulina negra, esa tinta que había que agitar una y otra vez en su frasquito para que el poso blanco no se fuera al fondo. Allí están las fotos de mi padre como albañil en Alemania y jugando al cricket en Fircroft, las fotos de mi madre en Moscú y en la playa, en Crimea, y luego hay un momento en que las vidas de ambos se encuentran (esto sucede, precisamente, en el año 1959) y entonces los dos aparecen ya indistintamente en las dos páginas, derecha e izquierda. Hay unas páginas pares donde están las fotos de mi padre en Birmingham, el último año de sus viajes por Europa, mientras que las páginas impares rescatan las fotos de mi madre a su vuelta a España: fotos con su madre, fotos de paseos por Madrid, la plaza de Oriente, la puerta del Sol.

Las fotos del año 1959 son las más bonitas de todas. Hay muchas del verano, que era la época en que los dos tenían más tiempo para estar juntos. Mi madre era una muchacha muy guapa, de piel extraordinariamente blanca, ojos ligeramente rasgados, nariz judía y una boca pequeña y pintada del color rojo oscuro propio de la época, y solía llevar trajes de algodón muy ligeros, gafas negras de actriz de cine y una sombrilla blanca con flecos alrededor que parecían rayos de sol. No me explico cómo logró tanto glamour después de sus años de miseria igualitaria en la Unión Soviética, pero es posible que fuera precisamente la conciencia de la sordidez de la vida que había llevado hasta entonces la que le hiciera vestirse de esa forma esplendorosa. Me sorprende comprobar lo mucho que salían con la familia. Hay fotos de excursiones a Toledo, a El Escorial, a Aranjuez, y también al río o al pantano de San Juan, donde aparece Leopoldo, el hermano de mi madre, y también los hermanos de mi padre,

Pascual, Manuel, José, y también las hijas de Manuel, mis primas Mari Carmen y Mari Nieves. Todos parecen felices en esas fotos llenas de sol, fotos en blanco y negro de enorme nitidez y muchas de ellas de una calidad casi artística. Me imagino lo que disfrutarían unos y otros al conocerse, al conocer mi padre a Leopoldo, el hermano mellizo de mi madre, con todo su idealismo proletario, al conocer Pascual y Manuel a mi madre, que venía de otro mundo y tenía un acento y unas costumbres pintorescas. Hay también una serie de fotos en la playa, en Almuñécar, en las que aparecen también Manuel con las niñas, Pascual, que entonces estaba también soltero, y Leopoldo, que seguiría estando soltero bastantes años más. Mi madre aparece con un bañador de lunares negros, su elegante sombrilla de flecos y sus gafas de sol, y mi padre con entradas en el pelo, unos enormes calzones de baño y unas piernecitas flacas y larguiruchas. Es evidente que mi madre no se enamoró de él por su físico, sino por sus ojos azules y por la bondad y el optimismo que transmite siempre su rostro en estas fotos. Ella me amó porque tuvo compasión de mis sufrimientos, y yo la amé porque me tuvo compasión.

Poco después aparecen las fotos de la boda. Mi madre no se casó con uno de esos vestidos de princesa que suelen llevar las novias, sino con un traje de chaqueta color blanco con finas rayas azules que luego conservaba en el armario como un traje más y se ponía de vez en cuando. Era una de las muchas formas de rebeldía de mis padres, especialmente de mi madre, que se reía de la religión y de sus símbolos. Unas páginas más allá están las primeras fotos de un niño recién nacido que mira al mundo con gesto desabrido. Cuando mi madre vio por primera vez a su primogénito, éste fue su comentario: «Se parece a Mao Tse Tung».



# El dibujo desconocido

## Zona

Todos los días, cuando iba al colegio, tenía que atravesar el barrio encantado. Su imaginación nació allí, en el camino diario entre su casa, situada en la glorieta de Ruiz de Alda, y el instituto Ramiro de Maeztu. Tenía nueve años, pero él y su hermano Luis, que era dos años menor, iban ya solos al colegio. Había varios caminos que conducían al Ramiro desde su casa: el más corto consistía en subir por Joaquín Costa, cruzar Velázquez y luego coger Pablo Aranda hasta la puerta del colegio de la calle Serrano. El más largo, en tomar la calle Oquendo desde la glorieta de Ruiz de Alda, cruzar Velázquez y seguir hasta Serrano, o bien girar a la derecha por Castellón de la Plana y luego tomar Pablo de Aranda para hacer el último tramo.

Aquél era, precisamente, el barrio encantado, las calles que se encontraban entre Velázquez y Serrano, entre la plaza de los Delfines y Pedro de Valdivia, un oasis de calma en medio de Madrid, un paraíso de enormes árboles centenarios y mansiones de millonarios, residencias de embajadores, clínicas privadas o sedes de instituciones más o menos secretas, románticas quintas de estilo inglés o italiano, de estilo Sezession o Adolf Loos, rodeadas de altísimas paredes de hormigón que eran, en realidad, los contrafuertes escalonados de la colina que ascendía, de modo que las raíces de los árboles de los jardines nacían muchas veces cinco o seis metros por encima de los ojos del espectador, convirtiendo así los parques privados en verdaderos jardines colgantes.

Su imaginación nació allí, en estas calles siempre vacías, tan poco transitadas que aún conservaban el viejo empedrado de adoquines que había sido sustituido por asfalto en todo el resto de Madrid, calles silenciosas donde era posible oír el grito de un mirlo atravesando las frondas de los jardines y a lo largo de las cuales se ordenaban, como en una exhibición, sus casas favoritas y sus árboles predilectos. La de los inmensos muros de sillería de piedra roja en la que, muchos años más tarde, Fernando León de Aranoa rodaría su película *Familia*. La de la esquina de Serrano y María de Molina en la que Carlos Saura rodaría por esos años la película *Cría cuervos*. El gran chopo elevadísimo que crecía en Oquendo, en el desnivel entre dos propiedades (y que él más tarde identificaría con el «chopo de luz contra el cielo turquesa del otoño» de Juan Ramón Jiménez, que también había paseado por aquellas calles y había admirado aquellos árboles y aquellos cielos). El acebo que se llenaba de bolitas rojas de la esquina de Oquendo con Velázquez. El edificio religioso de piedra dorada, rodeado de palmeras y coronado por una alta torre de sección cuadrada, en Pablo de Aranda (cuyas altas tapias de piedra sólo permitían contemplar las copas de los árboles y la cúspide de la torre, pero que él espiaba a través de la cancela metálica cuando se la encontraba entreabierta). Y su casa favorita, un edificio color amarillo calabaza que estaba situado en mitad de la manzana, en la calle

Castellón de la Plana, entre Oquendo y Pablo de Aranda, una hermosa y serena edificación de tres pisos con amplias terrazas semicirculares, en cuyo tejado se adivinaban las celosías y arbolitos de un jardín de estilo veneciano. Ésta era la Casa Color Calabaza, la casa de las hadas. Y la calle en la que se encontraba era la Calle de las Hadas. El corazón de la Zona.

Su imaginación nació allí, en esas altas tapias que impedían la visión, en esas aceras siempre vacías y recorridas por las luces y las sombras de la vegetación de los jardines, en esas ventanas siempre cerradas, con los visillos siempre corridos, con las persianas siempre bajadas. Se preguntaba quién habitaba en aquellas mansiones, quién comería en los cenadores cargados de retorcidas glicinas que coronaban los edificios, quién desharía cada noche las sábanas de las alcobas. La respuesta era siempre la misma: nadie. Aquellas casas parecían deshabitadas. Un día veía un coche lujoso entrando lentamente en uno de los garajes, otro día veía a una criada con un uniforme blanco y gris saliendo por una puerta de servicio. Y comenzó a soñar que un día lograría entrar en una de esas mansiones. Soñaba que un día una de las ventanas estaría abierta, y que desde ella alguien le llamaría por su nombre y le invitaría a entrar. Alguien, una niña, una muchacha, cuyo rostro él recordaría al instante haber visto en otro sitio. Una niña, una mujer, un hada.

¿Cuántas veces cruzó por aquellas calles en su camino al colegio? Llevaba yendo al Ramiro de Maeztu desde que tenía seis años y seguiría yendo hasta los diecisiete. Doce años yendo por la mañana y por la tarde al colegio y luego al instituto, de Lunes a Sábado primero y luego de Lunes a Viernes cuando se instituyó la «semana inglesa». Cuatro veces al día durante doce años. Un día, una niña muy sonriente cuyo rostro él recordaría al instante haber visto en otro sitio, se asomaría a una de las ventanas de la Casa Color Calabaza, y le diría:

—Mateo, ¿qué haces? Entra de una vez, te estamos esperando.

Ya que ésta era su imaginación completa: que en una de aquellas mansiones habitaba una familia extensa, llena de primas encantadoras, abuelas locas y tíos excéntricos, y que esa familia (que a veces era inglesa, a veces americana, a veces sudamericana) era su verdadera familia o, bien, su *otra* familia, su familia del otro lado. Sentía a menudo la presencia de la otra familia en los caserones de la zona. En la amplia propiedad que comenzaba en la esquina de López de Hoyos y Velázquez, al otro lado de los edificios de Iberia (que también le fascinaban, aunque por otros motivos). En la casa inglesa que había en el principio de la calle Lagasca, de espaldas a la gasolinera que había en el pico de López de Hoyos y María de Molina. Pero muy especialmente en la casa color calabaza de la calle Castellón de la Plana, la casa de las terrazas redondeadas y de las ventanas siempre cerradas.

La otra familia era muy extensa y tenía conexiones con el país del que todos ellos provenían. En realidad, el otro país comenzaba allí mismo, al otro lado de las altas

tapias, por detrás de la Casa Color Calabaza. Allí estaba la orilla del mar, allí comenzaba el río. El mar era siempre el Mar de los Sargazos (en esa época él no sabía que los sargazos eran simplemente algas flotantes), y el río era, quién sabe por qué, el Río de las Manzanas, quizá porque primero fluía entre manzanares, quizá porque brotaba del manzano del Paraíso, o corría en dirección al manzano del Paraíso. Se encontró una imagen de aquel río en la Tate Gallery de Londres, la primera vez que fue a Inglaterra con sus padres. Era un dibujo de William Blake que se llamaba *El río de la vida*. Nada más ver aquella imagen, el niño Mateo sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. ¡Aquél era su río! Pero ¿cómo había podido dibujar William Blake su río? ¿Cómo, dónde lo había conocido? El río de la vida que fluye entre los árboles y entre templos en los que seres vestidos con blancas túnicas se asoman a conversar entre los manzanos, el río por el que es fácil flotar sin ningún esfuerzo y por el que fluimos, en amplios meandros, apoyados en las alas de un ángel, en dirección a un gran sol de felicidad y de amor. Ese río comenzaba allí mismo, en algún lugar del barrio encantado. Y también el mar. Y también el bosque, y la propiedad campestre situada en las costas del país del Atlántico. La propiedad cuyas vallas de madera corrían a lo largo del camino, por entre los zarzales y las matas de arándanos. Oh, sí, un país en el Atlántico, un país de manzanos y de arándanos.

¿Cómo conseguía sobrevivir a tantas imágenes, a tantas imaginaciones? Las calles vacías se llenaban para él de países y de nombres, y las puertas y las ventanas cerradas eran el comienzo de las historias.

Pasan los años. Mateo sigue de pie, en la acera, contemplando la Casa Color Calabaza. Pero ya no tiene nueve años. Tiene catorce años, y está con Miguel, y Miguel habla y habla y no siente el menor interés por la Casa Color Calabaza. Luego tiene dieciocho años, y está con José María, en la acera opuesta, y José María señala una ventana abierta de la segunda planta. ¡Es la primera vez que sucede una cosa así! Y en la ventana abierta hay alguien, que les saluda. Sólo que esta escena nunca sucede en la realidad, sino en la imaginación de Mateo. Pasan los años, y ahora tiene veinticuatro, y está con Matilde. A lo largo de estos años, la Casa Color Calabaza sigue igual, indiferente, soñadora, perfecta. Es tan ligera como una flor. Tiene algo mediterráneo, casi como si fuera una casa de la costa. La costa del país de las Manzanas, en el Atlántico. Los colores, blanco, amarillo calabaza, las amplias terrazas, el jardincito del tejado, los cenadores llenos de flores, la promesa del jardín posterior, con henequenes y matas de azaleas cargadas de flores y árboles de Zeus y un sauce llorón al lado de la piscina, un jardín que él (por supuesto) jamás ha visto, y que quizá no exista, pero que a pesar de todo es capaz de describirle a Matilde con todo detalle.

Pasan los años. Ahora tiene cuarenta. Está más grueso, tiene menos pelo en lo alto de la cabeza, pero sigue contemplando la Casa Color Calabaza, y la casa sigue igual

que siempre, indiferente, serena. El tiempo ha pasado y Mateo ha madurado y envejecido, pero la casa no ha cambiado. Los árboles inmensos han renovado muchas veces sus hojas. Las flores de las glicinas de los cenadores son nuevas cada año. Las ramas de las glicinas son más ñudosas. Las sombras son más espesas. ¿Quién podría decirme, piensa Mateo, que estos vencejos no son los mismos que entonces?

# Profesores

Sus profesores en el Ramiro. En primero, el año que cumplió seis años, tuvo a Doña Amelia, una de esas típicas profesoras del franquismo con ojos saltones, mal humor congénito y ese peinado cardado que crea una especie de halo por encima de la cabeza. Del franquismo, con sus gritos, sus castigos, sus favoritos, sus «tontos de la clase», su vulgaridad espiritual. Era la esposa del Señor Corral, un profesor famoso por su bondad y su buen humor. Un día el Señor Corral fue a la clase de Mateo para sustituir a un profesor que se había puesto enfermo y, hablando de esto y de aquello, les dijo que ellos no eran pecadores. Todos se quedaron asombrados, porque siempre les habían dicho lo contrario.

—No, hombre, no —les dijo el Señor Corral—. Vosotros no tenéis pecados. Más tarde, cuando seáis más mayores, pero ahora no. Vosotros estáis limpios.

¿Sabría aquel hombre lo que estaba diciendo? ¿Estaría en sus cabales? ¿Era sensato dejar a su cargo la educación de unos niños pequeños? Mateo y sus amigos se hicieron varias veces estas preguntas. ¿Acaso no les hablaban los otros profesores todos los días del cielo, del purgatorio, del infierno? ¿Acaso no aprendían que los enemigos del hombre eran el mundo, el demonio y la carne, de modo que cada vez que uno se comía un filete ruso o una albóndiga ya había sucumbido al enemigo del hombre? Muchas veces, por la noche, Mateo no se podía dormir pensando en el infierno. Le pasaba desde muy pequeño. Se metía en la cama, y se ponía a pensar en la muerte. Era inconcebible, pero llegaría un momento en que él moriría. La noción de su propia desaparición le llenaba de una angustia insoportable. Pensaba: «Yo ya no seré, desapareceré...», y sentía una angustia casi física, un terror espantoso, una horrible sensación de asfixia, como si una gruesa serpiente de escamas de plomo rodeara su garganta y su pecho. Y lo que venía después, ¿qué era? Era el infierno. Lo cual era una contradicción, ya que ¿cómo podría ir al infierno si desaparecía completamente al morir? ¿Por qué sentía aquella angustia horrenda de desaparecer, de dejar de ser él mismo, si a la muerte le seguía el infierno? Y el infierno estaba asegurado por varias razones: porque sus padres eran ateos y él, en teoría, lo era también, y sobre todo porque no iban a misa los Domingos, lo cual era un pecado mortal. Y el que moría en pecado mortal, iba al infierno. ¡Era tan fácil! Mentir, no confesarse, no ir a misa: pecado mortal, infierno para toda la eternidad.

Para que todos tuvieran imágenes vívidas del infierno y no se llamaran a engaño, les pusieron una película donde se veían las distintas salas de este desagradable lugar. Era el cine de los Sábados: normalmente veían episodios de Roy Rogers o del Superman japonés, o a veces alguna película entera, una de Godzilla, o *Parsifal* de Daniel Mangrané y Carlos Serrano de Osma, o una de Tony Leblanc, esas películas que comenzaban siempre con vistas del centro de Madrid y una música muy alegre, o

también aquella película donde se veía el infierno, un sistema de grutas llenas de fuego donde las almas de los desdichados (curiosamente representadas por cuerpos con poca ropa) gritaban y se lamentaban, encadenados a la pared de la cueva, empujando inmensas rocas o hundidos hasta los labios en lagos burbujeantes, mientras los diablos negros (pero ese negro era en realidad rojo) corrían riendo de acá para allá, empuñando tridentes metálicos y látigos de domador de leones. Pero aunque aquella película les impresionó a todos, no les resultó tan terrorífica como *Molokai, la isla maldita*, que contaba la vida del padre Damián de Molokai, y cuyos leprosos desdentados, sin narices y sin dedos le persiguieron durante años en sus pesadillas. Y no eran sólo el horror y el miedo de aquella enfermedad que desfiguraba los rostros y los cuerpos lo que le asaltaba nada más meterse en la cama y quedarse allí solo en la oscuridad, al lado de su hermano dormido, sino el sentimiento de compasión que le producían aquellos desdichados. Porque la pena hace más daño que el asco o que el miedo.

Estaban en una de las clases del edificio de la Básica, que es el primero que se encuentra nada más atravesar las puertas de Serrano, dejando a la izquierda la masiva iglesia del Espíritu Santo, obra de Miguel Fisac, y a la derecha el estadio Antonio Magariños, que en aquellos años y durante muchos años más estaría en obras, unas obras que no terminaban nunca. Era un edificio alargado de dos plantas, con grandes cristaleras, jardines con estanques ornamentales y amplios tejados volados de hormigón entre jardín y jardín, y allí, detrás de una de esas cristaleras estaba su clase. Había una encina en el jardín, y también un pequeño estanque con flores flotantes, y allí, debajo del tejado de hormigón *formaban* antes de entrar, ya que siempre había que formar antes de entrar, quién sabe por qué, y cubrirse y ponerse firmes, y descansar y ponerse firmes otra vez.

Doña Amelia les daba miedo. Había que forrar los libros con papel de estraza color azul añil. Un niño los llevó forrados con papel de estraza de color natural, y Doña Amelia montó en furia y le arrancó el papel de todos los libros, uno a uno, diciéndole que azul era azul y que qué se habían pensado sus padres. Aquel Sábado, el niño se quedó castigado sin cine, solo en la clase mientras todos sus compañeros formaban en el pasillo para bajar a ver un episodio del Superman japonés, que era un Superman gordito y vestido de blanco y que no se parecía en nada al verdadero Superman. Y aquel niño era Mateo, claro está. Y aquel castigo, y aquel espectáculo extraño de la profesora arrancando el papel que forraba sus libros con sus afiladas uñas de bruja y con sus ojos saltones inyectados de sangre, es el único recuerdo que aquella insigne docente dejaría en su memoria.

En segundo tuvieron a Doña María Luisa, que también llevaba ese típico peinado franquista que consiste en crear una especie de casco, o halo, o semiesfera sobre la cabeza a base de cardado y mucha laca, pero ellos admiraban a Doña María Luisa y

también la querían. Lo que más disfrutaban era la clase de religión, una hora durante la cual la profesora se dedicaba a contarles la Biblia episodio por episodio como si se tratara de una novela. Cada tarde llegaba un nuevo episodio, con nuevas aventuras de Noé, o de Job, o de Daniel. Y así escuchó Mateo, tarde tras tarde, la asombrosa historia de José y sus hermanos, y la vida de Moisés en Egipto, y las plagas, y las luchas de magos entre Moisés y los magos egipcios, y el episodio de la zarza ardiendo, y el éxodo a través del desierto y todos los demás capítulos de aquella historia fascinante, mientras al otro lado de los cristales las bellotas de la encina maduraban lentamente y los vencejos hacían nidos en el alero donde se escondía el toldo que no se desenrollaba jamás. Seguramente la querían tanto porque era una persona suave y agradable y no una fiera como Doña Amelia, pero Doña María Luisa estaba lejos de la sutileza y la sensibilidad de aquellas maestras que Mateo tuviera cuando era más pequeño, antes de ir al Ramiro, en el colegio Patriarca Eijo Garay (que estaba en la glorieta de Ruiz de Alda, al lado de su casa), como Martina, la profesora que le enseñó a leer, que había estudiado en la Institución Libre de Enseñanza. Doña María Luisa tenía, como Doña Amelia, una idea de la educación como imitación, obediencia y sentido del ridículo, y cuando un niño decía algo mal o se equivocaba repetidamente, hacía que saliera delante de toda la clase y que la clase entera le llamara «tonto» señalándole con el dedo.

—Toonto, toonto, toonto, toonto...

Si el tonto se echaba a llorar, esto quería decir que no todo estaba perdido para él, porque los que se avergüenzan todavía son personas. Pero normalmente los tontos no lloraban, sino que se quedaban allí inmóviles y como anestesiados, esperando a que pasara el chaparrón o quizá incluso sonriendo estúpidamente. Pero ¿qué pasaba con aquellos tontos? ¿Por qué eran tan tontos? Quizá porque algunos eran verdaderamente niños retrasados que no podían seguir el ritmo de los demás, quizá porque eran niños de familias pobres recién llegados del campo y que no tenían la menor costumbre de leer o de poner atención, o simplemente porque eran niños tímidos que se sentían aterrados ante aquella profesora formidable. Los tontos de la clase eran Camargo, Ginastera y Zubiaurre. Siempre estaban sentados al final de la última fila. Siempre lo hacían todo mal, siempre se les olvidaba todo, nunca sabían nada. Hablaban con dificultad, resistían las bromas con estoicismo, no tenían amigos, ni siquiera tenían el ingenio de hacerse amigos entre sí. Eran tontos, torpes y feos. Zubiaurre sonreía siempre. Ginastera se echaba a llorar cuando le regañaban y un día incluso se hizo pis delante de toda la clase, con lo cual su humillación fue completa. Camargo estaba siempre robando trozos de tiza para comérselos, y los padres de Mateo le explicaron que aquel niño tenía falta de calcio y que seguramente sus padres eran muy pobres y no podían darle bien de comer. Y poco a poco fueron desapareciendo. Camargo desapareció al año siguiente. Poco después, Ginastera.



Zubiaurre duró unos años más, pero luego desapareció también. En aquella época la educación era obligatoria, pero los niños también podían presentarse por libre o estudiar en su casa. No es probable que a aquellos niños pudieran enseñarles nada en su casa. ¿Adónde iban entonces? Tampoco repetían curso, porque en ese caso les hubieran visto por allí, en otra clase. ¿Adónde iban?

Su profesor de tercero era el Señor Escalona, un hombre bajo y rechoncho, con cuatro o cinco pelos en la cabeza que se peinaba cuidadosamente de un lado a otro. Iba siempre con traje y corbata, con chaleco y leontina, pero a pesar de su apariencia respetable y majestuosa, era un profesor detestable. Les hacía recoger las bellotas caídas por el jardín y entregárselas para su consumo personal. Esto les enseñó: que las bellotas eran aptas para el consumo humano. Pero el principal recuerdo que dejó en Mateo fueron sus escupitajos, sus *lapos*, como decían ellos. Escupía continuamente, quién sabe por qué (en aquella época, todos los hombres escupían sin cesar, quién sabe por qué). Escupía en el suelo de la clase, que estaba bastante polvoriento, y luego, con el zapato, se dedicaba a pisotear y arrastrar el salivazo fascinante y pegajoso una y otra vez hasta dejarlo reducido a la nada. Mientras tanto, seguía explicando el teorema de Abel, dentro de la teoría de conjuntos que estudiaban todos los años, quién sabe para qué. Era un espectáculo repugnante. Luego se cansaba de dar clase, ponía deberes, nombraba a un jefe para que apuntara en la pizarra a los que hablaban, y desaparecía durante una hora o una hora y media. El jefe vigilaba la clase con mirada de águila e iba apuntando en la pizarra a los que hablaban, se levantaban o miraban hacia atrás, y luego iba poniendo cruces a los reincidentes.

—¡Golmayo, dos cruces! ¡Oliet, apuntado!

—¡Yo no he hecho nada!

—Has mirado hacia atrás.

Si uno tenía tres cruces, se le caía el pelo. Para que a uno le quitaran una cruz, había que quedarse completamente inmóvil, mirando hacia delante, con los brazos cruzados y una sonrisa helada en el rostro. Esto quería decir «portarse bien». Luego el profesor volvía de su paseo, o de su charla, o de su café, y repartía castigos entre los que tenían tres cruces. Por ejemplo, copiar cien veces «No debo portarme mal en clase cuando no está el profesor». No había castigos físicos de ningún tipo en el Ramiro. Algún capón a lo largo de los años, alguna oreja retorcida, alguna tiza arrojada a un despistado, pero no era corriente. En otros colegios de la época, los castigos físicos estaban a la orden del día, los bofetones, los pescozones. A la mayoría de los padres les parecía bien: era la teoría del «cachete a tiempo». Los progres de la época ya leían *Tu hijo* del Doctor Spock, pero incluso los padres de Mateo, que eran ilustrados y de izquierdas, consideraban que aquellas ideas «modernas» eran absurdas: con los niños es inútil razonar, y un *cachete a tiempo* no le hace daño a nadie.

Había niños a los que les azotaban en su casa con la correa. Mateo lo descubrió en las espaldas desnudas de uno de sus compañeros durante el reconocimiento médico que les hacían todos los años. Tenían que desnudarse de cintura para arriba para que les auscultaran y les miraran por rayos X, y en la espalda de Salazar vio unas extrañas marcas marrones horizontales. Le preguntó que qué le había pasado, y él le explicó que cuando su padre se enfadaba de verdad se quitaba la correa y les pegaba. No daba la impresión de que aquello le pareciera mal, aunque el miedo y el dolor eran bien visibles en el brillo de sus ojos. Parecía contarlo con admiración, como si su padre fuera un hombre muy recto que no estaba dispuesto a pasar una, y como si el dolor y el terror que sentía fueran una parte inevitable de la vida, una parte inseparable del amor. Salazar era de la OJE, la organización juvenil falangista (a la que todos se referían siempre como «Organización de Jilipollas Extraviados», aunque «gilipollas» es con «g»), y siempre hablaba de José Antonio Primo de Rivera y siempre llevaba insignias de yugos y flechas. A veces aparecía en clase con el uniforme de la OJE. Un día, Mateo se encerró con Salazar y con Guirao en una de las cabinas de los servicios, y Salazar se bajó los pantalones y les enseñó la cola y las nalgas. Fue Guirao quien invitó a Mateo.

—Vente —le dijo, acercándose a él con mucho misterio—. Salazar va a enseñar el culo.

Se fueron a los servicios del pasillo, que a esa hora estaban desiertos, y se encerraron en una de las cabinas. Salazar estaba muy serio, muy pálido, poseído por la voluptuosidad de la entrega. Era la sensualidad de la muchacha indefensa en el mercado de esclavos. Era la entrega del soldado, la devoción de la obediencia. Se desabrochó los pantalones y les enseñó la cola, blanca e inexpresiva. Era tan blanca, que a Mateo le recordó a un gusano de seda.

—No, no —dijo Mateo—. Date la vuelta.

Se sentía poseído él también por la voluptuosidad. De pronto, un demonio sensual se había apoderado de su respiración y de sus manos. Deseaba ver las nalgas de su compañero. A veces cogía un papel vegetal y un rotulador y calcaba un dibujo de Blancanieves de Walt Disney y luego continuaba el cuerpo de la princesa hasta hacerle mostrar las nalgas, pálidas y perfectas. Y las nalgas de Salazar eran igual que las de una niña, igual que las de Blancanieves, blancas y compactas, duras y frías como mármol. Mateo se las acarició con ambas manos, sorprendido él mismo por su intenso deseo. Salazar, completamente pasivo, se dejaba hacer sin mover un músculo, sin decir una palabra. Estaba con los ojos caídos, muy quieto, en la actitud que debía de tener ante su padre cuando éste se enfurecía, sin mirarles a los ojos, mostrando la sumisión del culpable. Entonces alguien entró en los servicios, seguramente un vigilante de los pasillos, y los dos, Salazar y Guirao se pegaron a las paredes de la cabina para que no pudieran ver sus pies por el hueco que había bajo la puerta. Mateo

comprendió que habían hecho esto muchas veces y que ya tenían práctica.

Aquel episodio no volvió a repetirse. ¿Cuántas veces lo repetiría Salazar? ¿Cuántas veces le ayudaría Guirao? ¿Qué buscaba el vigilante que había entrado en los servicios a una hora en que debían estar desiertos? ¿Por qué tenían Salazar y Guirao tanto miedo de ser atrapados? ¿De qué les podían acusar? Sólo eran niños haciendo una travesura. No, eran niños tocándose. Eran niños haciendo cosas prohibidas.

## EGB

Cuando Mateo llegó a cuarto curso, que hasta entonces era el último curso de la Básica, cambió el plan de estudios. Ya no tendrían que hacer el examen «de reválida» al final de cuarto para pasar al bachillerato y elegir entre Ciencias y Letras. Ahora la Educación General Básica se prolongaba durante ocho años, de primero a octavo, y el bachillerato duraría sólo tres años y sería el mismo para todos, el Bachillerato Unificado Polivalente. Pero no todos estudiarían bachillerato: para aquellos que no pensaban ir a la universidad se creó la Formación Profesional, de donde surgirían los futuros electricistas y ebanistas, los fontaneros y los mecánicos de automóviles.

Aquel cambio de planes de estudios, que afectó a los nacidos a partir del año 1961, supuso también un cambio generacional. Era la generación del *baby boom* de los sesenta, familias con cinco, seis, siete hermanos. El nuevo plan instituía una EGB de ocho años y un BUP sin separación entre Ciencias y Letras, razón por la cual Mateo se vería obligado a estudiar Matemáticas, Física y Química hasta los dieciséis años. La única especialización se daba en el COU, que era un año previo a la entrada a la universidad.

Uno de los efectos del nuevo plan fue prolongar más la infancia, dejar para mucho más adelante las pruebas selectivas, la toma de decisiones y la especialización. La EGB trajo consigo una educación más armónica, más completa, más moderna, pero también más gárrula y más evanescente, más idealista, menos exigente. Se consideraba un horror del sistema anterior la obligación de estudiar cosas de memoria. La lista de los reyes godos. La tabla de los elementos. ¡Repetir de memorieta! ¡Repetir en vez de razonar! Por primera vez en la historia de España, la música entraba en el programa oficial de estudios, y todos los niños tuvieron que comprarse una flauta dulce. Los padres que querían gastarse poco dinero se compraban una Yamaha de plástico, y los que se lo tomaban más en serio, una Höhner de madera. A Mateo, como es lógico, sus padres le compraron una Höhner, un precioso instrumento de madera de cerezo, un ser viviente al que había que alimentar con cera, y cuyo exceso de cera había que eliminar en los días cálidos de verano, cuando el pequeño instrumento se ponía a sudar espesas gotas translúcidas. El resto del plan de estudios incluía Matemáticas, Ciencias Sociales, Ciencias Naturales, Religión, Educación Física y algo llamado «Pretecnología», que era, en lenguaje corriente, trabajos manuales. Otra novedad, que entraría quizá al año siguiente, fueron las fichas. Ahora no sólo había que comprar un libro de Ciencias Sociales, sino también un libro de fichas. Y ya no había que estudiar las lecciones «haciendo codos», usando la memoria y el ingenio, sino rellenando fichas, contestando preguntas, relacionando columnas con flechas y diciendo qué era verdadero y qué era falso. Los viejos libros de Historia y de «Historia Natural» (un

concepto que a Mateo le resultaba encantador, ya que ¿cómo pueden las montañas, los ríos, los flamencos, las nubes, tener historia?) parecían no de unos años atrás, sino de unos siglos atrás, libros adustos, secos, con ilustraciones a pluma y sólidos párrafos de texto, mientras que los nuevos libros de los dulces, suaves *baby boomers* estaban llenos de ilustraciones y de fotos a todo color, con textos que se desglosaban en «puntos», cuadros y gráficos. La jerga didáctica se volvió más suave y utópica: ya no había notas, sino «calificaciones», no había suspensos sino «insuficientes», no había exámenes sino «controles», no se corregían los ejercicios, sino que se hacían «puestas en común». El profesor ya no era un simple profesor, sino el «tutor» de la clase, y su misión no era simplemente enseñar, sino convertirse en una especie de presencia paternal que guiara el desarrollo del niño. Y como en todas las cosas, con aquel cambio se ganó en algunas cosas y se perdió en otras. Se perdió rigidez y autoridad, se ganó en blandura y estupidez. Y es que no es posible hacer un cambio en el que no se pierda algo bueno.

Ya no se estudiaba «Álgebra» o «Aritmética», sino Matemáticas, y todos los años se dedicaba el primer mes de la asignatura de Matemáticas al estudio de la teoría de conjuntos.

—Y eso ¿para qué sirve? —decía Mateo, que era un listillo.

—Para aprender a razonar —le decían sus padres.

—¿Para aprender a razonar que no se deben aprender cosas que no sirven para nada? —decía Mateo, el listillo—. Por ejemplo, el conjunto vacío.

—¿Qué pasa con el conjunto vacío?

—No puede haber un conjunto «vacío» —decía Mateo—. Un conjunto que no tiene ningún elemento no es un conjunto. Hablar de un conjunto «vacío» es una contradicción. Si no hay elementos, no hay conjunto.

—Hay conjunto, pero un conjunto sin elementos —le decían sus padres, sus profesores, sus primas Mari Nieves y Mari Carmen, que eran mayores que él y habían hecho la reválida y el bachillerato y jamás habían estudiado teoría de conjuntos.

—Imagínate un árbol sin tronco, sin raíces, sin ramas y sin hojas —decía Mateo—. ¿Sería un árbol? ¿Sería un árbol «vacío»?

Mateo no comprendía ni las matemáticas ni la lógica ni los números ni las ciencias en general. El arte de los números era para él inexplicable.

—No se pueden sumar dos manzanas y dos peras —le decían.

—¿Por qué no? Dos manzanas más dos peras: cuatro.

—Sí, pero ¿cuatro qué? —le decían triunfantes—. ¿Cuatro manzanas? ¿O cuatro peras?

—Cuatro frutas —decía Mateo.

Y luego contraatacaba:

—¿No puedo sumar dos peras y dos manzanas pero sí puedo quitar cuatro

manzanas de una cesta en la que hay sólo dos manzanas? ¿Qué clase de estupidez es ésa? ¿Cómo puedo quitar de una cesta unas manzanas que no existen?

—Son números negativos —le decían.

Era inútil. Lo suyo no eran los números. Lo suyo eran las palabras, la música, las imágenes, los dibujos, los ensueños, los cuentos, las historias, los árboles, las nubes. Le fascinaban las nubes y las flores. Tenía muchos libros de animales.

Su profesor de cuarto se llamaba Juan Francisco Moneo, el Señor Moneo, que a partir del cambio de planes de estudios se convirtió en su «tutor» y continuó siendo su tutor hasta octavo de EGB. Fueron afortunados, porque el Señor Moneo era un profesor magnífico, joven, energético y enamorado de su profesión, con todo el talento histriónico y el carácter autoritario y manipulador que es consustancial a los buenos docentes. Debía de tener treinta y tantos años entonces, y planta de haber hecho deporte de joven. Era alto, llevaba gafas metálicas con cristales de esos que se oscurecen un poco en la parte superior e iba siempre de traje y corbata, con corbatas azules y trajes color mostaza. Era muy religioso, y se lamentaba de que las familias estuvieran perdiendo la costumbre de rezar juntas el rosario. Les daba todas las asignaturas, incluida la Religión y la Educación Física y exceptuando el Inglés y la Música. Siempre les trataba de usted. Ellos tenían que llamarle a él «Señor Moneo» o bien «Don Juan Francisco», y él les llamaba también a ellos «don» y «señor».

—Señor Herrero Barbarín, ¿el Nervión es afluente del río Duero?

—Sí —decía Barbarín.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Cómo que sí?

—Pues... que sí...

—¿Sí qué?

—Sí, señor —decía Barbarín, cogido en falta.

—Eso es otra cosa —decía el Señor Moneo—. Señor Herrero Babarín, don Javier, ¿qué somos? ¿Somos personas civilizadas o animalitos sin educación?

—Personas.

—No se contesta «sí» o «no», se contesta «sí, señor» o «no, señor». ¿Entendido, señor Barbarín?

—Sí, señor.

—Muy bien, siéntese.

—Sí, señor.

Todo aquello era nuevo para ellos. Todos se llamaban entre sí por el apellido, pero ahora Negrete no era simplemente Negrete, sino «el señor Negrete», o incluso, en ciertas ocasiones especiales, «el señor González Negrete, don José».

Sus compañeros de clase: José González Negrete (Negrete), José Luis Garrido

Valencia (Valencia), José Garrido Lapeña (Lapeña), Joaquín Giménez Mediavilla (Mediavilla), Javier Herrero Barbarín (Barbarín), Fernando Isla Gómez (Isla), Mariano Casado Casas (Casado), Fernando Oliet Palá (Oliet), Javier Díaz y Díaz (Díaz), Enrique de la Hoz García (De la Hoz), Miguel Ángel Labaig (Labaig), Miguel Rosas (Rosas), Ángel Molina Cortés (Molina), Federico Guirao Torres (Guirao), Miguel Golmayo (Golmayo), Eduardo Carrasco (Carrasco), Insausti, Enguítanos, Sergio, González, Márquez, Viedma, Romojaro, Galiano, Reyes, Rosillo, Calcerrada, Viedma, Jarabo, Lledó, Pedrosa, Urrea, Valentín Gamazo, Camargo, Ginastera, Zubiaurre y Merino, un mal bicho.

# Miguel

Su mejor amigo era Miguel Rosas. Hablaron por primera vez durante una excursión del colegio, cuando quedaron sentados el uno al lado del otro en el autobús que les llevaba a Cercedilla para pasar el día. Esto sucedió probablemente en tercero o en cuarto de EGB. Eran más de cuarenta niños en la clase, y no era fácil conocer bien a todos, ya que a pesar de las muchas horas que estaban en el colegio, sólo tenían media hora de recreo en mitad de la mañana. Está, además, el misterio de la amistad y el misterio de la lentitud de la atracción de unas personalidades sobre otras. A veces son necesarios años para que nos decidamos a hablarle a la persona a cuyo lado nos sentamos todos los días.

Las excursiones, por otra parte, eran más bien escasas. Solían hacer una cada curso, a la llegada de la primavera. Eran simples días de campo, en los que toda la clase se metía en un autobús, cada uno con su mochila, su cantimplora forrada de felpa, su tartera, su tortilla de patata y su filete de pollo empanado, y se marchaban en dirección a las montañas, o quizá en dirección a El Escorial para ver la Casita del Príncipe o a Segovia para ver los jardines de La Granja o a Aranjuez para ver el palacio. Por la mañana veían el palacio, y luego al campo, a correr y a saltar.

En aquella ocasión no había visita ni palacio alguno. Iban a pasar el día a la sierra, y todos estaban muy excitados y alegres. Subieron al autobús que les esperaba en la calle Serrano, el Señor Moneo les enseñó el toque de silbato que iban a usar ese día como llamada (una complicada secuencia rítmica que nadie lograba recordar) y, después de numerarse, el autobús se puso en marcha, descendió calle Serrano abajo y luego giró por María de Molina para coger la avenida del Generalísimo, Ríos Rosas y enfilar por la carretera de La Coruña. En aquellas ocasiones, todos se ponían a cantar. Y las canciones de las excursiones eran siempre las mismas: «Había una vez un barquito chiquitito», «Ahora que vamos despacio, vamos a contar mentiras» y «Un elefante se balanceaba sobre la tela de una araña». Mateo y Miguel habían quedado sentados juntos, lo cual, posiblemente, no les hizo mucha gracia en un principio, ya que nunca habían hablado y apenas se conocían. De modo que al principio estaban callados, o quizá cantaban con los demás la canción de los elefantes que se balanceaban sobre la tela de la araña, y como veían que no se caían iban a llamar a otro elefante.

—Jolines con los elefantitos —dijo Miguel, de pronto. Y luego, para gran sorpresa de Mateo—: A mí lo que me gusta de verdad es la ópera.

—¿La ópera? —dijo Mateo abriendo mucho los ojos y preguntándose si había oído bien.

—A mi padre y a mí nos encanta la ópera —dijo Miguel con volubilidad—. A mi padre también le gusta la zarzuela, pero a mí me gusta la ópera mucho más.



Mateo no esperaba una revelación así. Ninguno de sus amigos compartía sus gustos musicales ni artísticos, y jamás había esperado encontrar a nadie, fuera del círculo de su familia, que sintiera el menor interés por aquellos temas.

—Yo tengo los discos de todas las sinfonías de Beethoven —declaró Mateo, mintiendo ligeramente, ya que le faltaban la primera y la segunda—. Y además tengo *El lago de los cisnes* y *La bella durmiente* enteras.

—¿*La bella durmiente*? —dijo Miguel—. Bueno, no es *tan largo*.

—No, no, no, no hablo del cuento —replicó Mateo—. Hablo de los ballets de Chaikovsky. Ocupan tres discos de 33 revoluciones cada uno.

—Ah. Eso no lo conozco —concedió Miguel—. ¿Conoces *Aida*? Es mi ópera favorita.

—No he oído nunca una ópera entera —confesó Mateo.

—*Aida* es mi ópera favorita porque es una historia de amor *bellísima* —dijo Miguel, mientras los elefantes seguían balanceándose sobre la tela de la araña y el autobús pasaba al lado del Arco de la Victoria para tomar la carretera de La Coruña—. Es una historia de amor tan hermosa que cuando la escucho se me llenan los ojos de lágrimas.

Mateo se quedó boquiabierto. Jamás había oído a nadie utilizar expresiones como «historia de amor», «hermoso» o «bellísimo», ni mucho menos a nadie que reconociera libremente que «se le llenaban los ojos de lágrimas» al escuchar música. ¿Qué era aquello? ¿Quién era aquel niño? ¿Dónde había estado metido hasta entonces? Miguel Rosas llevaba en su clase desde primer curso, ¿cómo era que nunca habían hablado hasta entonces? Porque también a Mateo se le llenaban los ojos de lágrimas muchas veces cuando escuchaba música, y también él se maravillaba ante las historias de amor, y también adoraba más que nada en el mundo las cosas hermosas, esas «cosas de belleza» de las que hablaba Keats, pero jamás había tenido palabras para hablar de ello, y aunque las hubiera tenido, jamás se habría atrevido a usarlas.

Llegaron a Cercedilla y sus rústicos compañeros se echaron a correr por las peñas, a cazar ranas y renacuajos en el río o a acumular piñas para luego dividirse en dos equipos y hacer una batalla. El paraje era ciertamente idílico, con grandes pinos piñoneros sombreando las praderas de hierba y escénicos roquedales de granito manchados de círculos de líquen. Un arroyo cruzaba el paraje, saltando por entre las piedras blancas. El aire estaba lleno de insectos primaverales, lleno de mariposas, lleno de caballitos del diablo, lleno de urracas y de abubillas. Pero Mateo y Miguel Rosas no participaban del esplendor ni de la violencia del maravilloso día de primavera en el campo. En vez de correr y gritar como el resto de sus compañeros, se sentaron en una roca como los príncipes de dos países lejanos, y se pusieron a charlar.

Miguel le contó a Mateo la historia de *Aida* con todo detalle, hasta el momento en

que Aida y Radamés son encerrados en el interior de la pirámide y mueren uno en brazos del otro cantando el dúo de amor más hermoso de todos los tiempos, y luego Mateo le contó a Miguel la historia de *El lago de los cisnes* hasta el momento en que el príncipe Sigfrido, que le ha jurado amor eterno a Odile creyendo que era Odette, se lanza a las aguas del lago para intentar romper el maleficio que condena a Odette a ser un cisne para siempre.

—Cuando sea mayor —dijo Mateo cogiendo una piña seca de las que había por el suelo y comenzando a arrancar sus duros sépalos uno por uno—, voy a ser compositor, y escribiré ballets como los de Chaikovsky y sinfonías como las de Beethoven.

—¿Sí? Pero para eso hay que estudiar mucho —dijo Miguel.

—Para todo hay que estudiar mucho —dijo Mateo—. Si no te esfuerzas, no consigues nada en la vida.

—Sí, es cierto —dijo Miguel—. Pero también cuenta la suerte. Tener suerte, ser bello y tener la gracia de los dioses.

—¿Cómo?

—Todo eso también es importante —dijo Miguel, que quién sabe de dónde se sacaba aquellas ideas o dónde las habría leído o a quién se las habría escuchado—. Los que tienen el favor de los dioses consiguen las cosas más fácilmente. También los que son hermosos. Yo, desgraciadamente, belleza física no tengo, pero espero poseer otros encantos.

—No, no, de eso nada —dijo Mateo, cada vez más maravillado por la forma en que se expresaba su nuevo amigo—. Lo que importa es el esfuerzo y el trabajo.

—¿Tu padre en qué trabaja? —preguntó de pronto Miguel.

—Es profesor de inglés. Y mi madre es médico.

—Ya, ya lo había oído —dijo Miguel—. ¿No es enfermera?

—No, no es enfermera —dijo Mateo arrojando la piña a lo lejos y cogiendo otra—. Es médico. Estudió en la Unión Soviética.

—Ah, ¿sí? ¿Y habla ruso?

—Pues claro que habla ruso. Habla ruso mejor que español.

—¿Y tú hablas ruso?

—No. Mi madre nos hablaba en ruso antes, cuando éramos pequeños, pero nosotros no la hacíamos caso... o sea que se cansó.

Por encima de ellos crecía uno de esos robustos pinos de la sierra de Madrid, de tronco rojizo y dorado y copa redondeada, y en una de sus ramas había dos abubillas posadas. A los niños les hubiera encantado ver a aquellos dos pájaros, nada menos que dos de ellos juntos (ya que avistar una abubilla en vuelo o en reposo siempre tiene algo de mágico), justo encima del lugar donde ellos charlaban, pero estaban tan absortos en su conversación que no las vieron. Por esa misma razón, porque estaban

completamente absortos en su conversación, no se dieron cuenta de que los dos pajaritos parecían estar, de hecho, escuchando sus palabras.

—Y tú ¿qué vas a ser cuando seas mayor? —le preguntó Mateo a Miguel.

—No sé —dijo Miguel sonriendo con sus ojos de chino—. De momento lo que me gustan son las ciencias naturales, la ópera... y cantar.

—¿Y los libros?

—Sí, claro, también me gustan los libros —dijo Miguel, entusiasmándose de nuevo—. ¿Has leído *Mujercitas*? —preguntó con ingenuidad. Y a continuación afirmó con tono de experto—: Yo lo considero una obra maestra.

—¿*Mujercitas*? —dijo Mateo, casi escandalizado—. ¡Es un libro de niñas!

—Es un libro *precioso* —repuso Miguel irguiéndose y poniéndose muy serio, como haría siempre a lo largo de su vida cuando alguien tocaba un tema que resultaba particularmente sensible para él—. No es «de niñas». Es de Louise May Alcott, que es una escritora norteamericana, y tiene otro libro que se llama *Hombrecitos* y también es precioso. A mí me parece que Louise May Alcott es una gran escritora y que pinta los sentimientos de una forma insuperable.

Aquel Miguel era un pozo de sorpresas. Mateo siempre había creído que era la persona que más leía y que más sabía de libros de su clase, pero él jamás habría sido capaz de usar en voz alta palabras como «obra maestra», «norteamericano» o «pintar los sentimientos de una forma insuperable». Dios mío, ¿de dónde sacaba Miguel aquellas palabras? Y sobre todo, ¿cómo tenía el valor de decirlas en voz alta como si fuera la cosa más normal?

Era un niño fino, muy delgado, de piel cetrina como los que tienen problemas de hígado (aunque Miguel no sufriría del hígado en su vida), de ojos ligeramente achinados y pobladas cejas oscuras que se convertían en dos afilados acentos circunflejos cuando reía. Era muy alegre y muy sociable y siempre estaba cantando. Cantaba cualquier cosa, canciones populares, jotas, canciones de Eurovisión, canciones de Los Brincos o de Los Pecos, himnos, boleros, pasodobles, canciones de los Beatles o de Karina, romanzas de zarzuela, arias de ópera. Era muy buen estudiante: junto con Negrete, con Mediavilla y con Mateo, uno de los primeros de la clase, y huésped habitual de la primera fila, ya que en la clase del Señor Moneo los alumnos se sentaban por orden de mérito y sabiduría, de modo que el primero de la primera fila era el primero de la clase, y el último de la última fila el último de la clase. Era fino, larguirucho, de largas manos dotadas de largas uñas finas y rosadas, con un cuello muy largo en el que unos años más tarde se le marcaría una pronunciada nuez de Adán, y siempre estaba cantando, riendo y haciendo bromas, y sus compañeros de clase decían que parecía una niña, o incluso que *era* una niña por aquella manía suya de estar siempre cantando, ya que cantar tanto no era una cosa muy de machos, sino claramente de niñas. Cantaba y cantaba y era un gran imitador

de voces, y repetía poemas, y se sabía miles de anuncios de la televisión, que imitaba a la perfección, y también imitaba a los profesores, y sabía miles de chistes. Y sus compañeros decían que era una niña, y más tarde empezaron a decir que era un maricón. No le trataban mal, y nunca se lo decían a la cara, porque era un buen compañero y todos le querían y le admiraban, pero cuando hablaban de él siempre decían que era una niña y que era un maricón, aunque en esa época ninguno de ellos sabía muy bien lo que significaba esa palabra, porque eran todos inocentes como azucenas. Y sin embargo, Miguel era enormemente sensible a la belleza femenina, mucho más que Mateo y, probablemente, que el resto de sus compañeros, que se llamaban «macho» unos a otros pero jamás habían mirado realmente a una chica a los ojos y que se morirían de vergüenza si tuvieran que hablar con ella. Las mujeres le encantaban, no sólo sus atributos físicos sino también su ropa, su elegancia, y siempre estaba hablando de lo bella que era esta actriz o de lo elegante que era aquella presentadora de televisión. En muchas de estas opiniones, y en la forma de expresarlas, era evidente que estaba imitando a sus padres, o quizá a sus tías, o a su prima mayor, a la que admiraba muchísimo y que estaba estudiando música en el Conservatorio.

Sin duda Miguel poseía en grado sumo el don de la imitación, que es la raíz de muchos temperamentos geniales o artísticos. Hacías tuyas las expresiones de los adultos que le rodeaban, y exponía sus opiniones con esa mezcla de seriedad y de rigor categórico que sólo tienen los que se sienten muy seguros de lo que dicen. Pero tenía, también en grado sumo (y esta cualidad era un don específico de su carácter), la capacidad de decir las cosas y de expresar los sentimientos con palabras, y la convicción de que todas las palabras que existen en el idioma están para decir las cosas y para hacerlas propias. Mateo aprendió mucho de Miguel y aprendería muchas otras cosas a lo largo de los años, pero esto fue lo primero que aprendió de él cuando sólo eran unos niños: aprendió a no tener miedo a parecer débil o ridículo al hablar, a no acorazarse tras una apariencia de dureza e insensibilidad, a no tener miedo a mostrar los sentimientos y a expresar las sensaciones que le producían las cosas y los afectos que les suscitaban los demás. Aprendió de Miguel la temeridad de hablar de la belleza, del amor, de la amistad, del placer, del arte, la capacidad de expresar vulnerabilidad, cariño, desilusión, esperanza.

Los padres de Miguel trabajaban en el instituto Juan de la Cierva, una de las muchas instituciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas que se repartían por la zona. Estaba justo enfrente del Ramiro, en una callecita que iba de Serrano a Joaquín Costa, una serie de elegantes edificios de hormigón y cristal, obra de Miguel Fisac (como tantos otros edificios de la colina de los Chopos y alrededores) rodeados de jardines, todos ellos dedicados a la química orgánica y llenos de investigadores vestidos con batas blancas y laboratorios llenos de artilugios mágicos

e incomprensibles. Los padres de Miguel tenían la concesión de la cafetería del instituto, que estaba situada en el sótano de uno de los edificios, y su padre normalmente trabajaba detrás la barra sirviendo cafés y gin-tonics mientras su madre cobraba en la caja. Algunas veces Miguel tenía que ocupar el lugar de su madre en la caja, y entonces Mateo se acercaba a visitarle y se pasaba un rato charlando con él, sintiéndose orgulloso de ser admitido en aquella cafetería exclusiva y casi secreta y de ser amigo del cajero, nada menos. Aquéllos eran momentos felices.

Siempre le asombraba la soltura con la que su amigo controlaba la caja registradora, aquel instrumento temible lleno de teclas, de botones y de cajones que se abrían y cerraban cargados de billetes y de tubitos de cartón llenos de duros y de pesetas y de monedas de diez céntimos, y la soltura con que rompía los tubos de cartón y vaciaba los duros en su cajoncito y las pesetas en el suyo y metía los billetes de quinientas debajo de los cajones, como para esconderlos por si venían los ladrones, y también la velocidad con que calculaba el cambio, pero sobre todo la soltura con que le hablaba a todo el mundo y el evidente placer que extraía al hacerlo, ya que Miguel no sólo era una persona intensamente sociable, sino que sentía verdadero interés por las vidas de todos los que le rodeaban, grandes o pequeños, próximos o extraños. Se sabía de memoria el nombre de todos los que bajaban a la cafetería, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, y sabía además el nombre de sus hijos, su estado de salud, sus proyectos, sus problemas, y además parecía poseer el secreto de cómo dirigirse a unos y a otros, siempre con la dosis adecuada de educación, de interés, de picardía, de insolencia. Ya que Miguel estaba muy lejos de ser imparcial o universal en sus afectos, y era, por el contrario, de esas personas «de corazón» que siempre tienen favoritos y odiados, y que adoran tanto a unos como detestan a otros. A los investigadores, por ejemplo, que iban siempre con batas blancas, les llamaba «doctor Fernández», «doctora Satrústegui», con una deferencia y un respeto que parecían absolutamente genuinos, pero en cuanto desaparecían por la puerta se ponía a contarle a su amigo Mateo todos los trapos sucios de aquellas dignísimas personas con la soltura y la lengua viperina de una portera experimentada.

—¿Has visto cómo la ha tocado el culo? —le decía a su amigo—. Éste se cree que por ser jefe de sección, tiene derecho de pernada.

—¿Qué es «derecho de pernada»? —preguntaba Mateo, divinamente ignorante en todas las cosas.

—Esta mujer es encantadora —decía Miguel, refiriéndose a una señora de pelo gris que entraba en la cafetería—. Le encantan los animales, y tiene un gato que se llama *Pompeyo* y un perro que se llama *Julio César*. ¡Y no se pelean nunca!

—Pero ¿tú cómo sabes eso?

—Mira, esa de ahí es Laura —decía cuando entraba una mujer de unos treinta años, rubia y con un pequeño lunar marrón sobre el labio—. Su novio es médico y

está destinado en Melilla. Qué mala suerte, ¿verdad? La pobre lo está pasando fatal.

—Pero ¿cómo sabes todo eso?

—Es amiga mía —decía Miguel—. Me encanta ese lunar que tiene encima del labio. ¿No te parece que la hace todavía más guapa? Y además es rubia natural, no vayas a creerte. Que esto está lleno de rubias de bote.

A Miguel casi todas las mujeres le parecían bellísimas.

—Sí, sí, mucho «doctor Máiquez» —decía Miguel con un aire de suficiencia que había aprendido escuchando hablar a los mayores, probablemente a su madre—, mucho «doctor Máiquez», pero no se paga el café ni un día. Todos los días tiene que invitarle su ayudante, que es esa chica tan guapa que está en la barra, que es de Valladolid y se llama Sofía.

—¿Tú como sabes que es de Valladolid? —le preguntaba Mateo asombrado.

—Porque es amiga mía —decía Miguel, afectando una indolencia de hombre de mundo. Y luego añadía, indignado—: Si tendrá cara el tío.

Allí, en la cafetería de personal del instituto Juan de la Cierva, Mateo aprendía a disfrutar del rumor de la vida corriente y a fundirse con ese laberinto de miradas y de voces, de luces y de espacios, que es nuestra vida en el mundo. A Miguel todas las personas le parecían interesantes, y casi todas, hombres y mujeres, le resultaban atractivas. Siempre le parecía que las mujeres eran guapas, y si no lo eran, siempre encontraba algo hermoso en ellas: sus ojos, sus manos, un lunar sobre el labio, su pelo, ¡hasta su frente! Siempre se aprendía el nombre de todo el mundo y siempre llamaba a todo el mundo por su nombre y siempre que contaba una anécdota de alguien le llamaba por su nombre, como si su contertulio le conociera tan bien como él mismo. Decía, por ejemplo, «Julia se ha echado un novio que está haciendo la mili» o «Santos es un imbécil: pensaba que Béla Bartók era una chica», cuando la persona con la que hablaba no tenía ni la menor idea de quiénes eran aquellos «Julia» o «Santos» (y no digamos ya, en la mayor parte de los casos, aquel «Béla Bartók»).

## Genio

Isabel estaba convencida de que sus hijos iban a ser dos genios, y que su hijo mayor, Mateo, ganaría el premio Nobel cuando fuera mayor.

—Matvievushka va a ganar el premio Nobel —decía.

—Pero ¿el premio Nobel de qué? —le preguntaban.

La pregunta tenía su miga.

Mateo oyó tantas veces aquello de que cuando fuera mayor iba a ganar el premio Nobel, que terminó por creérselo. Se pasaba el día pensando en la ceremonia de entrega de los premios, en Estocolmo, y se imaginaba a sí mismo en el podio leyendo su discurso de aceptación.

—Matvievushka es un genio —decía Isabel—. Y Luisito también.

Pero ¿genios de qué? Este extremo aún no estaba claro. Los niños eran pequeños todavía. Genios de la matemática, de la pintura, del violín, de la literatura, de la investigación científica, ¡eso no importaba! Ellos serían libres de elegir la profesión que quisieran y ni Isabel ni Anselmo querían influir en ellos para que fueran médicos como Isabel o profesores de inglés como Anselmo. No, ellos no eran como esos padres que abruman a sus hijos con expectativas, y que si son abogados esperan que su hijo mayor sea abogado también, ¡o incluso le obligan a estudiar Derecho! No, sus hijos eran libres. Eran libres, también, porque eran genios, y uno no puede decirle a un genio lo que tiene que hacer.

—Pero ¿para qué quieres que sean genios? —le decía Anselmo a su mujer, vagamente incómodo—. A mí me basta con que sean felices.

—Cualquier tonto puede ser feliz —le contestaba Isabel.

—Pues a lo mejor es preferible ser un poco más tonto —le decía Anselmo a su mujer—, si eso es lo que hace falta para ser feliz.

—¡Anda! —le decía su mujer, que no comprendía aquellos titubeos o debilidades de su marido.

Ansiosa, expectante, Isabel contemplaba el lento florecer de sus hijos y se preguntaba cuándo comenzarían a manifestarse en ellos los signos de su genialidad indudable. La verdad era que Mateo había dado muestras de genialidad ya desde edad muy temprana. Todo lo hacía bien. Había aprendido a hablar muy rápido y ya con tres años tenía, según su madre, un léxico «mucho más extenso que el de muchos adultos». A los tres años le dijo a la asistenta «eso que dices no tiene el menor sentido», dejando a la pobre mujer patidifusa; a los cuatro años dibujó un coche con un hombre con chistera en el interior y dijo que era «un millonario» (dibujaba tan bien que sus padres habían empezado a guardar todos sus dibujos en una carpeta, que luego enseñaban a las sorprendidas visitas), y a los cinco años, nada menos, se puso a escribir él solito y sin que nadie le dijera nada, una versión de *Don Quijote de la*

*Mancha.*

De modo que la cosa estaba clara: Mateo era un genio, y cuando fuera mayor ganaría el premio Nobel. La señora de Montañés todavía no sabía exactamente qué Nobel ganaría su hijo. ¿El de la Paz? ¿El de Literatura? ¿El de Biología? En realidad aquello, por el momento, no tenía importancia. Lo importante era que la genialidad de su hijo era una consecuencia lógica e inevitable de su propia genialidad. Un padre muerto demasiado pronto, una madre ignorante e insensible, una guerra civil que corta en dos la infancia, una vida difícil y sin el apoyo de una familia, la repatriación a un país atrasado y hundido en una dictadura fascista y, finalmente, el matrimonio y los hijos, que la habían obligado a dejar su trabajo en el hospital de Guadarrama, habían obstaculizado el florecer de su propia genialidad. Pero su hijo no tendría ninguno de esos problemas y recibiría todo el apoyo necesario, de modo que su propia genialidad florecería fácilmente y pronto asombraría al mundo.

Cuando cumplió seis años, Mateo pidió de regalo para su cumpleaños la *Sexta Sinfonía* de Beethoven. Sus padres estaban embelesados.

—Eso se lo habéis dicho vosotros —les decían los amigos—. Ése no es el regalo que pediría un niño.

—¡Tú no le conoces! —respondía Isabel entusiasmada—. Beethoven es su compositor favorito. Quiere tener todas sus sinfonías.

—Ya tengo la quinta, la séptima y la tercera —decía Mateo con expresión concentrada—. Y me las sé las tres de memoria.

—¿De memoria? —decían los amigos de los padres, escépticos.

Pero era cierto. Cuando iba caminando por la calle, Mateo era capaz de decir, por ejemplo: «séptima sinfonía, primer movimiento», y tararearlo entero de principio a final. A veces se perdía, pero siempre se encontraba de nuevo. No concebía tener un disco y no aprendérselo de memoria. Su memoria musical era prodigiosa.

De modo que metieron a Mateo en el Conservatorio para que estudiara piano, y le compraron un Yamaha vertical que pusieron en su cuarto, al lado de la cama nido en la que dormían los dos hermanos. Y ahora cuando venían visitas a casa les hacían el *tour* completo: les enseñaban los dibujos de Mateo, colocados en una gruesa carpeta por orden cronológico, les enseñaban la versión de *Don Quijote de la Mancha* que había escrito con sólo cinco años y al final, la madre decía desmayadamente:

—Matvievushka, ¿por qué no tocas algo?

—Ay, no, mamá —decía el joven genio.

—¡Ay, qué niño este! —decía Isabel—. Es un tirano. No se le puede pedir nada.

—Sí, sí, que toque —decían las visitas, cautivas del Proyecto Genio.

De modo que Matvievushka finalmente iba al piano y tocaba una piececita de Schumann o un estudio de Burgmüller, y las visitas se quedaban extasiadas.

—¡Es que toca con mucho sentimiento! —decían asombrados—. ¡Y tan pequeño!



¡Cómo siente la música!

—Es que Matvieyushka es un genio —decía Isabel.

—¿Y Luis? —preguntaban a continuación las visitas—. ¿No toca?

Pero Luis se había negado en redondo a tocar el piano, diciendo que a él no le gustaba ese instrumento y que quería tocar la guitarra.

—¿La guitarra? ¿Como los melenudos esos que no saben cantar y que en vez de cantar gritan? —le decía su madre, completamente furiosa.

—Pues a mí me gustan —decía Luis.

—Esos melenudos, esos Beatles —decía Isabel con infinito desprecio—. Eso no es música, eso es ruido.

—No saben tocar, no saben cantar —decía Anselmo—, llevan el pelo largo como las chicas... Y cantan con micrófono, además. Los cantantes de verdad no necesitan micrófono.

—Pues a mí me gustan —decía Luis.

—Si quieres estudiar guitarra, irás al Conservatorio para aprender solfeo y luego aprenderás guitarra clásica —le dijeron sus padres.

En su cumpleaños, Luis pidió de regalo un disco de los Beatles. Pero sus padres, que se habrían dejado torturar y matar antes que entrar en una tienda para comprar *A Hard Day's Night*, le compraron en su lugar un disco de Andrés Segovia para que aprendiera lo que era tocar la guitarra de verdad.

—¿No te gusta más esto que esos melenudos? —le decía su padre mientras escuchaban en el tocadiscos familiar a Andrés Segovia tocando «Recuerdo de la Alhambra» o el «Romance anónimo».

—Sí, no sé, está bien —decía Luis aplastado en el sofá—. Pero me gustan más los Beatles.

Isabel se sentía desilusionada. Estaba claro que su hijo pequeño se resistía a ser un genio.

## Repas

Sin duda aquella obsesión por los genios y la genialidad le venía a Isabel de su formación soviética. Y es que Isabel había tenido una infancia peculiar. Había sido uno de aquellos niños que fueron llevados a la Unión Soviética durante la guerra civil y a los que llamaban «los niños de Rusia». Isabel había sido enviada a la URSS junto con dos hermanos, su mellizo, Leopoldo, y un hermano más mayor, Germán. Cuando se marchó tenía seis años, y cuando regresó a España en el año 1958 tenía veinticuatro y era médico por la Universidad de Moscú.

—Si yo no me hubiera ido a la Unión Soviética, ¿qué habría sido de mí, *mats mayá*? —decía a menudo—. Habría sido, qué sé yo, peluquera, o dependienta en una tienda... Con esa madre analfabeta que yo tengo, si me llego a quedar en España jamás habría podido estudiar... Pero gracias a la Unión Soviética he podido estudiar una carrera universitaria y convertirme en una persona culta.

Hablaba ruso perfectamente, soñaba en ruso y escribía en ruso su diario, y el ruso era seguramente la lengua que mejor conocía a pesar de no ser su lengua materna. A muchos de los *repatriados*, que era como los «niños de Rusia» se conocían a sí mismos, les sucedía lo mismo: habían ido a la URSS cuando eran muy pequeños y no dominaban bien el idioma, habían perdido el contacto con el español en una fecha muy temprana, y su español había seguido siendo la misma lengua infantil y limitada que hablaban al llegar. Muchos de los repatriados amigos de Isabel, sobre todo los recién llegados de la URSS, tenían un español lleno de incorrecciones y de palabras pronunciadas como las pronuncian los niños. Algunos desconocían, por ejemplo, que hay una «d» en los participios, y decían «cansao» y «terminao» no por dejadez o por descuido, sino porque pensaban que esas palabras se pronunciaban y se escribían así. Y eran médicos, ingenieros, físicos, sobre todo ingenieros, ingenieros de camiones, de caminos, de presas, de puertos. La URSS, al parecer, producía ingenieros sin cesar. Los dos hermanos de Isabel que habían ido con ella a la URSS se habían hecho los dos ingenieros. Leopoldo, su hermano mellizo, que había regresado de la URSS con ella, trabajaba en Pegaso controlando la fabricación de los motores de los camiones. Germán, que era un par de años mayor que ellos, era ingeniero hidrológico (se dedicaba a construir presas) y seguía todavía en la Unión Soviética. Hacía años que no sabían nada de él: estaba trabajando en alguna zona restringida de Asia Central y ni siquiera a través de la Cruz Roja resultaba posible hacerle llegar las cartas. Con una especialidad como la suya, era probable que no le dejaran regresar nunca.

Igual que todos los repatriados, o los *repas*, como se llamaban a sí mismos, Isabel estaba absolutamente enamorada de la Unión Soviética y consideraba que las cosas rusas eran las mejores del mundo y que España era una mierda pura.

—Ay, es que el que ha conocido *aquello* —decían los *repas*—. El que ha

conocido *aquello*...

Para los repas, la URSS era la potencia líder del mundo en ciencia, en tecnología, en arte, en música, en educación, en agricultura, en medicina. Las orquestas rusas eran las mejores del mundo, los hospitales rusos los mejores del mundo, los cantantes rusos los mejores del mundo, los camiones rusos los mejores del mundo, etcétera, etcétera, etcétera. Por contraposición, todas las cosas españolas eran mierda pura. España era un país atrasado, fascista, sucio, inculto, chabacano, vulgar, y los españoles eran ignorantes, faroleros, mentirosos, sucios, incívicos y horriblemente egoístas, por contraposición a los rusos, que eran simpáticos, amables, generosos, idealistas, inteligentes, cívicos y cultos. En España no había cultura y no había ningún respeto por el arte ni por los artistas. Hablar de «arte español» o «literatura española» les ponía a los repas una sonrisa de desdén en los labios.

De esta curiosa descripción del mundo surgía la obsesión de Isabel por los genios y por tener hijos geniales. España era un país de palurdos incultos que no tenían libros en su casa, mientras que la URSS era un país de genios. Y sus hijos, ¿qué iban a ser? ¿Típicos españolitos vanidosos, ignorantes y apasionados del fútbol o genios de las ciencias o de las artes que asombraran al mundo con su sabiduría? La respuesta era obvia. Es necesario comprender, asimismo, la forma en que en la Rusia de Stalin se mezclaban el discurso del marxismo-leninismo con la retórica romántica, y cómo el lenguaje del «materialismo histórico» se expresaba a menudo en aquel país melodramático y desesperadamente sentimental con los términos del idealismo y las formas artísticas decimonónicas. Así los repas pensaban, por ejemplo, que en España no sabían lo que era de verdad la poesía, porque para ellos un poema tenía que tener necesariamente estrofas y rima, y si no, no era un poema, y les parecía que el arte «moderno» (es decir, el que comenzaba en las últimas décadas del siglo XIX) era un error estético, una deformación inexplicable, perversa y definitivamente «de mal gusto» del verdadero arte y la verdadera literatura. Jamás habrían comprendido, de haberlos leído, qué diablos pretendían poetas como Baudelaire, Rimbaud o Mallarmé, que les habrían parecido una colección de excéntricos. Para ellos la pintura era Ilya Repin, la música, las canciones de Chaikovsky y la literatura, Chéjov y Tolstói, y los autores del siglo XX que admiraban eran aquellos que repetían estos modelos, o que al menos parecían intentar repetirlos, como Gorki o Prokófiev, Shostakóvich o Pasternak. Todo el discurso político de la «izquierda» soviética era en realidad idealismo mesiánico decimonónico, y estaba lleno de términos como «espíritu», «idealista», «sacrificio», «espiritual», «alma» «puro», «pureza», que se correspondían punto por punto con el discurso de la religión o incluso de la mística. El personaje del *yuródivi*, el tonto santo que no sabe lo que dice pero está iluminado por Dios, se transformaba así en el simpático Iván el proletario, idealista, generoso, que no entiende las sutilezas de la dialéctica pero es capaz de sacrificarse en aras de una

causa más grande que él mismo.

—En este país no hay idealismo —decían los repas, desazonados—. Aquí todo el mundo es egoísta, todo el mundo va a lo suyo... *Aquello* era diferente. Allí las personas piensan en los demás... Es otra cosa, otra cosa...

## Los 60. Lista

El primer libro con forma de libro que leyó: *Aventura en el valle*, de Enid Blyton.

La discusión entre los partidarios del Cola Cao y los partidarios del Nesquik.

¿Existe una relación entre la Coca-Cola y el Cola Cao? ¿Tiene hojas de coca la Coca-Cola? ¿Qué es la «nuez de cola»? Nadie ha visto ninguna, lo que es seguro es que viene «del África tropical».

Un trabajo de clase, consistente en poner una judía dentro de un algodón humedecido. La judía germina, brotan una raíz amarilla y un tallo blanco y verde. La vida es verdad. Las semillas germinan realmente.

Los tebeos. Las historietas. Los cómics. Tres nombres para una misma cosa. *Tiovivo* es un tebeo. Los libros de la colección Dumbo son historietas. Tintín es un cómic.

Su pasión por los cómics, por las historietas, por los tebeos.

Soledad en el salón familiar. Mateo plantó granos de maíz en una de las jardineras de la terraza, y unas semanas después comenzaron a salir unas plantitas muy delicadas que luego desarrollaron verdes mazorcas que parecían de porcelana.

Trabajos del colegio. Hacer una colección de hojas secas, pegadas en un álbum, y escribir debajo el nombre del árbol correspondiente.

Trabajos del colegio. Poner hojas de un seto en alcohol, y observar cómo se quedan sin clorofila. La clorofila es lo que hace que las hojas de los árboles sean verdes.

La función clorofílica.

Es peligroso dejar plantas en la habitación durante la noche.

Los álbumes de *Vida y color*, con los maravillosos cromos de animales africanos, de pájaros, de mariposas. Los cromos imposibles de conseguir. Los cambios de cromos. Jugarse los cromos golpeándolos con la palma de la mano sobre la mesa.

Los álbumes *Maga* donde salían los romanos, los persas, los cartagineses, el caballo de Troya.

Las partes de la flor. El gineceo, el estambre, los pistilos, la corola, los pétalos, los sépalos. Las partes del estómago de una vaca. El sistema circulatorio: venas y arterias.

Las chapas. Las carreras de chapas. Las canicas. El gua. Las bolas de goma que botaban cuatro metros. Los yoyós.

Las pastillas de leche de burra. El regaliz rojo, el regaliz negro. El paloduz. El jorobado que se acercaba a la puerta del colegio a vender manzanas envueltas en caramelo rojo. Los polos. Los polos de palo de pela. Las violetas. Las juanolas, que dejaban la lengua negra. Los caramelos de café con leche, que se pegaban a los dientes. El bombón helado.

Los vendedores de bombón helado en los intermedios de los cines. El grito «¡Bombón helado! ¡Al rico bombón helado!».

Los Tigretones. Los bollos Pantera rosa eran de color rosa. Los bimbollos. Los Bollycaos. Los tronquitos. Los caramelos Sugus, Sugus de Suchard. Los chupachups de Coca-Cola. El pitagol (un caramelo-silbato, similar al que «inventaría» el protagonista de *Chitty Chitty Bang Bang*).

Los tebeos, el *T. B. O.*, que ya parecía anticuado, y el *Tiovivo*, donde salían todos sus personajes favoritos: Mortadelo y Filemón, agencia de información; Rigoberto Picaporte, solterón de mucho porte; Zipi y Zape (cuyo padre, don Pantuflo Zapatilla, era escritor de novelas rosa); Sir Tim O’Theo; la abuelita Paz; Rompetechos; Carpanta; Vázquez; Pepe Gotera y Otilio, chapuzas a domicilio; las hermanas Gilda; el botones Sacarino; Anacleto, agente secreto; la familia Trapisonda, un grupito que es la monda; Toby; Aspirino y Colodión, y también las historietas de *Pumby*, que era un gatito, y sobre todo sus favoritas, los tomos de la colección Dumbo donde venían las historietas del Pato Donald, el tío Gilito y los tres sobrinos de Donald, Juanito, Jorgito y Jaimito, dibujadas por el gran Carl Barks, *Andes lo que andes, no andes por los Andes* (en la que Donald y sus sobrinos llegan a un reino perdido en los Andes donde las gallinas ponen huevos cuadrados), y las de Mickey y Goofy, que se convertía en Super Goofy cuando tomaba «supergramíneas» (que eran en realidad supercacahuets) y que a Mateo y a Luis sólo les compraban cuando estaban enfermos y con fiebre, o cuando tenían que ponerles una inyección, ya que los tebeos no estaban bien vistos en el hogar de los Montañés, aunque contra su fuerza desbordante ni siquiera Isabel, con todas sus convicciones soviéticas y su odio ilustrado a las imágenes, era capaz de oponerse. El capitán Trueno, cuyos dibujos eran mucho más toscos, y también El Jabato, y más tarde El corsario de Hierro, con la misma fórmula: héroe, forzudo y pequeñajo. En El Jabato, el forzudo se llamaba Taurus, y el pequeñajo era una especie de cantor con lira llamado Fideo. En El capitán Trueno, el forzudo era un tal Goliath, y el pequeñajo un muchacho llamado Crispín.

«¡Dios mío, qué horrible final!»

«¡Vamos, Crispín! ¡Dale lo suyo!»

Y luego estaban los álbumes. Astérix y Obelix, los galos que luchaban contra los romanos, y todos los otros álbumes: Lucky Luke, Iznogud, Espirú y Fantasio, Los cuatro investigadores, El teniente Blueberry, con los geniales dibujos de Giraud, y el mejor de todos: Tintín.

La primera aventura de Tintín que leyó fue *El cangrejo de las pinzas de oro*. Se lo compraron sus padres en el Retiro, en la Feria del Libro. Luego los fue leyendo todos, negociando, manipulando, llorando si era preciso para intentar obtener los álbumes uno a uno. Y sus favoritos: *El cetro de Ottokar*, con su maravilloso país inventado,

que tanto se parecía a la futura Zembra de *Pálido fuego*, el díptico formado por *El secreto del Unicornio* y *El tesoro de Rackham el Rojo*, *Tintín en el Tíbet*, *Las siete bolas de cristal* y *Tintín en el templo del sol*, *Objetivo: la luna* y *Tintín en la luna*.

Otros cómics: Archie, Marijuana (una niña que sufría curiosas transformaciones y entraba en mundos alucinógenos), tebeos americanos en traducciones mexicanas, tebeos mexicanos que contaban los mitos aztecas. Daniel el travieso. Carlitos y Snoopy. Cebollita. El gato Félix. Cuánta felicidad. Cuántas imágenes.

Los cines, el ozono-pino, el intenso olor de «ambientador» de los cines sin ventilación. El Imperial era su cine favorito. Los cines de la Gran Vía. El cine Tívoli, donde estrenaban todas las películas de niños. La oscuridad de la sala, y el temible techo desconchado. El cine López de Hoyos. Los programas dobles. La sesión continua. Uno entraba en el cine en cualquier momento, en mitad de la película, y luego se quedaba hasta que volvía a empezar y llegaba al mismo lugar. Si a uno le gustaba, la veía otra vez. Uno intentaba sentarse lo más lejos posible. Cuanto más atrás, mejor.

El primer libro de Guillermo que leyó fue *Guillermo detective*.

Los libros adaptados para niños. La colección «Historias», que tenía tres páginas de texto y una página de cómic. Los libros de Fenimore Cooper. *La Ilíada*. *Tom Sawyer*.

Tom Sawyer era su modelo. Siempre se imaginaba a Becky idéntica a Matilde.

*El viejo molino*, todo el lirismo de Walt Disney. Los juncos que hacen música con el viento. Las gotas diamantinas en las telas de las telarañas. Un lirismo que se perdería en los dibujos animados y no regresaría hasta Hayao Miyazaki.

Las películas de Walt Disney. *Fantasia* era su película favorita. Los animales de *Bambi*. Los cortos de Mickey Mouse y del Pato Donald. *Blancanieves y los siete enanitos*. *Peter Pan*. *Donald en el país de las matemáticas*.

*2001, una odisea del espacio*. La película que le marcó para siempre. La vio cuando tenía ocho o nueve años, en su estreno en España. Las infinitas sorpresas de esta película. El viaje por el interior de la mente, que termina de pronto con la cápsula espacial dentro de una casa del siglo dieciocho. El siglo dieciocho y el futuro y la prehistoria y las estrellas: la mezcla, el Posible. La música de Ligeti. La música de Shostakóvich. La música de Richard Strauss. La historia de la evolución del hombre. La posibilidad de que la conciencia del hombre se expanda hasta convertirse en una estrella. La noción de que el ser humano es un proceso. La posibilidad de contar una historia sólo con imágenes y con música. La música como transformación interior. Un arte al servicio de la evolución interior. Todo el programa artístico, intelectual y espiritual de una vida.

*La naranja mecánica*. Era para mayores de dieciocho, pero el hermano de Negrete la vio y se la contó a Negrete fotograma por fotograma, y Negrete se la contó

a Mateo fotograma por fotograma a lo largo de varios recreos, en el Ramiro. Se la contó tan bien, que cuando Mateo la vio por fin tenía la sensación de que ya la había visto.

Los libros de Enid Blyton. Los de Richmal Crompton. Los de los tres investigadores, presentados por Alfred Hitchcock. Los de los Hollister, una familia americana tremendamente cursi. Los de Kasperle. Los de Tocón. Los libros de Julio Verne, los de Salgari, los de Karl May. Las novelas de Fenimore Cooper, de Walter Scott, de Mark Twain, de Stevenson, de Bulwer Lytton. Los libros de James Curwood. Los de Zane Grey, con sus maravillosas descripciones del paisaje salvaje del oeste, la belleza de las montañas, las laderas cubiertas de zumaque, los tumultuosos ríos derramándose entre los riscos, las praderas cubiertas de búfalos. Y las historias de amor. Una muchacha llamada Mezcal, con sangre mexicana en sus venas, valiente y hermosa.

Sandokan y Yáñez, el Corsario de Hierro, Old Shatterand, Winnetou. El llano estacado. Los tigres de Malasia. El *kriss* ondulado. Mompracem. Morgan el pirata. El último mohicano. El capitán Nemo. Quentin Durward. Ivanhoe. Rob Roy. Oliver Twist. David Copperfield. Pippis. Miss Evesham. Huckleberry Finn. Espartaco.

*Espartaco*, de Howard Fast. *Fabiola*, del cardenal Wiseman, un libro que le regaló su abuela para que supiera lo que eran los cristianos. *Quo vadis*.

Las descripciones de Zane Grey, las descripciones de Jack London, su autor favorito. *La llamada de la selva*, *Antes de Adán*, *La peste escarlata*, *El lobo de mar*, *Terry de las islas*, *Martin Eden*, *Aventura*, *El peregrino de las estrellas...*

H. G. Wells. *Los primeros hombres en la Luna*. *La guerra de los mundos*. *La mitad de seis peniques*. *La máquina del tiempo*. Wenceslao Fernández Flórez. *El malvado Carabel*. *El hombre que compró un automóvil*. *El castillo de Barbazul*.

Los grandes paneles publicitarios por las calles de Madrid. El escándalo de los madrileños ante aquella intromisión, aquellas enormes fotos publicitarias.

Los escándalos de Anselmo, padre de Mateo, ante las libertades que se tomaba el lenguaje publicitario. Un lenguaje imitado del inglés, sin artículos, ni preposiciones ni verbos copulativos. «Coca-Cola, la chispa de la vida» en vez de «La Coca-Cola es la chispa de la vida».

No se debía comprar en Galerías Preciados porque era de «la Franca», «la Collares», doña Carmen Polo de Franco, la mujer del jefe del Estado.

El sabor dulzón del Calcio 20.

Los *Reader's Digest* amontonados en casa. Durante una temporada, Anselmo dio unas clases privadas de inglés a un grupo de ejecutivos de la sucursal española de la revista, y se los regalaban. Era una revista curiosa: tenía formato de libro, y su principal atractivo era que contenía libros «importantes» resumidos, de modo que uno pudiera leerlos saltándose todas las partes aburridas y, también, hablar del libro como



si lo hubiera leído realmente.

La llegada del hombre a la Luna. Sucedió un verano, cuando la familia estaba en un camping de Fuengirola. Los vecinos del camping, unos valencianos muy agradables llamados «los señores Feliu», les invitaron a verlo en la televisión que tenían en el avance de su tienda.

La ropa yeyé (de «yes, yes», «yeah, yeah» de las canciones pop inglesas). Ser «un chico yeyé». Ser yeyé. Mateo decía que él era yeyé. Una camisa yeyé (una camisa de cuadros color café).

Prica, el primer supermercado, en la esquina de López de Hoyos y Velázquez. El logotipo, que representaba a una mujer vestida con un traje azul y color butano. La modernidad. El siglo xx. El futuro. La tienda del futuro. La belleza del futuro.

El color butano. Su madre tenía un vestido de color blanco, azul y butano.

El olor de Prica. La línea de las cajas. Las cajeras con sus uniformes. Los carritos de compra, con asientos para los niños. La sobrenatural limpieza, los enormes muebles-nevera llenos de congelados. Las puertas de los frigoríficos, que se abrían en medio de espesas nubes de vapor.

Vips, cuyas puertas acristaladas abrieron justo debajo del plafón de la esquina de Velázquez y López de Hoyos, sostenido por una elegante V de hormigón cubierta de baldosines. Vips: una tienda donde se vendía comida, libros, revistas, discos y que era también una cafetería-restaurant en la que se podía tomar cualquier cosa a cualquier hora. La libertad de América. Abierto hasta las tres de la mañana. Uno podía tomar un café, una tortilla, cenar, un helado.

Los sándwiches de Vips.

Los sándwiches de Manila, la mejor cafetería de Madrid. Los batidos de chocolate de Manila.

La minifalda. El gogomóvil. El seat 600. El bikini. Bikini era el nombre de un atolón del Pacífico. El motocarro. La Vespa. La Vespa con sidecar. Su tío Manuel no les dejaba a sus hijas ponerse minifalda. Su tío Manuel tenía una moto con sidecar. Un día Mateo montó con su padre en el sidecar de la moto de su tío Manuel.

Paliba, el taller de su tío Manuel, donde fabricaba maquinaria de precisión. Las visitas fascinantes a Paliba. La maquinaria, los cables, las herramientas.

Los autobuses. Los trolebuses. Los tranvías. Los carriles de los tranvías por las calles. Las agudas campanadas de los tranvías en los cruces. El trolebús bajando por la avenida de la Ciudad de Barcelona, que él veía desde el balcón de la casa de sus abuelos.

La «casa de fieras» del Retiro. El foso de los monos.

Una tarde de Sábado: ir a Barajas a ver los aviones. Ni siquiera tomaban nada. Le gustaban las azafatas, con sus faldas entalladas, sus elegantes moños, sus zapatos de tacón.

Una mañana de Domingo: ir a la isla de tráfico cubierta de césped que había entre la carretera de Barcelona y la desviación de la autopista de Barajas.

La Casa de Campo. El monte de El Pardo. Villalba. Todo estaba siempre vacío. El arroyo de Villalba estaba lleno de ranas.

Ir a la nieve. Navacerrada. Un restaurante donde tomaban bistec con patatas fritas. Luego su padre, que apenas fumaba, se fumaba un Farias. El camarero de los ojos estrábicos.

El estanque del Retiro. El barquito que daba una vuelta alrededor del estanque.

La chopera del Retiro, donde se alquilaban bicicletas. Estaba prohibido montar en bicicleta en el Retiro. Sólo en la chopera se podía.

La virtud del ahorro. La Caja de Ahorros les «regalaba» a todos los alumnos del Ramiro una libreta en la que podían ir poniendo sus ahorros. Al final de curso, los que tenían más ahorros en sus libretas recibían premios en un acto solemne celebrado en el cine del Ramiro, al que asistía todo el colegio. Había discursos del director y del representante de la Caja de Ahorros exaltando la virtud del ahorro, y Mateo pensaba que era una injusticia intolerable que los premios de fin de curso, que consistían casi siempre en libros de cuentos, se los dieran a los que más habían ahorrado a lo largo del curso y no a los mejores estudiantes.

La sintonía de Radio Nacional. La sintonía del NoDo, el Noticiero Documental en blanco y negro que ponían siempre en el cine antes de la película. La sintonía de Movierecord. La sintonía de Cine Dis. «Visite nuestro bar.» «Selecto ambigú.» Las películas interrumpidas por un «Intermedio».

El símbolo del aire acondicionado de los cines durante el verano: un oso polar caminando sobre un bloque de hielo, pintado en un lienzo.

Los carteles gigantes de los cines, pintados sobre lienzos en bastidores gigantes que cubrían fachadas enteras.

El luminoso de la Caja de Ahorros en la glorieta de Cibeles: una peseta dorada que rodaba y entraba en una hucha, y de pronto la peseta estaba de nuevo fuera de la hucha, y rodaba al interior, y otra vez estaba fuera... Y esto una y otra vez, flotando en el cielo nocturno, mientras Mateo y Luis iban en el coche adormilados, los Sábados por la noche, de regreso de casa de los abuelos.

Los Chiripitifláuticos. El capitán Tan. Locomotoro. Valentina. Los hermanos Malasombra. La casa del Reloj. Marta, Poppy y Manzanillo. Herta Frankel y su perrita *Marilyn*. Su absurdo acento austríaco. Torrebruno y su acento italiano. *Viaje al fondo del mar*. El submarino atómico Sibius XII. El capitán Lee. El comandante Nelson. *Reina por un día*. *Cesta y puntos*. *Estudio uno*. Jaime Blanch. José Bódalo. María Asquerino. Mairata O'Wisiedo. *Vacaciones en el mar*. *Verano azul*. El Chanquete, que vivía en un barco varado. La muerte del Chanquete. María Luisa Seco: «¡Holaa, chicoos!!». Los payasos de la tele. «¿Cómo están ustedes?» Gaby,

Fofó, Miliki y Fofito (y Milikito). El patito Fito. El libro gordo de Petete. «El libro gordo te enseña, el libro gordo entretiene, y yo te digo contenta: hasta el programa que viene.» *El hombre y la tierra*. Félix Rodríguez de la Fuente. El descubrimiento de que España era un país con animales. El descubrimiento de que en España también había naturaleza, bosques, águilas, osos, lobos. «¡Más fuerte, que no se oye! ¿¿Cómo están ustedes??»

Los Beatles. Los Monkeys. Los Brincos. Los Pekenikes. El Dúo Dinámico. *Los chicos con las chicas*. Karina. Cecilia. «Yo soy rebelde porque el mundo me hizo así, porque nadie me ha tratado con amor.» «Eva María se fue.» Massiel. «La, la, la, la.» El concurso de Eurovisión «Palomitas de maíz». «Si yo fuera rico.» «Black is black.»

La sintonía de Eurovisión, en la tele, sobre el símbolo de Eurovisión.

Los aviones americanos soltando racimos de bombas sobre Vietnam. Las imágenes de la guerra de Vietnam. Las manifestaciones contra la guerra de Vietnam.

La sintonía de la BBC Internacional: una melodía de *Fidelio*, de Beethoven. Las noticias de la BBC. Su padre oyendo las noticias de la BBC en la radio, por la noche. Los silbidos, las interferencias. Las noticias donde se contaba la verdad de lo que pasaba en España.

El transplante de corazón del doctor Barnard.

Louis de Funes. *Fantomas*. Cantinflas.

—¡Que llamen a la policía!

—Pero si la policía eres tú.

—¡Pues que me llamen a mí!

Las revistas de médicos. *La hora XXV*. *Jano*. Los artículos de Néstor Luján, que se titulaban «A la cabecera de los personajes de la historia».

Franco hablando en la televisión, con su bigotito y su uniforme militar. «¡Españoles!» Un viejo tembloroso. Una imagen tan omnipresente que uno lo sentía muy próximo, casi como de la familia. Una especie de abuelo. A pesar de considerarle un dictador, un asesino, un hombre cruel y vengativo. Franco con su familia. Franco pescando. Franco inaugurando un pantano. Franco con su gorrito de cazador, rifle al hombro, derribando un urogallo. Franco en el balcón del palacio de Oriente. Franco en su yate. Franco con gafas negras. Franco saliendo de uno de sus Rolls-Royce Phantom IV.

Franco iba a cruzar la ciudad, y pasaría por la calle López de Hoyos. Policías en todas las esquinas. Policías armados en las terrazas de los edificios. Anselmo y Mateo de la mano, en la glorieta de Ruiz de Alda, y Anselmo diciéndole: «Mira, ese hombre de la esquina es de la secreta; y el que está al lado del quiosco también». Estuvieron esperando un buen rato a que pasara el coche de Franco. Y al fin apareció: era una comitiva de coches negros que iban a toda velocidad, precedidos y seguidos por motos de la Guardia Civil, y era imposible saber en cuál de ellos iba Franco.

## Matilde

Una tarde fueron a visitar a unos amigos de los padres. Eran unos amigos nuevos, los De la Rosa. Josefina de la Rosa era profesora de inglés y compañera de Anselmo en la Escuela Oficial de Idiomas, y es posible que ambos matrimonios se hubieran encontrado antes en alguna cena o en alguna celebración navideña de la Escuela de Idiomas. Los matrimonios que tienen hijos pequeños suelen tener dificultades para hacer nuevos amigos o incluso para mantener las amistades antiguas, pero siempre están deseosos de relacionarse con otros matrimonios con hijos. Josefina y Bernabé tenían tres hijos de la misma edad que Mateo y Luis, de modo que el encuentro entre ambas familias se hacía casi inevitable.

Los De la Rosa vivían en un hotelito de Ciudad Jardín, en la avenida de Alfonso XIII, a dos paradas de metro de la casa de los Montañés. Era una zona muy tranquila y por la que apenas había tráfico. Los árboles de los jardines de la calle no debían de ser tan altos y copudos entonces como lo son hoy en día, pero ya había en el jardín delantero de los De la Rosa un pruno y un pino y una hilera de rosales, y en el jardín posterior, cuya superficie estaba casi toda cementada para mayor comodidad, una gran mata de celindas, una acacia mimosa, un laurel y un olmo de sombra que tendrían que cortar unos años más tarde. Mateo y Luis nunca habían conocido a nadie que viviera en una casa independiente, y se sintieron profundamente impresionados por la enorme escalera de piedra que conducía al piso superior, donde estaban los dormitorios, y por una habitación que estaba al lado del vestíbulo y en la que sólo había butacas, pufs de cuero de los que estaban de moda en la época, muchos libros y un inmenso aparato de televisión. También les impresionó el jardín trasero, lleno de flores y de macetones con plantas, donde merendaron las dos familias bajo la observación de varias avispas (en aquella época había más insectos en todas partes) una sucesión de bandejas de medias noches con queso, con jamón, con salchichón, con foie gras (entonces se llamaba así a lo que luego se llamaría, más humildemente, paté), un poco de ensalada y unas pechugas de pollo a la plancha.

Los niños De la Rosa eran tres: Matilde, la mayor, que tenía la misma edad que Luis, Bernabé, o Bernito para distinguirlo de Bernabé padre, que tenía un año menos que Matilde, y Juan Pedro, el pequeño, que tenía entonces tres años y hablaba con lengua de trapo. Matilde era entonces una niña de seis años, con el pelo castaño cortado por los hombros y vivaces ojitos marrones de ardilla, con una cara de llenas mejillas pálidas y punteadas de pecas rosadas, muy alegre y muy ágil, que corría por todas partes y trepaba por la barandilla de la escalera del vestíbulo como si fuera un monito. Siempre estaba de buen humor y lo único que deseaba en la vida, como les sucede a casi todos los niños, era jugar y divertirse. Era la hermana mayor, y estaba acostumbrada a mandar y a reírse de sus hermanos. Ellos no podían pegarla, porque

era una niña, de modo que su poder sobre ellos era absoluto.

¿Qué es una niña? No es que Mateo no hubiese visto nunca antes a una niña. Tenía primas de la edad de Matilde, y muchos de los amigos de sus padres tenían hijas de su edad, como Leila, la hija menor de los Aparicio, o Luisi, la hija menor de los Villasante, o Maruchi, la hija de Rosita y de Sasha Khmelik, a la que sólo veía durante unas pocas semanas cada dos años, que era cuando dejaban salir a Rosita de la Unión Soviética, su gran amiga de la infancia, una niña de grandes ojos románticos, tan hermosa como una princesa rusa, con la que jugaba como juegan los niños, subiendo a los árboles y corriendo por las orillas de los ríos en La Granja, o en Aranjuez, o en El Escorial, o yendo al Lozoya a bañarse, esas cosas que se hacían entonces (con los años, Maruchi, Maria Khmelik, se haría guionista cinematográfica, se casaría con el director de cine Valentin Pichul y sería la autora del guión de *La pequeña Vera*, la película rusa que reflejó la aparición de la nueva generación de la perestroika), pero las niñas eran, a pesar de todo, un mundo desconocido para él. ¿Qué es una niña? Los niños no suelen jugar con niñas ni sentir el menor interés por ellas. Las niñas hablan mucho y tienen gustos absurdos: hacer collares con cuentas de colores, peinar a sus muñecas con un cepillo rosa, vestirse de princesas. Sin embargo, Matilde no era así. Corría, saltaba, trepaba como el niño más avezado. Era valiente, divertida, muy alegre.

Después de correr por el jardín y saltar en las camas y trepar por la barandilla de la escalera y jugar al escondite y a tula en alto en la acera de la avenida de Alfonso XIII, acabaron en el cuarto de la televisión tirados sobre la moqueta. En la televisión no ponían nada interesante (sólo había dos canales donde elegir) y entonces se pusieron a hablar y surgieron los temas profundos.

—Matilde va a hacer la comunión al año que viene —dijo Bernito.

Sin duda, aquélla era una noticia importante para los niños De la Rosa.

—Pues yo no he hecho la comunión —dijo Mateo.

—La harás al año que viene —le dijo Matilde con su tono de marisabidilla.

—No, nosotros no vamos a hacer la comunión —le informó Mateo—. Ni este año, ni el que viene, ni ningún año. ¿A que no, Luis?

—No —dijo Luis.

Aquella noticia cayó como una bomba sobre los pequeños De la Rosa. ¿Qué motivo podía existir para no hacer la comunión? Pero la explicación era muy sencilla: los Montañés no hacían la comunión porque *no eran creyentes*.

—Mi madre dice que Dios no existe —dijo Mateo desafiante.

—Hala, qué dices —le dijo Bernabé escandalizado—. Eso es un pecado.

—Ja, ja, un pecado —dijo Luis—. Nosotros no creemos en los pecados.

—¿No?

—No.

—Anda, y entonces qué pasa, ¿podéis hacer lo que queráis? —preguntó Matilde.

—Pues sí —dijo Luis.

—No —dijo Mateo, cuyo refinamiento dialéctico era mayor que el de su hermano—, pero no porque sea pecado.

—Pues Dios sí existe —dijo Bernabé muy enfadado—. Diga tu madre lo que diga, sí que existe.

—¿Tú le has visto? —preguntó Mateo.

—¿A quién?

—A Dios.

—Pues claro —dijo Bernabé cada vez más enfadado—. Está en la iglesia.

—Lo que está en la iglesia es una estatua —dijo Mateo—. Eso es una estatua, no es Dios.

—Y entonces, vosotros cuando vais a misa... —empezó a decir Bernabé.

—Nosotros no vamos a misa —le informó Luis.

—¿No? —se extrañó Matilde.

—¿No? —dijo Bernabé completamente escandalizado—. Pues eso sí que es pecado...

Los tres hermanos De la Rosa se miraban entre sí con consternación. ¿De dónde habían salido aquellos niños?

—Si no creemos en Dios, ¿para qué vamos a ir a misa? —dijo Mateo con tranquilidad, disfrutando intensamente de la situación—. Además, la misa es un rollo. Siempre dicen lo mismo.

—Y tú ¿cómo sabes que siempre dicen lo mismo si no vas? —le dijo Matilde.

—No necesito ir para saber que es un rollo —dijo Mateo, desafiante—. Es un rollo porque es todo mentira.

—¡No es mentira! —dijo Bernabé.

—Claro que es mentira —dijo Mateo—. Cuando veas a Dios, se lo dices de mi parte.

—Hala, tío —le dijo Matilde—. ¡Qué cosas dices!

Las dos familias comenzaron a verse a menudo. Cuando iban a casa de los Montañés, los niños hacían una obra de teatro que luego representaban para los mayores en la biblioteca que daba al salón, y que en esa época tenía unas puertas correderas plegables que funcionaban a modo de telón, o bien jugaban a las tinieblas, que era un juego prohibido porque les daba miedo a los pequeños y también por otras razones. Cuando los padres decían que había que marcharse, los niños se escondían en los armarios para retrasar lo más posible la despedida. Separarse de los De la Rosa les resultaba intolerable. A los cinco niños les hubiera gustado dormir juntos y

despertarse juntos y pasarse todo el día juntos jugando.

Sólo jugaban a las tinieblas en casa de los Montañés, porque la disposición de la habitación y especialmente las literas que había fabricado Anselmo para que durmieran sus hijos creaban un espacio perfecto para ese juego. Sacaban la cama inferior, y debajo de la cama superior quedaba entonces un hueco alto y profundo que parecía una cueva. En las tinieblas, el que se la ligaba esperaba fuera mientras los demás se escondían en la habitación. Luego se apagaba la luz, y el que entraba tenía que buscar a los escondidos, que permanecían absolutamente inmóviles y en silencio. Cuando encontraba a uno, nada más tocarle, tenía que decir su nombre. Si acertaba, entonces el otro se la ligaba. Éste era el juego de las tinieblas. Había que estar completamente inmóvil en la oscuridad, casi sin respirar, y de pronto uno notaba una mano en el costado, o en el zapato, o en el pelo. Y el que buscaba, a tientas y sin ver nada en absoluto, nunca sabía qué se iba a encontrar: de pronto extendía la mano y tocaba una cara húmeda y caliente. Era imposible jugar a este juego sin que alguien, tarde o temprano, se pusiera a dar gritos, y por esa razón, y quizá por alguna otra, los padres lo habían prohibido.

Cuando jugaban, Mateo sólo deseaba encontrar a Matilde. Entraba en la habitación a oscuras poseído por una emoción indefinible y confiando en que un sexto sentido le llevara directamente a ella. A veces, incluso, encontraba a alguien que podía no ser ella y lo ignoraba, buscando a Matilde, sólo a Matilde. Se deslizaba en la cueva que había debajo de la litera superior y su mano extendida tocaba una pantorrilla desnuda, larga y suave, y sabía que era ella. A veces la tocaba en el pecho por accidente, sin pretenderlo, a pesar de que ya sabían que a las niñas no se les debe tocar en el pecho (aunque no sabían muy bien por qué), y por eso no les dejaban jugar a las tinieblas, por esos encuentros fortuitos, por esas caricias en la oscuridad. A veces se escondían los dos juntos debajo de la cama, o dentro del armario, y él sentía el rostro ardiente de ella muy cerca del suyo, o el muslo de ella apretado contra el suyo, y aquel contacto le producía una curiosa sensación de placer que no entendía porque no tenía forma de entenderla. Luego, cuando se metía en la cama, Mateo seguía pensando en Matilde. En su duermevela, se imaginaba que ella estaba allí con él, y que el interior de la cama era grande como un país, y que los dos eran muy pequeñitos y podían correr por allí dentro, y perderse en las ondulaciones cubiertas de hierba del País del Atlántico, y llegar hasta el parque de la mansión, con sus enormes árboles que trazaban amplias circunferencias de sombra sobre el pasto, y la visión de la bahía más abajo, con sus ínsulas y penínsulas, sus isletas e inletas. Los dos iban montados a caballo, y ella tenía el mismo *rostro ovalado* de la amada de Sandokan, en los libros de Salgari, y era, como en el romance de Zorrilla que tantas veces había leído en el libro de lectura del colegio, una «hurí del Edén», una princesa agarena cuyas lágrimas cálidas se confundían con su propio sudor sobre la almohada. A veces

imaginaba o soñaba, ya que estaba medio dormido, perdido en ese momento de la conciencia en que las formas de la imaginación y las del sueño se funden en una realidad difusa y curiosamente difícil de recordar al recuperar la conciencia, imaginaba, pues, que Matilde estaba con él, acostada a su lado dentro de la cama, y que la mejilla de ella estaba al lado de la suya, las frentes de los dos pegadas, los dos cálidamente cubiertos con la manta, y aquella sensación de proximidad, de calidez y de intimidad con ella le resultaba misteriosamente agradable, aunque tampoco podía explicar por qué, ya que el deseo de estar cerca de Matilde no tenía el menor componente erótico.

Pero fue ella, precisamente, quien le enseñó a Mateo lo que era el amor.



## Un juego nuevo

El hecho era que los hermanos De la Rosa habían inventado un juego nuevo. Lo habían inventado en realidad Matilde y Esther, que era una niña de la edad de Matilde que vivía en un hotelito dos puertas más allá, y desde ese momento se había convertido en el juego favorito de los niños De la Rosa.

Se llamaba «el juego de los novios». Mateo y su hermano jamás habían oído hablar de nada parecido, y su primera reacción fue de escepticismo o incluso de repulsa. Aquello parecía una cosa de niñas. Pero a Juan Pedro y a Bernabé se les veía tan entusiasmados que decidieron prestar atención, y poco a poco el dulce veneno del juego de los novios, con sus pruebas embarazosas, su complejo ritual, sus términos intoxicantes, su desesperante lentitud, fue apoderándose de ellos también.

No se parecía en nada a los juegos habituales como tula, tula en alto, tula en bajo, el escondite, el escondite inglés, el pañuelo o el balón prisionero, ni a los juegos de mesa que jugaban entonces, como el juego de la oca o el parchís o los Juegos Reunidos Geyper, que era una enorme caja donde había hasta cincuenta juegos reunidos Geyper. El juego de los novios consistía en que había un chico y una chica que eran novios y se querían mucho y se iban a casar. Como se querían mucho se cogían de la mano y se decían cosas de amor, y como decir cosas de amor no resulta tan fácil, lo que hacían era escribirse cartas de amor. Se escribían cartas de amor adornadas con corazones y con estrellas y luego las metían en sobres y ponían la dirección y un sello y las cerraban y se las mandaban con mucho secreto y luego el otro las leía y entonces contestaba a su vez, y finalmente los dos novios se casaban y había que celebrar una ceremonia y alguien tenía que hacer de cura y casarlos y decir «hasta que la muerte os separe» y ellos, uno tras otro, tenían que decir «sí, quiero». Y otra cosa que podían hacer los novios, aunque esto era más problemático porque daba demasiada vergüenza y además no debían enterarse los padres (los padres, de hecho, no debían enterarse de nada), era darse un beso. Un beso en la mejilla, claro, porque besarse en los labios no era sano por lo de los microbios. Bernabé era ahora el novio de Esther, que era un año mayor que él y esto era un problema, porque el novio tenía que ser siempre mayor que la novia, igual que los padres son siempre mayores que las madres, pero Bernabé era más alto que Esther con lo cual el problema quedaba resuelto en parte. ¿Y Matilde?

—Tú eres mi novia —le dijo Mateo uno de esos días con resolución.

Estaban todos en la Casa de Campo, perdidos entre las altas hierbas grises y doradas de una ladera. Los padres estaban lejos, sentados a la sombra de dos pinos gigantes, en una de las mesas de picnic colocadas por el Ayuntamiento.

Matilde se echó a reír y se puso completamente encarnada. No roja, sino rosa, de un rosa intenso, y le temblaron las aletas de la nariz, a cuyos lados se insinuaban unos

tenues músculos que trazaban dos pequeños triángulos.

—Ja, ja, qué más quisieras —le dijo, vibrando toda ella también igual que una larga y ondeante brizna de hierba.

—Pues claro que sí —dijo Mateo, con una seguridad en sí mismo que no volvería a tener jamás con las mujeres—. Tú y yo nos vamos a casar.

Estaban los cinco sentados entre las hierbas, que eran tan altas que les escondían completamente del mundo, disfrutando intensamente de lo interesante que se había tornado de pronto la situación. Un pájaro pasó volando por encima de ellos, seguido de otro pájaro que gritó. Más allá, las retamas se movían con la brisa, haciendo sonar sus semillas esféricas.

—Entonces, si eres su novio tienes que escribirle una carta de amor —dijo Bernabé, que recordaba bien las reglas del juego.

—¡No! —chilló Matilde, que seguía roja.

—Y luego tendréis que daros un beso —dijo Luis, que aprendía rápido.

—Qué idiotas sois —dijo Matilde—. Sois idiotas.

Luego se levantaban y echaban a correr por las laderas cubiertas de hierba de la Casa de Campo. Y las laderas que daban al norte estaban cubiertas de altas hierbas grises con reflejos dorados que se extendían ondulando como las olas del mar, y las laderas que daban al sur estaban cubiertas de cardos erizados de espinas que eran más altos que ellos, y luego había pinos y arboledas de encinas y retama por todas partes, y pasadizos secretos, y praderas distantes donde corrían los conejos grises y blancos. Y una tarde vieron un cadáver entre los arbustos, en una ladera cubierta de densa vegetación. Parecía un hombre dormido, pero tenía el rostro lleno de moscas y entonces supieron que estaba muerto.

No la besó aquella tarde en la Casa de Campo, claro está, ni tampoco en las semanas ni en los meses siguientes. Aquel primer beso tardó mucho tiempo en gestarse y en consumarse, y mientras tanto las dos familias iban estrechando lazos y los niños se hacían cada vez más amigos, y a veces se enfadaban y se peleaban, especialmente Bernabé y Mateo, porque Bernabé era muy nervioso y nunca hacía lo que había que hacer y se volvía como loco y a Mateo le sacaba completamente de quicio, y luego se hacían todavía más amigos. Pasaron los meses y pasó un año, empezó una nueva década, ya era 1970 y volvió a llegar el mes de Mayo, el mes de las comuniones, y llegó el día de la comunión de Matilde y, por supuesto, estaban todos invitados, primero a la ceremonia en la iglesia del colegio, y luego a la comida y a la fiesta en el jardín de los De la Rosa, que duraría todo el resto del día.

Estaba allí toda la familia De la Rosa, todos menos el hermano de Josefina, Paco, Paquito, el tío Paquito, que tenía el nombre artístico de Curro de la Riva y era torero y nunca iba a las cosas de la familia, pero sí estaban varios de los hermanos de Bernabé (tenía doce hermanos y hermanas) con sus familias, la prima Elenita y su

hermano pequeño, y también estaba el primo Joaquín, que era de la edad de Mateo y con el que jugaban también algunas veces, y el hermano pequeño de Joaquín, que se llamaba Miguel aunque todos le llamaban Míguel, y estaba también la abuela paterna de los De la Rosa y también los abuelos maternos, los padres de Josefina, el abuelo que tenía un puesto de caramelos en el patio del colegio del Pilar y la abuela, a la que había que llamar «mamabuela» porque no le gustaba que la llamaran abuela. Y Matilde estaba bellísima con su traje de novia, su toca blanca, su piel de perla y sus grandes, intensos ojos de ardilla, poseídos por una intensa expresión de inocencia, que más tarde se transformarían en húmedos ojos de corzo y más tarde aún en ribeteados ojos de mujer, pero entonces todavía era una ardillita de siete años que corría como loca con su traje largo y sus zapatitos blancos.

Comieron en el jardín y en el comedor de la casa, porque eran tantos que no cabían en una sola mesa, y cantaron y festejaron y se hicieron fotos y se contaron chistes, y Bernabé contó algún chiste verde y también el del marido que, después de envalentonarse mucho con sus amigos en el bar decide volver a casa y ponerle a la mujer los puntos sobre las íes, y entra en casa y le dice: «María, ¡a lavar!». Y ella le dice: «¿CÓMOOO?», y entonces el marido, aterrado, continúa: «¡A la bi, a la ba, a la bim, bom, ba! María, María, y nadie más!». Y así fue avanzando el día, Mariluz y Josefina sacando bandejas y bandejas de comida y abriendo botellas de vino y de Fanta de naranja y de Mirinda de limón, hasta que fue cayendo la tarde y luego el cielo se llenó de estrellas y el jardín seguía lleno de gente y los niños jugaban a las prendas en algún rincón del jardín, y entonces a Mateo le pusieron de prenda que le diera un beso a Matilde.

—Sí, ja, ja —dijo ella.

—Eso me da la oportunidad de hacer por fin lo que tanto tiempo llevaba deseando hacer —dijo Mateo, que a sus nueve años se expresaba siempre como un perfecto pedante.

—Sí, anda, majo.

Entonces él se vio a sí mismo acercando su rostro al de ella y besándola en la mejilla. Fue un beso fugaz, ya que no estaba contemplado que los besos duraran más que un instante, pero fue suficiente. Apoyó los labios sobre la piel de ella, cálida, elástica, sedosa, y sintió, de pronto, el roce de la realidad. ¿Habría otra manera de expresarlo? El roce de la realidad de otro, la perfumada, ardiente, corpórea realidad de otra persona, la ternura intensa de sentir que aquella niña existía para él como nadie antes había existido. Una sensación de victoria, de lucha, de noche, de muerte, de estrellas que caen en el cielo, de flores de celinda transformadas en estrellas chorreantes. Una sensación de vida conseguida, de extenuación, de maravilla.

Mateo se fue a la habitación de la televisión, arrancó una hoja de papel de la libreta que había al lado del teléfono y después de rebuscar en cajones y estantes,

encontró un grueso lápiz azul y rojo en un vasito de barro, con el que escribió en el papel, en grandes letras azules: «Te amo». Luego dobló el papel varias veces y se lo entregó a Matilde. Ya no volvieron a hablarse, los padres empezaban a decir que había que irse y comenzaba el larguísimo proceso de decir que no, que todavía no, y los mayores empezaban a buscar los jerséis y a despedirse, y a hablar todos de pie y a decirles a los niños que se dieran prisa aunque ellos mismos no se daban ninguna, y decían una y otra vez que se iban, y ya estaban todos de pie con la puerta abierta y todos charlando con vehemencia, como si les fuera la vida en ello, y sin acabar de marcharse y como si después de pasar todo un día entero hablando todavía quedaran cosas muy importantes que decirse. La familia de Bernabé se iba despidiendo, porque vivían lejos, y luego los primos Joaquín y Miguel se fueron también, y finalmente los Montañés llegaron a la puerta y cuando ya iban a salir, Matilde se acercó a Mateo y le devolvió el papel que él le había entregado mirándole con enorme seriedad, y él pensó que no lo había leído y que ni siquiera lo había abierto, pero cuando llegó a casa se metió en su cuarto y lo desdobló y vio que debajo de sus palabras ella había escrito con su letra de niña: «Yo también».

## El príncipe

La biblioteca de la casa era uno de los grandes orgullos de la familia. Ocupaba una habitación que era, de hecho, parte del salón, pero que podía convertirse en una estancia independiente por el procedimiento de correr una curiosa pared deslizante, que era la misma que usaban los niños a modo de telón cuando representaban sus obras de teatro. Anselmo había construido con sus propias manos el mueble principal, que ocupaba toda la pared y consistía en tres puertas correderas en la parte inferior para guardar papeles y trastos diversos, más una puerta extra que hacía de mueble bar (y donde se guardaban botellas de whisky, ginebra y vodka y unas hileras de copas de coñac, de cóctel y de champán que nadie tocaba jamás), y luego una biblioteca formada por hileras de baldas de madera que llegaban hasta el techo, todo en madera de pino barnizada que se iría poniendo roja con el tiempo. El mueble tenía un hueco para colocar el tocadiscos, que con el tiempo se convertiría en un equipo de alta fidelidad, y también un armarito para guardar medicinas, en una de cuyas puertas habría durante muchos años una fotografía de Bertolt Brecht fumando un puro. Había además una gran mesa de despacho, también construida por Anselmo, y un sofá-cama donde se quedaban a dormir los invitados extranjeros, amigos de Anselmo o de Isabel, que les visitaban con frecuencia. Pero, por supuesto, lo más importante de la biblioteca eran los libros.

Una de las teorías y obsesiones de Isabel era que en España la gente no tenía libros en su casa. Ella dividía a la gente, de hecho, entre aquellos que tenían libros en su casa, una minoría rara de seres admirables que eran, de hecho, las únicas personas con las que merecía tener algún trato en este mundo, y las multitudes de ignorantes que «no tenían libros en su casa». Para Isabel, pocas cosas se podían decir peores de una persona que afirmar que no tenía libros en su casa.

—Esa gente son unos ignorantes —decía de los padres de un amigo de Mateo, o de Luis—. ¡No tienen ni un solo libro en su casa!

—Los médicos españoles son una pandilla de palurdos que no tienen libros en su casa —decía de sus compañeros de profesión.

—Ése seguro que no tiene ni un solo libro en su casa —decía de un señor que daba voces en el autobús—. Típico español. El más ignorante es siempre el que más habla.

Los visitantes que iban al hogar de los Montañés se quedaban siempre admirados al contemplar la biblioteca llena de libros, y decían, maravillados:

—¡Cuántos libros!

Lo decían maravillados porque jamás habían visto, los desdichados, tantos libros juntos en su vida. Aquello ya era señal de que ellos mismos no tenían libros en su casa. Y a continuación, fatalmente, pronunciaban la frase que les condenaba para

siempre:

—¿Los habéis leído todos?

—*Mats mayá!* —decía Isabel más tarde, muerta de risa—. ¡Qué paletada más grande, preguntarte si has leído «todos» los libros de la biblioteca! ¡Cuánto palurdo hay por el mundo!

En la biblioteca había sobre todo novelas, libros de historia y de literatura inglesas, libros de medicina, y muchos libros en inglés y en ruso. Los libros de medicina era mejor no abrirlos siquiera, ya que estaban llenos de imágenes horribles, y los libros rusos eran incomprensibles, pero los libros en inglés intrigaban poderosamente a Mateo, que hubiera dado cualquier cosa por ser capaz de leerlos y entenderlos. Lo único que faltaba en aquella biblioteca era una gran enciclopedia. Anselmo e Isabel decidieron comprar una nueva, ya que deseaban información actualizada, y se suscribieron a la Gran Enciclopedia Salvat, cuyos veinte tomos habían comenzado a publicarse en esas fechas e irían recibiendo a medida que salieran. Por el momento, el único que existía era el primero, que cubría apenas el principio de la letra A.

Cuando este primer tomo llegó al hogar de los Montañés, metido dentro de una caja de cartón como si no fuera un libro sino una especie de objeto precioso, Mateo tuvo una revelación. Era un libro inmenso, escrito a cuatro columnas en letra diminuta y maravillosamente lleno de ilustraciones de todo tipo: fotografías, láminas de anatomía, mapas, reproducciones de cuadros y de obras de arte, y se convirtió en la lectura obsesiva del joven Mateo, que se tumbaba en el sofá familiar y pasaba las páginas leyendo aquí y allá y haciendo cada día un nuevo descubrimiento en aquel libro incesante e infinito. Porque Mateo jamás había imaginado que pudiera existir un libro así, un libro que contuviera, o que se propusiera contener, *todas las cosas del mundo*. Y entonces, una de aquellas tardes, Mateo se dijo que cuando fuera mayor él escribiría un libro que fuera tan largo, tan inmenso, tan infinito como aquél. Lo veía con toda claridad, porque su propio libro tendría, más o menos, el mismo aspecto que aquel primer tomo de la Gran Enciclopedia Salvat: un tomo esbelto, de 30 por 24 centímetros, encuadernado en piel, con letras de oro en el lomo, con una caja de texto en varias columnas de letra diminuta y cientos de ilustraciones y de mapas. Pero ¿de qué trataría aquel libro? La revelación le dio a un tiempo el formato del libro, el tamaño, el peso, el olor y también el tema. Pero el tema no venía precisamente de aquel inmenso tomo de la enciclopedia, sino de otro objeto no menos mágico y sorprendente que también se guardaba en el hogar familiar. Se trataba de una cajita de esmalte de Palekh, uno de los muchos objetos rusos que había en la casa. Algunos los debía de haber traído Isabel de la URSS cuando regresó a España (junto con algunos de los discos y de los libros rusos), y los demás los habían traído los amigos rusos cuando venían de visita, especialmente Rosita, la madre de Maruchi, que aparecía

siempre cargada de regalos (*matrioshkas*, bombones rusos de toSCO chocolate con aire, caramelos envueltos en papel con vistas de Moscú y Leningrado, un Tarás Bulba de escayola que fumaba unos diminutos cigarrillos que había que encender con una cerilla, una mesita y dos taburetes de artesanía, platos con flores pintadas, toalleros de madera de artesanía con flores doradas y rojas pintadas sobre fondo negro), pero aquella caja era con diferencia el objeto más valioso, lujoso y delicado de todos los que había en la casa. Era una cajita lacada, de fondo negro y forma casi cuadrada, cuyo interior estaba pintado de rojo amapola y en cuya tapa había reproducida, con un pincel delicadísimo y maravillosos colores, una escena de un cuento de hadas: un príncipe montado sobre un caballo volador. Más tarde, la propia Rosita les trajo un libro sobre Palekh donde se explicaba, con abundantes ilustraciones, cómo los artesanos de ese pequeño pueblo ruso realizaban sus maravillosas cajitas.

Por alguna razón, la escena de la cajita de Palekh y el grueso volumen de la letra A de la enciclopedia se unieron en la imaginación de Mateo en un único objeto. De esas cópulas asombrosas surgen los grandes partos del mundo de las imágenes vivientes. Como siempre sucede en el amor, nadie puede prever las leyes de atracción que guiarán la unión de los irradiantes elementos disjuntos, ni mucho menos aún el resultado de su unión mística. Cuando veía la escena del príncipe que volaba en su caballo sobre las nubes, Mateo pensaba, de forma automática, en un príncipe que se encontraba perdido en un lejano planeta, un planeta que estaba íntegramente cubierto de bosque. ¿De dónde venía aquella imagen? ¿De su bulbo raquídeo, de su páncreas? Pero uno no debe preguntarse nunca de dónde vienen sus imágenes: ha de preocuparse simplemente de seguir las hasta el extremo del agotamiento y hasta el fin del mundo. Nada más ver el grueso tomo forrado de piel, con sus letras doradas en el lomo y las enormes páginas llenas de letras diminutas, mapas e imágenes, Mateo supo que cuando fuera mayor escribiría un libro que trataría de un príncipe que se llamaría Andrés, y que se encontraría perdido en un lejano planeta íntegramente cubierto de bosque. Aquel príncipe venía de los cuentos rusos que les leía su madre, los maravillosos cuentos de Afanásiev ilustrados por Ivan Bilibin, pero era también un príncipe del futuro, un príncipe de ciencia-ficción que saltaba de un planeta a otro. Le veía con su casaca roja bordada y su carcaj de flechas asomado al borde de un abismo, sobre el espeso mar de abetos, con un cielo anaranjado al fondo, el cielo del amanecer. Aquel libro sería distinto de todos los otros. Ya desde una edad tan temprana Mateo sospechaba que las novelas de los adultos no trataban de príncipes ni de planetas, ni de bosques ni de cielos anaranjados, y que por esa razón su libro asombraría y maravillaría a todo el mundo.

Y es que a aquellas alturas, Mateo había decidido que cuando fuera mayor sería escritor, y se pasaba el día escribiendo.

## El tercer ojo

El Señor Moneo les propuso que crearan una biblioteca en la clase. La idea era que los alumnos donaran libros y también que pusieran un poco de dinero cada uno para comprar libros nuevos, un libro cada mes. Habría servicio de préstamo y carné de socio, y los libros llevarían un número pegado en el lomo y tendrían todos su ficha correspondiente, que sería guardada en un archivador, todo exactamente igual que en las bibliotecas de verdad. El cargo de bibliotecario recayó sobre Mateo, y el de ayudante de bibliotecario sobre Negrete. Era una elección lógica: Mateo, Negrete y Miguel eran los mejores de la clase, los que sacaban las mejores notas y los que estaban siempre en la primera fila. Mateo volvió a su casa excitadísimo con la noticia de que iba a ser el bibliotecario de la clase, y su padre, que era un apasionado de los libros y de las bibliotecas, le explicó el sistema de las bibliotecas inglesas, que consistía en pegar unos sobrecitos de cartulina en las guardas de cada libro, en el interior de los cuales se colocaba una tarjeta de cartulina donde aparecía el título y el autor del libro, el nombre del lector que lo tenía prestado y la fecha de devolución. Sí, Anselmo era un apasionado del orden, de la organización, de los servicios públicos y de las «cosas prácticas». Era lo que más admiraba de su admirada Inglaterra: el sentido práctico de las cosas que tenían los británicos.

Padre e hijo se fueron a la papelería y compraron cartulina blanca, un sello para poner la fecha y un tampón de tinta azul, y Mateo se puso a pensar en los libros que se podían comprar. Pensó en sus autores favoritos: en Jack London, en Zane Grey, en James W. Curwood, en Karl May. Pensó en *El vagabundo de las estrellas*, en *La heroína de Fort Henry*, en *Camaradas del norte*, en *El llano estacado* y en el estupor y la delicia que la lectura de cualquiera de esos libros iba a procurar a sus compañeros de clase. Pero, para su gran desilusión, el Señor Moneo tenía ya decidido cuál iba a ser el primer libro que comprarían para la biblioteca. Mateo no confiaba mucho en los gustos literarios del profesor. El Señor Moneo era un gran profesor, pero era también un católico convencido que siempre renegaba de las costumbres «modernas» y las cosas indecentes que salían en la televisión, y Mateo se imaginaba que les recomendaría un libro religioso, la vida de un misionero en las selvas del Paraguay o entre los leprosos de Molokai o, quizá, alguna narración histórica y piadosa del estilo de *Fabiola* o *Quo Vadis*. Pero no fue así. El libro elegido por el Señor Moneo tenía un título extraño y no parecía ni histórico, ni piadoso. Se llamaba *El tercer ojo*.

—Pero Señor Moneo, ¿qué libro es ése? ¿De qué trata? —le preguntaban.

—¿Por qué ha elegido ese libro, Señor Moneo? ¿Por qué un libro tan raro?

Pero él se reía y se negaba a dar más información.

Negrete y Mateo se fueron a buscarlo a la Casa del Libro, que era entonces, como



lo sigue siendo hoy en día, la librería más grande de Madrid. Iban con pocas esperanzas de encontrarlo y preguntándose incluso si todo aquello no sería una especie de broma del profesor, algo así como esas «misiones imposibles» que les ponen a los *boy scouts* para probar su ingenio o sus artes de adaptación. Se perdieron un par de veces en el laberinto de muebles llenos de libros de la planta baja de la Casa del Libro, pero al fin lograron encontrarlo. Allí estaba, *El tercer ojo* de Lobsang Rampa. En la sobrecubierta se veía la foto de un niño oriental vestido con una túnica roja.

Mateo empezó a leerlo esa misma noche, tumbado en el sofá de su casa, y luego siguió en la cama y al día siguiente lo cogió al regresar del colegio al mediodía y luego al regresar por la tarde y leyó toda la tarde hasta la hora de acostarse y luego lo retomó de nuevo al día siguiente al regresar del colegio y a mitad de la tarde del segundo día lo terminó. No era la primera vez que leía así, de forma compulsiva, sin parar, sin poder separarse de las páginas. Así había leído *Aventura en el valle* de Enid Blyton, el primer libro verdadero que había leído en su vida. Así leería *Cien años de soledad* y, más tarde, *Orlando* de Virginia Woolf y, años después, *Ada o el ardor* de Nabokov, y algunos años más tarde *V* de Pynchon y más tarde las *Investigaciones sobre la mirada* de Adrian Unger. Pero la fascinación del libro de Lobsang Rampa no provenía de la magnífica narración, o no sólo de la magnífica narración, sino de otra cosa que nada tenía que ver con la literatura.

*El tercer ojo* son las memorias de un monje budista tibetano que cuenta cómo siendo un niño fue admitido en el Potala, el palacio-templo de la capital del Tíbet, para convertirse en un lama. El niño vive innumerables aventuras: por ejemplo, en un episodio memorable y terrorífico, el joven Lobsang está haciendo volar cometas al atardecer en los tejados del Potala y una ráfaga de viento arrastra su cometa levantándole por los aires y haciéndole volar alrededor de las torres del palacio.

El libro describe las incidencias de la vida cotidiana en el Tíbet con ese detalle naturalista y minucioso que tanto agrada al lector joven: la alimentación a base de papilla de *tsampa*, los ladrillos de té transportados a lomos de yaks, el té caliente con manteca disuelta, el aprendizaje del sánscrito, el terror de los viejos *tankas* llenos de demonios. Y llegado un cierto momento, los monjes le practican al joven Lobsang una pequeña operación en la frente con el objetivo de abrir su «tercer ojo», que es el que otorga el poder de la clarividencia y permite contemplar la realidad espiritual que está más allá de la realidad física, una operación que, al parecer, se les hace a todos los monjes en el Tíbet y que consiste en una pequeña trepanación en el hueso del cráneo que a continuación se cierra con una pieza de acero. A partir de entonces, Lobsang empieza a ver las cosas que están ocultas al ojo humano: el aura de luz coloreada que rodea nuestro cuerpo, ciertos incidentes del futuro o las enfermedades que se ocultan dentro del organismo. Con los años, el joven lama estudiará Medicina

y se hará médico.

Muchos años más tarde, Mateo se enteraría de que entre los lamas jamás se ha oído hablar de una operación semejante y de que Lobsang Rampa era, en realidad, el seudónimo de un escritor inglés que ni siquiera tenía rasgos físicos orientales. Pero nada de aquello importaba. Después de leer *El tercer ojo*, Mateo fue a la biblioteca y a las librerías de su barrio y leyó todos los libros de Lobsang Rampa que pudo encontrar. En el tercero de ellos, *La historia de Rampa*, se contaba cómo el autor de los libros, el inglés Cyril Henry Hoskin, se sube a un abeto en el jardín de su casa de Thames Ditton, en Surrey, con la intención de fotografiar a un búho y sufre una aparatosa caída. Tendido en el suelo, lleno de contusiones e inconsciente, tiene la visión de un monje tibetano vestido con una túnica color azafrán que se acerca a él y le pide permiso para ocupar su cuerpo. El hecho era que el inglés Cyril H. Hoskin había muerto al caer desde lo alto del abeto, y que lo que Lobsang Rampa le ofrecía era la posibilidad de seguir viviendo, pero no como Hoskin, sino como Rampa. El inglés, que sabe que ha vivido una vida sin sentido, comprende que no tiene nada que perder y acepta. Esto es precisamente lo que dijo Hoskin cuando los reporteros que le buscaban lograron por fin localizarle: que era cierto que él no había «nacido» siendo Lobsang Rampa, pero que Hoskin había muerto y que era el espíritu del monje tibetano el que ahora vivía dentro de su cuerpo.

Otro de los libros se titulaba *Mi vida con el lama*, y había sido supuestamente escrito por el gato de Lobsang Rampa mediante comunicación telepática. Era un libro muy bonito, como todos los de Lobsang Rampa, uno de los muchos libros de animales o escritos desde el punto de vista de un animal que Mateo leyó por aquella época, comenzando por *Colmillo Blanco* y *Bambi* y terminando por *Flush* o las *Opiniones del gato Murr*, un estilo de literatura habitualmente despreciado por los adultos pero que tendría una repercusión indudable en sus libros futuros.

En *La caverna de los antepasados*, otro de los libros, se contaba cómo tras la invasión china del Tíbet los lamas habían creado entre las montañas una especie de mundo paralelo, guardando en cuevas inaccesibles todo el conocimiento secreto de la antigüedad y miles de obras de arte, pinturas y libros, que cargaron hasta allí a lomos de mulas y de yaks para que no fueran destruidos por la furia comunista. Y la imaginación de Mateo se maravillaba al contemplar, en la temblorosa película en *technicolor* de su ojo interior, los lentos y oscuros desfiladeros del Himalaya, y las caravanas de yaks y de mulas avanzando entre las ventiscas y bordeando terroríficos abismos hasta adentrarse en lo más hondo de la cordillera más elevada del mundo, y luego la comodidad espaciosa de las cuevas donde ardía el fuego y había gruesas alfombras con cojines de seda y bandejas de dulces y vastas salas donde se amontonaban los tesoros y bibliotecas subterráneas llenas de millares de volúmenes e inmensas máquinas misteriosas, en la entrada del otro país, el florido valle de

Agharta, la Tierra Subterránea, la Infraterra. Una de sus películas favoritas cuando era niño era *Horizontes perdidos*. La idea de Shangri-La, del Otro País, del País del Otro Lado, le obsesionaba.

Pero lo realmente interesante era todo lo que Lobsang Rampa contaba sobre la percepción y sobre la estructura de lo que llamamos «ser humano».

De acuerdo con *El tercer ojo*, los seres humanos tenemos un cuerpo físico y otro hecho de energía o de «luz», llamado «cuerpo astral». El cuerpo astral está unido al físico mediante una especie de cordón umbilical (es, de hecho, la réplica energética del cordón umbilical que nos cortan al nacer) que se llama «el cordón de plata» y que puede estirarse infinitamente.

—Cuando dormimos —le contaba Mateo a su amigo Miguel cuando salían de clase, caminando los dos a lo largo de los edificios de la Residencia de Estudiantes para salir a Pedro de Valdivia por la calle Pinar, que era el camino más largo pero el que más les gustaba—, cuando dormimos, nuestro cuerpo astral sale del cuerpo y se va a viajar por ahí. Pero no nos acordamos. A veces recordamos un poco, sobre todo esos sueños en los que volamos, pero nos olvidamos de casi todo.

—Yo sueño muchas veces que vuelo —dijo Miguel.

—Pues eso son viajes astrales.

Caminaban lentamente, disfrutando del placer de conversar. Pasando los Pabellones Paralelos se llegaba a una amplia glorieta que se había convertido en algo así como el centro de su amistad. A la izquierda se veía, por entre los ailantos, el edificio de hormigón y cristal del Instituto de Química Orgánica de Miguel Fisac. A la derecha, el pretil de piedra que señalaba el comienzo del barranco de los lirios, dominado por altos árboles que producían una espesa sombra, en el lugar donde muchos años atrás había corrido un arroyo ciudadano conocido como «el canalillo» y en el que, unos años más tarde, Mateo tendría la visión de Adán y Eva. Frente a ellos, la calle Pinar continuaba descendiendo en dirección a Pedro de Valdivia y a María de Molina, flanqueada por henequenes en flor y dominada por un inmenso eucaliptus de hojas plateosas.

—Pero si te vas fuera del cuerpo —decía Miguel con sus cejas en forma de acento circunflejo—, luego ¿cómo sabes volver?

—Por el cordón de plata. El cordón de plata te permite volver aunque te vayas a la Luna o a Júpiter.

—¿Te puedes ir tan lejos?

—Claro. Te puedes ir a otra estrella, si quieres, pero luego sigues el cordón de plata y regresas a tu cuerpo, que está dormido en tu cama. Si alguien corta tu cordón de plata, entonces estás perdido. Ya no puedes volver a tu cuerpo. Te quedas en coma, y luego te mueres. Y tu cuerpo astral se queda por ahí, perdido, vagando...

—Joé —dijo Miguel desalentado.

—Yo llevo varios días intentando hacer un viaje astral —le confió a continuación Mateo.

—¿Un qué?

—Un viaje astral. Es salir del cuerpo sin estar dormido. Cuando estás dormido no te acuerdas y no sabes adónde vas, pero si lo consigues hacer estando despierto, entonces tú controlas lo que haces. Y puedes ir a donde quieras.

—Pero ¿cómo lo haces?

—Es muy difícil —contestó Mateo—. Tienes que tumbarte sobre la cama en la oscuridad, y no tiene que haber ningún ruido ni nadie puede entrar en la habitación ni hablarte. Entonces tienes que relajarte completamente, tan completamente que pierdes la sensación del cuerpo. Y entonces, intentas como salir del cuerpo hacia arriba. Pero yo no lo he conseguido, porque nunca puedo relajarme tanto. Siempre sigo sintiendo el cuerpo.

—Joé.

—Pero voy a seguir intentándolo.

—Y cuando haces un viaje astral, ¿puedes atravesar las paredes?

—Claro. El cuerpo astral puede atravesar paredes. Puede volar.

—Entonces puedes meterte en las casas y ver a todas las mujeres desnudas que quieras —dijo Miguel con su sonrisa de chino—. ¡Puedes ir a casa de Gina Lollobrigida y ver cómo se ducha!

—No creo que puedas hacer eso —dijo Mateo un poco desalentado por la frivolidad de su amigo del alma—. Además, hacer un viaje astral para ver desnuda a Gina Lollobrigida sería un poco idiota.

—¿Por qué? —preguntó Miguel.

—Porque pudiendo ir a la estrella Sirio, o a las Pléyades, ¿te vas a ir a espiar cómo se ducha una tía?

—No es «una tía» cualquiera —protestó Miguel entusiasmándose—. Es una diosa.

## Petulancia

A Matilde le molestaba que Mateo fuera tan vanidoso y tan repelente. Siempre le estaba diciendo que era un chulo.

—Yo soy el que mejor sabe hacer arcos y flechas —decía Mateo cuando estaban en la Casa de Campo.

Disparaban con sus arcos hechos a mano, y sus flechas eran siempre las que más lejos llegaban.

—Eres un chulo —le decía Matilde.

—Yo soy el que más música sabe de todos —decía Mateo—. Tengo los discos de todas las sinfonías de Beethoven y me sé la cuarta, la quinta, la sexta y la séptima de memoria.

—¡Qué chulo eres! —le decía Matilde.

—Pero si es verdad —decía su hermano Luis, que le admiraba muchísimo y siempre le defendía—. ¿Por qué no va a decirlo si es verdad?

—Es un chulo. Siempre se está chuleando.

Los roces entre los niños eran un reflejo, quizá, de los roces que habían aparecido entre las dos familias. Anselmo e Isabel les tomaban el pelo a los De la Rosa por ser tan devotos e ir todos los Domingos a misa, y se aliaban con Bernabé, que decía que él era buena persona y que no necesitaba ir a la iglesia. Josefina se pasaba el día criticando a su marido y le ponía verde en público y le ridiculizaba delante de los niños, y a los Montañés aquello les parecía horrible, de muy mal gusto y además muy poco pedagógico para los niños de ambas familias, de modo que también solían gastar bromitas con aquello, pequeñas puyas e indirectas con lo que tenía que soportar Bernabé y con lo sargento que era Josefina. Y a los De la Rosa no les gustaba que los niños Montañés dijeran tantas palabrotas y que estuvieran todo el rato riéndose de sus hijos porque creían en Dios, y además les parecía que aquellos niños eran un poco raros, sobre todo Mateo, que tenía toda la pinta de ser un «niño problema», uno de esos «inadaptados» que luego tienen muchos conflictos en la vida, que se amargan y que se pasan el día criticándolo todo o que incluso se dan a la bebida.

Eran las consecuencias indeseables del Proyecto Genio. Porque ahora el propio Mateo había terminado por creerse que era un genio, y se comportaba todo el día como si fuera un ser especial al que todo el mundo debía rendir pleitesía. ¡Pobre guiñapo! ¡Pobre marioneta! Pensaba a menudo en el premio Nobel, y muchas veces, cuando no podía dormir, cerraba los ojos y se dedicaba a imaginar la ceremonia de entrega, el rey de Suecia con una banda azul acercándose a él y entregándole el diploma orlado de oro, y luego él avanzando hasta el podio y comenzando a leer su discurso. Porque a lo largo de los años imaginó y pronunció innumerables discursos

de aceptación del premio Nobel. En algunos casos era el premio Nobel de la Paz, en otras de Física, en otras de Medicina. Pero a medida que los años avanzaban, lo más corriente es que fuera el premio Nobel de Literatura.

Ahora cuando iba caminando solo por la calle, Mateo iba canturreando sus óperas o sus sinfonías, o bien improvisando, una vez más, un discurso de aceptación del premio Nobel de Literatura. «Comencé a escribir cuando tenía sólo cinco años», solía decir el nuevo Nobel en estos discursos. «En esa ocasión escribí una versión muy personal y libre de *Don Quijote de la Mancha*. Recuerdo que lo que más me enorgullecía de mi texto era haber escrito correctamente la palabra “hierro”, que es una palabra de difícil ortografía en español...»

Cansada de la petulancia de Mateo, Matilde empezó a darle celos. Ahora iban con ellos a la Casa de Campo los primos de Matilde, Joaquín y Miguel, con sus padres. Los Montañés habían descubierto un valle de difícil acceso en el que nunca había nadie, al pie del gran depósito de agua que está en la base del cerro Garabitas. Se llegaba hasta allí avanzando lentamente con los coches por un largo camino de tierra y hierba y cruzando el lecho de un par de arroyos secos. El acceso era un poco trabajoso, pero se lograba llegar a un paraje muy bonito y que además estaba siempre desierto. A Joaquín, el primo de Josefina, padre de Joaquín hijo y de Miguel, no le gustaba nada meter el coche por aquellos andurriales. El coche para él era sagrado.

Ahora Joaquín decía que era el novio de Matilde.

—No puedes ser su novio —le dijo Mateo, muy furioso—. Eres su primo.

—No importa —dijo Joaquín—. Los primos pueden ser novios también.

—De eso nada, monada.

A veces, Joaquín y Matilde iban cogidos de la mano, y Joaquín le contaba muchos secretos a Matilde en el oído y la hacía reír. Mateo se ponía muy furioso y apretaba las mandíbulas con fuerza como había visto hacer a su padre cuando se enfadaba. Y se enfadaba tanto que perdía toda su capacidad para hablar con Matilde de una forma normal. Y Joaquín parecía cada vez más encantador y Mateo estaba más gruñón y más chulo.

Joaquín era más alto que Mateo. Era un niño de su misma edad, alto y huesudo, que tenía cara de elfo. Tenía oscuras y pobladas pestañas y ojos rasgados y la cara siempre muy roja, y a Mateo le parecía que era muy feo, pero Matilde al parecer le encontraba encantador y siempre se reía mucho con él.

## Castellón

El verano que Matilde cumplió diez años, las dos familias decidieron pasar juntas el verano. Los De la Rosa siempre habían veraneado en residencias, o alquilando un apartamento en Santander, o un chalé en Miraflores o en Robledo de Chavela, pero nunca habían ido de camping. Aquello del camping no les seducía lo más mínimo. Eso de dormir en el suelo y de cocinar al aire libre les parecía cosa de gitanos. Para los padres de Mateo, ésta era una típica actitud de país pobre, que intenta preservar su dignidad adoptando siempre los aires y los prejuicios de los ricos. Para ellos, hacer camping era lo más moderno, lo más europeo, lo más de izquierdas, y es cierto que durante los sesenta y los primeros setenta los campings estaban llenos de extranjeros que tenían, por lo general, un alto nivel cultural. Isabel hablaba ruso, francés e inglés, y Anselmo hablaba inglés, francés e incluso un poco de alemán, y en sus viajes por las costas españolas, habían tenido ocasión de conocer a muchas personas interesantes y agradables procedentes de países como Inglaterra, Suiza, Austria o incluso del otro lado del Telón de Acero. Hacer camping quería decir, además, estar veinticuatro horas inmersos en la naturaleza. Era maravilloso para los niños, que se pasaban el día medio desnudos, corriendo por la arena, entre los pinos, en el mar, y que volvían a Madrid tostados por el sol y transformados en seres de la naturaleza que no recordaban bien lo que era ponerse calcetines y zapatos ni sentarse en un sofá. Los campings, por otra parte, no estaban desprovistos de comodidades, y a Anselmo, que tenía un temperamento «austero», como a él mismo le gustaba decir, la cocina de camping-gas de dos fuegos, la nevera de hielo y las camas, mesas y sillas de camping le parecían el colmo de la sofisticación. Los campings tenían siempre tomas de luz, de modo que uno podía incluso instalar una bombilla dentro de la tienda y otra fuera para tener luz eléctrica durante la noche y poder leer cómodamente hasta la hora que uno deseara. ¿Qué más se podía pedir?

Los De la Rosa no estaban convencidos. Tenían los típicos prejuicios de lo que Isabel llamaba «el glorioso pueblo español». Que si eso era cosa de gitanos. Que si no les gustaba lo de los servicios comunes. Que qué pasaba si llovía. Que si no era muy sucio eso de estar todo el día pisando el polvo de la tierra. Finalmente se decidieron a probar, porque los padres de Mateo defendían sus puntos de vista con tanta elocuencia que parecía que el que no pensaba como ellos era un patán o un desaprensivo, y se compraron una tienda de campaña familiar en la que pudieran dormir los cinco. Como en el maletero no cabían todas las maletas y además los dos enormes sacos de la tienda, uno para la tela y otro para los hierros, tuvieron que comprar, para gran horror de Bernabé, una baca para colocar encima del coche parte del equipaje. Aquello, desde luego, sí que era típico de gitanos, andar con unos bultos enormes encima del coche cubiertos por una lona por si llovía. Era como ir con la

casa auestas. Además, cuando uno iba de camping tenía que llevarse todo consigo: la sartén, la cacerola, la espumadera, igual, exactamente igual que hacían los gitanos con las sartenes colgadas de un clavo en los carromatos. ¡Qué horror!

—Los españoles siempre intentan viajar sin equipaje —decía Isabel—. Siempre intentan llevar una maletita pequeña que no se vea mucho. Llevar una baca en el coche les parece de gitanos.

Esto era, para ella, una muestra de la superficialidad y del esnobismo del «glorioso pueblo español», que eran todos unos faroleros y unos quiero-y-no-puedo dispuestos a veranear sólo quince días con tal de hacerlo al estilo de los ricos. Sin embargo, Mateo no acababa de comprender qué tenía de maravilloso cargar tanto el coche. Tenían un minúsculo Seat 850, y la carga que llevaban sobre la baca era casi más voluminosa que el vehículo que la soportaba.

—Cargando tanto el coche no podrás pasar de ochenta —le decían sus hermanos a Anselmo—. Un bulto así hace mucha resistencia al viento. Y el coche irá muy forzado.

—Los españoles, siempre tan orgullosos de que llegan a Valencia en cuatro horas —decía Isabel—. Siempre tan orgullosos de que van a ciento cuarenta por la carretera.

—Es mentira. La gente miente siempre —decía Anselmo, que tenía unas teorías muy peculiares sobre la conducción y sobre los automóviles en general.

En aquella época, el viaje a la costa desde Madrid ocupaba un día entero. Los coches eran malos. No había autopistas, sino carreteras de dos carriles que pasaban por todos los pueblos y estaban llenas de camiones, carros y tractores, curvas peligrosas y cambios de rasante. Uno tenía que hacer un viaje de quinientos kilómetros y se enfrentaba con gallinas en la carretera, rebaños de ovejas, ciudades que había que atravesar perdiéndose con las señales de tráfico y deteniéndose en los semáforos, camiones que no pasaban de cuarenta en las cuestas, radiadores que se recalentaban y que exigían paradas técnicas. ¡Aquellos coches de los sesenta! ¡No podían ni con la cuesta de El Pardo!

Uno salía de Madrid por la mañana temprano y llegaba a Castellón al atardecer. Era un viaje tan agotador, tan aparatoso, que se hacía una vez al año. Y se hacía para quedarse por lo menos un mes. Hacer un viaje así para una semana, por ejemplo, habría sido considerado una excentricidad. Irse a la playa en Semana Santa, por ejemplo, era considerado una locura. ¡Hacer un viaje así para sólo una semana!

Pero allí estaban las dos familias, los dos coches cargados hasta los topes, los Montañés, como siempre, muy nerviosos y los De la Rosa, como siempre, muy contentos y cantarines.

—Nos llevamos hasta el botijo —decía Bernabé, horrorizado al ver su precioso coche cargado hasta los topes—. Nos llevamos la casa encima.



Habían elegido uno de los campings de lujo de la época. Estaba en la provincia de Castellón, situado en un amplio pinar frente al mar, y allí, bajo la sombra de los pinos, las dos familias colocaron las dos tiendas una frente a otra, creando una especie de plazuela urbana en medio del pinar, ya que aquél era uno de esos campings que no tenían las plazas marcadas y donde uno podía colocarse donde le viniera en gana. Pusieron las tiendas, los De la Rosa equivocándose por su falta de experiencia, clavaron los clavos en la arena, tensaron los vientos, colgaron un toldo para tener todavía más sombra, colocaron las cocinas de camping en sus mesitas protegidas del viento por pantallas de estaño, instalaron sus bombillas con largos cables que iban por el suelo y trepaban por los troncos de los pinos, compraron hielo para las neveras (todos los días había que comprar un trozo de hielo, que terminaba deshecho y con todas las cosas que había en la nevera flotando en el agua) y comenzó el veraneo.

Las cosas no fueron tan bien como habían supuesto. El lugar era ciertamente idílico. Hemos de imaginarlo como sería en el año 1973, con kilómetros de playas vírgenes, y con el mar limpio y transparente, y con pueblecitos blancos llenos de redes de pescadores y venta de pescado recién pescado en la lonja al atardecer y las calles llenas de perros y gatos callejeros y supermercados llenos de latas estropeadas. Iban andando a la playa, cada niño con su toalla en los hombros y su flotador en la cintura, por un largo camino de arena que iba serpenteando entre los pinos y luego entre las dunas cubiertas de esa planta conocida como «uña de gato» y que finalmente se abría a los azules del mar. Iban y venían de la playa cantando lecciones de solfeo (porque entonces Matilde y Bernabé también habían empezado a ir al Conservatorio y los De la Rosa también se habían comprado un piano, un Petrof de sonido bastante pobre, y también estudiaban solfeo y primero de piano), la lección veinte, que era la lección donde se aprendían las corcheas, o la lección ocho, que era donde se aprendían las negras, o bien el segundo movimiento de la sonatina número 6 de Beethoven, su favorita. Y así iban los cinco niños, en el año 1973, cantando bajo la luz de los pinos y la música ensordecedora de las cigarras, volviendo de la playa cargados de toallas de colores y flotadores con cabeza de caballito de mar:

—Si Do Re Sool Sol (Si) La Sol La Sii Sol...

Aquel Si brevísimo que se hacía pegado al La siguiente era el mordente, que Mateo, que iba un par de años por delante en solfeo, les había enseñado a leer y a tocar. ¡Eran todos tan pedantes, tan listos, tan ricos! Incluso los hermanos pequeños de las dos familias, Luis, que quería tocar la guitarra eléctrica como John Lennon, y Juan Pedro, que no sentía ningún interés por la música, se habían aprendido las notas y cantaban con los demás. Los padres iban detrás, maravillados.

El veraneo tuvo sus sorpresas. Una tarde fueron a Castellón, y al pasar por el puerto vieron unas letras rusas en el costado de uno de los barcos. Cualquier cosa rusa llamaba la atención de Isabel, como les sucedía a todos los repas, que cuando

veían algo ruso, aunque fuera una caja de cerillas, se ponían excitadísimos. Pero en aquel caso había algo más. Porque aquel barco era el mismo que había traído a Isabel desde la URSS, de vuelta a España, en el año 1958. Lo había cogido en Crimea, en el mar Negro, y el barco la había dejado en Valencia. Aquello se convirtió en la gran aventura del verano.

Isabel se acercó al barco y se puso a hablar con los marineros que estaban en la cubierta. Siempre que hablaba con rusos se transformaba. Con los españoles era huraña y hosca, con los rusos era la simpatía en persona. Isabel siempre se vanagloriaba de «no mirar a nadie a la cara» cuando iba por la calle y de no saber ni siquiera el nombre de sus vecinos (los que se hacían amigos de sus vecinos le merecían a Isabel el peor de los desprecios), pero en cuanto se encontrara con algún ruso, fuera hombre o mujer, joven o viejo, listo o tonto, se ponía a contar chistes y a hacer bromas, y a los cinco minutos estaban ella y su interlocutor llorando de risa y hablando como si fueran amigos de toda la vida. De modo que los marineros rusos le contaron que habían traído el barco a Castellón para desguazarlo, y luego invitaron a las dos familias a que subieran a bordo y les enseñaron el barco de cabo a rabo, metiéndoles por todos los pasillos y cuartitos y salas comunes y camarotes y salas de máquinas. Isabel les contó su historia y les explicó que ella había sido pasajera en aquel barco dieciséis años atrás, y que aquél era el barco que la había devuelto a su país después de pasar dieciocho años en la URSS, y todos se quedaron encantados con la historia. Los oficiales del barco les dijeron que esa noche iban a poner una película en la cubierta, y les invitaron a unirse a ellos. Fueron las dos familias, aunque la única que entendió la película fue Isabel. Pero resultaba enormemente exótico estar allí a la luz de las estrellas, sentados en sillas de lona sobre la cubierta de un barco ruso, con toda la tripulación, viendo una película rusa, una de esas comedias sentimentales en las que hay un chico muy simpático que es violinista y una chica guapísima que trabaja en una fábrica y que tiene una amiga gordita que también trabaja en la fábrica y que hace muchas bromas y luego llora amargamente y suena una música muy romántica mientras llueve, y hay abedules, y autobuses, y un niño con grandes ojos camina bajo la lluvia con un perro, y su abuelo habla con la chica gordita y nadie entendía nada de lo que pasaba, y el niño del perro tiene un hermano mayor que va con un uniforme de quién sabe qué y es el novio de la chica gordita pero le regala un vestido a la chica rubia guapísima, que al parecer se llama Máshenka, y la chica guapísima, que también llora de vez en cuando, vive con sus padres en un piso muy agradable de cinco habitaciones en el que, en la realidad, en Moscú vivirían cinco familias. Pero nunca deberíamos protestar cuando el cine nos miente, porque el cine fue probablemente creado para mentirnos y para que nosotros nos creamos (o, lo que es aún mejor, para fingir que nos creemos) sus mentiras.

Pero no todo fue tan idílico. Los pinos del camping estaban infestados de ratas

arbóreas, un animal silvestre típico de la zona, completamente inofensivo pero de fea apariencia, y Anselmo tenía fobia a los roedores. De vez en cuando se oía un crujido en las altas ramas de los pinos y se veía a una enorme rata negra avanzando cuidadosamente de rama en rama, y Anselmo vivía aterrorizado, porque pensaba que la rata podía caerle encima en cualquier momento. En la recepción del camping les explicaron que esas ratas eran inofensivas y que eran animales silvestres, como los gorriones o las hormigas, con lo cual parecían querer decir (no fueron especialmente amables) que uno va a un camping, al fin y al cabo, para estar en contacto con la naturaleza, y que en la naturaleza hay pajaritos, mariposas y también ratas arbóreas. La vida en común durante tantos días tampoco mejoró las cosas. Los roces entre las familias aumentaron. Los Montañés siguieron su tradición habitual en los veraneos: fueron al pueblo más cercano y se hicieron socios de la biblioteca pública local, e iban a la biblioteca para leer y para sacar libros. Por la mañana iban a la playa y por las tardes hacían alguna excursión y visitaban un castillo o incluso iban a algún concierto de alguna banda o alguna coral locales en alguno de los pueblos de los alrededores. Hacían, en fin, lo que se supone que uno hace en verano. Pero las bromitas y las pullas de los Montañés se hicieron más molestas ahora que estaban todo el día juntos. Bromitas con la religión, que era todo cosa de hipócritas, con la misa, que era un lavado de cerebro, con los curas, que eran todos unos ladrones y no creían en nada de lo que predicaban. Bromitas con lo forrados que estaban los De la Rosa, y bromitas con los tenderos y lo bien que vivían los tenderos, ya que Bernabé había abandonado sus viajes como representante comercial y había abierto una zapatería en la plaza Elíptica. «Tendero» no era un término particularmente halagüeño, y Bernabé no se consideraba a sí mismo un tendero, sino un empresario, pero ¿qué hacer si Isabel también odiaba con todas sus fuerzas a los comerciantes en todas sus variedades y estamentos? Un comerciante para ella era alguien sin estudios, sin título de ninguna clase y *sin libros en su casa* que ganaba más que ella vendiendo a un precio excesivo cosas que ni siquiera fabricaba, y que la mitad de las veces estaban caducadas y estropeadas. Su odio a los tenderos provenía también de los tiempos de la guerra, cuando aparece la escasez y los pequeños comerciantes se convierten en dioses todopoderosos, y quizá también de su formación marxista. De todos modos, como Josefina estaba todo el día criticando a su marido y poniéndole verde delante de los niños y Bernabé era una bellísima persona que además no iba a misa y no sentía excesiva simpatía por los curas, los Montañés decidieron aliarse con él, y estaban todo el rato apoyándole y diciendo que Josefina era un sargento.

Hacia el final del mes, aparecieron en el camping los primos de Josefina, Joaquín y Rosi, con sus dos hijos, Joaquín y Miguel Ángel, Míquel. Estaban tan acostumbrados a pasar los veranos con los De la Rosa que no habían podido resistir la separación y habían terminado por alquilar un apartamento en un pueblecito cercano.

Ahora iban a la playa juntos y pasaban las tardes juntos también. Y ahora que Joaquín y Míguel estaban con ellos, Matilde se dedicaba de nuevo a darle celos a Mateo, y se pasaba el día con Joaquín, diciéndole secretos al oído y riéndose con él y caminando a su lado cuando iban y volvían de la playa. Mateo sentía el infierno de los celos.

Una noche, los niños estaban en los columpios del camping, y las bromitas y las burletas de Matilde y de los otros niños se hicieron particularmente dolorosas. Porque ahora todos los niños se habían aliado con Joaquín, y todos decían que Joaquín era el novio de Matilde y que Mateo ya no lo era, y sólo Luis defendía a su hermano y decía que los primos no pueden ser novios. Y Mateo estaba tan furioso que insultó a Matilde con las peores palabras que pudo encontrar, las peores palabrotas que conocía, aunque no conocía su significado. Joaquín le dijo que retirara sus palabras y Mateo avanzó hacia él y Joaquín y él se pelearon, y como Joaquín era más alto y no estaba fuera de sí como Mateo, le tiró varias veces al suelo, y al final Mateo estaba tan furioso y dolorido que agarró a Joaquín del pelo, algo que estaba completamente prohibido (ya que tirar del pelo, morder o tirar arena a los ojos era propio de niñas) y al final Joaquín le dio un puñetazo en la boca del estómago que le dejó sin respiración durante unos minutos, seguramente por pura suerte y sin saber muy bien lo que hacía, porque no era un muchacho violento ni tampoco era muy fuerte, y ése fue el final de la pelea. Regresaron a las tiendas todos muy alterados, los pequeños muy serios y asustados, Matilde llorando, Joaquín con todo el pelo revuelto y Mateo con sangre en la nariz.

Matilde le contó a su madre lo que había sucedido. Le contó que Mateo la había insultado, y le dijo cuáles eran las palabras que le había dicho. Se lo contó llorando, porque nada de lo que le había sucedido en su vida le había dolido tanto como aquellos insultos. Nada, ni cuando la operaron de las anginas arrancándoselas sin anestesia, ni cuando se rompió un codo durante unas vacaciones en Valencia y la tuvieron una noche entera en el hospital preparada para entrar en el quirófano y sin llegar a entrar, jamás había sentido tanto dolor como el que había sentido al escuchar aquellas palabras. Y lloraba, lloraba incontinentemente y su madre no sabía qué decirle. No acababa de comprender por qué Mateo se había enfadado tanto. Ya sabían todos que Mateo era un niño muy irascible y que perdía la paciencia con facilidad, pero jamás se había puesto así, y jamás había insultado de ese modo a Matilde.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Las bromitas con la misa, las burletas con todo el dinero que tenían «los tenderos», ese tono de superioridad moral que tenían siempre los Montañés, y que es tan característico, por otra parte, de las personas de izquierdas, los niños peleándose a todas horas, Bernito llorando, sus hijos aprendiendo a decir palabrotas y expresiones callejeras y ahora aquel niño raro, aquel «niño problema», como se decía en la época, insultando a su hija con las peores palabras que se le pueden decir a una mujer. Y además su hija tenía diez años, y aquel

niño raro, doce. ¡Doce, nada menos! ¡Casi un adolescente! No, no, aquello no podía seguir. Había que cortarlo de raíz.

A partir de aquel verano aciago, las dos familias dejaron de verse. No cortaron por completo. Se llamaban en Navidad y alguna vez, de cuando en cuando, quedaban para merendar. Pero en esas raras ocasiones en que las dos familias volvían a reunirse, Matilde nunca aparecía. Estaba en Inglaterra, en unas colonias, o en un campeonato de cama elástica, o durmiendo en casa de unas amigas del instituto.

Nadie se dio cuenta de que todo esto era una maniobra consciente y deliberada de Josefina. Normalmente aceptamos la vida como viene, sin ponernos a buscar dónde está el duendecillo que mueve los hilos de las cosas, sin darnos cuenta de que hay hilos por todas partes. Pasaron los meses, y luego los años, y aunque Mateo jamás olvidó a Matilde, sí la fue dejando atrás. La añoró durante mucho tiempo, lloró por ella, soñó con ella. A menudo cuando estaba acostado en la cama imaginaba que ella estaba acostada a su lado, su mejilla pegada a la suya, sus labios respirando al lado de los suyos. No eran fantasías sexuales, porque era un niño y tardaría todavía mucho tiempo en saber lo que era realmente desear a una mujer, pero a pesar de todo le parecía que no podía haber nada más dulce en el mundo que dormir al lado de aquella niña de la que estaba enamorado, poder estar allí los dos muy cerca, escondidos y tapados por la manta, en aquella cálida oscuridad muy juntos, abrazados y hablándose al oído. No la deseaba, pero sí deseaba su presencia, su cercanía física, sentir su calor a su lado. Jamás había deseado tocarla ni verla desnuda, unos pensamientos que le hubieran parecido extraños o embarazosos, pero adoraba sus ojos y sus piernas y su cuerpo flexible y ligero y sus ojitos vivaces y sus largas mejillas cubiertas de pecas, y a veces cuando estaba metido en la cama y medio dormido, se imaginaba que ella estaba allí con él, y que bajo las mantas se extendían las colinas de la Casa de Campo, cubiertas de largas hierbas que creaban amplias olas plateadas, y que los dos corrían por allí, uno al lado del otro, hundiéndose cada vez más en la región encantada. Y es posible que alguna noche llegara incluso a soñar con el País, o que «viera» el País cuando todavía no estaba dormido del todo, o cuando estaba en el estado de duermevela, flotando entre la vigilia y el sueño.

Luego siguió pasando el tiempo, porque el tiempo nunca deja de pasar, y poco a poco dejó de soñar con ella y dejó de llorar al pensar en ella. Y aunque nunca la olvidó, sí dejó de añorarla. El recuerdo de ella se alejaba igual que se alejan las costas cuando montamos en un barco para hacer un viaje por mar. Se alejaba igual que se alejaba de él la infancia, con sus perfumes y sus terribles heridas, su dionisiaca mezcla de placer y de dolor, sus esperanzas frustradas y sus enormes ilusiones. Y Matilde se convertía en un sueño, en una diosa. Se convertía en un pájaro, en una mariposa. Se convertía en el color de las nubes en el crepúsculo, en esa música que parece sonar *por detrás* de la música en algunas sinfonías de Bruckner. Se convertía

en eso que nos elude siempre en los poemas de Rilke, y que es como la posibilidad de decir, por fin, aquello que es más importante y que pasamos toda nuestra vida dolorosamente intentando decir. Y luego se convirtió simplemente en un recuerdo.

## Lectura

Pasaron los años. Ahora que los niños eran mayores, Isabel pensó que era el momento de volver a trabajar. Intentó primero entrar de nuevo en el sistema hospitalario, pero después de pasarse casi dos años asistiendo al hospital Gregorio Marañón como médico voluntario «en prácticas», se convenció de que sin enchufe tal cosa sería imposible. Llegó un momento en que era la médico que llevaba más tiempo trabajando como voluntaria, y la única a la que no habían contratado. Quedaba además el problema de los celos de Anselmo, que estaba ahora todo el día de mal humor y que no podía comprender (decía) por qué Isabel quería pasarse el día fuera de casa y rodeada de hombres, ya que a pesar de sus ideas progresistas, su internacionalismo y su admiración por Inglaterra, era de los que piensan que es el hombre el que tiene que mantener a la familia y que el lugar de la mujer está en el hogar cuidando de los hijos.

De modo que finalmente Isabel decidió hacer unas oposiciones a la Seguridad Social, sacó una plaza de pediatra y comenzó a trabajar en un ambulatorio. No era el trabajo que ella había soñado, ya que la medicina de ambulatorio se reducía a tratar a niños con catarro o con dolor de tripa y todos los «casos interesantes» (es decir, los niños realmente enfermos) tendría que enviarlos al hospital, que era exactamente donde le hubiera gustado estar a ella, pero al menos era un trabajo de médico. Y como le dejaba mucho tiempo libre, ya que trabajaba sólo por las mañanas, decidió solicitar una plaza como profesora de ruso en la Escuela Oficial de Idiomas. Le hicieron una prueba en el Departamento de Ruso y la contrataron como profesora interina (todo era más fácil entonces), y ahora Anselmo e Isabel se iban juntos a la Escuela de Idiomas después de comer. Se iban juntos y volvían juntos, con lo cual Anselmo estaba feliz, ya que su ideal de matrimonio era aquel en el que los cónyuges iban juntos a todas partes.

Ahora la casa estaba vacía cuando los dos hermanos regresaban del colegio por la tarde, y la tarde se había convertido en una especie de remanso de paz en mitad del día. Tenían su propia llave, abrían, iban a la nevera y se hacían un bocadillo de chorizo o de salchichón para merendar. Se lo tomaban en la mesa de mármol, que era la mesa de café en esa época, y que también había sido diseñada y construida por Anselmo, sentados en los sofás que tenían en esa época, formados por módulos independientes de color azul cobalto y que recordaban poderosamente al mobiliario de 2001. Muchos de los muebles que compraron sus padres en esa época parecían, de hecho, de ciencia-ficción.

Aquellas eran horas apacibles. No había nada que hacer, y los dos hermanos podían dedicarse a sus actividades favoritas. La luz siempre era tibia y agradable en la casa. El gran ventanal daba a un patio interior muy amplio, pero la luz del sol sólo

daba directamente en los cristales durante la mañana. El atardecer era muy lento. Se veía el limpio cielo azul, pero para leer ya había que encender la lámpara de pie que había entre los dos sofás (que también recordaba al mobiliario de 2001). La luz se iba yendo muy lentamente del alargado salón, más alargado aún desde la obra que hicieron para cerrar el balcón e incorporarlo al salón, de modo que ahora las jardineras del balcón quedaban al otro lado de las ventanas de cristal que cerraban el fondo de la estancia, en el centro la jardinera donde crecía desde hacía unos años una acacia enana cuya semilla debía de haber sido traída por el viento. Suaves reflejos se iluminaban aquí y allá, señalando el paso melancólico del tiempo: en el canto dorado de un entrepaño de la biblioteca, en el marco plateado de una de las fotos colocadas sobre el aparador, en el tarro de cristal lleno de alcohol amarillento colocado en una de las baldas de la biblioteca donde dormía para siempre *Pseudemis Scrypta*, la tortugueta de Mateo.

Los dos hermanos se tumbaban en los sofás y se ponían a leer cómics. Ahora leían sobre todo cómics de Marvel. Los Cuatro Fantásticos, La Patrulla X, Namor, Dan Defensor, El Capitán América, El Hombre de Hierro, La Masa, Thor, Spiderman. Eran sagas interminables, maravillosamente dibujadas y con muchísimo texto, lo cual hacía que la lectura se hiciera mucho más lenta y el placer se multiplicara. Había también otro Spiderman que no era de Marvel, un hombre de rostro problemático que iba siempre vestido de negro y cargando pesados y complicados aparatos metálicos. A Mateo el otro Spiderman también le gustaba. Todo era oscuro, pesado y angustioso en este Spiderman: había pozos oscuros, fortalezas de piedra, muchos cables y condensadores por todas partes, pero era precisamente la oscuridad y el peso lo que le fascinaba, el peso de las máquinas, que siempre tenían un aire decimonónico, el peso del aparato que permitía volar a Spiderman, el peso del propio Spiderman, un hombre alto, muy huesudo y no especialmente atlético. De los demás, sus favoritos eran Namor, que era el príncipe de la Atlántida y vivía en el fondo del mar, y Dan Defensor, que trabajaba solo y era el más torturado de los superhéroes, ciego como un topo y moviéndose con agilidad de gato o de pájaro con la ayuda de sus otros sentidos y continuamente preguntándose el porqué de la vida, ya que así eran los superhéroes, una raza de acomplejados y de autoflagelantes superdotados existencialistas que se pasaban el tiempo saltando sobre los tejados o viajando a lejanos planetas o haciendo estallar bombas atómicas sin siquiera chamuscarse, envueltos al mismo tiempo en un imparable *stream of consciousness* de sentimiento de culpa, remordimientos, autocompasión y ansiedad. Éste era, quizá, el mensaje principal de los superhéroes de Stan Lee, maravillosamente dibujados por Steve Ditko o por el genial Jack Kirby: que los seres humanos siempre estamos perdidos en nuestros pensamientos, consumidos por un torbellino de fuego blanco de inadecuación y de falta de amor, y que aunque tuviéramos poderes sobrehumanos y



fuéramos casi igual que dioses, nuestra angustia seguiría consumiéndonos igual que aquel gusano que flotaba en las tempestades y en las rugientes tormentas devoraba la alegría carmesí de la rosa enferma.

En efecto, Mateo ya había encontrado a los poetas ingleses que tanto le obsesionarían a lo largo de su vida. Los había encontrado en la antología Oxford de poesía inglesa que tenía su padre en la biblioteca, que en aquellos años era un volumen bastante breve, adornado en la portada con un bello diseño Tudor, rojo, negro y dorado. Y es que mientras Luis se tumbaba en el sofá bajo la lámpara de plexiglás blanco para leer Dan Defensor, o El Fantasma, o Flash Gordon, o Rip Kirby o *Trinca*, o *Metal Hurlant*, la revista que tenía siempre en la contraportada un fascinante dibujo de Barbarella de Frank Frazetta, el cuerpo femenino más bello y sensual que nadie había contemplado jamás, Mateo cogía la escalera que colgaba de un gancho metálico en el pasillo, la abría en la biblioteca y se subía a explorar la pared llena de libros.

Las exploraciones de Amundsen. Las de Hillary. Las de Livingstone. Las del capitán Burton. Las exploraciones de Mateo en la biblioteca de sus padres mientras la tarde caía lentamente y la acacia enana temblaba con la brisa en la jardinera central, al otro lado de los cristales, y en el salón, que giraba lentamente como el puente de un galeón que se hundía en las olas de la noche, se iluminaban sigilosos reflejos que parecían arrancados por la precisa inclinación de los últimos rayos de luz, poniendo un brillo en el tarro de alcohol de la tortuga *Pseudemis*, en el marco de plata de un marco del aparador, en el canto dorado de un entrepaño barnizado.

Aquella gran pared de libros guardaba muchos tesoros y también muchos misterios. Mateo recorría los anaqueles, uno por uno, degustando el sabor de los títulos y la música de los nombres de los autores. Luego abría el libro y lo olía. Siempre olía los libros que leía, y era raro que le gustara un libro cuyo olor no le agradara. Claro que en aquella época el papel de los libros era mucho más fragante que ahora, seguramente porque entonces se utilizaban menos productos químicos y había una menor distancia entre el libro que uno sostenía en la mano y el árbol original. El papel demasiado blanco tenía un olor ácido y desagradable, y el sabor, al tocarlo con la lengua, era definitivamente amargo, como el de una almendra estropeada. El papel amarillento era más agradable a la vista y olía mucho mejor. En general, cuanto más oscuro era un papel, más amarillento, más dorado, más perfumado resultaba. Sus libros favoritos eran, en aquella época, los de la editorial Bruguera, que publicaba a Salgari (el tomo enorme de *Los tigres de Mompracem*, que reunía tres novelas de Sandokan, era una de sus propiedades más queridas), *El lobo de mar* de Jack London, *Los propios dioses* de Isaac Asimov, la maravillosa *Antología de la literatura fantástica española* de José Luis Guarner y cientos y cientos de títulos más. Mateo abría estos volúmenes (lo hacía con exquisito cuidado,

porque no estaban cosidos y al abrirlas demasiado se quebraban por el lomo), hundía la nariz entre las páginas como un voluptuoso podría hundirla entre unos muslos y aspiraba con delicia el perfume del papel, perfume intenso de flores y de árboles que parecía traer consigo un rumor de músculos y de muelles y de cables y de trabajo y de islas y gaviotas perezosas flotando en mitad del aire que eran ya el rumor de las aventuras y la realidad del mundo de la literatura. Encontró en aquella estantería dos novelas rusas, una de ciencia-ficción que no le gustó en exceso y otra que trataba de un muchacho griego que era raptado por unos piratas y vendido como esclavo a los egipcios, una maravillosa novela de aventuras cuyo autor y cuyo título olvidaría y que jamás podría volver a encontrar. Comenzaba en las costas de Grecia, frente al azul del mar, donde los muchachos y las muchachas se bañaban desnudos, y luego venía el rapto, los piratas, la horrible experiencia de la esclavitud, la marca con un hierro al rojo, el mercado de esclavos, las obras de las pirámides en las que el esclavo pasaba años de terrible sufrimiento moviendo piedras gigantescas y sufriendo el calor de las cámaras cerradas y el vértigo de los temibles andamios hasta que lograba escapar y escapaba, escapaba, perseguido por los cazadores de esclavos huidos, escapaba a través de verdes cañaverales sin fin hasta que lograba al fin regresar a su hogar, a las azules costas de su isla de delfines y de brisas. Encontró también la antología de poesía inglesa, e intentaba leerla consultando el diccionario y aplicando sus rudimentarios conocimientos de inglés. Buscaba los poemas breves, «The rose» de William Blake, «My heart leaps up» de Wordsworth, pero a pesar de que estos poemas eran sencillos, tenía la sensación de no acabar de entenderlos bien. *O rose, thou art sick!* significaba «Oh, rosa, estás enferma», pero ¿cómo podía un gusano (*worm*) ser «invisible» y flotar «en medio de las rugientes tempestades»? Aquel horrible gusano había venido traído por la tempestad, había descubierto (*found out*) el «lecho de carmesí alegría» y su «amor oscuro y secreto» destruía la vida de la rosa. Ah, aquél debía de ser sin duda un gran poema cuando estaba incluido en aquella antología, pero resultaba de lo más extraño. Por ejemplo, los adjetivos, que parecían todos desmesurados al ser traducidos al español: *howling storm*, *crimson joy* sonaban bien en inglés, pero «alegría carmesí» resultaba empalagoso y cursi. Y a pesar de todo fascinante por su propio exceso. Su cama de alegría carmesí, su lecho de roja alegría, el tálamo de su felicidad carmín. Aquél era el mundo de los adjetivos, un mundo misterioso de delicados excesos y felicidad prometida. Un mundo de música de las palabras y de imágenes visuales de chorreantes colores. En la biblioteca de sus padres encontró también a Vicky Baum, *Lo que los hombres nunca saben*, y a Lajos Hilay, y a Stephan Zweig, cuyos maravillosos relatos breves le impresionaron casi tanto como los dibujos a pluma que los acompañaban. Largas tardes de lectura, de silencio, de imaginación, pues la imaginación sólo puede crecer en el tiempo, en la melancolía y en el aburrimiento. Opimo tedio de la adolescencia, horas vacías,

indolencia divina del salón familiar sin nada, sin nadie. La ausencia de un gran reloj familiar. La familia como navío, como nave espacial. La casa como habitáculo del gran edificio del tiempo. El tiempo como proyectil. En aquellos años uno leía a Charles Dickens, pero también a Mika Waltari y a Sven Hassel, cuyos relatos de la Segunda Guerra Mundial desde el punto de vista alemán sorprendían por su crudeza y también por las historias de amor, los libros de la colección Reno, que también publicaba a Frank Slaughter, que era el autor favorito de su amigo Miguel, especialmente sus novelas de médicos, y también a Somerset Maugham, que era el autor favorito de Anselmo por mucho que Anselmo hubiera leído extensamente a Conrad y a Henry James. En la biblioteca de la familia leyó las traducciones de Astrana Marín de las obras de Shakespeare, *Hamlet*, *Otelo*, *Romeo y Julieta*, *Julio César*, *Macbeth*, *El sueño de una noche de San Juan*, ediciones en rústica de la colección Austral que su padre había encuadernado en gruesos volúmenes de tapas azules, y tras las cuales, en una doble fila secreta, encontró libros prohibidos como *Los indiferentes*, de Alberto Moravia, un libro plagado de escenas eróticas, o un pequeño manual de educación sexual que estaba lleno de nociones curiosamente inexactas. En la biblioteca familiar había libros que se consideraban importantes en la época, como *Un millón de muertos* y *Los cipreses creen en Dios* de José María Gironella o *Las últimas banderas*, de Ángel María de Lera, y estaban también Kuprin y Wells, Sinclair Lewis y Leon Uris, Oscar Wilde y el padre Feijoo, la Biblia en la traducción de Nácar y Colunga y también *La familia del hombre*, un libro de fotografías que miraba a menudo y cuyas imágenes en blanco y negro terminaron por transformarse para él en verdaderos recuerdos, tan intensos como si se correspondieran con acontecimientos que él mismo hubiera vivido, como si él hubiera estado en aquel tren, o hubiera abrazado a aquella muchacha o hubiera estado tumbado sobre aquella pradera de hierba. Así la imagen se transforma en imagen viviente. Así el pensamiento se hace pájaro, y agita las alas y canta con su ronca garganta la canción extranjera. Y el tren que partía entre nubes de vapor, la carne temblorosa de la muchacha bajo la tela de su vestido, la hierba húmeda y caliente que había al pie de la colina, se transformaban para él en lugares reales. Sentía que había estado en una guerra, que había llorado y que había conocido el horror de los bombardeos y que había regresado sin una pierna y que había reído con una familia de Swazilandia y que había jugado a las cartas en la parte trasera de una tienda de ultramarinos en Savannah. Y todo estaba en aquella pared llena de libros reunidos por el azar de dos vidas, la de Anselmo y la de Isabel, que se unían, como dos ríos de libros, en el río de libros que confluía en él, sentado en su orilla en el sofá de la biblioteca familiar leyendo a la sombra de un sauce de palabras. Allí estaban *La perla* de Steinbeck y *El viejo y el mar* de Hemingway, *El padre Goriot* de Balzac (un libro muy extraño que comenzaba con la minuciosa descripción de una casa habitación por

habitación y luego de las personas que habitaban en ella, barba por barba y corsé por corsé) y los poemas de Gabriel y Galán, a quien su padre consideraba un poeta extraordinario, y también los de Miguel Hernández, que era realmente un poeta extraordinario, y los de Machado, y los de Rubén. Todas las bibliotecas son museos, todos los museos son mausoleos, y el mausoleo se llena de polvo, de hierbajos, de incuria, de olvido y regresa a la naturaleza. Un día un zorro orinará discretamente sobre el mausoleo cubierto de verdín para marcar la linde de su territorio, y un panal de miel silvestre colgará de los restos de una cruz de piedra. Una cigüeña hará su nido en el altar del olvido, y de debajo de las zarzas surgirá el espectro de una niña muerta en una epidemia de tifus de antaño. Comenzará a sonar el rumor de las viejas historias, las *Leyendas* de Bécquer eran consideradas entonces una lectura vigorosa y recomendable (¿quién lee hoy en día las *Leyendas* de Bécquer?) y Mateo las leía con la misma desazón con que leía a Poe. El preludio número 15 de Chopin era para él lo mismo que «El monte de las ánimas» de Bécquer (las ánimas surgían *por debajo*, en la mano izquierda, en la tonalidad de Do sostenido menor, que era la tonalidad que estaba «por debajo» de la principal, la luminosa Re bemol mayor), y soñaba con «Los ojos verdes» y se aterrorizaba con «Maese Pérez, el organista» casi tanto como con el relato más terrorífico jamás escrito, «El pozo y el péndulo» de Edgar Allan Poe. En la biblioteca de la familia estaba también *La llamada de la selva*, de Jack London, que se convirtió en su libro favorito, y cuyo autor sería su autor favorito durante el resto de su infancia y su adolescencia.

Siempre estaba buscando libros de Jack London en las librerías del barrio y en cualquier librería que pudiera encontrar en cualquier ciudad que visitaran. Al lado de su casa, en un local comercial que cambiaba de dueño con frecuencia y en el que todos los negocios que se emprendían se arruinaban (los que ponen negocios deberían preguntar a las gentes del barrio cuáles son las esquinas malditas, los locales que siempre fracasan, porque ellos no los ven, pero los que viven en un mismo lugar durante años aprenden a reconocerlos con claridad), pusieron una librería que duró poco menos de un año, y allí encontró *La peste escarlata*. El relato de una peste futura que termina con la humanidad, y los perros domésticos que se vuelven salvajes (éste era el detalle que más le gustaba a su tío César, el hermano pequeño de su padre, que también había leído el libro). En una feria del libro, en el Retiro, encontró *Antes de Adán*, el relato de un hombre que recuerda una vida anterior en la que era un hombre de Neanderthal, junto con la idea fascinante de que ese sueño que todos tenemos y que consiste en sentir que nos caemos desde una altura (lo cual suele suceder cuando comenzamos a quedarnos dormidos) no era sino el recuerdo ancestral de aquellos tiempos en que los seres humanos dormían subidos en los árboles y sufrían todas las noches el terror de caer desde allá arriba y ser devorados por las bestias nocturnas. En Bilbao encontró en una librería *El lobo de mar*, el personaje

diabólico de Wolf Larssen, un marino maldito que cruzaba los mares en un barco que era también una biblioteca, un hombre tan brutal como despiadadamente culto, también de la editorial Bruguera, también un libro de intensos perfumes arbóreos cuando uno hundía la nariz entre sus páginas de papel amarillento y reseco. Y también *Aventura*, y *Colmillo blanco*, y *Martin Eden*, la obra autobiográfica, y *Terry de las islas*, que fue la obra con la que Mateo comenzó a soñar con el trópico y con los mares del sur y con los lujuriosos cielos estrellados de las islas Salomón. Pero su libro favorito de Jack London era *El peregrino de las estrellas*, a pesar de que tenía uno de esos defectos que enloquecen a cualquier buen lector: en uno de los cuadernillos había dos páginas en blanco por cada dos páginas de texto. Allí conoció Mateo el que sería, quizá, el mito definitorio de su existencia: el protagonista languidece en una horrible prisión cuyos carceleros le torturan de forma sistemática. La forma de la tortura era algo conocido como «la chaqueta», que consiste en envolver al prisionero con una fuerte lona como si fuera un fardo, oprimiéndole de tal modo que no puede apenas respirar. El desdichado tiene que pasar así días enteros, tirado en el suelo, luchando desesperadamente por aprovechar el hilo de aire que entra en sus pulmones y que es lo único que le mantiene con vida. Hay que decir que poco después de la separación de Mateo y Matilde, después del verano fatídico en el que las dos familias decidieron tácitamente dejar de verse, Mateo comenzó a sufrir fuertes ataques de asma. Le llevaron a que se hiciera pruebas de alergia en el hospital, y resultó que era alérgico a los pólenes de diversas plantas y también al polvo de su casa. La tortura de «la chaqueta» cobraba así para él un valor y un significado especiales, porque sólo somos capaces de dar su verdadero valor a aquello que conocemos por propia experiencia. Pero la pobreza de oxígeno que recibe en sus pulmones el desdichado protagonista de *El peregrino de las estrellas* tiene un efecto inesperado. De pronto, su alma se despegaba del cuerpo, y comienza revivir una tras otras las vidas pasadas del hombre que ahora languidece en una prisión. Y son vidas ricas, llenas de aventuras, gloria, amor, peligros, largos viajes, vidas que se extienden a través de los siglos y de los continentes. Ahora el prisionero ya no es prisionero. Ahora es libre, vuela «en el mágico círculo de la noche», como dice el poema de Hesse, «para vivir intensamente una y mil vidas». Ahora no poder respirar no importa. Ahora ya no necesita respirar, porque es libre. La tortura se convierte en un involuntario ejercicio de respiración que le permite encontrar la liberación y recordar todas las veces que nació y murió. El interés de Mateo por la reencarnación y por las vidas pasadas probablemente se inició en la lectura de este libro de Jack London. También la noción de que vivimos en una cárcel, pero que siempre podemos encontrar la libertad en la imaginación.

Ésta es una lista de algunos de los libros que leyó durante su adolescencia:

*El hombre que perdió su sombra*, de Adelbert von Chamisso.

*Infancia. Adolescencia. Juventud*, de León Tolstói.

*Tartarín de Tarascón*, de Alphonse Daudet.

*Cartas de mi molino*, de Alphonse Daudet.

*Carmen*, de Merimée.

*Don Camilo*, de Giovanni Guareschi.

*Gog*, de Giovanni Papini.

*Los tres mosqueteros*, de Alejandro Dumas.

Los tres tomos de Aguilar dedicados a los relatos y novelas de Sherlock Holmes, de Conan Doyle.

Cuentos de Chéjov.

*Diez negritos*, de Agatha Christie, y muchas otras novelas de Agatha Christie.

*El Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, de Stevenson, que a su padre le parecía una obra mediocre. (Sus padres consideraban mediocres, o simplemente malas, las obras que no respetaran el canon realista. Era como si los autores de obras fantásticas hubieran cometido un error de cálculo, como si la imaginación en la literatura fuera una aberración, una desviación caprichosa e injustificable de lo que deberían ser siempre las bellas letras. Así, para su madre las novelas de Knut Hansum, en las que según ella aparecían *trolls* y duendes, eran una muestra de la debilidad mental de los pueblos nórdicos, cuyos ciudadanos eran tan simples como niños pequeños, y *Peer Gynt*, la obra maestra de Ibsen, una obra menor y bastante ridícula por el hecho de que al principio del relato Peer se mete dentro de la montaña y conoce al rey de los *trolls*: cosas de niños, tonterías, muestras ridículas de la cursilería nórdica. Sus padres aceptaban la fantasía en los cuentos de hadas, pero ni siquiera allí debía romper ciertas reglas implacables: toleraban las transformaciones, las varitas mágicas, los magos, los castillos, los dragones de los cuentos de Grimm y de Andersen porque estaban convencidos, especialmente Isabel, de que aquellos relatos tenían todos una intención moral, pero veía esa intención moral también en Dickens, ya que ella pensaba que la buena literatura es aquella que defiende las ideas correctas e inspira buenos sentimientos tales como generosidad, espíritu de sacrificio o rebeldía contra la injusticia, y los libros que no contenían tales mensajes humanitarios le parecían no sólo malos, sino estúpidos, innecesarios, y de un modo difícil de explicar, erróneos, equivocados, del mismo modo que es un error creer que un ciervo es una cabra o una rosa es un clavel. Sus padres también despreciaban los tebeos, las historietas, los cómics, que consideraban obras de entretenimiento para niños y a los que situaban en el grado más bajo dentro de la apreciación artística, porque consideraban que los dibujos (incluso los de genios como Alex Raymond) eran «muy malos» y la parte «literaria» muy endeble. Pero ¿por qué les parecían tan malos, tan toscos, tan chapuceros los dibujos de genios como Hergé o Harold Foster? Sin duda por hábito, porque en su adolescencia no habían conocido nada parecido. Por hábito de haberlo

dicho muchas veces. Por haberlo escuchado muchas veces y haberlo repetido muchas veces. Por costumbre. ¿No habla Rilke de una «cálida costumbre»? Claro que se refería a otra cosa cuando habla de ese paseo diario que nos ata a un olmo, a una pared, a un trozo de cielo, pero ¿acaso hay costumbres más cálidas que nuestros rechazos y nuestras negras maldiciones? ¡No son costumbres, clamamos, son nuestros principios, nuestros valores! ¡Es así como yo veo el mundo! Rechazaban los cómics porque no eran ni verdadera pintura ni verdadera literatura, del mismo modo que podría rechazarse a los pájaros por no ser verdaderos mamíferos (al carecer de cuatro patas) ni verdaderos reptiles (al carecer de escamas). Y les parecía que los dibujos eran malos, torpes, chapuceros, porque no eran realistas, porque representaban mujeres que volaban y hombres de piel verde, y todos sabemos que la piel no es verde y que las mujeres, por lo general, no vuelan. La mayor parte de las personas sólo vive realmente hasta que cumple veinte o veintitrés años. A partir de esa edad, su alma se cierra y ya son incapaces de recibir impresiones nuevas. Son como ostras que ya no filtran más agua de mar, convencidas de que ya han criado en su interior una perla. Lo que les gustó de jóvenes (de muy jóvenes, por cierto) será bueno, y lo que no conocieron porque aún no existía, será o nada (ya que el ser humano tiene una capacidad infinita para no ver lo que no desea ver) o un error ético y estético. Y estarán dispuestos a clamar que no les entienden, que no les aceptan, por la simple razón de que ellos no entienden ni aceptan nada de lo que les rodea. Porque los intolerantes siempre creen que están rodeados de intolerantes y de tiranos.)

Su hermano y él se hicieron socios de la biblioteca pública Concha Espina, que estaba en la calle Núñez de Balboa, y ahora iban allí todas las semanas. Trabajaban allí dos empleados que vestían un guardapolvos de bello azul cobalto y cuyo principal objetivo en la vida era, al parecer, moverse lo menos posible y, en caso de verse obligados a hacerlo, moverse lo más lentamente posible. Enseguida les pusieron mote: el Paleta y el Tolilo. Uno de ellos, el Tolilo, era idéntico a uno de los retratos de Hans Holbein el Joven que Mateo tenía en un libro de este pintor dentro de la serie «La obra pictórica de...», precisamente el que representaba a Sir William Butts. El parecido era tan asombroso que ahora Mateo contemplaba el retrato de Sir William Butts y le parecía adivinar la sonrisa irónica y pícaro del que se sabe descubierto. Los dos empleados intentaban alejar por todos los medios a los indeseables que aparecían por allí para turbar su maravillosa calma. Se inventaban normas, ocultaban información, cualquier cosa con tal de poder seguir allí completamente inmóviles detrás de su mostrador, sintiendo la dulzura de las horas pasar en el gran reloj de la pared hasta que se cumplía el horario y llegaba el momento de cerrar. Mateo y Luis tuvieron que volver al menos seis veces antes de lograr hacerse el carné. Primero les dijeron que para hacerse socios necesitaban una foto cada uno. ¿Eso era todo? Sí, y rellenar un papel. Rellenaron el papel, que fue revisado con gesto crítico por el Paleta

bolígrafo en ristre, que al parecer no entendía los números de Mateo y tenía que corregirlos uno por uno, como si los nueves, los cincos o los siete sólo pudieran hacerse exactamente como los hacía él. Volvieron al día siguiente con las fotos. Pero las fotos no valían porque no tenían un espacio blanco debajo para que se marcara la huella dactilar. Volvieron al día siguiente con las fotos con el espacio en blanco y les preguntaron que dónde estaba la autorización de sus padres. Pero ¿qué autorización? Mateo comenzaba a impacientarse. No les habían dicho nada de una autorización. Habían dicho que hacía falta una foto y rellenar el impreso. El Paleta y el Tolilo se miraban con gesto de «tengo las manos atadas». Y es que ellos, realmente, no podían hacer nada: sin autorización era imposible. Volvieron al día siguiente con la autorización (¡para sacar libros de una biblioteca!), pero les faltaba la fotocopia del carné de identidad de su padre. Pero ¿qué fotocopia? No les habían dicho nada de eso. El Paleta y el Tolilo parecían muy divertidos con la irritación de Mateo. ¡Un mocoso como aquél, que pretendía saltarse la sagrada burocracia del sistema de bibliotecas populares de Madrid! Mateo les preguntaba una y otra vez que por qué no les habían dicho desde el principio que necesitaban el permiso de su padre y la fotocopia del carné de identidad, y ellos se reían y le dirigían palabras paternales como si fuera imbécil. ¡Eran unos verdaderos maestros en el arte de no hacer nada! A su picaresca fascinante, a su técnica refinada de quitarse trabajo de encima se unía además esa inextricable espesura mental de las personas que sólo usan la cabeza cuando van a la peluquería, personas que viven en un eterno presente, como los salvajes de Rousseau, que no tienen el menor recuerdo de lo que dijeron ayer o de lo que sucedió unos minutos atrás y que son incapaces de ponerse en el lugar de otro y darse cuenta, por ejemplo, que cuando alguien pregunta algo es porque no lo sabe, y que no todo el mundo conoce las cosas que ellos conocen. Eran, en suma, ejemplares soberbios de una raza ya extinguida: la de los bedeles, porteros, conserjes y empleados del franquismo, con sus modales untuosos, su servilismo, su incultura, su pasión de monje taoísta por mantenerse durante horas completamente inmóviles, su estupidez, su insensibilidad, su falta de vida, su grosería. Los dos hermanos regresaron una vez más a la biblioteca pública Concha Espina, haciendo el largo camino desde su casa, esta vez con la foto, con la autorización, con la fotocopia, para ver con desesperación cómo tampoco en esta ocasión podían hacerse socios porque en una de las fotos, la de Luis, seguramente porque la silla del fotomatón estaba demasiado alta, se había cortado un trocito inapreciable de la parte superior de la cabeza y no podía ser, la cabeza debía aparecer completa. Se fueron de nuevo a casa y pidieron dinero para volver al fotomatón a hacerse otras fotos, y cuando regresaron con las fotos perfectas, el Tolilo, que era el que se ponía detrás de la máquina de escribir con gesto majestuoso y ministerial, como si estuviera redactando un documento de alta seguridad nacional, les pidió las otras fotos.



—¿Qué otras fotos? —preguntó Mateo con incredulidad.

El Tolilo estaba estupefacto. Se reía. ¡Qué despistados son los niños! Tenían que traer tres fotos cada uno. Luis las tenía, porque venían directamente del fotomatón, pero Mateo sólo tenía una. Mateo deseaba insultar a aquel hombrecillo que, por esos azares del destino, era idéntico al retrato de William Butts pintado por Holbein en 1543, deseaba decirle que era un imbécil, que no sabía lo que hacía, que era un inútil, que habían ido ya diez veces con la foto y nunca les había dicho que hicieran falta tres fotos, que desde el principio habían dicho que hacía falta «una» foto, una, no tres. De modo que tuvieron que volver otra vez a su casa, cruzando las calles del barrio de Salamanca, en un largo paseo que Luis hizo en silencio, aburrido, mientras Mateo iba insultando a los dos empleados de la biblioteca con los peores insultos que conocía.

—Estos tíos son unos cabrones y unos hijos de puta. Mecagüen la puta madre que les parió a esa pareja de cabrones. Sucios cabrones, perros cabrones hijos de la gran puta.

Pero el Tolilo y el Paletto sabían lo que hacían. La biblioteca pública Concha Espina estaba casi siempre desierta. Ellos eran muertos, pero eran muertos tranquilos. Eran muertos que vivían en el país de la muerte, el país del aburrimiento, de la burocracia y de las cosas lentas, tardas e imposibles. Rodeados de libros por todas partes, se pasaban las horas detrás de su mostrador sin leer una sola línea. El pensamiento de que podían ocupar su tediosa existencia abriendo y hojeando alguno de los miles de volúmenes que les rodeaban por todas partes ni siquiera les pasaba por la cabeza. Bostezaban a menudo y con tanta intensidad que se les llenaban los ojos de lágrimas. No podían hablar, porque la norma básica de las bibliotecas es que tiene que haber silencio. La bibliotecaria, una mujer mayor que se llamaba Eugenia, estaba siempre metida en su despacho trabajando, y de cualquier modo, ¿de qué iban a hablar con ella? Era su jefa, y además ya se sabe que las personas con formación universitaria no tienen conversación. ¿Qué hacer, pues? El reloj marcaba las horas. Se oía su tictac muy tenue en el silencio de la sala de lectura medio vacía. Y aparecía alguien para pedir un libro y ya estaban molestos. Ya les iban a obligar a trabajar. ¡Es que es un no parar! Rellenaba el desdichado lector la ficha y todo eran críticas. Que no había puesto el año de publicación. Que faltaba el nombre completo del autor. El lector podía decir, por ejemplo, que qué importancia podía tener el año de publicación si aquel papelito servía simplemente para que buscaran el libro mirando la signatura, que era en realidad el único dato importante, pero el Paletto y el Tolilo eran muy serios y escrupulosos con sus cosas, y obligaban a rellenar todos los datos de la ficha. Había problemas a veces con los libros anónimos. Que «anónimo» no es un autor, decían, o bien que no habían puesto los apellidos del autor. Inútil decirles que los autores anónimos no tienen apellido. Pedía uno el *Lazarillo de Tormes* y le decían que no había puesto el nombre y apellidos del autor, y si el lector tenía buen

humor les decía que ya le gustaría a él saberlo. Luego estaban los problemas con los números, que debían dibujarse de acuerdo con unas normas sólo conocidas por ellos, de forma que era normal que a uno le trajeran un manual de jardinería cuando había pedido una novela de Wenceslao Fernández Florez porque había un siete que parecía un uno, o un seis que era interpretado como un cero. ¿Esto es un seis? decían señalando un seis clarísimo. Pues aquello no parecía un seis, sino un cero, y sacaban su bolígrafo, dejaban asomar la punta de la lengua entre los labios como requiere todo trabajo bien hecho y rectificaban con tinta roja y con apabullante seguridad en el trazo el seis defectuoso convirtiéndolo en un verdadero seis, y mostrándoselo al desdichado lector con gesto de suficiencia. ¡Eran maestros de su especialidad! ¡Eran verdaderos perfeccionistas en el arte de molestar, de hacer las cosas mal y de quitarse el trabajo de encima! ¡Qué talento tenían el Tolilo y el Paleta!

Tampoco soportaban a los que leían rápido. Si uno, por ejemplo, sacaba dos libros y los devolvía dos días más tarde, se ponían realmente serios.

—Pero ¿ya los ha leído? —preguntaban frunciendo el ceño.

No digamos ya si alguien devolvía los libros al día siguiente de sacarlos. Entonces podían llegar a ponerse realmente desagradables. Eso sí que no, que les tomaran el pelo a ellos, no.

—No le ha dado tiempo a leerlos —decían con gesto muy serio.

—¿Cómo? —decía el interpelado, que no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Los sacó ayer. Y este libro —decía el Tolilo abriendo el volumen más grueso con gesto sagaz, como dando a entender que a él no se le pasaba una—, éste tiene 495 páginas. Y lo sacó ayer. No le ha podido dar tiempo a leerlo.

—Es una historia de los castillos de España, y yo sólo estoy interesado en el castillo de Medina del Campo —explicaba el lector—. No, no lo he leído entero. No necesito leerlo entero.

—Es un estudio sobre las poetisas hispanoamericanas, pero sólo lo necesitaba para cotejar unas fechas de publicación —podía decir, por ejemplo, una tímida lectora.

—¡Pues si sacan los libros para no leerlos...! —decía el Tolilo con muy malos modos—. ¡Si los devuelven sin haberlos leído...!

—El caso es hacernos trabajar a nosotros —decía el Paleta mirando con cara de odio al señor amante de los castillos, a la joven interesada en las poetisas de Hispanoamérica. Y luego, con un suspiro sentidísimo, colocaba los libros sobre el carrito que utilizaban para devolverlos a su sitio y volvía a sentarse en su banqueta.

—Y ahora querrá sacar otros dos, ¿no? —decía el Tolilo con tono severísimo.

—No, no —decía la lectora tímida—. Ya volveré otro día.

No entendían, aquellos perfectos necios, que no todos los libros son novelas que uno lee desde el principio hasta el final, que hay muchas formas de leer y muchas

formas de consultar un libro, muchas razones para consultar un libro y muchas razones para no leerlo todo, página por página, del principio al final. No lo entendían porque no sabían nada de los libros ni de la lectura. Estaban en el paraíso, en una biblioteca, pero habían logrado impermeabilizarse de manera perfecta contra el esplendor y la felicidad que les rodeaban. Tendrían uno de esos sueldos ínfimos que son los responsables secretos de todos los «milagros económicos» de España y que logran hacer que hasta el más vago tenga siempre la sensación de que trabaja demasiado. Y además eran funcionarios, con cargos vitalicios, con destinos inamovibles. Un funcionario en España es, no lo olvidemos, un ser humano que tiene no sólo un «destino», sino un «destino definitivo» (y un documento oficial que lo acredita con esas mismas palabras: ¡eso impresiona!), un camino prefijado que le mantendrá a salvo de las tormentas y los huracanes y del que sólo le sacará la muerte o la jubilación. El «destino definitivo» es la muerte de la incertidumbre, pero también de la esperanza. El «puesto fijo» que todos los españoles de la época ansiaban y siguen todavía ansiando e incluso exigiendo a gritos, es la muerte del alma.

Llegó un momento en que Mateo se dio cuenta de que en sus extensas lecturas no había ni un solo nombre español, y consultó con sus padres.

—¿Por qué nunca leo escritores españoles? ¿Es que no hay buenos escritores españoles?

—Sí, claro que los hay —le dijeron.

Le recomendaron que leyera *La barraca* de Blasco Ibáñez, y Mateo lo leyó y le pareció un tostón. Tanta tragedia, tanto sufrimiento. Entonces su padre le recomendó *Trafalgar* de Benito Pérez Galdós, y Mateo lo empezó y ni siquiera se lo terminó. Decía que «no se veían bien las cosas» y que era muy aburrido. Isabel le recomendó entonces *La hermana San Sulpicio* de Armando Palacio Valdés, y Mateo lo leyó de cabo a rabo y se divirtió muchísimo, y se puso a buscar libros de Palacio Valdés, y leyó *La aldea perdida*, y Palacio Valdés entró en el panteón de sus autores favoritos. Muchos años más tarde se enteraría, ya en la universidad, de que Palacio Valdés era un autor flojo, un novelista de segunda fila. Su padre le recomendó *Sotileza* de Pereda, y Mateo se sintió fascinado con el lenguaje y con la capacidad sensorial de tenía Pereda, esa sensación de humedad y de salitre que permeaba todo el libro, que se desarrollaba en una villa pesquera de la costa del norte de España, pero el libro también le resultó aburrido. Le recomendaron entonces *Pepita Jiménez*, de Juan Valera, y el libro le gustó mucho porque era una hermosa historia de amor, pero el lenguaje le resultaba artificial y anticuado. Luego se puso a leer unos tomos de teatro que había en casa. El de Jaime Salom no le interesó en exceso, aunque se sintió atraído por las obras más surrealistas. El de Lorca, en el que se reunían todas las tragedias, le gustó y le intrigó, especialmente *Mariana Pineda*, que estaba en verso. Pero el que más excitó su imaginación fue el de Casona: *La sirena varada*, *Los*

*árboles mueren de pie, El caballero de las espuelas de oro, La casa de los siete balcones* y muy especialmente *Nuestra Natacha*. Hablando con su padre, se sorprendió cuando él le dijo que el teatro de Lorca era mucho mejor que el de Casona.

—Pues a mí me gusta mucho más Casona —dijo Mateo.

—¿Ah, sí? —se sorprendió Anselmo—. El teatro de Casona es mucho más convencional, más conservador. El teatro de Lorca es mejor.

—¿Todo el mundo piensa eso? —preguntó Mateo sorprendido.

—No creo que nadie tenga la menor duda de que el teatro de Lorca es superior al de Casona —le dijo su padre—. Es una de esas cosas en las que todo el mundo estaría de acuerdo.

Mateo se sintió sorprendido por su error de apreciación. Pero entonces, ¿por qué le gustaba a él tanto Casona? ¿Sería que tenía mal gusto? ¿Y por qué le gustaba tanto Palacio Valdés y tan poco Galdós?

El único novelista español que de verdad le gustaba era Pío Baroja. Sus primas Mari Carmen y Mari Nieves, que eran unos años mayores que él, tenían muchas novelas de Baroja en su casa. Tenían las ediciones con dibujos de Caro Raggio, el sobrino de Baroja, y le dejaban a Mateo *Zalacaín el aventurero* o *Las inquietudes de Shanti Andía*, *Silvestre Paradox* o *Camino de perfección*, que impresionó mucho a Mateo porque tenía una de esas escenas eróticas que ahora siempre buscaba en los libros.

Ya que ésta era una nueva fuente de fascinación. Las escenas eróticas de *Los inocentes*, de Alberto Moravia. La escena de la violación en un relato de Kuprin cuyo título olvidaría con los años (aunque no el pasaje en que la mujer sentía que sus piernas «eran como de algodón» durante el coito). Las escenas eróticas de las novelas de Harold Robbins, que Mateo sólo podía consultar apresuradamente cuando estaba en casa de sus primas, pero que contenían pasajes asombrosos, como aquel en que un hombre acaricia los pechos de una muchacha y ella se queja de que va a hacerle cardenales. ¿Sería aquello posible? La imagen de unos pechos femeninos con cardenales azules le provocaba escalofríos. Las escenas brutales de *Espartaco*, de Howard Fast, cuando los guardianes le ponen una muchacha desnuda en su celda al esclavo tracio para verles fornicar a los dos, pero él ni siquiera toca a la muchacha, que luego será su mujer, porque no quiere envilecerse ni envilecerla a ella. Las escenas eróticas de *Sinuhé el egipcio*, la bellísima prostituta Nefer entrando desnuda en su piscina, sus pechos blancos flotando entre los nenúfares azules. Las escenas eróticas de Sven Hassel, aquellas muchachas que se dejaban desnudar por los soldados alemanes en graneros y en vagones de tren, temblando de frío y de deseo. ¡Tantos, tantos libros recorridos a toda prisa en busca de escenas eróticas, y la recompensa de encontrar una en la página 145 o en la página 233! Las escenas

eróticas de la edición de *Las mil y una noches* que tenía Miguel en su casa (en la edición de Mateo no había ni una sola: es como si fuera otro libro completamente diferente), dos gruesos tomos azules que pertenecían al padre de Miguel y que éste le prestó a Mateo y que estaban llenos de muchachas que se desnudaban para fornicar con esclavos negros, mujeres enamoradas de monos enormes que las poseían hasta dejarlas exhaustas y, lo más asombroso de todo, mujeres enamoradas de otras mujeres, que se desnudaban y se besaban en bellos jardines llenos de rosas, algo que Mateo no podía explicarse ya que, ¿para qué va a besar una mujer a otra mujer? ¿Qué sentido tiene decir que dos mujeres están «enamoradas»? Pero las mejores «escenas eróticas» jamás leídas, hasta la aparición de las novelas de Henry Miller, eran las contenidas en un libro supuestamente «científico», *El mono desnudo*, de Desmond Morris.

## Fotos

*El mono desnudo* de Desmond Morris acababa de ser traducido al español y era un libro que estaba causando bastante escándalo e incluso protestas de la Iglesia y de los sectores «bienpensantes», porque estudiaba al ser humano como se estudia una especie animal cualquiera, comparándolo con otros animales y describiendo de forma objetiva y desapasionada sus usos sociales, su fisiología y sus costumbres de alimentación y apareamiento. El único capítulo que interesaba a Mateo y a sus compañeros de clase era el titulado «Sexualidad», que estaba lleno de explícitas descripciones de lo que sucedía cuando un hombre se excitaba y cuando una mujer se excitaba y cuando un hombre y una mujer se sentían atraídos el uno por el otro y de lo que sucedía durante el coito y de las cosas que les gustaba hacer a los monos desnudos y a las monas desnudas cuando estaban en la cama. Muchos aprendieron lo que era una erección y descubrieron la existencia del clítoris leyendo *El mono desnudo*, aunque Mateo y sus compañeros no leían aquel libro para aprender nada, por supuesto, sino para disfrutar de sus propiedades titilantes.

La clase parecía esos días uno de esos mercados de la frontera donde abundan las mercancías ilegales o simplemente exóticas. Llegaban muchas cosas del extranjero, libros prohibidos, cómics, pósters de *Playboy*. Llegaban cómics, primero los de Flash Gordon o El príncipe Valiente, los clásicos de la historieta. Un día Labaig, que era uno de los «modernos» de la clase, trajo un cómic de Flash Gordon, precisamente ese episodio en el que Alex Raymond se sacude su estilo original, infantil e intrascendente, y salta a su estilo más grandioso. El padre de Labaig era ingeniero y solía trabajar en el extranjero, y quizá aquellos cómics se los traía a su hijo de su paso por lugares remotos como Londres, Amsterdam o Dallas. Pero la principal fuente de información de la clase en materia de cómics era Negrete, que tenía un hermano mayor que era un dibujante excepcional y estaba ya intentando introducirse en el mundo de la historieta. El hermano de Negrete, Rafa González Negrete, debía de tener por entonces dieciséis o diecisiete años, sufría algún tipo de enfermedad que le obligaba a pasar mucho tiempo en casa reposando, y por esa razón se pasaba todo el día dibujando. Negrete les traía a veces a clase dibujos de su hermano, y todos se quedaban boquiabiertos, porque impresionaba mucho más ver aquel trabajo de calidad profesional en la hoja de papel original, con las marcas de la acuarela y las sombras del lápiz y las minúsculas imperfecciones, que en la revista publicada. Pero también Negrete era un gran dibujante. Era, por mucho que le costase a Mateo reconocerlo, el mejor dibujante de la clase. Mateo y él se dedicaban por esa época a dibujar cómics de superhéroes, cuyos episodios iban llevando a la clase a medida que los terminaban, coloreaban y grapaban, y cada vez que llegaba un nuevo episodio se producía un pequeño revuelo en la clase, y los seguidores de uno y de otro se

abalanzaban sobre la nueva entrega para leerla y comentarla, pero los cómics de Negrete no sólo estaban mejor dibujados y rotulados que los de Mateo (¿cómo conseguía Negrete aquellos rótulos perfectos, que tanto se parecían a los de los rotuladores profesionales de la Marvel?), sino que tenían además unas maravillosas portadas a todo color que le hacía su hermano mayor, y que daban a sus cómics una apariencia casi profesional. El hermano de Negrete dibujaba primero con tinta china las imágenes, y luego las coloreaba con lápices Caran D’Ache fundiendo los colores y logrando unos brillos e iridiscencias asombrosos, y Mateo al contemplar esas líneas, y formas, y colores, sentía que se le comía la envidia. No era sólo la elegancia de las líneas, las finísimas tramas que insinuaban sombras y volúmenes, la musculatura de los superhéroes, lograda en ocasiones a base de manchas negras distribuidas con un pincel de pelo de marta cargado de tinta china (como hacía Steve Ditko con Dan Defensor), sino sobre todo aquellos colores bellísimos, que desafiaban, en su brillo y complejidad y en la translucencia con que se iluminaban unos a otros y se fundían y mezclaban entre sí, a los más rutilantes juegos de reflejos y colores que podemos encontrar en la naturaleza. Una esfera de vidrio, un cielo en el crepúsculo, un simple tubo metálico: todo se llenaba, en el universo de Rafa González Negrete, de irisaciones, de gradaciones, de colores que el ojo no reconocía y no sabía nombrar porque jamás había visto antes.

No es fácil ni agradable comprobar los propios límites, darse cuenta de que la habilidad que uno posee no le llevará muy lejos en el camino y que hay otros que ya están más allá y siempre estarán más allá. De las tres actividades artísticas que siempre atrajeron a Mateo, el dibujo, la música y la escritura, el dibujo fue lo primero que abandonó. Pero no fue tanto un abandono como una renuncia. No es que dejara de dibujar cómics: siguió haciéndolo, comprándose y sacando de la biblioteca libros y manuales para aprender a dibujar cómics y experimentando con plumillas, con pincel, con aguada, comprando papel de dibujo de grano fino y planificando cada vez mejor sus planchas y trabajando la rotulación, el coloreado (que hacía con tinta china, cuyos colores brillantes le gustaban mucho más que la acuarela y cuyos frasquitos cuadrados llenos de mágica sustancia dorada, verde viridiana, rosa fucsia o azul ultramar, le resultaban mucho más atractivos que las inexpresivas pastillas de acuarela), aprendiendo de los cómics de la Marvel, y del Flash Gordon de Alex Raymond, y del de Dan Barry (que Negrete despreciaba), aprendiendo más tarde de Moebius y de su *Garaje Hermético* el arte de la línea ligera y de las tramas que daban interés, carnalidad y volumen a los rostros y a las figuras, en un estilo que podía reproducir perfectamente con el Rotring (que los dibujantes de la escuela clásica rechazaban diciendo que la línea del Rotring era inexpresiva, ya que tenía siempre el mismo grosor), evitando la difícil plumilla y el imposible pincel con el que Alex Raymond, por ejemplo, había pintado *Rip Kirby* (se decía) sin siquiera hacer bocetos

previos, aprendiendo a dibujar arrugas, chaquetas, pantalones, aprendiendo a dibujar edificios y a ser enormemente respetuoso con las máquinas, los automóviles, las pistolas, a no inventar, o a inventar sólo después de conocer y comprender. Siguió dibujando cómics pero supo que nunca se dedicaría profesionalmente al dibujo porque ya desde muy niño había visto sus límites. No sabía entonces que casi siempre los grandes creadores son los que tienen mayores límites, y que son muchas veces los límites los que sirven de impulso para las creaciones más deslumbrantes. La facilidad de Mozart, de Handel, de Haydn no tiene paralelo con las dificultades creativas que experimenta Beethoven. Es verdad que hay grandes genios como Schubert, que componen sin esfuerzo, pero también hay genios como Gluck, como Berlioz, como Wagner, que convierten sus limitaciones técnicas y sus carencias en materia de contrapunto, armonía o construcción sinfónica, nada menos que en la ópera moderna, la orquesta moderna o la armonía del futuro. Porque quizá fue su misma facilidad la que impidió que Rafa González Negrete hiciera una gran carrera en el mundo del cómic, aunque muchos años más tarde publicaría varios, como *Les soleils bleus*, y se convertiría en un reconocido autor de portadas de novelas de ciencia-ficción. Pero nunca llegaría a convertirse en un nombre de primera fila dentro del cómic español. ¿Por qué? Quizá por razones personales. Quizá por carácter. Quizá porque sus dibujos, a pesar de su perfección técnica, carecían de originalidad. Quizá por mala suerte. Tantas cosas suceden en la vida por una simple cuestión de suerte. O a lo mejor tenía razón Miguel, y para triunfar hace falta contar con el favor de los dioses.

Sentía envidia. Envidia de las portadas de los cómics de Negrete, pero también de los dibujos del propio Negrete y de su asombroso dominio del lenguaje del cómic de superhéroes, del espacio de la viñeta, de la anatomía, del escorzo. Quizá a causa de esa envidia nunca llegó a hacerse amigo de Negrete, con el que le unían tantas cosas. O quizá la razón fuera el mal carácter de Negrete, porque lo cierto es que Mateo intentó en varias ocasiones acercarse a él y todas las veces fue recibido con un bufido, y Mateo tenía muchos amigos en clase pero Negrete no tenía ninguno. Era un muchachito que siempre estaba de mal humor, descontento y como resentido, quién sabe por qué. Era impaciente, una de esas personas que no están dispuestas a perder el tiempo en tonterías, no era fácil hacerse amigo suyo. Vivía en Carabanchel. Una vez, Miguel y Mateo aparecieron, por esos azares de la vida, al lado de su casa. Y decidieron llamarle para que se bajara a tomar con ellos una Coca-Cola. Le llamaron desde una cabina y le dijeron que estaban justo al lado de su portal, pero les costó un trabajo ímprobo convencerle de que no le estaban gastando una broma. Negrete, de muy mal humor, les preguntó un millar de detalles sobre el lugar donde se encontraban, cómo se llamaba el bar que había al otro lado de la calle, de qué era la tienda que había al lado del portal, y finalmente y cuando se aseguró de que estaban realmente donde decían que estaban, bajó para encontrarse con ellos con cara de



perros, como si estuviera tremendamente molesto de que le hubieran sacado de sus importantes obligaciones. Se tomaron un refresco en el bar de al lado, charlaron un rato y luego, sorprendentemente, les invitó a subir a su casa. Vivía en uno de esos pisos de entonces, de largos pasillos y estancias pequeñas, abarrotadas de muebles y con lámparas en el cielorraso de todas las habitaciones. Les llevó a su cuarto, que estaba abarrotado de libros, de cómics y de dibujos, y les mostró su mesa de trabajo, que parecía la mesa de un dibujante profesional, llena de lápices, de pinceles, de resmas de papel, de reglas y compases y cartabones. Mateo se sentía un triste *amateur* a su lado. ¿Para qué era necesario un compás? Desde luego, era necesario cuando uno quería trazar una circunferencia, y también cuando uno necesitaba medir la distancia exacta entre varios puntos. De pronto, sentía que él dibujaba sus cómics de cualquier manera. Un lápiz, un simple lápiz Faber rojo, negro, blanco y amarillo, adquiría de pronto un sentido solemne, casi sagrado, colocado sobre la mesa de trabajo de su amigo. Tenía los lápices con la punta muy afilada, y los pinceles colocados en un frasco especial, todos bien limpios, y tenía cuatro o cinco gomas de borrar, quién sabe para qué tantas. Era como si en aquella mesa los propios objetos conocieran su propio cometido. No había ningún dibujo a la vista, pero sí una hoja de papel de grano fino con una escuadra y un cartabón de color azul celeste colocados encima, quizá la tarea en la que Negrete estaba engolfado cuando le habían llamado desde la calle. El hermano de Negrete estaba en el cuarto de al lado. A Mateo le habría encantado conocerle y ver su cuarto, que imaginaba lleno de maravillas.

—¿Tu hermano está en casa? —preguntó tímidamente.

—Sí, está en su cuarto —dijo Negrete, que a pesar de todo seguía de muy mal humor.

Pero había algo que le fascinaba de Negrete. Era el vínculo que tenía, a través de su hermano, con el mundo anglosajón. Londres, Inglaterra, pero sobre todo América, Nueva York, San Francisco, el inglés. El cómic. El cómix. Era América lo que les fascinaba, las grandes creaciones de América. La cultura en inglés era el misterio. París era algo más bien artístico. París eran museos, el Sena, los bulevares, el barrio latino, pero tenía el sabor de otra época: lo que les fascinaba era Londres, Nueva York, San Francisco.

Fue Negrete quien les explicó lo que era el «cómix», con x, que no había que confundir con el cómic a secas, y lo que era un *fanzine*. «Cómix», terminado en «x» era el cómic *underground*, y *underground* significa «bajo tierra», es decir, aquello que no va por los canales oficiales: lo marginal, lo independiente, y un *fanzine* era una revista de tipo independiente hecha con pocos medios en la que aparecía material *underground* y se exhibía lo último de lo último. Su hermano había comenzado a editar un *fanzine* con unos amigos, y Negrete trajo el primer número a clase para enseñárselo. Había una historieta de ciencia-ficción del hermano de Negrete. Había

una historieta de Frank Frazetta sobre el conde Drácula. Había un relato de ciencia-ficción inédito en español de J. G. Ballard, un autor inglés del que nadie había oído hablar jamás. Y había una historieta de Richard Corben, que según les contó Negrete era el gran genio del cómic. El estilo de Corben era fascinante, con esa especie de íntima torpeza que parece ser el último sello de genialidad de creadores como Goya o Picasso, y las mujeres que pintaba eran de una exhuberancia inigualable. Seguramente uno no necesitaba que los pechos de las mujeres fueran tan enormes como los que pintaba Corben, y a veces aquellas astronautas tenían unos rostros un tanto brutales, con esos labios cuadrados y esas mandíbulas cuadradas, y esos trajes de caucho que acentuaban sus hombros y sus nalgas, pero transmitían a pesar de todo una subyugante sensación de carnalidad, una sensualidad fresca y agradablemente bestial. Además, ¿no es lógico que una muchacha que se aventura ella sola por un planeta desconocido saltando por las rocas y enfrentándose a monstruos jamás vistos sea una hembra atlética y altanera, una mujer de mandíbula cuadrada y nariz aplastada? Aquellas primeras historias de Corben serían, quizá, lo mejor de su producción. Luego llegarían las grandes historias en color, como aquella en la que ilustraba «El cuervo» de Poe, y luego la larga saga de Den, y su estilo perdería espontaneidad y entraría en una fase de manierismo.

Leían *Creepy*, *Metal Hurlant*, *Heavy Metal* (era la misma revista con distinto nombre), *Trinca*, donde se publicaba «Héctor, adalid de los almogávares», de Chiqui de la Fuente, y «El Cid», de Antonio Hernández Palacios. Las voluptuosas mujeres de Esteban Maroto. Y los cómics de la Marvel, siempre.

Sin embargo, la mercancía más codiciada de todas las que corrían por la clase eran las fotos de muchachas desnudas. Las traían los que tenían hermanos mayores que viajaban al extranjero, o los que conseguían de algún modo un ejemplar del *Playboy* o un *Penthouse*, publicaciones prohibidas en España. Llegaban pósters desplegados de *Playboy*, o páginas sueltas de revistas, o incluso manuales de «educación sexual» con fotos en blanco y negro. Los desplegados del *Playboy* eran los más codiciados, porque además de una foto de casi un metro de altura de una muchacha completamente desnuda, en el envés de las páginas aparecía un pequeño dossier donde la *playmate* (palabra que significaba, sorprendentemente, «compañera de juegos») hablaba de sí misma con toda naturalidad, contaba cuál era su libro favorito y su color favorito y su sabor de helado favorito y cuál era su idea de una «noche perfecta» y qué era lo que más admiraba en un hombre (siempre era «la sinceridad») y aparecían fotos de la misma muchacha cuando era niña y adolescente, en un cumpleaños, el día de su graduación. Y siempre resultaba fascinante comparar a la adolescente de coletas que aparecía en aquellas fotos, una muchacha totalmente normal y a menudo algo gordita, con la diosa rutilante del desplegable, de piel de satén, ojos sabios y pezones rojos como amapolas.

Mateo jamás olvidaría la sensación que le produjo ver, por primera vez, la imagen de una mujer desnuda. Sucedió en la clase del Señor Moneo, una de aquellas tardes melancólicas, en ese momento de la tarde en que a través de las cristaleras se veía el cielo lleno de luz pero el aula estaba ya invadida de una luz sombría que dificultaba la lectura, justo antes de que se encendieran las lámparas del techo. La foto iba corriendo por debajo de los pupitres. Era una foto en blanco y negro de una mujer joven, recostada en un diván, la barbilla apoyada en el dorso de la mano, completamente desnuda. Estaba como semienvuelta en un camisón de organda que ella misma se había entreabierto y apartado para mostrar bien sus miembros y su cuerpo, pero cuyos pliegues se entreveían por detrás de ella y cubrían el borde del sofá sobre el que estaba tendida, como si su cuerpo suavemente voluptuoso surgiera de la corola de una flor. Su imagen llenaba completamente el rectángulo de la foto, cortada hacia la mitad de los muslos, justo por debajo del codo que sostenía el cuerpo y por detrás de la cabeza. Los ojos, con ambas almendras claramente dibujadas con lápiz negro por el interior de los párpados, se volvían a mirar al espectador, y una ligera sonrisa afloraba a los labios. Dos dientes sensuales asomaban entre los labios entreabiertos y mordían suavemente el labio inferior, cuyo volumen excedía el de arriba. Pero aunque aquella imagen no habría significado nada de no ser por la armonía del rostro de la muchacha, por la hermosa construcción de sus pómulos y su nariz recta y redondeada y la agradable proporción que existía entre su boca horizontal y los ojos ligeramente rasgados, y muy especialmente por ese brillo cristalino de las esferas de los ojos, que lanzaban a través del aire la sensación de la mirada viviente, la certidumbre perturbadora de la presencia real, era la visión de su desnudez lo que le resultaba especialmente conmovedor en aquella imagen, la visión reposada de sus senos intensamente lánguidos, de su vientre sedoso y suavemente hinchado, del triángulo de su regazo invadido de una especie de espeso y oscuro musgo silvestre. Marcelo se sintió conmocionado. Jamás había imaginado que las mujeres fueran tan hermosas y que a él pudieran gustarle tanto. Nunca había encontrado nada en la vida, de hecho, que le gustara tanto. Quizá la música. Quizá sus libros favoritos. Quizá un nocturno de Chopin. Quizá un relato de Jack London. Quizá una página de Alex Raymond. Pero no era cierto, porque nada, en toda su vida, le había causado una impresión similar a la de aquella imagen. ¡Y lo que representaba era lo más corriente, lo más repartido! Hasta los hombres de cinco mil años atrás vieron mujeres así. Nada había cambiado desde los griegos, desde los egipcios, desde los sumerios. Una muchacha, una mujer, una mujer desnuda. Una muchacha exhibiendo su cuerpo, un cuerpo humano. Unos ojos, unos pechos, un pubis. Había millones y millones de cuerpos así, todas las mujeres que caminaban por las avenidas de las ciudades tenían un cuerpo así, pero entonces ¿por qué era tan asombroso? ¿Por qué contemplarlo era como contemplar una visión del Paraíso? Los pechos eran dos

milagros, uno de ellos, a consecuencia de la postura ladeada, cayendo lánguidamente hasta terminar en un pezón perfectamente cónico y vagamente rosado, coronado por lo que parecía la cabecita de un peón de ajedrez, el otro remansado en su propia exuberancia, en un equilibrio perfecto de peso y volumen, volumen y gravedad. Los hombros, los brazos redondos, la pronunciada línea de la cadera abriendo el cuerpo para acoger el vientre, el pubis y los muslos, que se combaban ligeramente el uno hacia el otro, abriendo el cuerpo hacia su centro y también protegiendo aquel centro delicado por medio de grandes huesos y largos músculos. La V del pubis, aquel lugar misterioso que marcaba el centro del cuerpo, el misterio de la feminidad, el centro del mundo, y el triángulo de vello oscuro y enortijado que cubría aquel extremo delicado y sedoso. Y era aquel rincón lo que más asombroso le resultaba. Aquel rincón, aquel final del cuerpo, más allá del cual ya no hay nada, aquella montaña del fin del mundo, suavemente hinchada como un escudo y cubierta de una miríada de hormigas negras. La hinchazón poderosa del pubis, la aparición sorprendente y espectacular del vello negro y enortijado de la cabra negra en medio del cuerpo delicado de la ninfa. La aparición de la naturaleza salvaje en medio de la cultura, la constatación inquietante de la animalidad en medio del cuerpo de apariencia divina. Casi intimidante, casi desagradable, pero era aquel asomo de desagrado lo que provocaba precisamente el mayor placer. El contraste del negro con el blanco. La fascinación de la página impresa. Y la generosidad de la muchacha, que se dejaba fotografiar de este modo, su bondad, su entrega. Su falta de pudor. La excitación sensual contenida en la palabra «pudor», «púdica», «impúdica». Porque eso era lo que hacía la imagen tan atrayente, no sólo la belleza del cuerpo de aquella muchacha inglesa, sino su sensual y amistoso ofrecimiento a nosotros. No que estuviera desnuda, sino que se estuviera desnudando para nosotros. No ver su pubis, sino que ella mostrara su pubis con aquel aire casual y bienhumorado, como si no le importara nada hacerlo, como si le divirtiera vagamente hacerlo. No era su desnudez, sino su entrega lo que la hacía tan fascinante.

¿Deberíamos considerar «pornográfica» esa imagen, que representaba en realidad lo mismo que representa un desnudo de Tiziano o de Giorgione? Pero ¿acaso no tienen también un componente pornográfico los desnudos de Tiziano o de Giorgione, por no hablar de los de Goya, Courbet o Manet? También las modelos de la *Maja desnuda* o de *Olympia* se desnudan para nosotros, dejan a un lado el pudor y revelan lo siempre oculto. No son desnudos, son exhibiciones. No son desnudos, son desnudamientos. Su tema no es el desnudo, sino el pudor. No la libertad, sino la represión. Porque el arte pretende reflejar la totalidad de nuestra naturaleza, y no busca ser bueno, ni puro, sino ayudarnos a conocernos. El arte nunca debería ser puro, sino infernal: debería descender a los lugares oscuros. Pero el arte siempre desciende con una lámpara, y baja a los sótanos para traer la luz y para liberar a los

que yacen encerrados. Entonces aquella foto que corría bajo los pupitres aquella tarde no era arte en absoluto, aunque provocara éxtasis, placer, miedo, deseo, es decir, muchas de las emociones que asociamos con el arte. No lo era, aunque producía también una sensación que hubiéramos creído específica del arte: la sensación de ser rozados por la realidad.

El período de libre circulación de las imágenes terminó pronto. Enseguida las fotos de mujeres desnudas ya no se exhibían por la clase, sino que comenzaron a venderse. El precio dependía de muchas cosas: del tamaño de la foto, de la calidad, de si era en color o en blanco y negro, de si el desnudo era completo o parcial. A Mateo le sorprendía lo mucho que estaban dispuestos a pagar algunos de sus compañeros por estas imágenes. ¡Y él que pensaba que aquellas mujeres le gustaban en exceso! Uno de ellos era su amigo Miguel. Se gastaba todo el dinero que tenía en una foto de *Playboy* que ni siquiera era un póster desplegable, y en una ocasión cambió un bolígrafo Parker que le habían regalado sus padres, uno de esos que venían en un estuche con cargas metálicas que duraban meses y meses, por un cuadernillo de fotos donde había un chico y una chica copulando. Pero ¿por qué lo deseaba tanto? ¿Por qué lo necesitaba tanto? Miguel decía que le dolían los testículos, que tenía que masturbarse para aliviar el dolor. La fisiología niega la realidad de tales dolores, pero Miguel no tenía ninguna razón para mentir.

Aquel pequeño librito donde un muchacho y una muchacha follaban fue un descubrimiento. Ya habían tenido ocasión de inquietarse con las mujeres viendo los desnudos de *Penthouse*, en los que las modelos abrían las piernas y mostraban claramente sus órganos sexuales. Aquello no siempre resultaba muy atractivo, y en ocasiones no resultaba atractivo en absoluto. ¿Cómo podían aquellos seres tener unos ojos tan líricos, unos labios tan perfectos, y aquel caos embarazoso entre las piernas? Las muchachas se tendían en un sofá, o en una playa, o en en unas escaleras, separaban sus larguísimas piernas y mostraban su vulva, donde todo aparecía como en una lámina de anatomía, los labios mayores y menores, el clítoris, el orificio vaginal, el vello extendiéndose por las ingles y el perineo. Pero a veces los labios menores y el clítoris eran mucho más grandes y rugosos de lo que Mateo y sus compañeros hubieran deseado y aquello, la verdad, no tenía ninguna gracia. Uno tenía que apartar los ojos. En el librito que Miguel había cambiado por su lujoso bolígrafo Parker, la cosa era todavía peor. En las páginas iniciales el chico y la chica parecían todavía Dafnis y Cloe, besándose y abrazándose y terminando de quitarse la ropa, ella era muy hermosa, muy joven, con pechos que casi desaparecían cuando se tumbaba boca arriba, y él tenía un bello pene rectilíneo y coronado por un glande rosado, aunque a ellos los penes (o al menos esto era de suponer) no les provocaban el menor interés. Luego ella comenzaba a chupárselo, y unas páginas más allá, él le metía el pene en diversas posturas, y todo esto estaba bien. El problema era la página

en que el muchacho abría la vulva de la muchacha, separando ambos lados con los dedos como el que abre una fruta. ¡Aquello sí que era imposible mirarlo! ¡Resultaba absolutamente repugnante!

—No sé cómo puedes mirar eso —le decía Mateo a Miguel.

—Pues a mí me gusta —decía él.

—¿No te da asco? —preguntaba Mateo.

—No.

Aquella foto les tenía vagamente preocupados. ¿Serían todos ellos homosexuales encubiertos? Porque si las mujeres eran realmente así, y a ellos aquello les parecía repugnante, entonces ¿qué iban a hacer cuando tuvieran novia? El chico de la foto se dedicaba a lamer allí a la muchacha, hundiendo la lengua entre los pliegues y repliegues, y aquello era, sin duda, algo que todo el mundo debía de hacer.

—A las tías es lo que más les gusta —informaba muy serio Salazar, o Guirao, o cualquiera que hubiera oído algo por ahí, dándoselas de enterados—. Cuando las chupan ahí se mueren de gusto.

—Pues yo no pienso hacer una cosa así en mi vida —dijo Mateo.

—Pues tendrás que hacerlo cuando tengas novia —decían los otros.

Ahora ya no estaban en el edificio principal de la Básica, sino en el pabellón Hispano Marroquí, en el otro extremo del complejo de edificios del Ramiro. Todos sentían que aquel cambio era algo así como subir de nivel, estar más cerca de la edad adulta. El pabellón Hispano Marroquí estaba alejado del resto de los edificios del instituto, colgado en lo alto de los barrancos de arena que constituían la espectacular ladera oeste de la colina de los Chopos, más allá incluso del edificio donde vivían los alumnos internos. Tenía algo de palacio solitario en lo alto de su colina, rodeado de enormes cedros del Líbano y con el barranco abriéndose escénicamente a sus pies, un palacio que ahora les permitían habitar a ellos, los de octavo de Básica, que ya pronto dejarían la EGB y entrarían en el bachillerato.

Y llegó el otoño. Nadie lo sabía entonces, pero era el último otoño del franquismo. Los árboles de la colina de los Chopos se pusieron amarillos. En sus caminos diarios al Ramiro, atravesando la Zona mágica, subiendo por la calle Oquendo o por la calle Castellón de la Plana, Mateo se maravillaba contemplando las grandes copas de los árboles. Las aceras estaban llenas de hojas amarillas y rojas, y a veces llovía y todas las calles de la Zona aparecían llenas de una alfombra multicolor y reluciente. Mateo amaba las hojas de los árboles porque amaba los árboles y también porque amaba los colores. En la calle Oquendo, en el desnivel entre dos propiedades, se elevaba un chopo gigantesco, cuyas raíces debían de nacer del suelo unos cuatro metros por encima de su cabeza, y que luego ascendía y ascendía en dirección a los cielos, y estaba todo amarillo, como un gran poema de oro contra el cielo turquesa del otoño. Mateo pasaba debajo de aquel chopo casi todos los días, y

sentía la sensación de reverencia que siempre nos producen los grandes árboles. Porque todos sentimos una presencia personal en los árboles viejos y venerables, que han conquistado el tiempo y han visto más cosas que nosotros y seguirán en pie cuando nosotros muramos.

Luego giraba por la calle Castellón de la Plana y contemplaba la Casa Color Calabaza, cuyas ventanas estaban siempre cerradas, con las persianas bajadas y los visillos corridos.

Franco se puso enfermo. Estuvo mucho tiempo enfermo, postrado en una cama de hospital, lleno de tubos y mantenido artificialmente con vida. Todos los días los médicos del hospital daban un comunicado oficial, en el que se decía que el Generalísimo se encontraba en estado estacionario. Y pronto fue evidente para todo el mundo que Franco jamás se recuperaría. Y un día, el 20 de Noviembre, el viejo dictador murió. Se lo contó a los españoles Carlos Arias Navarro, jefe del estado en funciones, lloriqueando como una niña en Televisión Española. «Españoles...», dijo, con voz quebrada por la ternura, «Franco... ha muerto...» Aquel día, en casa de Mateo la familia brindó solemnemente con champán. Anselmo había comprado la botella semanas antes, en previsión del hecho, ya que nadie se hubiera atrevido a comprar una botella de champán precisamente el día de la muerte del dictador.

—No parece de buen gusto brindar por la muerte de una persona —dijo Anselmo, que llevaba casi cuarenta años esperando este momento—. Vamos a brindar por el futuro, porque España se convierta en un país democrático.

Y los cuatro, alrededor de la mesa del comedor familiar, levantaron sus copas aflautadas en el aire, las chocaron, y bebieron.

## La cola de Franco

Hubo una semana sin clases a causa de la muerte de Franco. En el hogar de los Montañés la radio estaba puesta todo el día, ya que no tenían televisión por motivos ideológicos y culturales. Y en la radio no había otra cosa más que música clásica y locutores hablando de la gran pérdida que había sufrido España y leyendo textos de una cursilería insuperable. Tendido en el sofá del salón, en un mes de Noviembre particularmente tibio y luminoso, un Mateo de catorce años sin nada que hacer escuchaba a los locutores de Radio Nacional explayarse sobre lo mucho que se había sacrificado el Generalísimo por España. Nunca pudo llevar una vida normal ni caminar tranquilamente por las calles ni «volverse al paso de una muchacha reciente», decía uno de los textos, como si a la bestia de Franco las muchachas recientes o tardías le hubieran interesado nunca lo más mínimo. Un poema escrito a toda prisa quién sabe por qué poetaastro repetía el estribillo «ya se va el general / camino de las estrellas». Y Mateo se imaginaba a Franco como una especie de Topo Giggio feliz dentro de una pequeña nave espacial rumbo a las estrellas. El resto del tiempo, los locutores de Radio Nacional dedicaban sus heroicos esfuerzos retóricos a la cola de Franco. También en la televisión se hablaba sin cesar de la cola de Franco y todo el rato estaban mostrando imágenes de la cola de Franco, y los padres de Mateo estaban todo el rato rezongando a causa de la cola de Franco y de tanto hablar de la cola de Franco.

La cola de Franco era enorme, al parecer, una gran cola, una cola fenomenal, una cola como la que Franco se merecía, la cola que uno esperaba de un verdadero caudillo. Uno podía ponerlo en duda, claro está, suponer que la cola en realidad no era tan larga y que era todo un montaje periodístico, uno más de los muchos camelos urdidos por los medios de comunicación del régimen. Uno podía suponer que Franco tenía una cola cortita y ridícula, que la prensa mentía, aunque ¿cómo iban a mentir las imágenes? En realidad, hubiera bastado con ir a verla y constatar si era, en efecto una cola tan grande como aseguraba la Televisión Española y Radio Nacional y todos los periódicos del momento, *ABC*, *Ya*, *Pueblo*, *El Alcázar*, una cola de inmensas proporciones, pero por supuesto los Montañés no querían acercarse a ver la cola de Franco y tampoco dudaban de su extraordinaria longitud.

La cola se extendía por las calles y crecía y crecía y seguía creciendo, la cola de los españoles que querían «dar su último adiós al caudillo», cuyos «restos mortales» (así ha de decirse) se encontraban en «capilla ardiente» en el Palacio Real, una cola que los edecanes aceleraban todo lo posible a medida que el honrado pueblo de Madrid llegaba hasta la sala donde estaba el catafalco, de modo que había que pasar tan rápido frente al cadáver que era imposible ver nada, y había falangistas y requetés que querían ponerse firmes delante del cadáver o quizá incluso rezar un padrenuestro



por el descanso del alma del caudillo o cantarle un *Cara al sol* y no les dejaban. Y las escenas de los que esperaban horas y horas en la cola de Franco, a veces desfallecidos, a veces muertos de hambre y de sed, las señoras mayores desmayándose, recios veteranos de la guerra llorando con lágrimas varoniles al caudillo muerto, y las declaraciones de los merluzos que esperaban horas y horas en la cola de Franco para dar su último adiós al caudillo: «Dios mío, ¿qué va a ser ahora de España? ¿Qué va a ser ahora de nosotros, Dios mío? Era un hombre tan bueno, ¡lo dio todo por España! Era como un padre para todos nosotros. ¿Y qué va a ser ahora de España, Dios mío?».

—La mitad de los que están allí quieren asegurarse de que el enano ha muerto —decía Eduardo Ferrera, uno de los mejores amigos de los padres de Mateo, que luego entraría en política y sería delegado del gobierno en Murcia con el gobierno del PSOE.

Las mismas bromas cuando por fin se llevaron a Franco al Valle de los Caídos y lo enterraron debajo de una losa de mármol de miles y miles de toneladas. La sensación de tranquilidad que daba aquella losa.

«Excelencia, le queríamos regalar un animalito para que le haga compañía. ¿Qué animalito es ése? Una tortuga, su excelencia. No, una tortuga no, que luego se mueren y da mucha pena.»

Franco murió no sin antes dejar un último testimonio de su paso por la tierra: el testamento de Franco, un breve texto que fue impreso en carteles amarillos y marrones y colocado en todas las paredes de todos los lugares públicos del país. Fondo amarillo, letras marrones, un dibujo del rostro de Franco. Se imprimió también un mensaje del nuevo rey, y a menudo se ponían en la pared ambos carteles, el testamento de Franco y el mensaje del rey. En el Ramiro de Maeztu estaban en todas partes: en las clases, en los despachos, en los pasillos. Durante los años siguientes, Mateo vería el feo cartelillo todos los días varias veces. En su testamento, Franco decía que lo había dejado todo «atado y bien atado», una de esas expresiones felices en las que el autor (fuera quien fuera) logra, por una vez, decir exactamente lo que quería decir. Lo había dejado todo atado, es cierto, aunque no sabía que el nudo era él, y que una vez muerto se desharía solo.

## Bayreuth

Imaginemos, entonces, a una niña de doce o trece años, muy delgada, de larga cabellera color castaño ceniza, con un rostro de expresión majestuosa y determinados y preciosos ojos verdes, vestida con un bikini morado, que caminaba descalza entre las sombras de los chopos y de los pinos, a través de una gran pradera salpicada aquí y allá por esos famosos «charcos de sol» que luego aparecerían tantas veces en las novelas de Mateo. El prado es interesante, con una enorme oruga azul y carmesí de doce centímetros de longitud caminando entre los tallos de grama, con extensiones inundadas de trébol, con una urraca blanca y negra caminando a lo lejos, en uno de los charcos de sol, cerca de unos columpios metálicos empapados por la lluvia artificial. La niña es esbelta y musculosa, y aunque ha comenzado a desarrollarse y sus pequeños pechos tiemblan imperceptiblemente en las copas de su bikini, sus caderas siguen siendo tan rectas como las de un muchacho, aunque la suave cadencia que les imprime su paso prefigura claramente a la ninfa que vendrá. La niña camina con determinación a través del prado. Camina dando amplias zancadas. Sus bellos muslos morenos están cubiertos de una pelusa dorada. En sus ojos bellísimos hay un brillo afilado, quizá implacable. Todo en ella es fino, afilado: los labios, los ojos, los párpados, las cejas. Su sexualidad está a punto de florecer, pero aún es una niña. La crueldad de su fineza es la crueldad de la infancia. Su belleza imposible proviene de la delicada simetría de su rostro y de la hermosa proporción de sus facciones, no tocadas aún por la edad núbil. Su forma de caminar, su determinación, esa cierta arrogancia que es posible adivinar en la forma en que su hermosa cabellera cenicienta cae sobre sus hombros desnudos, llenos de redondas manchas rosadas de sol, es la arrogancia de la infancia. Su ligereza atlética es la musculosa ligereza de los niños. Sólo la suave ondulación de su paso es de mujer.

Ahora pasa cerca de una máquina de riego, que lanza un brillante chorro de agua a la hierba de la pradera, moviéndose trabajosamente en una circunferencia. La hierba está muy alta por esta zona. Hay un arco iris en el aire, en la espaciosa columna de sol que desciende hasta el pasto por entre las copas de los árboles. Mariposas y polvo dorado y agua pulverizada danzan en esta columna de sol atravesada transversalmente por los siete colores del espectro. Pero ella no ve nada de esto, o quizá lo ignora, como si las maravillas fueran para ella cosa corriente y el mundo algo que se da por sentado.

Sigue caminando. Ahora hay toallas tendidas sobre la hierba, y sobre las toallas hay hombres y mujeres en bañador. Hay una mujer con un bikini fucsia tendida al sol boca abajo, con la parte superior desabrochada. En la sombra hay un hombre sentado en una silla de camping leyendo el periódico. Más allá hay una toalla de rayas color plátano, negro y café. En el centro hay un niño leyendo un libro. Está totalmente

concentrado en la lectura, y ella se detiene apenas a dos metros de él y le contempla críticamente. El niño lleva un bañador azul y tiene el pelo de un color castaño muy claro, casi rubio. Tiene catorce años. Está sentado con una rodilla doblada horizontalmente y otra verticalmente. El libro está sobre la toalla, y él lo sostiene abierto apoyando sobre él la mano izquierda.

—¿Te bañas? —dice la niña.

El niño levanta la vista, con expresión de despiste. Parece tardar unos segundos en reconocerla.

—Sí, ahora —dice volviendo a su lectura.

—Pero ¿te bañas o no te bañas? —dice la niña. Tiene un suave acento asturiano, plañidero. El niño sonríe sin levantar los ojos.

—Sí, ahora mismo —dice.

—¿Qué estás leyendo? —dice la niña dejándose caer en la toalla. Se limita a doblarse hacia delante y aterriza suavemente sobre las rodillas huesudas y sobre las espinillas y los metacarpos, como si hacer una cosa así fuera lo más fácil del mundo.

El niño le enseña la portada del libro. Pero la niña no siente el menor interés por el libro, ni por la lectura. Arranca unas cuantas hojas de la grama dura y pegajosa que crece alrededor, y las deja caer sobre el libro. El niño aparta las hojas de hierba con la mano y sigue leyendo. Con la misma facilidad con que se ha dejado caer de rodillas en la toalla, la niña se levanta y sigue su camino pradera a través.

La niña llega hasta un escalón de piedra que tiene unos setenta centímetros de altura y divide la pradera en dos. A su izquierda, diez o doce metros más allá, hay unos amplios escalones de hormigón que ayudan a salvar el desnivel, pero ella no los necesita. Sube de un salto, sin hacer esfuerzo, apoyando apenas las yemas de los dedos de las manos en el alto escalón de piedra para impulsarse. Pesa muy poco, es maravillosamente elástica y tiene unos músculos largos y fuertes, que serpentean bajo su piel oscura. Ahora ya está en el escalón superior, y se detiene unos instantes. Más allá, entre las losas de hormigón, crecen altas flores silvestres en forma de campanas rosadas. Son muy hermosas, y casi tan altas como ella. ¿Cómo pueden brotar así, entre las losas? ¿Cómo pueden crecer tanto si nadie las cuida? Las flores capturan el sol, parecen siempre llenas de luz. Sopla una brisa ligera que mueve la hierba y agita las enormes flores silvestres, pero ella no se molesta en apartarse las briznas de pelo que le caen por el rostro. No está pensando en su pelo. También su belleza la da por sentada. No tiene que hacer nada para ser tan hermosa. Pone los brazos en jarras, y de pronto su vientre resulta demasiado infantil, ligeramente hinchado, con pliegues tensos alrededor del ombligo como los que tendría una mujer mayor. Es demasiado delgada. Se le notan las costillas, los omóplatos, la columna. Es pura fibra: músculo y huesos, y una piel muy morena con manchas rosadas de sol y ojos verdes que esconden un destello feroz. De pronto no se sabe qué es. Su infancia parece un

disfraz. Ella misma está indecisa. No sabe qué hacer. No sabe a quién amar. No sabe si amar o reír. Está cansada de amar. No le gusta estar enamorada. Está enamorada, pero no le gusta estarlo, porque lo que más le gusta en el mundo es jugar y reírse, y los enamorados no se ríen. De pronto el mundo le parece grande, complicado y aburrido.

Sigue caminando, ahora sobre las losas calientes. La hierba estaba húmeda y fría, pero las losas de hormigón poroso le quemaban las plantas de los pies. Ahora llega al borde del agua. Es una piscina muy grande. Tiene forma de L, y ella está cerca del ángulo exterior de la L. A la derecha, la piscina es cada vez más profunda, y hay tres trampolines, el del centro de seis metros de altura. A la izquierda es cada vez menos profunda, y hay tres chorros de agua. Por allí, donde no cubre, están los niños pequeños. Por detrás de los trampolines corre el edificio de los vestuarios. Contempla el agua, y su reflejo en el agua. Se ve a sí misma ondulando, indecisa. Hay un metro setenta y cinco de profundidad por esta zona. Una gran caja de agua azul. Sólo hay tres o cuatro bañistas en el agua. Se mira a sí misma a los ojos en el reflejo, y no se gusta. Pocas personas se gustan a sí mismas cuando se miran a los ojos.

Sin dudar más, coge aire inspirando vigorosamente y se lanza al agua de cabeza. Sabe tirarse muy bien. Su cuerpo traza un arco perfecto en el aire, con los tobillos cruzados por simple exhibicionismo. Se lanza directamente a los ojos de su reflejo. Sale inmediatamente a la superficie, proyectada por su propio impulso. Ahora sus pestañas empapadas parecen oscuros rayos de estrella alrededor de sus ojos. Se vuelve a mirar hacia atrás con la vaga esperanza de que el niño se haya decidido a seguirla, pero el niño no está en parte alguna. El niño sigue leyendo. Siempre está leyendo.

Pero no era cierto. Mateo no estaba siempre leyendo, también disfrutaba de la compañía de los otros niños y se pasaba tardes enteras montando en bicicleta, o jugando a las cartas o al parchís, o visitando las tiendas o las caravanas de unos y de otros, y a veces se quedaba hasta muy tarde con sus amigos, charlando, haciendo aventuras entre los setos, desarrollando complicadas batallas o simplemente haciendo carreras de bicicletas alrededor del camping. ¿Acaso no fue idea suya «las cien vueltas al camping», una hazaña ciclística que les mantuvo trabajando casi un día entero? Algunas tardes cogían las bicicletas, salían del camping y se iban hasta el Jarama, que estaba a un par de kilómetros de allí, atravesando dorados campos de trigo y caminos de tierra flanqueados de avenas locas. Y el color incandescente de los trigales, el oro que se hacía blanco. El silbido del viento sobre el páramo de Castilla, las granjas avícolas, precedidas a distancia por el olor. El Jarama era un río verdoso que transcurría entre álamos y algarrobos, con largas orillas que eran médanos de fina arena blanca que en verano desnudaba costillares de pedregales. Nunca se bañaban en el río, ¿para qué, teniendo la piscina? Descendían allí para buscar zarigüeyas y

serpientes de agua. El padre de Mateo consideraba que *El Jarama*, de Rafael Sánchez Ferlosio, era una obra maestra de la literatura. En la novela, una muchacha moría ahogada durante una excursión en la orilla del río. La acción de la novela se situaba no muy lejos de allí, y el fantasma de la muchacha muerta seguía hechizando las riberas. Mateo imaginaba a menudo a Sánchez Ferlosio pasando la tarde con sus amigos en la orilla del río. A él no le atraía *El Jarama*, y no entendía por qué a su padre le fascinaba tanto.

Pero evitaban salir al temible y desolado páramo de Castilla, al menos durante las peores horas de calor. Solían pasar el día entero en los terrenos de la piscina, que eran muy verdes, húmedos y frondosos, e incluían parques infantiles, praderas, dos frontones, campos de tenis, una amplia alameda para picnics, un restaurante vasco situado al borde de la autopista, una cafetería, más juegos infantiles, largos paseos y pasillos vegetales flanqueados de setos de arizónica, zonas silvestres donde había topos y erizos, pasadizos secretos, agujeros secretos de la alambrada por los que los chicos de los pueblos cercanos se colaban en la piscina sin pasar por la taquilla.

Ahora que Isabel trabajaba, la familia salía de vacaciones en Julio a hacer largos viajes por Europa, y pasaban el mes de Agosto y la primera quincena de Septiembre, hasta el comienzo de las clases, en el camping Aterpe Alai, en el kilómetro veinticinco de la carretera de Burgos. Los padres iban por la mañana a Madrid, Isabel pasaba su consulta, y luego regresaban a la hora de comer. La mayoría de las familias que estaban en el camping hacían lo mismo: el padre iba a trabajar durante el día, y la esposa y los niños se quedaban en la piscina. Ahora los Montañés tenían una caravana, colocada estratégicamente para beneficiarse de la sombra de dos castaños de Indias, pero ¿cómo librarse del calor de fuego blanco de las tres de la tarde? Lo único que podían hacer era ir a la piscina después de comer y reposar en sus amplias y húmedas sombras.

Al anochecer, el camping se llenaba de televisiones. Tampoco aquí los Montañés tenían televisión, pero a veces sus amigos les invitaban a ver alguna película de Tyrone Power o de Robert Mitchum, o quizá la serie *Kung Fu*, en la que John Carradine era un joven aprendiz de artes marciales a quien su maestro llamaba «pequeño saltamontes». El rumor suave y distante de las televisiones a la hora de la cena, los cuatro reunidos alrededor de la mesa de patas telescópicas que tanto enorgullecía a Anselmo (¡no hacía falta calzarla!) y el rumor de los grillos y los gritos de las enormes lechuzas, de rostro casi humano, que volaban de árbol en árbol como fantasmas blancos. A veces alguien alquilaba una cámara de cine y se improvisaba un cine de verano colgando una sábana entre dos árboles, y así vio Mateo *Ciudadano Kane* y también *La guerra de las galaxias*, que era la película del momento, la película de moda, el locuaz androide de oro y el androide que emite zumbidos y lanza rayos, el simpático bobo y locuaz y el inteligente tímido y callado, la Fuerza, los

caballeros Jedi, la princesa Leia (¿de dónde era princesa exactamente?), los terroríficos habitantes de las arenas, los vehículos oxidados que flotaban a un metro del suelo, el escalofriante Darth Vader —capaz de matar con la fuerza de su mente— y el gran Obi, Wan Kenobi, la imagen del guerrero como ser limpio y despegado dedicado a servir a la Fuerza, sereno y desprendido, en pleno control de sí mismo. La fuerza, la energía, un cosmos hecho de energía. La imagen de un gran campo de energía que lo permea todo.

La piscina y el extenso parque que la rodeaba era un mundo mágico. Era un mundo perfecto en sí mismo, un gran jardín lleno de árboles y flores y con una gran laguna artificial en el medio en el que Mateo y sus amigos y amigas se pasaban el día medio desnudos, jugando, corriendo, bañándose, tirándose del trampolín, jugando al ajedrez o a las damas sentados en la hierba y, en el caso de Mateo, leyendo a Conan Doyle o a Chéjov, a Emilia Pardo Bazán o a Somerset Maugham. Eran amigos de los socorristas, aunque uno de los socorristas era hijo de los dueños y a veces se bebía un par de cubalibres (entonces aún no se decía «cubata») y empezaba a decir tonterías, y es dudoso que hubiera podido salvar a nadie en ese estado. A veces, una enorme rana se colaba en la piscina y había que cazarla. A veces Mateo buceaba demasiado y se le infectaban los oídos, y se pasaba varios días sufriendo el terrible dolor de la otitis. Todos se quemaban entonces. La protección solar era desconocida: las mujeres se echaban en la piel productos *bronceadores*, es decir, crema para recoger más y mejor los rayos del sol, no para impedirles el paso. Uno se tostaba completamente y a conciencia durante los primeros días del veraneo. Uno trataba de no quemarse demasiado rápido, porque entonces la piel se llenaba de ampollas y era muy doloroso. Había que irse dejando quemar poco a poco, dándose alcohol antes de dormir para refrescar la piel. Luego la piel se ponía rosada, y luego roja, y luego más roja, y luego comenzaba a escamarse y a caerse, dejando marcas y manchas de diversos colores que iban desde el escarlata hasta el amarillo claro pasando por el rosa, el fucsia, el violeta. Poco a poco, la piel quemada iba cayendo (a veces, uno podía tirarse de la propia piel y obtener un trozo reseco y semitransparente) y aparecía una piel nueva por debajo, una piel de aspecto tierno y rosado pero mucho más fuerte, que enseguida se ponía muy morena y ya no se quemaba. Es posible que ya se hablara entonces del agujero de la capa de ozono, pero todo el mundo consideraba que esas cosas eran tonterías, las típicas preocupaciones de gente rica que no tiene verdaderos problemas.

La niña se llamaba Alicia, y era la mayor de cuatro hermanos: Elena, Matías y María. Su hermana Elena también era muy guapa, pero Alicia era una reina, mientras que Elena era sólo una princesa. Oh, cómo le gustaba Alicia. Tenía la sensación de que jamás había visto a nadie con unos ojos tan hermosos. ¿Qué significa decir que eran «novios»? Seguramente nada, o casi nada. Que regresaban de la piscina caminando de la mano. Que una vez Mateo la besó cuando jugaban al escondite, y

otra vez cuando estaban todos sentados en la oscuridad, en una de las praderas de fuera del camping contando historias de miedo, historias de psicofonías, de aparecidos, de las caras de Bélmez, de extraterrestres. Y cuando tenía miedo, Alicia se abrazaba a él y él le pasaba el brazo por los hombros, lo cual le producía una sensación dulcísima.

Los que tenían televisión solían sacarla fuera de la tienda o de la caravana para poder ver la película al aire libre, de modo que resultaba muy fácil agregarse a la audiencia con sólo llevarse una silla. Una noche pusieron *El callejón de las almas perdidas*, protagonizada por Tyrone Power, y toda la familia Montañés fue a verla. Después de la película ponían un documental sobre el nazismo, y como no era demasiado tarde y los dueños de la televisión no tenían la menor intención de irse a dormir, decidieron quedarse a verlo. Al fin y al cabo era un documental histórico, que tenía un valor educativo y cultural. La misteriosa película les encantó a todos, pero el documental también resultaba interesante. Se veían imágenes de Hitler y de sus adláteres. Mítines de Hitler, trozos de las películas de Leni Riefenstahl, imágenes de Goebbels y de Goering. Se acercaba el final del nazismo. Había imágenes de los bombardeos aliados sobre Dresden, casas ardiendo, niños llorando. Hitler con sus generales consultaba unos mapas en una mesa enorme. Eran los mapas del mundo, pero también eran los mapas del tiempo. Y entonces comenzó a sonar una música de fondo. Era una música muy extraña. Mateo jamás había oído una música semejante.

—¿Qué música es ésta? —le preguntó a su padre.

—Es Wagner —dijo su padre.

—¿Wagner?

—Es la marcha fúnebre de Sigfrido —le dijo su padre—. Cuando hay imágenes de Hitler, siempre ponen música de Wagner.

—¿Por qué? —preguntó Mateo.

—Porque era el compositor favorito de Hitler.

La marcha fúnebre de Sigfrido sonaba y sonaba, y crecía, y se movía hacia delante y hacia los lados, hacia delante y también hacia atrás, y Mateo jamás había escuchado nada semejante. Jamás había escuchado una música así, una música que se moviera, y que moviera también al que la escuchaba. Era como un río, o como una máquina que se moviera a través de un paisaje. Se movía de un borde a otro, igual que un tractor poderoso que fuera avanzando desde una hilera de colinas a otra, siempre trazando un camino nuevo, siempre campo a través. Y había algo más en aquella música, algo majestuoso e infinitamente triste. Era una música de exploración, de viaje, y también de persecución a través de un difícil y dilatado paisaje. Uno no podía escucharla, sino que se veía obligado a seguirla. Era como el mar, que se mueve una y otra vez hacia delante. Seguirla quería decir también imitarla. Aquella música tenía unas formas tan definidas que parecía casi como

escultura. Eran formas brutales, formas tridimensionales. Bultos en la mente. Presencias kinéticas de la imaginación, dotadas de volumen y de peso. Formas enormes moviéndose por los campos grises y tristes de la imaginación. Parecía una sucesión de esculturas en un paisaje. Escucharla era como atravesar un paisaje esculpido. Escucharla quería decir transformarse en ella. No era posible escuchar aquella música sin ser de algún modo transformado por ella. Escucharla era participar en ella. Escucharla quería decir abdicar en su favor. Aquella música no sonaba, sino que se hacía, y se hacía en el interior del que la escuchaba. Crecía y ocupaba. Dirigía el sentido de los pasos. Creaba personajes gigantescos que se movían animados por sueños desconocidos. Pero aquellos sueños eran los sueños que todos deseábamos realmente soñar, y aquella vida la vida que todos deseábamos verdaderamente vivir. Vivir ya no era resistir, sino avanzar. Vivir era llegar. Vivir era alcanzar. Una copa de oro flotaba en el aire, una puerta de piedra se abría en el bosque. Cuando terminó el documental, Mateo se puso de pie y se alejó de allí con su silla debajo del brazo, tambaleándose como si estuviera borracho. Estaba tan intoxicado con la música que no podía hablar, ni caminar, ni pensar. De modo que cogió la bicicleta y comenzó a pedalear con fuerza por el camino que bordeaba todo el camping, y se puso a dar vueltas y vueltas al camping a la luz de las farolas. Pedaleaba, pasando bajo la zona iluminada que estaba cerca de los servicios y por las zonas más oscuras de la zona norte del camping, dando una vuelta, y otra, y otra, y dejando que la música de la marcha fúnebre de Sigfrido siguiera creciendo en su interior. Era una música brutal, música de colisiones, de montañas chocando entre sí, de gigantes de piedra empujándose en la alameda del fin del mundo. Era la música de la modernidad, la música del fin de las cosas, la música de la destrucción de las cosas. Y seguía sonando y sonando en su interior mientras pedaleaba en su bicicleta hasta agotarse. Y estuvo así, dando vueltas al camping en su bicicleta durante más de una hora, hasta que sus padres, algo alarmados, salieron a buscarle al camino y le dijeron que era muy tarde y que tenía que acostarse. Ése fue su encuentro con la música de Wagner.

Sus posibilidades para escuchar música durante el verano se veían limitadas a los pocos casetes que tenían y a la radio. Entre los pocos libros que Mateo tenía consigo en la caravana estaba siempre *El mundo de la música*, una enciclopedia musical que se había comprado con el dinero del premio de Fin de Curso que había ganado en primero de piano. Era un tomo gigantesco de mil quinientas páginas y pastas de madera, lleno de fotografías, ejemplos musicales e información de todo tipo, y ahora Mateo se puso a leer todo lo que se contaba en el libro sobre Wagner. Leyó la vida de Wagner, aprendió lo que era un *leitmotiv* y lo que era un drama musical y lo que era la «melodía infinita» y «la obra de arte del porvenir», leyó el argumento de todas las óperas y leyó también las biografías de los grandes cantantes wagnerianos, las de Lauritz Melchior y Kirsten Flagstad, las de Wolfgang Windgassen y Hans Hotter, las



de Martha Mödl y Astrid Varnay. Allí, en *El mundo de la música*, fue donde se enteró también de la existencia de la colina de Bayreuth y del festival dedicado exclusivamente a representar las óperas de Wagner que se celebra todos los años durante el verano.

—Pero el festival de Bayreuth ¿sigue celebrándose? —le preguntó a sus padres.

—Sí, claro que sí —le dijo su padre, sorprendido por la pasión wagneriana de su hijo.

—Entonces lo retransmitirán por Radio Nacional —dijo Mateo.

—Supongo que sí —dijo su padre.

¡Qué extraordinario es el amor de los niños! ¿Cómo era posible que Alicia le pareciera tan radiantemente hermosa y que no sintiera por ella el menor deseo? Todo lo que deseaba de ella era su amor. Y ella le amaba, y cuando estaban juntos veía amor en sus ojos, veía admiración y ternura en sus ojos verdes. Y él también sentía por ella admiración y ternura. Aparecieron dos hermanos franceses que no hablaban muy bien español pero que tenían esa aura de peligro e insolencia que hace a los sinvergüenzas tan atractivos a las mujeres, y uno de ellos, el hermano menor, comenzó a seducir a Alicia delante de sus ojos. Era muy guapo, con una espesa cabellera rubia y grandes ojos de albañil o de poeta, y tenía algo además que todos los niños notaron. Ya que todos se pasaban todo el día en bañador, con un bañador y unas zapatillas de goma, y quizá añadiendo un niki por la noche si refrescaba. Cerca del edificio de los servicios y de los fregaderos había una especie de plazuela con unos bancos de piedra, y allí era donde los niños solían reunirse para charlar al atardecer. Luego se encendían las farolas, y una farola se ponía a zumbiar. Aquel niño francés le decía cosas a Alicia, y también a Elena y a Susana, y a Miriam y a las otras niñas del camping, pero sobre todo a Alicia. Se llamaba Jacques. Y a todas las niñas del camping les gustaba, incluso a las que no les gustaba, como Elena, que le decía a Mateo que aquel francés era un imbécil y que si a su hermana le gustaba él más que Mateo es que estaba loca. Pero a ella también le gustaba aunque no le gustara que le gustara. Pero aquel niño francés tenía algo sorprendente, algo en lo que quizá ninguno de ellos había reparado nunca pero que era tan evidente que no podían evitar notarlo. Especialmente las niñas lo notaban, y se reían. Y era evidente que a las niñas les gustaba, y era evidente que debía gustarles, puesto que eran niñas, pero aquel tema jamás se había planteado antes. Y no era realmente que les gustara, sino más bien que les impresionaba. Los dos hermanos franceses llevaban siempre unos bañadores muy ceñidos, al estilo de los de los bañistas olímpicos. A Mateo le extrañaba que aquello se comentara tanto, que a las niñas les hiciera tanta gracia. Él mismo también lo veía, pero siempre le sorprendía (y le seguiría sorprendiendo a lo largo de su vida, y ya bien entrado en la edad adulta) que los demás comentaran en voz alta las cosas que todo el mundo veía con toda claridad. ¿Por qué no contemplar

en silencio aquello que todo el mundo veía con toda claridad? ¿Por qué aquella necesidad de decirlo en voz alta como si fuera un gran descubrimiento? Ahora las niñas habían hecho ya tantas bromas con lo grande que era la cola de Jacques y la forma en que se le marcaba en el bañador que bastaba que él apareciera para que se cruzaran las miradas y las sonrisas y ya todo el mundo sabía lo que todo el mundo estaba pensando. No se colocaba el pene hacia abajo, como parecía lo más cómodo, sino de lado, y la lycra ceñida lo marcaba con claridad, trazando una curva hacia la izquierda. Las niñas decían que Jacques tenía una cola muy grande, tan grande como un plátano, y que seguramente se metía cosas en el bañador para que pareciera tan grande todo lo que tenía allí dentro, porque era imposible que nadie tuviera eso tan grande.

—Es muy simpático —decía Alicia mirando a Mateo con sus preciosos ojos verdes—. Jacques es muy simpático.

—Es un imbécil —reponía Mateo, furioso.

—Pues a mí me cae muy bien —decía Alicia—. Y me dice unas cosas muy bonitas.

Lo decía para darle celos, y Mateo lo sabía pero a pesar de todo se ponía furioso. Y en la sonrisa de Alicia se veía también que ella estaba pensando en lo grande que era la cosa de Jacques, tan grande como medio plátano, y que aquello le hacía muchísima gracia y también le hacía mucha gracia que a Mateo le molestara. ¿Acaso no le gustaban a él sus pechos? ¿Acaso no eran sus pequeños pechos evidentes para todo el mundo? ¿Por qué no iba a gustarle a ella un chico con una buena cosa entre las piernas? Además, las niñas tenían tanta curiosidad por ver aquello que una noche, Jacques se bajó el bañador y les enseñó tranquilamente su cola y sus huevos. No tenía el menor pudor. Se levantó la cola con la mano y se la mostró, como el que muestra un animalito. Las niñas gritaron y rieron y luego Alicia y Elena se lo contaron a su madre y su madre se moría de risa. Era un niño vulgar, un niño de clase baja. Era un patán. Pero tenía los ojos bonitos y una polla grande, y eso impresionaba a todo el mundo a pesar de que eran todos niños y eran todos inocentes y castos. E impresionaba a las niñas e incluso a las madres de las niñas, que ahora también hacían bromas acerca de Jacques. A Mateo le horrorizaba todo aquello, la vulgaridad, la fisicidad que de pronto lo inundaba todo. Le horrorizaban las miradas de inteligencia de las madres, las bromitas de los padres, el absurdo éxtasis de las niñas, que hasta el día anterior habían estado contemplando con total indiferencia las colas de sus hermanos. ¿Y ahora se sentían impresionadas por que a un chico le colgaban unos cojones sonrosados entre las piernas? ¿Qué había sucedido? ¿Por qué aquella animalidad de pronto? ¿O es que aquella animalidad había estado siempre presente sin que él se diera cuenta? ¿No eran niños acaso, no era aquello acaso la infancia? ¿Por qué hacían las niñas aquellas bromas obscenas? ¿Por qué las madres las

secundaban? ¿Por qué les parecía todo aquello tan divertido? Mateo se sentía confuso, como si hubiera cosas que se le escapaban, como si la realidad de la vida hubiera comenzado ya a ser un misterio.

A su hermano Luis también le gustaba Alicia y no se preocupaba de ocultarlo. Flirteaba con ella continuamente, y como era muy simpático Alicia se reía a carcajadas con él y a veces usaba a Luis para darle celos a Mateo. Y Mateo sentía un sabor, un sabor indefinible, el sabor de una bebida deliciosa, pero no sabía de qué bebida se trataba. Era una sensación de sed, una sed física, el deseo de beber una bebida desconocida, como un sabor que hubiera conocido en otra vida. Y un día, Jacques y su hermano desaparecieron del camping con sus erres gangosas y sus bañadores ajustados, y las cosas parecieron volver a la normalidad.

Comenzaron los festivales de Bayreuth, y ahora Mateo se pasaba las tardes pegado a la radio, escuchando la retransmisión de las óperas de Wagner. Pusieron *Tristán e Isolda*, *Lohengrin* y las cuatro óperas de *El anillo del nibelungo*. La retransmisión de cada una de las óperas duraba entre cinco y seis horas, incluyendo los larguísimos intermedios. Mateo las escuchaba con *El mundo de la música* abierto frente a él en la mesa de patas telescópicas para intentar seguir el argumento o reconocer alguno de los ejemplos musicales reproducidos en el libro. La despedida de Wotan. La narración de Lohengrin. El dúo de amor de Tristán e Isolda. De vez en cuando una embajada del mundo de los niños se acercaba a la caravana familiar para decirle que fuera a jugar con ellos, pero Mateo no podía apartarse del aparato de radio. Luis y sus padres se iban a la piscina y volvían, y él seguía pegado a la radio, escuchando historias de valquirias y de viejos reyes del norte. La escucha a ratos era deliciosa y a ratos era una tortura, pero no podía apartarse del aparato de radio, tenía que participar del festival de Bayreuth y de la gran celebración wagneriana aunque fuera sentado en una silla de camping frente a una mesa de camping debajo de un toldo de lona y escuchando una transmisión llena de ruidos e interferencias en una pequeña radio de pilas. Y de pronto Alicia, sutil y ondulante como un hada, aparecía caminando sin ruido sobre la arena y se sentaba en una de las sillas de lona.

—¿No vas a venir a jugar? —le decía mirándole muy seria con sus ojos color verde claro.

Le miraba sin expresión, sin juicio, sin expectativas. Le miraba con fastidio, con impaciencia. El aburrimiento es la maldición de las personas hermosas.

—Sí, ahora voy —decía Mateo.

—Pero lo mismo me has dicho hace media hora. Qué pesado eres.

A medida que avanzaba el festival de Bayreuth, las visitas de Alicia fueron espaciándose. Cuando llegó la retransmisión de la última ópera del festival de ese año, *Parsifal*, Alicia ni siquiera se molestó en aparecer por la caravana de Mateo para intentar arrancarle de allí. Y cuando al día siguiente Mateo decidió volver a unirse al

grupo de amigos, descubrió lo mucho que habían cambiado las cosas en aquellas semanas. Porque ahora cuando volvían de la piscina cargados de toallas, Alicia iba de la mano de Luis, caminando los dos muy juntos por el sendero blanco que discurría entre paredes de arizónicas, y cuando al llegar la noche salían a la pradera que estaba entre el camping y el restaurante de carretera para contar historias de miedo o incluso se llevaban un casete para hacer psicofonías, eran las manos de Luis las que ella cogía muerta de terror y era entre los brazos de Luis donde buscaba cobijo. Así, por culpa de la música de Wagner y del festival de Bayreuth, Mateo perdió a su novia.

Dios mío, cuánto la lloró. La lloró en largas tardes interminables bajo las hojas de los chopos y bajo las hojas de los falsos arcos que rodeaban la piscina hasta que las hojas comenzaron a ponerse amarillas porque terminaba el verano. La lloró con lágrimas fáciles y autocomplacientes, disfrutando de su humillación y de su dolor y sintiéndose muy, muy desdichado. En Septiembre el camping comenzó a vaciarse y los árboles comenzaron a ponerse amarillos y por las tardes soplaba una brisa fresca. Las nubes construían arquitecturas en el cielo que el viento demolía lentamente. Y los vencejos de indestructible alegría giraban y giraban por encima de las copas de los castaños y los plátanos, gritando apasionadamente en el gran silencio del mundo.

## Entre los leones

Como todo solitario verdadero y de vocación, Mateo disfrutaba tan intensamente de los frutos de la soledad como anhelaba el contacto humano. Sus tardes de piano, de escritura, de composición eran maravillosas, pero a ratos le resultaban desesperantes e infernales. Cuando llevaba una hora en el piano estudiando un pasaje difícil o se atascaba en una proyectada novela o se daba cuenta de que sus conocimientos de armonía eran demasiado exiguos para la pieza de piano que estaba escribiendo, se volvía a mirar la ventana y veía las nubes en el cielo o incluso la fina lluvia de otoño, y se sentía invadido por la melancolía de la vida exterior, de la compañía, de la conversación y de la risa. ¿Qué sentido tenía aquel feroz apartamiento del mundo en que vivía? Tenía menos amigos que nunca. Ya no veía a nadie. Con el paso de EGB a BUP, la antigua clase se había desbandado, y ahora Miguel estaba en otra clase. Sus compañeros de bachillerato ahora se pasaban el día hablando de fiestas con chicas, de alcohol, de tabaco y de lo que hacían con las chicas. Mateo sabía que la mitad de lo que contaban era mentira, pero a pesar de todo sufría pensando que él jamás iba a ninguna fiesta, real o soñada. Con el paso de los años, comenzó a sentir un suave aborrecimiento al piano y a la música, que le apartaban del mundo y le obligaban a pasarse la tarde entera en casa mientras fuera cantaban los mirlos y sus compañeros de clase se besaban con bellas muchachas bajo las acacias de los paseos.

La soledad era especialmente acuciante cuando llegaba el fin de semana. A veces podía encontrar algo que hacer los Sábados por la mañana. En el museo de América, por ejemplo, hubo una serie de conferencias sobre las culturas precolombinas a las que asistían Miguel y dos amigas suyas muy simpáticas que se llamaban Queralt y Esther. Durante otra temporada, quedaba con Miguel para ir a la filmoteca (que en aquella época estaba en la Ciudad Universitaria) los Sábados por la mañana, o bien para asistir al ensayo general de la Orquesta Nacional. Pero ¿qué hacer el resto del día? ¿Qué hacer el Sábado por la tarde? ¿Y el Domingo? La familia seguía yendo a la Casa de Campo a pasar el día, pero Mateo se sentía allí cada vez más ridículo y fuera de lugar. Ya no le apetecía jugar a los indios con sus primos. Ya no le apetecía imaginar que era Sandokan. Las conversaciones de los mayores le intrigaban, pero le aburrían, y además nadie esperaba que él se uniera a ellas. En aquella época sus padres se pasaban el día hablando de política, y la política no le interesaba en absoluto.

Llegaron las vacaciones de Navidad, y Mateo se hundió en una profunda melancolía. Era uno de esos inviernos muy fríos pero llenos de sol en los que el aire es más transparente que nunca, pero Mateo se pasaba el día metido en casa como un fantasma, tumbado en la cama leyendo o medio tumbado en el sofá leyendo. Ni siquiera tocaba el piano, ahora que tenía todo el día para hacerlo. Ni siquiera escribía,

lo cual hubiera sido un signo de vitalidad y de entusiasmo.

—¿No tienes amigos con los que salir? —le preguntaba su padre, que estaba preocupado con su hijo mayor—. ¿Por qué no llamas a algún amigo?

—¿A quién voy a llamar?

—¿No te aburres de estar siempre en casa?

—No... no sé... a veces...

—Es un tímido —decía su madre—. Le da miedo el teléfono.

—Sal un poco —le decía su padre, que no sabía cómo ayudarlo—. Sal a que te dé el aire.

—¿Y adónde voy a ir? —decía Mateo.

Entonces salía de casa para que «le diera un poco el aire», y se iba al museo del Prado a ver la *Anunciación* de Fra Angelico, o se iba a la cuesta de Moyano para comprarse libros de segunda mano, o se iba al museo de América para copiar en su libreta figuras de los códices aztecas.

Era tímido y tenía un especial temor al teléfono, pero a pesar de todo su soledad era tan lastimosa y su sensación de ridículo al pasarse el día en casa o visitando él solo el museo del Prado o contemplando él solo las cabezas reducidas del museo de América era tan intensa, que uno de aquellos días decidió reunir todo su valor y llamar a Negrete.

Se esperaba cualquier cosa, porque Negrete era bastante huraño. Por otra parte, era la primera vez en su vida que llamaba por teléfono a un amigo para salir, y no sabía muy bien qué se hacía en esas ocasiones.

—Hola, soy Mateo —dijo Mateo.

—Hombre, hola —dijo Negrete—. ¿Qué pasa?

—Nada. Pensaba que... ¿te apetece que quedemos?

—¿Que quedemos? —dijo Negrete, ya lleno de recelos.

—Sí.

—¿Para qué? —preguntó Negrete.

—Pues para... para dar un paseo o algo así... —dijo Mateo, ya completamente hundido en la miseria, y sin saber cómo salir del paso.

—¿Un paseo? ¿Quieres quedar para dar un paseo?

—Sí, no sé... Quedar para hacer algo... Si tú tienes una idea mejor...

—Yo no tengo ninguna idea —dijo Negrete—. Pero ¿por qué quieres quedar?

—No sé, para hacer algo...

—Sí, pero si no sabes qué hacer... Yo tampoco sé qué hacer. Si quedamos, será un rollo.

—Podríamos quedar, no sé... para dar... para dar un paseo.

—¿Para dar un paseo por dónde? —dijo Negrete, ya de muy mal humor—. No tenemos ningún sitio adónde ir. Será un rollazo.

—Podemos ir al templo de Debod —propuso Mateo, que tenía guardada esta sorpresa en el sombrero por si las cosas se ponían feas.

—¿Al templo de Debod?

—Sí, yo nunca he visto el templo por dentro.

—Yo tampoco —dijo Negrete.

Fueron al templo de Debod, un templo egipcio regalado por el gobierno de Egipto para agradecer a España su ayuda durante la construcción de la presa de Asuán, situado en lo alto de la verde colina donde comienza el parque del Oeste. Era aquél un lugar simbólico de la historia de Madrid, porque en aquel mismo emplazamiento había estado situado muchos años atrás el cuartel de la Montaña, donde se hicieron fuertes los franquistas al principio de la guerra civil, y que las tropas del gobierno tomaron después de un asedio brutal y sangriento. El templo estaba, y está, situado en uno de los puntos más elevados del oeste de Madrid. Desde allá arriba se veía el gran descenso verde del parque del Oeste, con largas praderas inclinadas adornadas de chopos, y los bonitos edificios de la Universidad Complutense surgiendo aquí y allá por entre los macizos de árboles, facultades, pabellones de deporte y colegios mayores a los que ellos jamás irían, porque los alumnos del Ramiro iban a la Universidad Autónoma.

El interior del templo estaba lleno de jeroglíficos, y a los dos (o al menos a Mateo) les fascinaba todo lo egipcio. Leyeron las explicaciones, contemplaron los jeroglíficos, se maravillaron ante los restos de pinturas murales que adornaban las paredes, pero era un templo muy pequeño, y por muy lentamente que hicieron la visita, diez minutos después de entrar ya estaban fuera con las manos en los bolsillos.

—¿Lo ves? —le dijo Negrete—. ¿Y ahora qué hacemos?

—No sé —dijo Mateo, desesperado—. Podemos dar un paseo... y hablar.

—¿Hablar de qué? —dijo Negrete—. Ya te he dicho que no debíamos quedar. No tenemos nada que hacer, ningún sitio donde ir.

Echaron a caminar por Rosales y luego cruzaron la plaza de España y subieron por la Gran Vía. Mateo comprendía perfectamente el mal humor de Negrete. Lo que deberían hacer no era quedar ellos dos solos por la mañana para ver el templo de Debod, una actividad absolutamente ridícula y propia de niños o de jubilados, sino quedar por la noche e ir a algún lugar donde hubiera chicas. Esto era lo que significaba realmente «quedar» y lo que significaba «salir», y éste era verdaderamente el misterio de la existencia: las chicas, no los templos egipcios, no los jeroglíficos de piedra. Pero Mateo jamás había probado siquiera una cerveza ni dado una calada a un cigarrillo, y sentía un temor enfermizo a todo lo nocturno: bares, discotecas, fiestas, reuniones, una casa donde hubiera chicas. Las chicas le producían verdadero terror.

—Mira —dijo Negrete—. La calle Fuencarral. Aquí es donde está el Drugstore.

—¿Qué es el Drugstore?

—Es una tienda que está abierta toda la noche. Está abierta veinticuatro horas.

—Pero ¿qué venden ahí?

—De todo. Libros, revistas... cómics... y también hay un bar...

—¿Y no cierran nunca?

—No. Está abierta toda la noche.

Ahora estaba más animado. Fueron caminando por Fuencarral y llegaron al Drugstore, que era en esos años, igual que Vips, como la embajada de un país distinto dentro del país rutinario y tradicional en que vivían, el país de la modernidad, del siglo xx, de la excitación de lo nuevo, de lo inglés, de Londres, de América. Llegaron al Drugstore, entraron y se pusieron a curiosear los libros y las revistas, esperando quizá encontrar exóticos cómics de importación. Pero no había cómics, sólo tebeos como *Mortadelo y Filemón* o *Tiovivo* y un número de *Trinca* que los dos tenían ya. Luego siguieron caminando y llegaron a la glorieta de Bilbao, y Negrete dijo que estaba cansado de andar y que iba a coger el metro para volver a su casa. La mañana no había estado tan mal, después de todo, y Mateo al menos lo había pasado bien. De modo que volvió a llamar a Negrete al cabo de unos días para quedar de nuevo.

—¿Quedar otra vez? —dijo Negrete con tono escéptico—. ¿Y dónde vamos a ir? ¿Qué vamos a hacer? No tenemos ningún sitio a donde ir.

—Podemos ir al museo de Ciencias Naturales —propuso Mateo.

—¿A un museo? —dijo Negrete—. Sí, ya me imaginaba que querrías ir a un museo.

—Pues ¿adónde quieres ir tú?

—No sé.

—A mí me gustan los museos —dijo Mateo, desesperado.

—Ese museo lo hemos visto mil veces —dijo Negrete—. Está al lado del Ramiro. Mira, es mejor que no nos aburramos el uno al otro. Mejor quedarse cada uno en su casa.

Era un precioso día de invierno, lleno de sol, claro como el cristal. Mateo tenía todo el día entero para sí, toda la vida entera para sí. Eran las vacaciones de Navidad y no tenía nada, absolutamente nada que hacer. Podía pasarse el día entero en casa tocando el piano y escribiendo en la mesa de su cuarto y leyendo, leyendo sin parar, pero ¿qué hacer con el resto de las horas del día? En vacaciones, Luis y él comenzaban siempre el día leyendo. Se pasaban al menos dos horas todos los días leyendo, cómodamente tumbados en la cama, antes de desayunar. ¿Y después? El ventanal del salón estaba lleno de sol, y la pequeña acacia que crecía en la jardinera del centro se había quedado sin hojas, apresada en su delicado ciclo de estaciones en miniatura. Se fue él solo al museo de Ciencias Naturales, que estaba completamente vacío, y se puso a pasear por entre las vitrinas abarrotadas de animales disecados. La



iluminación era muy pobre en el viejo museo (hoy en día está totalmente transformado, y no se parece en nada al museo de Ciencias de antaño), y la gran nave central, hundida en una eterna penumbra melancólica, parecía más un almacén que una exhibición. Mateo tenía una libreta especialmente dedicada a este museo, donde copiaba animales. También tenía una libreta dedicada sólo a cosas egipcias donde copiaba toda clase de jeroglíficos, estatuas, pinturas y monumentos de los libros sobre Egipto que sacaba de la biblioteca pública Concha Espina, y otra dedicada a materias incas, mayas y aztecas, que era la que se llevaba al museo de América. Se había traído su libreta y un lápiz para copiar, pero de pronto se sentía horriblemente triste y fuera de lugar. ¿Qué hacía él allí, rodeado de pumas y hienas disecadas? ¿Qué pintaba él allí, un ser vivo, en medio de aquellas leonas desventradas y rellenas de paja, con belfos repintados para que parecieran húmedos y ojos de cristal en el lugar donde antaño estuvieron los verdaderos ojos? No sentía el menor deseo de ponerse a copiar aquellos animales muertos, y su cuaderno del museo de Ciencias le parecía de pronto una ridiculez infantil. Era lógico que Negrete no quisiera quedar con él, y era lógico que él estuviera solo allí, en medio de aquellos animales polvorientos y comidos de polillas, la ardilla en su ramita, el león con una visible costura recosida en el vientre, el tigre de Bengala tan descolorido que parecía casi un tigre de la nieve. Dios mío, ¡aquel tigre estaba tan flaco!

El museo de Ciencias Naturales, el viejo museo, estaba siempre desierto. Estaba desierta la sala principal, donde se encontraban los tigres, el elefante, los leones y miles y miles de animales disecados amontonados en vitrinas, pero cuando uno se dirigía a las salas del piso inferior tenía la sensación de haber caído en una realidad paralela en la que toda la humanidad hubiera muerto. Mateo era, quizá, el único y el último visitante de estas salas del sótano, sumergidas en el silencio y en la penumbra, y por las que no se asomaban ni siquiera los escasos vigilantes del museo. Estaban aquí los insectos y las mariposas, cajas y cajas de cristal donde se amontonaban todo tipo de especímenes con los nombres escritos a mano en tarjetitas ya desvaídas por los años. Y había además una ilustración de las leyes de la herencia que consistía en generaciones y generaciones de conejos disecados y colocados uno al lado del otro dentro de vitrinas de cristal. De la pareja inicial nacían un número determinado de conejos de los que luego nacían más, y más, llenando vitrinas y vitrinas y sala tras sala, de modo que uno podía ir siguiendo los caracteres genéticos (el color del pelaje, la longitud de las orejas, el morro blanco u oscuro) y la forma en que estos caracteres iban combinándose y apareciendo y desapareciendo de generación en generación. Era fascinante comprobar la aparición súbita, en la decimoséptima generación, por ejemplo, de un conejo albino, la radiante excepción, que no daba hijos, ni nietos, ni tataranietos albinos, o constatar cómo el pelaje negro siempre se saltaba una generación. Mateo recorría aquellas salas llenas de cientos de conejos disecados con

la certidumbre de que nadie más que él las visitaba. Fascinado y aterrado al mismo tiempo. Recordaba que su madre le había contado que en la Unión Soviética no estudiaban las leyes de Mendel, ya que las teorías hereditarias se consideraban contrarias al pensamiento marxista, y se preguntaba si aquella fascinante exhibición de la forma en que se transmiten los genes familiares tendría, en el fondo, un trasfondo político. Una metáfora, sí, una metáfora. Una metáfora política y quizá también una enseñanza moral. ¡Alegres, fornicadores conejos! ¡Vividores sin freno! ¡Mirad cómo habéis acabado, metidos dentro de las vitrinas de un museo para ilustrar una teoría científica!

Caminando solo por entre las vitrinas de las generaciones de conejos del pasado, Mateo alcanzó uno de los muchos éxtasis negros de su adolescencia. La sensación total de angustia, de vacío, de falta de significado. La sensación de que era un muerto que vivía en un planeta lleno de muertos. La sensación de que él era el único que se daba cuenta de aquel horrible vacío que había por debajo de todo.

Hoy en día el museo de Ciencias se ha convertido en una institución alegre y aireada donde las exposiciones transitorias ocupan la mitad del espacio y donde se realizan todo tipo de *actividades*. La idea del museo como colección mortuoria, estática, eterna, polvorienta, ya no resulta simpática. Uno ni siquiera está seguro de volver a encontrar las mismas cosas que vio en su visita anterior. Esto se considera deseable, una muestra de la «vitalidad» del museo. Sin embargo, los viejos museos tenían un encanto muy especial. Representaban la muerte, la eternidad. Representaban lo opuesto a la vida, una vida falsificada y reducida a una sombra, y servían, por eso, para recordarnos lo hermosa que es la verdadera vida. El museo polvoriento lleno de salas pobremente iluminadas donde se amontonan las maravillas era una representación de la memoria, es decir, del olvido. Los viejos museos eran cementerios. Los nuevos también lo son, pero se dedican a maquillar sus cadáveres y a inyectarles una falsa pátina de actualidad y de dinamismo.

## Cínico

La adolescencia de Mateo coincidió con la adolescencia del país. En efecto, España entera estaba sometida a un violento estirón, a una pubertad acelerada que la convertiría de la democracia niña de mediados de los setenta en la democracia mayor de edad de la entrada en la OTAN. Tras la muerte de Franco, el franquismo se desinfló como un globo de aire caliente, pero durante varios años continuaron los asesinatos callejeros, los disparos «al aire» de la policía, que siempre acababan dándole a algún manifestante (que, al parecer, volaba sobre las casas), las torturas en las comisarías y las palizas callejeras de los «fachas». Unos huelguistas se hicieron fuertes en la catedral de Vitoria: cuando salieron, la policía les recibió a balazos, y uno de los manifestantes murió a consecuencia de los disparos. Por supuesto, estos policías nunca eran castigados por sus acciones. O bien eran exculpados porque habían «disparado al aire», o bien nunca se lograba averiguar quién era el autor de los disparos, aunque en ciertos casos existían fotografías claras del asesino disparando, como sucedió en Montejurra. En los raros casos en que se probaba que un policía era un torturador o un asesino, lo máximo que se hacía con él era trasladarle a otra localidad, sin duda para que pudiera seguir allí torturando a sus anchas. El ministro del Interior era Manuel Fraga Iribarne, que tenía fama de ser un político brillante y que sería uno de los pocos políticos destacados del franquismo (quizá el único) que lograría hacer una larga carrera política en la democracia, si bien siempre en la política regional y lejos de Madrid. Fraga se reía de los torturados, disculpaba a los asesinos y entorpecía las investigaciones. En cierta ocasión unas presas políticas fueron rapadas al cero para humillarlas: ante las protestas de la prensa, Fraga manifestó, con ese humor chispeante que es característico de las personas sanas y que tienen los pies en el suelo, que todo aquello había sido «una tomadura de pelo». Mateo contemplaba todas estas atrocidades con una suerte de sorpresa melancólica. Los chicos de Fuerza Nueva, el nuevo partido fascista, iban por las calles con banderas nacionales agrediendo con puños, porras y cadenas a los que llevaban el pelo largo o se negaban a cantar el *Cara al sol* o tenían, en general, pinta de «rojos». Gozaban de total impunidad. La policía jamás se metía con ellos. Había que entenderlos: eran jóvenes, eran patriotas, se dejaban llevar por su amor a España. A veces mataban a alguien, es cierto, o lo dejaban inválido en una silla de ruedas. El amor es así, al menos el amor a la patria. En las comisarías, la policía nacional, la secreta y la Guardia Civil, seguían con sus prácticas rutinarias de torturas: quemaduras con cigarrillos, violaciones a las detenidas, violaciones con perros, bañeras de excrementos, el «quirófano», barras de hierro calientes introducidas por el ano, palizas envolviendo el cuerpo en toallas húmedas. Todas las noches el padre de Mateo escuchaba las noticias de la BBC en medio de un coro de silbidos y crujidos

electromagnéticos, y Mateo se ponía literalmente enfermo cuando escuchaba la versión que daba la prensa internacional de lo que sucedía realmente en España. La España del franquismo y de los primeros años de la Transición era un país bárbaro donde no existía la ley, donde se ejercía la violencia salvaje, donde corría la sangre y se rompían huesos y había desdichados que gritaban como animales en habitaciones oscuras. Nadie debería olvidar esos gritos ni a esos desdichados. Nadie debería perdonar jamás a esos verdugos, que vivieron impunes y quedaron impunes de sus crímenes y a los que nadie persiguió jamás. El perdón no es posible, porque no somos dioses que puedan borrar las culpas, y sólo el que puede hacer que la culpa desaparezca de las pesadillas del verdugo tiene verdaderamente la capacidad de perdonar. Pero ¿quién podría hacer tal cosa? Los policías que torturaban en la Dirección General de Seguridad, que era ese mismo edificio de la puerta del Sol donde el 31 de Diciembre se reunían las multitudes para escuchar las doce campanadas que señalaban la llegada del nuevo año, los guardias civiles que se divertían violando detenidas, los fascistas que mataban jóvenes a cadenas en las calles del barrio de Salamanca o en la impunidad nocturna del Retiro pasaron por aquellos años como sombras evanescentes, como fantasías de la imaginación. Nadie les hizo nada. Nadie les molestó. El país estaba sumido en el perdón, o quizá en el miedo, miedo al ejército, miedo a los generales, miedo a la Guardia Civil, miedo a que el menor intento de llevar a los verdugos ante la justicia excitara los ánimos de aquellos celosos patriotas y volviera a haber un levantamiento y otro 18 de Julio y otra dictadura. Y así, una generación de torturadores se hundió plácidamente en la sombra. Luego caminaban por las plazas públicas disfrutando de pensiones del Estado, amargados, sentados al sol bajo las acacias dehojadas de los Domingos de invierno, con el hígado destruido por las cosas horribles que habían hecho, impunes, libres y vivos, mientras sus víctimas se pudrían en la tierra o se recuperaban en hospitales mentales o gritaban por las noches cuando al entrar en la cárcel del sueño regresaban a aquellas mazmorras y a lo que les habían hecho en ellas. En aquellos años aprendió Mateo a aborrecer la palabra «patria», a odiar la palabra «patriota», a detestar la palabra «España» que los fascistas gritaban siempre como si fuera suya, como si ellos fueran España, a aborrecer los colores de la bandera de España, rojo, amarillo y rojo, sangre, oro y sangre, sangre, arena y sangre, que era la bandera de Franco, igual que España era Franco, y era horror, atraso, brutalidad, suciedad, miedo, gritos, fascismo, pistolas, palizas y las vocécitas mansas de los curas bendiciendo a los torturadores. La Iglesia, la hipocresía, la inconcebible dulzura apostólica de la Iglesia, los gorjeos de pájaro de sus ministros y su corazón frío, implacable, metálico, sucio, lleno de polvo.

Pero pronto hubo otra bandera. Se cambió el escudo de Franco, en el que había dos negras águilas imperiales, por un nuevo escudo en el que había dos columnas

blancas que simbolizaban la Constitución de 1977. En el parque que había frente al museo de Ciencias Naturales se construyó un monumento para conmemorar la Constitución que era como una caja de piedra blanca con escaleras en los cuatro lados. Los fachas le llamaban «el monumento a la prostitución», porque en las calles adyacentes al parque se ponían por las noches prostitutas y travestis. Se legalizaron los partidos políticos. Se legalizó el Partido Comunista y se convocaron elecciones generales. Los padres de Mateo se volvieron completamente locos. De pronto, la política invadió el hogar de los Montañés. Anselmo se afilió al Partido Socialista, y durante el siguiente congreso que se celebró en el Palacio de Congresos y Exposiciones de la Castellana, Isabel se afilió también.

Ahora Anselmo e Isabel estaban *politizados*, y en el hogar de los Montañés ya nada volvería a ser igual. Todo era PSOE, PSOE, PSOE. Los del PSOE eran los héroes, los portadores de la verdad, y los que no eran el PSOE, tanto a la izquierda como a la derecha, un puñado de sinvergüenzas. Ahora Anselmo e Isabel, que siempre habían sido moderados en casi todo pero habían perdido todo sentido de la moderación con la llegada de la democracia, iban todas las semanas a la Agrupación Socialista de Chamartín, situada en un local bajo de una callecita cercana a Pradillo, y volvían por las noches encendidos con un fervor cuasi religioso, rabiosos con los «críticos», que eran todos procomunistas, y apasionados con los «felipistas». La casa se llenó de pósters del PSOE, de libros del PSOE, de revistas del PSOE, de abrebotellas del PSOE y carpetas del PSOE y vasos con el logotipo del PSOE y platos del PSOE y bolígrafos del PSOE, y el nuevo diseño del puño con la rosa se veía en el hogar de los Montañés por todas partes, desde el calendario del PSOE de la cocina hasta el vaso del PSOE en el que en el cuarto de baño se colocaban los cepillos de dientes, que no eran del PSOE porque a nadie en el partido se le había ocurrido fabricar cepillos de dientes, ya que de haber existido cepillos de dientes del PSOE éstos sería los que habrían utilizado Anselmo e Isabel y también, por supuesto, sus dos hijos.

Los nuevos héroes de Anselmo e Isabel eran Felipe González, un joven abogado sevillano que había dicho que no pensaba ponerse jamás chaqueta y corbata y que era un chico del pueblo, un hombre «sencillo», en fin, pero al mismo tiempo «cultísimo» (era abogado) y que hablaba muy bien, y Alfonso Guerra, que era íntimo amigo de Felipe, también de Sevilla, también abogado, también cultísimo (citaba a Don Antonio Machado en todos sus discursos, y en las entrevistas pronto empezaría a hacer referencias a Gustav Mahler, que era el músico de moda). Aborrecían, en cambio, a los del PSOE «histórico», que no reconocían a Felipe González, a los del Partido Socialista Popular de Tierno Galván, que lo que tenían que hacer era disolverse e integrarse en el PSOE (¡ah, el sempiterno problema de la desunión de la izquierda!), a los del Partido Comunista, empezando por el odioso Santiago Carrillo, al Centro Democrático y Social, que eran todos unos fachas y exfranquistas (el centro

no existe, y todos los que dicen que son «apolíticos» o «de centro» son en realidad de derechas), a Alianza Popular, que era el franquismo disfrazado y no digamos ya a todos los extremistas, el PT, la LCR, los falangistas o los asesinos de Fuerza Nueva.

Ahora Anselmo e Isabel ya no tenían conversaciones con los amigos o la familia, sino que se dedicaban a dar mítines interminables sobre lo maravilloso que era el PSOE y a machacar a todos los que no pertenecían al PSOE, o incluso a la tendencia del PSOE que a ellos les gustaba, que era la moderada. En esos años, Anselmo e Isabel perdieron muchas amistades por causa de aquel furor político, especialmente sus amistades comunistas o filocomunistas o a los suaves compañeros de viaje o lejanos sospechosos de ser tontos útiles. Amigos de derechas no perdieron porque no tenían ninguno y porque la idea, la sola idea, de tener un amigo que simpatizara con UCD, por ejemplo, les habría parecido a los Montañés algo exótico e incomprensible. Cuando venían amigos a merendar o a cenar a casa, el tema era siempre el mismo: el PSOE. Si los amigos estaban de acuerdo, todo iba bien, pero ¡ay de ellos si a alguno se le ocurría ironizar, aunque fuera suavemente, con Felipe González, o con la «O» de «Obrero», o con los «cien años de honradez»! ¡Se le caía el pelo! ¡Los Montañés atacaban con todas sus naves y con toda su aviación y toda su artillería! Lo mismo sucedía los Sábados cuando iban a ver a los abuelos por la tarde. Las discusiones eran aquí feroces, porque las hijas de Manuel y sus novios no estaban de acuerdo con el socialismo tridentino de Anselmo e Isabel, uno de ellos porque estaba más a la izquierda y otro porque estaba más a la derecha (los dos se llamaban Paco), y la trifulca y las voces destempladas estaban aseguradas.

La familia comenzó a ir a mítines del PSOE. Iban los cuatro, en ocasiones viajando a pueblos cercanos, y cantaban los cuatro *La Internacional* con el puño en alto: «Agrupémonos todos en la lucha final», decía la letra absurda, «¡Arriba los pobres del mundo! ¡En pie, famélica legión!». Los mítines se celebraban en cines, en teatros, en plazas públicas, al sol o a la luz de las estrellas. La mayor parte de las veces los discursos eran enormemente aburridos, aunque cuando hablaba un gran orador como Felipe González, Alfonso Guerra o Luis Gómez Llorente, la experiencia podía tornarse apasionante, y uno se sentía de pronto parte de la historia y testigo de su tiempo. A veces iban los cuatro a la Agrupación Socialista, donde los amigos de sus padres les decían a Luis y a Mateo que cómo no se metían en las Juventudes Socialistas. Luis y Mateo se resistían, sobre todo porque las asambleas de las Juventudes eran el Sábado por la tarde, justo a la hora de la película, y estaban poniendo un ciclo de los hermanos Marx. Sin embargo, no era cierto que a los hermanos no les interesara la política. Al menos en esta época los dos estaban interesados. El país entero lo estaba, y la razón era que hasta entonces en España nunca había habido verdadera política. «Meterse en política» quería decir, en tiempos de Franco, meterse en líos o criticar al gobierno, y el español medio siempre afirmaba

que «no le interesaba la política». Con la llegada de la democracia, y especialmente después de las primeras elecciones generales, la política llenó la vida diaria hasta niveles inconcebibles. En la televisión se retransmitían larguísimas sesiones parlamentarias, discurso tras discurso, respuesta tras respuesta, y cuando había algún debate importante en el Congreso, todo el país se quedaba pegado al televisor durante horas. Era la fascinación de la democracia: comprobar, verdaderamente, cómo diferentes ideas se enfrentaban por medio de la palabra y dentro de unas reglas aceptadas por todos. En aquellos años, Felipe González, Alfonso Guerra y los demás grandes nombres del PSOE parecían como iluminados por una gracia especial. Estaban poseídos por una maravillosa elocuencia, envueltos en una especie de pureza seráfica. Al escuchar sus encendidas arengas en el Congreso, uno se preguntaba cómo se les había ocurrido a los españoles votar a aquellos memos de UCD, que parecían todos vendedores de El Corte Inglés, en vez de votar a los serafines salvadores del PSOE.

Anselmo e Isabel usaban ahora la jerga de la política, y hablaban de personas «sin formación política», se reían de esos que decían que «no les interesaba la política» (lo cual es imposible), afirmaban que los «apolíticos» eran en realidad de derechas, declaraban gravemente que «todo es política» y se reían de los recién llegados al partido y que no sabían dirigirse a los demás correctamente y decían «señores» o «camaradas» en vez de «compañeros» (estos últimos eran comunistas disfrazados, espías que se metían en el PSOE para ver qué se cocía allí dentro), y conocían perfectamente la jerga de los mítines, y sabían invocar una «cuestión de orden» cuando hacía falta, y tomar la palabra «por alusiones», y afirmaban contra toda evidencia que *El Socialista*, al cual estaban suscritos como todos los afiliados, era un gran periódico, y que José Ramón, el dibujante de estilo *naïf* que hacía los carteles del partido, era un gran artista. Y durante varios años colgó del salón familiar un gran póster enmarcado de José Ramón en el que se veía una hilera de simpáticos trabajadores, entre los cuales aparecía dibujado Felipe González con sus ojos de chino, con un fondo de chimeneas humeantes y aserrados tejados de fábricas. Más tarde el póster enmarcado desapareció discretamente para ser sustituido por una reproducción de un cuadro de Zóbel que Anselmo e Isabel compraron, probablemente, en la Fundación March.

Llegaban las elecciones, y los padres de Mateo salían por las noches a poner carteles del PSOE por las calles. Eran los afiliados los encargados de llenar todas las paredes de la ciudad de carteles donde los líderes aparecían con sus mensajes, especialmente aquel que llegaría a hacerse famoso, «Cien años de honradez», o aquel otro, «Por el cambio». Iban a la agrupación, hacían cola mezclando polvos y agua en cubos de plástico y luego salían a la calle con un rollo de carteles y grandes rastrillos e iban pegando un cartel tras otro en las paredes que encontraban vacías. No se consideraba juego limpio pegar carteles encima de los carteles de otro partido,

aunque algunos lo hacían.

La técnica era pesada: había que mojar el rastrillo en la cola y embadurnar rápidamente la pared con cola. Luego otro, u otros, desenrollaban el cartel y lo pegaban a la pared. Pero esto no bastaba. A continuación, había que pasar de nuevo el rastrillo empapado en cola sobre el cartel para dejarlo fijo en su lugar. Se trataba de un procedimiento agotador y sucio, y los padres de Mateo llegaban a casa cansados y llenos de cola hasta las raíces del pelo, aunque felices por haber podido colaborar en la lucha política. Ahora los papeles se habían invertido, y eran los hermanos los que esperaban en casa viendo la televisión (ya que, muerto Franco, los Montañés se habían decidido por fin a comprar un aparato) mientras los padres correteaban por las calles como adolescentes y llegaban a casa a las tantas. Solían ir en grupos por el miedo a los fachas, que recorrían las calles de Madrid en busca de rojos para darles palizas. En una ocasión, unos compañeros de la agrupación se separaron del grupo principal y se quedaron solos, dos o tres, y se encontraron con un grupo de fachas que les atacaron con cadenas. Esto sucedió muy cerca de la casa de Mateo, quizá en la misma glorieta de López de Hoyos. El barrio de Salamanca comenzaba allí mismo, y es cosa bien sabida que el barrio de Salamanca siempre ha sido «zona nacional».

—Qué coñazo sois —les decían Mateo y Luis a sus padres—. Qué coñazo le dais a todo el mundo con el PSOE.

—¿Cómo coñazo? Lo que pasa es que a vosotros no os interesa la política.

Padres e hijos decían ahora palabrotas con toda soltura y ligereza: eran las nuevas costumbres de la democracia, especialmente entre las personas de izquierda, especialmente entre las mujeres de izquierda, que ahora fumaban todas y decían todas «cojones» y, mejor aún, «ovarios», porque eso de «cojones» era machista.

—Sois unos pasotas —les decía Isabel a sus hijos, de muy mal humor—. Los dos, sois unos pasotas.

—Pues claro que somos unos pasotas —decía Mateo.

—Pues si todos fuéramos pasotas... —comenzaba su padre, repitiendo una vez más la misma conversación.

—Si todos fuéramos pasotas viviríamos muy tranquilos, cada uno ocupándose de su rollo —decía Mateo.

—El pasotismo es el principio del fascismo —decía su madre, que no había conocido un instante de relajación en toda su vida—. Tú pasas mucho, pero los fascistas no pasan, y vendrán a tu casa y se meterán en ella.

—Pero ¿qué fascistas? —decía Mateo—. ¿De qué hablas? Hay democracia, hay partidos políticos, hay elecciones generales. ¿De qué hablas?

La guerra, que habían vivido sus padres en la primera infancia, les había dejado marcados para siempre. Sin embargo, este tipo de marcas de por vida, ¿no son en cierto modo voluntarias? En *Tartarín de Tarascón*, de Alphonse Daudet, aparece la



maravillosa creación cómica de aquel personaje que había estado en la balsa de La Medusa cuando era un niño de pecho, y se había quedado traumatizado de por vida a consecuencia de aquella experiencia terrible, de la que, como es obvio, no podía tener el menor recuerdo. ¿Serían sus padres unas dolientes víctimas de la historia o serían, más bien, como aquel bebé que estuvo en la balsa de La Medusa?

—Estais siempre luchando —les decían Mateo y Luis a sus padres—, siempre protestando, siempre luchando por algo. Lucháis en el partido, en la Escuela de Idiomas, con los amigos, en casa de los abuelos, en la Casa de Campo. ¡No hay quien os aguante!

—Hay que protestar —decía Isabel, enfervorizada—. Hay que protestar para que mejoren las cosas.

—Protestando no se mejoran las cosas —dijo Mateo—. Protestando lo único que se consigue es que todo el mundo esté de mala leche.

—Pero hay que protestar —le decía su padre, mirando a su hijo con verdadera preocupación—. Si quieres cambiar el mundo, es necesario protestar.

—Yo no quiero cambiar el mundo —dijo Mateo.

Aquella declaración dejó a sus padres patidifusos. ¿Estarían criando a un monstruo?

—Pues entonces, ¿qué quieres? —le preguntó su madre, con cara de vinagre.

—¿Yo? —se preguntó en ese mismo momento Mateo, que probablemente había soltado aquella bomba sin pensar mucho en lo que decía—. No lo sé. Ser feliz.

Los padres se miraron consternados y suspiraron profundamente.

—Es un cínico —dijo su madre, casi en un murmullo.

—Sí, es un cínico —dijo su padre apretando la mandíbula con fuerza, como siempre que se ponía de mal humor.

A partir de entonces, sus padres, que siempre se las ingeniaban para estar preocupados por algo y de mal humor por alguna otra cosa, comenzaron a sentirse muy preocupados por el pasotismo de sus hijos y, muy especialmente, por el cinismo de su hijo mayor, y la frase «es un cínico» se convirtió en otro de los estribillos de la vida familiar.

—«Ser feliz» —decía su madre con infinito desprecio—. Sólo los idiotas son felices.

—Qué idea tan curiosa esa de «ser feliz» —decía su padre—. Qué obsesión tienen los jóvenes ahora con eso de ser «felices». Las personas de mi generación jamás hemos pensado en ser felices.

—¿Por qué no? —preguntaba Mateo—. ¿En qué pensábais entonces?

—En ser honrados, en ser trabajadores, en ser responsables —decía su padre—, no en ser *felices*. Eso de ser *feliz* es una idea muy egoísta. Sólo los egoístas pueden ser felices.

—Bueno, pues entonces está claro —decía Mateo—. Para ser feliz hace falta ser (a) idiota y (b) egoísta.

—Es un cínico —decía su madre asustada.

—Sí, es un cínico —decía su padre con desaliento.

Era la generación pasota.

«Los jóvenes pasan» o «el pasotismo de los jóvenes» eran frases que se repetían durante esos años de forma obsesiva. También Luis y Mateo eran pasotas. No les interesaba en exceso la política. Todos aquellos ideales exaltados de sus padres les aburrían soberanamente. Llevaban oyendo desde niños lo mal que lo habían pasado sus padres y lo mucho que habían sufrido y lo afortunados que eran ellos al no haber tenido que vivir debajo de las bombas y no haber pasado hambre y, francamente, habían perdido el interés. Sus padres habían tenido vidas heroicas y apasionantes, habían sufrido y luchado, mientras que ellos habían llevado una existencia muelle de «niños mimados» desde su nacimiento. Ni siquiera habían tenido tiempo de luchar contra el franquismo. Ni siquiera habían sufrido la *dictablanda* de los últimos años. Cuando alcanzaron la edad de salir a la calle con una pancarta gritando, la democracia ya había aposentado sus reales en las Cortes y en la Moncloa y ya no había motivos para gritar ni enarbolar pancartas. No creían en el «futuro» ni en la posibilidad de lograr la justicia universal ni creían que llegara un día en que todos los países crearían una confederación mundial que aseguraría la paz del mundo, ni creían, por supuesto, que un día «la tierra sería un paraíso» como afirmaba tontamente la letra de *La Internacional*. Sabían que el mundo estaba lleno de silos subterráneos donde se amontonaban bombas atómicas suficientes para borrar todo signo de vida sobre la Tierra y sabían que en el curso de sus vidas, en algún momento, ya dentro de poco, habría una Tercera Guerra Mundial que sería mil veces más espantosa que las guerras anteriores. Sí, pasaban de todo. No querían involucrarse, ni comprometerse, no eran héroes, no eran valientes, no eran *luchadores* como sus padres, no tenían nada por lo que luchar. Querían disfrutar, ir al cine todas las tardes, leer libros extranjeros. Y fumar. Y beber. Y fumar *porros*, especialmente *porros*, *petas*, *canutos*, *chocolate*. El hachís llegaba a España, y junto con esa resina oscura llegaba también toda una cultura de la languidez, del placer, de la evaporación y del olvido. «*No future*», gritaban los punks.

El lenguaje coloquial sufrió en esos años una transformación espectacular. Era el lenguaje de la generación pasota, probablemente la única marca dejada por esa generación inmensa y lacia en la piedra blanca de la historia. Una transformación del lenguaje coloquial y amistoso que se establecería como nueva coiné y sería heredado por las sucesivas generaciones con mínimas variaciones. Seguramente hubo que esperar al siglo XXI, con la aparición de los móviles, para que se produjera una transformación del español cotidiano de comparable importancia. El lenguaje pasota,

pues, que siempre fue visto como un «empobrecimiento» del español, y que quizá lo fue en ciertos aspectos, fue la gran contribución social de la generación de los nacidos en los sesenta, la generación del *baby boom*, a la historia de la España moderna. Pero la historia avanza precisamente así: mediante una degradación y un empobrecimiento constantes. Pasa la riada del tiempo dejando en las orillas embarradas del mundo toda suerte de cosas hermosas de extraordinaria belleza y elegancia, y arrastra corriente abajo un aluvión de vulgaridades y falsificaciones. Pero con los años, las cosas hermosas ya no parecen tan hermosas, y las novedades pierden su original aire de insolencia y se van tiñendo de dorado. Es el otoño. Sopla la brisa, y uno descubre la intensa relatividad de todo. Cómo lo que fue nuevo una vez, siempre nos parece nuevo. Cómo nosotros nos aferramos a las pavesas de las cenizas, igual que hicieron nuestros padres con sus pavesas. Cómo al mirar las cenizas somos capaces de ver la belleza del cuerpo que fue, y cómo los jóvenes no pueden. Cómo despreciamos las cosas nuevas, igual que hicieron nuestros padres, y cómo todas las cosas son al mismo tiempo nuevas y viejas, porque todo es real y porque el sol que brilla en el cielo es el mismo todos los días. Nos damos cuenta de que no existe la «historia», que sólo existe la vida, y que cuando hablamos del tiempo y de la evolución, del estilo y del valor, hablamos en realidad de nuestra vida, de nuestras esperanzas y nuestras enfermedades. Decimos que los tiempos corren turbios y es nuestra visión la que se enturbia. Hablamos de una hermosa época del mundo y no era la época, sino nuestro cuerpo lo que era hermoso entonces. No vivimos en la historia, sino en nuestro cuerpo y en nuestra imaginación. No es la historia ese rumor y ese rutilar y ese florecer y ese agostarse que percibimos a nuestro alrededor, sino nuestra pequeña historia personal. No es la historia lo que cambia, sino nosotros. Nadie vive la historia, porque cada uno vive solamente su propia vida.

## Encierro

Las clases del Conservatorio se suspendieron. La nueva Ley de Educación seguía sin reconocer la enseñanza del Conservatorio como enseñanza superior, lo cual quería decir, entre otras cosas, que los titulados del Conservatorio, al no ser licenciados universitarios, no tendrían derecho a dar clase de música en la enseñanza media. La nueva Ley de Educación ampliaba el horario de clases de música durante el bachillerato, lo cual suponía muchos miles de posibles puestos de trabajo, pero no se permitía a los verdaderos músicos que dieran aquellas clases, que estarían reservadas a los licenciados —licenciados en Derecho, Historia, Sociología o Biología—. Los profesores del Conservatorio declararon una huelga indefinida y profesores y alumnos iniciaron un encierro en el Conservatorio. Comenzó así una época de intensa felicidad para Mateo. Estaba en sexto de Piano y en último año de Contrapunto y Fuga y la música era el centro de su vida, pero su felicidad no tenía nada que ver con la lucha política ni las reivindicaciones, esa nueva palabra que se había puesto tan de moda.

Su felicidad se debía a que de pronto el Conservatorio se había convertido en un espacio encantado, en la Utopía de los felices. Las clases habían quedado suspendidas, pero el Conservatorio estaba más lleno de actividad que nunca. Se creaban comisiones para organizar la vida del encierro, se recogía dinero, se organizaban grupos de información, se pintaban carteles, se redactaban pasquines, pero sobre todo se hacía música sin cesar. Los encerrados dormían donde podían, en sofás y colchonetas, en butacas puestas una al lado de otra, se duchaban en las duchas de la Escuela de Danza, comían lo que compraban las comisiones correspondientes o lo que se subía de las cafeterías cercanas y el salón de actos se convertía en una especie de teatro químico-filosófico donde se sucedían los recitales, los discursos, las lecciones magistrales, porque el Conservatorio no estaba muerto, ni parado, ni anclado, sino vivo.

A Mateo también le hubiera gustado ser uno de los encerrados, irse al Conservatorio con su saco de dormir y no salir del edificio hasta que aquella estúpida ley fuera retirada, pero sabía que sus padres no verían con buenos ojos que lo hiciera y tampoco él se atrevía a hacerlo, sobre todo porque se habría sentido ridículo durmiendo allí en un rincón cuando nadie le había pedido que lo hiciera y cuando no tenía a nadie con quien hablar, de modo que ahora se iba allí por las tardes, se pasaba unas horas leyendo en el salón de actos o vagando como un fantasma por los pasillos y al caer la noche regresaba a su casa, ebrio de música y de imágenes.

Se sentía orgulloso de poder hablar en primera persona del plural y de decir «lo que nosotros queremos», «nosotros, en el Conservatorio, pensamos», aunque él no formaba parte de nada, ni estaba en ningún grupo, ni hablaba nunca con nadie en las

tardes interminables que pasaba en el encierro. Se llevaba algún libro para pasar las largas horas, la partitura de *Parsifal*, la antología de poemas de Rilke que leía por esa época obsesivamente, se sentaba en la parte de atrás del salón de actos y disfrutaba del estimulante ambiente revolucionario. El salón de actos siempre estaba lleno a medias, porque siempre había algo en el escenario. Los profesores y los alumnos de los cursos superiores ofrecían conciertos, un recital de piano, un cuarteto de cuerda, un recital de clarinete bajo, unas canciones para voz y piano, un quinteto de viento, un pianista enloquecido que tocaba la sonata de Boulez, un catedrático de órgano ofreciendo preludios y fugas de Johann Sebastian, y cuando no había nadie tocando, los cabecillas de la revuelta y los que estaban en partidos políticos o en sindicatos hablaban por el micrófono, se leían comunicados, se informaba de la repercusión en la prensa y de las conversaciones con el ministerio, se creaban comisiones y grupos de trabajo, se pedían voluntarios. Mateo hubiera dado media vida por poder participar, por ser parte de alguno de esos grupos de trabajo, pero la timidez le mantenía pegado a su asiento mirando los tejados de Madrid a través de una de las ventanas abiertas en los gruesos muros medievales del Conservatorio y las palomas blancas y azules planeando sobre las doradas hileras de tejas y pasando las páginas del libro que estaba leyendo, donde las cálidas bestias regresaban al hogar al caer el sol por anchos senderos que envejecen.

Era un lugar muy agradable, el auditorio del Conservatorio. Es un lugar que ya no existe, aunque siguen existiendo los muros que lo contenían: la remodelación del edificio para volver a convertirlo en teatro de ópera borró todo el antiguo Conservatorio. El auditorio era un salón muy largo, con capacidad para unas ciento cincuenta personas, con cómodas butacas abatibles y un amplio escenario de maderas bruñidas coronado por un órgano. En la pared de la izquierda había varias puertas dobles, y en la de la derecha una serie de ventanas, también dobles (los muros del Conservatorio tenían más de un metro de grosor), que se abrían a los tejados dorados y a las espadañas de las iglesias de Madrid.

Y uno de aquellos días tuvo una visión. Es difícil saber cuánto «duró» exactamente la visión, y mucho más difícil todavía saber por qué se produjo precisamente allí, en el Conservatorio. Estaba allí sentado en el salón de actos contemplando a través de las ventanas los cielos tranquilos de Madrid sobre los tejados de tejas y las torres de las iglesias, y entonces de pronto pensó en una mujer que escribía poesía y vivía en un apartamento, y a través de la ventana de su apartamento veía las ramas de una acacia, desnudas ahora que era invierno. En la calle, al pie del apartamento, un coche rojo aparcaba. Y en el salón de la casa, un hombre se sentaba en el sofá con una copa en la mano y decía frases amables y sonreía. ¿Qué relación había entre estos acontecimientos? En realidad, no había ninguna relación. Cada acontecimiento seguía su propia serie, su propia lógica. Era

como si cada acontecimiento viviera aislado en su propio mundo de causalidades (sic, pero no «casualidades», querido corrector). Pero el hombre que estaba en el sofá era el amante de la mujer, al que había conocido unos meses atrás en esa misma habitación, y el coche rojo que aparca es el del marido de la mujer. ¿Qué relación existe, entonces (a pesar de todo), entre el coche que aparca, el hombre que se sienta en el sofá y la mujer que mira a través de la ventana poseída por la espantosa melancolía de los suicidas? En realidad, no había relación de ningún tipo. Sin embargo, para nosotros sí existía la relación: nosotros la inventábamos, la imponíamos, la añadíamos. ¿Nosotros? Sí, cada uno de nosotros en eso que llamamos «nuestra vida», que en este caso serían tres vidas, la vida de la mujer, la del marido, la del amante, que tampoco puede decirse que creen intersecciones unas con otras. Uno encuentra a una mujer en su cama: es su mujer, es cierto, pero ¿qué significa exactamente ese «es» de la frase «es su mujer»? ¿Qué une ese «es» cuando el hombre sale por la puerta y la mujer se queda allí adormilada entre las sábanas y preguntándose si ella, que no es tan buena poetisa como Sylvia Plath, acabará suicidándose como Sylvia Plath? ¿Qué relación hay entre el coche aparcado y su dueño? ¿En qué sentido puede decirse que un ser humano es «dueño» de un coche? El hombre, el marido, tiene la llave del coche, lo abre, lo pone en marcha, lo lleva hasta otro sitio de la ciudad (desde otro punto de vista también puede decirse —es lo que solemos hacer, de hecho, por absurdo que sea— que es el coche quien le ha «llevado» a él hasta ese otro sitio), sale y lo deja allí quieto, pero ¿en qué sentido puede decirse que el coche es «suyo»? ¿Porque existen unos papeles metidos en una carpeta dentro de un cajón de un mueble donde se afirma tal cosa? El coche ahora está inmóvil exactamente igual que cuando estaba inmóvil aparcado al pie de la ventana del matrimonio. ¿Y la relación entre besar y desear, entre acariciar y excitar, entre hacer el amor y que nazca un niño, entre enfermar y morir? Mateo sentía que había descubierto un misterio inconcebible, algo tan obvio y tan espantoso como la propia muerte, algo tan terrible que dejaba sin sentido y, digámoslo así, sin eficacia a la propia Muerte. Porque no había relación ninguna entre unas cosas y otras, y eso que yo describo como «mi vida» no es más que una creación. *En realidad, sólo suceden cosas*, se dijo Mateo aterrado, maravillado, mirando el vuelo de las palomas sobre los tejados del viejo Madrid mientras una arpista tocaba un *allegro* de Mozart arreglado por Zabaleta pero sin ver a las palomas ni oír a la arpista, perdido en la poderosa serie de imágenes que habían brotado como por ensalmo en su imaginación, y arrastrado tan poderosamente por ellas como una palmera por un ciclón antillano. En realidad, eso que llamamos «la vida» sólo son cosas que suceden, sin ninguna relación entre sí, se dijo Mateo, *y ésa es, precisamente, la tarea de los novelistas: relacionar unas cosas con otras, establecer vínculos entre los acontecimientos como si esos vínculos fueran la forma en que de verdad suceden las cosas, como si*

realmente existiera una «relación» de alguna clase entre la acacia que lleva años y años creciendo en su alcorque y la mujer que la contempla a través de los visillos poseída por la angustia de saberse adúltera y de sentir la vulgaridad del adulterio y no poder siquiera redimirse de su vulgaridad, del carácter meramente genérico que tiene ahora y que un espasmo de asco o de hastío quizá le ha revelado, mediante la composición de un poema memorable que, de cualquier modo, tampoco tendría relación alguna con su adulterio ni con su sensación de haber sido usada por una mujer estúpida y débil que no es otra que ella misma. Ninguna relación entre el acto físico, el árbol, el visillo, la angustia, el coche que está aparcado al pie de la ventana, el coche, el hombre, el amante, el sofá, el mueble donde se guarda un contrato de compra. Además, puestos a relacionar unos actos con otros, ¿por qué no relacionar el adulterio con el árbol, el coche con el visillo, el semen con la lluvia, la pasión suicida de esta mujer con el delicado plato de cardos salteados con almendras que cenó tres noches atrás? Sólo cosas que pasan, cosas anónimas que no le pasan a nadie, porque no hay «alguien» en ningún sitio, nada que pueda ser «alguien» que atraviesa mágicamente el tiempo y el espacio, el abismo del sueño, las paredes de las habitaciones, las estaciones del año. Y en eso consiste precisamente la literatura: en describir la vida humana como si tuviera sentido, como si fuera una vida real, se dijo Mateo. Elegimos series de acontecimientos y componemos con ellas una «historia», pero esa historia existe sólo en nuestra imaginación. Aquel descubrimiento le dejó aterrado pero también feliz, porque de pronto creía haber hallado el secreto del misterioso puzzle en el que todos estamos atrapados. Él le llamó «mundo» a este descubrimiento: nosotros vivimos una «vida» pero en realidad sólo existe mundo, y en mundo no hay «vidas», sino sólo acontecimientos, actos, lugares, cosas. Descubrir de pronto la existencia de mundo (y él siempre lo llamaba así, sin artículo, para distinguir bien ese descubrimiento suyo de «el mundo» en general, que siempre intuimos como un mapa o una bola del mundo, «el mundo», ya que «mundo» a secas puede ser una habitación o un visillo que ondea o una manzana caída a la sombra de su manzano: contemplar las botas de pronto y maravillarse de su existencia algo embarrada es «mundo» y sentir que el tren que nos lleva se mueve simplemente porque sus ruedas están encajadas en unos rieles metálicos es mundo) le hacía sentir la felicidad del adelantado que penetra la *terra incognita*.

—¡Ayuda, participa, no te pases todo el día estudiando! —le dijo alguien cuando estaba en el salón de actos sentado y con la partitura de *Parsifal* frente a los ojos.

Mateo levantó los ojos llenos de ansiedad y se encontró con un amigo de su clase de piano. ¡Si yo no quiero estudiar nada!, hubiera querido decirle. ¡Si estoy harto de leer, de mirar partituras, de estar aquí solo y sin hablar con nadie! Era Remigio Gandasegui, que más tarde haría también una pequeña carrera como pianista de jazz y que ya entonces tocaba muy bien, con una fuerza y una autoridad que imponían.

Mateo salió del salón de actos donde alguien cantaba canciones italianas tradicionales acompañado de un acordeón y se dirigió a las mesas donde se preparaban carteles y se inventaban eslóganes. Preguntó si podía participar y le dieron un rotulador y un montón de papeles. Y así, con toda facilidad, de pronto ya estaba participando. No podía comprender por qué le había costado tanto. Se hizo amigo de un chico que estudiaba Composición y que le dijo que por qué no se quedaba a dormir esa noche, que se trajera un saco de dormir y que lo pasarían bien, que había muchas diversiones en el Conservatorio por la noche. ¿Diversiones?, preguntó Mateo. ¿Qué clase de diversiones? Su amigo le dijo que el Conservatorio, como era obvio, estaba lleno de chicas. Y además habría chocolate. Y además, añadió con mucho misterio, él conocía a una chica que tenía una llave para pasar al Otro Lado. Y esa noche, pero especialmente esa noche, había un pequeño grupo que pensaba pasar al Otro Lado. De modo que si pensaba quedarse a dormir en el Conservatorio sólo una noche, aquella era la más adecuada.

Éstas eran, pues, las diversiones: chicas, chocolate y el Otro Lado. Las chicas estaban en todas partes y eran todas maravillosas, aunque Mateo tenía en esa época una timidez enfermiza con las mujeres. En cuanto al chocolate, digamos que a Mateo le gustaba el chocolate pero que no entendía qué importancia podría tener comerse una tableta de chocolate, por bueno que fuera, en el gran esquema de las cosas, y menos aún durante una noche en el Conservatorio. Pero quedaba aquella misteriosa chica que tenía una llave para pasar al Otro Lado.

El Otro Lado era, por supuesto, el Teatro Real. Se seguía llamando Teatro Real, aunque ya no era un teatro de ópera, sino una sala de conciertos donde se celebraban los conciertos de la Orquesta Nacional. El vestíbulo, los salones, la sala del teatro con todos sus palcos y con el palco real todo dorado y terciopelo rojo habían quedado intactos, pero el escenario había sido convertido en sala de conciertos y toda la parte trasera del edificio había sido remodelada para acoger los tres conservatorios, el de música, de danza y de artes escénicas así como la Escuela Superior de Canto. El edificio tenía ahora, pues, dos entradas, la de la plaza de Oriente, por donde se accedía al Teatro Real, y la de la plaza de Isabel II, por donde se entraba al Conservatorio. Pero los dos lados del edificio no estaban completamente aislados: había ciertas puertas que los ponían en comunicación, situadas al fondo de ciertos pasillos por donde nunca se metía nadie. Ya que el viejo Conservatorio era un verdadero laberinto lleno de misterios y de lugares desconocidos, sobre todo por la disposición caprichosa que tenían los pasillos y las salas a causa de la extraña forma del edificio, que era realmente la parte trasera de un enorme teatro.

Esa noche dijo en su casa que se iba a quedar a dormir en el Conservatorio, causando a sus padres un nuevo motivo de inquietud, cogió un saco de dormir y se fue. Cuando salía de casa, vio que su padre apretaba la mandíbula en un gesto de ira



reprimida.

Iba llegando la noche. Las actividades oficiales y los conciertos disminuían, los salones y pasillos se iban vaciando. Mateo buscó un sillón vacío situado en una sala de profesores y extendió allí su saco de dormir. Luego buscó a su amigo, que estaba en el salón de actos, todavía el centro de la actividad. Estuvo un rato charlando con Menchu Mendizábal, que iba a su clase de piano con Fernando Puchol unos años por delante de él, y con Fernando Palacios, que era uno de los líderes del encierro. Es posible que ya entonces fueran novios. Menchu era muy simpática, aunque él nunca se había atrevido a hablar con ella simplemente porque estaba unos años por delante, un motivo ligeramente estúpido, por cierto, y también porque las clases de piano, en las que uno permanecía sentado en silencio esperando a que le llegara su turno, no favorecían en exceso la interacción social. Fernando Palacios era un chico alto, muy simpático, dotado de una gran barba negra, unos grandes ojos estrábicos y una voz profunda y melodiosa que le ayudaría años más tarde a hacer una gran carrera en la radio. Llegaría a ser director de Radio 2, que con el tiempo se llamaría Radio Clásica, y a convertirse en especialista en conciertos para niños y en uno de los grandes comunicadores de la música en España. También estaba por allí Luis Carlos Gago, cuyo hermano tenía fama como gran pianista en ciernes, y que años más tarde llegaría a ser uno de los grandes intelectuales de la música española, traductor de obras importantes, erudito modesto y silencioso, organizador de ciclos de conciertos, uno de esos músicos cuya forma de hacer música no es tocar un instrumento, ni componer ni dirigir, sino hacer que la música sea posible a su alrededor, abrir puertas y establecer caminos para la música y hablar con unos y con otros, y escribir, y traducir. También Jorge Fernández Guerra, que llegaría a ser también un compositor conocido además de un importante gestor cultural, y cuya labor al frente del Centro para la Difusión de la Música Contemporánea sería crucial durante la primera década del siglo XXI. Todos estaban allí, y todavía no eran nadie y todavía pensaban en chicas, en chocolate y en pasar al Otro Lado.

¡Chocolate!, se dijo Mateo. Pero ¡qué estúpido! Cuando fue a reunirse con su nuevo amigo, se lo encontró en un grupo donde se pasaban un cigarro de hachís. Claro, esto era el chocolate, no el Nestlé con avellanas, no Suchard, no Elgorriaga. Le pasaron el canuto, pero dijo que no, gracias. Su amigo, consumido por la hilaridad de la droga, le dijo que ya estaba allí La Chica que Tenía la Llave para Pasar al Otro Lado. Era una chica joven vestida con pantalones moriscos y un chaleco de terciopelo negro y con el pelo recogido en una larga trenza. Cuando se reunió el grupo de los que iban a pasar al Otro Lado, la chica les condujo hasta el fondo de uno de los largos, desiertos pasillos del Conservatorio. Había allí una doble puerta pintada de color verde hoja claro, el mismo color de todas las puertas del Conservatorio, la chica abrió la puerta y todos pasaron al Otro Lado.

Así pasó Mateo su noche de encierro en el Conservatorio. Charlando con desconocidos, uno de los grandes placeres de la vida, y explorando las salas de ensayo de la Orquesta Nacional, tocando en clavecines de doble teclado y probando marimbas y celestas. Había mucha gente en el Otro Lado, muchos más de lo que Mateo imaginaba, quizá porque la Chica que Tenía la Llave no era la única que sabía cómo pasar al Otro Lado, y todos los pasillos estaban encendidos y en la sala de ensayo de la Nacional, por ejemplo, que estaba llena de instrumentos de percusión, había montada una verdadera *jam session* con los dos pianos de cola y la celesta y todos los instrumentos de percusión, timbales, marimbas, campanas. Y al mismo tiempo todo el mundo se pasaba el rato diciendo que no podían hacer mucho ruido, que tenían que ser discretos. Pero ¿no serían visibles desde fuera las ventanas iluminadas? ¿Es que nadie vigilaba el Teatro Real?

Cuando regresaron al lado del Conservatorio, el sol hacía tiempo que había salido. Mateo se dirigió a su sillón y a su saco de dormir y durmió un par de horas antes de regresar a su casa.

## Argentinos

Fue una tarde de otoño de 1977 cuando los de la clase vieron a su primer argentino. Estaban entonces en tercero de BUP, y al año siguiente harían COU y luego entrarían en la universidad. Llegó cuando ya el curso estaba empezado, una de aquellas tardes de principio del otoño, cuando los días comenzaban a acortarse. Se sentó al fondo de la clase, en una silla cualquiera, y se quedó allí muy callado, contemplándoles con una suave sonrisa amable y melancólica. Era un muchacho bastante alto y atractivo, con largos cabellos ondulantes y rizados, una nariz larga y prominente, una barbilla muy fina, labios cincelados en una sonrisa y unos ojos muy grandes y caídos hacia los lados, un rasgo fisiognómico que a partir de entonces Mateo siempre consideraría característico de los habitantes de la ciudad del Plata. Tenía su misma edad, dieciséis años, y sin embargo parecía mucho mayor que ellos. Vestía ropa normal, unos vaqueros, una camisa de cuadros y un jersey rojo de cuello alto, pero en él aquellas ropas parecían dotadas de un encanto especial, como si hubieran sido diseñadas a medida. Se notaba que estaba a gusto dentro de aquellas ropas, a gusto dentro de sí mismo, dentro de este mundo. Parecía casi un adulto, tranquilo, reservado, seguro de sí mismo. Se llamaba Federico, Federico Salas Isnardi.

Todos deseaban hablar con el extranjero misterioso, y al fin, aprovechando la pausa entre clases, Vila rompió el hielo. El muchacho jugaba con un bolígrafo plateado, un lujoso Parker que hacía rodar nerviosamente entre sus dedos largos y morenos, tan amables y melancólicos como él mismo.

—¿Te ha regalado tu padre ese bolígrafo? —le preguntó Vila con su estilo agresivo.

—¿Cómo? —dijo el muchacho. Y entonces siguió la mirada de Vila—. Oh, ¿la birome? —dijo con gesto compungido. Luego preguntó—. ¿Cómo la llamaste?

—Bolígrafo.

—En la Argentina la llamamos birome —explicó el muchacho, hablando pausadamente y con un evidente placer al escuchar el sonido de su propia voz.

—Vaya nombre más raro —dijo Liroz, de rodillas en su silla para poder girarse a ver al muchacho argentino.

—Es el nombre del ingeniero que la inventó. ¿Es que ustedes no saben dónde se inventó la biro... el bolígrafo?

—Sí, se inventó en Argentina, no te jode —dijo Liroz.

Federico le miró con una gran sonrisa. Parecía enormemente divertido y feliz, y la sustancia de su felicidad parecía extenderse por el aire y envolverles a todos. Sus ojos brillaban con reflejos cristalinos. ¿Cómo podían brillarle tanto?

—Pues sí, querido, se inventó en la Argentina —afirmó—. Fue un ingeniero húngaro quien lo inventó. Se llamaba Biró, Ladislao José Biró.

—Pero ¿era húngaro o argentino? —preguntó Liroz.

—Ladislao José Biró nació en Budapest, Hungría, en 1899 —le dijo Federico sin abandonar su sonrisa—. Biró inventó muchas cosas. Inventó una lavadora, por ejemplo, y también una caja de cambios para los automóviles que luego le compró la General Motors para ponerla en sus carros. Y ¿saben cómo fue que inventó la biró... el bolígrafo? En una ocasión estaba mirando a unos chicos jugar en la calle con unas bolitas metálicas. Una de las bolitas cruzó un charco y luego siguió rodando por el piso y trazando una línea perfecta. ¿Viste? De ahí sacó la idea para su invento. Pensó poner una bolita metálica dentro de un tubo con tinta, de modo que cuando la bolita rodara hiciera salir la tinta. Ladislao José Biró construyó un prototipo cuando estaba en Hungría, pero nunca lo llegó a patentar.

Ahora ya eran cinco o seis personas las que rodeaban a Federico. Hablaba muy bien, mirando a los ojos de sus interlocutores, con calma, con evidente placer, sin apresurarse.

—Tuvo que escapar de la Alemania nazi, y huyó a Yugoslavia. Y allí estaba en cierta ocasión, no recuerdo exactamente dónde, escribiendo con su prototipo que no había patentado pero que él usaba a pesar de todo, y un hombre, un argentino que estaba por allí, lo vio usar aquello, escribir en un papel con aquella cosa. Biró trabajaba para un periódico húngaro y estaba rellenando un telegrama en ese momento, y este argentino se le acercó y le preguntó qué era aquel instrumento tan raro. Le contestó que era un invento suyo, y le explicó las ventajas que tenía sobre la pluma fuente... ¿la llaman así acá, «pluma fuente», o también le pusieron algún nombre extraño?

—Estilográfica —dijo Vila—. La llamamos estilográfica.

—Bien, pues estilográfica. Biró le explicó a este argentino que su prototipo nunca se salía, que no había que recargarlo porque siempre tenía tinta y que la tinta se secaba enseguida. El argentino le dijo que debía viajar a la Argentina, y que allí podría comercializar su invento y fabricarlo a escala y ganar mucho dinero. Y entonces le dio su tarjeta. Y en la tarjeta ponía solamente Agustín P. Justo. Presidente.

Federico les miraba uno a uno, encantado con la historia que les estaba contando.

—¿Presidente? ¿Presidente de qué? —preguntó por fin Liroz.

—¡Eso mismo le preguntó Ladislao José Biró! ¿Presidente de qué, si me hace el favor? Y Agustín Justo le dijo: «Pero, che, presidente. Presidente no más. Presidente de la Argentina».

—¿Era el presidente de Argentina? —preguntó Mateo.

—¡Sí! —dijo Federico—. Era el señor presidente de la República Argentina, y fue él en persona quien lo invitó a Biró. Y entonces Biró se marchó a la Argentina, y allá hizo una sociedad con su hermano y con otro socio, que se llamaba Juan Jorge Meynes, que fue el que le había ayudado a escapar de los nazis. Biró llegó a la

Argentina en 1940, y enseguida los tres socios fundaron la compañía Biró Meynes Biró y se pusieron a fabricar el nuevo invento en un garaje donde tenían cuarenta operarios. Y lo llamaron «birome», de los dos apellidos, Biró y Meynes. Ésa es la historia del invento de la birome, o del bolígrafo, como ustedes lo llaman. Y fue un invento que le dio mucho dinero al país. Hasta la muerte del ingeniero, se recaudaron treinta y seis millones de dólares gracias a la fabricación y venta de la birome.

Ahora era casi toda la clase la que rodeaba a Federico, todos escuchando asombrados la historia del encuentro de Ladislao José Biró con el presidente de Argentina y el invento del bolígrafo.

Pero Federico no era, en realidad, el primer argentino que conocía Mateo. Había conocido antes a otros dos, Jorge y Julio, en los que se pasaba ahora todo el día pensando. Claro está que Jorge y Julio no eran realmente personas de carne y hueso. Habían aparecido en el libro de Lengua y Literatura de Fernando Lázaro Carreter, y había sido precisamente su amigo Miguel quien le había señalado la presencia del primero de ellos, Jorge Luis Borges. Miguel no estaba ahora en su clase (con la llegada a BUP la vieja clase del Señor Moneo se había desbaratado por completo), pero se veían de vez en cuando a la salida de las clases, cada vez menos porque ahora Miguel tenía muchos amigos nuevos con los que *salía* y cada vez que se encontraba con Mateo lo único que hacía era contarle muy entusiasmado lo bien que se lo pasaba con sus otros amigos, las fiestas que hacían y las chicas que conocía, y Mateo se sentía suavemente frustrado, humillado, más solo que nunca. Miguel estaba cada vez más lejos de él, pero era lógico porque él no tenía nada que ofrecer más que su alma, su conversación y su soledad, mientras que los otros amigos de Miguel le ofrecían la noche, el amor, la risa y el sexo. Pero una de aquellas tardes, tardes nocturnas teñidas de la luz inversa de la noche, Miguel le preguntó si había leído un cuento que se llamaba «Las ruinas circulares» en el libro de Lengua, y le dijo que su autor era un escritor argentino que se llamaba Jorge Luis Borges, y que era lo más asombroso que él había leído en su vida. Mateo lo buscó enseguida y lo leyó, seguramente sospechando que un escritor meramente argentino no podía ser tan asombroso como Miguel decía y dudando del excesivo entusiasmo que su amigo ponía en todas las cosas, ya que a Miguel cada música nueva que oía le parecía la más hermosa que jamás había oído y cada nueva muchacha que conocía, la que tenía los ojos más bonitos que había visto en su vida, pero el cuento de Borges superó todas sus expectativas.

«Las ruinas circulares» está escrito en un estilo preciosista y sin embargo formidablemente preciso, sucede en un país remoto que puede ser la India y trata de un hombre cuyo trabajo consiste en soñar a otro hombre de forma tan minuciosa que al final ese otro hombre sea real. Miguel ya había ido a la Casa del Libro a buscar el volumen de cuentos al que pertenecía «Las ruinas circulares» y se lo mostró a Mateo:

un librito de Alianza Editorial y Emecé Argentina titulado *El Aleph*. Y Mateo también corrió a la Casa del Libro, o Espasa-Calpe, como él siempre llamaba a la librería, y se lo compró y se puso a leer los cuentos ávidamente, desilusionado con los cuentos más realistas, fascinado con los fantásticos.

El otro argentino era Julio Cortázar. En el libro de lectura venía un fragmento de uno de sus relatos, titulado «Casa tomada». El estilo era muy diferente del de Borges, pero tenía algo en común con él: la aparición de lo fantástico en medio de la realidad, la posibilidad (que hasta entonces Mateo sólo había entrevisto con dificultad, o en textos antiguos) de una literatura que fuera a la vez adulta y fantástica, de una definición de la literatura como territorio de la imaginación. Ya conocemos las ásperas opiniones de los padres de Mateo sobre la fantasía, la devoción de su padre por Blasco Ibáñez, Steinbeck o *El Jarama* de Sánchez Ferlosio y el desprecio que sentía su madre por los *trolls* escandinavos. Buscando en la Casa del Libro, Mateo encontró también en Alianza Editorial los tres volúmenes de los relatos completos de Cortázar. Y más tarde Miguel le habló de un poeta asombroso, Pablo Neruda, y le prestó su ejemplar de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* diciéndole que era el libro de poesía más hermoso que había leído jamás, y pidiéndole que empezara a leer la «Canción desesperada» que también aparecía en el libro de lectura de Lázaro Carreter, pero le dijo que mucho más hermoso aún era el libro de memorias de Neruda, *Confieso que he vivido*, y le dio a leer (él ya había comprado el libro) varios de los pasajes eróticos del libro, que estaba escrito con una fuerza y una poesía que llenaba la nariz de olores y las manos de sensaciones de arena y de corteza de árbol, y algo más tarde también Miguel (que a pesar de sus fiestas, su frivolidad y los innumerables nombres de mujer que ahora salpicaban su conversación, todas ellas dotadas de ojos preciosos, labios bellísimos o manos elegantísimas, seguía siendo un gran lector) le señaló la existencia de una novela muy extraña, traducida por el propio Jorge Luis Borges, que se llamaba *Orlando* y era obra de una escritora inglesa llamada Virginia Woolf.

Así, podríamos decir, comenzó todo, si no fuera porque las cosas, en realidad, comienzan y terminan muchas veces, y porque nuestras vidas están llenas de nacimientos y de muertes. *El Aleph*, los *Relatos completos* de Cortázar, *Confieso que he vivido* y *Orlando* señalarían para Mateo el comienzo de sus lecturas «adultas», aunque es posible que en la realidad no existiera una diferencia sustancial entre la forma en que leía estos libros y la forma en que había leído a Wells o a Kipling, a Dickens o a Daudet, y no digamos ya a Zane Grey o a Jack London, a los que siempre había admirado sobre todo por sus «descripciones» y por su «estilo». Pero Mateo era ahora diferente. La noche se adensaba a su alrededor, noche del advenimiento de un mundo nuevo, que estaba más allá de las clases de la tarde y comenzaba cuando terminaba el colegio. Todos los pintores saben, desde los

tenebristas del siglo xvii hasta los miniaturistas de Palekh, que al proporcionar un fondo negro a sus figuras, logran una intensidad especial en los colores. Era Mateo el que era diferente, no su forma de leer. Y también aquellos libros eran diferentes. Eran libros nuevos. Eran otro tipo de literatura. Pronto todos estarían leyendo a García Márquez, a Juan Rulfo, a Mario Vargas Llosa, a Alejo Carpentier, a Ernesto Sábato, y muchos de aquellos libros se convertirían en descubrimientos de importancia incalculable para Mateo. Era una literatura nueva cuya Biblia eran «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius» de Borges y *Rayuela* de Cortázar, la infinita sorpresa de *Cien años de soledad*, leer *Pedro Páramo* antes de haber leído una sola línea de Faulkner. Era una literatura nueva, descrita por Vargas Llosa en *Historia de un deicidio* (que siempre sería uno de los libros favoritos de Mateo, aunque lo sacó en la biblioteca Concha Espina y jamás llegaría a tenerlo en su biblioteca) como literatura de demiurgo, del que quiere usurpar el poder al Creador y convertirse él mismo en creador de su propio mundo, dotado de sus propias reglas y sus propios ciclos de langostas y de lluvias.

Porque entonces no eran sólo los argentinos los que le fascinaban, sino la llegada a España de la literatura hispanoamericana, que coincidió para ellos, que tenían entonces dieciséis años, con el descubrimiento de la literatura. En «Tlön», Borges sugería que nuestro mundo es una construcción artificial, el producto de una reunión de sabios y genios de la ciencia, las artes y las letras que han decidido inventar una realidad. Este cuento, que es el primero de *Ficciones*, la obra maestra de Borges, le fascinaba tanto que se pasaba horas y horas hablando de él, especialmente con Miguel a la salida de las clases, aunque Miguel, que era quien le había puesto en la pista de Borges, de Cortázar, de Neruda y de Virginia Woolf estaba más interesado por contarle lo que había pasado la noche anterior con Paloma, que era su novia, que en las elucubraciones metafísicas de Mateo. El hecho es que ahora Miguel tenía novia, una muchachita preciosa de grandes ojos, senos redondos y rostro de pájaro que era la hermana de uno de sus mejores amigos, con quien discutiría más tarde seguramente a causa de ella. Miguel se la presentó a Mateo una de esas tardes, paseando los tres por las calles del Viso en dirección a la Castellana y quedándose sentados en el parque descendente que hay frente al museo de Ciencias Naturales, y luego le hablaba de ella algunas veces en los paseos que ellos dos daban por las calles del barrio, a menudo sentados durante horas en el banco de la calle Juan de la Cierva que estaba frente al Instituto de Química Orgánica donde trabajaban los padres de Miguel. Porque Miguel ya se había acostado con varias chicas y una de aquellas noches también había comenzado a acostarse con Paloma, y sin embargo, le decía a Mateo, aunque había tenido otras amantes y aunque adoraba a las mujeres, nunca se había sentido especialmente atraído por Paloma. Era muy guapa, sin duda, y tenía un cuerpo precioso, pero nunca la había deseado, y se preguntaba si aquello era normal, si era posible estar enamorado de una mujer y no desearla. No era Mateo la persona

ideal para hacerle este tipo de preguntas, ya que su experiencia en temas de mujeres estaba próxima al cero absoluto, pero a pesar de todo Mateo le contestó con un ejemplo literario, y le dijo que sí, que era normal, y que Marcel Proust contaba algo similar en *Por el camino de Swan*. Claro está que por aquel entonces (y la cita de Proust sugiere que esta escena tiene lugar algo más tarde, ya que tendría que pasar todavía algún tiempo para que Mateo llegara hasta Combray), por aquel entonces Mateo no sabía que Marcel Proust era homosexual. Sin duda tampoco Miguel lo sabía, y por eso la explicación de Mateo le pareció satisfactoria.

Por todo eso, por su sensación de aislamiento, porque su mejor amigo tenía una vida social y sentimental completamente al margen de la suya y en la que Mateo no podía participar, Mateo decidió que tenía que hacerse amigo de Federico como fuera. Federico le atraía, claro está, y le parecía una persona enormemente interesante, pero en su deseo de hacerse amigo suyo había también un elemento de cálculo: porque Federico era un recién llegado a España y apenas conocía a nadie en Madrid y Mateo se sentía exactamente igual, un recién llegado a Madrid después de la larga, tortuosa y solitaria travesía de la adolescencia. En los temperamentos soñadores como el de Mateo, estos momentos de cálculo «frío» hacen el papel de lo que en otras personas son los momentos impulsivos o desesperados. Porque eran la desesperación y la ansiedad las que le obligaban a Mateo a ser calculador. Pensó, de pronto, que Federico acababa de llegar del otro extremo del mundo y que ésta era su oportunidad. Pensó, como suelen pensar los jóvenes, que era ahora o nunca.

Y unas semanas más tarde Federico le dijo que al Sábado siguiente iba a hacer una «pequeña reunión» en su casa, y que le encantaría que pudiera asistir. Mateo dijo que sí, por supuesto, con mucho gusto, y a partir de entonces comenzó a sentirse aterrorizado.



## Reunión

Llegó por fin el día tan temido y deseado de la «pequeña reunión» de Federico. Mateo llegó diez minutos antes de la hora, y cuando entró en la casa se sorprendió de encontrar allí a Liroz. Iba con su uniforme: vaqueros y camisa blanca con una cajetilla de Ducados en el bolsillo del pecho.

—Che, boludo, qué decís —le dijo Liroz con su horroroso acento argentino.

—Vos sos el boludo —le dijo Federico—. ¿Cómo estás, Mateo? Permíteme el abrigo, gracias.

Mateo le entregó el abrigo a su perfecto anfitrión y luego les siguió a ambos por un pasillo largo y oscuro con forma de L que conducía a un salón inmenso y despoblado. Los padres de Federico habían alquilado un piso enorme del barrio de Salamanca que ahora no sabían cómo llenar, porque apenas tenían muebles ni objetos de decoración. Era un piso algo desangelado y un poco oscuro, con pasillos que surgían de la nada y se hundían en el misterio, con zonas deshabitadas y cuartos de baño que no correspondían a nadie y en los que nadie entraba jamás. Aunque apenas había muebles y las paredes estaban casi todas vacías, los libros y las revistas se amontonaban por todas partes. En el salón, que era donde iba a desarrollarse la «pequeña reunión», había una estantería donde se guardaba la colección de discos de tangos del padre de Federico, una gran mesa de comedor con ocho sillas y, en el lado de la ventana, un sofá de rafia, un cofre de madera ahumada que parecía haber pertenecido a Flint el Pirata y hacía las veces de mesa de café y una gruesa alfombra de pelo blanco. En las paredes, un póster de un cabaré de París de 1910, una carta de García Lorca enmarcada que contenía además un dibujito de un marinero de labios turquíes y traje turquesa, seguramente el tesoro familiar, y un gran poncho de lana de dibujos geométricos clavado en la pared con chinchetas. Dios mío, ¡qué encanto tenía todo aquello! Era como si la familia acabara de salvarse de un naufragio en el que hubieran perdido casi todas sus pertenencias.

—¿Qué es lo que suena? —preguntó Mateo, escuchando una extraña música de instrumentos exóticos en los altavoces.

—Les Luthiers —contestó Federico—. ¿No conocés a Les Luthiers?

—*Semos los colectiveros, que cumplimos con nuestro debeeeeeer* —cantaban Les Luthiers. Pero Mateo no sabía quiénes eran los colectiveros, ni por qué hablaban así los colectiveros, con aquel tono ovejuno e inculto, ni qué problema tenían exactamente los colectiveros, ni por qué decían «semos» en vez de «somos». Y Federico le explicó que los colectiveros eran los conductores de colectivos de Buenos Aires (que era como debía llamarse eso que en España llamaban, quién sabe por qué, «autobuses»), y que eran todos *gallegos*, es decir, españoles, y por tanto bobos, maleducados e incultos.

Apareció la madre de Federico, una mujer de largos cabellos oscuros y rizados y gafas cuadradas de pasta vestida con un jersey morado y unos pantalones negros, suavemente voluptuosa, muy atractiva, muy simpática, descalza, con los pies enfundados en gruesos calcetines color azul marino, con un libro en la mano y un dedo metido entre las páginas para no perder el lugar por donde iba leyendo, y estuvo hablando un rato con ellos y luego desapareció diciendo con aquel acento lánguido y floral que a todos les enamoraba:

—Pásenla bien, chicos. Intenten no drogarse mucho.

Poco a poco fueron llegando los demás invitados a la pequeña reunión: Javier Mengíbar, un amigo de Liroz de los *boy scouts*, que también estaba en el Ramiro y tenía el rostro cubierto de un acné escarlata que no debía de causarle el menor complejo, porque era muy simpático e imitaba el acento argentino casi tan mal como Liroz; Rodrigo Brunori, un chico argentino muy alto y delgado que vestía como un tupamaro y tenía sombras moradas bajo los ojos, Vila y Arturo, De la Hoz y González Hermoso, todos un poco cortados.

—¿Dónde están las chicas? —preguntó Arturo, que se resistía a quitarse su gabardina de Jesús Hermida e incluso se había traído la pipa que encendía de vez en cuando con grandes dificultades. Quería ser reportero, y Jesús Hermida era su modelo en todo.

—Pero mirá que sos boludo, che —le dijo Liroz haciendo ese gesto italoargentino que consiste en juntar todas las yemas de los dedos señalando hacia arriba y mover ligeramente la mano de atrás hacia delante.

Arturo preguntó si la carta de Lorca era original, que por supuesto que lo era, y luego se interesó por la colección de tangos del padre de Federico, y Federico eligió uno de los discos de Gardel y puso «La percanta», que era, según les dijo, uno de sus tangos favoritos.

Un rato después llegó Graciela, la hermana de Federico, que era más pequeña que él y tenía una cara muy dulce, gafas de miope y la nariz grande de las personas buenas y desdichadas. Venía con cuatro amigas que eran como cuatro gatas, una gata rubia llamada Elisa, una gata morena llamada Gladys, una gata castaña llamada Georgina y una gata con botas llamada Sonia, que era la única española. Gladys tenía un sonoro apellido polaco y agradable rostro de pájaro, con ojos levemente hinchados y enrojecidos y una larga cabellera rizada. Georgina era alta, huesuda y desgarbada, y llevaba una camisa de botones color verde hoja y unos vaqueros blancos. Sonia era pequeña y sonriente y tenía tendencia a ruborizarse por cualquier cosa; llevaba un vestido de lana muy ceñido, medias negras y botas de tacón que sonaban clap clap cada vez que daba dos pasos. Elisa tenía una larga cabellera rubia y un rostro misterioso de felina, con amplios huesos de la mandíbula y ojos rasgados. Al parecer, sus padres estaban divorciados y ella acababa de llegar a Madrid para vivir con su

madre. Mateo nunca había conocido a nadie que tuviera unos padres divorciados.

Sirvieron Coca-Colas y boles con patatas fritas y panchitos. Hicieron una colecta para pagar los gastos de la fiesta, una costumbre que provocó algunas miradas cruzadas de sorpresa entre Liroz y Mateo, Mateo y De la Hoz. Las posibilidades de iluminación del salón no eran muchas: una lámpara en el centro del cielorraso. Como apenas había muebles aparte de las sillas de la mesa del comedor y el sofá, estaban casi todos sentados en la gruesa alfombra de pelo blanco, en torno del cofre que hacía las veces de mesa de café. Los argentinos eran los protagonistas absolutos de la noche. Estaban llenos de trucos, de juegos, de malabarismos verbales: hablaban al *vesre* a una velocidad de vértigo, decían *orto* en vez de culo, y *andate al carajo y boludo* y se reían de los gallegos, aunque allí eran todos gallegos, es decir, españoles, *semos los colectiveros que cumplimos con nuestro debeeeeeer*, cantaban Les Luthiers, pero había que entender que los gallegos de Buenos Aires eran todos estúpidos, torpes y avariciosos, igual que el Manolito de *Mafalda*, que era el gallego típico, siempre pensando en la *plata*, sin imaginación, sin encanto.

Jugaron a las películas, y a Mateo le tocó hacer *La guerra de las galaxias* y luego *Portero de noche* y lo hizo bastante bien considerando que le ardían las mejillas de la vergüenza que le daba. Luego hicieron un concurso de piernas, que consistía en exhibir las pantorrillas desnudas a través de una puerta que había sido cubierta hasta una distancia de medio metro del suelo con una manta, primero los chicos y luego las chicas, pasando con las piernas desnudas y mostrándolas por debajo de la manta, y Mateo se quedó hipnotizado al contemplar las pantorrillas más tiernas y hermosas que había visto nunca, pantorrillas ligeras como de pescadora del algún idilio marino, suavemente redondeadas, limpias como el mármol. Estaba en un estado de suave exaltación por la música exótica, por lo extraña y mágica que le resultaba la situación, por la alfombra de pelo blanco, por lo atractiva que le había parecido la madre de Federico, y sobre todo, por la combinación de violencia, rubor y exaltación que le había producido representar películas delante de todos y ahora exhibir las pantorrillas desnudas frente a las miradas de las cuatro gatas sinuosas, deliciosas, complicadas, amigas de Graciela. Resultaron ganadores Federico y Elisa, los dueños de las pantorrillas más hermosas en las categorías masculina y femenina. Sí, sin duda las pantorrillas de Elisa eran deliciosas.

Apareció el padre de Federico. Era el primer escritor de carne y hueso que Mateo veía en su vida, un hombre de poco más de cuarenta años, con barba, con una chaqueta de cuadros, con un rostro grande, descolorido y triste, con ojos de acabar de despertarse de la siesta a pesar de que venía de la calle, y nada hubiera deseado más en el mundo que hablar con él, y contempló con envidia cómo Liroz le saludaba con toda confianza, siempre con su horrible acento argentino:

—Che, Horacio, qué decís.

Y el padre de Federico le amagaba un pase de boxeo, y Mateo se preguntaba cómo podía tener Liroz tanta caradura y cómo podía soltar tontería tras tontería con tanto aplomo, y se preguntó también por qué les caía Liroz tan bien a todos, y cómo había logrado ganarse la confianza de toda la familia en tan poco tiempo. Porque era evidente que Liroz no sólo había venido ya varias veces a casa de Federico, sino que ya había llegado casi a hacerse un habitual.

Apagaron la luz principal y Graciela prendió una lámpara de pantalla en un extremo del salón que lo dejó casi todo hundido en una oscuridad de misterio y de miedo. Era la hora de los cocodrilos, la hora del fuego verde. Se marcharon los que tenían que estar en casa a las diez. Los distintos grupos se reunieron en un solo círculo en torno al cofre de los piratas y comenzaron a hablar de física cuántica, del misterio del tiempo y del espacio, de la materia oscura y del enigma de la identidad. Todos estaban leyendo *Rayuela* y *Juan Salvador Gaviota*. Todos estaban fascinados por las ficciones y las inquisiciones de Jorge Luis Borges. Se discutió si Borges era un fascista o no lo era. Surgió el tema del peronismo: al parecer, los padres de Federico eran de izquierdas y eran peronistas y no, los españoles no podían comprender lo que era el peronismo, y decir que Perón era un fascista era una barbaridad, era no entender la historia de la Argentina. Federico charlaba con Sonia, la amiga española de su hermana, que reía y se ponía roja al escuchar sus bromas. El estilo de seducir de Federico consistía en tratar a la mujer cuyas atenciones deseaba lograr con una caballerosidad untuosa y antigua que él exhibía con una mezcla de aplomo e ironía, de delicadeza y de juego. Mateo, que no sabía nada de las mujeres y no conocía en absoluto la gramática de la seducción, se maravillaba de que aquello funcionara. Atrevimiento y fantasía, imaginación y ternura, prestidigitación y buenas maneras, todo siempre al borde de la cursilería. No, era imposible que Sonia se tragara el anzuelo. Pero se lo tragaba encantada, se moría de risa, se ponía roja, tan roja que debía de tener el cuello y el pecho y los hombros rojos, aquellos rubores no eran normales. Elisa, la muchacha rubia que tenía rostro redondeado y felino, estaba sentada en el sofá mirando al vacío. Aprovechando la oportunidad, Mateo se levantó de la alfombra y se sentó a su lado en el amplio sofá de rafia.

—Qué decís —dijo ella. Tenía los cabellos muy largos y lacios, de rubio entremezclado de castaño. Finas hebras iridiscentes se le colaban entre los labios.

—Soy feliz —dijo Mateo, en uno de esos impulsos de exhuberancia de las personas tímidas.

—Ah.

—Y tú ¿no eres feliz? —dijo Mateo.

—No sé, che, nunca me puse a pensar si soy feliz o no. Y vos —añadió ella, mirándole con curiosidad—, ¿cómo es que sos feliz? El mundo es horrendo, no sabías, no se puede ser así feliz sin más.

—Sí, conozco esa teoría —dijo Mateo—. Pero nunca la he creído.

—¿No crees que el mundo sea un lugar horrendo? —preguntó ella—. Pero bueno, de dónde salís vos. El ser humano es una bestia que sólo se mueve para saciar sus instintos. ¿Es que no leíste a Sigmund?

—Míranos a nosotros. También se puede estar tranquilamente en un sofá charlando —dijo Mateo, que no había pasado de la página 41 de *La interpretación de los sueños*.

—Pero en realidad lo único que deseamos es saciar nuestros instintos —dijo ella—. Yo, por ejemplo, tengo que ir al ñoba, disculpame.

Se levantó del sofá y desapareció elásticamente en la semipenumbra. Mateo admiró sus caderas, la forma en que un muslo se aplastaba contra otro cuando caminaba. Al lado de Mateo apareció el rostro sonriente de Liroz, como un gato.

—¿Qué es el ñoba? —le preguntó Mateo.

—Ni puta idea —le contestó Liroz muy alegre.

Elisa regresó al cabo de unos instantes.

—Y vos ¿qué hacés? ¿Estás en la clase de Federico?

—Sí. ¿Y tú?

—De paseo.

—¿De paseo?

—Acabo de llegar a Madrid. Y todavía no vi nada, viste, sólo la casa de Graciela y la casa de Gladys, y la heladería Foremost... ¿Hay algo que ver en esta ciudad que no sean casas de amigas y heladerías gringas?

Alguien puso un disco de los Bee Gees. «How deep is your love», de la banda sonora de *Fiebre del sábado noche*. Hubo protestas de los intelectuales y silbidos y gritos de entusiasmo de los que querían bailar y saciar sus instintos. «How deep is your love, how deep is your love, I really need to know.» Federico y Sonia ya estaban bailando, y Liroz intentaba convencer a Graciela de que saliera también, tirando de ella que decía no, no, con la cabeza. ¡Justo cuando parecía que comenzaba a morir, la reunión de pronto se dirigía a su apogeo! Pero los Bee Gees no duraron mucho. Era música de consumo, cursi y melosa, que parecía insinuar que todo estaba bien en el mundo y que la vida no era más que un gran guateque de luces de colores que giran sin cesar. Sin dejar siquiera que terminara *How deep is your love*, alguien levantó el brazo del tocadiscos produciendo un chirrido desagradable en los altavoces y unos instantes después comenzó a sonar un disco de Quilapayún, la *Cantata de Santa María de Iquique*, flautas populares y el bombo, bum, bum, bum. Y luego Víctor Jara: *Puerto Montt, oh puerto Montt*. Y luego Mercedes Sosa. Y luego Los Calchakis. Qué desgracia.

—Si vivieras en la Argentina no pensarías en la felicidad —le dijo Elisa mordisqueándose sus largos cabellos rubios, que entraban y salían de sus labios

rugosos y pálidos—. Y no pensarías que el ser humano puede tener un gramo siquiera de bondad en su interior. ¿Vos sabés lo que hacen en Buenos Aires, en la Escuela de Mandos de la Armada? ¿Lo sabés?

—Algo sé —dijo Mateo sintiendo, quién sabe por qué, un escalofrío.

—Allí torturan a los bebés, ¿sabías? —dijo ella, con un gesto frío en sus bellos y pequeños ojos de gato—. A los lactantes les dan electricidad delante de sus padres. Torturan a los chicos, a chicos de ocho o diez años, y antes pasa el doctor a verles y les dice: «No comás, m'hijito, que te van a dar tortura...». Viste, y son médicos con su bata blanca y su juramento de Hipócrates. Eso está pasando ahora, ahora mismo, en algún lugar oscuro y horrible...

Aquella primera conversación debería haberle alertado a Mateo de que había en Elisa algo helado y mortal, una amargura tan larga y tan profunda como el país del que venía, hundido progresivamente como un carámbano o como una espada de polvo y hielo en regiones de frío, de viento y de silencio. Y quizá lo presintió ya aquella noche, aunque la conversación enseguida abandonó aquel territorio tan espeluznante y acabaron los dos charlando de *Rayuela* y del capítulo de los piolines, tan misterioso, y de cómo la lectura del libro de Cortázar había modificado su visión de París, aunque ella conocía París mucho mejor que él porque su padre vivía allí, en una buhardilla de Montmartre llena de libros, ceniceros llenos de colillas y *minas* que andaban en *bombachas*, le explicó con desenvoltura y aparente indiferencia, y entonces la conversación de pronto era fascinante, intoxicante, y hablaron de «Axolotol», que era uno de los cuentos más misteriosos, y de «La isla al mediodía», y de la fascinación de los viajes, y de Londres, que ella no conocía, y luego ella dijo «bueno, chau» y se marchó con Gladys y con Georgina, las tres gatas, y Mateo se quedó solo en el sofá, hundido en una confusa sensación de plenitud, de ansiedad, de misterio, de amor.

¿Y los otros? Federico y Sonia se besaban pensativamente en la boca sentados en un rincón, y Liroz y Javier Mengíbar charlaban con Graciela sentados sobre la alfombra blanca y acodados en el cofre. Su mirada se cruzó con la de Liroz, y él le guiñó un ojo.

## Elisa

No fue su primer amor, aunque deseó matarse por ella, aunque deseó matarla, aunque sufrió por ella más de lo que sufriría por ninguna mujer; lo que sentía por ella no era amor, era deseo, deseo y miedo. Era un intenso deseo físico, un deseo enfermizo porque era desigual, porque ella era una mujer y él era todavía un niño. Era deseo, el deseo de sus labios, el deseo de su cuello, de su piel, de sus senos, de su sudor, de sus ingles, un deseo que le hacía contemplarla con una lujuria animal y como desprendida de sí, impersonal, una lujuria limpia, blanca, inconcebiblemente pura. Cuando la veía frente a él recogiendo su lacia, incontenible masa de cabellos dorados de modo que sus pequeños senos se marcaban en su camisa, pequeños senos adolescentes en su rotundo cuerpo de mujer de brazos redondos y sólidas caderas, cuando la veía así frente a él, en una de esas poses casuales de las mujeres que nunca son casuales y que responden, es de suponer, a atávicos mecanismos de seducción, se sentía como atravesado por un fuego blanco, una sensualidad que nada tenía de perversidad ni de fantasía y que era puro fuego, rayo visual, estremecimiento ante la evidencia muscular, linfática, kinética, de su presencia física. Le fascinaban sus ojos negros, ojos de felina llenos de una inteligencia férrea e implacable, pero sobre todo le gustaba su olor, el olor de su carne. Le gustaba olerla cuando corrían para no perder un autobús, cuando paseaban mucho rato al sol y estaban todos sudando. Hubiera deseado poseer la franqueza de los animales para olerla entre las piernas, aunque estaba convencido de que ya conocía ese olor perfectamente, porque era el olor de aquellas tardes de primavera, el olor a madreSelva de las calles de la colina de los Chopos por las que tanto paseaban a la salida del Ramiro de Maeztu, el olor de las acacias y del «pan y queso» del Viso y el olor inmemorial de las celindas y de las glicinas ñudosas que se enredaban en las verjas de hierro de los palacios de la Castellana, el olor acre y dulce de sudor, de glándula, de atardecer, de juventud, de cansancio, de jazz, de mate, de metro, el olor sexual del metro que Mateo respiraba con delicia a través de las rejillas de las aceras y que siempre, desde su infancia, le había resultado un olor delicioso, ante el escándalo de sus padres y de sus amigos, a los que decía, ya con ganas de provocar, ¿no os parece que este olor del aire del metro es delicioso? Sí, sabía que así era como olía entre sus piernas. Y deseaba su carne, deseaba su piel pálida y límpida, casi láctea en su pureza imposible, hubiera deseado recorrerla desde el nácar de las uñas de sus pies a las raíces de sus cabellos, deseaba su carne, estaba enamorado de su carne de humo, su carne sutil y firme, su carne de sustancia no animal, no vegetal, no mineral, no floral, no espiritual, su carne de sustancia de hongo y nube, humo y brama, su carne de humo, de leche, de tabaco, de nube.

Cuando iban en grupo a la piscina, a la piscina Estela, por ejemplo, situada en un

alto al otro lado de la M-30, a Mateo le ponía enfermo la contemplación de sus piernas pálidas y sólidas, aquellas pantorrillas que tanto había admirado cuando era lo único que veía de ella, la noche que la conoció, y también el triángulo henchido de su monte de Venus bajo la pieza inferior de su bikini color verde hoja y los rizos castaños que se escapaban por sus ingles y los vaporosos hilos de vello que trepaban por su vientre en dirección al ombligo, como una impúdica hilera de hormigas rubias que avanzaran en zigzag en dirección a un ojo inexpresivo, ya que nadie se afeitaba el pubis en los años setenta, y nadie consideraba extraño ni desagradable ni vergonzoso que el vello púbico asomara tras el elástico de un traje de baño, del mismo modo que las hojas caídas en las aceras durante el otoño no se consideraban basura, sino una hermosa expresión de la vida de los árboles. La deseaba con locura, pero no fue su primer amor.

Pero ¿se puede desear tanto sin que el deseo se convierta en amor? ¿No es «amor», precisamente, la palabra que otros usarían para explicar tanto deseo? ¿No es este deseo enfermizo y obsesivo la señal indudable del amor? Pero decir que aquello no era amor no quiere decir que fuera poca cosa, porque el amor no es el único Gran Misterio del universo. La carne también es un misterio. Mateo había estado enamorado antes muchas veces, pero jamás había deseado verdaderamente a ninguna mujer. No, no era amor, era deseo. Deseo y miedo, porque la temía, y porque siempre que hablaba con ella buscaba congraciarse.

Salían por las tardes, se reunían en casa de Federico, o en casa de Gladys, que vivía cerca de la glorieta de Conde de Casal. El colegio adonde iban ella y Florencia y más tarde también Elisa estaba en lo alto de la cuesta y muchas veces iban los tres hasta allí a recogerlas (los cuatro, si venía también Javier Mengíbar) y bajaban luego todos juntos caminando por las amplias aceras de Doctor Esquerdo, hablando de los cronopios y los famas o de Richard Bach o de lo que significaba ser peronista. Gladys tenía nada menos que seis hermanas, y todas eran idénticas, con diferentes estaturas, con diferentes edades, pero idénticas y con el mismo perfil de pájaro. Le fascinaba ir a su casa, un piso grande como un palacio y lleno de habitaciones en cada una de las cuales vivía una de las hermanas como si fueran las princesas de un cuento. ¡Ah, aquellas reuniones argentinas donde de pronto se ponían a recaudar dinero para ir a comprar bebidas! A los españoles, aquello de pedirles dinero a los invitados les parecía muy chocante, pero en realidad resultaba muy práctico. Iban al cine: fueron a ver *El último tango* en el cine Narváez, que a Mateo le pareció la mejor película de la historia, la película donde se expresaba a la perfección la condición contemporánea y la desolación absoluta de la vida, y luego se quedaron charlando en la plaza de Felipe II, frente al Palacio de los Deportes. Y Mateo no se sentía feliz, sino ferozmente desdichado, y sentía que su vida estaba poseída y devorada por un fuego verde.

Salían por las tardes, y Mateo siempre se las arreglaba para caminar al lado de



Elisa, y hablaban de libros, de poesía, de cine, de Nietzsche, a quien ella adoraba, de Cioran, cuyos libros Mateo se apresuraba a buscar y devoraba con frenesí enfermizo de pesimismo y maldiciones, de Georges Bataille y su *Historia del ojo*. Iban a museos, a parques, a librerías, a bares, a sidrerías, a cafés, iban al cine a ver películas de Alain Tanner y de Pasolini, y era la primera vez en su vida que Mateo formaba parte de una pandilla, aunque no era feliz como había supuesto, sino horriblemente desdichado. Iban al cinestudio Griffith, que estaba en la sala San Pol, al otro lado del río Manzanares, y allí veían películas de Pasolini, de Godard, de Fellini, de Alain Tanner, de Fassbinder. A veces iban al Retiro y montaban en las barcas, una barca de chicos y una de chicas, y unían las barcas en el centro del estanque y hacían bromas y miraban las nubes y se sentían muy lejos de todo, como si estuvieran en el centro de un inmenso lago en mitad de la selva. Mateo comenzó a escribir un extenso poema que se titulaba *Elisa* y cuyos primeros versos decían así:

## Pozo

Las palabras, el poder de las palabras. Eunuco, lampiño, pibe, niño, feliz, obeso, suave, dulce, feliz, lampiño, eunuco. Las palabras justas, las palabras exactas, las palabras tan temidas. Las palabras de la justicia, una justicia que no era ciertamente hermosa ni benévola, pero que decían lo que él, en el fondo, siempre había sabido: que era un fracasado, que era un ser maldito y diferente de los demás, una aberración extraña, un error de la naturaleza.

Se hundió en la desesperación. La vida se le hacía tan insoportable, y su sensación de fracaso era tan aguda que no tenía ni un solo instante de paz. El suicidio, de cualquier modo, era un pensamiento popular en aquellos años. Se pasaban el tiempo leyendo a existencialistas franceses, rumanos, checos o argentinos: leían a Camus, a Cortázar, leían a Cioran, a Kafka, veían películas de Bertolucci, de Bergman, de Visconti, leían al vizconde de Lautréamont, a Rimbaud, a los surrealistas. Matarse era un acto hermoso, un acto desafiante y romántico. Borges insinuaba (según él, John Donne lo insinuaba) que Cristo había sido un suicida.

Sensación de pozo: sensación de vacío, de inexistencia. La raíz budista de la realidad.

Pensó que la forma más fácil de suicidarse era subir a un lugar muy elevado, acercarse al borde y, simplemente, dejarse caer. Había oído decir que en estos casos no era el impacto con el suelo lo que produce la muerte, sino que uno muere en el aire de un ataque de corazón. El pensamiento de morir en el aire, por alguna razón, le repelía y le agradaba al mismo tiempo. Se imaginaba cayendo desde lo alto de la Torre de Madrid, por ejemplo, y contemplando justo en el momento de lanzarse en brazos de los aires ese vasto paisaje que incluye la plaza de España con su obelisco color arena, las arboledas velazqueñas del campo del Moro descendiendo hacia poniente, la mole de azúcar cande del Palacio Real, la Gran Vía ascendiendo entre los carteles gigantes de los cines, la calle de la Princesa, las verjas de oro y los chopos de plata del palacio de Liria, la terraza del hotel del edificio España, con su piscina color turquesa y sus turistas americanos bebiendo cócteles de nombres encantadores y señalándole con gesto de horror.

El lugar clásico de los suicidios de Madrid es el viaducto, un elevado puente de tráfico compuesto por una serie de arcos de hormigón suspendidos por encima de la calle Segovia, la fantasía del puente que flota por encima de las nubes y una de las entradas más espectaculares a la ciudad vieja de Madrid. Un día se fue allí para ver cómo era exactamente el lugar y calcular cuáles eran las probabilidades de éxito de un posible suicida. Sentía tanto dolor que tenía la sensibilidad como embotada. Todo le causaba dolor: respirar, mirar, abrir una puerta, sacar un billete de metro, subir una escalera, todo se le hacía insoportable, todo le confirmaba que la existencia era

horrible y que él era un ser maldito y que su vida era un infierno. Llegó al viaducto un precioso día de sol, como lo son, al fin y al cabo, la mayoría de los días en Madrid. Fue caminando por el lado de poniente, que era el que se elevaba a más altura sobre el tráfico, y enseguida comprobó que jamás podría suicidarse arrojándose desde el viaducto porque las autoridades habían colocado una red unos metros por debajo.

Intentó, entonces, subir a algunos de los edificios más altos de Madrid, comenzando con la Torre de Madrid de la plaza de España, que era el lugar que siempre veía en sus fantasías suicidas. Tampoco resultó tan sencillo como había imaginado. O bien el acceso al piso superior estaba vedado por ascensores que no subían hasta allí o escaleras que terminaban antes de llegar allí o puertas que parecían conducir allí pero estaban cerradas con llave o incluso con una gruesa cadena, o bien, una vez allí arriba, era imposible acercarse al borde de la terraza, protegido con rejas, alambradas o paredes de plástico o de cristal, o bien al asomarse al borde uno se daba cuenta de que tres o cuatro metros más abajo había una terraza, un toldo, una piscina, un saliente o, simplemente, una red, colocada allí en previsión de los pequeños Mateos desesperados que deseaban, fuera como fuera, abandonar el planeta.

Hubo un día en que le pareció llegar al último abismo del dolor. Jamás habría podido llegar a este lugar ni darle forma de no haber sido por las lecturas de Cortázar y por los viajes metafísicos de Horacio Oliveira. Fue Oliveira quien le permitió llegar a este lugar que él llamaría más tarde «el país continuado» o «el país de lo profundo», que era, como él supo bien, no una idea ni un mero pensamiento, sino un verdadero lugar del interior. Fueron los relatos de Cortázar y el prólogo de Nicolás Bratosevich de la antología de Edhasa los que le mostraron el camino, el camino que conducía a la libertad. Iba caminando por la calle, como casi siempre (la mayor parte de las cosas que le sucedían a Mateo en esa época le sorprendían caminando por la calle), y de pronto sintió que se hundía y se hundía en una especie de pozo. El pozo no estaba físicamente allí, sino en su interior. Se hundía más y más en una sensación de dolor y de angustia tan espantosa que le dejaba sin respiración. El dolor se hacía físico, como un hundimiento en un lodo oscuro y maloliente. Iba caminando por la plaza de la República Argentina, cerca del Ramiro, y le parecía que vivía en hueco, es decir, que todo lo que veía a su alrededor, los negros cristales inclinados de Mayte, los abedules intensamente blancos, no eran más que el reverso espantoso de un vacío universal, y que por debajo de todas las cosas no había más que un horrible viento frío y anónimo, que detrás de aquellas ventanas no había nadie, que detrás de aquellos rostros de los transeúntes no había nadie, que dentro de él mismo no había nadie más que una angustiosa sensación de hueco y de ausencia. Se hundía más y más en el pozo, se sentía descender por el pozo verdoso y oscuro, y de pronto sentía que había llegado al fondo del pozo, que ya no se podía sentir más dolor, más asco, más angustia, más miedo. Sentía que aquella disolución absoluta de toda presencia, de todo consuelo y

de todo sentido eran el horror de la vida en estado puro, la realidad, la verdadera apariencia del mundo.

Algo cedió en él, como poseído por esta abrumadora sensación de dolor, y se dejó limpiamente caer hasta el fondo más oscuro del fondo más oscuro. Y cayó y cayó y se dejó hundir sin vértigo en la noche más profunda del dolor más infinito, y comenzó a sentir el inicio de la fascinación, la pregunta de qué sucedería cuando llegara al fondo de aquel pozo que se adentraba en la negrura más espantosa del dolor absoluto y del vacío absoluto y del sinsentido absoluto. Y entonces descubrió que aquel pozo por el que caía no tenía fondo. Había llegado al fondo del pozo, y de pronto sentía algo así como una extraña libertad, como si corriera por aquellas profundidades una brisa fresca. Estaba en un lugar distinto, un lugar jamás visitado antes. Era un lugar grande y abierto por el que se podía caminar. De pronto el pozo había desaparecido, y Mateo encontraba que había llegado a un lugar amplio y espacioso, un lugar luminoso y comunicable. No era sólo suyo aquel lugar, era un lugar compartido, una especie de espacio de comunicación al que iban a dar todos los pozos oscuros de todos los desdichados que se caen alguna vez en un pozo, y que descienden por él paso tras paso, oscuridad tras oscuridad, hasta llegar a lo más espantoso del dolor. Una vez allí, el dolor desaparecía porque uno ya no estaba en el propio yo, sino en un lugar mucho más grande que el yo, un lugar compartido, un lugar común. Una vez allí, todas las aventuras eran posibles, todos los estados interiores eran posibles. Uno podía entrar y salir de un yo o de otro, de un estado o de otro. Uno podía lanzarse a aventuras inconcebibles. Había allí caminos, había ríos, había barcos. Allí la vida se hacía de otra manera, y no terminaba en ninguna dirección. Allí no estaban Elisa y sus horribles palabras. Allí Elisa estaba metida en su propio pozo de dolor, atrapada en su propia convolución de asombro y de odio y de amor y de miedo. Allí podía mirarla desde lejos, y ya no deseaba morir. Allí podía mirarse a sí mismo de lejos.

Este lugar era una nueva tierra. Era la tierra que está al fondo del pozo. Mateo siempre supo que se hallaba en su interior, en algún lugar del interior de su cerebro. Siempre supo que aquel lugar era real. Siempre supo que el que llega a un lugar del interior, sea cual sea, aprende una senda que ya jamás olvida, y que más tarde podrá volver a encontrar aunque quede cubierta por toneladas de hojas secas o metros y metros de nieve. Era la Nueva Tierra, el País de Abajo, lo que está más allá del yo personal. Esto fue lo que le enseñó el dolor absoluto y la horrible sensación de hueco, de vaciamiento, de emaciación absoluta de la sustancia de vida y de amor del mundo que traen la depresión y el intenso deseo de muerte: que más allá de los fluctuantes colores cambiantes del yo hay una tierra limpia por la que se puede caminar. Que más allá o más abajo, mucho más abajo del pozo del yo, comienza la tierra ilimitada de la conciencia.

## Literacura

Horacio Oliveira caminaba por las calles de París, y de pronto se sentía flotando como por encima de sí y viéndose a sí mismo desde fuera. Éste era el «punto de vista» que buscaba Cortázar, el impulso del novelista, que desea salir de sus ojos y entrar en el mundo de otros ojos para ver el mundo de otra manera. Era el impulso de salir del yo no para dejar de ser yo, sino para explorar todas las posibilidades de la conciencia. Porque la conciencia, intuía Mateo vagamente, era más grande que el yo individual.

*Rayuela* era en esa época su libro favorito, su vademécum, su Biblia. Allí, dentro de sus páginas apretadas, estaba todo, todos los misterios y todas las respuestas a los misterios. Cortázar hablaba del «otro mundo», ese «otro lado» de la realidad que tanto obsesionaba a Mateo, hablaba de «la nostalgia del reino» (que era, aunque él no lo sabía entonces, una cita de Rubén Darío: «La nostalgia del reino que estaba para mí»). «Ese mundo existe en éste, pero como el agua existe en el oxígeno y el hidrógeno, o como en las páginas 78, 457, 3, 271, 688, 75 y 456 del Diccionario de la Academia Española está lo necesario para escribir un cierto endecasílabo de Garcilaso. Digamos que este mundo es una figura, hay que leerla. Por leerla entendamos generarla», decía Morelli en los «Capítulos prescindibles» de *Rayuela*.

El concepto de «figura» le volvía loco, y transformaba sus paseos por la Zona, yendo desde el Ramiro a su casa y desde su casa al Ramiro, en verdaderas fiestas de la percepción. La idea de que el mundo es una figura que hay que leer, un rompecabezas que hay que ordenar, le parecía el principio de todo, la clave de todo.

Una de las citas que se amontonaban en los «Capítulos prescindibles» de *Rayuela*, extraída de *Le matin des magiciens*, de Pawels y Bergier, decía: «Quizá haya un lugar en el hombre desde donde pueda percibirse la realidad entera». Para Mateo, aquello no tenía tanto que ver con la «magia» (fuera la «magia» lo que fuera) como con la literatura. Porque ¿no era el deseo del novelista alcanzar ese lugar del hombre desde el que puede percibirse la realidad entera? ¿No era ese lugar interior (si es que era, verdaderamente, «interior») el Punto de Vista sagrado que permitiría por fin VER el mundo, y a los otros, y a sí mismo? No lo sabía, pero aquél era el principio de la búsqueda sagrada. Porque aún no sabía que todas las búsquedas son la misma búsqueda: la búsqueda de la realidad.

En el prólogo de Nicolás Bratosevich a la antología de Cortázar de Edhasa, leyó estas palabras, a propósito del tema del «doble» en los relatos: «Quizá cada uno no sea sólo cada uno sino la faceta de un poliedro que lo incluye, y cuyas otras caras lo reclaman y tiran de él...». Y más abajo, comentando «Las babas del diablo», que era el cuento de Cortázar que más le gustaba, decía Bratosevich: «El que narra sería el Tiempo. Y si él es el que narra, todos los demás pierden su solidez de existencias

autónomas para convertirse en manifestaciones de la Energía Cósmica del Tiempo, que sería así el “verdadero” único existente (...) El Tiempo, único absoluto del cual “yo”, la mujer rubia y la cámara que me desdobra seríamos algo así como su circunstancia, meros “comportamientos” de una figura suprema...». Esta idea, la de que el narrador de «Las babas del diablo» fuera en realidad el Tiempo, le fascinó durante una larga temporada porque estaba, como todos los jóvenes, profundamente fascinado con el enigma del Tiempo (aunque las disquisiciones de Bergson nunca le interesaron en exceso), pero pronto se dio cuenta de que aquello no tenía sentido, que el tiempo era una dimensión o una categoría apriorística de nuestro entendimiento y no podía, por tanto tener voz ni narrar nada. No, no era el tiempo, escrito con mayúscula o con minúscula, el narrador, pero no lo era tampoco el «narrador omnisciente» convencional. Era, simplemente, un nivel de la conciencia que no se corresponde con el yo personal (pero ¿acaso no es eso mismo el famoso «narrador omnisciente»?). Sus confusas y apasionadas lecturas de Hegel le hicieron suponer que este punto de vista correspondía al Espíritu, y que era el Espíritu quien vivía las cosas y en cuya vasta conciencia nosotros participábamos de forma fraccionada y vicaria, porque somos partes de una figura más vasta, simples facetas bidimensionales de un gran cristal polidimensional que flota exento en mitad de un océano de luz incandescente.

La idea de «figura» venía de la hermenéutica antigua, aunque entonces Mateo no lo sabía, porque entonces él no sabía nada, sólo intuía, sólo sufría. Adán es una figura de Cristo, explicaban los antiguos escoliastas —que, siguiendo esa misma línea de pensamiento, deberían haber entendido enseguida que Cristo no era más que una figura de la Conciencia. La idea de que el «yo», lo que yo soy, lo que conozco de mí, no es más que una parte de un poliedro más grande, le conducía a visiones y exaltaciones. Lo que sabemos de nosotros es sólo una parte de un dibujo desconocido, se decía.

La Zona, las calles que iban desde el Ramiro hasta María de Molina y desde Joaquín Costa a la plaza de la República Argentina, se iluminaba con visiones poliédricas de mundos alternativos y Mateos alternativos.

Buscando la curación de su alma herida, Mateo se puso a escribir una novela. Jamás había pensado que la literatura pudiera servir a nadie para curarse, pero se vio arrastrado por la fuerza de los hechos. Tenía a Elisa y sus maldiciones clavadas en el corazón como astillas de hielo, y la única manera que veía para arrancárselas era contarlas, transformarlas en una narración que cuando creciera lo suficiente acabaría por apartarse de él con el propio impulso de su vuelo, llevándose consigo los estigmas y las huellas de los vergajos. Enseguida le vino a la cabeza un título cuyo sentido no acababa de comprender, *Ciro, la ilusionista*, y supo que *Ciro*, la misteriosa y ambigua muchacha que era Maestra de Ilusiones en el Circo Senatorial de Umbe,

era Elisa, pero también Asile, su doble desconocida (era, de nuevo, hablar al *vesre*), cuya presencia benéfica sentía por algún lugar de los antípodas, caminando bajo los árboles antípodas o quizá bajo los antiárboles de Antiterra, en el mundo análogo. Se puso a escribir con una furia desconocida, intentando reproducir el ritmo y el encanto del lenguaje de *Rayuela*, y abandonándose al ondear de la prosa y de la desdicha. Ya había empezado varias novelas antes, especialmente aquella llena de la luz de la lluvia de Madrid y que trataba de un grupo de amigos que deciden irse a vivir juntos para escribir una ópera, que muchos años más tarde regresaría a buscar a la casa de sus padres, pero esta novela sería diferente. *Ciro, la ilusionista* sería una historia de amor y de celos llena de pasión existencialista, de intuiciones mágicas del «otro lado» y de disquisiciones filosóficas sobre la vida, el amor, la soledad, el misterio de la identidad personal y la trama de la realidad. El estilo estaría calcado de *Rayuela*, y se desarrollaría por medio de largas, larguísimas frases sin apenas comas y con muy pocas conjunciones. Y a veces habría comas donde uno esperaría un punto, creando casi (*casi*, en ese límite de delicado vértigo en que se mueve siempre un maestro del estilo, al borde del solecismo, al borde de la cursilería, al borde de la tosquedad) la sensación de que el autor no sabía usar los signos de puntuación, y en otras ocasiones (pocas), un punto donde lógicamente debería haber una coma. Escribía soltando trozos de su alma, trozos sanguinolentos y oscuros, no escribía para crear, sino para vaciarse. No deseaba construir una cabaña, una resistencia, sino deshacerse en un chorro de poesía. Y escribía en todas partes: en su casa, en la mesa de trabajo que le había hecho su padre en su cuarto; en la mesa del comedor, por la noche, cuando todos estaban acostados; escribía entre clase y clase, escribía durante los recreos, recostado en el pretil de ladrillo del barranco de los lirios, e incluso a veces escribía durante las clases, fingiendo que tomaba apuntes. Y poco a poco, la savia de la curación comenzó a correr por sus venas. Se hacían uno, el árbol del libro y el arco de su cuerpo. Los vasos comunicantes establecían la rendición del horizonte, Elisa, la mordedora de cabellos, palidecía y *Ciro*, la bellísima *Ciro* de los brazos blancos, adquiría colores y forma y realidad.

Ya que, al igual que en *Rayuela*, en su novela había dos «lados». Uno sucedía en Madrid. El otro, en una realidad maravillosa y violenta, recorrida por fuerzas telúricas y con un viento soñador enredándose en los robles. Había una gran casa en el otro lado, y una ladera llena de manzanos, y una profunda entrada del mar salpicada de pequeñas islas cubiertas de árboles, en un enredado de canales de intenso paramor turquesa... Ésta era la Casa del Viento, o la Casa del Verano, la casa de los que vivían al otro lado. Durante sus paseos por la Zona, que seguía cruzando diariamente cuando iba y volvía del Ramiro, se acostumbró a identificar esta casa con una de las mansiones, y ahora cada vez que pasaba por debajo de las altas paredes del jardín imaginaba en el interior a una gran familia latinoamericana, una pileta donde se

refrescaba un manatí blanquecino, un gran árbol del pan y una anciana viejísima a la que llamaban «la niña», que se balanceaba en una mecedora colocada bajo la sombra de un ombú gigante, cuyas raíces hidrófilas destruían las losetas del patio.

Había dos personajes en aquel «otro lado», en la Casa del Viento, que era una casa de algún lugar de Hispanoamérica, un lugar cruzado de ciclones y de majestuosas lluvias y graves flores y animales moteados, pero también una casa de la Zona en la que vivía otra familia, su otra familia, su familia del otro lado: eran Zoé y Silú, una especie de pareja primordial que eran también los dueños de la gran casa. Las ilusiones de Ciro, la ilusionista, se revelaban huecas y mera apariencia frente a la realidad de este otro lado floral y maravilloso. Las ilusiones de Ciro eran una mera apariencia de opiniones, de impresiones, de palabras, frente a la cual el triste amante de Ciro, el protagonista de la novela, se preguntaba quién era el que vivía realmente la vida, ya que no somos nosotros, que no vivimos, que no estamos, que somos meras figuras del Circo Senatorial de Umbe, un circo que se celebra por decreto y cuyos números consecutivos, organizados por el Senado del imaginario país, constituyen la realidad entera de la vida. Quizá la pregunta de quién es el que vive la vida provenía de «Las babas del diablo» y su misterioso narrador, que parece asegurarnos la existencia de una conciencia que no es la de ninguno de los personajes que intervienen en la historia (que están, de hecho, todos vacíos y funcionan como las piezas de un mecanismo, cada uno cumpliendo una función dentro de un designio más grande, un designio horrible y sombrío), o quizá del poema de Rilke del *Libro de horas* que encabezaba el libro, y donde el poeta afirma que aunque cada uno de nosotros huye de sí mismo como de la oscura prisión en que está preso, a pesar de todo, un milagro se cumple en el universo: «Toda vida es vida». Pero ¿quién es el que vive esa vida que lo llena todo, que florece por todas partes? ¿Son las cosas? ¿Es la música? ¿Son los animales? Ya que ciertamente no somos nosotros. ¿Es posible que sean los propios caminos por los que pasamos los que vivan la vida más que nosotros mismos!



## El abuelo del mar

Ese año ya no estaban en el edificio principal del instituto Ramiro de Maeztu, sino en el pabellón Hispano Marroquí, el edificio más alejado de todos los que componían el Ramiro y que tiempo atrás había formado parte de la mítica Residencia de Estudiantes de la que tanto hablaban Neruda y Alberti en sus memorias y en la que habían vivido los poetas de la generación del 27, Lorca y Altolaguirre, Alberti y Salinas, Ortega y Gasset y Juan Ramón Jiménez, Dalí y Buñuel. Era un edificio alargado, con una galería acristalada en la parte de abajo y otra galería acristalada volada en la parte de arriba, con un bello labrado en la madera de zapatas y aleros. El conjunto se completaba con unos torreones de ladrillo a ambos extremos que le habían valido al edificio, tiempo atrás y cuando formaba parte de la Residencia, el sobrenombre de «el Trasatlántico». Las ramas de los cedros se extendían hasta los polvorientos aleros del edificio, llenos de telarañas y de nidos de vencejos, rozaban los cristales de la galería superior como intentando entrar para seguir creciendo por el interior de las salas y las galerías y luego creaban voluminosas sombras en las calles circundantes, cerradas al tráfico y siempre cubiertas de una crujiente alfombra de agujas rojizas.

En la imaginación de Mateo, todo se transformaba. La colina de los Chopos era el Abuelo del Mar. Frente al barranco de los lirios se extendía el Mar de los Sargazos o, en otras ocasiones, un amplio río que cruzaba Madrid con orillas cubiertas de una espesa vegetación de manglares y bromeliáceas. Madrid ya no era Madrid, sino una ciudad imaginaria llena de edificios imaginarios, como aquel que él llamaba el Jardín de los Amigos y que recordaba vagamente el Pompidou de París. No estaba muy claro qué era exactamente El Abuelo del Mar ni de dónde venía aquel nombre extraordinario. Mateo lo sentía como el principio del Madrid del Otro Lado, quizá de un Madrid Análogo.

Todo se transformaba para él en imágenes, imágenes que eran trozos de historias. En una ocasión iba caminando con Miguel por la calle Pinar, bajando en dirección a Pedro de Valdivia, cuando tuvo la visión de un hombre y una mujer desnudos entre las florestas oscuras del principio del Barranco de los Lirios. Eran Adán y Eva. Pero ¿qué hacían allí encerrados? Y comenzó a pensar en una novela en cuyo centro había un jardín que era el jardín del paraíso. En su libro de Filosofía estaban estudiando a Kant y a Hegel. Kant no le interesaba en exceso, pero todo aquello del Espíritu de Hegel le parecía fascinante. La idea del Espíritu hegeliano, que él entendía a su manera (intentó leer la *Fenomenología del espíritu*, pero no entendía ni palabra, y compró entonces el libro de Joaquín Castells, que tampoco le sirvió de gran ayuda), respondía quizá a la vieja pregunta: «¿Quién vive, pues, la vida?», es decir, ¿quién es el narrador de «Las babas del diablo»? Una novela hegeliana escrita desde el punto

de vista del Espíritu, es decir, no desde el yo individual de este o aquel personaje ni tampoco desde el de un narrador o «autor omnisciente», sino desde el punto de vista de la conciencia impersonal.

Cuando llegaba al instituto por las mañanas observaba los árboles que crecían en el extremo del barranco para intentar divisarles y luego durante los recreos se asomaba al pretil de piedra que había por detrás de la caseta del guarda para espiarles. Eva era bellísima, desde luego, y tenía unas caderas «de violonchelo», como suele decirse, absolutamente cautivadoras, pero no era ésa la razón principal de que se asomara por allí para contemplarles. Al fin y al cabo eran nuestros primeros padres.

El Paraíso era muy grande en un principio. Era tan grande como un país pequeño y Adán y Eva jamás habían sentido el impulso de viajar ni de visitar otros lugares. Más tarde, con la llegada de la Historia, los territorios del Paraíso habían ido disminuyendo. Es cierto que habían sido «expulsados» del Paraíso para engendrar hijos con dolor y trabajar la tierra, pero al mismo tiempo siempre habían seguido allí dentro, dado que ellos no eran personas, sino los caracteres de un mito. Ciudades, huertos, murallas, estanques de riego, carreteras, pastizales, estadios, teatros: el avance de la civilización había ido recortando las dimensiones del paraíso original hasta dejarlo reducido a aquel parche de terreno en la ladera de una colina, en medio de una ciudad del siglo xx. El níspero era, al parecer, el Árbol de la Vida. Del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal no había ni rastro. Evidentemente, los *elohim* (que, según aseguraba Erich Von Däniken en unos libros que ellos habían leído apasionadamente unos pocos años atrás, eran en realidad visitantes extraterrestres), se lo habían llevado a otro lado.

Intentó hablar con ellos. No tenían ningún pudor, pero a él le violentaba contemplar el oscuro miembro colgante de él y las sonrosadas tetas colgantes de ella. Eran jóvenes y atractivos, y estaban mortalmente aburridos. Se pasaban el día contemplando la ciudad, los edificios del norte de Madrid.

—Pero ¿qué es lo que miráis tanto? —les preguntó Mateo.

—Allí —señaló Eva, con una conmovedora expresión de melancolía en sus líquidos, translúcidos ojos verdes crisoberilo. Todo en ella era original, esencial, perfecto: sus dedos, sus uñas, sus falanges eran perfectas. Sus labios, el rosáceo de sus mejillas, las aréolas de sus pezones, todo en ella era perfecto, como un modelo del que más tarde se hubieran obtenido todas las variaciones posibles. También Adán era perfecto, las S de sus ingles, los bíceps de sus brazos, las rodillas, los pliegues a ambos lados de la boca. Un hombre perfecto y una mujer perfecta. Eran tan perfectos que no eran demasiado guapos. Tenían una belleza difusa, abstracta, la suma de todas las bellezas y todas las fealdades posibles, la idea original de lo que son un hombre y una mujer.

—Hablan del Paraíso —gruñó Adán—. El Paraíso Original, bla, bla. Pero esto es

aburrido. Se pasan los días sin nada que hacer. Ese edificio nos gusta.

—Hay siempre mucha gente, y están muy alegres —dijo Eva.

Era una perspectiva imposible, uno de esos «juegos espaciales» que son característicos de los sueños. El edificio surgía allí mismo, al otro lado del muro de ladrillo, siete pisos. Era un edificio que Mateo conocía muy bien.

—¿Podéis salir de aquí? —preguntó Mateo—. Si queréis, puedo llevaros hasta ese edificio.

Se miraron el uno al otro. Es posible que en todo ese tiempo nunca se hubieran preguntado si podían o no podían salir de allí. En realidad, uno no «sale» ni «entra» del Paraíso. En un Paraíso uno es aceptado o expulsado.

Fueron caminando hasta el límite, y simplemente, salieron de la zona de hierba. De pronto ahí estaban, pisando la acera con sus pies desnudos.

—¡Hemos salido! —dijo Eva, quién sabe si emocionada o asustada.

Fueron bajando los tres por la calle Pinar y luego por Pedro de Valdivia. Tardaron por lo menos media hora en llegar, porque ellos no tenían práctica de andar, y a pesar de ser tan jóvenes y estar tan esbeltos y atléticos, avanzaban muy despacio. Todo les asombraba: los autobuses, los semáforos, la forma de vestir de la gente.

—¿Estás seguro de que sabrás llevarnos al edificio que nos gusta? —le preguntaba Eva a Mateo de vez en cuando. La gente se les quedaba mirando a lo largo de las aceras, y los coches se detenían para contemplarles. Un guardia municipal se les acercó, e indicó a Adán y Eva que tenían que cubrirse, porque si no se vería en la obligación de detenerles por escándalo público. Adán le preguntó si no le reconocía, y el guardia se le quedó mirando y dijo que, en efecto, su rostro le resultaba muy familiar, y luego miró a Eva y le sucedió lo mismo con ella. Las sensaciones se amontonaban en su corazón: familiares olvidados, los abuelos que murieron, un amigo de la infancia, una hermana de su madre que vivía en Montevideo, todas las novias de su vida, su mujer, su hija, a todos les encontraba parecido en los rostros de Adán y Eva. Finalmente, aturdido, les dejó marchar.

Cruzaron la Castellana y fueron por el lado de Nuevos Ministerios, que estaba desierto. Algunos oficinistas se asomaban a las lejanas ventanas de los ministerios para mirarlos pasar. Algunos de los conductores le gritaban cosas a Eva, cosas no del todo corteses. Luego cruzaron Raimundo Fernández Villaverde y Mateo extendió los brazos, mostrándoles por fin el edificio que ellos contemplaban día y noche desde el Paraíso, el edificio que tanto deseaban visitar.

—Pero ¿qué es? —preguntaba Eva, casi llorando de la emoción—. Mira, mira cuánta gente se dirige hacia acá. Vienen familias enteras, niños, ancianos, los padres traen a sus niños, los hijos a sus padres... ¿Qué es este lugar al que todos acuden sonrientes? ¿Es un templo? ¿Es un nuevo Paraíso?

—Sí, mira —decía Adán, no menos maravillado—. Vienen en coches de ruedas,

vienen con muletas, vienen en cochecitos de niño... Y los que salen de su interior lo hacen colmados de regalos... Éste debe de ser el nuevo Paraíso. Pero ¿qué dios lo ha construido? ¿El mismo dios u otro dios? Y esos que salen con sus regalos, ¿podrán volver a entrar alguna vez?

—Oh, sí —contestó Mateo—. Es posible entrar todas las veces que quieras. Claro que en horario comercial —agregó, y al ver el gesto de incompreensión de los dos, tuvo que explicarse mejor—: Cierran por la noche.

—Ah, ¿sí? —dijo Eva—. ¿Toda la noche?

—Sí.

—Pero ¿por qué? —preguntó Adán—. ¿Por qué lo tienen cerrado por la noche?

Se acercaron los tres a la puerta. A Adán y Eva les fascinó que entrar fuera tan fácil, que no hubiera ángeles con espadas, ni preguntas difíciles de contestar, ni *shibboleth* de ninguna clase. Les asombró el resplandor que se adivinaba en el interior.

—No es un Paraíso —les explicó Mateo—. Se llama El Corte Inglés. No es un Paraíso, es una tienda.

Adán y Eva estaban boquiabiertos. Pasaron los tres una tarde muy agradable recorriendo los distintos pisos de El Corte Inglés de la Castellana, que ya en esos años era el más grande de Madrid. Las escaleras mecánicas les divertían tanto que no paraban de subir y de bajar, se portaban como niños. Eva se moría de risa en la sección de ropa interior, aquellas prendas diminutas que imitaban exactamente los contornos del cuerpo. Luego se probó un sujetador de su talla, se miró en un espejo y quedó en silencio, poseída por una especie de estupor. Dios mío, se dijo Mateo, ya nunca más va a querer estar desnuda.

Intentó explicarles cómo funcionaba aquello, pero no lo entendían. No entendían lo que era el dinero, es más, no le creían. Decían que el ser que había creado todo aquello tenía que ser infinitamente generoso, y que del mismo modo que uno disfrutaba de las nubes, de la lluvia o del sol sin «dar» nada a cambio, era evidente que todos aquellos regalos estaban allí para que los cogieran los hijos y las hijas del Padre. Y como sucede tantas veces con los idiotas y con los puros, el mundo, curiosamente, les dio la razón. Vino un jefe de sección muy amable, y les explicó que los señores podían llevarse todo lo que desearan de manera completamente gratuita. Pero sólo esa vez.

Eva compró un montón de lencería, ocho pares de zapatos, cinco vestidos, una bicicleta y un antifaz para dormir. Adán se compró dos trajes ingleses, una pipa, una enciclopedia Espasa y una bola del mundo gigante. Mateo se preguntaba para qué iban a necesitar todo aquello, pero parecían tan felices que no tuvo corazón para decirles que buscaran cosas más prácticas. Luego subieron a la cafetería y merendaron. Les sorprendió agradablemente el sabor del chocolate: los dos

coincidieron en que les traía recuerdos de mucho tiempo atrás, cuando el Paraíso era verdaderamente paradisíaco. Luego probaron el café y estuvieron a punto de escupirlo. Mateo les preguntó si no les apetecería una manzana, pero ninguno de los dos se rió: evidentemente no entendieron el chiste.

Cuando regresaron al Paraíso ya era de noche. Les dejó allí, al lado de su níspero, él vestido con uno de sus trajes ingleses, con la pipa en los labios, apoyado con un gesto muy elegante en su bola del mundo, ella con uno de sus vestidos de verano y caminando sobre la hierba con zapatos de tacón, la bicicleta apoyada en el tronco del Árbol de la Vida. Los cien tomos de la enciclopedia Espasa los colocaron en hilera contra el muro de ladrillo del fondo, y enseguida el sol, las lluvias y los insectos comenzaron a deshacerlos y a pudrirlos.

A veces volvía a verles, pero el aburrimiento se había apoderado de ellos de nuevo. A veces veía a Adán sentado con un tomo de la enciclopedia Espasa en las rodillas. Para el común de los mortales la venerable enciclopedia está ya anticuada, pero para él todo era nuevo y sorprendente. Eva, por su parte, nunca aprendió a montar en bicicleta.

## COU

El COU de Letras enseguida adquirió mala fama. Se decía que allí estaban los estudiantes más vagos, que no iban nunca a clase y se pasaban el día fumando porros. Claro está que los del COU de Letras consideraban que ellos eran los únicos verdaderos seres humanos, los que leían libros, iban al teatro y tenían discusiones filosóficas (independientemente de que asistieran a todas las clases o de que consumieran tabaco, cannabis u otras sustancias). De modo que el mundo, como casi siempre sucede, era justo: los de Ciencias consideraban que los de Letras eran unos inútiles y unos cuentistas y los de Letras consideraban que los de Ciencias eran unos seres simplones, ignorantes y carentes por completo de misterio y de poesía.

Lo cierto era que los de Ciencias eran más altos, más saludables y más guapos que los de Letras, que eran por lo general más bajos, más enfermizos y más enclenques que los de Ciencias. Los de Ciencias hacían deporte mientras que los de Letras fumaban como carreteros. Los de Letras despreciaban el deporte. Los de Ciencias despreciaban las novelas. Los de Ciencias hacían guateques y bailaban como locos. Los de Letras hacían reuniones, fumaban hachís y hablaban y hablaban sin parar. Los de Ciencias iban a los cines de la Gran Vía a ver películas de acción o de aventuras. Los de Letras iban a la filмотeca o al cinestudio Griffith para ver películas en versión original. Los de Ciencias se divertían más. Los de Letras sufrían más. Los de Ciencias tenían gafas de montura metálica. Los de Letras tenían gafas de pasta. Los de Ciencias bebían sidra o incluso sangría, el colmo de la vulgaridad. Los de Letras bebían absenta a pesar de que estaba prohibida. Bebían absenta porque estaba prohibida. Bebían absenta porque Rimbaud, Verlaine y los otros poetas malditos habían bebido absenta. Los de Ciencias no sabían quién era Rimbaud, y no sabían que Rimbaud había escrito en un poema «no se puede ser serio cuando se tienen diecisiete años». Miguel estaba en uno de los COU de Ciencias puras, ya que desde que era niño siempre había querido ser investigador. Como era de esperar, Mateo estaba en el COU de Letras.

## Somos

El hecho es que el año anterior, Mateo, Federico, Liroz y otros pocos más habían tenido la idea de hacer una revista en el instituto. Hablaron con el departamento de Literatura y el catedrático les dio su apoyo, con lo cual las autoridades franquistas del Ramiro se vieron obligadas a aceptar lo que en cualquier otra circunstancia habrían prohibido, perseguido y proscrito. El catedrático de Literatura era un hombre joven y animoso llamado Gerardo Velázquez Cueto que acababa de llegar al Ramiro traído por la lógica impersonal de las oposiciones y los concursos de traslados. Era joven, bajo de estatura, escurrido y de mirada huidiza. No era simpático, pero era enormemente carismático, y se tomaba su asignatura muy en serio, y ellos no estaban acostumbrados a que nadie se tomara su asignatura tan en serio. Sabía mucho. Era de suponer que los profesores dominaban las asignaturas que enseñaban, pero los conocimientos del Velázquez, o el Cueto, que era como le llamaban, iban mucho más allá de lo que se aprende meramente en los libros. Era un apasionado del teatro, y conocía personalmente a muchos de los autores de los que les hablaba. No sólo conocía sus obras, sino también las obras que habían escrito y no habían publicado. Era especialista en Martín Recuerda, sobre cuya obra había escrito su tesis doctoral y que era para él uno de los grandes dramaturgos españoles del siglo, y les llevó a ver *Las salvajes de Puente San Gil* y, más tarde, el estreno de la que se suponía que sería su obra cumbre, *El engaño*. A Mateo no le interesaba en especial el estilo social, desgarrado y definitivamente lorquiano de Martín Recuerda, pero a través de su profesor de Literatura conoció a la generación dramática de los años setenta, una serie de autores que habían escrito obras innumerables que nadie quería o podía estrenar, entre ellos Luis Riaza, Jerónimo López Mozo, José Ruibal, Miguel Romero Esteo, Martínez Mediero (autor de una obra breve que les encantaba: *El bebé furioso*) o Alfonso Vallejo, autores de obras surrealistas o simbolistas con fuertes vínculos con el teatro del absurdo y, desde luego, con el teatro de Arrabal y de Nieva. «Teatro furioso» de Nieva. «Teatro pánico» de Arrabal. «Teatro antropofágico» de Martínez Mediero. Gracias a Gerardo Velázquez o por inspiración suya, Mateo y sus compañeros vieron *Así que pasen cinco años* de Lorca, *Retrato de dama con perrito*, de Luis Riaza (que le produjo a Mateo un absoluto deslumbramiento) y *Flowers* de Lindsay Kemp. No lo sabían, pero aquélla era una era dorada del teatro español, y tanto Barcelona como Madrid bullían de actividad teatral. Cada estreno de Tábano, del TEC, del Teatre Lliure, de El joglars, de Els comedians, de Dagoll Dagom era entonces un acontecimiento social, algo que uno no debía perderse bajo ningún concepto, y los que no habían visto *Flowers*, por ejemplo, eran considerados ciudadanos de segunda clase. José Carlos Plaza y Miguel Narros eran entonces directores jóvenes dispuestos a comerse el mundo. Arrabal, prohibido durante tantos

años, llegaba a España con sus obras espléndidas y violentamente originales. Las mejores eran las primeras, *Fando y Lis*, ese perenne favorito del teatro universitario, *El cementerio de automóviles*, o las obras pánicas. Mateo sentía una especial devoción por *Una cabra sobre una nube*, que era para él algo así como el grito de libertad de la poesía: la cabra sobre la nube era la imaginación, la esencia de la literatura. Comenzaron a estrenarse las obras de los autores de la generación de los setenta, y se producían brillantes descubrimientos, como *Retrato de dama con perrito*, de Luis Riaza, dirigida por Miguel Narros y con un joven Imanol Arias de protagonista, o *La señora tártara* de Francisco Nieva o incluso *El arquitecto y el emperador de Asiria* de Arrabal, pero también decepciones como *El vodevil de la pálida, pálida, pálida, pálida rosa*, de Romero Esteo, que les fascinaba porque estaba en verso pero resultaba abrumadoramente verbosa, o la mítica *El hombre y la mosca* de José Ruibal, que en escena resultaba ingenua y casi pueril, y de pronto parecía que la mayoría de las obras de esa época no eran sino variaciones del tema del Amo y el Esclavo, el obsesivo tema de la dictadura, aunque transformado por el delirio, el sueño, el surrealismo o el dadá, cuando no la alegoría. Obras fallidas por la poca experiencia escénica de sus autores, que habían escrito y escrito sin llegar a ver sus textos en escena (textos que a veces recibían importantes premios teatrales como el Lope de Vega y ni aun así llegaban a estrenarse), aunque tenían la suerte relativa de ver sus obras publicadas, ya que en esa época todavía en España se publicaba el teatro, casi siempre en la colección Espiral de la editorial Fundamentos, que era en esa época una de las favoritas de Mateo.

La dirección del Ramiro, dominada entonces por la vieja guardia del Topo y el Botijo (respectivamente el director y el jefe de estudios), estaba absolutamente escandalizada con el joven catedrático granadino. ¡Llevaba a los chicos a ver obras de teatro donde había desnudos y se decían blasfemias contra la Santa Madre Iglesia! ¡Obras donde se escenificaban actos contra natura y se exaltaba la homosexualidad! Si hubieran podido expulsarle lo habrían hecho. Si hubieran podido crucificarle lo habrían hecho. Si hubieran podido prohibir aquellas lecturas, aquellas salidas «culturales», lo habrían hecho. Fue Gerardo Velázquez quien les habló por primera vez de Henry Miller, cuyas novelas comenzaban a traducirse en España, y gracias a él leyeron *Trópico de Cáncer*, que no era una novela tan erótica como se aseguraba pero tenía descripciones y escenas asombrosas, y *Trópico de Capricornio*, y *El coloso de Marusi*, que era la favorita de Mateo, un maravilloso libro de viajes y una maravillosa celebración de la felicidad, y más tarde los tres tomos de «La crucifixión rosada», *Sexus*, *Plexus* y *Nexus*, especialmente *Sexus*, con sus interminables escenas de sexo y sus interminables conversaciones sobre sexo, interminables escenas de sexo cuyos participantes hablaban y hablaban sin cesar mientras follaban, describiendo con detalle, con esa necesidad tan americana de pasarlo todo por los labios y expresarlo



con palabras, todo aquello que estaban haciendo y explicando lo mucho que les gustaba hacerlo y lo mucho que deseaban volver a hacerlo y lo hermosos que eran el sexo y el cuerpo, y los olores del cuerpo, y los genitales femeninos y masculinos, y lo horribles que eran aquellos pervertidos que pensaban que el sexo era algo sucio, y así durante páginas y páginas y páginas, sin cansarse de follar y de hablar y de hablar y follar al mismo tiempo. Pero no podían, no podían echarle, ni crucificarle, ni prohibirlas, aunque la Asociación de Padres intentó luchar contra su peligrosa influencia cuando en una lista de lecturas «recomendadas» incluyó una novela de tema abiertamente homosexual, *Fabián y Sabas*, de Vaz de Soto. A través de él leyeron también a Luis Cernuda, ya que en aquella época una gran novedad editorial podía ser, por ejemplo, Luis Cernuda, uno de los mayores poetas españoles del siglo, y gracias a él leyeron y admiraron el «Soliloquio del farero» y la «Oda a García Lorca». También gracias a él aprendieron a respetar y a admirar la poesía de Borges, que ellos siempre habían situado en un segundo o tercer plano con respecto a sus relatos y a sus ensayos. El «Poema de los dones», «Fundación mítica de Buenos Aires», «Límites», «1963».

## Pedro

Cuando pasaron a COU, *Somos* iba ya por su segundo año, y ahora en la portada ponían: «Año II, N.º...», lo cual les llenaba de orgullo. Mateo escribía las críticas de teatro, de cine, de libros y de música, y también, con el seudónimo «Eusebius», una pequeña sección que se llamaba «Cien maneras de deshojar una margarita» y que venía directamente de las *Historias de cronopios y de famas*. Y un día apareció en la redacción de *Somos* un gigante de pelo rojo y largas barbas desordenadas. Era muy corpulento, iba vestido con unos pantalones de pana y una camisa de cuadros rojos, y tenía ojos rojos de fumador de hachís.

—¿Quién es Mateo Montañés? —preguntó mirando a unos y a otros de los que iban y venían por la diminuta habitación.

—Yo —dijo Mateo algo atemorizado, pensando que el gigante venía con la intención de darle un puñetazo.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—Tú escribes críticas de libros, de cine, de teatro y de música —dijo el gigante, mirándole muy serio—. Lo escribes todo. ¿No te parece que acaparas demasiado?

—Escribo también una sección que se llama «Cien maneras de deshojar una margarita» —dijo Mateo, desafiante.

—Ah, ¿sí? —dijo él—. ¿También eres Eusebius?

—Sí. También soy Eusebius.

Muy bien, pensó Mateo, éste es el momento en que me ataca y mis buenos amigos de la redacción de *Somos* se abalanzan en mi ayuda.

—En la revista sólo se habla de música clásica —dijo el gigante—. Es absurdo. Es intolerable. Tiene que haber una sección de música moderna.

Federico, Liroz, Roberto, se habían acercado a escuchar su conversación. Roberto dijo que aquel desconocido de largas barbas tenía razón. Que el periódico era demasiado elitista y que tenían que tratar de alcanzar a un público más amplio.

—¿Y quién va a escribir esa sección de música moderna? —preguntó Mateo con tono irónico, dulcemente convencido de que él era imprescindible.

—Yo —dijo el gigante entregándole dos folios escritos a mano, uno de ellos con bolígrafo rojo—. Aquí están las dos primeras críticas. Espero que salgan en el siguiente número.

Mateo se las llevó a casa para leerlas. El gigante firmaba «Pedro Rojo», (tenía también un apellido rojo aparte de escribir con bolígrafo rojo, tener cabellos rojos, barbas rojas, camisa de cuadros rojos y ojos rojos de fumador de hachís), y escribía fantásticamente bien. Las dos críticas eran ligeras, eruditas, divertidas, y estaban escritas con una desfachatez tan absoluta que Mateo sintió un zarpazo de envidia.

Eran críticas de dos discos aparecidos recientemente, uno de The Clash y otro de los Sex Pistols, aunque Pedro no llamaba «discos» a los discos, los llamaba «plásticos». Reunido el consejo de redacción de *Somos* se decidió que dedicarían media página a música clásica y otra media página a música moderna, y que en el número siguiente publicarían una de las críticas de Pedro Rojo, precisamente la que les había entregado escrita con bolígrafo rojo.

Aunque nunca habían hablado hasta entonces, Pedro Rojo estaba en la misma clase que Mateo, en el COU de Letras. En aquella época era un gigante de larga cabellera roja y desordenada barba roja, con unos ojos azules que brillaban muy pacíficos en medio de su rostro de terrorista sanguinario. Era muy alto y muy corpulento, y se pasaba el día trayendo a clase discos de pop, un tema en el que se consideraba un gran experto. El Señor Torrent, el catedrático de Latín, le llamaba «Roger de Lauria, el de la barba en flor», sin duda porque pensaba que Pedro tenía un aspecto estrafalario con aquellos pelos descontrolados, pero le trataba con afecto porque Pedro era uno de los primeros de la clase en Latín. Quién sabe por qué, lo que más interesaba a Pedro en aquellos años eran los discos de pop, el latín y también comer, por cierto, comer muchísimo, especialmente Big Macs en el McDonald's. Era una fiera devorando hamburguesas, traduciendo a Cicerón y citando nombres de grupos de pop ingleses. Mateo no podía comprender cómo resolvía con tanta facilidad los enigmas de la complicadísima sintaxis latina. El Señor Torrent siempre acudía a él cuando nadie más sabía cómo traducir alguna retorcida frase del *De amicitia*.

Mateo pronto descubrió que aunque a Pedro no le interesaba lo más mínimo la música clásica, sí compartía su pasión por los escritores hispanoamericanos, que también quería ser escritor y que también planeaba, desdichado, estudiar Filología hispánica. Pedro era un lector completista, y no podía leerse una novela de un autor sin continuar con su obra completa. Había decidido, de hecho, leerse todas las novelas hispanoamericanas del siglo XX, y siempre aparecía en clase con unos tochos impresionantes de Carlos Fuentes, de Mujica Lainez, de Leopoldo Marechal: *Terra nostra*, *Bomarzo*, *Adán Buenosaires*. Cuanto más gordo era el libro, más le atraía. Era como esos montañeros expertos que sólo se hacen ochomiles: Pedro sólo se leía ochocientos.

Pedro estaba obsesionado con los libros y tenía poco dinero, y por esa razón había acabado por convertirse en un consumado ladrón de libros. Su sistema era sencillo. Se ponía su «chaqueta de las compras» y se iba a la Casa del Libro o a cualquier otra de sus librerías favoritas, Visor, Antonio Machado, o incluso Vips o El Corte Inglés, y salía de allí cargado de preciosos volúmenes. La chaqueta de las compras era un grueso chaquetón de pana que tenía rasgado el forro de ambos bolsillos. Los libros caían por estos dos pozos sin fondo y se iban alojando en los faldones del chaquetón,

donde permanecían indetectables. Así se iba haciendo Pedro su biblioteca.

Una tarde, Mateo y él se fueron de caza a la Casa del Libro. Nada más entrar, se dirigieron a los muebles de novela, que se encuentran en la planta baja, y comenzaron a recorrer las mesas abarrotadas de libros. Mateo, que era de natural cobarde, se apartaba ligeramente de Pedro en estas expediciones de robo y saqueo. Siempre tenían el temor de encontrarse con González Hermoso, un compañero de clase que era hijo de un jefe de sección de la librería y que a veces, incluso, trabajaba en la Casa del Libro cobrando en la caja. González Hermoso estaba escandalizado con los robos de libros de Pedro, y le había dicho que si él le pillaba alguna vez robando en su librería iría directo a decírselo al guardia de seguridad. Tenían suerte, porque González Hermoso solía estar en la sección de libros de economía y de derecho, y por allí Mateo y Pedro no pisaban.

—Pero qué pasa, tío —le decía Pedro—. ¿Es que son tuyos los libros? ¿Desde cuándo la Casa del Libro es *tu* librería?

Novela, poesía, teatro, clásicos, todo por descubrir. Las colecciones baratas, los libros de Losada, tan tibios, tan atractivos, los libros de la colección Austral, feos a rabiar, los libros de Alianza, los de Seix Barral, los de Fundamentos, las revistas literarias, *Ínsula*, *Camp del arpa*, *Quimera*, la *Revista de Occidente*. Mateo había leído en *Camp del arpa* un artículo sobre un misterioso escritor alemán llamado Arno Schmidt, y descubrió un libro suyo titulado *Momentos de la vida de un fauno*. Se compró también *Trilce* de César Vallejo y *Discusión* de Borges, y el primer tomo de *Los gozos y las sombras* de Torrente Ballester. En esa época los libros no eran caros, y además los padres de Mateo eran generosos, sobre todo si se trataba de bienes culturales.

Mateo pagó sus libros y luego los dos salieron a la calle, y siguieron caminando por las abarrotadas aceras de la Gran Vía un rato sin decir ni palabra.

—¿Vamos a Libertad?

—Sí. Esto hay que celebrarlo —corroboró Pedro.

Cruzaron la Gran Vía bajo la gran torre blanca del edificio de la Telefónica y entraron por Fuencarral para dirigirse a Chueca y desde allí a la calle Libertad, donde estaba el pub Libertad. Una vez sólidamente asentados en una mesa y con una cerveza cada uno y el consabido plato de panchitos que ponían siempre en los pubs, procedieron a evaluar sus conquistas. Les hizo gracia comprobar que los dos habían coincidido en dos autores (Borges y Torrente Ballester) y en un título: *El señor llega*, primer tomo de *Los gozos y las sombras*.

—El otro día iba andando por la calle Pinar y tuve una visión —dijo Mateo—. Vi a Adán y Eva desnudos, como los pintan siempre en los cuadros, entre las plantas de los jardines esos que hay por allí.

—¿Los viste? ¿Viste a un hombre y a una mujer desnudos?

—No, no con los ojos —dijo Mateo con paciencia—. No con los ojos. Con otros ojos. Me pasa a menudo. Voy caminando por las calles y tengo visiones. Son como trozos de historias que descienden sobre mí... Descienden como las hojas en otoño, como si cayeran del cielo...

—Qué suerte tienes.

—Estaban los dos tristes, y desde el sitio donde estaban se veía, se podía ver perfectamente, el edificio de El Corte Inglés de Generalísimo.

—Ya no se llama Generalísimo —dijo Pedro, que tenía una pasión por los hechos—. Ahora es la continuación de la Castellana.

—Eso es lo que yo llamo un «juego espacial» —continuó diciendo Mateo sin hacer caso de estos detalles menudos—. Al otro lado del barranco se elevaba el edificio entero, con todas sus cristaleras, sus escaleras mecánicas llenas de gente que sube y baja con sus bolsas de la compra... En los juegos espaciales el espacio es siempre más comunicable y más convexo que en la realidad. Y Adán y Eva contemplaban todo esto muertos de tristeza...

—Pero las escaleras mecánicas están *dentro* del edificio —dijo Pedro—. No pueden verse desde fuera.

—Pedro, coño, es una visión, no me jodas, tío.

—Eso me recuerda lo que contaba Cortázar el otro día en la entrevista de «Encuentros con las letras» —dijo Pedro—. Cuando hablaba de *62. Modelo para armar*, y hablaba de esa ciudad imaginaria en la que los ascensores de pronto se mueven horizontalmente por los edificios...

—¡Exacto! —dijo Mateo—. Eso es un Juego Espacial. Yo creo que la literatura que me interesa es la que trata de Juegos Espaciales... Todo eso de Bergson y del tiempo nunca me ha interesado lo más mínimo. El verdadero misterio es el espacio.

—Pero nosotros somos tiempo —dijo Pedro—. Somos el río que no vuelve y todas esas cosas.

—Claro —dijo Mateo—. Nosotros somos tiempo, pero el mundo es espacio, y uno no desea ser sólo uno mismo, uno desea también *ser mundo*, ser todo. Vivirlo todo, estar en todas partes al mismo tiempo. Salir de uno mismo, como hace Horacio Oliveira en *Rayuela*, mirarse a sí mismo desde fuera. Y ese deseo de mirarse a sí mismo desde fuera es un deseo espacial.

—¿Tú deseas eso?

—Sí.

—¿Ser todo?

—Sí. Vivirlo todo, estar en todas partes, comprenderlo todo. Estar a los dos lados de la puerta. Ser el hombre que mira el pez en el acuario y ser el pez que mira al hombre a través del cristal. Ser el viajero que ve la isla desde el avión y ser el pescador que ve el avión desde la isla.

—«Axolotol» —dijo Pedro—. «La isla al mediodía».

—¿Tú no deseas eso? —preguntó Mateo.

—Nunca me lo había planteado —dijo Pedro, con el gesto del niño cogido en falta.

A pesar de su inmenso tamaño y de su roja barba de proscrito, a pesar de la seguridad con que hablaba y la desenvoltura con que robaba libros, Pedro era en realidad una persona enormemente ingenua e insegura. La seguridad le abandonaba de pronto, y entonces se quedaba sin saber qué decir. Cuando todavía no le conocía mucho, Mateo no podía entender por qué cuando hablaban de libros o de cualquier otra cosa, aunque en realidad se pasaban el día hablando de libros, siempre llegaba un momento en que Pedro se quedaba callado. A Mateo aquello le volvía loco. La conversación iba bien, pero de pronto empezaba a renquear. Las observaciones de Pedro se hacían cada vez más lacónicas, y enseguida ya no decía nada, nada en absoluto. Mateo seguía hablando y Pedro le miraba con una vaga sonrisa inexpresiva. Era como si en su interior alguien hubiera decidido que era la hora de cerrar hasta el día siguiente. Pero ¿qué era lo que sucedía? ¿Se cansaba? ¿Se aburría? ¿Prefería guardarse sus opiniones para sí?

## José María

El segundo amigo que hizo aquel año fue José María Mugüerza. Estaba en la clase de Miguel, en el COU de Ciencias puras, y fue Miguel quien se lo presentó a Mateo. José María había estudiado en el colegio Base, una institución privada y muy elegante de Ciudad Jardín, y se había pasado al Ramiro a hacer COU porque quería estudiar Medicina en la Universidad Autónoma. Venía de un mundo muy diferente de todo lo que Miguel y Mateo habían conocido, un mundo de padres arquitectos y y madres escritoras, un mundo de canchas de tenis y pistas de esquí, de embarcaderos privados y grandes casas familiares en el Pirineo. Tenía una gran cultura y un interés apasionado por la música, por el cine y por los libros. Miguel se sintió intrigado con él desde el día en que le vio aparecer por la clase con un grueso libro bajo el brazo: *Contrapunto*, de Aldous Huxley, una novela que por entonces todo el mundo leía. Le preguntó qué le parecía el libro y José María le contestó que le gustaba mucho porque le gustaban mucho los libros muy gruesos donde se hablaban de temas interesantes, como por ejemplo los libros de Simone de Beauvoir o de Thomas Mann, y que aquel libro le gustaba además porque estaba construido como una obra musical, en la que cada personaje era como la voz de un instrumento.

Miguel le presentó a José María a Mateo, y enseguida Mateo y él se hicieron íntimos. Entonces Miguel comenzó a sentirse excluido y se puso celoso. Hay que tener en cuenta que Miguel se convertía en un ser maligno y temible cuando estaba celoso. Era la persona más cálida y dulce del mundo, el mejor amigo de sus amigos, pero cuando se enfadaba con alguien, sacaba ocho patas articuladas y un aguijón retorcido y atacaba sin compasión. Miguel siempre se sintió en cierto modo traicionado por José María, ya que al haber sido él su «descubridor», lo consideraba una especie de propiedad suya, y por eso José María y Miguel nunca llegaron a hacerse amigos. Además, eran demasiado diferentes. José María se reía de las pasiones incandescentes de Miguel, de sus arrebatos de indignación o de sus absurdos favoritismos, de la devoción que tenía por sus tías y de la admiración que sentía por su prima, que era violinista de la Orquesta Nacional, y Miguel encontraba odiosa la tranquilidad con que José María se tomaba todas las cosas, su aire juguetón, su ironía, su suave escepticismo, el agrado con que se aceptaba a sí mismo, su capacidad para disfrutar de las cosas sin preocuparse.

Mateo le conoció en uno de los conciertos de la Fundación March. Había quedado con Miguel, que le había dicho que invitaría también a sus amigas Esther y Queralt, pero en vez de aparecer con sus dos amigas rutilantes y bellísimas, que a Mateo siempre le ponían un poco nervioso porque tenía una timidez enfermiza con las mujeres, apareció con José María, una imagen mucho más tranquilizadora que la esbelta Queralt con su pelo cortísimo y su largo cuello moreno o que Esther, con su

rostro demasiado maquillado y sus grandes ojos irónicos.

Era un muchacho un poco más alto que Mateo aunque no tan alto como el larguísimo Miguel. Esto fue lo primero que le sorprendió y le agradó de él: su aire de calma, el aura de reposo y agrado que parecía envolverle. Tenía un rostro que no se parecía a ninguno, un rostro ancho pero al mismo tiempo fino y elegante, presidido por dos grandes y expresivos ojos muy oscuros y aquejados de un ligero estrabismo. Quizá por esa razón, a causa de su estrabismo, José María tenía que levantar en ocasiones el rostro para enfocar bien los ojos, como hacen los que usan gafas, y miraba las cosas o a las personas con un aparente gesto de altivez o de desafío. A sus diecisiete años tenía ya entradas en el pelo, aunque no parecía que aquello le preocupara lo más mínimo. No parecía que hubiera nada que le preocupara en exceso.

Después del concierto salieron de la Fundación March dando un paseo hasta el Vips de López de Hoyos, que era donde acababan casi siempre, y merendaron tomando un sándwich. José María escandalizó a sus amigos pidiendo de beber un Cola Cao.

—¿Cola Cao? —se extrañó el camarero—. Le podemos traer un batido de chocolate si quiere.

—¿Un batido? —dijo José María—. No, es que lo que me apetece es un Cola Cao calentito. ¿No me lo pueden hacer?

El camarero dijo que tenía que consultar, y Miguel miró a José María con un gesto severo. Hay que tener en cuenta que los padres de Miguel tenían un negocio de hostelería, y que a Miguel todas las cuestiones relativas a los restaurantes, los camareros, el servicio o la forma correcta de servir una Coca-Cola o un café le parecían siempre de la mayor importancia. Miguel le dijo que uno tomaba Cola Cao en su casa pero no en un restaurante, y José María se disculpó diciendo que eso era lo que le apetecía, y que por qué tenía que pedir otra cosa si eso era precisamente lo que le apetecía.

Mateo pronto aprendió que éste era el verbo favorito de José María. La frase «me apetece» parecía tener para él un significado y un poder especiales, mucho más intensos y misteriosos que para las demás personas. Decía «me apetece» con una gran sonrisa de satisfacción y parecía como si algo se moviera en el mundo, como si un temblor atravesara la realidad. Mateo le preguntaba si quería ir al cine y José María lo pensaba un segundo y decía con decisión: «Me apetece». Sus apetitos eran moderados, ordenados, cultos, saludables, pero a pesar de todo los seguía con una alegría y una devoción desconcertantes. Mateo jamás había conocido a nadie que disfrutara tanto de las cosas, nadie que diera tanta importancia a sus propios gustos, nadie que se aprobara a sí mismo y se aceptara a sí mismo con tanta facilidad.

Todo en él parecía fácil, agradable, todo tenía sentido, todo procuraba placer. Se sentía a gusto en el mundo, sentía que tenía derecho a las cosas y actuaba en



consecuencia. Tenía una Vespa con la que iba a todas partes, y Mateo enseguida se acostumbró a ir de paquete y a inclinarse en las curvas a izquierda y derecha y ahora iban siempre juntos, especialmente al cine, y muchas veces salían de una película y se metían en otra en otro cine, porque el cine les apasionaba, pero sobre todo la sensación de entrar en la sala, de sentarse en la butaca, de adentrarse en la oscuridad, en ese momento de excitación que separa el mundo de la luz y de la vida cotidiana del mundo misterioso y mágico de la noche de las imágenes. Y luego se iban a Vips a cenar, y luego seguían caminando y charlando, caminando y charlando durante horas.

Vivía en Padre Damián, en plena «costa Fleming», uno de los barrios favoritos de Mateo, en un piso muy grande en el que tenía una habitación propia, con un cuarto de baño propio, un teléfono propio y un equipo de música propio. A Mateo aquello le parecía un lujo inconcebible, porque en su casa sólo había un equipo de música, un cuarto de baño y un teléfono, que estaba en el salón, de modo que todo el mundo escuchaba todas las conversaciones. Tenía la habitación llena de libros, y probablemente en esa época tenía más libros que Mateo. Le gustaban los autores clásicos y morales como Simone de Beauvoir y Max Frisch, Carlos Barral y Gil de Biedma, Pedro Salinas y Félix Grande, pero su autor favorito en esa época era, probablemente, Lawrence Durrell. Había devorado los cuatro tomos de *El cuarteto de Alejandría* (Mateo no había pasado de *Justine*) y también admiraba el *Retrato del artista adolescente* de Joyce, *Al faro*, de Virginia Woolf y *La espuma de los días* de Boris Vian (un autor que en esos días todo el mundo leía compulsivamente), pero admiraba más a Camus que a Joyce, algo que a Mateo le sacaba completamente de quicio, porque Mateo detestaba el estilo plano y tedioso de *La peste*, un libro «sin imágenes» y «sin colores», y tampoco sentía una admiración especial por *El extranjero*, que para José María era una obra maestra. También tenía un cofre lleno de discos, entre ellos las sonatas completas para violín y piano de Mozart y muchas óperas y también muchos discos de jazz. El descubrimiento del jazz fue uno de los acontecimientos más importantes que haría Mateo en aquel su *annus mirabilis*, pero José María lo había descubierto antes. Fue en casa de José María donde escuchó por primera vez a Thelonious Monk y a Keith Jarrett.

Aquellos días quedarían teñidos para siempre en la memoria de Mateo con una luz de una excepcional transparencia, una luz azulada, soleada, optimista, cálida y feliz. Uno tras otro se sucedían los días perfectos, días de conversaciones interminables, de paseos por la Zona que rodeaba al Ramiro, por las calles del Viso, por el barrio de Salamanca, por los barrios de los cines, por Princesa y el cinestudio Griffith y por los cinestudios y la filmoteca, que cada vez estaba en un sitio, tardes interminables hablando de libros, de música, hablando del libro que estaba escribiendo Mateo, de su novela hegeliana, que jamás llegaría a terminar sobre todo porque toda la fuerza de su imaginación se gastaba en aquellas conversaciones que

tenía con José María. Y aprendía de él a ser feliz, a aceptarse a sí mismo, aprendía aquella sensación tan intensa que transmitía su amigo de que uno tenía derecho a vivir en este mundo, que los dioses se han ido y las ninfas también se han ido y que todo lo que ha quedado vacío y abandonado y desocupado y muchas veces carente de sentido en este mundo que nos encontramos, nos corresponde. Porque a pesar de la luz maravillosa de aquellos días y de la suprema indolencia de su vida sin obligaciones, una vida compuesta de paseos, meriendas en Vips, películas en mitad de la semana, libros, música, a pesar de todo eso Mateo seguía viviendo en el infierno, saliendo lentamente de una depresión muy profunda, y quizá si no hubiera conocido a José María nunca hubiera logrado salir de aquel pozo oscuro y espantoso en el que vivía desde hacía años.

José María parecía convencido de que había nacido para disfrutar. Le encantaba el deporte, y era un gran tenista y todavía mejor esquiador. Había sido monitor de esquí en el Pirineo, donde la familia de su madre tenía una casa. Todo en él era medido, placentero, saludable, racional. Apenas bebía, y prefería una Coca-Cola a una cerveza y un Cola Cao a un café. Tenía todas las virtudes que puede disfrutar un racionalista. Era sensato, medido, tolerante. Estaba convencido de que todos los problemas tenían solución, y de que todas las cosas se podían resolver hablando, y que las tragedias y los melodramas no eran necesarios en la vida. Era absolutamente agnóstico, ya que había recibido una educación liberal y exenta por completo de cualquier elemento religioso, y creía que las leyes debían ser suaves y humanas, convenientes y flexibles. No creía en dogmas. Creía en el placer y en la felicidad y en realizar los propios proyectos. Frente a los que clamaban por la crisis de la familia, afirmaba que hacía falta ser muy valiente para atreverse a disolver un matrimonio, y que los que se divorciaban no eran egoístas ni inconscientes, sino personas que estaban intentando legítimamente buscar la felicidad. Mateo nunca había oído a nadie de su edad expresarse así. No creía en la desesperación ni en la depresión ni en la angustia existencial que había sido la vida corriente de Mateo durante los últimos años. No sentía admiración por la noche y el crimen, como tantas personas de esa época, sino más bien por la claridad y la lucidez. Nunca había tenido problemas con las mujeres. Nunca había sido un Don Juan, pero sabía hablar con las mujeres, tocaba un poco la guitarra y cantaba canciones de Bob Dylan y de Paul Simon y parecía convencido de que las bellas sirenas que llenan las calles y los cafés y los refugios de esquí estaban allí para ser besadas, para tomar sus manos frías con toda naturalidad y conducir las escaleras arriba y afirmaba, por ejemplo (lo cual a Mateo le parecía algo tan fantástico como si hubiera afirmado que cuando caía la noche le salían alas y echaba a volar por la ventana), que para saber si una mujer le interesaba de verdad, para saber si de verdad sentía algo por ella, lo que tenía que hacer era acostarse con ella.

—Pero tú eres un cabrón —le decía Miguel completamente indignado, no sólo porque le indignara la forma de actuar de José María sino porque le indignaba José María en sí—. O sea que cuando te gusta una chica te la llevas a la cama para probarla, y si no te gusta, la mandas a la mierda.

—Es que yo funciono así —decía José María—. Yo no puedo saber si siento algo verdaderamente por una chica a no ser que...

—Claro, y luego ella que se fastidie, ¿no? —decía Miguel muy furioso—. Los sentimientos de ella no cuentan, ¿no?

Ahora salían algunas veces con Miguel y con Esther y Queralt. Miguel tenía el plan secreto de liar a Esther con José María, y Esther llegó a confesarle que José María le gustaba, e incluso había llegado a sufrir un poco por él, quizá a considerar la posibilidad de enamorarse, pero ella no era en absoluto de su estilo. A José María no le gustaban las chicas que se pintaban tanto, y además tenía todavía el corazón roto por su novia anterior, y se pasaba el día pensando en ella. El recuerdo de su maravillosa novia de la adolescencia, Gracia, era la única mancha de dolor y desarmonía en el soleado paseo lleno de rosas que era su vida. Quizá fue eso precisamente lo que les unió tanto en un principio a Mateo y a José María, la necesidad de agarrarse de alguien para salir de una crisis de profunda tristeza, la desilusión de Gracia, el dolor de Elisa.

Tenía una foto de Gracia en su habitación, una foto en blanco y negro que le había hecho él mismo cuando todavía eran novios. Era una foto en la que ella aparecía con el rostro apoyado en el brazo y sólo se veían sus ojos, unos enormes ojos de gato, oscuros y luminosos y ligeramente rasgados, ojos que sonreían con una curiosa mezcla de afecto y distancia, de amor y de ironía, y Mateo se acostumbró tanto a mirar aquella foto que asomaba entre los libros de José María, en la estantería donde estaban los tomos de obras completas de Salinas, de Guillén, de Cernuda, como si la muchachita fuera un hada que tenía una mansión secreta entre los libros de la que sólo se asomaba por aquella ventana rectangular de la fotografía para mirar a los habitantes de la casa con sus ojos orientales, que estaba convencido de que conocía el rostro de la muchacha a la perfección, aunque era un rostro imaginario que él mismo había creado, añadiendo una nariz, unos labios, unos pómulos y una barbilla a aquellos ojos intensos y fascinadores, de modo que cuando conoció a Gracia y la vio por fin en persona le sorprendió comprobar que no se parecía en nada a la imagen que él se había fabricado de ella. Era Gracia Querejeta, la hija del célebre productor cinematográfico Elías Querejeta y que con los años llegaría a ser una de las directoras de cine más importantes de su generación. Pero entonces ninguno de ellos era nadie, sólo eran unos chicos de diecisiete años que caminaban por las calles de Madrid.

## Fabricio

El tercer amigo fue Fabricio. Sin duda fue el que más le influyó, el que más transformó su vida, el que más cosas le enseñó. Fabricio no fue un amigo que Mateo tuviera en su vida, sino una vida en sí, una vida entera. Esto se debía no sólo a la intensidad del vínculo que se estableció entre ambos, sino a la propia personalidad de Fabricio, que no era un individuo, sino un continente entero. Cuando uno entraba en el continente de Fabricio todas las demás cosas palidecían. Uno podía vivir otras experiencias, tener otros amigos, mantener otros intereses, pero ninguna de estas cosas podían compartirse con Fabricio, porque Fabricio no era una persona, sino un mundo.

En realidad, Fabricio era un mago. Mateo siempre pensó que era un mago. Era capaz de hacer cosas imposibles, cosas que para el resto de los mortales estaban vedadas. Cuando uno se acercaba a él, comenzaba a soplar la magia. Cuando uno se alejaba, regresaba el viento de la vida corriente. Cuando uno estaba cerca de Fabricio las dimensiones cambiaban ligeramente, el espacio y el tiempo se curvaban. Al alejarse, todo recuperaba su forma habitual, y uno se sentía suavemente vacío, como el que ha sido expulsado de un lugar paradisíaco —o como el que ha logrado escapar.

Es posible que Mateo nunca hubiera llegado a conocerle de no haber sido porque desde hacía un par de años, había comenzado a interesarse por el jazz.

Un día escuchó *Black and Tan Fantasy* de Duke Ellington, y su vida cambió por completo. Aquella pequeña pieza de poco más de tres minutos le volvió completamente loco, sobre todo por la atrevida modulación que había al principio de la pieza, cuando mediante un grado intermedio se pasa del modo menor al mayor. Este grado intermedio, este acorde, esta modulación misteriosa y sensual, llena del encanto sicalíptico y vegetal del interior de la selva, le mantuvo pegado al piano durante días, intentando descubrir cuál era la secuencia de acordes, maravillándose de que fuera tan difícil encontrarla. Era el poder de la armonía, el chocar primitivo de acordes alejados entre sí, y la felicidad casi de esfínter aliviado de regresar al modo mayor después de la distorsión dolorosa de la modulación que se movía por regiones extrañas. Cuando Mateo logró por fin descubrir de qué acordes se trataba, después de días y días de esfuerzo ridículo y patético (¡tantos dictados!, ¡tantas clases de armonía!, ¿y para qué?), estaba ya embrujado por la música de Duke Ellington.

El jazz surgía también directamente de *Rayuela*, todos aquellos nombres fascinantes de pianistas, de saxofonistas, de trompetistas de los que jamás había oído hablar, y también de la noche que conoció a Elisa en casa de Federico. Música de la noche, del misterio, del amor veloz y desprendido, música de la ciudad y de las farolas de la ciudad encendidas en las avenidas, luz verde y eléctrica, amor desesperado por las avenidas de la ciudad imaginada. «El perseguidor», de Julio

Cortázar, era un cuento que trataba de Charlie Parker. Según muchos críticos era el mejor cuento de Cortázar. Johnny, el protagonista de «El perseguidor», era un genial saxofonista de jazz que tenía problemas con las drogas, y que en una sesión de grabación en la que estaba en un estado físico lamentable por culpa de sus muchas adicciones, graba una versión inolvidable del tema *Amorous*, en el que improvisa un solo quebrado, íntimo, infinitamente lírico y vulnerable, que los otros personajes del cuento escuchan una y otra vez con asombro y lágrimas en los ojos. Era una versión algo romantizada de lo que sucedió en la célebre sesión del 29 de Julio de 1946 en Hollywood, cuando Charlie Parker grabó *Lover Man* con el grupo del trompetista Howard McGhee. Charlie Parker casi no podía andar, casi no podía sostener el saxo entre los dedos, pero acudió al estudio de grabación de todos modos, sin duda para no incumplir su contrato. El pianista era Jimmy Bunn, que hace una preciosa introducción al tema *Lover Man*, esa que hemos escuchado tantas veces, y luego entra Charlie Parker y toca su solo desencajado, roto, chirriante, infinitamente lírico. Un fracaso artístico, una lección que no deberían aprender los estudiantes de saxo, pero a pesar de todo una obra maestra de *belleza convulsa*, de música del siglo xx. Porque ¿qué es el siglo xx sino ese dolor chirriante, esa deformación de la belleza en el espejo convulso de la droga, del alcohol y de la muerte? Amor de las ciudades. Poesía del grito. Grito de los ejecutados en Auschwitz, en Kolimá, de los ajusticiados en los robles de Georgia, el «extraño fruto» del que hablaba Billie Holliday en una canción horriblemente triste. Amor de los perdedores y de los perdidos. Amor de los deformes y de los enfermos. Amor de los muertos. Amor de los espíritus. Amor de humo, amor de nube, amor de célula moribunda al borde de un paisaje de detritus. Grandes aves de alas negras entre las humaredas blancas del basurero. No, esos blancos girones no son niebla, y esas aves no son nobles águilas o cóndores de las cumbres, sino gallinazos de la basura. Muerte, miedo, música verde por los canales de la ciudad del León. Charlie Parker viajando en metro toda la noche, recorriendo el triste laberinto de ratas que es el metro de Nueva York, subiendo del norte al sur de la isla. Y las líneas infinitamente elegantes del bebop, que Mateo escuchaba atónito en el sofá de su casa sin saber qué era lo que estaba escuchando, sin saber dónde se estaba metiendo. Colores de la muerte. Colores de la mente. El siglo xx, el hierro doblado, la piel negra y dolorida, el grito, el grito, la poesía del grito. La elegancia de Bird, de Dizzy, de Fats, de Howard McGhee, la económica elegancia de Miles, la florida elegancia de Bud Powell, sus solos estremecedores, el estertor de soledad que dejaban tras de sí, como si lo que hubiera pasado no fuera un sendero de notas, sino una lluvia de lágrimas. Y aquellas lágrimas negras como perlas de petróleo brillaban como joyas en mitad de la oscuridad. Era el brillo de una alegría incomprensible, la alegría de los que lo han perdido todo pero a pesar de todo saben que reinan en la belleza, que tienen la belleza agarrada en la mano como un niño que sostuviera el

rabo de hielo de millones de kilómetros de un cometa. A pesar de todo. Y entonces Mateo se dijo que aquella intensidad debía ser conocida y experimentada, que aquella belleza de la noche y del amor en las ciudades, de su caminar por las avenidas nocturnas de Madrid debía ser vivida y explorada, y que aquellos acordes que entrechocaban entre sí debían ser explorados y sentidos en las terminaciones nerviosas de los dedos. Y sintió que aquella era una lengua, una posibilidad de hablar. Porque los que no pueden hablar escriben, o cantan, cantan con los dedos, hacen hablar a los dedos y a las curiosas y retorcidas creaciones de sus dedos: laberintos del bronce, de la melodía o de las palabras.

Ahora sólo quería tocar jazz, y se pasaba el día escuchando jazz y buscando partituras de jazz y libros y métodos de jazz, y estudiando, y transcribiendo solos, y maravillándose de que fuera tan difícil hacerlo.

Estaba Mateo muy preocupado aquellos días porque el jazz era la música de los negros y él no era negro, de modo que nunca podría tocar jazz, y en el caso de que encontrara músicos de jazz serían negros y le dirían sin duda que él, que era blanco, no podía tocar con ellos, o bien tocaría con ellos y sería un desastre y los otros músicos se mirarían entre sí negando con la cabeza y diciendo: es evidente que no es negro, Dios mío, qué desastre, qué vamos a hacer con este blanco de mierda. No sabía entonces que el mundo del jazz estaba lleno de músicos blancos y que algunos de los pianistas más importantes del jazz moderno, Lennie Tristano, Bill Evans, Keith Jarrett, Al Haig, Dave Brubeck, eran blancos, y que en Europa, como es evidente, casi todos los músicos de jazz eran blancos, empezando por el gran Tete Montoliu, que era blanquísimo, blanco palidísimo, aunque él afirmaba que él era negro «como todos los catalanes». Iban al colegio mayor San Juan Evangelista a ver tocar a Tete Montoliu con su trío, y de la imagen majestuosa del gran pianista catalán sentado en el piano con sus gafas negras sacó Mateo la imagen de su personaje Montoliu, Agustín Montoliu, un genial profesor que había descubierto el efecto de los efectos, el efecto que llevaba su nombre.

El profesor de música del Ramiro, el Señor Galán, le presentó uno de aquellos días a Fabricio diciéndole que era un chico que tocaba la guitarra y que también tocaba jazz. Sucedió en alguna fiesta del instituto, de las que celebraban en las salas que estaban debajo del cine. El hecho es que allí estaba Fabricio, sentado en una silla con su guitarra electroacústica sobre la rodilla, con su oscuro pelo rizado y sus bigotes y su redondo rostro de gato y sus ojos entrecerrados de gato y su pañuelito de artista al cuello y sus uñas rarísimas, cortadas y afiladas como garras y enrojecidas y tratadas con pegamento Imedio para rasguear con más facilidad la guitarra.

—Mira, éste es Fabricio —dijo el Señor Galán, muy serio, porque siempre estaba muy serio y muy nervioso y como enfadado—. Él también toca jazz.

Los dos se miraron.

—¿Tú tocas jazz? —le preguntó Fabricio.

—Sí. ¿Tú tocas jazz? —preguntó Mateo, completamente fascinado, ya que estaba convencido de que tenía frente a sí al primer músico de jazz de carne y hueso que veía en su vida.

—Sí —dijo Fabricio imperturbable—. Tengo un grupo. ¿Con quién tocas tú?

—Con nadie —dijo Mateo—. Todavía. Estoy en el Conservatorio.

—¿En el Conservatorio? —se asombró Fabricio—. ¿Qué haces en el Conservatorio?

—Estudiar música —dijo Mateo, un poco a la defensiva—. Si te parece...

Hablaron un rato y es posible que Fabricio tocara un poco, algún veloz punteo estilo John McLaughlin, que era lo que más le gustaba en esa época, la Mahavishnu Orchestra, *Birds of fire*, pero aquello podría haberse quedado allí sin haber ido más allá de no haber sido porque al día siguiente cuando Mateo salió al recreo se encontró a Fabricio que surgía por entre el aire lleno de polvo por los partidos de fútbol y por entre las hojas de los castaños de Indias y los gritos alegres y salvajes de los más pequeños, caminando directamente hacia él, muy serio, con el estuche de su guitarra en la mano y con su pañuelito al cuello y con la misma expresión reconcentrada y los mismos ojos entrecerrados y le decía:

—Te estaba buscando.

Se pusieron a caminar por los terrenos del Ramiro, bajando en dirección a la cruz, donde había más tranquilidad y menos gente. Y Fabricio comenzó a hacerle preguntas sobre el Conservatorio. ¿Qué estudiaba allí? ¿Cuántos años llevaba allí dentro? Él, le explicó, nunca había querido ir al Conservatorio y estaba aprendiendo música por su cuenta, y tenía además un profesor, un austríaco que se llamaba Norbert y le estaba enseñando acordes de jazz. Pero ¿sabía Fabricio leer música?, le preguntó Mateo con esa seguridad en sí mismos que tienen siempre los que pertenecen al sistema. Fabricio le dijo que claro que sabía leer música, pero que aquello no era importante, que en el Conservatorio te deformaban y te hacían perder la espontaneidad.

—Pero ¿qué es lo que aprendes en el Conservatorio? —preguntó Fabricio—. ¿Aprendes a componer? Nadie te puede enseñar a componer.

—Te pueden enseñar todo —dijo Mateo.

—¿Tú compones? —preguntó Fabricio—. ¿Qué compones?

—Óperas —dijo Mateo—. Sinfonías, poemas sinfónicos, obras para gran orquesta, cuartetos de cuerda, sonatas de piano, canciones para voz y piano...

—¿Óperas? —dijo Fabricio fascinado—. ¿Tú has escrito una ópera?

—Escribí el primer acto de una ópera hace tiempo. Ahora estoy escribiendo una ópera dodecafónica. He aprendido cómo funciona el sistema con varios libros, uno de Ernst Krênek y otro de Rudolph Reti, y estoy escribiendo una ópera sobre *La casa de*

*Bernarda Alba.*

Fabricio no tenía ni la menor idea de lo que era *La casa de Bernarda Alba*.

—No es que me guste mucho esa obra —dijo Mateo—, pero como todos los personajes son mujeres, eso me permite escribir sólo para voces femeninas, que es lo que más me gusta.

—Hostia —dijo Fabricio—. Pero ¿tú sabes escribir música dodecafónica?

—No es muy difícil —dijo Mateo—. He estado leyendo análisis de obras de Schönberg y de Webern, viendo cómo usan ellos las series...

—A mí no me gusta la música clásica —dijo Fabricio, pero esta vez el curioso brillo de frustración que había siempre en sus ojos tenía un sentido distinto.

—A mí es la música que más me gusta. Especialmente Wagner.

—¿Wagner?

—Sí.

—Y entonces, ¿por qué tocas jazz?

—También me gusta el jazz —dijo Mateo—. Me intriga, no lo conozco bien, es algo nuevo para mí. Además, la música clásica es imposible —dijo Mateo—. Te obliga a apartarte del mundo y a estar siempre aislado. Es como un gran ídolo de piedra ante el que tienes que inmolarte entero, entregarle tu piel, tus huesos, tu sangre, tu corazón, tus ojos, y después de todo eso el ídolo sigue con la boca abierta chorreando sangre y diciendo: «Más, más, quiero más».

—Joder —dijo Fabricio.

—Quiero vivir —dijo Mateo—. Quiero salir de la cárcel y vivir.

—La cárcel... —dijo Fabricio—. Pero la cárcel está en todas partes.

—¿Estás en tercero? —le preguntó Mateo con curiosidad, porque no le daba la impresión de que aquel extraño Fabricio fuera un año más joven que él.

—Sí —dijo Fabricio con aire de profundo fastidio, casi con brillos de ira en sus almendrados ojos de gato—. Perdí un año. Estaba en Bilbao, en un colegio de curas, y perdí un año y ahora tengo que estar en tercero, con esa pandilla de bebés.

—Ah.

—¿A ti te gusta este sitio? —preguntó Fabricio.

—Sí —dijo Mateo—. Me lo paso bien. Llevo en el Ramiro desde que tenía seis años.

—Joder —dijo Fabricio—. ¿Llevas aquí toda la vida, en un colegio sin tías?

—¿Y yo qué voy a hacer? —dijo Mateo—. Además, en tu colegio de curas tampoco habría tías.

—No, pero ya me las buscaba yo por mi cuenta —dijo Fabricio.

Aquel concepto le resultó a Mateo peculiar. ¿Cómo puede uno «buscarse tías»? ¿Cómo podía hacerse, o incluso pensarse, una cosa así? ¿Qué hacía Fabricio, salía a la calle, a los parques, a los bares, para «buscarse tías por su cuenta»?



—Yo odio este sitio —dijo Fabricio señalando vagamente a los edificios del Ramiro que les rodeaban—. Odio este sitio. Además, yo le caigo mal a todo el mundo.

—Ah, ¿sí? —dijo Mateo.

—Yo siempre le caigo mal a todo el mundo —dijo Fabricio, con un brillo de frustración en los ojos—. Los de mi clase son una pandilla de cretinos. A mí me parece que éste es un nido de imbéciles. Es como si os... como si los educaran para ser imbéciles profundos. Mira a los de la Demencia. Van por ahí gritando por la calle. Y el QTR ese. Hace falta ser un imbécil profundo para ir poniendo pintadas por las paredes de «Que Trabaje Rita». Son peores que los de los colegios de curas. Y el periódico ese que hacen, *Somos*. ¡Qué pandilla de maricones! Haciendo «críticas de discos»... haciendo concursos de redacciones para caerle bien a los profesores...

—No es un concurso «de redacciones» —dijo Mateo muy ofendido—. Es un concurso literario.

—¿Sí? —dijo Fabricio mirándole con curiosidad, quizá divertido—. ¿No estarás tú metido en eso?

—Pues sí —dijo Mateo—. Estoy metido en «eso».

—¿Estás tú en *Somos*?

—Pues sí.

—Y no estarás tú metido en el QTR, ¿no?

—No —dijo Mateo—. Pero el que se lo inventó es amigo mío.

—Hostia —dijo Fabricio.

El QTR era un «partido político» inventado por Fernando Liroz, cuyas siglas significaban «Que Trabaje Rita». Sólo contaba con dos miembros: Liroz, que era secretario general, y su gran amigo Javier Mengíbar, que era presidente. Los del QTR, como es natural, no tenían demasiadas actividades. Se limitaban a poner alguna que otra pintada. En una ocasión, Liroz celebró un mitin en la cruz al que asistieron cincuenta o sesenta personas. Aclaró que él representaba al QTR auténtico, que era el QTR © (la «c», que era un remedo de la «h» minúscula que ponían los del PSOE «histórico» significaba, por supuesto, «la cantaora»). Demencia era un movimiento con más seguidores, aunque no tenía cabecillas, ni ideología ni programa. Su logotipo era una D dentro de un círculo que recordaba a la A dentro de un círculo de los anarquistas. No era un movimiento organizado. Se limitaban a gritar «Demencia, Demencia, es la madre de la ciencia», a poner pintadas y a ir a bañarse en la fuente de los delfines de la plaza de la República Argentina el último día de curso. Los de Demencia (cualquiera podía ser de Demencia: bastaba con unirse al grupo y comenzar a gritar «Demencia, demencia, es la madre de la ciencia») se metían vestidos en la fuente, se subían a los delfines y entonces aparecían varias furgonetas de la policía y los perseguían, y ellos corrían por las aceras. Eran los famosos grises

que se dedicaban a dar porrazos en las manifestaciones y a disparar pistolas de goma y que a veces mataban a alguien *disparando al aire su arma reglamentaria*, pero ya eran inofensivos, tan inofensivos como los dementes de Demencia.

## Coca-Cola

Al día siguiente, se encontró con Fabricio en el recreo como por casualidad, y volvieron a retomar su conversación de frases sueltas y de silencios incómodos exactamente donde la habían dejado. Fabricio seguía muy serio, sin sonreír en absoluto, y seguía llevando su pañuelito de bohemio al cuello y su guitarra dentro de su blanco estuche laqueado. Estuvieron hablando todo el recreo, y Fabricio volvió a decirle que él siempre le caía mal a todo el mundo y que en su clase eran todos unos imbéciles, y volvió a preguntarle, muy interesado, por sus estudios en el Conservatorio, por sus viajes por Europa, por su padres.

—¿Quién era ese chico con el que hablabas? —le preguntó Pedro Rojo, que les había visto a los tres, Mateo, Fabricio y el estuche de la guitarra, sentados en los escalones de la Cruz.

—Toca la guitarra —dijo Mateo—. Es guitarrista de jazz. Tiene un grupo de jazz.

—¿Sí? —dijo Pedro abriendo mucho los ojos.

Al día siguiente, temiéndose que Fabricio iría de nuevo a buscarle, Mateo decidió esconderse y se perdió por los jardines de la Residencia, hundiéndose por esas mismas frondas donde una vez soñó que veía a Adán y Eva contemplando el edificio de El Corte Inglés de la Castellana. Al regresar al Hispano Marroquí se encontró allí a Fabricio con su guitarra, sentado en las escaleritas de ladrillo del edificio, haciendo guardia. Mateo sintió que se le encogía el corazón. ¿Ya nunca podría librarse de él? Nada más verle, Fabricio le saludó levantando una mano, y luego se puso de pie y se le acercó.

Echaron a caminar de nuevo, y de nuevo Fabricio comenzó a hablarle de lo mucho que le odiaba todo el mundo y de lo estúpidos que eran los de su clase y de las ganas que tenía de terminar aquel curso para no volver jamás al colegio.

—¿No piensas ir a la universidad? —preguntó Mateo.

—Claro que no —dijo Fabricio—. ¿Tú sí?

—Claro. Quiero estudiar Literatura. En realidad, escribir es lo que más me gusta.

—¿Escribir? ¿Tú escribes?

—Sí. Escribo desde que era niño.

—Tú todo lo haces desde que eras niño —dijo Fabricio, en un débil intento de humor.

—¿Sí? No sé.

—Pero ¿qué escribes?

—Ahora estoy escribiendo una novela que se llama *Ciro, la ilusionista*.

—A mí leer novelas me parece una chorrada —dijo Fabricio.

—Depende de qué novelas —dijo Mateo con tono cortante.

—Yo nunca leo novelas —dijo Fabricio.

—¿Por qué no?

Pasearon en silencio durante un rato, rodeando los campos de baloncesto que hay al lado del polideportivo llamado «la nevera».

—¿Tu madre es médico? —preguntó Fabricio, para quien los padres de Mateo parecían ser una continua fuente de fascinación.

—Sí.

—¿Y sabe ruso?

—Sí —dijo Mateo—. Es su segunda lengua. A veces pienso que en realidad es su primera lengua. Las cosas que escribe para ella siempre las escribe en ruso. Y cuando habla en sueños, habla en ruso. Eso es lo que dice mi padre.

—No me apetece pasar aquí todo el resto de la mañana —le dijo Fabricio entonces, desenfocando los ojos como solía hacer y mirando a lo lejos—. ¿Por qué no salimos a dar una vuelta?

Mateo hubiera preferido mil veces regresar al Hispano Marroquí y pasarse con Pedro lo que le quedaba de recreo charlando sobre el concepto de «figura» en Cortázar o sobre «Funes el memorioso», y además no debían de quedar ni quince minutos de recreo, pero no sabía decir que no, de modo que aceptó. Salieron por la puerta de Jorge Manrique y fueron bajando por Vitrubio en dirección a la Castellana. Luego fueron caminando hasta el monumento de Isabel la Católica que está al pie de la colina de los Chopos y se sentaron en el banco de piedra. El lugar era muy agradable: la escultura de la reina católica se elevaba en el centro de un pequeño estanque de forma irregular, alrededor del cual corría el banco de piedra. Por encima de ellos crecía el enorme cedro del Líbano que tanto gustaba a Mateo y que les ocultaba parcialmente la vista de la fachada del museo de Ciencias Naturales.

—¿Por qué habla ruso tu madre? —le preguntó Fabricio.

Ahora que estaban fuera del Ramiro, en el aire común de la ciudad, parecía sentirse mucho más a gusto.

—Ha vivido la mitad de su vida en la Unión Soviética —dijo Mateo—. Se fue allí en la guerra civil, cuando tenía seis años, y estuvo allí dieciocho...

—¿Se fue allí en la guerra civil? —dijo Fabricio sorprendido.

—Claro. Muchos niños fueron. Los mandaban sus padres, para que no estuvieran debajo de las bombas.

—No lo sabía —dijo Fabricio.

Era como si los dos hubieran vivido en mundos mutuamente excluyentes. ¿Cómo podía Fabricio no saber que durante la guerra civil se habían llevado niños a la URSS? Todo el mundo lo sabía. Les llamaban «los niños de Rusia». Todo el mundo había oído hablar de «los niños de Rusia».

—Hay que volver ya —dijo Mateo señalando hacia lo alto de la colina—. Si no, llegaremos tarde a clase.

—Yo no voy a volver —dijo Fabricio, que se había recostado cómodamente en el asiento de piedra—. No me apetece pasarme la mañana en ese nido de imbéciles.

—¿Vas a hacer pellas?

En ese momento, Fabricio sonrió. Era la primera vez que Mateo le veía sonreír, y contempló el fenómeno con interés. Primero era una sonrisa que se insinuaba sólo en los ojos, como una especie de brillo en las pupilas, una especie de rapidísima vibración que bien podría ser de ira, o incluso de miedo. Luego se apoderaba suavemente de las comisuras de los labios de Fabricio, más bien de una de las comisuras solamente, un lado de la boca, que comenzaba a sonreír como con desgana, como sin acabar de decidirse del todo.

—Venga, vamos a tomarnos una caña —dijo Fabricio—. Yo invito.

Mateo no sabía qué decir. Fabricio le miraba con los ojos entrecerrados, quizá por el exceso de luz. Parecía un gato, un gato adormilado vagamente feliz, casi feliz, casi a punto de ser feliz. Le miraba como diciendo: «No me puedes negar una cosa tan pequeña».

—Vale —dijo Mateo finalmente.

Entonces la sonrisa de Fabricio fue completa. Sus ojos seguían brillando, pero cuando la sonrisa se extendía a ambas comisuras de los labios, el rapidísimo fulgor de sus pupilas parecía de pronto traicionar una inmensa tristeza, una insoportable sensación de frustración y de ansiedad. Muchas veces Mateo pensaría, en los años por venir, que nunca parecía Fabricio tan desdichado como cuando sonreía.

—El otro día me encontré con una antigua novia —le contó Fabricio cuando cruzaban la Castellana—. Iba con mi novia Meli, entramos en un bar y nos encontramos a Isabel, que es una tía que fue novia mía hace dos años, una tía preciosa, con el pelo negro larguísimo y ojos verdes. Y estaba allí, todavía más guapa que como la recordaba, con los labios pintados, maquillada, preciosa... Y entonces me puse muy nervioso, y decidí hacer como si no la conociera, no sé por qué, pero al entrar para sentarnos en el fondo pasamos por su lado y ella me ve, se levanta muy contenta y me dice «¡Hola, Fabricio!», y casi pensé que se me iba a tirar a los brazos, la tía. Y entonces voy yo y le digo muy serio: «Hola, ¿quién eres?». Y ella me dice: «¿Cómo que quién soy? ¿Estás loco?», y Meli sonriendo, toda cortada, y diciendo: «Pero Fabricio, ¿por qué dices que no la conoces?». Y ella «eso, Fabricio, ¿por qué me preguntas que quién soy?». Y al final, claro, las dos supermosqueadas conmigo, Isabel y Meli. «Te juro que hace dos años que no la veía», le digo a Meli, «así, de pronto, no caía en quién era.» Y Meli diciéndome «seguro que te la estás tirando también a ella... seguro que te gusta porque se pinta los ojos...». Porque Meli es la hostia, no se pinta jamás. Y tiene unos ojos bonitos, pero como es *hippie* no le da la gana pintarse.

—Pero ¿por qué tuviste esa reacción? —preguntó Mateo—. ¿Por qué le dijiste

«hola, quién eres»?

—No sé. Me puse nervioso... nervioso. Con las tías hay que tener siempre tanto cuidado con lo que dices, con lo que no dices, con cómo lo dices... Pero al final siempre se mosquean. Conmigo siempre se mosquean, aunque yo intente hacer las cosas bien.

Se fueron hasta Martínez Campos, al mismo bar donde unos días atrás Fabricio se había encontrado con su exnovia Isabel. Mateo no entendía por qué pasaban de largo por tantos bares y finalmente Fabricio le explicó que su intención era volver a aquel mismo bar para ver si se encontraba a Isabel.

—Pero ahora no estará —dijo Mateo—. Estará en clase.

Fabricio suspiró profundamente.

—Sí, es cierto... Pero ya sabes, hay que conocer el terreno... Además, cuando yo salía con ella, se fumaba la mitad de las clases.

—¿Para qué quieres verla?

—Joder tío, cuando era mi novia no se pintaba, ni se maquillaba... No estaba ni la mitad de buena que está ahora. Desde que me la encontré el otro día no he dejado de pensar en ella.

—Pero si tú ya tienes *una* novia...

—Ya... —dijo Fabricio, su rostro ahora iluminado por una plena sonrisa de felicidad—. Pero a veces se puede hacer un esfuerquito...

Cuando llegaron al bar, se dirigieron directamente a la barra. El bar era pequeño, y se veía de un vistazo que Isabel no estaba allí. Era uno de esos bares verdosos, con una pared de cristal ahumado y un mostrador de aluminio en el interior.

—Dos cañas —dijo Fabricio señalando el triple grifo que presidía el bar.

—No, un momento —dijo Mateo—. Yo quiero una Coca-Cola.

—¿Tú tomas Coca-Cola? —le preguntó Fabricio descompuesto.

—No me gusta la cerveza.

—¿Tomas Coca-Cola? —le dijo, ahora con gesto de cachondeo.

—Sí, tomo Coca-Cola.

—Bueno, pues una caña y una Coca-Cola.

Fabricio levantó su vaso y lo chocó con fuerza con el de Fabricio.

—Salud —dijo.

El brillo de sus ojos era ahora feliz, pero no había perdido ese curioso fondo de tristeza y de ansiedad. Mateo le miraba con interés. Veía que Fabricio se sentía a sus anchas en aquel bar, sentado en su taburete alto, un codo sobre la barra metálica, un vaso de cerveza en la mano. Él nunca había conocido a nadie así. Casi ninguno de sus amigos tenía novia, y no conocía a ninguno que hubiera tenido varias novias o que pretendiera, como al parecer pretendía Fabricio, tener varias al mismo tiempo. Sus amigos no se iban de cañas en mitad de la mañana, ni vivían en pisos alquilados ni

tenían padres separados como estaban, seguramente, los padres de Fabricio.

—¿Siempre tomas Coca-Cola? —le preguntó Fabricio.

—Normalmente tomo té con leche —dijo Mateo intentando preservar un mínimo de dignidad—. Pero no me gusta el té de los bares.

—Tengo muchas cosas que enseñarte —le dijo Fabricio; y luego añadió, como informándole de que había cometido un error imperdonable en un examen—: Sólo los pardillos toman Coca-Cola.

—Oh, gracias —dijo Mateo—. ¿Me ayudarás a dejar de ser un pardillo, oh gran Fabricio?

—¡Cuenta con ello! —dijo Fabricio; y luego añadió, poniendo acento de tipo duro—: ¡A ti te voy a hacer un hombre yo, coño!

Ya iba por la segunda cerveza.

## Ifigenia

Uno de aquellos días acabaron en casa de Fabricio, un piso de Infanta Mercedes algo oscuro, algo frío, que estaba amueblado de esa forma anónima pero curiosamente acogedora que suele ser característica de los pisos alquilados. Era un piso interior que daba a un patio de tender la ropa y en el que había siempre una luz tenue y plácida y un curioso silencio roto sólo por las melodías y las voces sollozantes de radios lejanas.

Estaban en la cocina investigando en la nevera cuando apareció Ifigenia, la hermana de Fabricio. Era una muchachita pálida, poco agraciada, con expresión obstinada.

—Ifigenia quiere ser escritora —dijo Fabricio—. ¿Por qué no le enseñas a Mateo el libro que estás escribiendo, Geni?

—No me llames así, Famito —dijo Ifigenia.

Al parecer, los hermanos se odiaban cordialmente.

A pesar de todo, fue a su cuarto y trajo tres folios escritos a máquina. Mateo los leyó inmediatamente. Eran un calco meticuloso del estilo de García Márquez en *El coronel no tiene quien le escriba*, y revelaban un dominio de las palabras, una gracia para contar y un talento absolutamente deslumbrantes.

—Esto es maravilloso —dijo Mateo.

Y volvió a leerlas otra vez, ante la mirada intrigada y divertida de los dos hermanos.

—Es deslumbrante —dijo Mateo al terminar—. Se parece mucho a García Márquez, pero se nota que tienes verdadero talento.

El orgulloso autor de *Ciro, la ilusionista*, pretendía animar a la hermana pequeña de su amigo, que parecía una muchachita brillante, quizá genial. Pero Ifigenia no pareció especialmente complacida de oír sus comentarios, y enseguida Mateo comprendió que Ifigenia, la pequeña Ifigenia, no le había dejado su manuscrito para saber cuál era su opinión, sino para demostrarle de lo que era capaz.

—Qué tontos sois —les dijo más tarde, antes de levantarse de la mesa de formica de la cocina para regresar a su cuarto—. Qué tontos sois los dos.

Al parecer iba a un colegio de monjas, sacaba matrícula de honor en todo y era, le explicó Fabricio, una beata de las de misa y comunión diaria. Nadie entendía de dónde había sacado Ifigenia aquella vocación religiosa, que no era probablemente más que una simple maniobra para distanciarse de su madre y para diferenciarse de su hermano. Ifigenia era una de esas hermanas pequeñas nacidas a la sombra de un primogénito brillante y sempiternamente oscurecidas por sus logros.

Uno días más tarde, Fabricio le presentó a su novia, una muchacha muy guapa y muy pasota que se llamaba Meli. Meli tenía una larguísima melena rubiocastaña muy



rizada, iba siempre con vaqueros y con botas y estudiaba primero de Sociología en la Complutense. Fabricio y Meli se pasaban la mitad del rato besuqueándose y la otra mitad discutiendo a gritos. Ella vivía en el barrio de la Concepción, y cada vez que se despedían, Fabricio y ella tenían que pasarse una media hora en el portal de ella besándose y diciéndose tonterías, un trabajo que dejaba extenuado a Fabricio y también a Mateo, que reflexionaba que si para tener contenta a una novia había que someterse a tales sesiones mareantes de besuqueos y dulces tonterías de enamorados (se llamaban el uno a otro Cusita y Famito), entonces era casi mejor no tenerla.

El padre de Meli trabajaba en Iberia y tenía montones de horas de vuelo gratis, y la hermana mayor de Meli trabajaba también en Iberia y tenía montones de horas de vuelo gratis, y Meli, a pesar de que estudiaba Sociología, tenía también el sueño secreto de meterse a trabajar en Iberia y tener así ella también montones de horas de vuelo gratis, aunque sabía que debía resistirse a la tentación porque si entraba en Iberia ya no podría hacer ninguna de las grandes cosas que deseaba hacer en la vida. Era muy guapa y tenía unos ojos grandes y lánguidos adornados con ojeras moradas que la hacían parecer mayor de lo que era, pero Fabricio se desesperaba con ella. Le desesperaba su forma de hablar, le desesperaba que dijera «ej que», que soltara tantos tacos y que nunca quisiera ir arreglada. En una ocasión tuvieron una terrible discusión porque, al regresar de un día en La Pedriza, Meli no quiso pasarse por su casa para cambiarse de ropa e insistió en salir por Madrid llevando los gruesos pantalones de pana y las botas de montaña de la sierra. Meli y Mateo se hicieron amigos al instante, y enseguida Meli empezó a decir que Mateo era un tío alucinante y que no entendía por qué se había hecho amigo de Fabricio, que sería un genio de la música pero no tenía ninguna sensibilidad y no entendía a las mujeres. Siempre estaba denigrando a Fabricio, en público y en privado.

Los padres de Meli tenían un chalé en El Barraco, en la provincia de Ávila, y se fueron allí todos un fin de semana para tocar en el garaje y *montar temas*, una expresión que Mateo oía por primera vez en su vida. Mateo, que jamás había tocado en ningún grupo, estaba emocionado y también muerto de miedo, ya que, según le había contado Fabricio, todos en el grupo eran unos verdaderos virtuosos, empezando por Jorge, el bajista, que tocaba como Jaco Pastorius. Mateo estaba tan emocionado que se compró un pequeño piano eléctrico, el primero de los varios que tendría. Pesaba como un demonio, pero tenía forma de maleta y era posible llevarlo bajo el brazo.

Y allá que se fueron en el autobús de línea, Mateo y Fabricio sentados codo con codo en el autobús mientras fuera todo estaba gris y llovía interminablemente y el paisaje de henares de Castilla se transformaba en roquedales y jarales. Durante ese viaje Fabricio le contó a Mateo gran parte de la historia de su vida. Le contó que era de Colombia, lo cual explicaba los ocasionales deslices entre «s» y «z» que cometía

al hablar y explicaba también que no hubiera oído hablar nunca de los niños de Rusia, le contó que había llegado a España con doce años y que en Bogotá habían tenido una vida de millonarios. Le habló de su padre, quizá por primera y última vez, le habló de una familia de ministros y de jueces, de políticos y empresarios, de helicópteros y de yates, de alcohol y de drogas, de islas privadas y escándalos financieros. Le habló de las leyendas de su infancia, de la chica que les cuidaba cuando eran niños, que un buen día desapareció cuando estaban en la playa y a partir de entonces les dijeron que Maita se había ido a Venezuela, donde tenía una tía, y su hermana Ifigenia había escuchado una conversación de los mayores a la hora de la siesta y se había enterado de la verdad: que Maita no estaba en Venezuela con su tía, sino en la panza de un escualo color perla, que se había alejado tanto nadando que la habían atacado los tiburones y lo único que había quedado de ella había sido un brazo que la policía había encontrado unos días más tarde en una playa abandonada, un brazo con una pulsera que era sin duda la pulsera de Maita y con un anillo que era el mismo anillo que le había regalado su novio, que era un albino que se llamaba Amelio y era de Cartagena de Indias y hablaba con esa «s» tan rara que tienen los de Cartagena de Indias. Le habló de su llegada a España después de la separación de sus padres, le habló de sus meses de esplendor en un hotel de Madrid, un lujoso hotel de la Castellana donde vivieron los tres como príncipes hasta que un buen día, un día cualquiera después del desayuno, su madre les subió a la habitación, les dijo a los dos que se sentaran y les explicó con aire casual:

—Está bien, hijitos, ya se nos gastó todo el dinero. Y ahora díganme qué hacemos.

Como su madre tenía una antigua amiga en Bilbao, cogieron un tren y viajaron al norte, y se presentaron en casa de Lucita y vivieron en Bilbao varios años, años algo confusos durante los cuales Fabricio había ido a un colegio de curas (donde, según le contó, lo había pasado tan mal que sentía que habían empezado a salirle cuernos de diablo en la cabeza), había empezado a tocar la guitarra y se había hecho muy amigo de Ander, el hijo de Lucita, que era tres o cuatro años mayor que él y vivía en una especie de comuna en una torre de piedra en mitad del campo, en un paraje tan apartado que por la noche venían los ciervos y los tejones a comer en los cubos de basura. Ander había sido algo así como su maestro, su *sensei*, y hablaba de él con admiración y con odio, le dijo que era una de esas personas a las que uno sólo puede amar de forma incondicional o bien odiar hasta el fondo de los huesos, y que él había pasado varias veces por ambos extremos, y que en una ocasión había estado incluso planeando matarle. Algo más tarde, Ander se fue a Londres para evitar hacer el servicio militar y estuvo por allí viviendo con una mujer mayor que él, una mujer india o pakistaní que trabajaba en una embajada, ya que, según le contó, el sueño de Ander era hacerse gigoló y vivir de las mujeres, y aquella mujer (según le contaba en

las postales que le mandaba) era muy sabia y le estaba enseñando muchas cosas de la vida, y todos en Bilbao, su madre y la madre de Fabricio, estaban muy preocupados por él, porque estaban convencidas de que se había metido en el mundo de las drogas. De modo que su madre, que tenía amistades en el Estado Mayor, le arregló lo de la deserción, y Ander volvió y sólo tuvo que hacer el campamento, tres meses de marchas y de cavar zanjas y de arrastrarse por el suelo y de disparar con fusiles anticuados, y luego regresó a Bilbao y decidió que quería ser escultor y se puso a vivir en una gran casa de tres pisos llena de artistas y de lunáticos, una casa donde todo el mundo estaba siempre desnudo, o dormido, o borracho, o drogado. Una de las veces que fue a visitarle a aquel paraíso del cannabis y la amapola, Fabricio se lo encontró desnudo persiguiendo a una chica desnuda por un largo pasillo y tirándole tomates maduros que se estrellaban en su espalda blanca manchándola de rosa. Aquélla fue la primera mujer desnuda que vio en su vida, y también la primera con la que hizo el amor. Ander se la ofreció con toda naturalidad, y ella le dijo que si le apetecía, ella encantada. Fabricio era entonces un niño puro e inocente, pero nada más entrar dentro de la suave y complaciente amiga de Ander supo que aquello era lo mejor que había en la vida, y que pensaba volver a hacerlo todas las veces que pudiera. Ander estaba realmente metido en el mundo de las drogas, estaba traficando y le detuvieron, le juzgaron por posesión y tráfico y le metieron en la cárcel. Y aquí comenzaba la leyenda de Ander, porque él solía hablar con desenvoltura de cuando estaba en la cárcel, y siempre aseguraba que no había sido una experiencia especialmente dura, aunque sí aburrida, pero era difícil saber cuánto tiempo había estado, si había estado tres meses o tres años. Y estaba también la cicatriz blanca que le cruzaba la cara. ¿Se la habían hecho en la cárcel, o había sido en un accidente de moto? Ander siempre dejaba esas preguntas en el aire con una sonrisa, quizá porque la respuesta era menos interesante de lo que cualquiera podría libremente imaginar.

Finalmente Halma, la madre de Fabricio, se enamoró, o se encaprichó, de un hombre que trabajaba en Madrid y toda la familia se trasladó de vuelta a la capital. Ni Fabricio ni su hermana Ifigenia estaban dispuestos a aceptar que su madre se enamorara ni mucho menos que se encaprichara de nadie, y comenzaron a hacerle la vida imposible a Lucas, que así se llamaba el nuevo amor de Halma. Era ridículo pensar que Lucas pudiera ocupar el lugar que una vez había ocupado el padre de la familia, su lugar en la mesa, su lugar en el lecho. Halma les dijo «mis niñitos, ¿que ustedes no entienden que una mujer no puede vivir sola? ¿Que no comprenden que las personas necesitan compañía para no morir de pena y arrugarse como viejitos y morir como una cucaracha vieja?». Y Lucas, que era muy simpático, un hombre activo y atlético que trabajaba como guardaespaldas de un importante político de la época, jamás logró ganarse el respeto ni la consideración del altivo Fabricio ni de la retorcida Ifigenia, que le echaba ácido en la ropa y le destrozaba sus deportivos de

marca y sus polos favoritos, la retorcida Ifigenia que una vez le dijo a su madre que había sorprendido a Lucas espiándola cuando se vestía, y Halma se limitó a decirle a su hija que no difamara y que diciendo tonterías como ésa se destruía la reputación de las personas.

Quizá como respuesta a esta última ocurrencia, Halma se llevó a su hija a uno de los bares de *top-less* de Alberto Alcocer. Fueron allí con Ander y con Lucita, que estaban de visita en Madrid, y con Lucas, por supuesto, uno de esos bares en los que las camareras están desnudas y llevan sólo unas braguitas de fantasía y unos zapatos de tacón plateados, e Ifigenia, que iba a un colegio de monjas y estaba obsesionada con el pecado y con la religión, se echó a llorar al verse metida en aquel antro de depravación. Halma decía que la había llevado allí para que aprendiera un poco lo que era la vida, que estaba muy tonta su niña, muy ignorante de las cosas, y que convenía que se fuera despabilando un poco.

—¿Qué tiene de malo que muestren su pecho, pues? ¿Que no es lindo su pecho, pues? —le decía Halma a Ifigenia—. ¿No vio que estas chicas se están ganando así la vida, algo que usted no hace todavía? ¿En qué es usted superior a ellas, dígame?

Mateo siempre sintió una enorme simpatía por Halma, la madre de Fabricio. Las afinidades entre las personas suelen tener este carácter aparentemente arbitrario. Le encantaba el acento de Halma, ese estilo de hablar propio de los colombianos que consiste en hacer frases muy breves y delicadamente cinceladas y en expresarlo casi todo en forma de preguntas. Halma no decía «limpien la mesa», sino «¿no es cierto, niñitos, que van a limpiar la mesa?». No decía «mañana lloverá», sino «¿no es cierto que mañana lloverá?». A Mateo le fascinaban los consejos absolutamente materialistas, aunque astutos, que les daba siempre a sus hijos, su mezcla inconsecuente de interés y generosidad, su desdén por las normas y su respeto casi supersticioso por la opinión de los otros, su pasión por el disimulo y su necesidad de mentir continuamente y sin necesidad, una costumbre que la obligaba a ponerse en situaciones embarazosas todo el rato y a quedar mal con todo el mundo y, en fin, la pasión inconsecuente y temeraria con que se enfrentaba a todas las cosas, grandes y pequeñas. Al lado de Halma, le parecía que sus padres vivían en una especie de burbuja rosada y que llevaban una existencia apagada y aburrida. Admiraba a Halma por su realismo y porque hablaba de las cosas con una franqueza de la que sus padres, llenos de ideales de izquierda y, por tanto, también de prohibiciones internas y de imposibles ilusorios, eran totalmente incapaces. La admiraba porque era muy alegre, porque trataba a sus hijos como a iguales, porque tenía problemas sentimentales como las personas jóvenes y porque poseía la ingenuidad y la urbanidad exquisita de las personas poco cultas. La admiraba porque a pesar de que estaba llena de prejuicios y era en muchas cosas absolutamente superficial, tenía una capacidad infinita de admirarse por todo y de interesarse por las personas que le rodeaban, y la

admiraba porque era muy apasionada tanto en sus odios como en sus amores y porque se dejaba llevar por impulsos súbitos y parecía muchas veces más inexperta y más joven, más tierna y más ingenua que sus hijos. La admiraba por la misma razón que Fabricio admiraba a sus padres: porque nunca había conocido a nadie como ella.

Muchos años después, cuando Fabricio ya era un compositor conocido, Manuel Vicent le hizo una entrevista para *El País* dominical. Con su exhuberancia habitual, Fabricio invitó al periodista a comer a su casa de Collado Mediano, y se pasó el día entero con él hablando de todo lo divino y lo humano. Fabricio le explicó, entre muchas otras cosas, que conocer a la familia de Mateo, con sus libros y su música, había sido para él una experiencia crucial, dado que en su casa no había libros y no se daba la menor importancia a la cultura. Pero el comentario casual y simpático dicho en una sobremesa frente a una copa de coñac resultaba muy diferente al aparecer en la página del periódico, desnudo de afecto y de los matices aportados por el sabor del coñac y los distantes cantos de las abubillas de la sierra. Halma se sintió ofendida al leer estas declaraciones de su hijo, que la hacían aparecer, según decía, «como una persona inculta e insensible», y por alguna razón consideró que el culpable (si es que tenía que haber un culpable) era Mateo. A partir de entonces, siempre que se encontraba con Mateo le trataba con distancia y hasta con disgusto. Fabricio nunca pudo convencerla de que aquello que aparecía escrito en el periódico no reflejaba sus palabras en absoluto, ya que Halma sufría la superstición de la letra impresa, y estaba convencida de que todo lo que aparecía en letra de molde era verdad.

## Entrecruzados

Quedaban para tocar en casa de un amigo de Fabricio, un austríaco llamado Norbert que estaba liado con una chica española y acababa de tener un hijo con ella. Norbert era muy alto y tenía unos grandes bigotes rojizos, hablaba un español gangoso y casi ininteligible y tocaba con dedicación la guitarra y el sitar. Estaba siempre fumado, y cuando tocaban juntos, entraba en una especie de éxtasis. En realidad, todos entraban en una especie de éxtasis: tocaban sobre un acorde, o sobre uno de los bajos acrobáticos de Jorge, y se pasaban una hora o una hora y media sin parar, para desesperación de Meli y de Susana, la novia de Norbert, que languidecían las dos tumbadas en un sofá o jugaban con el niño, que era muy pequeñito, tenía unos ojos muy grandes y moqueaba todo el rato.

También conoció Mateo a Ander, el hijo de la amiga bilbaína de Halma, que era algo así como un primo mayor de Fabricio y con el que solían pasar semanas o fines de semana intensos y enloquecidos cuando él estaba de visita en Madrid. Como había sido *hippie*, desertor del ejército, gigoló, traficante de drogas y presidiario, el paso siguiente y casi inevitable para Ander era hacerse artista plástico, y ahora se pasaba todo el día hablando del arte conceptual y «haciendo contactos» entre artistas y galeristas. Le pasó a Mateo un libro de Victoria Combalía Dexeus titulado *La poética de lo neutro*, que era un ensayo sobre el arte conceptual, y Mateo le pasó uno de Alan Watts sobre el Zen, y los dos se enredaban en discusiones interminables en las que Ander a veces terminaba gritando en mitad de la calle, ya que gran parte de la vida que llevaban entonces tenía lugar en la calle, cruzando calles o bajando calles, en el laberinto de Azca o en los cómodos butacones azules del Billboard, sentados en la plaza de Olavide o en la plaza del Dos de Mayo, comiendo raciones en El pobre o en El paleta, tomando gin-tonics en El sol o en La vía láctea, disfrutando de las tormentas de Casa Pueblo o escuchando a la Canal Street Band en Manuela. El proyecto artístico de Ander consistía en construir objetos muy grandes, sobre todo gomas de borrar y sacapuntas, o bien en llenar una sala de exposiciones con trozos de cuerda con los que el público podía hacer las figuras que deseara. Una vez fueron con él a visitar a Nacho Criado, uno de los artistas conceptuales más famosos del momento, que les dijo que la única música que le parecía respetable era la que hacían Juan Hidalgo, el grupo Fluxus y desde luego su gran ídolo, John Cage, y que él aborrecía la música de Beethoven, típico ejemplo de artista vendido al poder. Mateo dijo que a él no le importaba si Beethoven estaba vendido al poder o no, que lo que le interesaba de Beethoven era su música y no su vida, y Nacho le dijo que era evidente que él era un artista reaccionario y burgués, lo cual a Mateo le molestó muchísimo pero también le encantó oírlo, porque era probablemente la primera vez que alguien le decía que era «un artista».

Fabricio y sus amigos bebían todos como diablos. Bebían cerveza a todas horas, y también gin-tonics, y cubatas, y whisky, y vodka, y ginebra a palo seco, y fumaban hachís a todas horas y también flirteaban con el LSD. Mateo comenzó a beber cerveza, y también comenzó a aprender los códigos de bebedor de Fabricio. Convenía evitar las bebidas dulces como si fueran la peste: nada de Cointreau, Tia Maria, Baileys y demás mariconadas, no sólo porque no eran bebidas propias de hombres, sino porque provocaban un dolor de cabeza al día siguiente como si la abuela del diablo te metiera una pata de gato seca por el oído para rasparte el cerebro con las uñas. Las bebidas apropiadas eran la cerveza, el whisky, la ginebra, el vodka y el ron. El coñac era aceptable, y el vino era excelente para las comidas, pero mezclaba mal con otras bebidas, de modo que si uno estaba bebiendo vino y luego cambiaba al whisky, sabía a lo que se exponía. En cualquier caso, el vino tinto era estupendo, el blanco no tanto y el rosado y el de aguja, definitivamente, propio de maricones o de nenas. El champán también era una mariconada. Lo mismo para el Oporto y para el vermut: bebida de maricones. El jerez, el fino, la manzanilla, el amontillado no estaban mal como aperitivo, antes de la comida, a una distancia suficiente como para poder emborracharse bien a gusto por la noche. La cerveza combinaba estupendamente con el vodka y con el whisky, y una de las cosas más estilosas que se podían pedir para beber era un buen whisky con una jarra de cerveza al lado, alternando un trago de una y otra bebidas, lo cual, como era de esperar, espantaba a los ignorantes, que lo consideraban un sacrilegio. Lo mejor para la resaca era el sistema homeopático, es decir, comenzar el día bebiendo a fin de «estabilizar el nivel de alcohol en sangre», según explicaba Fabricio, e ir edificando a partir de allí. Lo ideal era un bloody mary nada más despertarse, pero un par de cañas también funcionaban. Jamás había que acostarse borracho ni que tumbarse borracho. Cuando uno notaba que había bebido demasiado y que no podía hablar ni andar y notaba que todo le daba vueltas alrededor como un tiovivo había que intentar serenarse, mantenerse erguido, salir al aire fresco, mojarse la nuca y las muñecas con agua fría. Tomar café no servía absolutamente para nada, y tampoco tomar café con sal. Vomitar aliviaba bastante cuando uno estaba tan borracho que no podía ni hablar, pero era tremendamente desagradable, y Fabricio, por ejemplo, aseguraba que él no había vomitado jamás, y que no pensaba hacerlo nunca bajo ninguna circunstancia.

Fabricio tenía para todo listas de favoritos. Todo se dividía para él en cosas *alucinantes* y cosas despreciables, personas alucinantes o imbéciles profundos, bebidas para hombres de verdad o bebidas para maricones, música absolutamente genial o música basura. Mateo era, por esa razón, un tío cojonudo, pero todos los amigos de Fabricio eran una pandilla de cretinos: Federico porque era argentino y Fabricio no soportaba a los argentinos; Liroz porque había inventado el QTR y además porque era *boy scout*; Roberto porque imitaba a Jesús Hermida; Pedro Rojo porque

escribía en *Somos*; José María porque era un pijo; Miguel porque parecía maricón. El propio Mateo tenía también muchos rasgos propios del cretino común cuando Fabricio le conoció: sólo bebía Coca-Cola, no ligaba, era tímido con las chicas, no fumaba, se pasaba el día estudiando y había hecho una copia de *La Venus del espejo* de Velázquez con pinturas de cera Manley que tenía colocada en su cuarto. Menos mal que, gracias a su influencia beneficiosa, Mateo (que, de cualquier modo, seguía siendo tímido con las chicas y seguía sin fumar) estaba en vías de convertirse en un verdadero ser humano.

Cuando iba a casa de los padres de Mateo, Fabricio siempre se sorprendía por la cantidad de libros que había por todas partes. También le maravillaba la colección de discos y de partituras de Mateo, los gruesos tomos encuadernados en cuero desgastado de sus óperas de Wagner, las preciosas partituras de bolsillo de las sinfonías de Mahler, de las canciones de Hugo Wolf, de la *Missa Solemnis* de Beethoven. Se sentaban en la mesa del comedor y se pasaban horas escuchando música y tomando té con leche y tostadas con queso, una merienda inventada por Mateo que siempre tenía mucho éxito entre sus amigos. Un día Mateo le puso a Fabricio *Noche transfigurada* de Schönberg, en una versión para orquesta de cuerda dirigida por Jascha Horenstein, y Fabricio se volvió completamente loco. Volvieron a oír la obra otra vez, esta vez con la partitura, y Fabricio le pidió el disco y se lo llevó a su casa y a partir de entonces ya no hablaba de otra cosa más que de *Noche transfigurada*. Mateo tenía bastantes discos de Schönberg, tenía la primera y segunda sinfonías de cámara, el quinteto de viento, *Pierrot Lunaire*, *Moisés y Aarón*, las «Piezas para orquesta opus 31, *La mano feliz*, *Gurre Lieder*, y Fabricio oyó todas aquellas obras deslumbrantes, y oía también a Bruckner, a Mahler, a Wagner, pero volvía una y otra vez a *Noche transfigurada*, que se había convertido en su obra favorita de todo el repertorio. En una ocasión le pidió a Mateo que le transcribiera un solo de guitarra de un disco de Deep Purple «para un amigo», pero Mateo adivinó que el amigo no existía, que era el propio Fabricio el que había intentado tocar el solo sin lograrlo. Pero el rock, el rock sinfónico, el jazz rock, Mike Oldfield, Pink Floyd, King Crimson, le interesaban a Fabricio cada vez menos: su nuevo héroe era Arnold Schönberg y la segunda escuela de Viena. Así fue como se entrelazaron los destinos de Mateo y de Fabricio: cuando se conocieron, Mateo tomaba Coca-Cola y estudiaba piano en el Conservatorio y Fabricio oía a Deep Purple y a Jimmy Hendrix y se pasaba horas en los bares. Poco después, Mateo dejó el Conservatorio, se compró un piano eléctrico y se puso a tocar jazz, mientras Fabricio vendió toda su colección de discos de rock, se compró el *Tratado de armonía* de Schönberg y se pasaba el día escuchando *Noche transfigurada*. Ése fue su pacto, la forma de su amistad: un entrecruzamiento, una curiosa danza de entrecruzados. Cada uno descargó su fardo a un lado del espejo para permitir que el otro cruzara el umbral milagroso y lo tomara



para sí, cada uno se hizo libre enfrente del otro, se liberó de algo para que el otro lo cogiera, cada uno aceptó algo del otro.

Todas las cosas que tienen que ver con la libertad, con pedirla, con perderla, con luchar por ella, con dejar de soñar con ella, obligan a padecer sufrimientos atroces. La mayoría de los tratos que uno tiene con la libertad suceden cuando uno es joven y está todavía lo suficientemente insensibilizado contra el dolor como para resistir hierros que atraviesan la carne sin perder la sonrisa. Ese pájaro de la libertad no es hermoso ni benigno, se parece más a un quebrantahuesos que a una cigüeña, más a un buitre que a un quetzal. Es lo que nos hace humanos y es también nuestra mayor maldición. Extiende en nosotros la larga sombra del bien y la luz deliciosa del mal, nos sugiere ideas violentas y saltos al vacío de los que jamás saldremos bien parados, nos impulsa a buscar cosas hermosas e imposibles en una región oscura llena de polvo y de cadáveres medio devorados por la que no existen caminos y en la que siempre acabamos perdiéndonos. La libertad siempre es fea y siempre es excesiva y siempre duele y siempre exige un pago desmesurado. Es la hermana menor de la Muerte, y canta canciones lancinantes de colores tan intensos que casi hace daño mirarlos.

## Ángeles subterráneos

Miguel se lo contó a Mateo y a José María una de aquellas tardes. Habían quedado para ir juntos a la Fundación March, a escuchar un recital de Cristina Bruno, que tocaba una selección de sonatas de Scarlatti y la *Fantasía en Do mayor* de Schumann. Después del concierto echaron a callejear y terminaron en el pub Dickens, que está a un par de calles de la Fundación, y allí Miguel les contó, muerto de risa y con mucha cara de chino, lo que había pasado unos días atrás con un chico de su clase que se llamaba David Zúñiga.

David no iba bien en prácticamente ninguna asignatura. Era un chico simpático, de bonitos ojos verdes, cuyo principal interés era el deporte. Se pasaba el día corriendo, saltando, sudando y haciendo músculos, pero cuando tenía que ponerse con los libros era como si las letras y los números se entremezclaran. Miguel se ofreció a ayudarle a estudiar y David le invitó a su casa para que le explicara las cosas que no entendía. De modo que allí estaban los dos, en el cuarto de David, con el libro de Física abierto sobre la mesa, un par de Coca-Colas y una bandejita con patatas fritas. Y de pronto, les contó Miguel con mucha risa, los dos estaban metidos en la cama.

Aquello parecía muy extraño. Mateo no lo entendía. ¿Se metieron los dos en la cama de David? Pero ¿cuál era la razón? ¿El frío? ¿Hacía mucho frío en la casa de David? No era una época especialmente fría aquella, y además, estudiar los dos metidos dentro de la cama resultaría un poco difícil. Sobre todo si estaban comiendo patatas fritas y bebiendo Coca-Cola. Las sábanas acabarían llenas de migas. ¿Por qué se habían metido entonces en la cama? La historia era un poco extraña, y Mateo tenía la sensación de que no acababa de entenderla bien, o de que había algún dato importante que había pasado por alto, porque en realidad ni siquiera era una historia sino, más bien, una anécdota. Una anécdota sin importancia. Ahora Miguel se había detenido y les miraba a los dos muy divertido. Y entonces, por fin, Mateo comprendió. Un débil destello se iluminó en alguna zona de su cerebro, dos palabras se unieron entre sí, una noción se aproximó a otra. De pronto, ya había comprendido.

—Fue una sorpresa para mí —dijo Miguel—. Bueno, para los dos.

—Pero tú nunca antes... —comenzó a decir José María.

—¡No! —dijo Miguel—. Alguna vez lo había pensado, no digo que no. Pero todo ha comenzado con este chico. Desde principio de curso no sé qué me pasaba con él. Me sorprendía mirándole. Vamos, que me pillaba a mí mismo mirándole. Siempre está sudando, es como un niño grande, con esas botazas que lleva siempre. Hasta que un día pensé: «Tío, lo que pasa es que a ti este tío te gusta. A ti este tío *te gusta*».

—Yo tengo una curiosidad —dijo entonces José María, con su tono ligero y humorístico que ambos conocían tan bien.

—Tú dirás —dijo Miguel, juntando las yemas de los dedos de ambas manos y preparándose para adoptar su personalidad más solemne. Seguramente había percibido algo en el tono de José María que le había puesto a la defensiva.

—¿Cómo lo hacéis? —preguntó José María, sin mirar a Miguel directamente a los ojos y buscando la complicidad de Mateo—. Quiero decir que... ¡Esto es muy divertido!... Quiero decir que ¿quién se pone encima?

Miguel le miró con severidad y respiró profundamente. En estas ocasiones, parecía crecer entre cinco o diez centímetros de estatura y otros tantos años de edad. Se empujó las gafas sobre el tabique de la nariz con estudiada parsimonia y a continuación comenzó a responderle usando su tono más heladamente cortés.

—Nadie se puso encima —dijo fríamente. Y luego añadió—: Por suerte... ¡o por desgracia...! Hay muchas otras cosas que se pueden hacer.

Unos días más tarde, José María le confesó a Mateo que no se sentía cómodo en absoluto con las confidencias que les había hecho Miguel, y que pensaba que a partir de entonces ya no podría comportarse con él con naturalidad. Mateo se sintió sorprendido, porque siempre había considerado a José María una persona enormemente abierta, la persona más racional, moderna y tolerante que nunca había conocido. ¿Acaso no había sido José María quien le había leído ese pasaje de Max Frisch donde se dice que el progreso de la ciencia debería llevar aparejado un progreso y una evolución de la moral, y que normalmente las ideas morales y éticas se quedan atrasadas?

En cuanto a Mateo, aquella aventura homoerótica de su amigo no cambió en nada la relación que tenía con él. De hecho, pasada la sorpresa inicial, que Miguel se fuera a la cama con un compañero de clase le pareció algo casi inevitable teniendo en cuenta la enorme sensualidad de su amigo. Estaba convencido, por otra parte, de que aquél era un episodio aislado y que su amigo no era realmente homosexual. Eso mismo era lo que pensaba el propio Miguel. Afirmaba que los hombres le gustaban igual que las mujeres, pero que así como él había estado intensamente enamorado de varias mujeres en su vida, la idea de enamorarse de un hombre le resultaba inconcebible. Pero seguramente no era aquello lo que realmente sentía, sino lo que se había dicho a sí mismo que sentía. Somos tantos, son tantas las personas que nos habitan y tantas y tan complejas las vidas que viven cada una de ellas, que la verdad en nosotros no es nunca una sola cosa y puede convivir fácilmente con otras verdades igual de ricas y profundas. No vivimos una, sino varias vidas, y lo más triste de todo es que algunas de esas vidas no conocen en absoluto la existencia de las otras.

Como era de esperar, la historia con David Zúñiga no prosperó. Ahora, cuando Miguel y él se encontraban en clase se limitaban a sonreírse vagamente, pero ni siquiera se dirigían la palabra. Sin embargo, Miguel se dio cuenta enseguida de que aquél no era, no iba a ser un episodio aislado. Aquel primer encuentro homosexual

había despertado en él una especie de sexto sentido.

Pronto descubrió que tener aventuras con hombres era infinitamente más fácil que tenerlas con mujeres. Las mujeres estaban llenas de ritos, de protecciones, de contrafuertes verbales. Había que vencerlas con poesía, con atención, con devoción, con regalos. Con los hombres era diferente. Era amor *homosexual*, amor entre iguales. Era como hablar con un compatriota. Era como ponerse de acuerdo con alguien que tiene exactamente los mismos gustos. Era como proponerle a un cinéfilo pasar una tarde en el cine.

—Además, yo lo sé sólo con mirar a alguien, lo sé... —le contaba a Mateo bajo el gran cedro que crece frente al museo de Ciencias Naturales.

—Pero ¿cómo? ¿cómo puedes saberlo? —le preguntaba Mateo con curiosidad.

—No sé, es una forma de mirar, una especie de brillo en los ojos... La forma en que el otro te mira... No es nada que tenga que ver con los gestos, ni con el afeminamiento, porque eso del afeminamiento es un mito, la mayoría de los homosexuales no son afeminados...

—Ya.

—¿Tú lo notas? ¿A mí se me nota? —preguntó Miguel poniéndose una mano lánguida sobre el corazón para señalarse a sí mismo.

—No —mentía Mateo.

—Dime la verdad, ¿se me nota algo?

—Tú no eres afeminado —decía Mateo, lo cual era cierto, porque Miguel no era en absoluto afeminado pero sí era muy femenino, muy suave, muy refinado.

Era muy delgado, muy alto y con la piel amarilla de los hepáticos, aunque Miguel (ya lo hemos dicho) jamás sufriría del riñón en su vida, con una varonil nuez de Adán en su largo cuello y una especie de elegancia natural que le hacía sentirse a gusto en todas partes, en cualquier asiento y con cualquier ropa, y tenía una presencia imponente, casi principesca, sobre todo en invierno, cuando aparecía enfundado en un abrigo oscuro con las solapas subidas y con el cuello protegido por una gruesa bufanda, ya que era muy aprensivo y siempre tenía miedo de acatarrarse. Tenía la lengua afilada que es propia de los que se sienten en entredicho y una increíble capacidad de bondad, de afecto y de entrega, y aunque no era en absoluto afeminado sí es verdad que era muy femenino. Claro está que hay muchos hombres que son muy femeninos aunque no sean ni afeminados ni homosexuales. Cuando eran más pequeños, los otros salvajes de la clase le decían a Miguel con frecuencia que parecía una niña y le habían llamado a menudo «maricón», y es posible que ya desde muy joven Miguel hubiera desarrollado el hábito de disimular y de adoptar gestos conscientemente «masculinos». ¿Se le notaba? Para una persona sin prejuicios y con un cierto conocimiento del mundo debería ser evidente que Miguel era homosexual, pero el resto de los amigos de Mateo, el propio Pedro Rojo, y más tarde Rosa y no

digamos ya los padres de Mateo, que conocían a Miguel de toda la vida, se pasaron años y años sin acabar de explicarse por qué Miguel con veinticinco, con treinta, con treinta y cinco años nunca tenía novia, y sin caer jamás en la cuenta de que Miguel, al que todos admiraban y adoraban por su bondad, por su simpatía y su inteligencia, era homosexual.

—De todos modos —decía Miguel arrugando la nariz—, yo nunca me podría enamorar de un tío. La idea de enamorarme de un tío me parece rara, ¿no?... Pero me atraen los tíos, jo si me atraen... me atraen mucho...

—¿Tanto como las mujeres?

—Tanto como las mujeres, o a veces más, depende de la persona... Además, ¿tú sabes qué diferencia hay entre besar a un tío o besar a una mujer?

—Ni idea.

—Ninguna —decía Miguel—. Ninguna en absoluto.

El hecho es que un día, unas semanas o quizá unos meses después de su encuentro erótico con David Zúñiga, Miguel tuvo una experiencia curiosa. Iba en el metro y de pronto sus ojos se cruzaron con los de un hombre joven, unos pocos años mayor que él, que estaba recostado en la pared del vagón. Los dos apartaron los ojos, como exigen los buenos modales. Pero unos segundos más tarde, cuando el tren corría a toda velocidad por el túnel oscuro bamboleándose como una boa teniendo un orgasmo, los ojos de ambos volvieron a encontrarse como por casualidad, y entonces Miguel supo cuál era el sentido de la mirada del otro. Miguel supo que el otro sabía que él sabía. Era guapo, tenía el pelo rizado y la camisa entreabierta, y al mirarle mejor vio que era algo mayor de lo que le había parecido en un principio, cerca de los treinta. El tren llegó a la estación, y Miguel y el otro volvieron a mirarse, esta vez algo más abiertamente, sin sonreír, sin desafiarse, pero ahora sostuvieron la mirada unos segundos más. Y entonces se abrieron las puertas, y el otro, sin dejar de mirarle, salió del vagón. Miguel dudó un instante, y entonces salió también. Llevaba, según le contó a Mateo, un ramo de flores porque iba a casa de su tía Enriqueta, una de sus muchas tías abuelas, y le llevaba un ramo de rosas blancas, que eran su flor predilecta. Y salió del vagón con su ramo de rosas blancas y con una gran erección y con las rodillas temblorosas. No sabía adónde iba, y no sabía para qué había salido del vagón. El otro caminaba en dirección a las escaleras, y Miguel fue detrás de él, y subió las escaleras detrás de él, y al llegar al descansillo el otro se volvió y le miró, y los ojos de ambos se encontraron de nuevo. Parecía un ángel sucio, le contó Miguel más tarde, un ángel con alguna mancha por dentro, una mancha que no se veía pero se presentía, pero su exterior era adorable. Salieron del metro, Miguel con sus rosas blancas y sus rodillas temblorosas, y el otro fue caminando por las calles estrechas hasta un portal, sacó la llave y abrió la puerta. Estaban en el barrio de Chueca, frente a una de esas casas antiguas del barrio que en vez de portal tienen una vieja puerta de

madera que se abre directamente desde la calle. El otro sostuvo la puerta entreabierta y esperó a Miguel, que se acercaba con sus rosas.

—¿Subes? —le dijo el otro con voz amigable.

Miguel asintió, y los dos subieron juntos.

Jamás (le contaba Miguel a Mateo) había sentido tanto placer como en aquel paseo desde el metro, escaleras arriba y luego por las calles, sosteniendo un ramo de rosas blancas y siguiendo a un hombre desconocido que tenía alas de ángel. Ningún placer físico era comparable a aquella sensación que había tenido aquel día, aquella primera vez, ascendiendo por escaleras interminables con las rodillas temblorosas y la sensación de las espinas de las rosas en la palma de la mano a través del celofán. Y aquella puerta que se abría, y el ángel que decía «¿subes?», porque no hay felicidad comparable (le dijo Miguel a Mateo) a la expectativa de ser feliz.

Éste fue el principio de sus aventuras en el metro. Así fue cómo descubrió la manera de tener aventuras, y lo asombrosamente fácil que era. Era un juego: se hacía con los ojos, y había muchos que lo practicaban.

—¿Muchos? —se asombraba Mateo.

—No te imaginas.

Ahora Miguel se metía en el metro simplemente porque tenía ganas de amor, y sospechaba de que muchos de los que cogían el metro y viajaban por debajo de la tierra a toda velocidad no lo hacían porque fueran a ningún sitio sino sólo porque estaban sedientos de amor como él. Había descubierto (o había creído descubrir) que los mejores lugares eran el fondo de los vagones, el final de los trenes. El último vagón era siempre el mejor, según le contó a Mateo, ése era el lugar de los encuentros. ¿Quién lo había decidido así? ¿Quién lo había organizado así? Sin darse cuenta, Miguel había entrado a formar parte de una conspiración secreta de ángeles subterráneos que volaban bajo las calles de la ciudad buscando y regalando amor. Ahora él también formaba parte de la sociedad secreta, del club misterioso. Pero ¿cómo había logrado descubrirlo?, le preguntaba Mateo admirado. ¿Cómo había logrado descubrir que ellos se ponían en el último vagón del metro, que ése era precisamente el lugar? ¡Ah, pero si era muy fácil!, contestó Miguel. Porque todo sucedía con los ojos, y porque bastaba una mirada para saber si el otro era una persona vulgar y corriente o bien un ángel rodeado de su aureola invisible. Había además un cierto lenguaje corporal que era indetectable para las personas corrientes y que transmitía todo tipo de información sobre lo que uno buscaba u ofrecía. A veces, le contaba Miguel, uno podía saber incluso lo que un posible amante deseaba en la cama, lo que nunca haría o lo que estaba dispuesto a hacer, sólo con observar su postura, sus ropas, el gesto de sus manos o la postura de sus piernas. Había cosas que él no deseaba hacer, y muchas veces hasta se salía del metro y esperaba a que llegara otro tren por miedo a que el atractivo de un cierto arcángel moreno o castaño acabara

por llevarle a una situación embarazosa. Después de establecido el contacto, uno de los dos salía del vagón, y el otro le seguía.

¿Adónde iban? Normalmente a la casa del otro, o a veces a un portal desierto, o a una casa abandonada, en aquellos años en que en Madrid todavía había casas abandonadas o solares llenos de flores en mitad de la ciudad. Pero las casas abandonadas no le gustaban, le daban miedo, y a veces había ratas, o vagabundos durmiendo, y entonces todo resultaba todavía más sórdido. Eran mejores los portales solitarios, es increíble la cantidad de cosas que se pueden hacer en un portal solitario un día de lluvia, le contó Miguel. Nunca entraba en detalles, y Mateo tampoco le pedía que lo hiciera. Pero él imaginaba a su amigo en uno de esos grandes portales del barrio de Salamanca o de Chamberí, espaciosos como palacios, algo húmedos quizá, la escalera del cuarto de los contadores, el banquito que hay debajo de la escalera, le imaginaba entrando en aquellos espacios silenciosos y oscuros, caminando solo a lo largo de un largo corredor de baldosas amarillas y paredes de linóleo, adentrándose más y más hacia el lugar en que la sombra se hacía más cálida, como si Miguel hubiera descubierto la entrada a un Madrid secreto, el Madrid análogo del amor prohibido. Allí, entre las sombras, aguardaba el minotauro, un gran hombre toro negruzco, hecho de carbón y sueño, de humo y semen, y también una niña albina huía interminablemente por una galería acristalada que corría entre dos campos de girasoles. Y al final sólo quedaba tristeza, le contaba Miguel, sordidez, sensación de vacío.

—Ah, pero ¿te resulta sórdido? —le preguntó sorprendido.

—Pues claro. Cada vez que lo hago me juro que es la última y que no voy a volver a hacerlo. Pero es que es muy difícil resistirse... El juego, la atracción, todo eso está muy bien y es muy adictivo, genera un montón de adrenalina y es el juego de seducir, de dejarse seducir... pero luego, cuando lo has hecho, cuando lo único que te queda es ponerte la ropa, y abrocharte los pantalones y marcharte de la casa de ese tío del que no sabes ni el nombre y al que no vas a volver a ver jamás en tu vida, entonces te sientes sucio... sí, yo me siento fatal cada vez que lo hago... llego a mi casa y me doy una ducha... pero no puedo dejar de hacerlo... Unos días más tarde, o unas semanas más tarde, vuelvo a caer de nuevo...

A veces, el ángel del metro no era sino el anzuelo para un amante mayor, que atraía así a sus presas. Miguel nunca se sintió interesado por esos juegos. En una ocasión acabó en un piso antiguo en mitad de la mañana. El dueño de la casa, un hombre maduro de aspecto agradable, le condujo por un largo pasillo abarrotado de libros hasta una cama muy grande llena de muchachos de su edad desnudos, algunos de ellos con coronas de flores en la cabeza. Miguel contempló la beatífica visión de tantos cuerpos encendidos y hermosos y tantos falos rosados y erguidos, y sin decir ni una palabra se dio media vuelta y se marchó por donde había venido.

Sus viajes en metro se iban haciendo cada vez más peregrinos. Descubrió (o creyó descubrir) que había ciertas líneas, ciertas zonas, donde los encuentros se producían con más facilidad. Por alguna razón, quizá por una sensación de secreto corporativo, nunca quiso decirle a Mateo cuáles eran estas líneas ni estas zonas. De cualquier modo, ¿para qué quería saberlo Mateo? ¿Qué interés tenía en saber dónde se podía ligar con hombres? Era pura curiosidad de novelista, de protonovelistas, le decía Mateo, que estaba esos días terminando su primera novela, *Ciro, la ilusionista*.



# La lluvia de los inocentes

## 1953

¿Por dónde continuar ahora? No podía imaginar que en el armario de la biblioteca fuera a encontrar tantos tesoros escondidos ni tantos documentos de mi padre. Ahora los años se extienden sobre la mesa del comedor. Lo que fue tiempo es ahora papel amarillento.

Comienzo con los pasaportes. El primero fue expedido el 3 de Julio de 1952, el mismo día en que, doce años más tarde, nacería su segundo hijo. Si los viajes de mi padre terminaron en 1959, eso quiere decir que duraron unos siete años. Fecha de nacimiento: 12 de Enero de 1924. Profesión: empleado de telégrafos. Dirección: Travesía de Tortosa, 3, 4.º. Voy recorriendo los sellos de entradas y salidas a Francia, a Bélgica, a Italia, a Alemania, a Italia, a Austria, a Irlanda, y el más importante de todos, el sello de salida de Francia por Calais el 25 de Agosto de 1953 y el visado de entrada a Inglaterra, el primer viaje de mi padre al Reino Unido.

Mi padre viajaba, según nos contaba siempre, haciendo autostop y con un morral al hombro (en esa época se prefería la palabra «morral» a la más moderna «mochila»). Compraba comida en las tiendas locales, fruta, un tomate, jamón, pan, se hacía un bocadillo y comía en un banco de un parque o en el arcén de la carretera, mientras esperaba a que se detuviera algún conductor. También cogía barcos y trenes, por supuesto, pero sus viajes duraban muchos meses y mi padre no tenía mucho dinero. Tenía veintiocho años y era soltero, pero su trabajo de radiotelegrafista no debía de estar muy bien pagado, aparte de que para hacer unos viajes tan largos tendría necesariamente que pedir permisos sin sueldo. Además, parte de lo que ganaba lo entregaría en casa para ayudar a sus padres. Mi abuelo era entonces mozo en la estación de Atocha, es decir, uno de esos empleados que llevan una gorra y un sobretodo azul y que se dedican a cargar las maletas y baúles en carritos con ruedas (que más tarde serían pequeños vehículos con motor), y por esa razón mi tío Manuel compró una casa en la calle de Pacífico, que más tarde se llamaría avenida de la Ciudad de Barcelona, que estaba muy cerca de la estación. También Manuel, que era el hermano mayor, trabajaba en la RENFE, pero él era ingeniero. Ésa es la historia de mi familia: un salinero del desierto de Aragón tuvo un hijo que vino a Madrid y se hizo mozo de estación, y este mozo de estación tuvo hijos que se hicieron ingenieros y profesores y aprendieron idiomas y viajaron por Europa. Mi padre era el segundo de los hermanos: Pascual, el tercero, también se hizo ingeniero y trabajó toda su vida en Barreiros; José, el cuarto, fue delineante y César, el más pequeño y el único que no conoció la guerra, se marchó a vivir a Suecia, donde fue profesor de español y más tarde director de un colegio.

En otra de las carpetas están todos los certificados de estudios de mi padre, un «Título del curso general de formación económico-social» del Instituto de Economía

Aplicada, con fecha de Madrid, 1 de Diciembre de 1949, algún curso que hizo en la época en que trabajaba en Correos y Telégrafos, y todos los cursos que hizo en la Escuela Central de Idiomas: los cuatro de inglés, los cuatro de francés, dos de alemán y uno de italiano. Y éstos son todos los estudios de mi padre, a excepción del colegio, al que dejó de ir en 1936, cuando sólo tenía doce años y las bombas de Franco comenzaban a caer sobre Madrid.

En su pasaporte de 1956 la profesión que aparece ya no es «radiotelegrafista», sino «estudiante». Ése fue el gran momento de mi padre, la ocasión para levantar el vuelo. En ese momento mi padre había dejado ya definitivamente su trabajo de radiotelegrafista y había decidido marcharse a Inglaterra quizá para siempre. Pasó dos años en Gran Bretaña, el primero en Londres trabajando en el Servicio Civil Internacional y haciendo viajes ocasionales a Francia, Bélgica e Irlanda para participar en distintos «campos de trabajo», y el segundo año en Birmingham, en el Fircroft College, donde había conseguido una beca para estudiar Historia y Literatura inglesas. Pero a pesar de todo decidió volver. En el verano de 1958 regresó a España. Cruzó la frontera por Port Bou el 14 de Agosto, y unos pocos meses más tarde conoció a mi madre. No sé exactamente cuándo decidió dedicarse a dar clases de inglés ni cómo se convirtió en profesor de la Escuela Central de Idiomas en la que él mismo había estudiado. En aquella época vitalmente tan difícil, las cosas profesionales eran, por lo general, mucho más fáciles que ahora.

Hay un pequeño bloc de anillas que tiene la inscripción «JULIO-AGOSTO 1953. Viaje a Francia e Inglaterra». No es la letra de mi padre, y los puntos de las íes y las jotas son pequeños círculos, típica letra femenina. ¿Quién escribiría esas palabras? Están tan nítidamente alineadas que es obvio que han sido escritas sobre unas líneas trazadas con regla y luego borradas. Es un bloc Picador que tiene una silueta de un picador clavando su lanza en el aire, fabricado por Cuesta, paseo de las Delicias, 13, modelo N.º 385, de tapas azules que amarillean. Lo abro y me pongo a leer: «24 Julio Viernes. Salimos de Atocha a las 15.15 en el rapidillo de Lérida —Madrugal y yo», y ya estoy hechizado con las palabras, ya deseo saber qué es el rapidillo de Lérida.

Es un diario de viaje, el diario del primer viaje de mi padre fuera de España y también el recuento de su primera visita al país que marcaría su vida para siempre. Ahora sí que siento verdadera excitación, porque un diario personal es el testimonio más directo que puede dejar una persona, más que las cartas, que están siempre escritas para otro. Aquí, me digo, encontraré la luz de los días de mi padre, su forma de mirar, sus preocupaciones, sus sorpresas.

Me siento en el sofá para leer con comodidad. Leo rápidamente, con voracidad, diciéndome que tengo tiempo de releer aquellas páginas mil veces, que ya habrá tiempo de tomar notas. Mi padre escribe con frases cortas, comiéndose artículos, preposiciones y verbos copulativos, poseído por el deseo de guardar las experiencias,

sin la menor ambición artística. Su compañero de viaje es Madrigal, un amigo suyo de juventud al que veíamos de vez en cuando cuando yo era niño. Madrigal era un comunista devoto de esos que jamás pierden la fe ni relajan su retórica y era además lo que en la terminología familiar se conocía como «un filósofo», es decir, una persona un poco desorganizada y sin el menor sentido práctico de las cosas. Cuando se casó, se pasaba el día en casa imaginando inventos o proyectos que les harían ganar mucho dinero, tales como una tira de papel matamoscas, un aparato para escurrir la ropa o un cepo para ratones (es decir, cosas que ya estaban inventadas), mientras su mujer se mataba a trabajar y a sacar adelante la casa y los niños. Jamás perdía la sonrisa, tenía en su casa una bandera de la URSS guardada con mucho secreto y se sentía orgulloso de comprar la leche directamente en la vaquería sin esterilizar, lo cual horrorizaba a mi madre, que era una obsesa de la higiene y de los microbios y decía que las vacas españolas tenían fiebre de Malta. Nada más leer su nombre me viene a la memoria el sonido de su voz, aguda y cantarina y como ligeramente impostada, el estilo de hablar de los años cincuenta, que hoy sólo podemos conocer a través de las películas.

Para llegar a Puigcerdà tienen que desalojar el vagón porque la máquina no puede con todo el tren. Ya en Francia, cenan en Foix, en el Café de la Gare, y a mi padre le sorprende la clientela de «tipos curiosos» y las «bebidas de colorines, rosa, verde, amarillo» que llenan los vasos, supongo que licores, betónicas y rosolies que no eran entonces corrientes en España. Es como si nada más cruzar la frontera, mi padre hubiera comenzado a ver colores. Madrigal y mi padre llevan una tienda de campaña, probablemente, conociendo a mi padre, una que se han construido ellos mismos. La instalan en una obra, duermen como marmotas a pesar de la lluvia nocturna y a la mañana siguiente se afeitan en una peluquería por 85 francos y 25 de propina.

Les sorprende la variedad de bebidas que hay en los bares, «la gente priva mezclas de cuarenta mil colores». Ellos beben cerveza: «Pasamos el día bebiendo como héroes». Ven llegar varios autobuses llenos de oficiales de diversas armas y con muchos indochinos y soldados de otras colonias. La plaza de la ciudad está muy arreglada, con colgaduras de papel por los árboles, y un ramo de flores con una cinta de seda tricolor en el monumento. Coches y motocicletas. Los músicos del kiosko de la plaza tocan «España» de Chabrier y varios pasodobles. Vuelven al tren.

Toulouse les parece una ciudad muy sucia. En los tranvías los cobradores son mujeres. A mi padre siempre le sorprende que haya mujeres trabajando. Cogen otro tren, que corre a lo largo de kilómetros paralelo a un canal flanqueado de álamos, quizá el mismo que cruzaba la ciudad. El tren «lleva 15 unidades metálicas de viajeros, tres vagones de mercancías, el furgón, el restaurante y el coche correo». Viajan en tercera, en un vagón que tiene diez compartimentos, en cada uno de los cuales caben ocho viajeros. Le sorprende la limpieza y la eficacia de estos trenes

franceses, las barras de acero inoxidable, las luces fluorescentes, le sorprende que en los servicios haya agua, jabón líquido y toallas de papel. Le sorprende poder tomar estas notas con el tren en marcha. «Hay muy poca gente en los campos», anota después de mirar a través de las ventanas. Todo está verde y dorado de las cosechas aún sin recoger.

Qué visión tan hermosa, me digo. ¿Cómo puede ser tan hermosa? Es esa extraña felicidad de las palabras: «hay muy poca gente en los campos», «las cosechas están sin recoger», que nos dan otra forma de mirar el campo y la naturaleza. ¿Acaso los campos no están siempre vacíos o medio vacíos? Me agrada comprobar que su forma de mirar no es mi forma de mirar, que su impaciencia es distinta que la mía.

Orleans está lleno de americanos, entre ellos algunos negros. Hemos de entender soldados americanos, porque también aparece la mención de un coche de policía militar americana. Madrigal y mi padre duermen en la sala de espera de la estación y a la mañana siguiente pasean por la ciudad y van a una taberna junto al río donde toman café y un *croissant*. Comienzan a llegar obreros que van a tomar el primer trago de vino del día. Todos se dan la mano entre sí y también se la dan al dueño. El dueño ha instalado un sistema de gomas para rellenar las botellas desde la bodega. Mi padre siempre se siente fascinado con lo «práctico».

En París cenan de sus provisiones en un bar «con aspecto de *boîte*», muy romántico y con música suave de la radio, donde les cobran 200 francos por dos cañas. «No damos *pourboire* [propina], como es natural.» En la mesa de al lado «el dueño o lo que sea está comiendo con una gachí muy interesante». Les cuesta encontrar un sitio donde dormir en París, y terminan en un camping (él lo llama «campamento») que está detrás de un pequeño cementerio, cerca de la puerta de Orleans. Ponen la tienda bajo la lluvia, y luego van a uno de los restaurantes de estudiantes de la calle Citeux, cerca de la Gare de Lyon, donde por 180 francos les sirven una bandeja grande de aluminio con judías secas, judías verdes, patatas, dos filetes, carne de melón, melocotón y «pan a discreción». Conocen a un sueco que habla español y les cuenta que está casado con una mujer francesa y que tiene un hijo, y que ahora los dos están en el pueblo de la familia de ella. «Él nos dice que es internacional», y después de insistirle les cuenta que nació en Inglaterra pero no quiere ir por allí para no hacer el servicio militar. «Es un buen pacifista», anota mi padre con admiración. Tuvo problemas en España, pero no entiendo bien por qué (es posible que mi padre tampoco lo entendiera): en San Sebastián le rompieron la tienda; albergó en su tienda a dos muchachos españoles «que no aceptaron por estar la señora de él en la tienda». Tienen una larga conversación con él, los tres metidos en su tienda para protegerse de la lluvia. El sueco-inglés les enseña una bandera azul celeste con una bola del mundo rodeada de una corona de laurel y con la inscripción latina «PAX», la bandera de los internacionalistas.

¿Dónde quedó aquella idea, aquella bandera?

En el camping hay un «albergue» (entonces comprendo que este camping no es sino el parque o el jardín de un *Auberge de Jeunesse*) con una sala de estar en la que hay una televisión apagada: es posible que no funcione, o que ya no haya programación. Jóvenes de diferentes países: suecos, noruegos, suizos, escoceses, que cantan varias canciones, alemanes, belgas, holandeses, italianos. Madrigal y él son los únicos españoles. Pero ellos no cantan. En los baños no hay distinción de sexo. Hay coches, motos y bicicletas. ¿Dónde? Vuelve a llover durante la noche, pero la tienda resiste.

¿Por qué cantaban tanto en esa época? Todos cantan, normalmente canciones de su país. Mi padre tenía varios libros con canciones de todos los países, y él tocaba muchas de ellas con la armónica, que era su instrumento, el único que aprendió a tocar en su vida. Tocaba bastante bien, teniendo en cuenta las limitaciones del instrumento. En uno de sus libros, un Puffin Book que se titulaba *Songs from Around the World*, había una canción de Schubert, *Heidenröslein*. Mi padre tocaba y cantaba también *La trucha* y *El tilo*, pero esta última no la conocía entera. Éstas eran sus canciones favoritas: las tres de Schubert mencionadas, *The Last Rose of Summer*, de Flotow, la *Canción sueca de la primavera*, tal como la canta Ingrid Bergman en alguna película, y *Drink to me only* de Ben Jonson, a las que habría que agregar «Das himmlische leben», el último movimiento de la *Cuarta Sinfonía* de Mahler. No puedo escuchar ninguna de estas melodías sin sentir lágrimas en los ojos.

Me sorprenden las cosas que le sorprenden. Le sorprende ver, por ejemplo, que a la entrada de la Gare du Nord un taxista choca con otro vehículo y le hace una abolladura y ambos conductores se ponen a discutir «de forma pacífica», sin darse de bofetones. Siguen ocho páginas en blanco, correspondientes (supongo) a su estancia en París. Mi padre dejó el hueco para poder apuntar más tarde unas experiencias que no quería olvidar y que le parecían valiosas, pero nunca llegó a hacerlo.

En tren hacia Inglaterra. El tren es de los antiguos, «tipo barco», pero limpio y con asientos mullidos. Al lado de Madrigal y de mi padre van «dos inglesitas con su plexiglás, su sombrerito, sus zapatos para pisar firme y tiesas en su asiento». Siempre le sorprende la firmeza con que pisan los ingleses, especialmente las mujeres. A través de las ventanas llueve sin parar. Luz agreste y perla de la lluvia. Relámpagos, truenos ahogados por el traqueteo del tren. Al cruzar por una zona de combates de la última guerra, se ven restos de material, trincheras, búnkeres y luego un desolador paisaje de fábricas abandonadas. Llueve a placer. Entre el agua y la niebla se ve la costa. Ahora hay arena a ambos lados del tren; al parecer, cuando el mar se pone bravío las olas pasan por encima de la vía. Es como si atravesaran una playa interminable. Los tejados inclinados de Boulogne, grises de lluvia. Llegan a Calais Maritime a la una y media de la tarde. Milagrosamente ha dejado de llover y sale

brevemente el sol, un sol indeciso que proyecta una luz azulada. Madrigal y mi padre bajan a la playa para ver el mar. Entre las dunas todavía hay restos de búnkeres y de defensas de hormigón. Es un mar verde y terrorífico. Pero la luz es hermosa. El sol parece como una lámpara suspendida de un cielorraso de terciopelo sobre la verde cámara del mar. Es el sol del norte, que brilla sin llegar a iluminar.

El barco en el que cruzan a Inglaterra se llama *Invicta*, y es uno de los que participaron en el desembarco. Rumores de minas antisubmarinos en el mar. Cuando comienza el balanceo, los que están dentro contemplan a los que caminan por la cubierta tambaleándose. Salta mucha espuma de las olas, es mejor permanecer dentro. Hay primera clase, que son unos sillones muy cómodos; *Pullman*, una especie de camarotes; segunda clase y tercera, que son unos bancos forrados de cuero y muy mullidos. Hacia las cinco y media divisan entre la bruma las «blancas rocas de Dover». Sigue sin llover, pero no acaba de despejarse. El sol sigue luciendo por allá, arriba, apareciendo y desapareciendo entre las nubes.

Al pie de la escalerilla ya divisan al primer *policeman*. Unos marineros con gruesos jerséis azules ayudan a descender a las señoras. Llevan cada uno doscientos cigarrillos y una botella de licor, el máximo permitido. Las botellas son un encargo de un amigo, Andrés Vacas, para que las dejen en Londres. Les marcan el morral y los bultos con tiza amarilla. «Ya estamos en Inglaterra y todo es completamente diferente.»

Preguntan por el Youth Hostel, y un joven muy amable les conduce equivocadamente hasta el YMCA. Se asombran al ver tanto lujo: criadas, alfombras, un piano, butacas, una radio encendida. Caminan por la ciudad, toda invadida de unos pajarracos que graznan sin cesar. «Deben de ser gaviotas.» Dios mío, ¿es que mi padre no conoce las gaviotas? ¿Será ésta la primera ocasión en que ha visto el mar? Hay muchas colgaduras por todas partes para celebrar la coronación de Isabel II, y también autobuses rojos. En lo alto de un monte hay un castillo iluminado. Entran en varias tiendas de comida para comprar pan, pero no encuentran, y tampoco entienden los alimentos que venden allí. Preguntan en una heladería dónde pueden comprar pan y les dirigen a un restaurante donde les venden medio pan, aunque no una barra, sino un pan que es «todo miga». Se sientan en una cuesta de cara al mar para terminar de cenar. Sale un hombre de un huerto, les saluda, y luego vuelve a meterse y regresa con unas cebollas. Mi padre se siente feliz. «Esto se pone bueno.» ¿Por qué es todo el mundo tan amable?

Callejean. Encima de las casas hay antenas de televisión en forma de H o de X. En la calle principal hay varias iglesias y también una casa de la masonería, con el ojo flotante, el martillo y el compás. Unos jóvenes les indican dónde pueden encontrar *fish cheap shops*. Mi padre confunde la «i» larga de *cheap* por la «i» breve relajada de *chip*, no entiende que se trata de *fish and chips*, pescado con patatas fritas.

Su inglés es todavía teórico. Pronto dejará de serlo y se convertirá en una lengua vivida. Piden una cerveza en un pub, pero el cantinero les explica con una sonrisa que pasan dos minutos de la hora permitida.

Pernoctar en el YMCA les cuesta 15 chelines, una cantidad extravagante. Duermen en el salón de lectura, en unas literas al lado del piano. No creo que mi padre haya estado nunca antes cerca de ningún piano. A la mañana siguiente van a desayunar y siguen deslumbrándose con el lujo del lugar. «Relojes y adornos del siglo de la pera.» Mi padre anota meticulosamente todo lo que les sirven en el desayuno, y describe de esta forma encantadora los primeros *corn flakes* de su vida: «Menú empieza con una mezcla de leche con algo muy parecido a las patatas fritas aunque no son patatas. Ni idea de lo que es. Está muy bueno». Después... «Después rebanadas pan con margarina, que es como la mantequilla, y mermelada de naranja. Luego algo parecido a bacalao con leche y adornado con unas ramitas parecidas al perejil. Después té con leche y tostadas de pan con margarina. Con té jarra de agua caliente para rebajarlo.» Todo lo encuentra delicioso.

«Compramos sellos en oficina de correos. Todo está muy organizado y todo el mundo es muy pacífico.» Su impresión de Inglaterra tiene algo de paraíso en la tierra. En el tren, las butacas de tercera le recuerdan a las de primera de España. El paisaje que se ve a través de las ventanillas «es parecido a un parque». Vallas de alambre o de hierro separan los prados. Antenas de televisión en los tejados. Trigo sin segar. Pasan por Canterbury, luego por Richmond. Por toda partes se ven «carreteras estupendas y a granel, con avisos y señales por todas partes». La idea de un país que es un parque, perfectamente organizado y señalizado. Hileras de casas idénticas con altas chimeneas, cada una con su jardín. Iglesias parecidas a castillos. Cementerios con sus hileras de piedras sobre el césped. Es imposible saber cuándo termina una ciudad y comienza otra. Es imposible saber cuándo comienza Londres.

A su lado se sienta un hombre que le recuerda al cura irlandés de *Las campanas de Santa María* (una película que yo odiaba cuando era niño), «muy simpático en su charla». Luego se une a él su nieta, una muchachita con guantes y sombrerito, que se sienta muy derecha en su silla. «No suelta más palabras que las precisas, y girando como una autómata al contestar.» La amabilidad de los ingleses, la rigidez de los ingleses.

Estación Victoria. «Masas de público, pues es Sábado, pero sin aglomeraciones. Ni una voz se oye. Se van a pasar el *week end*. Disfrutan a su manera.» Siguen descripciones muy minuciosas del metro de Londres, llenas de admiración y deslumbramiento. El empleado pulsa un botón y el billete sale disparado, pulsa otro y las monedas del cambio salen disparadas y caen a un receptáculo metálico donde uno las recoge. Muchas máquinas tragaperras. Muchas mujeres en los andenes. ¿Es que en España no había mujeres?



Van a Paddington para seguir el viaje en tren hacia los Cotswolds. El sol no acaba de salir: se le ve brillar al otro lado de unas nubes que «parecen humo». Le sorprenden los uniformes de «paño muy bueno» de los mozos de carretilla de la estación. Le admira que esté todo asfaltado, los suelos de caucho, la limpieza. Nada más salir el tren de la estación comienzan a cruzar suburbios, aunque cada casita tiene su jardín y cada jardín tiene su cantero de narcisos. Es Sábado. Ven a gente descansando en hamacas o segando el césped. Se ven muchos canales. Verdes canales con muros de piedra y esclusas complicadas. Un poco más allá, otras esclusas. Juncales. Terreno llano, monótono. Mucho ganado. Fábricas a lo lejos. Los ríos parecen no moverse. Un campo de cricket donde están jugando un partido. No hay público. *Cottages* cubiertos de paja. En el tren se encuentran con un inglés, Eric, que también va al «campamento», con un suizo y con un español de Salamanca, de nombre García. ¿A qué se debe esa costumbre de llamarse por el apellido? ¿Por qué «Madrigal» y no su nombre de pila? Madrigal, Pomares, Vacas, Mesa, los amigos de mi padre.

Cambian de tren en Kingham. Son las cinco de la tarde, y Eric propone que vayan a tomar el té. Van a una «residencia» que está cerca de la estación, al borde de la carretera. Delante hay un jardincillo y un poste con el nombre de la casa. Hace un día estupendo y el sol no calienta. En el interior todo es antiguo, pero lujoso, brillante y ordenado. Buenas alfombras. Cuernos, armas, cacharros de cobre. Rótulos en letra gótica. Se sientan en la salita y les traen una tetera, tazas, leche, azúcar (aunque está racionada) y agua caliente para rebajar el té. «El té no está colado. Debe de ser costumbre.» García, como buen español, no quiere té y bebe agua. Madrigal se ha quedado en la estación cuidando los bultos. «Aunque aquí no hace falta, nosotros no estamos acostumbrados.» Toman dos tazas cada uno. «Hay un ambiente de tranquilidad y reposo estupendo. Flores en todos sitios. Libros, etc., etc.» Mi padre está asustado pensando en lo que les va a costar todo aquello, pero son sólo «6 d» cada uno. ¿Qué significa «6 d»? Al salir ven una boda. La novia va de blanco, y el novio con un traje color verde claro. Dos chicas con traje largo y guantes verdes hasta el codo. Lanzan confeti al aire. Un coche con cintas de seda blanca sobre el motor.

¿Un hombre vestido con un traje color verde hoja? ¿Serán Titania y Oberón, que saludan a mi padre y le dan la bienvenida a la isla?

Cogen otro tren hasta Andoversford, donde les espera el *warden* del «campamento», un holandés que habla un inglés perfecto. El campamento está casi a cinco millas y no hay medio de transporte para llevarles hasta allí: tienen que ir andando y cargando con sus bártulos. Mi padre nunca pierde el optimismo, y anota «paisaje estupendo. Carreteras por todos sitios en lugar de caminos». Le asombra el asfalto, aunque tenga que recorrerlo a pie. Están en los Cotswolds, una región de colinas y de pueblos de piedra, una de las más pintorescas de Inglaterra.

## Ciruelas

El campamento está formado por cuatro barracas y una más para el *warden*, un edificio para la cocina y el comedor y otro más para el *lavatory*, «con buen sistema desinfectante». Son barracas de madera, con doble techo, suelo de cemento, cuatro camas en cada una, mantas abundantes. El suizo, Madrigal y mi padre están juntos en una. En todas las barracas hay luz eléctrica y una plancha.

Roy, el cocinero, tiene preparada la cena. Patatas con lechuga, pepino, cebolletas, tomate y carne. Luego rebanadas de pan con margarina, un pan que es «todo miga», empaquetado en papel con parafina, *pudding* y té. Hay una cocina de gas y de carbón y una tetera eléctrica. El grupo no es muy grande, pero es, como siempre, internacional: tres españoles, un americano, tres austríacos, tres italianos y el inglés, Roy, que hace de cocinero. Van a Brockhampton, a menos de dos millas de distancia, donde hay un pub. El techo es muy bajo, las vigas pueden tocarse con la mano. En las paredes hay cabezas de animales disecados. Tres mesas con floreros. Esa sensación cálida, oscura, algo grasienta, de los interiores ingleses tradicionales. La felpa, los asientos tapizados de terciopelo, las paredes forradas de tela. A veces mi padre ve cosas para las que no tiene palabras, como un «disco colgado de la pared al que lanzan flechitas». A las diez y veinticinco piden las bebidas. Mi padre bebe sidra. Cinco minutos más tarde la señora dice «*time, please*», y ya no se sirven más bebidas, «y es un grupo de casas bastante apartado, aunque con teléfono en la garita de la carretera». Mi padre quiere decir que los ingleses cumplen la ley escrupulosamente aunque no haya nadie que pueda verles. Un pub perdido en medio de la noche, pero la Ley de Inglaterra brilla por encima, igual que las estrellas.

En la carretera unas señoras de edad, muy arregladas, beben cerveza y «unos vasitos pequeños que debe de ser licor» alrededor de una mesa. «Todos muy serios, no serios pero silenciosos. Se les ve que están disfrutando, que son felices, pero no levantan la voz.» A mi padre le asombra esta combinación de calma y felicidad. También le asombra que los hombres vayan «cubiertos» (es decir, supongo, con sombrero) y «bien afeitados» aunque son «gente de campo».

Le asombra el orden. «Orden, orden, orden», escribe en su diario. En los servicios de la estación de Kingham lee el siguiente rótulo: «*Please adjust your dress before leaving*», «por favor, ajústese la ropa antes de salir». «Orden y organización, y todo construido para que dure.» La primera impresión de Inglaterra: un país donde las cosas funcionan, donde la gente no roba, donde se respeta la ley, donde la gente no grita, donde saben disfrutar sin molestar a los demás. Le asombra que las carreteras estén llenas de señales y de indicaciones de velocidad y que los conductores obedezcan las señales. Se recomienda reducir la velocidad en las pendientes, «y ellos obedecen». Los vendedores de periódicos dejan el montón sobre la acera y al lado un

cestito para que la gente ponga el dinero. Nadie coge lo que no es suyo: da la impresión de que ni siquiera se les ocurre que sea posible hacer tal cosa. En cierta ocasión, mi padre le dice a Eric que podría «hacer trampa» al alquilar una bicicleta, y le cuesta hacerse entender. ¿Por qué no se quedó allí a vivir? ¿Por qué no se quedó allí donde no había trampas, allí donde las cosas eran lo que eran y no esas apariencias barrocas que son las cosas en España? ¿Por qué no se quedó allí para descubrir, muchos años más tarde, que en realidad eso no basta? Ésta es su primera impresión de Inglaterra, en su segundo día de estancia: «Veo esto como una buena fotografía, con grano fino y sin veladura, como *cuando te pones gafas por vez primera*». Está hablando el ojo del fotógrafo aficionado, también la impresión del miope, que de pronto descubre un mundo nítido y enfocado. En Inglaterra, mi padre vio el mundo por primera vez, y lo vio como un lugar hermoso.

Todos los días reciben el *Daily Mail* y el *Times*. Se despiertan a las seis y media, se lavan, desayunan a las siete, a las siete y media se ponen a pelar patatas y a las ocho se van a trabajar. De una a dos almuerzan y a las cinco regresan al campamento. A las seis y media cenan y luego charlan o dan un paseo hasta el pub. A las diez, una taza de cacao, y a las once se acuestan. Desayunan *corn flakes* con una cucharada sopera de azúcar (a pesar de que está racionada), *bacon*, mermelada, margarina y té.

Este «campamento» pertenecía al Servicio Civil Internacional. No sé cómo descubrió mi padre la existencia de esta organización que iba a marcar su vida y a transformarla para siempre.

El International Voluntary Service for Peace fue creado por un cuáquero suizo llamado Pierre Cérésole al final de la Primera Guerra Mundial. Su finalidad era fomentar la comunicación, la fraternidad y la solidaridad entre los pueblos. Los participantes en los campos de trabajo del Servicio Civil tienen que pagarse el viaje y reciben alojamiento y comida a cambio de su trabajo, dirigido a ayudar a comunidades pobres o a ciudadanos que no pueden valerse por sí mismos. En las carpetas de mi padre hay numerosos recortes de prensa de sus años con el Servicio Civil. En una nota del *Sunday Express* del 28 de Julio de 1957, se dice que la organización «ayuda a las comunidades que han sufrido algún desastre a organizar la comida y la rehabilitación». Una de las encargadas, Margaret Eggleton, cuáquera, profesora en una escuela de Reading, afirma: «No se me ocurre una manera mejor de pasar unas vacaciones».

Vuelvo al diario. Dos de Agosto de 1953, Domingo. Mi padre ha pasado frío por la noche por no ponerse mantas. Salen en dirección a Cheltenham con cuatro sándwiches cada uno, todos con margarina: uno con chocolate, otro con ensalada, otro con mermelada y otro con queso. Atraviesan colinas «que tendrán unos mil pies de altura». Más allá están las «verdes colinas de Gales», el claro ladrido de los zorros entre los rododendros y el adiós para siempre del país de los cuentos infantiles

contados dos veces. En los campos, graneros con tejados de chapa, mucha maquinaria y *jeeps* y tractores por todas partes, como en los libros de Richard Scarry que a mí me fascinaban de niño. Animales muertos colgados de alambres: ratas, hurones, pajarracos, seguramente para espantar a los vivos. Conejos por todas partes, por los campos, por los pastos, por los bosques, tantos que los automóviles los atropellan sin cesar. Enseguida aparece Cheltenham a la vista y también a lo lejos, entre la bruma, Gloucester, la capital del condado.

Llegan a Prestbury, en las afueras de Cheltenham, y comen sentados en el césped de un pub. Pasan familias camino de misa. Cada casita tiene su jardín, «y así la ciudad que tendrá unos 65 000 habitantes es inmensa». Las tiendas están cerradas. Hay cuadrados de césped por todas partes, y bellísimos macizos de flores. Casas con techo de paja y los maderos del ensamblaje visibles en las fachadas. Arquitectura tradicional de los Cotswolds. Rótulos: «*Established 1670*». Todas las casas tienen nombre. La pasión nombradora de los ingleses siempre sorprende a mi padre: los latinos dejamos más en paz las cosas. Somos latinos, nos interesan los conceptos, no las cosas. Hacen un poco de *window shopping*. Una sastrería: gabardinas por 97 chelines. Una zapatería: zapatos de verano por 15 chelines. Una carnicería para perros y gatos (?). Anuncios pegados a las paredes: «*Edmund Ross and his Latin-American Orchestra*». Eric le cuenta a mi padre que Cheltenham es una ciudad sin industria, muy apropiada para jubilados o rentistas. A mi padre le interesaban mucho ese tipo de datos, le fascinaba conocer detalles sobre las industrias y las fuentes de riqueza locales, la organización social, los servicios públicos. Cuando yo era niño pensaba que ésta era la clase de cosas que les interesaban a los mayores, y que cuando yo fuera mayor a mí me interesarían también. Cheltenham creció mucho en la época de la reina Victoria. Hay un club conservador y otro liberal, la fascinante pluralidad política de este país sin guerras civiles. Hay parques, varios cines, teatros, iglesias, museos, conciertos populares en los parques. En la calle principal, un cartel con las estadísticas de los accidentes de circulación, con muertos y heridos, de personas, perros y «otros». ¿Qué otros podrían ser? ¿Gatos? ¿Pájaros? ¿Erizos? ¿Conejos? Información de temperaturas máximas y mínimas y de la *grass temperature*. A Eric le extraña esto de la «temperatura de la hierba». Un *reservoir* (estanque) rodeado de tilos y sauces. Por la carretera, señoras empujando enormes carricoches de niños. Los campesinos, vestidos con chaqueta y corbata, con corbatas de alegres colores, todos bien afeitados. A mi padre siempre le impresiona lo bien que visten.

Trabajan en las granjas de los alrededores. A mi padre le gusta el trabajo físico, y le gusta trabajar en el campo. En cierto modo, se siente hombre de campo. El encuentro con una acequia llena de agua o una higuera llena de higos siempre le llenaba de felicidad. Descargan un carro de heno y mi padre descubre un huevo entre

la paja, delicado y fresco, con el que contribuye al alimento comunal. Le fascinan los graneros ingleses, aislados con gruesas capas de cinc (él escribe «cinz»), las máquinas que separan el grano y lo envasan y dejan a un lado la paja, las secadoras de grano que funcionan con gasolina pulverizada. «El sol no quema como en España», pero el trabajo les deja a todos sedientos. Paron las máquinas y aparece Feder con una tetera y tazas y les sirve té a todos, lo cual a mi padre le parece muy *funny*. El paisaje «como de película en *technicolor*, con prados cubiertos de flores que algunas veces son el martirio de los granjeros». A las siete paran de nuevo y les llevan una botella de sidra por máquina. Charla con Mrs. Bailey, la granjera, que es muy amable, pero le cuesta entender el «inglés averiao» del tractorista. Pronuncia *Spain* con «a» y *eight* también con «a». El tractorista le pregunta a mi padre sobre su país, y confunde Madrid con Madrás. Le pregunta cuánto cuesta el tabaco en España. Es la pregunta que les hace todo el mundo: en Inglaterra el tabaco tiene unos precios prohibitivos.

Por la noche cenan, charlan, cantan. Rothar, un austríaco, canta canciones vienesas y le habla a mi padre de la Ópera de Viena. Vienen varios italianos, entre ellos uno al que llaman, quién sabe por qué, «el maravilloso». Tom, un americano de origen escocés, se apuesta con su gaita en mitad del barracón y toca canciones que siempre parecen nuevas, y el *warden* baila un poco. Tienen una radio «portátil» con la que oyen música. Una vez a la semana pasa un coche con libros de la biblioteca. Mi padre lee a Somerset Maugham.

Durante páginas y páginas mi padre se dedica a describir meticulosamente trabajos campestres, maquinaria de granja, edificaciones rurales y, especialmente, comidas. Todas le intrigan, casi todas le parecen deliciosas. Mi padre había pasado mucha hambre durante la guerra, y no concebía que una comida pudiera «no gustar». Si era comida, había que comérsela. «Todo está bueno» es una de esas frases suyas que todavía suena en mis oídos, en la mesa, durante las comidas, cuando mi hermano Luis y yo nos dejábamos el borde de los filetes o el rodigón de las peras. «Mis peras no tienen rodigón», decía mi padre, que devoraba hasta las semillas.

Esas frases siguen sonando en el aire de las habitaciones de esta casa y también, para siempre, y hasta mi muerte, en el aire de las habitaciones de la casa de mi memoria.

Un tal capitán Allan les lleva a su granja para que escarden remolacha. Descubren un conejo entre la remolacha, lo persiguen, se les escapa. Los Allan tienen una enorme bandera inglesa, en un mástil situado en mitad del césped. La señora Allan parece haber despertado la admiración de mi padre: «Rubia, piel blanca, imperturbable». Más tarde la ve con los aparatos de ordeñar y con unas botas de goma. Tienen muchas vacas, los Allan, y también crían toros de raza. Un prado con «unas sesenta vacas, todas iguales». ¿Cómo pueden ser sesenta vacas «todas

iguales»? Mi padre ama este paisaje, siempre con alguna nube en el cielo, y el contraste de los prados, los trigos, la cebada, las flores, los tractores rojos y azules que suben y bajan por los caminos de tierra. La hija de los Allan, «una chica joven, va en la máquina y hurga en el motor como un consumado mecánico». Siempre le sorprenden a mi padre las mujeres que trabajan, que «pisan fuerte» y parecen seguras de sí mismas. En el cielo, los aviones hacen piruetas, «entre ellos muchos de chorro». ¿Están preparando una exhibición aérea? El ruido, el silbido, el silbido de las bombas. Mi padre me contó muchas veces que lo primero que se oye de una bomba es un silbido, y después una explosión, y que cuando uno oye el silbido tiene que tirarse al suelo inmediatamente y ponerse las manos sobre la cabeza, porque si no, no logrará oír la explosión. Mi padre odiaba las armas, los aviones, odiaba el ejército y a los militares. Mi padre odiaba a los militares y a los curas, odiaba a los nacionalistas y a los patriotas. Mi padre odiaba aquellos aviones que hacían piruetas por encima de las pilas de heno y por encima de los techos de cinc de los graneros. Luego entran a la *manor* y toman el té con los propietarios. Las tazas tienen un dibujo «con colorines» de la coronación de la reina Isabel. En las paredes del salón, las «cartulinas» con los premios por los toros que han criado.

Mi padre y Madrigal salen con dos empleadas de Mrs. Bailey, una española, que va con el listo de Madrigal, y «una suiza cuarentona» que no habla más que francés y que va con mi padre. Pasean por la carretera y luego van al pub de Brockhampton. El nuevo *warden* se ha ido de caza y ha vuelto con nueve palomas. No me olvido de que éste es el territorio de los cuentos de hadas. Al día siguiente es Domingo. Madrigal y mi padre van a bañarse a un molino cercano. Los terrenos están infestados de conejos y de pequeños narcisos amarillos y blancos. Se dan un baño en la presa, y luego montan en barca, reman un poco y se dejan flotar en medio de la paz del Domingo de Inglaterra. Las flores inglesas, las nubes inglesas, el sol inglés. Entre la hierba cantan los grillos. Entre los juncos vuelan azules caballitos del diablo. Van a buscar a la española y a la suiza, pero los Bailey tienen invitados en casa y no pueden salir. Cuando regresan al campamento, ven que Eric se ha dejado su reloj en una mesa a pleno sol. Algunas veces Eric deja allí su cartera y su estilográfica. No teme que se las roben. «Vaya detalles», escribe mi padre.

Un día van a Stratford haciendo autostop, lo cual no resulta tan fácil como pudiera parecer. Van García, Madrigal, Eric y mi padre, y se dividen en dos parejas. Pasan por Evesham: en un cine ponen *La guerra de los mundos*, y en la taquilla hay un cartelito que sorprende a mi padre: «Sólo para adultos». Eric le explica que no permiten que los niños vean películas que tengan *horror scenes*. En un cruce, una mujer regula el tráfico «muy enérgica, y no es fea ni tiene pinta de solterona». En una esquina hay un grupo de músicos de ambos sexos, con libros, cantando himnos, todos con uniforme azul. «Las mujeres tienen pinta rara», anota mi padre. Es el Ejército de

Salvación. Pasan coches pero no les cogen: unos van llenos, otros señalan a la izquierda, otros a la derecha, otros al suelo (se quedan allí mismo). Cuando un coche va despacio, los demás le siguen en fila india, sin intentar adelantarlo. «Disfrutan del paisaje», anota mi padre, siempre sorprendido del civismo de los ingleses. Madrigal y García tienen siempre más suerte, pero el último tramo del camino tienen que hacerlo todos andando y luego en autobús. Durante el breve trayecto en autobús, mi padre se suena con un pañuelo un poco fuerte, y la gente se asusta. «Creo que los ingleses no se suenan mucho», escribe. «Aquí querría ver yo a Pomares.» Le asombra que los ingleses no se suenen, no griten y no escupan en el suelo.

En Stratford hay mucho movimiento de turistas. «Muchas chicas en *shorts* de diferentes países.» Grandes espacios de hierba con gente descansando o jugando al polo o al tenis. Descienden hasta el Avon, y contemplan la forma en que los cisnes amerizan «con toda elegancia» sobre las aguas del río. El Avon está lleno de barcas de alquiler «tipo góndola». Lo cruzan en la barcaza que funciona dando vueltas a una manivela. Al otro lado, todo el mundo está tomando el té en la hierba, «la *merry England* en una de sus más típicas expresiones». Hay un teatro al borde del río, y frente al teatro, un hombre pescando con una caña.

Se suceden los días de trabajo. Un sistema para dar de beber al ganado, accionado por las propias vacas y terneros cuando intentan beber. Un obrero que va impecablemente vestido y afeitado, con sombrero y con corbata de colores, llama a los cerdos «*Germans*» (lo cual resulta extraño, porque *German* en inglés es un adjetivo). Lleva una plaquita con una bandera inglesa y una esfinge, y mi padre supone que durante la guerra estuvo en Egipto. Se cenan las «palomas» del *warden*, que deben de ser en realidad tórtolas. ¿Hay palomas en los bosques de Inglaterra? ¿No es un poco extraño comer palomas, media paloma en un plato con una bola de harina, carne y especias, patatas y col? Mi padre tiene que remendarse unos pantalones: si no puede arreglárselos, sólo le quedarán los cortos.

En otra granja, ponen leche recién ordeñada en unos cubos muy sucios. Debe de ser para los terneros. Mi padre prueba la espuma de la leche «antes de que se contamine». Esta granja es extraña. El granjero bebe agua directamente «de un cubo que tiene restos de gasolina». «No debe funcionar bien este hombre.» Tiene todo el rato una pipa vacía entre los dientes. Entre su pipa y su acento de Cumberland, no le entienden ni palabra. Los otros compañeros han estado cortando árboles, pero los cortaban demasiado altos y han tenido que suspender la tala. Hay ecos de algunos problemas en el paraíso. El *warden* anterior tuvo que marcharse por problemas con un español y un italiano. Al parecer, tuvo que intervenir la policía. Pero ¿por qué trabajan tanto? ¿Sólo para poder estar en Inglaterra y para practicar el idioma y para conocer a gente de otros países? Cortar árboles, levantar pilas de heno, descargar sacos de trigo son trabajos agotadores. Los granjeros les pagan por su trabajo, pero

según lo entiendo son más bien propinas, no es realmente un salario.

Llega otro grupo de italianos, entre ellos uno llamado Franco, al que, por razones obvias, deciden llamar Francesco. Durante esos días se dedican a recoger ciruelas en Winchcombe por dos chelines la hora. Es un buen trabajo: las ciruelas son malas, se usarán para hacer mermelada. Cuando aparece alguna buena, se la comen. Después de cenar tienen una animada conversación sobre la Unión Europea. Los italianos están todos pendientes del tema, y les extraña enterarse de que en España «no hay, en general, inquietudes a este respecto». Eric, el inglés, no dice nada: es nacionalista. También el suizo es nacionalista y lo toma a broma, y Francesco le dice aquello de que los italianos llevan mil años de guerra pero han producido a Dante, a Miguel Ángel y la *Mona Lisa*, mientras que los suizos en sus mil años de paz sólo han logrado hacer relojes de cuco. Los ingleses son nacionalistas: no lo dicen abiertamente, pero se nota en su reticencia. A los ingleses no les gustan los italianos, les parecen *impolite*, y además siempre están gritando. Mi padre opina que los italianos «no se hacen respetar».

Al día siguiente vuelven a recoger ciruelas. Mi padre nos habló muchas veces de aquellos días que pasó recogiendo ciruelas en los Cotswolds. Recogían ciruelas para hacer mermelada de cerezas, algo que le hacía muchísima gracia y que nos contó muchas veces a lo largo de los años. No sé exactamente qué es lo que significaba esta anécdota para él: supongo que lo que le admiraba era la forma en que los anglosajones tratan con hechos y no con palabras, el énfasis que ponen en el resultado y no en los preliminares, en la manera o en los principios. A la noche siguiente forman en la barraca del comedor algo así como su propio Consejo de Europa. Viene una señora haciendo una colecta para los mudos. Cenán sopa de remolacha «y otras cosas raras», y de postre *pudding*, siempre *pudding*, ya sea de chocolate, de pan, de arroz, de leche, de macarrones dulces, «siempre es *pudding*». Francesco «es un buen internacionalista», seguramente el mejor halago que puede hacer mi padre a nadie. Eric juega al ajedrez con otro de los italianos para evitar la discusión. «Me hacen gracia esos que dicen que no les interesa la política porque tienen que estudiar», escribe mi padre. ¿Hay en esta observación un cierto resentimiento contra los estudiantes, él que nunca había podido estudiar? A mi padre siempre le interesó muchísimo la política: como buena persona de izquierdas consideraba que nadie tenía derecho a ser «apolítico» y que los que afirmaban que no sentían interés por la política eran en realidad de derechas. Vuelven a recoger ciruelas: van a Winchcombe en un camión, cantando a pleno pulmón cuando cruzan los campos llenos de flores. Así cantaba mi padre cuando éramos niños, con un entusiasmo y una alegría desbordantes. Cuando cruzan el bosque, ven montones de conejos que corren a esconderse entre los árboles. Recogen ciruelas por parejas, y mi padre va con Francesco. Apoya cada uno su escalera en el tronco de un árbol, y de escalera a



escalera se enseñan palabrotas (él escribe «palabros») en español y en italiano. Las cajas llenas de ciruelas se colocan en un volquete y luego un tractor se lleva el volquete a Cheltenham o a Gloucester. Tengo la sensación de que estos días recogiendo ciruelas en Winchcombe son para mi padre los más felices de su vida. (En su pueblo, en Nuévalos, también había huertos de ciruelos. Un día cuando era niño yo comí tantas ciruelas arrancándolas directamente del árbol que sufrí una indigestión y me pasé la noche vomitando, y desde entonces ya no he podido volver a comer ciruelas. Y es una palabra tan hermosa, la palabra «ciruela». Quizá la más hermosa del idioma.)

El 19 de Agosto hay una anotación que no comprendo: «Vemos desde el camino muchos aviones Canberra y también vemos pasar al comet». ¿Qué es el comet? ¿Pasó algún cometa esos días por los cielos ingleses? ¿Se trata de un modelo de avión? Tendré que buscarlo.

Llega el momento de la despedida. El campo de trabajo se termina, y todos se abrazan y algunos, incluso, «se emocionan» al saber que probablemente no volverán a verse nunca. Les llevan en coche hasta Andoversford, y poco a poco el grupo se va desmembrando, cada uno se marcha por un lado. Madrigal, García, Eric y mi padre cogen el tren, van hasta Oxford y allí se separan de Eric, que sigue hacia Londres. Pasean por las calles de Oxford, visitan *colleges* y céspedes, y luego García les abandona para unirse a otro campo. No parece que Oxford, lugar de estudiantes, hiciera mucha mella en mi padre. O a lo mejor su fascinación era tan grande que no podía ponerla en palabras. Madrigal y mi padre cogen el tren para Paddington. Ven una boda desde el tren. Todos van con trajes muy elegantes. Llevan claveles blancos, algunos jóvenes van con chaqué. Ellas llevan sombreros blancos y trajes azules. Dos chicas que deben de ser las damas de honor llevan trajes color crema muy largos y guantes verdes por encima del codo. Los viajeros del tren se sonríen al ver la celebración, pero no hacen comentarios. A mi padre le fascina la discreción de los ingleses, también la importancia que tienen aquí las sonrisas. «En este país, con la sonrisa tienes un tanto ganado.» Los recién casados corren por el andén, y a mi padre le sorprenden los zapatones que llevan y lo torpes que son corriendo, y especula humorísticamente que quizá esa sea la razón de que los ingleses lo tengan todo tan bien asfaltado. Es verdad que los anglosajones corren de una forma muy torpe. ¿A qué se deberá esto? Este pasaje me recuerda a un poema de Philip Larkin muy famoso.

Desde Oxford a Londres mi padre va sentado al lado de una chica «bastante guapa pero mártir de las buenas formas». «Su sombrerito, sus guantes, su maquillaje [sic], su bolso, su traje, su chaqueta, sus zapatos, y rígida en el asiento mirando hacia delante.» Cuando llegan a Paddington, la joven le pregunta «con voz todo música y humo» si es el final de la línea. Mi padre ya conoce esta estación, de modo que hace

«de cicerone». Se siente avergonzado de su ropa, de su aspecto. «Es una lástima esto de estar cada día en un sitio y con nuestra vestimenta. Llevo una mancha en la cazadora que da gusto verla, pues se me ha salido la tinta de la pluma.»

Londres. Se dirigen a un Youth Hostel en South Kensington, donde todos se asombran de ver a dos españoles. En la recepción «hay un elemento con pantalón corto, cuchillo al cinto y barbas de existencialista». Hacen amistad con dos alemanes y se van juntos a dar un paseo hasta Kensington Gardens. «Por la calle se ven negros, indios, persas, etc.» Alguna pareja de novios cogidos de la cintura. Es posible que en esa época en España estuviera prohibido cogerse de la cintura en público, del mismo modo que estaba prohibido besarse en público o ir en mangas de camisa. En las esquinas hay carromatos con fruta y con flores. Los vendedores tienen «pinta de filósofos», lo cual quiere decir, supongo, que parecen aburridos y que descuidan su negocio. Kensington Gardens «es un parque grande todo a base de prados sobre los que se puede pasear y donde hay hamacas abundantes». Hay un kiosko de música, un pequeño palacio y un estanque de poca profundidad, una de cuyas orillas simula una playa. Algunos niños juegan en la arena y se meten en el agua. Hay bastantes patos. A la derecha está el monumento a Alberto, y al otro lado de la calle, el Royal Albert Hall, «que parece una plaza de toros». Consultan la programación, pero ya no hay conciertos. En el Covent Garden pasa lo mismo: la temporada empieza a fines de Agosto. Pero mi padre volvió al Royal Albert Hall unos años más tarde, y entonces no estaba cerrado.

La última línea del diario dice: «Se continúa en el otro cuaderno». Pero ese otro cuaderno no existe, o si existió alguna vez, ahora se ha perdido.

## Fircroft

En el verano de 1956 mi padre viajó de nuevo a Inglaterra probablemente con la idea de quedarse allí para siempre. En el sello de entrada de su pasaporte dice que no le está permitido buscar empleo en el Reino Unido, remunerado o sin remunerar. La mano del funcionario añade a continuación: «Con la excepción del Servicio Civil Internacional». Allí fue donde trabajó, en las oficinas centrales de la organización en Londres.

Estaban en Bayswater, un barrio muy agradable al norte de Hyde Park cruzado por un canal, y la oficina ocupaba un pequeño edificio de tres plantas pintado de blanco y con la entrada de escaleras y columnas blancas que es típica de tantas casitas londinenses. Mi padre vivía en una cómoda habitación del sótano donde tenía una cama, una mesita de trabajo con una lámpara, una *kettle* eléctrica y una radio, y se ocupaba del mantenimiento del edificio.

Durante ese año conoció a mucha gente y habló con hombres y mujeres de innumerables países, probó todo tipo de comidas y aprendió toda clase de canciones, oyó hablar de todo tipo de religiones y de culturas, de climas y de costumbres. Sus grandes amigos en esta época eran Michael, que era unos años mayor que él y por quien mi padre siempre sintió una amistad fraternal, y Esma, que era vegetariano. Michael estaba saliendo con una chica pelirroja y muy delgada que se llamaba Mary y era cuáquera, y a veces salían los tres juntos para pasear o tomar el té. Un Domingo fueron a Hampton Court y se pasaron dos horas en el laberinto, y otro Domingo fueron a Richmond para hacer un picnic y ver los ciervos, pero les sorprendió la lluvia. Mary llevaba un vestido de cuadros verdes y blancos, tan empapado que se le pegaba al cuerpo como si fuera un traje de baño, y Michael y ella hicieron varias bromas al respecto. En los servicios de la estación ella se quitó las medias empapadas, que luego le entregó a Michael dobladas para que las guardara en la cesta. Participar de estas intimidades femeninas le avergonzaba y le fascinaba a la vez. De vez en cuando conocía a chicas que le gustaban, y pensaba en lo extraño que sería casarse con una chica inglesa y quedarse a vivir en Londres, y comprarse una casa en Notting Hill y tener hijos a los que en verano llevaría a España para enseñarles la Cibeles y el museo del Prado y Segovia y el monasterio de Piedra.

Terminó el primer año. Michael le sugirió que solicitara una beca para estudiar en Fircroft College, una universidad privada de Birmingham que había sido creada por el magnate del chocolate Cadbury y que todos los años ofrecía ayudas para estudiantes sin recursos. Mi padre dudaba de que le concedieran una beca a un extranjero que no tenía conexiones de ningún tipo. Es posible que le intimidara la idea de ir a la universidad, él que no tenía estudios de ninguna clase y que se había labrado una cultura autodidacta a base de conferencias, conciertos gratuitos y

bibliotecas públicas. Michael le insistió para que rellenara el impreso de solicitud, y mi padre le hizo caso y logró la beca. Pasó el año siguiente en Fircroft llevando la dulce vida de los estudiantes universitarios, jugando al cricket, estudiando en la biblioteca, participando en charadas de fin de trimestre y vistiéndose para el té. Tenía treinta y dos años.

Abro las carpetas de sus papeles de Fircroft. Son folios doblados por la mitad que recogen apuntes de clase y trabajos. Releo los apuntes por encima. Historia de Inglaterra, Literatura inglesa. «La verdadera poesía», leo en los apuntes, «no es ni una discusión de la vida normal ni tampoco una huida de la vida normal. Es la vida normal hecha más interesante mediante un procedimiento que la ilumina.» *Aye to that*. ¿Quién sería este profesor tan inteligente, tan sensible, tan sensato? «A la hora de enjuiciar la prosa debemos observar el TONO que utiliza el autor para dirigirse a sus lectores.» Absolutamente cierto. El tono, no el estilo. El tono más que el estilo. Y un cuadro donde aparecen tres columnas, en la de la izquierda leemos «Prosa» y debajo «intelecto, vida corriente», y en la de la derecha «Poesía» (*Poesy*), «alma, huida de la monotonía». Ambas columnas, se dirigen, con sendas flechas, a la columna central, que es la *Poetry* («poesía»), es decir, «hombre completo, el complejo drama de la vida». Este profesor diferenciaba la poesía (*poesy*) como género de la poesía (*poetry*) como sinónimo de la totalidad de la literatura (es decir, el sentido aristotélico de la poesía, que no se opone a prosa, sino a Historia). Me pregunto si de algún modo mi padre me transmitió a mí esas ideas o lo que él recordaba de esas ideas.

La lista de los trabajos sobre lecturas es verdaderamente impresionante. Durante su curso en Fircroft mi padre leyó y analizó *Middlemarch*, *Adam Bede* y *Silas Marner* de George Eliot, *The Europeans*, *The Bostonians* y *The Spoils of Poynton* de Henry James, *Burmese Days* de George Orwell, *A Passage to India* y *Howard's End* de Forster, *Lord Jim* y *Victory* de Joseph Conrad y *A Tale of a Tub* de Johnatan Swift, y escribió trabajos sobre Jane Austen, D. H. Lawrence, William Morris, las ciudades victorianas, el liberalismo de E. M. Forster, los ensayos críticos de Matthew Arnold, «Rusia no es una sociedad sin clases», la Inglaterra del doctor Johnson, el realismo del doctor Johnson, la obra de Jonathan Swift y las creencias de George Eliot. Un verdadero *tour de force* para alguien que no tenía ni estudios primarios y que se veía obligado a leer y escribir en otro idioma. Leo los trabajos aquí y allá y están bien escritos, con inteligencia y claridad. Compruebo con placer que Henry James le cansa y le irrita mientras que Conrad le fascina, unos gustos literarios que coinciden absolutamente con los míos. Las notas de los profesores son justas, señalan ambigüedades, exigen argumentos, felicitan por las intuiciones correctas. Es extraño que mi padre leyera tanto a George Eliot. Jamás le oí decir una sola palabra sobre esa autora. De Jane Austen siempre habló con una ligera ironía. Conrad le fascinaba.

La última página de sus apuntes de clase trata sobre Orwell: «Fue siempre

socialista, pero nunca fue marxista». En Inglaterra mi padre aprendió, entre otras cosas, que se puede ser de izquierdas sin ser marxista, que se puede estar contra Hitler y también contra Stalin. También, a través de su contacto con los cuáqueros, aprendió a respetar la religión. Al contrario que mi madre, él nunca se definió como «ateo», y tenía su Biblia de Nácar-Colunga densamente anotada.

No sé exactamente por qué mi padre se decidió a volver a España en vez de pedir de nuevo la beca de Fircroft. Nunca nos lo explicó, pero es posible que volviera simplemente por su familia y por los amigos que dejaba aquí, es decir, porque a pesar de todo su corazón seguía estando en España. De modo que al terminar el curso en Fircroft regresó a Londres, donde pasaría unas semanas antes de su regreso. Se instaló de nuevo en las oficinas del Servicio Civil. Sus amigos, Esmá, Michael, se rieron de la perfecta pronunciación ligeramente snob que había adquirido en Fircroft, y mi padre se puso rojo (era muy tímido, y siempre fue socialmente susceptible) y dijo que, en realidad, la pronunciación británica snob era mucho más fácil para un español que la corriente.

Una tarde radiante de principios de verano, mi padre se encontró a sí mismo caminando de nuevo por Kensington Gardens. El parque, que había visitado por vez primera cinco años atrás, durante su primera visita a Londres, le parecía ahora muy distinto, porque ahora comprendía el sentido de la ciudad y la organización de sus barrios. Durante su primera visita, el Royal Albert Hall, que se levanta justo al lado del parque, le había recordado a una plaza de toros. En esta ocasión, con sus relieves romanos y sus columnatas blancas, le pareció algo así como un templo sagrado de la música. Se acercó a la taquilla y preguntó si había entradas para el próximo concierto. Tocaba la orquesta Hallé dirigida por Sir John Barbirolli, e interpretaban la obertura «Egmont» de Beethoven y *La canción de la tierra* de Gustav Mahler. Como mi padre no había oído hablar de la orquesta ni del director y no sabía quién era Mahler, un compositor poco conocido en esos años, no esperó mucho de aquel concierto, pero se dijo que al menos podría ver la sala por dentro. Entró en el edificio, ascendió por interminables escaleras y allí, desde lo alto de la galería, se sintió casi el rey del mundo contemplando el lujoso interior, el brillo de las lámparas, el órgano que preside el escenario y que es uno de los más grandes de Inglaterra. Los teatros suelen producir esta clase de exaltación de los sentidos.

Mi padre me habló muchas veces de aquel concierto, y de Mahler y de *La canción de la tierra*, una música que yo tenía que imaginarme, porque por mucho que buscaba no lograba encontrar discos de Mahler en las tiendas. Un día, buscando en El Corte Inglés un disco para regalarle en su cumpleaños, encontré una versión de *La canción...* y pude escuchar por fin aquella obra fascinante que ha sido, desde entonces, mi favorita de todo el repertorio. En la funda del disco había una foto de Mahler cuando tenía unos treinta años aproximadamente, y me asombró comprobar

lo mucho que se parecía a mi padre cuando tenía esa misma edad. Los dos tenían una gran frente redonda, entradas en el pelo, una rebelde mata de pelo oscuro, ojos claros (azul celeste en el caso de mi padre), nariz judía, sonrisa pacífica, y ese aire vagamente soñador que solían adoptar antes los fotografiados. Luego mi hermano y yo buscábamos las fotos juveniles de mi padre en el álbum forrado de terciopelo azul y elegíamos aquellas en las que más se parecía a Mahler. Había dos de 1952 en las que el parecido con las fotos de Mahler de 1907 era asombroso: la única diferencia notable entre ambos rostros, entre ambas miradas, era que mi padre llevaba unas gafas de pasta y Mahler unos anteojos de montura metálica estilo fin de siglo.

Pero ¿por qué le gustó tanto *La canción de la tierra*? Seguramente le pareció una música muy moderna, lo más moderno que él podía escuchar, el límite en que el placer comienza a desvanecerse y surge el éxtasis. En el último movimiento, «El adiós», hay una melodía que siempre ha sido para mí la verdadera «canción de la tierra», algo así como el himno secreto de este mundo. La toca un oboísta acompañado de un arpa, y yo siempre me imagino a un oboísta chino (*La canción de la tierra* es una serie de seis canciones sobre poemas chinos) tocándola medio escondido entre los bambúes. Está escrita de una forma muy extraña, y también las figuras del arpa son extrañas. Aparentemente es una melodía sencilla, pero tal como está escrita resulta irregular y difícil de interpretar. Mahler hace que algunas notas se estiren y otras vayan más deprisa de lo que desearíamos, escribe con valores diferentes trozos de la melodía que uno esperaría que sonaran igual, y hace que la melodía y el acompañamiento sigan patrones rítmicos muy diferentes. En realidad, la única forma de tocarla correctamente sería lograr que sonara como improvisada, pero la mayoría de los oboístas la tocan como solfeándola, seguramente pensando que nadie podrá culparles por leer con exactitud. Además (aunque esto no es culpa suya) normalmente la tocan demasiado rápido.

*La canción de la tierra* habla de nuestra vida en la tierra. Habla del dolor y del sufrimiento, de la noche y de la muerte, del horror y de la locura, y también habla del dulce otoño y de la melancolía, y habla de la diversión y los juegos, y habla más tarde del amor, del vigor y la alegría de la juventud, y luego habla de la embriaguez, y finalmente habla de la amistad, de la muerte y de la despedida de este mundo.

¿Por qué le gustó tanto la música de Mahler? Sin duda lo que él oyó en aquella música era algo que le pertenecía a él, y a él sólo. Ondas y oleadas de música subían rizándose por el aire hasta la galería de los que escuchan de pie, y mi padre comprendía de pronto que su vida era una vida del mundo. Se dio cuenta de que estaba vivo, y que todas las demás personas estaban vivas también, y que estaban todos en el mundo, y que aquello era asombroso, el principio de una apertura hacia la realidad. Sintió su propia vida como un misterio y una aventura, un viaje sobre la nada, un paseo sobre el filo de la navaja. Sintió infinitos espacios que se abrían en el

interior de su corazón, y la posibilidad de viajes por territorios ilimitados. Sintió miedo y ternura, compasión por todos los seres vivos, amor por la tierra, sentimientos para los que no tenía nombre. Pero el mundo todavía quería mostrarle algo más antes de que regresara al sueño gris de España.

Esa noche, aún bajo la impresión del concierto que había escuchado en el Royal Albert Hall, mi padre conoció en una de las «reuniones internacionales» que tanto se prodigaban en las oficinas del Servicio Civil a una australiana que acababa de llegar a Gran Bretaña. Se llamaba Shelly Oaks y era una mujer muy morena, de pelo color azabache, esbelta, elegante, con un aire dinámico y quizá deportivo. Llevaba una falda tableada color crema y un suéter fino de manga corta color verde oscuro. Había estado casada en Canberra con un médico y se había divorciado dos años atrás, y deseaba empezar una vida nueva en un mundo nuevo. Mi padre nunca había conocido a nadie que estuviera divorciado, y es de suponer que estar hablando con una mujer divorciada que venía del otro extremo del mundo le resultaba de lo más exótico. Ella tenía treinta y un años. Tenía un rostro muy agradable, con labios llenos y ojos ligeramente hinchados y, al menos en la única foto que he visto de ella, como velados por el sueño. Es posible que llevara unos días durmiendo mal, quizá, incluso, a consecuencia del largo viaje. En la foto ella está fumando y sonrío al escuchar algo que dice mi padre. Probablemente para ella también era exótico estar hablando con un español que había sobrevivido a los bombardeos de Franco. Durante la guerra, un obús entró por la ventana del comedor de la casa de mis abuelos y reventó todo el piso. Mi abuela estaba en ese momento en la cocina, y no sufrió ningún daño, pero el piso quedó destrozado y la familia tuvo que cambiarse de casa. Mis abuelos tenían entonces cuatro hijos. Los bombardeos eran anunciados con sirenas: en cuando comenzaban a sonar, todos corrían a esconderse en el sótano de la casa, o a una estación de metro si uno estaba en la calle. Los colegios habían cerrado, y la única razón para estar en la calle era buscar comida, porque mi padre y sus hermanos estaban muertos de hambre y habrían comido cualquier cosa: el pan con aceite era una delicia, las gachas de harina una delicadeza, las naranjas podridas no estaban tan mal. Mi padre contó algunas historias de la guerra, y notó que a ella le interesaba lo que contaba y que le gustaba escucharle. Ella me amó por los peligros que había pasado, y yo la amé porque me tuvo compasión. Hablaron de otras cosas también, de Londres, de los ingleses, del acento de ella, y finalmente alguien se sentó al piano y se pusieron a cantar, y terminaron la noche cantando como hacían tan a menudo.

## Hibakusha

Mi padre la llamó al día siguiente y le propuso que fueran a dar un paseo. Shelly no conocía Londres, de modo que había miles de sitios adonde podrían ir. A la luz del día, ella le pareció más vulnerable, más frágil que la noche anterior. Pero a ella no le apetecía ir al British Museum ni a la National Gallery. Prefería pasear. Deseaba impregnarse de los sonidos y los olores de las calles. Y pasearon. Fueron hasta la abadía de Westminster, aunque ella no sentía especial interés en visitar la tumba de Handel, y luego hasta el Parlamento, donde se sentaron en la hierba para descansar. Era un bello día de sol y de río. Ella cruzó las piernas morenas sobre la hierba, y él las admiró en silencio.

¿Qué más desearía hacer ella? ¿Le gustaba a ella la música? Sólo por unos chelines podían ir al Royal Albert Hall y ver un concierto, aunque fuera de pie. Es posible que mi padre estuviera un poco nervioso, o que deseara asombrarla con su conocimiento de Londres. Pero para ella «música» significaba más Petula Clark y Pat Boone que John Barbirolli y la orquesta Hallé. No, no le interesaba la música sinfónica.

—No necesitamos hacer nada especial —dijo ella, con la curiosa música australiana de su voz—. Simplemente estar aquí sentados ya es muy agradable.

Aquel sentimiento, aquella sensación, aquel especial cariz que adquiría la palabra «simplemente» en sus labios, todo aquello le producía a mi padre una sensación de intenso peligro, casi de miedo físico. Se sentía a gusto con Shelly, y sentía que ella estaba a gusto también. Era cierto que no tenían que hacer nada especial para que estar juntos fuera agradable, porque era estar los dos juntos lo que resultaba placentero, no el lugar donde se encontraran ni la actividad que realizaran.

Sentía el deseo de ayudarla, de protegerla, y descubrió que nunca había sentido por nadie nada parecido. ¿Sería ella la tierra? ¿Sería ella aquello de lo que hablaba la canción del oboísta chino que toca escondido entre los bambúes?

Caminaron de nuevo por las calles. A ella le sorprendía todo. Le sorprendían los *bobbies*, y las tiendas, y los autobuses de dos pisos. Pasaron frente a la galería donde se exhibía *The Family of Man*, la exposición fotográfica que estaba dando la vuelta al mundo, y mi padre le propuso que entraran a verla. Shelly se sintió muy interesada, porque era también fotógrafa aficionada como mi padre y además había leído en los periódicos sobre aquella exposición célebre, quizá la exhibición fotográfica más famosa que se haya celebrado nunca. Entraron y recorrieron la exposición, y a la salida mi padre compró el libro *The Family of Man* que hizo encuadernar en tapas negras y que todavía sigue en casa y que yo miré tantas veces cuando era niño y sigo mirando ahora de vez en cuando.

Shelly y mi padre recorrieron las galerías de la exposición poseídos por esa



especial emoción que se genera siempre que un hombre y una mujer se sienten intrigados o conmovidos el uno por el otro. Los hombres y las mujeres son como rocas, pero algunas veces una roca siente que podría disolverse al acercarse a otra, y siente que la otra roca siente lo mismo, y ese sentimiento es quizá el más delicioso, el más raro, el más codiciado de todos los sentimientos posibles de los hombres.

Y llega a continuación una de las imágenes más extrañas, más inexplicables. Shelly y mi padre, sentados en una mesa en una terraza acristalada, al otro lado de la cual se ve un jardín japonés, un hermoso paisaje compuesto por un lago, un *toru* rojo en mitad del lago y una orilla de abetos y *zelkovas*. ¿Qué hacen los dos tomando té melancólicamente y contemplando este paisaje que probablemente esté en blanco y negro y no tenga más que dos dimensiones? ¿Es una de las fotos de *La familia del hombre* o es Hibakusha, el Hiroshima Memorial de Sugarmond Street, una especie de templo subterráneo y en semipenumbra que tiene, a un lado, fotos de la ciudad destruida y de cuerpos carcomidos por la radiación y al otro, fotos de la naturaleza de Japón, de campos de peonías, de jardines antiguos, del monte Fuji? En el centro de la sala hay una masiva campana de bronce traída de un monasterio del norte de Kyushu y frente a ella una viga de madera de arce de tres metros de largo que cuelga del techo amarrada de unas gruesas bandas de tela: cada hora, durante las veinticuatro del día, un monje budista impulsa suavemente la viga y golpea la campana, y el sonido impersonal, anónimo, resuena casi durante un minuto entero.

Y ellos, ¿qué contemplan, mientras toman el té? ¿La muda belleza del mundo? ¿El anónimo horror de la bomba? ¿El propio asombro de existir y de haber logrado sobrevivir a tantas guerras? Un paisaje de desolación se extiende más allá de ellos, en el que suena el «himno de la tierra» de *Das Lied von der Erde*. Un oboísta lo toca escondido entre los bambúes. Shelly tiene los ojos cansados, pero siempre los tiene cansados. Es como si tuviera los ojos cansados de mirar, como si hubieran mirado demasiado.

—Nunca he conocido a nadie que se parezca a ti —dice mi padre.

—Es que nunca has conocido a nadie de Canberra —dice ella.

No le gusta el té, y dice que prefiere mil veces una mala taza de café tostado que aquella agua teñida de hojas. Así son las conversaciones que suceden en el fin del mundo: son triviales, hechas de frases intrascendentes y de observaciones casuales. Pero ¿saben ellos que lo que están contemplando es el fin del mundo? Claro que no lo saben, y por esa razón su conversación es tan desvaída. El fin del mundo sucede en un pacífico lago japonés rodeado de abetos y *zelkovas*. La música que suena es la de *La canción de la tierra*.

Shelly se gira para contemplar el paisaje, en el que un grupo de niños japoneses avanzan por el camino que se dirige hacia el lago, vestidos con los uniformes del colegio, ellos con gorras de plato y camisas blancas y ellas con faldas azules y

zapatitos negros, todos con sus macutos de cuero de cabra a la espalda. Con ellos va un militar, un hombre joven y muy delgado que tiene un bigotito fino en el labio superior. En el bosque, al otro lado del lago, ha aparecido un ciervo. Varios niños sacan sus pistolas de juguete y le apuntan. Las niñas gritan, pero a pesar de su excitación no se salen de la fila. Son muy disciplinados, y caminan todos muy rectos. Algunos de los niños ponen una rodilla en tierra como para apuntar mejor, y entonces disparan. Pero sus armas no son de juguete. Son verdaderas armas de fuego, de las que brotan fogonazos y disparos. Uno de los niños levanta los brazos y grita algo en japonés. El militar grita también, con urgencia y con miedo: le grita al niño que se aparte. Pero el niño pretende impedir que sus compañeros disparen al ciervo y se pone delante de los que apuntan, les agarra del brazo para que no disparen. En cuanto oye los disparos y siente las balas que se estrellan en la hierba a su alrededor, el ciervo da un salto fantástico y corre para salvar la vida. Los niños le siguen disparando, pero no pueden hacerlo como quisieran, porque el niño que quiere salvar al ciervo se pone frente a ellos, les agarra del brazo, les grita. El ciervo desaparece. Varios pájaros que estaban ocultos entre las ramas vuelan también asustados. Un faisán se ha elevado de entre las altas hierbas y vuela a menos de un metro del suelo, pegado a la hierba, escapando en dirección al bosque, pero los niños no le prestan atención porque está sucediendo algo más importante. El militar desenfunda su arma y se acerca al niño que quería impedir que sus compañeros dispararan. El niño está ahora muy quieto, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo y la cabeza caída hacia delante, la mirada fija en el suelo. Parece una postura teatral, parece imposible que nadie adopte una postura así de forma natural. Pero no es teatro, es la postura de humillación que se le exige al que ha desobedecido. El militar se le acerca, dando gritos y empuñando su pistola, y Shelly y mi padre se temen que le golpee con ella en la cabeza. Está tan furioso que casi le sale espuma por la boca. ¿Cómo es posible sentir una furia así? Entonces el militar da una orden a los niños, que se apartan todos, camino arriba, y forman en dos filas rápidamente, las niñas detrás. El militar señala a cinco niños al azar, que dan todos un paso al frente. Luego señala al niño que ha desobedecido, que sigue en el mismo lugar en la misma postura, con la cabeza caída hacia delante en un exagerado gesto de humillación y con los brazos rígidamente pegados al cuerpo. El militar dice unas palabras más, todavía a gritos. Más que palabras parecen los ladridos de un perro, un perro enfermo. Los cinco niños levantan el brazo. El militar da una orden y los cinco disparan. El niño desobediente cae al instante derribado, y desaparece entre las altas hierbas. Después del estampido de los disparos, queda el horrible silencio. La brisa se lleva rápidamente el humo de los disparos. Alguien gimotea. ¿Quién puede atreverse a gimotear? ¿Alguno de los niños que han disparado? ¿Alguna de las niñas? Pero no, es el niño desobediente, que todavía no ha muerto. Gime como un animal, también gime como un perro. Está

herido en una pierna, en la vejiga, en el hombro, dos veces le han atravesado el pulmón. Es posible que sus compañeros hayan intentado no alcanzarle en ningún punto vital, pero no les servirá de nada. El militar se acerca al lugar donde está caído, extiende el brazo y le da el tiro de gracia. Un perro mata a otro perro. Un perro enfermo mata a un perrito herido. Ahora el silencio es total. El militar se vuelve y da una orden. Todos los niños se ponen firmes, giran cuarenta y cinco grados y echan a caminar de nuevo. El militar da otro grito y todos los niños se ponen a cantar un himno patriótico, cuyos ecos siguen sonando en la distancia cuando los niños se pierden en la curva del camino.

Ahora el paisaje está desierto. Mi padre y Shelly contemplan el antiguo parque japonés. Una garza cruza sobre las aguas, y mi padre recuerda el lento amerizar de los cisnes blancos sobre el río Avon. Unos minutos más tarde, aparece el primer cuervo. Es muy grande, totalmente negro. Se posa en el camino, como con precaución. Otros vuelan ya en los aires.

—No sabía que los cuervos fueran animales carroñeros —dice Shelly.

Pero el cuerpo caliente todavía no es una carroña. ¿O sí lo es? Unos instantes después el círculo de cuervos del aire se transforma en una hilera de voladores negros que descienden hacia ese lugar entre las altas hierbas donde yace el cuerpo del compasivo. También los cuervos desaparecen de la vista cuando se abalanzan sobre el cuerpo. Pero se oye un rumor, un rumor de voracidad y de plumas. Uno de los cuervos surge de entre la hierba y se aleja volando con un ojo en el pico.

La bomba explotó en el aire, justo encima de un edificio que permanece casi intacto. Es un edificio coronado por una cúpula de cristal: ni siquiera se han roto todos los cristales. Es difícil saber cuántos murieron. Quizá unas setenta mil personas instantáneamente, y unas cien mil en los días que siguieron. Cuando cayó la bomba, todas las comunicaciones de Hiroshima se cortaron. Los rumores de que había habido una gran explosión llegaron al alto mando japonés enseguida, pero resultaba imposible ponerse en contacto con la ciudad: el teléfono, el telégrafo, todo había dejado de funcionar. Existe incluso un informe del ejército japonés donde alguien afirma que los rumores sobre Hiroshima son falsos, que nada ha sucedido allí, ya que la ciudad no es un objetivo militar y no tiene instalaciones de guerra. Sin embargo, el alto mando decide enviar un avión de reconocimiento para ver desde el aire qué diablos ha pasado. Los pilotos sobrevuelan la ciudad arrasada, reducida a una llanura de escombros humeantes, prácticamente borrada del mapa, y no pueden dar crédito a sus ojos. Poco después el presidente de Estados Unidos, Harry Truman, se dirige a la nación y explica que han lanzado dos bombas atómicas en Japón. Asegura que entre las víctimas sólo hay militares, soldados y marinos. Es probable que no estuviera mintiendo, sino que fuera eso realmente lo que él creía. Truman no sabía que Hiroshima y Nagasaki eran ciudades populosas y no objetivos militares.

Algunos historiadores arguyen que las mujeres, los niños y los ancianos de Hiroshima y Nagasaki no eran exactamente «civiles». Japón había lanzado contra Estados Unidos una «guerra total», lo cual quiere decir que para el gobierno japonés todos los ciudadanos de Japón, incluidos las mujeres y los niños, eran soldados. «Cuando se declara una “guerra total”, ya no hay civiles», afirman estos sutiles analistas. Y para apoyar su tesis explican, por ejemplo, que el gobierno japonés obligaba a los niños y a las mujeres a trabajar en industrias de guerra, lo cual los convertía automáticamente en blancos legítimos. Luego están los «humanistas», claro está, que afirman que gracias a las dos bombas *Little Boy* y *Fat Man*, se salvaron incontables vidas humanas, y que si Estados Unidos hubiera tenido que asediar las islas para forzar la rendición, diez millones de personas habrían muerto de hambre. De modo que lanzar las dos bombas atómicas fue, en realidad, una acción humanitaria.

Los aviones que acompañaron al *Enola Gay*, que fue el avión que arrojó la bomba sobre Nagasaki, se llamaban *Gran Artista* y *Mal Necesario*. Su misión era tomar fotos y filmar el espectáculo. Gran artista. Mal necesario.

Pero es posible que el paisaje que vieron mientras tomaban el té fuera otro muy distinto. Simplemente, un bello lago japonés rodeado de juncos, abetos oscuros y grandes rocas redondeadas. Un paisaje de Hokusai, una de las «Visiones del monte Fuji». Entre las cañas el oboísta escondido tocaba el himno de la Tierra que todos los oboístas del mundo se empeñan en leer solfeando, sin comprender que la extraña notación de Mahler no está escrita para ser seguida al pie de la letra, sino para permitir al intérprete que su canción suene sin barra de compás y como improvisada.

O bien que estuvieran, realmente, al borde de un estanque real y no frente a un paisaje fotografiado. Al otro lado del cristal, se extendería entonces el más bello lago del mundo, con la luz aterciopelada más delicada de la historia de la luz y la nitidez más extraordinaria de la historia de la percepción humana. Las cosas se contagian de nuestro amor y de nuestra atención. ¿Acaso no es el amor una forma especial de la atención?

Shelly no creía en la melancolía. Cuando salieron de ver *The Family of Man*, los dos un poco aturcidos, ninguno de los dos sabía qué hacer. Y tenían que seguir haciendo cosas, siempre tenemos que hacer cosas, y después más cosas, y a continuación más cosas. Mi padre propuso, quizá, visitar la Torre. Pero Shelly ya había tenido suficiente historia por un día. Una cosa que a mi padre le intrigaba de ella era que venía de un mundo sin pasado, un país de interminables desiertos rojos rodeados de atolones de coral, y que ni el arte ni la cultura le interesaban lo más mínimo. Le interesaba la vida moderna, lo actual, la historia, la política, los hechos, los viajes, las historias que uno tenía que contar de sí mismo, y también le gustaba reír, tomarle el pelo a mi padre, y mirar a su alrededor, observar las cosas que veía

por la calle, y asombrarse, interesarse. Le atraían las cosas vivas y evidentes, no las quimeras: uno disfrutaba viajando en autobús con ella y también era capaz de tener una conversación vibrante con el camarero que les servía el té y era griego y hacía diez años que no veía a sus hijos. No se parecía en nada a los ingleses que había conocido. Finalmente, ella le propuso que fueran a algún parque de atracciones. ¿Conocía él alguno en Londres? ¿Había alguno?

Sí, claro que había alguno, aunque mi padre jamás lo había visitado. Fueron hasta allí en el metro. Pasaron una tarde muy agradable en Dunwich. Dispararon a una hilera de patitos de hierro que giraban en una rueda y Shelly derribó cinco seguidos y ganó un premio, un osito de peluche que luego tuvieron que llevar el resto de la tarde, como la sombra de una tercera persona o de una tercera fuerza que se asomara entre los dos. Tomaron limonada y se pusieron a la cola de la montaña rusa. Mi padre jamás había subido a una montaña rusa (de hecho, jamás en su vida había estado en un parque de atracciones), y la visión de aquellos raíles metálicos suspendidos en los aires le llenaba de terror, pero ella parecía tan ilusionada y tan feliz que no le pareció el momento de echarse atrás.

Mi padre siempre fue muy aprensivo con los desafíos físicos, y tenía una especie de fobia autoinducida que podríamos definir como «miedo enfermizo a tener vértigo», porque a pesar de que no tenía verdaderamente vértigo, sí se sentía fascinado con la posibilidad de tenerlo. Tenía algo así como nostalgia del vértigo, sensación a la que atribuía cualidades casi voluptuosas, y creo que lamentaba no ser de esas personas que no pueden ni siquiera acercarse a una ventana de un segundo piso porque sienten un miedo irracional a caerse. Le he oído muchas veces hacer comentarios sobre el vértigo cuando cruzábamos un puente sobre un río o nos asomábamos sobre un desnivel del terreno, y hablaba de los afectados por el vértigo con una extraña mezcla de admiración y de envidia.

Creo que aquélla fue la primera y la última vez que mi padre se montó en una montaña rusa. Había algo en su educación que le impedía extraer placer de cosas que fueran «inútiles» o que no exigieran algún tipo de habilidad o de ingenio. Simplemente montarse en un coche y ser zarandeado de un lado a otro, arriba y abajo en los aires, no debería darle a nadie, de acuerdo con el curioso código moral de mi padre, el derecho a divertirse. Mi padre se agarró con fuerza a la barra que tenían los dos delante, y cuando terminó el trayecto, que incluía una vuelta completa durante la cual uno quedaba boca abajo, estaba más blanco que el papel.

Cuando descendieron del coche, a mi padre le daba vueltas la cabeza y le temblaban las rodillas, y casi no podía ni andar del mareo que sentía. Shelly estaba tan tranquila, y se reía de buena gana porque lo había pasado muy bien.

—Montemos otra vez —dijo Shelly.

—Pero ¿a ti esto no te afecta? —le preguntó mi padre estupefacto—. ¿No te

mareas?

—Estoy acostumbrada —dijo ella. Y ante el gesto de extrañeza de mi padre—:  
Soy piloto de vuelo sin motor.

## La familia del hombre

Ahora los documentos de mi padre, los recortes de periódico, los apuntes de clase de Fircroft, las cartas, la libreta Picador que contiene el diario de su primer viaje a Inglaterra llenan toda la mesa. Voy recogiendo los papeles y metiéndolos en las carpetas correspondientes. Sólo queda una cosa: un cuaderno de clase de cuando mi padre tenía doce años.

Me acerco a la ventana del salón. Los visillos están abiertos, pero los mecanismos están viejos y los visillos no corren hasta los extremos. Sigue lloviendo, una rara mañana de lluvia en Madrid. Y con la lluvia todo es posible. La rama de la acacia invisible, cuyo significado se me escapa. La luz de antaño. La posibilidad de días innumerables. Días, días sin cuento. Y con la posibilidad de los días, la posibilidad de la vida, pero no cualquier vida: una vida, mi vida, vivida en el mundo y repartida en días sin cuento. Es esta posibilidad la que me alimenta igual que la lluvia alimenta a las plantas: la posibilidad de vivir incontables días en el mundo, y que cada día contenga al menos un instante donde sea posible sentir que uno está vivo.

Sombras de la lluvia, eso somos. Y la lluvia ¿qué significa? ¿Qué significa una acacia enana en una jardinera? ¿Qué significa el recuerdo de una acacia?

¿Qué me une a mi padre? Los genes, la biología, un delgado filamento de esperma, una historia de amor transformada en dos árboles que crecen lentamente, yo, más tarde mi hermano, un largo río de memorias.

Me acerco a la gran pared de libros de la estancia que siempre hemos llamado «la biblioteca», y busco *La familia del hombre*. Sé que está allí, en algún lugar. Es un libro negro. Recuerdo la calidad rugosa, casi mineral, de sus cubiertas. Mi padre tenía la costumbre de llevar a encuadernar todos los libros que le parecían importantes, y también encuadernó *La familia del hombre*. Lo encuentro enseguida, junto con un grupo de libros de arte demasiado grandes, colocados horizontalmente en una de las baldas. Es más pequeño, más fino de lo que yo recordaba. Lo llevo a la mesa y lo abro. Y comienzo a pasar páginas. Y esto es lo que veo:

Una niña desnuda dormida entre las hojas y los helechos de un bosque.

Un río de lava que brilla entre las montañas.

Dos jóvenes tumbados sobre la hierba y abrazados.

Un niño indio tocando la flauta en los Andes.

Dos jóvenes se despiden en una estación de tren y ella sabe que nunca le volverá a ver.

Un joven besa a una muchacha en la mejilla en un mercado de flores de una calle de París.

Una joven novia india se mira en un espejo, rodeada de niñas que sostienen un velo de gasa por encima de ella.

Una mujer embarazada tumbada en la cama con un gatito.

Una mujer embarazada en México.

Varias mujeres embarazadas en Kordofán.

Una mujer embarazada en Japón.

Un médico saca a un niño, todavía con el cordón umbilical sin cortar, todavía sin respirar, húmedo y brillante como una flor recién nacida.

El pecho de la madre y el niño mamando. El pecho parece inmenso, blanco y limpio como la ladera de una montaña.

Una madre con un vestido de cuadritos mira a su bebé desnudo sobre la cama.

Una mujer pigmea avanza por la selva con su bebé colgado de una bandana.

Una niña rubia de grandes ojos mira hacia arriba con miedo, o quizá con resentimiento.

Rostros preocupados. Rostros de mujeres preocupadas, de niños y de hombres y de ancianos y ancianas preocupadas. Rostros de mujeres preocupadas en México, en Laponia, en la India, en Checoslovaquia, en Estados Unidos.

Unos niños desnudos saltan sobre la arena en Bechuanalandia. Ríen, y parecen volar.

Una hilera de niños muy contentos caminan en fila a través de un parque en América, siguiendo a un joven vestido de húsar.

Un niño mira a una vaca en Inglaterra.

Un niño desnudo se lanza al agua de un lago en Estados Unidos.

Una niña camina como una modelo frente a una hilera de niños que ríen, en la calle de una ciudad industrial en Inglaterra.

Unos niños felices y con las caras sucias ríen en el porche de madera de una casa pobre en Estados Unidos.

En Alemania, unos niños dentro de una casa en tinieblas contemplan a través de la ventana cómo un avión de juguete blanco y resplandeciente vuela por una calle en tinieblas.

Un niño de Java aprende danzas tradicionales.

Un niño amenaza a su madre con un palo en un barrio de casitas pobres de Estados Unidos.

Un niño con aspecto de matón agarra a otro por el cuello y cierra el puño como para golpearle, y el otro tiene tanto miedo que no puede moverse.

Caras de niños tristes, niños con miedo. Niños pobres, niños asustados, niños hambrientos.

Tres niñas miran al fotógrafo desde detrás de una valla de alambre, en un campo en Canadá. Las tres tienen una cara muy seria, como si algo terrible acabara de suceder. Al fondo se ve una casita de madera.

Un niño mendigo de unos tres años camina por la acera de una ciudad.



En Bechuanalandia, un padre le enseña a su hijo a cazar antílopes con lanza. El antílope, un *eland* muy bonito, está pastando frente a ellos, y los perros lo rodean expectantes y con la lengua fuera, esperando a que caiga al suelo para abalanzarse sobre él.

Un soldado que empuña un fusil se abraza a un niño de unos cuatro años, que llora desconsoladamente.

Un hombre y un niño, tumbados a ambos lados de un sofá, leen el periódico una mañana de Domingo en una casa muy agradable. El hombre lleva chaqueta y corbata.

Dos campesinos en Italia con un niño cocoliso, los tres sentados muy sonrientes en lo alto de un carro.

Una familia de campesinos en Sicilia. Una familia de campesinos en Japón. Una familia en Bechuanalandia, frente a una cabaña de paja. Una familia en Estados Unidos, con retratos decimonónicos en las paredes.

Hombres cortando hierbas en Kenya.

Un maderero en Estados Unidos, de pie con las piernas abiertas como una estatua de Paul Bunyan.

Un pastor de cabras en Irán.

Unos campos escalonados de arroz en Indonesia. Ésta es una imagen del Paraíso, y cuando era niño solía soñar mirándola. Al fondo hay cocoteros, y los picos levantados de los techos de las cabañas, y luego las líneas paralelas del mar.

Cosechadoras en Estados Unidos.

Los brazos musculosos de unos obreros en Suiza.

Una gallina con sus pollitos en la alacena de una cocina, en Irlanda.

La construcción de un túnel en Italia, una imagen del infierno, con enormes andamios de madera llenos de trabajadores.

Elefantes usados como tractores en Pakistán, en una cuesta de tierra.

Un obrero subido a una viga colgada del cable de una grúa en Estados Unidos.

Un herrero golpeando el yunque.

Un hombre bebiendo agua ávidamente de un grifo en el Congo Belga.

Un minero en Bolivia.

Un niño minero en Gales, muy sucio y con ojos vivos.

Las fornidas manos de dos hombres (una de ellas con un anillo) se aferran a una palanca intentando moverla.

Una hilera de hombres, enjaezados como animales, tiran de un barco en un río de China.

Las manos de una mujer anciana que se ha pasado la vida trabajando.

Las manos de una mujer que está trabajando con piezas metálicas colocadas en seis cajitas frente a ella, multiplicadas cien veces por el movimiento.

Mujeres lavando ropa en el río en Austria.

Una calle llena de miles de cuerdas con ropa tendida en Estados Unidos.

La fachada de un edificio de oficinas. A través de las ventanas se ven las oficinas y a las personas que hay en ellas.

Un hombre dictando una carta a su secretaria.

Un estudio de arquitectura, con hombres en mangas de camisa trabajando sobre grandes mesas de dibujo.

Una hilera de mujeres en África, algunas vestidas con preciosos vestidos, otras desnudas, llevando en la cabeza cajas o racimos de plátanos.

Dos jóvenes llenando una calabaza de agua en una charca en Costa de Marfil.

Una mujer anciana y de pechos arrugados contempla los bonitos pechos de una muchacha joven que lleva una cesta sobre la cabeza en Bali.

Una hilera de mujeres muy bien vestidas y sonrientes en el mostrador de una tienda de hamburguesas en Estados Unidos.

Un hombre elegantemente trajeado echa sal a un huevo duro, sentado sobre la hierba en un parque en Francia.

Niños jugando al corro. Niños jugando al corro en China, en Israel, en Francia, en España, en Japón, en la URSS, en Suiza, en Estados Unidos, en Rumania, en Perú, en Alemania.

Una niña toca una flauta dulce sentada en una roca muy inclinada.

Una niña, con un vestido largo y descalza, parece recitar un texto o cantar una canción subida en una tarima de madera.

Un teatro de ópera lleno, coronado por una inmensa araña.

Una orquesta toca en medio de un parque en Uruguay. En primer plano se ve una tuba.

Los movimientos de una bailarina de ballet, multiplicados mil veces por medio de una serie de exposiciones sucesivas.

Un baile de sociedad en Francia.

Bailes tradicionales en México, en Escocia, en Alemania, en Mauritania.

Una mujer baila y canta como en éxtasis en un bar, en Brasil, rodeada de hombres que tocan su vientre, su costado y su brazo con los dedos.

Un joven y una muchacha a la que le falta un diente bailan muy abrazados en una fiesta popular, en Brasil.

Un bar en Hungría. Una comida de gala en España. Un restaurante popular en Francia. Una fiesta en Borneo.

Dos jóvenes se besan cuando llegan al punto más alto del recorrido del columpio-barca en el que se están columpiando.

Unos niños montados en unos *karts* que, aparentemente, corren por el interior de un inmenso cilindro, en Chicago.

Una pareja de jubilados en la playa: el hombre, que lleva calcetines sujetos con

tirantes, hace un solitario sobre una maleta y fuma en pipa.

Un anciano cuenta muy expresivamente una historia a un grupo de jóvenes y niños desnudos de ambos sexos, en una cabaña de Bechuanalandia.

Un hemiciclo lleno de alumnos de ambos sexos en Checoslovaquia.

Las manos de un hombre mayor que está aprendiendo a escribir, empuñando una pluma y trazando aes en un cuaderno.

Un niño escribiendo en árabe en una pizarra en Palestina.

Un aprendiz de monje en Borneo, muerto de sueño o agotamiento, apoya la cabeza en la mano.

Un profesor con traje y corbata demuestra (aparentemente) una postura de yoga sobre la mesa en el Institute for Advanced Study, Princeton, frente a varios estudiantes varones que llevan corbata y están en mangas de camisa.

Albert Einstein en medio de sus libros, en Princeton, agarrándose el labio inferior para pensar mejor.

Un hombre levanta en la mano, en mitad de la oscuridad, una varilla llena de luz.

Un escolar con la cartera a la espalda desciende por unas escaleras en una ciudad alemana totalmente destruida por los bombardeos.

Un hombre y una mujer sentados el uno al lado del otro, enfadados y sin mirarse, en un café de Francia.

Una pareja de negros pobres, en Estados Unidos, ella tumbada en la cama y mirándose las uñas, él sentado en el borde de la cama y mirando hacia ese lugar lateral, oscuro, indefinido al que miran siempre los que están preocupados.

Un soldado y una chica sentados en un banco y abrazados, frente a un río, y otra chica al otro lado que apoya el codo en el hombro del soldado.

Una muchacha y un hombre duermen tendidos sobre una roca. Él tiene la cabeza apoyada sobre la pierna izquierda de ella.

Una muchacha joven de pelo rizado, que se parece mucho a mi madre cuando era joven, se apoya en un parquímetro y mira a la izquierda con una vaga sonrisa.

Dos hombres juegan al ajedrez en lo que parece ser la parte trasera de una tienda en North Carolina, rodeados de hombres y mujeres de expresión plácida y amable. Algunos de ellos deben de ser clientes.

Una mujer mayor, elegante y con un exuberante escote «palabra de honor», contempla con gesto de frustración y hastío una ruleta en un casino en Puerto Rico.

Unas ancianas francesas, vestidas de negro, con sombrero y con gesto severo y crítico contemplan al fotógrafo en una calle de París.

Un niño muerto en un ataúd en una casa muy pobre en España. El ataúd es una simple caja de madera, pero está pintada con dibujos barrocos.

Un soldado muerto en un campo de batalla, con la boca abierta.

Un niño de unos doce años contemplando un cementerio desde lo alto de una

piedra, rodeado de árboles y de cruces blancas.

Dos mujeres llorando sobre un ataúd de madera en Corea.

Un funeral en Alemania bajo la nieve, gente con paraguas y un párroco rezando frente a la tumba abierta. Los copos de nieve tragados por el hueco oscuro de la tumba.

Una mujer con un bebé en los brazos, en un pueblo de casitas blancas, en España.

Un niño (o quizá una niña) toca la flauta en los Andes.

Una mujer apoyada en el respaldo de un banco, perdida en sus pensamientos. ¿Adónde miran las personas preocupadas? Todas parecen mirar al mismo sitio. ¿Qué sitio es éste? ¿Dónde está? ¿Quién vive allí?

En la guerra de Corea, un soldado llora en los brazos de otro soldado.

Un anciano negro vestido con ropas pobres y rotas llora llevándose un pañuelo a los ojos, y una mujer con aspecto compasivo le pone la mano en la cabeza.

Una mujer muy delgada, con un vestido blanco y con los brazos cruzados en una X perfecta, mira al vacío con gesto de enorme preocupación.

Un hombre mira al vacío con gesto de desolación, con dos niñas a su lado: una le mira a los ojos, y la otra apoya la cabeza en su hombro. ¿Adónde mira? ¿Mira verdaderamente al vacío? ¿Qué es el vacío? ¿Dónde está?

Una mujer muy sucia y con la ropa vieja y rota mira al vacío con el gesto contraído por una intensa preocupación. Dos niños se abrazan a ella, también sucios, con el pelo sucio, con ropas viejas.

Un ser que no se sabe si es hombre o mujer, joven o viejo, come un trozo de pan en Holanda. Ésta es la representación del hambre.

Mendigos. Un niño mendigo en China. Mendigos en la India, extendiendo las manos. Manos que piden. Manos abiertas.

Iglesias. Templos. Unos niños judíos en una yeshivá en Checoslovaquia. Una joven mexicana sosteniendo una vela en medio de la oscuridad.

En Colombia, un barrendero deja su trabajo y se arrodilla al paso de un sacerdote, que va acompañado de un hombre que sostiene una sombrilla sobre su cabeza. Todo esto sucede en una gran avenida llena de árboles y de luz blanca entre los árboles.

Una muchacha extraordinariamente parecida a la Venus de Botticelli. Una hebra de pelo ondulante cruza sobre sus labios.

Una mujer pintándose la cara en Sudáfrica.

Un grupo de pioneros yugoslavos, las chicas delante, los chicos detrás, todos muy sonrientes, todos con uniforme militar.

Un chico hablando con dos chicas en un porche en Estados Unidos.

Un grupo de adolescentes inglesas charlando de algo que les parece muy interesante.

Dos jóvenes metidos en un agujero en mitad de una playa llena de gente en

Estados Unidos. El agujero es tan profundo que sólo se ven sus cabezas. Ella parece preocupada, y él la rodea con el brazo y le habla al oído.

Un grupo de judíos conducidos por los soldados nazis en el *ghetto* de Varsovia. En primera fila hay dos mujeres, un hombre y una niña con un abrigo de cuadros.

Unas mujeres jóvenes vestidas con ropas blancas y con cintas blancas en el pelo gritan desesperadamente al otro lado de unas alambradas en Corea.

Un tranvía indonesio lleno de gente, en cuyo costado alguien ha escrito «todos los hombres han sido creados iguales».

Una mujer habla en un juicio, en Francia.

Un magistrado, quizá un juez, consulta un libro muy grueso.

Votaciones. Mujeres votando en Francia, en Japón, en China, en Turquía.

Rostros que nos miran. El rostro de un soldado en Corea. El rostro de una joven en México. El rostro sucio y asustado de una niña en Nagasaki.

Un soldado caído boca abajo en una trinchera.

Parejas ancianas. Una pareja de indios americanos. Una pareja de sicilianos. Una pareja de chinos. Una pareja de polacos. Una pareja canadiense, dos grandes rostros arrugados, intemporales, mitológicos.

La sala del consejo de las Naciones Unidas.

Una muchacha (?) sostiene una bandeja llena de flores y ramas llenas de hojas que cubren sus caderas y sus piernas.

Un niño toca la flauta en los Andes.

Una niña china intenta coger una pompa de jabón que flota en el aire.

Unas niñas ayudan a ponerse un traje de Navidad a una niña más pequeña.

Unos niños juegan con unas cajas de cartón como si fueran coches de carreras.

Niños. Dos niños caminando por el borde de un río en Inglaterra. Una niña pequeñita cubierta de hojas, sola en mitad de un parque en Francia. Una niña caminando descalza con una cesta en la mano en México. Un niño con una sola pierna camina con una muleta en Marruecos.

Y la última foto: dos niños pequeños, un niño y una niña, caminando cogidos de la mano por un camino del bosque, de espaldas a nosotros, alejándose de nosotros.

Y me quedo prendido de esta última imagen, la imagen de dos niños que se alejan.

¿Qué es, me pregunto entonces, aquello que siempre se aleja de nosotros? ¿El tiempo? ¿La juventud?

Somos mi hermano y yo, pienso mirando la foto, caminando solos por el bosque cogidos de la mano. Los padres tienen un hijo y luego le dan un hermano para que no esté solo. El primer hijo es un hijo, pero el segundo hijo es siempre un hermano.

¿Qué es aquello que siempre se aleja de nosotros? ¿El tiempo? ¿La juventud?

Me quedo mirando la foto, como si en esta sencilla imagen que he mirado tantas,

tantas veces, se escondiera un secreto íntimo y terrible.

No es el tiempo. No es la juventud. Son los hijos. El tiempo nos deja, el mundo nos deja, la juventud nos deja, pero todo eso, el tiempo, el mundo, la juventud, siguen vivos dentro de nosotros. Somos el mundo, y somos siempre los jóvenes que fuimos, del mismo modo que somos el embrión que fuimos y el astro que seremos. Los hijos, en cambio no son nuestros ni podemos contenerlos. Surgieron de dentro de nosotros, de la médula de nuestros huesos, pero desde el momento en que los pusimos en este mundo comenzaron a alejarse. También las estrellas se alejan todas unas de otras. Mi padre, que tantas veces me miró y que tantas veces habló conmigo, ya no puede mirarme, no sabe cómo es mi rostro. A menudo pienso que me gustaría hablarle, contarle las cosas que me han pasado, explicarle que todo va bien (aunque no sea cierto, y esperando que él no pueda saber que no es cierto), pero ya no es posible. No es posible porque yo soy uno de esos niños que se alejan por el bosque, porque me he alejado de él caminando por el bosque del mismo modo que mis hijos se alejarán de mí. Ahora, por fin, tengo los ojos llenos de lágrimas. Ahora, por fin, llueve fuera y dentro de casa. Ahora la lluvia es ya universal. Es la lluvia de los inocentes, que cae sobre el mundo.

# El dibujo desconocido

## Autónoma

La Universidad Autónoma eran largos edificios blancos que se extendían como gusanos acristalados en medio del páramo castellano. Los gusanos corrían paralelos, cada uno de ellos era una facultad. Al final, todos se unían mediante una especie de gusano transversal que se iba haciendo más grueso a medida que el terreno descendía, ya que toda la universidad estaba situada en un plano inclinado, lo cual permitía la existencia de una calle interior que iba descendiendo paralela al gusano transversal y sobre la cual los distintos gusanos facultativos se convertían en puentes cada vez más elevados. El departamento de Lengua y Literatura estaba cerca de la cabeza de su gusano correspondiente y, por esa razón, Mateo y sus amigos raramente visitaban el gusano transversal, que era donde estaban las inmensas y populosas cafeterías de los alumnos. La facultad de Filosofía y Letras era el primer gusano, y por dentro tenía, como todos los demás, la apariencia de un largo, larguísimo pasillo blanco con escaleras a ambos lados que conducían a los módulos de las clases. Era un lugar triste, un lugar lánguido, un lugar aburrido. Era un lugar frío y sin carácter. No estaba permitido fumar en las clases, pero todo el mundo fumaba, y el lugar, además de ser lánguido, aburrido, frío y sin carácter, estaba lleno de humo. Había una biblioteca, un edificio cúbico de color oscuro situado entre la parrilla de gusanos y la parada del autobús, a la que nadie iba nunca por la sencilla razón de que allí apenas había libros. Los gusanos estaban rodeados de enormes extensiones de césped, con abedules a lo largo de los caminos, y por encima había nubes, nubes grandes y algodonosas, y mucho espacio vacío y azul. Había además otros edificios: el rectorado, un polideportivo en el que ni Mateo ni sus amigos pisaron en toda la carrera, y la parada del tren que comunicaba la universidad con la estación de Chamartín. Al otro extremo, más allá del último gusano, que era la facultad de Ciencias, habían colocado una hilera de barracones prefabricados, similares a los que se usan en las obras: allí estaban los de Psicología, los parias de la universidad. Los de Medicina, la élite de la universidad, estaban en un edificio cercano al hospital de la Paz. Por esa razón, durante la carrera Mateo siguió viendo a menudo a Miguel, que estudiaba Química cinco gusanos más allá, pero ya no veía tanto a José María, que estaba en la Paz diseccionando cadáveres y pasándose bomba, porque José María siempre se lo pasaba bomba en todo lo que hacía.

La primera clase de la mañana era Literatura Medieval. La daba Julio Rodríguez Puértolas, que practicaba el materialismo histórico y explicaba que el *Libro del buen amor* era un reflejo de la crisis del feudalismo castellano, que el *Libro de Apolonio* era un reflejo de la crisis del feudalismo castellano, que *El conde Lucanor* era un reflejo de la crisis del feudalismo castellano, que *La Celestina* era un reflejo de la crisis del feudalismo castellano, que la *Cárcel de amor* era un reflejo de la crisis del



feudalismo castellano y que *La comedieta de Ponza* era un reflejo de la crisis del feudalismo castellano. Después de varias semanas de asistir a clase como unos buenos chicos, Pedro y Mateo comenzaron a sentir ellos mismos los efectos de la crisis del feudalismo castellano. Se les abría la boca y se les cerraban los ojos, y enseguida decidieron cambiar el aula por el bar, al menos durante aquella primera hora que se hacía tan dura.

Todos los alumnos iban al bar de profesores, que estaba más cerca por aquel lado del gusano facultativo, un local pequeño regido por un paisano alegre y pícaro de grandes bigotes llamado Juanjo que hacía unas tortillas de patata de chuparse los dedos. Enseguida se tomaron confianza, y Mateo y Pedro le decían a Juanjo qué tortillas le habían salido buenas y cuáles tenían las patatas un poco duras, y Juanjo les decía que tenían un morro de la hostia por pasarse allí toda la mañana en vez de ir a clase.

Y es que, abrumados por la crisis del feudalismo castellano, Pedro Rojo y Mateo se pasaban ahora la mitad de la mañana en el bar de Juanjo hablando de libros y alcanzando ellos solos y sin ayuda de nadie unos niveles de pedantería verdaderamente asombrosos. Luego se asomaban a alguna clase, aunque todas les parecían malísimas y todas les hacían bostezar como obispos en concilio. Se acercaba la hora del aperitivo: huían de nuevo a donde Juanjo a tomarse la cañita y probablemente otro pincho de tortilla, y luego, si el tiempo lo permitía o había chicas dispuestas a escuchar sus disparates, salían a sentarse en las praderas de fuera. Y si llovía o no había chicas interesadas en tirarse por la hierba, se dejaban caer por la librería que estaba entre el gusano de Filosofía y Letras y el de Derecho.

El encargado de la librería era un chico que tenía sólo unos pocos más años que ellos y con el que a menudo hablaban de literatura, aunque él estaba todavía enredado en el existencialismo, André Malraux, Albert Camus, Simone de Beauvoir, Jean Paul Sartre. Su Biblia era *¿Qué es la literatura?* de Sartre, del mismo modo que la Biblia de Mateo y de Pedro era *Historia de un deicidio* de Vargas Llosa. A pesar de todo, el chico les caía bien, razón por la que Pedro sufría como un condenado cuando hacía lo que tenía que hacer, que no era otra cosa que dedicarse a robar libros a manos llenas. Se ponía su «chaqueta de las compras», y allá que se iba.

Su proyecto era conseguir las colecciones completas de Clásicos Castalia y de Clásicos Cátedra, que ya en esos años sumaban varios centenares de títulos, y la única manera que tenía de trasladar tal cantidad de libros desde las librerías hasta su domicilio era robarlos. Cuando Mateo visitaba la casa de Pedro y veía las interminables hileras de clásicos que adornaban sus estanterías, brillantes y húmedos como flores recién cortadas, se le llevaban los demonios. Pedro se pasó los cinco años de la carrera robando como un bendito con su «chaqueta de las compras». Robó en la Autónoma, robó en la Casa del Libro, robó en El Corte Inglés, robó en

Hiperión, robó en Antonio Machado, y jamás, ni una sola vez, le pillaron. Su reinado terminó cuando en Vips comenzaron a poner una tirita de plástico y metal magnetizado en los libros que hacía sonar una alarma al salir por la puerta. Pero cuando se extendieron las alarmas electrónicas en las librerías era ya demasiado tarde, y Pedro había logrado reunir una biblioteca de varios miles de volúmenes.

De los otros alumnos de la clase sólo conocían a Óscar Barrero. Había sido ya compañero suyo en COU en el Ramiro, pero nunca habían llegado a hablar con él porque era un tipo rarísimo que rehuía a todo el mundo. Ahora que estaban los tres en la universidad parecía algo más predispuesto a comunicarse, aunque su estilo de hablar consistía en soltar barbaridades, anatemas, definiciones y desdenes, especialmente si su interlocutor era una mujer, en cuyo caso no perdía el tiempo en soltarle aquello de Schopenhauer de los pelos largos y las ideas cortas y explicarle que él opinaba que las mujeres sólo servían para darle a la fregona. Óscar era un misántropo profesional, un misógino furibundo y un existencialista confeso, y sólo le interesaban los libros que dijeran, de una u otra manera, que la vida era una horrible burla, el ser humano un guiñapo despreciable, las mujeres imbéciles y el universo en general una letrina hedionda. Era reaccionario en política, pacato en lo moral y defensor de todo lo que fuera esencia, orden y tradición. Como buen existencialista, era ateo, y consideraba el universo un caos sin sentido, pero defendía una moral católica implacable y era partidario de la pena de muerte y de las desigualdades sociales. Era un ser increíble, tan increíble que nadie podía acabar de tomárselo en serio, y al final sus barbaridades grandilocuentes terminaban inspirando cierta ternura. Por debajo de su nihilismo desesperanzado y su sarcasmo demoledor se presentía en él algo enormemente civilizado y afable. Sus grandes ídolos literarios eran Samuel Beckett, por quien sentía una adoración rayana en la idolatría, Camilo José Cela, Miguel Delibes y Buero Vallejo.

—Querrás decir Huero Pellejo —le decía Pedro Rojo para fastidiar.

—Buero Vallejo es sin duda la figura más descollante del panorama teatral de la posguerra española —clamaba Óscar escandalizado. Se pasaba el día leyendo ensayos de la editorial Gredos, cuyo estilo editorial monacal y depauperado cuadraba bien con su austeridad de fraile de Zurbarán, y ahora hablaba como si fuera un libro de Gredos viviente.

—El dramaturgo más importante de la posguerra es Fernando Arrabal —decía Mateo.

—Arrabal es un rojo, un comunista y un loco. ¡Un comunista que dice que ve a la Virgen! Debería estar encerrado —clamaba Óscar—. Y vosotros también deberíais estar encerrados.

—¿«Y la cabra»? —preguntó Pedro poniendo ojos de sueño pánico.

—«La cabra está sobre la nube» —clamó Mateo, también en estupor pánico.

—Le dais demasiada importancia al irracionalismo —dijo Óscar—. Al fin y al cabo, fue una simple moda pasajera de los años veinte y treinta.

Hablaba siempre pronunciando las palabras con claridad de disparo en mitad del pantano. Más que pronunciarlas, parecía irlas tallando en piedra con un cincel, una a una.

—Qué tontería —decía Mateo—. No hay tal «irracionalismo». El irracionalismo es la literatura. Lo que tú llamas «irracionalismo» es el mecanismo de la poesía, la libertad de la creación.

—El irracionalismo ha sido estudiado en detalle por don Carlos Bousoño en un libro magistral que deberíais conocer antes de hablar. Está publicado en dos tomos en la editorial Gredos.

—Carlos Bousoño es un mentecato de tomo y lomo —dijo Pedro Rojo—. Sus estudios sobre el «irracionalismo poético» son totalmente pedestres. ¡Pero si explica las metáforas mediante silogismos! ¿Qué clase de memez es ésa? «Melodioso», igual a pájaro. «Oro», igual a sol. «Melodioso oro», igual a «pájaro cantando al sol». ¡Ese hombre es tonto!

—Pues sus libros están en Gredos —decía Óscar, que era un poco estrábico y que cuando estaba nervioso se ponía el doble de estrábico.

—La distinción «racional» e «irracional» es irrelevante en el arte —dijo Mateo—. El arte no es racional ni irracional por la misma razón que no es verdad ni mentira, sino otra cosa. Nadie piensa en esos términos. En ningún sitio se piensan esas tonterías, sólo en España se piensa en esas tonterías.

—Cuando escribáis libros y os los publiquen en la editorial Gredos, entonces hablaremos —decía Óscar levantando un índice en el aire—. *Entonces* hablaremos.

Sin embargo, los autores más odiados por Pedro y Mateo eran Camilo José Cela y Miguel Delibes, que eran en aquella época los novelistas más célebres y admirados y, según Francisco Umbral, los más grandes prosistas castellanos vivos.

—Son escritores paletos, que escriben para paletos en un país de paletos —decía Mateo, poseído por la violencia divina de los jóvenes.

—¿Y a ti quién te gusta? —le preguntaba Óscar, picado, y tan estrábico que un ojo parecía mirar a un chopo de una ventana y el otro al busto bamboleante de una chica que se acercaba. Era Mar, que pronto se convertiría en delegada de su clase.

—Borges. Virginia Woolf. Faulkner. Joyce. Proust —decía Mateo—. ¿Quién coño me va a gustar? Los grandes escritores de todos los tiempos, no los paletos de este país de paletos.

—¿Y no te parece que *El camino* es una gran novela?

—Me parece que *Orlando* es una gran novela —dijo Mateo—. *El camino* es una mierda. Es entretenida, pero tiene un lenguaje insufrible, castizo, pesado y... paleta. Es literatura vieja y para viejos. Es literatura de jubilado que va por ahí con un palillo

en la boca. ¿O quizá debiera decir «con un mondadientes»? Es literatura de jubilado que lee el *Ya*, escupe en el suelo y limpia el salivazo con la suela del zapato —dijo Mateo, que una vez empezaba ya no sabía parar.

—¡Don Miguel Delibes es un maestro de la prosa! —se indignaba Óscar.

—¡*Don Miguel Delibes!* —chillaban, muertos de risa, Mateo y Pedro—. ¿Quién es, el director del colegio?

Entre clase y clase, en los fríos pasillos de la Autónoma, o fuera, sentados en la hierba, Pedro cogía un ejemplar de *El camino*, de don Miguel Delibes, y comenzaba a abrirlo al azar leyendo frases de aquí y de allá y subrayando cómicamente las fealdades del estilo:

—«... el temor por haber extraviado los calzones plasmaba en sus rostros una graciosa expresión de estupor...» «De la contumacia del Mochuelo se infería su desbordado entusiasmo...» «El párroco oteó las proximidades, y como no viera a nadie en derredor, sonrió al niño...» «A Daniel, el Mochuelo, le gustaba ver airado a su padre porque sus ojos echaban chiribitas y los músculos del rostro se le endurecían y, entonces, detentaba una cierta similitud con Paco, el herrero...» ¡«Detentaba una cierta similitud»! Tío —añadía, mirando a Óscar por encima del libro con severidad—, esto es una mierda.

—*La colmena* es una novela urbana —dijo Óscar—. Se desarrolla íntegramente en Madrid. No todo lo que escriben Delibes o Cela son novelas sobre la realidad rural.

—Sí, el Madrid de la posguerra —dijo Mateo—. Los años cuarenta y cincuenta. ¿Alguna vez se dejará de escribir de esa década? La época más gris y deprimente de la historia española, y siempre vuelta y dale con eso. Putas, estraperlo, «mariquitas», el desfile de los monstruos, Solana, Goya, la galería de seres deformes, enfermos, tísicos, ¡qué coñazo! ¡Qué asco! ¡Qué aburrimiento! Ayer Pedro y yo estuvimos viendo una película de Nicolas Roeg: me interesa más Nicolas Roeg que todo Delibes y Cela juntos.

—Lo que pasa es que tú no quieres ver las cosas terribles de la vida —le dijo Óscar—. Eres un místico que sólo quiere ver la luz dorada de los chopos.

El día anterior, Pedro Rojo y Mateo habían decidido darse un día sorpresa. Primero, fueron a comer al chino más barato de Madrid, un restaurante que se llamaba El Pacífico y estaba en una de las calles que bajaban desde Tirso de Molina hacia Lavapiés, donde uno podía comer por cuatro duros una comida que no estaba mal del todo aunque luego costaba horas y sudores digerirla, y a continuación se fueron a la filmoteca, que en esa época estaba en el cine Cadarso, en la cuesta de San Vicente, para ver lo que pusieran, fuera lo que fuera. Esta clase de pequeños juegos de azar al estilo surrealista les fascinaban. Compraron la entrada y se metieron en el cine sin saber siquiera lo que iban a ver, y lo que surgió ante sus ojos sorprendidos y

ligeramente biliosos por las dificultades de digestión de la comida china más barata de Madrid fue *Walkabout*, de Nicolas Roeg, que resultó ser una gran película. Al parecer, *walkabout* es el término que se da en Australia a un tipo de viaje ritual emprendido por los aborígenes, un período de tiempo en que uno abandona su vida habitual y se adentra en el desierto para vivir solo. Era una película iniciática, una película de viaje y descubrimiento, los paisajes eran preciosos y había una chica guapísima que aparecía en varias ocasiones medio desnuda. ¿Qué más se puede pedir?

Después de ver la película de Nicolas Roeg, Pedro Rojo y Mateo se pasaban el día haciendo planes de *walkabout* urbanos. Y ¿cómo no les iba a interesar más Nicolas Roeg que Delibes, los *walkabout* más que los *camino*s delibesenses? Ellos vivían en una gran ciudad del siglo xx, no en un pueblo con herreros y con párrocos. Mateo había nacido en Madrid y había vivido en esa ciudad toda su vida, y Pedro había vivido siempre en Madrid aunque era de un pueblo de Murcia (un «villorrio», decía él, en homenaje a Faulkner) cercano a la playa donde sus padres tenían un gran chalé con piscina, y los dos habían crecido leyendo cómics americanos, viendo películas de aventuras y de ciencia-ficción y leyendo libros ingleses, franceses y alemanes. Su mundo tenía más que ver con las flores gigantes de Flash Gordon, las galletas de gengibre de Enid Blyton y las ansiedades de la señora Dalloway, con los sueños psicotrópicos de Bugs Bunny, los mundos paralelos de Borges y los tres primeros minutos del Universo de Weinberg, que con ese mundo rancio y tosco de los novelistas canónicos del momento.

Los dos querían ser escritores. Pedro Rojo, que había leído *Ciro, la ilusionista*, admiraba ferozmente a Mateo y estaba convencido de que su amigo era un genio y llegaría a ser un escritor famoso. Quizá por esa razón, nunca quería enseñarle nada de lo que escribía.

## Inés

El resto de sus compañeros de clase eran Isabel Fresco, una chica gallega muy delgada que siempre llevaba modelitos de colores muy alegres y que ya por esa época estaba escribiendo unos poemas bellísimos que no le enseñaba a nadie; Mar Campelo, que enseguida salió elegida delegada de la clase; María Fernández de Castro, que era la gran amiga de Mar; Inés, que era la mujer más hermosa que nadie había visto jamás, y Jesús Gómez Gómez, futuro erudito en prosa renacentista, un chico de pelo rizado y grandes ojos saltones al que, en un primer momento, bautizaron con el sobrenombre de Porfiado puesto que manifestaba todos los síntomas de esta curiosa dolencia medieval y renacentista (la inquietud continua, el perenne descontento, el gusto por discutir), y que enseguida se convertiría en uno de sus mejores amigos.

Salían con María o con Isabel o con Conchita o con Mar al césped y flirteaban suavemente con ellas, dejándose llevar, sin intentar nada ni buscar nada. María Fernández de Castro era una muchacha muy sensual y tenía un cuerpo sutil y cimbreado, pero tenía novio. Isabel iba siempre muy elegante, vestía siempre con colores pastel y llevaba siempre pendientes extraordinarios: vivían, al fin y al cabo, en el Madrid pop de Ouka Lele y de Ceesepe, de Alaska y los Pegamoides y Paquito Clavel. Provenía de una aldea de Galicia, y era muy simpática, muy cariñosa, muy ingenua, siempre le estaban tomando el pelo. Conchita era preciosa, muy pequeña, diminuta, y se pintaba como si fuera una muñeca. Mar era muy alta y siempre tenía ojeras, una característica de su constitución, no de sus costumbres. Las tres iban juntas a todas partes, desesperadas por gustar a los hombres, tanto como los hombres que las rodeaban estaban desesperados por gustar a las mujeres. Sucedió como en el mar, lleno de peces hambrientos que nadan unos junto a otros sin tocarse. Había una tercera Mar, Mar Bustos, que vestía como una señora sofisticada, con rebeca de punto color café con leche, falda ajustada, medias color sepia y botas de cuero y llevaba el pelo alisado. Su hermano había publicado en Visor una antología de poemas de Auden. Tantas, tantas mujeres hermosas.

María tenía una moto a la que llamaba Mortadela. La dejaba aparcada en la plaza de Castilla, porque no se atrevía a hacer el viaje en moto por la autopista, y ahora muchos días Mateo y ella volvían juntos en el autobús y luego ella le llevaba hasta su casa en moto. Mateo había aprendido a «hacer de paquete» con la moto de José María, pero era mucho más agradable ir de paquete en la moto de María, agarrado a sus caderas. Vivía en el barrio de Salamanca, en un gran piso lleno de hermanos, y la glorieta de Ruiz de Alda, que con la democracia había recuperado su nombre original de glorieta de López de Hoyos, le pillaba de paso.

Isabel escribía unos poemas intensamente hermosos, muy musicales, mecanografiados en un montoncito de folios que la acompañaría a lo largo de los

años y que finalmente lograría publicar en la editorial Renacimiento, un libro más que se pierde en la vorágine de los libros y que no atraería atención. Siempre estaba enamorándose de chicos que no la hacían caso, y sufriendo por ello. También se enamoró de Pedro una temporada. Todos se enamoraban unos de otros, al fin y al cabo, y todos sufrían.

Inés era la mujer más bella que nadie había visto jamás, y tenía el rostro más angelical, los ojos más poéticos, los labios más sensuales que nadie recordaba haber contemplado nunca en ningún lugar, ya fuera real o imaginario, soñado o pintado, visto o descrito. Tenía un rostro perfecto, de una limpieza casi de miniatura de marfil, unos larguísimos cabellos castaños que caían sobre sus hombros como los de las princesas de los cuentos de hadas o las *belles dames sans merci* de los cuadros prerrafaelitas, unos ojos enormes, complejos y húmedos y llenos de reflejos y regiones como lagos otoñales llenos de islas y cañaverales y pequeños incidentes meteorológicos, lluvias, salpicaduras, libélulas azules, cucarrones de agua aferrados a su burbuja sumergida, ánades, carrizos, y unos labios naturalmente hinchados, naturalmente sonrosados y arrugados y naturalmente perfilados en forma de corazón. Nada más verla, Pedro Rojo cayó herido de amor, y se puso a escribirle sonetos llenos de términos ligeramente pasados de moda como «undoso», «nocente» o «turífero», que encontraba rebuscando en la entradas en letra pequeña del diccionario María Moliner.

A pesar de su aspecto dulcísimo y romántico y de su voz de pito o, como a Pedro le gustaba decir con su nueva afición a las palabras pintorescas, «de *soubrette*», Inés podía ser implacable. Era como esas sirenas prerrafaelitas que aparecen sentadas en un reclinatorio gótico haciéndose una trenza y mirando con nostalgia el vuelo de los gansos a través de la ventana y que en la siguiente escena clavan un puñal en el corazón del desdichado poeta embrujado, le roban su alma y la guardan en un espejo mágico. Pedro le enseñó uno de sus sonetos sin decirle, por supuesto, que estaba secretamente inspirado en ella, e Inés lo leyó con gesto escéptico.

—Para escribir un soneto hay que saber algo más que contar sílabas —le dijo con una risita de superioridad.

—¿Saber qué, por ejemplo? —preguntó Pedro, ya completamente humillado.

—No todo el mundo puede ser un poeta —le dijo Inés—. ¿Tú conoces a algún poeta de verdad? Porque los que yo conozco no se pasan el día tomándose cañitas y jugando al fútbolín.

Inés pertenecía a una conocida familia de políticos, arquitectos y artistas. Su padre había sido presidente del Colegio de Arquitectos de Madrid, y varios de sus tíos ocupaban o habían ocupado importantes cargos de la administración y del gobierno. Ella era muy tranquila, muy estudiosa y vestía de una manera muy discreta, siempre con un suéter fino de lana y unos vaqueros (aunque siempre nuevos y de marca) y

con algún femenino detalle diminuto y apenas visible, unos pendientes, un alfiler del pelo, un broche. Sus apuntes, escritos con una letra ratonil e ininteligible que llenaba las hojas de su cuaderno de una esquina a otra esquina, eran codiciados por toda la clase. A pesar de que se orientaba más hacia la lengua que hacia la literatura, tenía una enorme admiración por el arte y por los escritores y los creadores en general, y a través de su padre conocía a muchos pintores, escultores, escritores y poetas. A Mateo y a Pedro les ofendía profundamente que Inés no les incluyera en la nómina de los artistas y los grandes creadores de todos los tiempos y que no les admirara, aunque fuera un poquito. Al fin y al cabo, si ellos la admiraban tanto por sus ojos, ¿no era justo que ella les admirara siquiera un poco por sus mentes? Lo cierto es que ellos también la admiraban a ella por su mente, mientras que ella, que conocía desde niña a Juan Benet y a Antonio López, a Eugenio Trías y a Claudio Rodríguez, no les admiraba a ellos ni por sus mentes ni por sus ojos. Les tenía afecto, pero no se los tomaba en serio. ¿Por qué iba a hacerlo? No eran más que dos adolescentes tardíos llenos de palabrería, simpáticos, pero inofensivos, y las mujeres nunca admiran a los inofensivos, sino a los peligrosos. Era cierto, por otra parte, que Pedro era aficionado a la cerveza, a los crucigramas y al fútbolín. Pero cómo, se decía indignado, ¿es que acaso tener distracciones de persona normal estaba reñido con la grandeza literaria? ¿Tenía uno que ser sublime todo el rato?

A través de su padre, Inés había conocido a José Bergamín, el célebre escritor de la generación del 27, e invitó a sus compañeros de clase a almorzar con él un Sábado por la mañana.

Bergamín vivía en una buhardilla de la plaza de Oriente, en un edificio clásico con una hermosa fachada, sin ascensor. Fueron a verle Inés, Mateo, Pedro, Jesús Gómez y Mar Bustos, y Bergamín, que era un hombre mayor, muy delgado y de ojillos diminutos, un viejo pulmonías que iba siempre a todas partes con gorra y con bufanda, les recibió de muy buen humor. Mateo se había puesto su chaqueta de escritor, una antigua chaqueta de su padre oscura y algo gastada con la que, según le decían todos, se parecía a Woody Allen (aunque lo que él pretendía era parecerse a Rimbaud), y cuando Bergamín le vio entrar, le dijo al instante:

—¡Hombre! Éste ganará el premio Planeta.

—Ah, ¿sí? —dijo Mateo sorprendido.

La terraza de Bergamín, que el afilado ensayista de la música callada del toreo había hecho acristalar para poder disfrutar del bello sol de Madrid sin tener que sufrir el sobresalto de las brisas de la plaza, se abría directamente sobre los plátanos y castaños de Indias de la plaza de Oriente, y la vista desde allí era maravillosa. Se dominaba desde allí la fachada del Teatro Real en ominoso escorzo, ese mismo Conservatorio al que Mateo el Réprobo ya no asistía, los ordenados jardines franceses de la plaza con sus estatuas de piedra saludándose entre los evónimos; la gran estatua



ecuestre de verde bronce en el centro, inmóvil en su gran salto hacia las nubes; la fachada babilónica del Palacio Real apareciendo y desapareciendo entre los chopos, y a lo lejos, en una lejanía borrosa, las montañas nevadas de la sierra.

—Hay dos cosas que bastan para hacer la felicidad —dijo Bergamín—. Una es escribir. La otra, leer. Lo difícil es hacer las dos al mismo tiempo.

A Bergamín le encantaba almorzar en tascas del viejo Madrid donde servían siempre una comida sencilla y a menudo deliciosa, e iba a la busca de la tortilla francesa perfecta. En una ocasión les llevó a una tasca de aspecto bastante popular donde, según les aseguró, hacían la mejor tortilla francesa de Madrid, lo cual quería decir, por un problema de universales, la mejor del mundo. Mateo la pidió también, y quizá por influencia de la personalidad del maestro, quizá por esa admiración casi erótica (son palabras de Franz Werfel) que sienten las personas jóvenes cuando están en presencia de un hombre mayor e importante, quizá porque aquella era verdaderamente una tortilla francesa de calidad sobrenatural, sintió que estaba probando la esencia, el arquetipo de las tortillas francesas, el parangón a partir del cual todas las demás tortillas francesas habrían de medirse, y desde entonces y a lo largo de toda su vida buscaría en todas las tortillas francesas que tomara en los bares y restaurantes de tres continentes algo, siquiera una sombra, de la pureza perfecta de la que probó aquella mañana en aquella tasca del viejo Madrid, cerca de la plaza de la Cebada, tortilla esencial hecha con simple y puro aceite de oliva algo subido de acidez, una pizca de sal, un par de huevos de corral y un tenedor de cuatro puntas batiendo con fuerza en un plato de loza.

A los postres, Bergamín cogía una servilleta de papel, sacaba un bolígrafo y comenzaba a dibujar gatos, unos gatos muy estilizados que debían de ser su especialidad, y debajo de los gatos a componer calambures y epigramas con los nombres de los profesores de Inés y de sus amigos. Mateo siempre miraba esas servilletas codiciosamente, pero en cuanto Bergamín estampaba su firma en una esquina, los preciados autógrafos desaparecían, y Mateo era demasiado tímido para pedirle a Bergamín que le pintara uno para él.

Una noche fueron a casa de García Hortelano, que también era amigo del padre de Inés. Acababa de publicar *El gran momento de Mary Tribune* y se había convertido para ellos en un ídolo literario. Sí, para todos, incluso para Mateo y para Pedro Rojo, que siempre lo despreciaban todo y que no sentían el menor interés por la generación del cincuenta ni por el realismo social. Porque *Mary Tribune* iba mucho más allá del realismo social y recogía plenamente el impacto de los sudamericanos, especialmente de *Rayuela*, una historia de amor entre un tipo normal y una muchacha que viene de fuera, es decir, de América, la misma historia que todos habían vivido de una u otra manera, la misma historia que había vivido Mateo con su Elisa, una historia moderna, urbana, situada en Madrid, protagonizada por personas cultas,

personas que bebían, que salían el fin de semana, que leían libros en francés (uno de los personajes aseguraba que llevaba años leyendo doscientas páginas todos los días, lo cual había dejado a Mateo bastante acomplejado), una novela sin pamplinas, ni párrocos, ni chiribitas, y en la que no era posible encontrar en parte alguna a nadie llamado Paco el herrero.

Hortelano les recibió muy efusivamente en su casa, un piso fascinante que tenía las paredes llenas de libros desde el suelo hasta el techo. Era un gran conversador, y también un gran bebedor de ginebra. Se bebía los gin-tonics sin sentir mientras les hablaba de Ortega y Gasset y de la fascinación de sus lecciones de filosofía y de cómo se peleaban por entrar en los cines en los que hablaba, y cómo estaban allí sentados en el suelo, en el borde del escenario, como fuera con tal de no perderse aquello de la naranja, y de su elocuencia, de lo gran orador que era, y luego de Tolstói y de Dostoyevski, y de que Tolstói era un gran escritor pero era muy aburrido, lo cual escandalizó a Mateo, que siempre había sentido por Tolstói una adoración casi mística, pero en esas reuniones Mateo se quedaba como paralizado y era incapaz de decir nada. Inés, Mar Bustos y sobre todo Jesús se hacían con el timón de las réplicas, y él veía con desesperación cómo los floretes verbales entrechocaban frente a él, Dostoyevski sí que era un gran escritor (¡Dios mío, y dejar pasar barbaridades así!), y cómo la reunión llegaba a su fin sin haber sido capaz de encontrar un hueco ni una ocasión para decir cosa que valiera la pena.

Finalmente, harto de escribir sonetos y de rebuscar en los incómodos tomos del María Moliner, Pedro decidió que estar enamorado de Inés era una tontería que no le llevaba a ningún sitio. María le ayudó a salir de su embobamiento un día que estaban los tres sentados en la hierba frente a la facultad, haciendo un paréntesis de brisa y flores de trébol en medio de la agobiante crisis del feudalismo castellano.

—Tío, Pedro —le dijo María—, ¿es que tú no sabes que uno no puede enamorarse de mujeres así?

—¿Por qué no? —dijo Pedro, poniendo al instante gesto de niño desvalido.

—Porque no —dijo María—. Nosotros no podemos. Somos personas normales. Inés pertenece a otra esfera. Pero ¿tú eso no lo sabes tú solito y sin necesidad de que te lo digan?

—No, no lo sé —decía Pedro, que era ingenuo crónico, una enfermedad degenerativa que acaba por destruir la vida de muchas personas.

—Pues deberías saberlo. Esas cosas, uno cuanto antes las acepta, mejor —dijo María.

¿Era cierto lo que María decía? No cabe duda de que no lo era, y la falta de interés de Inés por Pedro nada tenía que ver con el origen de las respectivas familias, sino con una cuestión de temperamento y de química. Inés poseía una enorme sencillez interior, carecía de prejuicios. Parecía no darse cuenta de que vivía en un

mundo rosado y plateado, ya que para ella aquél era el mundo normal. En su familia, por otra parte, siempre había sido considerada como una persona ligeramente gris. Frente a sus brillantes hermanos, que estudiaban Arquitectura, ella había elegido una carrera humilde y con poco glamour. Con el paso de los años, lograría demostrarle a su familia, y también a casi todo el mundo, que en la pequeña especialidad que había elegido terminaría por llegar más lejos que todos los demás, pero esto no lo sabía nadie entonces y quizá ella ni siquiera lo sospechara. ¿Será cierto que gran parte de lo que hacemos en la vida, incluidos los grandes logros de los políticos y de los artistas, de los financieros y de los científicos, no sea más que un intento de demostrarles algo a nuestros padres?

—He conocido a unos chicos interesantísimos —les contó Inés un día con los ojos destellantes de admiración—. Uno de ellos está escribiendo una novela sobre Velázquez.

—¿La calle? —preguntó Mateo, intentando ser gracioso.

—No, el pintor —dijo Inés—. Es un tipo fascinante... el típico *escritor*... Se nota que va a ser escritor, y que su nombre va a sonar, y que va a sonar fuerte... Es un Martínez de Salas, uno de los pequeños...

Se llamaba Ennio Martínez de Salas, y su padre, también amigo del padre de Inés, era (entre muchas otras cosas), conservador del museo del Prado, gracias a lo cual Ennio podía visitar las salas de Velázquez cuando el museo estaba cerrado para ver los cuadros a la luz de una vela, que era como los vería el propio pintor en su estudio nada más caer la noche. Claro que no podía encender la vela más de cinco minutos, porque de otro modo saltarían todas las alarmas del museo. Tuvieron ocasión de conocer al famoso Ennio en una inauguración de una exposición en la galería de Juana de Aizpuru, y les pareció un imbécil certificado. Tenía una gran melena rubia recogida en una coleta y fumaba en una pipa de espuma de mar que, según les había contado Inés con mucho misterio, había pertenecido a Benjamín Jarnés.

—Es un tipo alucinante —les decía Inés a unos Pedro y Mateo lívidos de envidia—. Tiene una manera *tan personal* de ver las cosas... Dice que la aparición de la iluminación de gas en el siglo XIX y luego la eléctrica tuvo el efecto de que las pinturas se llenaran de luz... Y es cierto que si vemos las pinturas anteriores, de Guido Reni, Caravaggio, El Greco, Patinir, Rembrandt, el propio Velázquez, lo primero que se percibe en ellas es una gran oscuridad... habitaciones en penumbra, figuras que surgen de las sombras... ¡Es que se pasaban la mitad de su vida a oscuras!

A Mateo y a Pedro se les llevaban los demonios. Odiaban a aquel Ennio Martínez de Salas que tanto fascinaba a su amiga y que era para ella el parangón del arte y de la poesía. Ya que ¿para qué diablos necesitaba ella buscar ningún parangón cuando les tenía a ellos delante todo el día? ¿Qué farsa era aquélla?

—Yo nunca chuparía algo que hubiera chupado antes Benjamín Jarnés —dijo Pedro levantando el dedo índice a modo de advertencia—. Es cosa bien sabida que Jarnés tenía halitosis.

—Es que los artistas son diferentes —decía Inés, entusiasmada—. ¡No os podéis imaginar las cosas que se le ocurren...! Ennio es un bohemio...

—Inés a veces me saca de quicio —le confesaba Pedro a Mateo, caminando los dos en dirección a la estación de tren por el costado de los blancos edificios de la Autónoma—. Para ella los únicos que existen en el mundo son los conocidos de su padre. Yo no los entiendo a esta gente... Son como las hormigas, son seres colectivos... «Es uno de los Martínez de Salas»... Se refieren unos a otros por el nombre de la familia: no son individuos, son familias, es decir, clanes. Siempre que habla de alguien dice sus dos apellidos, que además son siempre apellidos compuestos, y luego quién es el hermano, quién es el padre, quién es el tío... ¿Cómo se pueden conocer siempre a toda la familia entera? ¿Cómo es que saben siempre con quién se han casado, a qué se dedican los padres, los cargos que tienen, de dónde es la familia, si son armadores o si tienen tierras en Granada o en...?

—Son las treinta familias que controlan el país —dijo Mateo, haciendo referencia a una observación oída al azar en la clase de Literatura Medieval.

Era de nuevo, y fatalmente, la crisis del feudalismo castellano.

## Ateneo

Jorge había conseguido un local de ensayo en el Ateneo de Prosperidad, situado en la calle Mantuano, a unos quince minutos andando de la casa de Mateo, y había conseguido también un saxofonista y un batería que era un verdadero batería de jazz. En cuanto a Fabricio, poseído continuamente por aquella extraña melancolía suya, consumido por sus discusiones con Meli y totalmente transfigurado por la música nocturna de *Verklärte Nacht*, se pasaba el día hablando de marcharse a Viena a estudiar composición y dedicarse a la música en serio. Pero ¿para qué marcharse a Viena tan rápido?, le decía Mateo. ¿Por qué no acabar sus estudios en el Conservatorio de Madrid e irse a Viena después? Pero Fabricio tenía el mito de Viena en la sangre, el romanticismo de Viena. Deseaba la nieve y las ramas de los enebros de Viena, deseaba las grandes luces de la Kärtnerstrasse, las ondas plateadas del Danubio, los frontispicios de piedra dorada, los grandes caballos de verde bronce flotando en el aire gélido de Viena.

Compartían el local con Caballo, el mítico grupo de jazz-rock, una habitación grande llena de trastos, amplificadores, atriles, hierros y estuches de baterías, cajones de cerveza y botes de detergente usados como asiento, un sofá viejo y desvencijado que alguien había arrastrado hasta allí y pósters desplegados de *Mayfair* o de *Knave* clavados con chinchetas en las paredes, y allí se pasaban ahora las tardes intentando montar «Satin Doll», un tema de Duke Ellington que se había puesto de moda porque lo cantaba Javier Gurruchaga en el último disco de la Orquesta Mondragón bajo el título de «El hombre de los caramelos».

El Ateneo de Prosperidad era un antiguo colegio de los mandos de la Falange que había quedado abandonado y había sido tomado por grupos anarquistas a fin de convertirlo en un ateneo popular. Hubo diversos enfrentamientos con la policía, finalmente los anarquistas rompieron los candados, ocuparon el edificio y se instalaron allí, y ya no había forma de echarlos. Enseguida se distribuyeron los espacios, se dedicó una ala del segundo piso para locales de ensayo, y allí ensayaban Caballo, Radio Futura, Paracelso, Aviador Dro, nombres míticos de lo que ya entonces empezaba a llamarse «la movida madrileña». Tierno Galván era el alcalde, y Madrid comenzaba a despertar de su larga vergüenza de siglos. En el Ateneo había también clases de idiomas, de yoga, de cerámica, de música, y un estudio de danza donde se daban clases de ballet.

La policía hizo varios intentos de entrar en el edificio pero lo hacían con poca convicción, y además el Ayuntamiento estaba, en espíritu, con los conjurados. ¿Acaso no se había celebrado una fiesta en la plaza del Dos de Mayo unas semanas atrás en la que un joven y una joven desnudos se habían subido a la estatua de Daoíz y Velarde sin que las fuerzas vivas se dignaran siquiera aparecer por allí? ¿Acaso no era el

alcalde Tierno el mismo que había dicho aquello de «el que no esté colocado que se coloque, y al loro»? ¿Acaso no era el mismo que le había tocado una teta a Susana Estrada en una fiesta? Finalmente, el Ayuntamiento dijo que en breve desalojarían el Ateneo de Prosperidad, o el Ateneo de la Prospe, o el Ateneo de Mantuano, o Mantuano a secas, como lo llamaban Mateo y sus amigos, para construir allí un verdadero centro cultural, y se limitaron a cortar el agua y la luz del edificio, esperando que de este modo los anarquistas se marcharían. Pero, por supuesto, no se marcharon. Se limitaron a comprar velas y a colocar en el patio del antiguo colegio un generador eléctrico de gasolina que siempre dejaba de funcionar en los momentos más inesperados.

Se oyó un chasquido, y el local se sumió en la oscuridad total. El bajo, la guitarra y el piano quedaron en silencio, y por espacio de unos segundos sólo tocaron la batería y el saxo. Se oyeron palabrotas y juramentos en la oscuridad. ¿Sería un corte pasajero? Sabían que si la luz tardaba en volver más de unos segundos, ya no volvería.

—El generador —dijo Eduardo descolgándose el saxo de la correa que lo mantenía colgado de su cuello—. Se acabó el ensayo.

—¿Tienes costo? —preguntó al instante Jose, golpeando aún el pedal del bombo nerviosamente.

—Joder, podíais comprar vosotros alguna vez también.

Se encendieron velas encajadas en botellas de cerveza y se colocaron las botellas sobre los amplificadores y en el suelo. Alguien golpeó con los nudillos en la puerta. Fabricio abrió, y apareció un muchacho con una linterna de campo.

—Estamos recaudando pasta para comprar gasolina —dijo—. ¿Podeis colaborar con algo?

Le dieron las monedas que tenían, no más de cien pesetas entre los cuatro.

Era más que probable que la luz ya no volviera, o que tardaran horas en volver. A través de los cristales de la ventana no se veía nada en absoluto. Salieron del local para ver lo que pasaba en los pasillos. Por todas partes olía intensamente a hachís. En el local de al lado parecía haber una fiesta: tenían la puerta abierta, y en el interior habían encendido tantas velas que casi parecía como si tuvieran luz. Incluso había chicas, tres o cuatro, delgadas y sorprendentemente hermosas a pesar de la luz anaranjada y vacilante de las velas. Una de ellas tenía una cruz egipcia tatuada en un hombro.

—Oh, amoroso pájaro que me picas y repicas en lo más hondo de mi axila de proletario sudoroso —declamaba intensamente un joven bastante alto, con prognatismo y pelo muy largo, que estaba en medio del local con los brazos abiertos y los ojos cerrados como si fuera un profeta clamando en mitad de un lago seco—. ¡Suelta tu carga de guano hediondo en la calva incipiente de este manso representante

de la más baja ralea del reino animal...!

—¡Sin insultar, Chechu! —dijo el así interpelado, un joven de edad indeterminada que seguía pulsando las teclas de su teclado eléctrico, aunque de los amplificadores muertos no surgía ningún sonido.

—Y perdónale sus múltiples deslices digitales cuando en el cumplimiento de su tarea músico-canora confunde el instrumento con su órgano, los sostenidos con los sostenes, y se pone los bemoles por corbata...

Rondas de carcajadas saludaban cada nueva andanada de disparates. El tono de su voz era intoxicante, mezcla de niño de San Ildefonso y seminarista dulzarrón, presentador del circo Price y político franquista. A pesar de la velocidad pasmosa con que hablaba, su dicción era impecable.

Era el Gran Wyoming, líder del grupo Paracelso, la luz que brillaba en la oscuridad de los apagones del Ateneo. Nadie sabía de dónde se había sacado aquel sobrenombre impresionante y, ciertamente, nadie podía imaginar lo lejos que llegaría con él. Como cantante no era gran cosa, pero como *showman*, se decía, no tenía precio. El Reverendo, su teclista, era su amigo del alma.

Mateo quería ir al baño, y echó a caminar por los pasillos oscuros. Sabía que tenía que continuar por el pasillo, girar a la izquierda, luego a la derecha, salir al descansillo de la escalera y a continuación subir al piso de arriba. Fue caminando como flotando en el olor del hachís. Por la cristalera entraba la luz de la luna iluminando el rellano de la escalera, que se hundía hacia arriba y hacia abajo en la negrura. Fue subiendo y hundiéndose de nuevo en las espesas sombras hasta que la negrura le envió por completo. Sabía que el servicio estaba al final de este pasillo a la derecha, de modo que buscó el tacto con la pared para no tropezarse con nada y fue caminando a tientas. Así llegó, al cabo de lo que le pareció un recorrido interminable, hasta la puerta de entrada de los baños. Después de días y días sin agua, el olor era insoportable. Allí dentro entraba algo de luz a través de los cristales ahumados, lo justo para ver la situación de las cosas, aunque no para averiguar qué urinarios estaban llenos. Mateo orinó en uno de los urinarios, casi intoxicado por el olor a acetona, rogando que no estuviera lleno y el chorro de orina no salpicara sus pantalones y sus zapatos.

## Lomax

Se celebró un concierto de jazz en el Ateneo de Prosperidad. Tocaron Caballo y el grupo de Mateo y de Jorge como teloneros. Ni siquiera tenían nombre. Tocaron los tres temas que llevaban meses ensayando, «Satin Doll», «Anthropology» y «Solar», y arrancaron una fácil ovación de su complaciente público de borrachos y fumados. Cuando se bajaron del escenario, Mateo y Jorge se fueron directamente al bar y pidieron un Ballantine's. Los dos estaban muertos de risa.

—Algún día aprenderemos —dijo Jorge, chocando con fuerza su vaso con el de Mateo. Era como solía brindar Fabricio, que ahora ya no estaba en el grupo porque se pasaba el día estudiando el *Tratado de armonía* de Schönberg y preparándose para su viaje a Viena. Ya habían roto más de una copa brindando así.

—Tú cuando quieres meneártela, en vez de revistas porno coges una foto de Jaco Pastorius, ¿no? —le dijo a Jorge un hombre compacto, corpulento, de grandes bigotes negros que estaba acodado en la barra con un vaso largo en una mano y un cigarrillo en la otra.

—Coño —dijo Jorge.

—Habéis estado muy bien —dijo el hombre llevándose el pitillo a la boca para sostenerlo con los labios y extendiendo una mano grande y fuerte, mano de albañil, o quizá de escultor—. Juan Lomax.

—Gracias —dijo Mateo.

Los dos le estrecharon la mano.

—¿Dónde has aprendido a tocar tan rápido, tío? —le dijo Lomax a Mateo—. Piribiribiri. Pareces un colibrí.

—En el Conservatorio —dijo Mateo, que siempre contestaba como un niño a lo que le preguntaban.

—Os sobran unas cuantas notas —dijo Lomax balanceando su vaso de whisky en el aire y señalando a Mateo con su cigarrillo—. Pero tú tocas de puta madre. ¿Por qué no os venís a casa a tocar un día? Nos hacemos unos canutos, tocamos un poco juntos...

—Coño —dijo Mateo.

Aquello era demasiado inmenso. ¿Estaba Juan Antonio Lomax, líder del mítico grupo Kathmandú proponiéndoles de verdad que tocaran juntos?

Juan Antonio Lomax vivía en Pozuelo, en un hotelito alquilado que era un mito dentro del pequeño mundo del jazz de Madrid. Los que lo habían visitado hablaban de una casa muy grande, muy desordenada, llena siempre de chicas y de músicos, de drogas y de notas que entraban y salían flotando de las habitaciones. Hablaban también del garaje donde estaba el local de ensayo, el mítico local de ensayo de Kathmandú, la cueva del misterio, el *telesterion* del jazz.



Fueron un par de días más tarde en el coche de Pelayo Arizabalaga, que tocaba el saxo alto y el clarinete bajo en Kathmandú y que también era una leyenda viviente del jazz madrileño. Mateo y Jorge estaban tan felices que casi no podían respirar. En el coche iban también Miguel Ángel Chastang, el contrabajista, que estaba callado todo el rato y se limitaba a mirar el paisaje de restaurantes y tiendas de muebles que había a ambos lados de la carretera, y Chelo, una chica muy morena que se reía a todo lo que decía Pelayo y decía «qué guay».

El hotelito de Lomax estaba en una de las infinitas urbanizaciones de Pozuelo, en el límite de los descampados, subiendo por una cuesta coronada por una enorme torre de electricidad. Era muy grande, de forma indeterminada y estaba en medio de un jardín descuidado e invadido por las plantas parásitas. El propio Juan Antonio les abrió la puerta y les recibió muy efusivo, vestido con una camisa india blanca con bordados, unos vaqueros desgastados y unas sandalias. La casa estaba llena de gente, de humos diversos y de objetos indios y marroquíes. Bibiana, su novia, era una muchacha extremadamente dulce, muy alta, muy guapa, con pelo de pincho y ojos de elfo. Era bastante más alta que él y tenía un hijo de seis años, Abel, que correteaba por todas partes y jugaba con todo el mundo. En el salón, lleno de la luz indecisa y parcial del atardecer de otoño, parecía haber una reunión en progreso. Dos chicas, también vestidas con ropa india, una de ellas con un sombrero hongo en la cabeza, y un chico que llevaba gafas oscuras fumaban un gigantesco canuto sentados en la alfombra alrededor de una mesa donde había varias botellas de cerveza vacías. Nada más llegar, Miguel Ángel Chastang se acercó al grupo de los que fumaban y se sentó al lado de la chica del sombrero hongo, que se quitó el sombrero y se lo puso a él en la cabeza.

—Estábamos hablando del rollo este que vamos a montar —dijo Lomax invitando a los recién llegados a que se unieran al grupo—. Danielle va a bailar —añadió refiriéndose a la muchacha del sombrero hongo—. Y va a haber también un bailarín, y un técnico de luces y un actor...

—Qué guay —dijo Chelo.

Se sentaron en los sofás y en la alfombra. Danielle no llevaba sujetador, y la fina tela de su vestido transparentaba sus pequeños pezones. Jorge dio una calada al canuto y se lo pasó a Mateo, que se limitó a pasárselo a la otra chica, que tenía una de esas pieles muy pálidas que se llenan de irisaciones azules y moradas. Tampoco ella llevaba sujetador.

—Es la historia de Catoblepas —dijo Lomax—. Va a ser más que un concierto, va a ser todo un espectáculo... Vamos a montar un follón de puta madre.

Se reía como un hombre del pueblo, con una carcajada nasal y aguda. Hablaba con acento de Vallecas, una combinación de clase baja y cultura alternativa, de eses alveolares y la utilización de palabras como «mandrágora» o «graffenbergiano», que

pronunciaba cuidadosamente, como para no dejarse ninguna sílaba.

Bibiana, aquella muchacha extremadamente dulce y alta como un lirio, empezó a decirle a Lomax algo que tenía que ver con ciertas cosas que Lomax debía haber hecho pero no había hecho, obligaciones que él siempre olvidaba. Lomax le dijo que no se preocupara, y hablaron luego de una furgoneta estropeada y de un motor gripado. Ella tenía una consulta de alguna clase. Al parecer era médico, pero no practicaba la medicina convencional. Al parecer estaba en una escuela. Al parecer, Juan Antonio debía haber ido a la escuela pero no había ido. Ella era mucho más alta que él.

Abel, el niño, vino corriendo y saltó a los brazos de Juan Antonio. Bibiana le dijo que tenía que hacer los deberes, y aquella referencia a un mundo ordenado de obligaciones y costumbres pareció casi mágica en aquel contexto de hachís y de ensueño.

—Vamos a tener también una proyección de vídeo —continuó explicando Juan con el niño entre los brazos, que estaba allí muy a gusto y les miraba a todos con sus grandes ojos de elfo—. El vídeo que filmamos en la India, en Benarés, en Mahabalipuram...

—Ahí salimos todos —dijo Pelayo.

—Hay que hacer un poco de montaje —dijo Juan soltando una de sus risas agudas—. Salimos todos en pelotas en Goa. La Bibiana me mata si la saco... Estará el vídeo, los dos bailarines, el actor, que todavía no sabemos quién es, la proyección de luces y nosotros tocando...

—Qué guay —dijo Chelo.

—Qué de puta madre —dijo Jorge, que miraba a Chelo igual que Shere Khan podría mirar a una cabrita.

Eran los años tántricos.

—Juan —dijo Bibiana, que había reaparecido en la puerta con una chaqueta de piel de vaca sin mangas y un bolso colgando al hombro—. Me voy a la consulta. ¿Te ocupas tú de que Abel haga los deberes?

—No te preocupes —dijo Juan estrujando al niño—. ¿Verdad, Abelito?

—Deberes. Furgoneta. Escuela —dijo Bibiana enumerando con los dedos—. Chao.

—Vamos a tocar un poco —les dijo Juan Antonio a Mateo y a Jorge—. ¿Os parece?

El jardín era tan caótico como el resto de la casa, jardín de posibilidades y de sueños agostados, de intentos y de olvidos, lleno de sillas de camping rotas y objetos muertos, una barbacoa caída, una bicicleta oxidada. La piscina estaba llena, pero como no tenían depuradora el agua se había puesto de un color marrón rojizo y se había llenado de bichos. Insectos esplendorosos volaban por encima de los reflejados

esplendores de la tarde o saltaban sobre la superficie llena de hojas oscuras. Al lado de la piscina, una mujer tumbada en una hamaca leía un libro titulado *La alimentación macrobiótica*. Una gruesa cadena cerraba la entrada del garaje, el famoso garaje que, visto desde fuera, parecía más bien una caseta de herramientas. Juan Antonio soltó el candado y las puertas del misterio se abrieron. El interior estaba oscuro y olía a humedad. La batería de Lomax estaba montada al fondo, brillando silenciosamente en la oscuridad con sus exóticos gongs, sus platos Paste, sus extraños instrumentos de percusión brasileños y orientales. Había un piano Fender Rhodes, y Mateo lo encendió, tocó una tecla para comprobar que funcionaba y se puso a buscar algo que pudiera servirle de asiento mientras Jorge enchufaba su bajo en un amplificador Bose. Encontró por fin un bote de detergente Colón, que puesto boca abajo resultaba un asiento casi perfecto. Tocó un acorde de La mayor y Jorge y Pelayo se pusieron a afinar.

Empezaron a tocar sin decir nada más. Juan empezó a esbozar uno de esos ritmos suyos estilo Jon Christensen, que tiraban hacia delante, hacia delante, y enseguida Jorge se metió en el ritmo, y Mateo entró también, y ya estaban tocando. Jorge había esbozado una figura en Re menor, y por allí se quedaron. Pelayo había sacado el clarinete bajo y tocaba temblorosas figuras asimétricas. Hizo un solo largo, pensativo, tentativo, que parecía no avanzar hacia delante, sino subir y bajar en crestas verticales, como buscando un camino vertical distinto del sendero horizontal por el que suele transcurrir el tiempo. Luego Mateo hizo un solo. Pero fue un solo distinto de todos los que había hecho antes en su vida, porque de pronto le poseía un deseo de calma, de contención. Sentía un poder en sus dedos, en su estómago. Esbozaba una melodía, una figura, y lo esbozado decía más que lo dicho. Se escuchaba a sí mismo de una forma nueva. Encontraba dos acordes, y el choque de uno con el otro parecía comenzar a levantar algo, una pared, una escalera, y no hacía falta más: Juan y Jorge comenzaban a avanzar, a subir, a crecer por esa escalera. Sobre los acordes aparecía una figura melódica, de pronto se multiplicaba, luego se remansaba, siempre la misma. ¿Sería esto a lo que Lomax llamaba tocar con menos notas? Mateo penetraba en una nueva inteligencia. Sentía intensamente las plantas de los pies en el suelo, el cuerpo, la respiración. No tenía una conciencia clara de cuál era la postura de su cuerpo, si estaba vertical con respecto al piano o bien horizontal, flotando por encima del teclado. Los dos acordes seguían construyendo su escalera, y las notas de la mano derecha se abrían, decían, cantaban. Las sujetaba, intentaba contenerlas. Lo que decían era suficiente, no debía forzarlas a decir más, sino forzarlas a decir menos, y para eso lo único que tenía que hacer era escuchar. Escuchaba, y sentía que se abría un sendero. ¿Era un camino o era un río? ¿Era un camino blanco entre álamos dorados o un río plateado entre los templos? ¿Y adónde llevaba?

Luego Pelayo sacó unas fotocopias de un tema que se titulaba «Mahabalí Puram»,

uno de los que había escrito Lomax en la India. Estaba sin armonizar.

—Esto va así —dijo Juan Antonio, y se puso a cantarlo y a marcar el ritmo en la caja con escobillas.

Mateo comenzó a armonizarlo sobre la marcha, y le iba diciendo acordes a Jorge. Era fácil de armonizar, y pronto pudieron ponerse a tocarlo.

—Bueno, ¿os va el rollo? —les dijo Lomax—. ¿Os apetece meteros en el lío?

—Todavía estáis a tiempo —dijo Pelayo.

—Va a ser un lío de cojones —dijo Lomax—. La historia de Catoblepas, el monstruo... Pero lo podemos pasar bien.

—¿Quieres decir... tocar? —dijo Mateo—. ¿Tocar *en público*?

—Bueno, si viene público —dijo Lomax soltando una de sus risas agudas—. Si no, tocaremos para nuestras novias como hacemos siempre.

—¿Tocar en Kathmandú? —preguntó Mateo, que no podía creer lo que estaba oyendo.

—No, esto no sería Kathmandú —dijo Lomax poniéndose más serio—. Kathmandú se ha muerto, macho, de muerte natural. El Alfredo se va a Mallorca, Valentín quiere formar otro grupo para tocar música de Ornette, y yo ya estoy un poco cansado del *freekie*... Esto es una nueva aventura. Esto está naciendo aquí en este momento. Y va a ser mejor que Kathmandú. Que no hay que agarrarse de las cosas, Mateo... es como la música... la música es como un pájaro que pasa, pasa y es de puta madre y te hacer llo-rar, y luego sigue y se va, y se va para siempre... y si lo quieres buscar te vas a encontrar con una pa-red de pie-dra, porque nunca pasa dos veces por el mismo sitio ni es el mismo pájaro... por eso lo que vamos a hacer es construir un rollo, ¿no?, construirlo juntos, aquí, en el local... vamos a contar una historia, la historia de Catoblepas, el monstruo que convierte en piedra todo lo que mira... y por eso se pasa toda la vida con la cabeza caída, mirando al suelo... porque sabe que allí donde ponga los ojos, eso que ve ya no volverá a verlo más porque se convertirá en piedra... y así va el rollo, ¿no?

## Bliní

Una de esas tardes, a Mateo le sorprendió enterarse de que Bernabé y Josefina vendrían a cenar con sus tres hijos. Era Viernes, pero no tenía ningún plan, de modo que decidió quedarse en casa.

—¿Matilde viene también? —le preguntó a su madre, que estaba en la cocina preparando la masa de los *bliní* rusos que pensaba hacer para la merienda.

—Sí —contestó ella con cara de pocos amigos mientras hundía las manos en la pegajosa masa de harina—. Sí, viene también. Le ha dicho a un chico «¿por qué no te tocas los cojones, rico?», y su madre está tan orgullosa. A mí es que... es que me parece horrible...

Hacía años que no veían a Matilde, pero conocían la anécdota porque Josefina la contaba siempre que se veían. Al parecer Matilde le había dicho a un chico un tanto pesado que le estaba tocando el flequillo todo el rato: «¿Por qué no te tocas los cojones, rico?», una frase muy celebrada por su madre y que llenaba de horror a la madre de Mateo. Hay que decir que Josefina había dejado de ir a la iglesia los Domingos y de ser una católica temerosa de Dios y ahora tenía muchos amigos comunistas y se había hecho feminista y «progre». Pero a la madre de Mateo le horrorizaba que una chica joven hablara así, y le horrorizaba también que a su madre le encantara que hablara así y que lo fuera repitiendo por todas partes como si fuera una maravilla. Era el viejo temor soviético a la vulgaridad y a la grosería. Al parecer, Matilde había estado varios veranos en Inglaterra. Al parecer hacía alpinismo, y subía montañas. Al parecer hacía cama elástica y daba saltos mortales. Al parecer estudiaba ballet, y quería ser bailarina.

—Esos *bliní* huelen raro. Yo diría ¡incluso! que huelen a vinagre —dijo Mateo, con la entonación pedante y fastidiosa que solía usar siempre que hablaba con su madre.

—¡Anda! —dijo su madre—. Huelen a vinagre porque *tienen* vinagre. *Ignorantii...*

—«A los ignorantes no se les pueden enseñar las cosas a medio hacer» —dijo Mateo, adelantándose a su madre, ya que ese refrán ruso era uno de sus favoritos.

—¡Anda! —le dijo su madre, que ahora ya estaba de mucho mejor humor.

Lo cierto es que la muchacha que apareció esa tarde en su casa no se parecía en nada a la «hurí del Edén» de sus ensueños eróticos infantiles. No es que hubiera cambiado mucho físicamente: seguía teniendo un rostro ovalado como la amada de Sandokan, seguía teniendo unos labios de un rosa casi desvanecido, seguía teniendo unas deliciosas pantorrillas pálidas, piel del color de la avena loca que crece al borde de los caminos, pero ahora ya no tenía diez años, sino dieciséis, y era más ondulada, más felina, más sedosa, mucho más hermosa que antes. Llevaba un vestido de lana

color lila que marcaba suavemente los nuevos y sorprendentes volúmenes de sus caderas y de su pecho, un collar de cristales azules y una gorra de lana morada que se había comprado en Inglaterra y que llevaba de lado sobre sus satinados cabellos castaños, sus ojos habían crecido y sus pestañas se habían adensado, sus manos ardían cuando cogió las de Mateo para saludarle, tenía una voz muy suave y ligeramente teñida en el interior por una quebrada orla de risa.

—Hola —dijo—. Cuánto tiempo.

—Sí, mucho tiempo —dijo Mateo, acercándose para besarla en las mejillas de acuerdo con las nuevas costumbres de la Transición.

La conversación en la mesa enseguida saltó del tema de los hijos y lo inteligentes que eran todos ellos al tema de la política. Ambas familias tenían una tendencia a expresarse a gritos, pero cuando hablaban de política el volumen podía llegar a ser insoportable. Mateo y Matilde se fueron al cuarto de Mateo para charlar. Hacía muchos años que Matilde no entraba en aquel cuarto, y le sorprendió encontrarlo tan cambiado. El piano Yamaha de Mateo seguía en el mismo sitio, pero las camas eran distintas. Ella recordaba unas literas que había construido el padre de Mateo y que les habían proporcionado, cuando jugaban a las tinieblas, la posibilidad de crear una cueva oscura donde esconderse, esa cueva en la que tantas veces él la había buscado, poseído por una extraña e inexplicable excitación nerviosa, tocándola accidentalmente en la pierna desnuda o en el pecho con la impunidad que daba la oscuridad total, pero ahora había dos camas-nido que formaban un sofá al cerrarse, y toda la pared opuesta la ocupaban anaqueles llenos de libros, los libros de Mateo. Mateo se sentó en la silla del piano y Matilde sobre la cama, recostándose de lado de forma que una rodilla esférica y vagamente rosada y luminosa, como si fuera de porcelana, surgió por debajo del borde de su falda de lana. La perfección de aquella rodilla terminó de convencer a Mateo de que Matilde no había sido nunca una verdadera ninfa del paraíso sino una larva de ninfa, una crisálida, una ninfa de ninfa, y que era sólo ahora, tocada con su gorra inglesa y envuelta en aquel traje color lila que tan discretamente revelaba sus nuevos encantos, cuando su amiga de la infancia se había convertido en una verdadera hurí.

Era muy extraño estar allí los dos, los viejos compañeros de juegos, charlando melifluamente como dos adultos discretos y corteses. Hablaron de libros, de poesía, de viajes, de Inglaterra y del inglés, y los dos coincidieron en que el inglés era el idioma que más les gustaba e Inglaterra el país que más admiraban y donde más les hubiera gustado vivir. Hablaron de Londres y de Canterbury y de lo insípida que era la comida inglesa. Luego Matilde, que no mostró en ningún momento la menor tendencia a decir nada parecido al famoso «¿por qué no te tocas los cojones, rico?» que tanto había escandalizado a la madre de Mateo, le pidió que le recomendara algún libro de poesía. Mateo rebuscó un poco y finalmente le entregó una antología

de poesía de Cernuda.

## Flermonde

Al día siguiente sonó el teléfono. Mateo lo cogió y se sorprendió al oír la voz de Matilde. Él nunca se habría atrevido a llamarla a ella y, a pesar de lo mucho que había disfrutado del inesperado encuentro de la tarde anterior, no esperaba volver a verla en mucho tiempo. La posibilidad de llamarla se le había pasado por la cabeza, pero ¿con qué excusa? ¿Cómo habría reunido el valor?

—En el libro que me dejaste había un papelito con un teléfono —le dijo la voz de Matilde—. He pensado que a lo mejor lo necesitabas.

—¿Qué teléfono? —preguntó Mateo. Y cuando oyó el nombre de Jorge y su número, que se sabía de memoria, dijo que en efecto, lo necesitaba. Matilde podía muy bien haberle dictado el número, con lo cual el papelito en sí sería ya irrelevante, pero a pesar de todo Mateo se las arregló para proponerle a Matilde que quedaran en el parque de Berlín. Para su gran sorpresa, ella aceptó al instante. Quedaron en la esquina de la iglesia del sombrero mexicano una hora más tarde.

La esperó sentado en un banco a espaldas del parque, contemplando a su derecha el edificio gótico del convento de Santamarca en lo alto de su loma arbolada, a su izquierda el edificio de hormigón de Nuestra Señora de Guadalupe con sus palmeras y sus palmitos arborescentes y frente a sí la agradable calle Ramón y Cajal, que se perdía en una amplia curva descendente flanqueada de hotelitos en cuyas vallas crecían rosas de diversos tonos. Por allí, entre las rosas, era por donde aparecería su amiga. Matilde tardaba, y la imaginación de Mateo comenzaba a dispararse y veía, con total claridad, un tren que se deslizaba por el borde de un abismo y en cuyos compartimentos había toda clase de viajeros extraños, entre ellos un diablillo azulado que venía directamente de *El carro de heno* de Brueghel, que era el cuadro que tenía en la pared de su habitación. El diablillo se hacía amigo del protagonista del relato, y le revelaba que en realidad él no había cogido aquel tren para viajar a ningún lugar y que no pretendía llegar al final del trayecto. El hecho era que aquel tren, le decía el diablito, en un cierto trecho de su recorrido que ya estaba próximo, pasaba justo por encima del famoso parque de Flermonde, y su intención era saltar desde el tren para poder alcanzar ese parque maravilloso y, de cualquier otra manera, inaccesible. Pero ¿por qué era aquel parque inaccesible? ¿Acaso puede un parque, que es por definición un espacio construido para el placer de los seres humanos, estar completamente cerrado? Sí, explicaba el diablillo, la cosa era extraña y nada fácil de entender. Pero ahora tendría que disculparle, porque el tren estaba pasando en aquellos precisos instantes justo por encima del parque de Flermonde. Mateo siguió al diablillo hasta el extremo del vagón, y vio con horror cómo la azulada criatura, que tenía una larguísima cola grisácea que recordaba a la de un tritón, abría la puerta de salida del compartimento y se asomaba a mirar al exterior. La vía del tren estaba



construida en el borde mismo de un abismo, en la ladera de un desfiladero de paredes de roca casi verticales, y una caída desde allí significaba una muerte segura. No te preocupes, le dijo el diablillo como leyendo sus pensamientos, no me pasará nada. Y a ti tampoco te pasaría si saltaras. Y le invitó a que se acercara para mirar el parque desde lo alto.

Parecía un parque muy bonito, con macizos de árboles, y estanques, y praderas, y paseos de olmos, y canales artificiales y puentes, pero ¿arriesgar la vida por llegar hasta allí? Sí, le explicó el diablillo, porque sólo los que logran llegar a ese parque pueden tener alguna esperanza de alcanzar la felicidad. Pues ¿qué hay en ese parque?, preguntaba Mateo, comenzando a sentir ya las punzadas de una comezón inexplicable. Hay una piedra, explicó el diablillo, una piedra que suena. En algún lugar, nadie sabe exactamente dónde, pero es una piedra, y suena, una piedra que suena, eso es lo que hay en el parque en algún lugar, nadie sabe dónde. Y dicho esto, saltó al vacío, y Mateo le vio caer, caer, caer, reduciéndose de tamaño y quedando atrás a medida que el tren avanzaba traqueteando y sacudiéndose de un lado a otro en los viejos raíles, hasta que la siguiente curva del camino lo borró completamente de su vista. Y el tren seguía avanzando y el parque seguía extendiéndose allá abajo, en apariencia infinito, pero Mateo sabía que no hay ninguna cosa que sea infinita, y que aunque el parque fuera infinito *en su interior*, sin duda tendría un principio y un final dentro de las líneas del mundo. En ese momento el tren ralentizó un tanto el paso porque se acercaba a un precario y viejísimo puente de metal y madera, una magnífica obra de ingeniería que debía de haber causado asombro cien años atrás y que cruzaba sobre el abismo para alcanzar el otro lado del desfiladero. Ahora que el tren estaba literalmente suspendido en los aires, avanzando lentamente por el viejo puente, Mateo era capaz de ver a ambos lados un panorama vastísimo del parque de Flermonde, que se extendía, en apariencia, hasta el horizonte. Vio campos de juego en los que corrían atletas diminutos como hormigas, vio un kiosko de música, vio un palacio o algo que parecía un palacio, completamente en ruinas, vio un lago rodeado de espesa vegetación tropical sobre cuyas arboledas volaban lentamente los pavos reales y las aves del paraíso y en cuyas orillas se bañaban varios elefantes azulados echándose agua por encima con la trompa y entre cuyos nenúfares gigantes nadaban los hipopótamos. Y fue aquella visión, probablemente, la que le hizo decidirse. El tren había pasado ya la mitad del puente y pronto alcanzaría el otro lado del desfiladero. Y sin pensarlo dos veces, cogió impulso y saltó al vacío.

La caída era suave, muy lenta, casi excesivamente lenta. Al cabo de un rato descubrió al diablillo a unos doscientos metros de distancia, muy por debajo de él, pero todavía cayendo en dirección al parque. Caían los dos igual que cae un copo de nieve o un vilano, descendiendo y girando y siendo impulsados aquí y allá por la brisa, como si carecieran de peso. Las copas de los árboles se acercaban, y pronto se

encontró descendiendo entre los castaños de Indias y los abedules y tocando tierra con facilidad en una de las praderas del parque, un óvalo de césped rodeado de castaños en flor.

Se encontraba, claro está, en el parque de Berlín, pero entonces ya no era el parque de Berlín, sino el misterioso parque de Flermonde. Y echaba a andar. Ahora era cuando comenzaba verdaderamente la historia. El hecho era que el parque de Flermonde era tan grande como un país, y era posible caminar por sus florestas durante semanas y semanas sin lograr llegar a la salida. Era muy extraño que nadie se hubiera molestado en construir un parque tan grande, o quizá en convertir un país entero en un parque, es decir, en una obsesiva sucesión de setos, lagos, terrenos de juego, cafés al aire libre, rosaledas, invernaderos, alamedas, glorietas con esculturas, monumentos rodeados de agua, y así durante cientos y cientos de kilómetros en todas direcciones. Era extraño y, bien pensado, inquietante, casi terrorífico.

Precisamente porque era tan grande, el parque resultaba peligroso. Poco a poco la realidad del parque se iba haciendo evidente en su imaginación. Había grupos de soldados que lo recorrían día y noche. Los paseantes se veían obligados a reunirse en grupos y a dormir a la intemperie. Una o dos noches no estaba mal, pero cuando uno llevaba dos semanas caminando por el parque sin atisbar siquiera las verjas de la salida, la experiencia comenzaba a hacerse angustiosa. Había, de hecho, una guerra que tenía lugar dentro del parque, aunque las dos (o quizá tres) facciones enemigas que se enfrentaban entre sí se encontraban con inmensas dificultades logísticas y estratégicas, porque nadie tenía un mapa del parque y no había manera de saber cuántos soldados enemigos había ni dónde se encontraban exactamente. En el parque había zonas muy civilizadas como el lago que Mateo tenía en aquellos momentos a sus espaldas en el parque de Berlín, salpicado de sol entre los falsos plátanos que lo rodeaban (y en cuyo centro, unos años más tarde, colocarían un trozo del muro de Berlín como testimonio del final de la guerra fría), pero también zonas silvestres y abandonadas donde los jardineros del parque ya no se atrevían a entrar y donde la Naturaleza, con sus uñas, sus garras, su hedor y su sangre, se había hecho dueña del lugar. Había animales salvajes en libertad, quizá escapados de fabulosos zoológicos contruidos en el pasado, y había también ruinas de ciudades antiguas, y había razas caníbales que vivían en la espesura, y monos verdes que saltaban entre las ramas de los pinos, y extraños monstruos que se escondían de la luz del sol en lo más espeso de las florestas más espesas. Los paseantes del parque sólo tenían un deseo: salir del parque y regresar de una vez a sus casas, pero era difícil imaginar que hubiera un lugar externo al parque. Era difícil imaginar que el parque tuviera un final, o un principio. Corrían, al respecto, varias leyendas enfrentadas. Se hablaba de las rejas del parque, las rejas de altísimas lanzas de hierro pintadas de negro y enredadas de glicinas, al otro lado de las cuales estaría la mítica Ciudad a la que todos deseaban

regresar. Pero era probable que la Ciudad no fuera más que un mito, y que no hubiera ni rejas ni Ciudad, y que el parque se extendiera ilimitadamente hasta llegar al pie de unas montañas, o a las orillas de un océano, o a las estribaciones de un desierto... Mateo enseguida se unía a una de las expediciones que pretendían atravesar el parque para encontrar la salida. Eran hombres y mujeres, jóvenes, ancianos y niños, un grupo de unos treinta en total, amigables pero recelosos, muchos de ellos extranjeros. Llevaban años caminando por el parque, le contaron, y no se sabía qué era peor, si los soldados (los de los otros eran unos verdaderos salvajes, pero los «nuestros» tampoco eran muy recomendables, le explicaron: cuando aparecían les quitaban toda la comida y los zapatos, que era una de las mercancías que más se valoraban en el parque, y a menudo se llevaban a las mujeres con ellos), los salteadores y bandidos que abundaban en el parque o los salvajes que habitaban en las florestas, muchos de ellos caníbales.

—Pero ¿cómo habéis llegado aquí? —les preguntaba Mateo—. Tanta gente... tantos miles, o quizá millones de personas... ¿Cómo habéis aparecido todos aquí?

—¿Cómo has aparecido tú? —le dijo Balsard, un hombre mayor que era en cierto modo el líder del grupo—. ¿Lo recuerdas, verdad? Pues del mismo modo hemos llegado nosotros.

—Ah —decía Mateo—, ¿a todos os han engañado con el cuento de la piedra?

—¿Qué piedra? —le decían—. ¿De qué piedra hablas?

—La piedra que suena —decía Mateo—. ¿Nunca habéis oído hablar de la piedra que suena?

Poco a poco comprendía que nadie había oído hablar de la piedra que suena, y que si todos habían sido de algún modo «engañados» para entrar en aquel parque, los medios del engaño habían sido distintos en cada caso. La mayor parte de los que vagaban por el parque contaban, de hecho, una historia muy diferente de la suya: simplemente, una tarde habían decidido salir a dar un paseo con sus hijos, o con unos amigos, habían entrado en el parque y cuando había llegado la hora de marcharse no habían logrado encontrar la salida.

Pero entonces, ¿la piedra? Pasa el tiempo, semanas, meses, quizá años, y Mateo comienza a acostumbrarse a la idea de que su vida transcurrirá íntegramente en el parque, que aquí crecerá y aquí morirá. Pero un día sucede algo inesperado. Encuentra a alguien que también ha oído hablar de la piedra que suena. El otro la llama «la piedra musical», y le explica que hay un grupo de personas cuyo objetivo es encontrar esa piedra. Encontrar a ese grupo de buscadores y unirse a ellos será, a partir de entonces, el único sentido de la vida de Mateo...

La visión se desvaneció, dejándole con un regusto amargo y maravilloso en el paladar, y Matilde seguía sin aparecer. De pronto comprendió el sentido de toda aquella escena. Matilde no había entendido bien que habían quedado ese mismo día,

y no iba a aparecer. La esperaba durante una hora, durante dos horas, y ella no vendría, y él regresaría a su casa pensando cuándo y cómo podría atreverse a llamarla para preguntarle con tono casual qué había pasado. «Ella», se dijo observando las elevadas palmeras de la iglesia mexicana, no iba a aparecer nunca, en general, pero aquella situación ridícula en que había vuelto a caer el eunuco feliz tenía, al menos, un lado brillante: en su abandono, en su ridículo, Mateo había alcanzado el lugar de las visiones. La visión le había llegado precisamente porque estaba solo, precisamente porque estaba esperando a alguien que jamás llegaría. Y aquella imagen del parque infinito que se extiende en todas direcciones, el parque que es un laberinto tan grande como el mundo y en cuyo interior, en algún lugar desconocido, existe una piedra «que suena» y que es el objeto secreto y codiciado por un pequeño grupo de buscadores, le pareció de pronto el germen de todas las historias posibles —al menos, el germen de la nueva historia que él tenía que escribir.

Pero estaba equivocado, porque Matilde sí apareció. Llegaba más de una hora tarde, llena de excusas, vestida con una ceñida camisa india de topos bajo los cuales temblaban sus pequeños pechos sin sujetador, con unos vaqueros rosas y unos zapatitos de tacón que hacían clic clic en la acera. Se había puesto unos pendientes de cristal que representaban unas cerecitas rojas que ponían reflejos verdes y rojos sobre su garganta pálida, y ese detalle encantador bastó para que le perdonara la hora de espera.

Pasearon por el parque de Berlín, y Mateo le habló de Fabricio, de Jorge, de Meli y de su local de ensayo en el Ateneo de Prosperidad, y se sorprendió al enterarse de que Matilde también iba allí, al Ateneo de Prosperidad, a estudiar ballet tres días a la semana. Estudiaba con Luis Ruffo, y algunas veces se iba la luz en mitad del ensayo, y entonces tenían que encender velas y seguían ensayando a la luz de las velas. Ella le contó que la danza era lo que más le gustaba en el mundo, pero que había empezado a estudiar demasiado tarde y que ya nunca podría ser bailarina, al menos bailarina de ballet. Y él, Mateo, ¿qué era lo que quería hacer? ¿Quería ser músico? ¿Pensaba dedicarse a tocar jazz? No, le explicó Mateo, quería ser escritor. Desde que era niño siempre había deseado escribir y componer, pero el verano pasado la música le había abandonado. Era difícil de explicar: había sentido la música como un gran pájaro dorado de grandes alas (que no eran, quizá, sino las grandes páginas amarillentas de las partituras para gran orquesta de sus composiciones infantiles) que pasaba volando sobre él rumbo a otros países. Y entonces se había dado cuenta de que lo que en realidad deseaba más que nada en el mundo era escribir, que en la posibilidad de escribir estaba la posibilidad de la felicidad total. Pero la música seguía siendo parte de él, y también quería ser músico de jazz, aunque no sabía cómo de lejos podría llegar tocando jazz. No era fácil aprender sin escuelas.

Se sentaron en un banco, entre las matas de lilos del parque de Berlín, una

mañana cualquiera de la primavera del mundo. Mateo le explicó lo mucho que le gustaba Madrid, que era para él una ciudad encantada llena de palacios, árboles y flores, hablaron de flores, de los lirios que crecían en los barrancos del Abuelo del Mar, pero al escuchar su descripción, ella le dijo que esas flores no eran lirios, sino iris. Mateo, que era extraordinariamente tímido con las mujeres, se preguntaba cómo diablos podría arreglárselas para besarla, cuánto tiempo debería esperar, cómo podría abordar la cuestión. ¡Pobre Mateo! Estaba convencido de que en todos aquellos temas de la seducción y del amor había profundos misterios que sólo los grandes mujeriegos como Fabricio o Jorge conocían. Creía que había formas preestablecidas, pasos intermedio, protocolos que él desconocía.

Volvió a su casa como flotando, envuelto en el encanto de Matilde y en la magia de la imagen del parque de Flermonde intuyendo secretos vínculos entre ambas experiencias. Sus padres y su hermano notaron que estaba de buen humor, y le preguntaron que de dónde venía, y Mateo dijo que había estado en el parque de Berlín, pero le dio vergüenza contar que había quedado con Matilde. Todos sabían que ella le había llamado esa mañana, y es posible que imaginaran que había quedado con ella, pero en casa de Mateo nunca se hablaba de sexo, ni de amor, ni de novias, ni de relaciones sentimentales. La timidez de la madre contagiaba a toda la familia y establecía un curioso código puritano.

## Iris

Unos días más tarde, Mateo reunió todo su valor y llamó a Matilde de nuevo para proponerle que dieran un paseo. El teléfono de la casa estaba en el salón, en un lugar en el que era difícil o imposible lograr ninguna intimidad, de modo que bajó a la calle y la llamó desde el teléfono de Vips. Le propuso que quedaran de nuevo en el parque de Berlín al día siguiente. Para su gran sorpresa, ella aceptó sin dudarlo un instante.

Esta vez Matilde tardó sólo media hora en aparecer en la esquina donde habían quedado. Venía con sus zapatitos de tacón, de nuevo sin sujetador. Traía tres iris envueltos en un rielante pliego de celofán.

—¿Son para mí? —preguntó asombrado cuando Matilde le entregaba las flores.

—Claro —dijo ella—. ¿No te gustan?

A Mateo le encantaban los iris porque a Mateo le encantaban todas las flores y todas las plantas en general, pero aquello no hacía sino confundirle aún más. Matilde le preguntó si él creía que sólo los chicos pueden regalarles flores a las chicas, y él dijo que no, que por supuesto que no, aunque ciertamente nunca había pensado en la posibilidad de que ninguna chica le regalara flores a él. Más tarde, las colocó en un florero en la mesa de trabajo de su cuarto, y su madre le preguntó con curiosidad de dónde habían salido esas flores.

—Me las ha regalado Matilde —contestó Mateo.

—¿Matilde? Pero ¿es que ahora son las chicas las que regalan flores a los chicos?

Para ella, Matilde seguía siendo la chica que le había dicho a un chico «¿por qué no te tocas los cojones, rico?».

Los iris de Matilde seguían en su florero y allí estuvieron durante varios días, muy hermosos, inclinándose progresivamente a medida que el peso del tiempo se hacía más ostensible sobre sus rizadas corolas, como signos de interrogación cada vez más interrogantes. Y las preguntas que hacían los iris eran siempre las mismas: ¿es que ahora son las chicas las que les regalan flores a los chicos? Y también: pero ¿para qué me habrá regalado flores Matilde? ¿Será posible que yo le guste? ¿Se sentirá atraída por mí?

Pero aquel pensamiento era, por supuesto, absurdo. No era posible que una criatura tan sociable, tan ágil, tan limpia, sintiera el menor interés por Mateo, el eremita de los libros, el bicho raro. Matilde podría sentirse atraída por los bellos jóvenes arrastrados a sus costas por la tormenta, pero jamás por el monstruoso Calibán. Las flores le miraban, le interrogaban. ¿Qué? Y él respondía: ¿qué de qué? Entonces comenzó a pensar que el sentido de aquellas flores debía de ser otro muy distinto del que él había imaginado en un principio. No eran una invitación a una intimidad más profunda, sino todo lo contrario. Contemplaba las flores en su vaso de cristal, mientras la tibia luz de la mañana atravesaba sus pétalos poniendo reflejos

coloreados sobre los folios blancos en los que intentaba escribir, y se decía que lo que en realidad quería decirle Matilde con aquellas flores era que ella le consideraba alguien muy especial, un amigo especial, casi como un hermano, un hermano espiritual quizá: ¡tantas, tantas veces había tenido que pasar por aquello!

Unos días más tarde, Matilde volvió a llamarle y salieron y pasearon y charlaron de nuevo, y siguieron charlando durante horas hasta que se hizo de noche y el cielo se llenó de estrellas, y él la acompañó hasta el pruno de la puerta del jardín de su casa, donde siguieron hablando casi una hora más. Cuando se despidieron, ella le dijo con toda naturalidad:

—Te toca a ti llamar.

Los iris se iban marchitando silenciosamente, día tras día, y a medida que las florales cabezas se humillaban progresivamente, acercándose cada vez más a los pálidos folios en los que Mateo expresaba en aromática tinta de estilográfica sus románticos dolores y espectrales agonías, las preguntas se hacían más acuciantes y afiladas: ¿cuándo, cómo podría reunir el valor para besarla? ¿Qué debería decirle? ¿Qué debería hacer?

Pasó una semana, los iris se agostaron y sólo quedó uno todavía con colores, que resistió victorioso un par de días más, y luego también este último hubo que tirarlo a la basura. Era su turno de llamarla, y bajó de nuevo al teléfono de Vips a fin de tener un poco de privacidad. Esta vez ella le preguntó con muy buen humor por qué siempre la llamaba desde la calle, y él supuso que había adivinado que le daba vergüenza que le oyeran hablar con ella en su casa y se sintió tan humillado que casi se le saltaban las lágrimas. Y quizá fue esa misma sensación de humillación lo que le hizo por fin decidirse a actuar.

Hay una fuerza que ayuda a los pobres y a los tontos, a los débiles y a los tímidos: anida en el interior de los huesos, y hace falta mucha desesperación para hacer que salga a la superficie, pero una vez sale, nada puede oponérsele. Esa tarde echaron a caminar de nuevo Castellana abajo, pero Mateo estaba decidido a superar de una vez por todas la horrible timidez que siempre le asaltaba con las mujeres, y le dijo que tenía algo que decirle, algo importante, y entonces los dos se enredaron en una conversación extenuante y totalmente abstracta que duró largas horas y que se extendió durante acacias y cornisas, hasta que al final los dos estaban agotados, aunque ninguno de los dos se decidía a ser más concreto. Cayó la tarde y llegó la noche, y seguían callejeando bajo acacias y cornisas cada vez más oscuras.

—Yo estoy contenta así como estamos —dijo Matilde—, no quiero cambiar nada.

—Así, saliendo y paseando. Y hablando, y hablando, y hablando.

—Yo me lo paso muy bien hablando y hablando y hablando —dijo ella—. ¿Tú no?

—Sí, pero... —dijo Mateo, sufriendo.

—Yo no necesito más...

Poseído por la desesperación de los tímidos, la agarró por la cintura y la estrechó contra sí, e intentó besarla en los labios. Matilde rió y apartó el rostro.

—¡No! —dijo. Y luego, para suavizar su negativa, le besó en la mejilla.

Esa noche, Mateo lloró en su cama, lloró silenciosamente para que su hermano no le oyera desde la cama de al lado, y luego se sintió más tranquilo y se puso a recordar cómo era ella cuando era una niña delgada de nariz pecosa y piernas pálidas, una niña pecosa de largos cabellos castaños y rostro ovalado como el de las heroínas de los libros de Salgari. Y vio al Tiempo pasando por encima de los tejados de la ciudad y de las nubes del mundo, como un gran carruaje de huesos tirado por dos caballos espectrales que se llaman «sólo una vez» y «nunca más».

—¿Estás despierto? —oyó decir a Luis en medio de la oscuridad.

—Sí —dijo Mateo.

Había estado llorando y tenía los ojos ardiendo y la sábana húmeda de lágrimas, pero había llorado en silencio, sin sollozos. ¿Le habría oído su hermano? ¿Se habría dado cuenta de lo que le pasaba?

—He tenido un sueño —dijo Luis, con una voz extraña, ronca y sibilante, como si no fuera realmente él quien hablaba, sino alguna criatura dentro de él—. Un sueño horrible. Me he despertado por eso.

—¿Qué has soñado?

—Que se moría papá —dijo Luis con aquella extraña voz ronca que venía de los abismos de la muerte—. Pero es que no parecía un sueño, parecía verdad...

—Bueno, sólo es un sueño.

—Se moría ahí, en la biblioteca. Estaba sentado en el sofá, con los ojos abiertos, y parecía que no podía respirar... y todos gritábamos, y tú le gritabas que era un cuentista, que era todo teatro... y de pronto, cerraba los ojos y nos dábamos cuenta de que estaba muerto...

—Es porque le quieres —dijo Mateo—. Sueñas eso porque le quieres, no porque vaya a pasar.

—¿Te acuerdas cuando los viejos tuvieron el accidente con el 127? Tú soñaste el día antes que tenían un accidente.

—Sí —dijo Mateo—. Sí, es verdad... Pero no fue un sueño, fue como una... una visión... como un pensamiento, una imagen que tienes de pronto... Vi a mamá dentro de un coche que había tenido un accidente, con la boca llena de sangre.

—¿Y esas cosas te pasan a menudo? —preguntó Luis con curiosidad.

—El qué, ¿ver el futuro?

—Sí.

—Pues no —dijo Mateo—. Yo no veo ni el futuro ni nada. Por no ver, no veo ni el presente.



—¿Por qué dices eso?

—Na, por nada.

Quedaron los dos en silencio. En la oscuridad, sólo se oían las respiraciones de ambos.

—¿Tú has estado enamorado alguna vez? —preguntó Mateo.

—Varias veces... pero al final siempre me dejan por otro más rico.

—Bueno, ya habrá alguna que no te deje.

—A lo mejor sí... o a lo mejor no —dijo Luis—. Yo soy un desastre.

Quedaron en silencio de nuevo, tanto rato que Mateo llegó a pensar que Luis se había quedado dormido. Pero su voz sonó de pronto en medio de la oscuridad.

—¿Tú no lo piensas a veces?

—¿El qué?

—Que llegará un momento en que se morirán los viejos.

—No —dijo Mateo—. La verdad es que no pienso en eso... ¿Tú sí lo piensas?

—No. Bueno, sí, no sé... A veces...

—Son jóvenes —dijo Mateo—, todavía van a vivir muchos años.

—Además, seguro que me muero yo antes —dijo Luis con una risa forzada.

—¿Por qué dices eso?

—No sé... Bueno, no sé... Nunca me he visto a mí mismo siendo mayor... como un abueleto, con los nietos... Y además, con la vida que llevo, seguro que no duro mucho...

—Pero ¿por qué dices eso?

—Vive rápido y muere joven —dijo su hermano, citando algo o a alguien—. Morir antes de los treinta es la cosa más... Es el rollo punk, ¿no? *No hay futuro...*

—No digas chorradas. Claro que hay futuro.

—*No future.*

—Siempre hay futuro.

—Yo creo que para mí no.

—Pero ¿por qué no?

—Me voy a dormir —dijo Luis—. Hasta mañana.

Unos segundos más tarde, estaba roncando.

## Fantasmas

Hundidos en los sillones azules del Billboard, Fabricio y Mateo iban ya por su segundo whisky.

—Yo amo profundamente la vida —dijo Fabricio.

Le brillaban los ojos con la luz de las lágrimas.

La noche en Madrid. Paredes de cristal negro, el sabor del whisky y todas las mujeres que no fueron nuestras. La complejidad del instante, la música lánguida del Billboard, los pensamientos de los veinte años resplandeciendo como caballos moribundos en las bombillas azules. ¡Qué lujoso era entonces Madrid, y aquellos pubs de Orense, amplios como palacios, abiertos en cristaleras a todas las constelaciones del verano! Amplios como yates con todos los velámenes desplegados para surcar la noche de Azca. Marineros, todos eran marineros entonces, y nunca fue Madrid una ciudad más marina que en aquellos años en que todo parecía flotar, levantado como en una de esas olas mundiales que pintaba Miquel Barceló, cargadas de libros y de nombres. La noche era un mar en el que todos flotaban, en que los barcos naufragaban pero nadie se ahogaba. Los días... ah, los días también eran días marinos, pero era en las noches cuando verdaderamente se sentía la brisa del mar soplando por entre las acacias de la Castellana, por entre las torres de apartamentos de General Perón. Los veranos eran veranos marinos, y todos los bares y todas las terrazas de Madrid estaban en la orilla del mar. Las piernas de las mujeres hermosas eran piernas marinas bañadas por brisa marina. Era como si toda la ciudad hubiera decidido comportarse colectivamente como si el mar existiera. Era aquel deseo de vivir y de vivir más y de vivir más y más intensamente, que se desliza siempre como una araña de agua sobre la tensa superficie oscura de la muerte. El mar, la muerte, la eternidad, el frío desolado de los espacios infinitos. La inmensidad rozaba entonces Madrid con el borde de ceniza de su ala más cansada. La inmensidad, la muerte, la eternidad, como esas dos voces que musitan, al final de *Pierrot le fou*, los versos de Rimbaud, la eternidad, voces de los amantes muertos y esos versos que tanto obsesionaban a Mateo: por delicadeza he perdido mi vida. Por delicadeza he perdido mi vida.

—Qué —dijo Mateo, aturdido, sintiéndose pequeño, abrumado por la intensidad del dolor de su amigo.

—Nuestros destinos están unidos —dijo Fabricio.

—No te vayas a Viena —dijo Mateo—. Espérate. Todavía no es el momento. No tienes dinero. No sabes alemán. No has acabado tus estudios en el Conservatorio.

—Nuestros destinos están unidos —dijo Fabricio levantando su vaso.

Los vasos chocaron en el aire.

—Yo sé que tú y yo lo vamos a lograr —dijo Fabricio, mirándole como desde una

enorme lejanía, hundido en el sofá con la cabeza torcida, todo el cuerpo caído hacia la izquierda, como inclinándose hacia otro cuerpo que debería estar allí pero no estaba—. Sé que tú y yo lo vamos a lograr. Ander... Ander no, Ander no lo va a lograr... Se lo está currando, pero no lo va a lograr... Jorge... Jorge tampoco... Dentro de unos años dejará la música y se dedicará a otra cosa... Pondrá un negocio... Una casa discográfica, o algo así...

—¿Por qué? ¿Por qué lo sabes? —preguntó Mateo—. ¿Por qué sabes que no lo van a lograr?

—Porque ellos no son como nosotros —dijo Fabricio, poseído por el fuego blanco que le devoraba—. Porque nosotros estamos dispuestos a ir hasta el fondo de la muerte por nuestra obra, y ellos no.

—No te vayas a Viena —dijo Mateo.

—Además —dijo Fabricio completando el pensamiento anterior, con los ojos entrecerrados como los de un gato—. Además, yo sé que tú eres un genio...

—¿Un genio? —dijo Mateo suspirando profundamente, sintiendo en los labios el delicioso fuego del whisky y sin secárselos.

—Yo sé que tú eres un genio y que lo vas a lograr y va a ser la hostia, y yo lo voy a lograr también, pero tú eres un genio...

—Voy a ser un genio muy aburrido si te marchas.

—Ya no me necesitas —dijo Fabricio con un brillo de buen humor en sus ojos entrecerrados, entrecerrados como cuando estaba furioso, como cuando estaba dormido, como cuando estaba borracho, como cuando estaba a punto de llorar—. Cuando te conocí no eras más que un pardillo... Metido en tu casa y pintando *La Venus del espejo* con tu caja de ceras Manley... ¡Y sólo bebías Coca-Cola!

—Gracias, oh Gran Fabricio, por ayudarme a dejar de ser un pardillo —dijo Mateo.

—Te dije que te iba a enseñar todo lo que sé —dijo Fabricio—, y aunque no me ha dado tiempo porque todavía... aunque todavía hay un par de cosillas que no he tenido... pero ya estás bien encaminado, coño... Por lo menos ahora sabes sujetar un vaso de whisky como un hombre...

—¿Lo ves? —dijo Mateo—. Todavía te quedan cosas por enseñarme... No hay ninguna necesidad de que te vayas ahora a Viena. No tienes ni un miserable título del Conservatorio... no tienes beca... no tienes dinero... no tienes ni una maldita carta de recomendación... ¿Qué vas a hacer en Viena? Quieres empezar la casa por el tejado... ¡No puedes irte a Viena a estudiar composición si ni siquiera has acabado solfeo!

Fabricio le miró con expresión de disgusto, como tantas veces le sucedía con Mateo, como si las palabras de Mateo le resultaran excepcionalmente antipáticas, como si Mateo no se estuviera comportando como se esperaba de él. Y Mateo se

sentía siempre en esas ocasiones como un traidor, y se preguntaba por qué, a pesar de todo, Fabricio seguía siendo amigo suyo, Fabricio el Grande, Fabricio el Soñador, amigo de Mateo el Pequeño, Mateo el Cobarde.

—No puedo, tío —dijo Fabricio—. Quedarme aquí no puedo... No puedo, yo no puedo hacer eso... Aunque otros puedan, yo no puedo... Si no hubiera oído nunca *Noche transfigurada* —añadió moviendo los dedos en el aire, sus dedos-zarpas de guitarrista, como para conjurar una de las melodías—. Y fuiste tú quien me prestó el disco, ¿te acuerdas? Mateo, si todo esto es culpa tuya... Yo no puedo quedarme aquí a estudiar en el Conservatorio... Necesito irme lejos y sentir de verdad que estoy... que tengo... Yo no tengo, no sé... Yo no sé lo que soy... Yo no tengo ni puta idea... no tengo ni puta idea de música... Tengo que hacer algo bien en mi vida, y si estoy jodido, pues estoy jodido... Además, sé que voy a estar jodido pero uno siempre está jodido, al fin y al cabo... Aquí también estoy jodido... Estoy jodido acompañando a Meli a su casa todas las tardes y quedándome en su casa a ver la tele con sus padres y con sus hermanos, eso me jode de la hostia... viendo «Un, dos, tres, responde otra vez», me jode de la hostia, y quedando con sus amigas, que un día porque le digo una cosa agradable a una de sus amigas empieza a decir que yo me la quería ligar, y yo a esa tía no me la follo ni atado, mira, y yo me follo a cualquier cosa, pero a esa tía ni atao, ni borracho, y empieza a contarle a Meli que si le he tirado los tejos... Esa tía es gilipollas, y aquí todo el mundo es gilipollas y parece que van todos a por mí, que me están esperando detrás de las esquinas para saltar sobre mí y empezar a acusarme de algo... y me jode mi... mi familia, estar aquí viviendo a costa de mi madre... me jode la vida, Mateo, pero también me maravilla la vida, porque yo amo profundamente la vida y yo lo único que deseo es vivir, y vivir al máximo, vivir de verdad y hacer las cosas de verdad, y si para hacer eso tengo que estar jodido, pues estaré jodido... Porque además para hacer música hay que estar jodido, y todos los grandes compositores han estado más jodidos que la hostia, mira a Beethoven, mira a Schubert, estaban jodidos de la hostia y las pasaban putas, y además las pasaban putas en Viena y por eso yo sé que me tengo que ir a Viena y que mi destino está en Viena, que allí tengo... que allí, porque es allí donde... porque yo quiero ser como ellos, quiero... aquí... ¿qué voy a hacer aquí? ¿Estudiar con Antón García Abril...? ¿Estudiar dirección con García Asensio? Mateo, tú sabes cómo somos nosotros, tú sabes lo que somos nosotros, tú sabes que nosotros... tú también acabarás marchándote...

—¿Yo?

—Sí, acabarás marchándote como todo el mundo, como todo el que vale algo aquí, te marcharás y ya no volverás, y si vuelves harás la gilipollez más gorda de toda tu vida, igual que yo, que al final acabaré volviendo y será la gilipollez más gorda que haga en mi vida... Pero ahora tengo que irme y pasarlas putas por la música,

Mateo, joder, tú lo sabes... la música me lo exige, y yo se lo debo a la música... a la música que hay en mí, o a la música que no hay en mí, no lo sé, porque a lo mejor no hay ninguna música en mí, y además, toda la música que haya en mí te la debo a ti... Por eso, por eso me tengo que ir lejos, a un sitio lleno de nieve, me compraré un gorro de lana si hace falta, y si tengo pinta de gilipollas, pues con pinta de gilipollas, además, allí todo el mundo llevará un gorro de lana en la cabeza y todo el mundo tendrá pinta de gilipollas, y entonces todos con pinta de gilipollas y todos contentos, ¿no? Tío, no me digas que me quede, porque a mí se me parte el corazón, voy a dejar aquí a Meli, a mi familia, a mi madre la voy a dejar muy jodida, voy a dejar aquí toda mi vida, mis amigos, pero tengo que irme por la... por la música que *no* hay dentro de mí... para encontrarme con la sombra de Schubert por las calles de Viena... ¿Te acuerdas que lo hablábamos, que tú me hablabas de la sombra de Beethoven bajo los tilos de los paseos de Viena? Esas cosas que tú dices, esas cosas que te inventas, «la sombra de Beethoven caminando bajo los tilos»... Con las manos cogidas a la espalda... y con una de sus «libretas de conversación» metida en un bolsillo del abrigo... Son esas imágenes que se te quedan grabadas... Y cruzarse con la sombra de Beethoven, con la sombra de Bruckner... Por eso me voy, tío, para encontrarme con los fantasmas de la música y pedirles que me permitan a mí, a mí, a Fabricio, a mí, que no soy más que un mierda, que tengo un oído enfrente de otro, que no tengo ni puta idea, que me dejen a mí entrar en la música, que me permitan un poco... que me dejen... Que me den un poco de esa... ¿Comprendes, Mateo? ¿Comprendes? Es que yo siempre he estado muy jodido, Mateo... siempre las he pasado muy putas, toda mi vida... yo soy horriblemente desgraciado, y sé que esto no tiene remedio, y por eso hago las cosas que hago, por eso... Yo siempre las he pasado putas, Mateo... Tú eres un tío muy afortunado, aunque no lo sabes, eres un tío muy afortunado y además tú tienes buena estrella... eres un tío que... eres un buen tío... eres así, aunque tú no... pero yo no tengo buena estrella, tengo una... he nacido bajo una... de una estrella negra, bajo el signo de una estrella negra...

—Pero ¿qué es? —preguntó Mateo—. ¿Qué es? ¿Qué es eso tan...? ¿Qué es esa estrella negra...?

—No lo sé —dijo Fabricio—. No lo sé... Es algo que siempre está conmigo... Es como algo que me persigue, que me empuja, como una boca que se abre en mí, dentro de mí, y quiere más y más y más y más... Algo tremendamente jodido, Mateo, tremendamente triste y negro, algo que me persigue siempre, desde niño, siempre, desde que tengo memoria, hasta cuando era un niño felis y candoroso, allá en... y me invitaban a cumpleaños, y montábamos en poni, e íbamos... todos, íbamos... mi hermana y yo, y mis amiguitos, y ya entonces esta cosa negra, esta sombra... ya me perseguía entonces...

—Pero ¿qué es? —preguntó Mateo—. No es nada, Fabricio, esa sombra no es

nada... No existe esa sombra... la has creado tú... la has inventado tú...

Fabricio le miraba sin escucharle, o sin creerle. Las palabras a veces se adelgazan tanto que ya no significan nada. Fabricio llamó al camarero y le pidió otros dos whiskies.

—Matilde es una tía de puta madre —dijo entonces Fabricio, y todavía tenía más cosas que decir, pero estaba buscando las palabras para decirlas.

—Lo sé —dijo Mateo, calculando mentalmente si sería capaz de salir del Billboard por su pie si se tomaba el tercer whisky.

—Es una tía de puta madre —dijo Fabricio—. Te lo digo yo, que de esto entiendo un poco... Deberías...

—¿Qué?

—Deberíais enrollaros —dijo Fabricio.

—Sí —dijo Mateo apartando los ojos—. Sí... bueno... ya...

—Os pasáis todo el día juntos —dijo Mateo—. Deberías decidirte... Lánzate, tío...

—Sí... Bueno —dijo Mateo, concentrándose en los reflejos dorados de su vaso de whisky.

—Es que no entiendo por qué no lo haces... Tío, tienes que echarle más morro a la vida...

—Bueno, pero si ella no quiere... —dijo Mateo, poseído por su propio dolor secreto—. Si ella no quiere, ¿qué voy a hacer yo?

—Meli y yo lo hemos hablado muchas veces —dijo Fabricio—. Estáis hechos el uno para el otro... Eso se ve a simple vista...

—¿Tú crees? —dijo Mateo.

—Estáis hecho el uno para el otro. Yo os veo a vosotros juntos, pero toda la vida juntos. Con hijos y todo, mayores... Si es que tú no lo jodes, claro...

—Yo no quiero joderlo —dijo Mateo.

—Yo sí lo jodería —dijo Fabricio—. Yo siempre me las arreglo para joderlo.

—Yo no quiero joderlo —dijo Mateo.

—Eso es lo único que me gustaría que pasara antes de que me marche a Viena —dijo Fabricio—. Con eso ya me iría tranquilo.

Mateo se echó a reír.

—¡Eres la hostia, Fabricio! —dijo—. Eres una persona extraordinaria. Una persona extraordinaria. ¡Todo lo vives con tanta intensidad...!

—Yo amo mucho la vida —dijo Fabricio—. Aunque ella a mí me trate como una mala puta...

Meli y Matilde venían caminando por entre los butacones azules del Billboard, balanceándose suavemente al ir rodeando los grandes muebles, muy esbeltas y bellas como diosas casi niñas en el esplendor de sus sueltas cabelleras rizadas.

—¿Qué tal, chicos? —dijo Matilde sentándose al lado de Mateo.

Fabricio tenía los ojos brillantes de lágrimas, y le hizo a Fabricio una seña imperceptible indicándole a Matilde, la forma abstracta de Matilde, y también el punto en que las rodillas de ambos, la de Mateo y la de Matilde, se encontraban, rozándose suavemente...

—¿Qué pasa aquí? —dijo Meli mirando a Fabricio y luego a Mateo y luego a Fabricio de nuevo con una sonrisa—. Aquí pasa algo...

—¿De qué estáis hablando? —dijo Matilde.

—De fantasmas —dijo Mateo.

—¿De fantasmas? —dijo Meli con incredulidad, todavía con la misma sonrisa divertida y algo desconcertada. Y luego añadió, con ese deje ligeramente arrabalero, *pasotilla*, que adoptaba a menudo—. Conociendo a Fabricio, estarían hablando de tías...

—De tías también —dijo Mateo—. De tías y de fantasmas...

—Están borrachos —dijo Matilde observando los dos vasos llenos de líquido color caoba.

Meli levantó la cabeza para reír, y al hacerlo las gruesas crenchas castaño rojizas que siempre le cubrían las mejillas se separaron ligeramente, revelando en todo su esplendor su blanquísima mandíbula borbónica.

Fabricio se marchó a Viena y todos fueron al aeropuerto a despedirle. Todos, Meli, Halma, Ifigenia, Jorge, Mateo y Matilde. Luego subieron al piso superior, y desde la cristalera de la cafetería contemplaron cómo despegaba el avión de Fabricio y se elevaba lentamente en dirección a las nubes. Todas las mujeres lloraron. Jorge y Mateo tenían los ojos húmedos.

La aventura romántica de Fabricio en Viena. Fabricio entre la nieve y los enebros. Fabricio en el bello Danubio azul, respirando la brisa fría del río entre las lámparas de las farolas que se encienden con un fulgor violeta. Fabricio en los salones de espejos, contemplando su reflejo en cornucopias enfrentadas, su bigotito oscuro, su pañuelo anudado al cuello. Fabricio caminando por calles señoriales sombreadas de tilos y cruzándose con la sombra de Beethoven, la de Mozart, la de Schubert, la de Bruckner, que avanza por la acera con su pasito corto característico intentando no pisar las rayas de las baldosas. Fabricio entre las palomas de Viena. Fabricio entre las fachadas de Viena. ¿Qué estaría haciendo Fabricio en Viena? En esa época cuando uno se marchaba a otro país no llamaba por teléfono o hacía tan sólo una llamada a su madre, muy breve, ya que las llamadas internacionales eran caras y estaban llenas de intimidantes silbidos y voces lejanas. Las cartas llegaban de vez en cuando, lentas como palomas mensajeras, cartas largas en las que se leía tristeza, ilusión, pobreza, frío, grandes planes, grandes sombras, entusiasmo, agonía, todo el sentimentalismo de los jóvenes, y Mateo respondía con cartas todavía más largas y aún más

sentimentales. Al parecer, habían puesto a Fabricio a hacer ejercicios de contrapunto y también tendría que estudiar armonía, todavía no estaba listo para estudiar composición. Tenía que estudiar también más alemán, porque aquel maldito idioma de palabras desordenadas y verbos al final de la frase era imposible de dominar, y tendría que estudiar piano seriamente, porque no es posible estudiar composición ni menos aún dirección si no se sabe tocar el piano, al menos, hasta un grado medio. Todavía no podía entrar en la Hochschule, pero pronto lo lograría. Ahora vivía con un vienés que se llamaba Rudy, que era amigo de una hermana de Norbert, en un piso bastante grande y cómodo que no tenía ducha ni bañera, de modo que para ducharse era necesario irse a unos baños públicos o bañarse en la cocina en una tina de agua caliente, como hacen los *cowboys* de las películas. Enseguida había empezado a hacer frío. La Ópera de Viena era maravillosa, y también el Ring, y la Kärtnerstrasse, y la catedral de San Esteban, y Schönbrun, que era el palacio donde había muerto Bruckner, en un cuartito situado en las dependencias de los criados. Los vieneses bebían vino blanco joven y ácido con agua gaseosa, una costumbre repugnante. Llovía a menudo, la explicación de los hermosos tilos y los gruesos sauces. El león del invierno ya rugía en Viena por entre los verdes tejados de bronce cuando Madrid se dirigía pausadamente a uno de sus educados, ensimismados otoños de cielos color turquesa. Mateo caminaba por las calles de Madrid y pensaba en su amigo Fabricio caminando por las calles de Viena pensando en la gloria.



## Generación

Un Sábado se organizó una comida en el hotelito de Lomax. Como todos eran crudívoros, homeópatas, vegetarianos o macrobióticos, el menú resultó de lo más extraño. Era un espléndido día de sol de fines del verano, y pusieron varias mesas en hilera bajo los retorcidos ailantos del jardín. Todos los invitados, músicos de jazz o amigos de Bibiana o de los otros inquilinos de la gran casa (entre los cuales, según había oído decir Mateo, había también un escritor al que nunca había visto, pero cuya presencia sentía gravitar por el piso alto de la casa), vivían como si el Tiempo no existiera, de modo que cuando terminaron de hacer la comida eran cerca de las cuatro de la tarde y el sol se había ido moviendo por el cielo desplazando con él todas las sombras y dejando la larguísima mesa casi enteramente al sol. Por supuesto, nadie hizo el menor intento de colocarla de nuevo a la sombra. Rehuir el sol, no estar moreno como un sarraceno o sentirse, en general, físicamente incómodo por alguna razón, era considerado en aquellos ambientes bohemios muestra indudable de ser un reaccionario, un reprimido y un burgués despreciable. El hedonista tiene en común con el anacoreta esa capacidad casi sobrehumana para renunciar a la comodidad. Había fuentes de tabulé, ensaladas diversas, calabacines y berenjenas asadas, arroz con verduras y con algas y un redondo de ternera al horno, añadido al menú seguramente en deferencia a los carnívoros, que había quedado durísimo y que nadie se molestó en tocar. Había jarritas con flores silvestres amarillas y moradas arrancadas del propio jardín y servilletas de papel, y vino tinto con gaseosa, y cerveza, y todo tipo de insectos, avispa, mosquitos e insoportables moscas de Septiembre por todas partes, atraídos por los olores de comida y por la acumulación de cuerpos sudorosos bajo el sol. De modo que comieron bajo el infatigable sol de Septiembre, atacados por los insectos, sudando como pollos, aturcidos por la cerveza y el vino con gaseosa y ensordecidos por la música estruendosa que sonaba en el equipo, colocado en una de las ventanas de la planta baja del edificio.

Dios mío, ¡qué mal lo pasaba Mateo en aquellas reuniones sociales!

¿De qué hablaban? No sólo de alimentación, no sólo de dietas y de algas, de arroz integral y de ayurveda. Hablaban también de hachís, sobre todo de hachís, dónde encontrarlo, cuál era el de mejor calidad, de viajes a África, de traficantes conocidos, de aventuras con lanchas cruzando el estrecho. Hablaban de clubs y de dueños de clubs, de anécdotas tocando en pueblos y en ciudades de la costa, de *tías*, de ligues, de camas redondas. Contaban chistes verdes horriblemente machistas. Contaban chistes horriblemente obscenos, ante la protesta vaga e informe de las mujeres, que nunca acababan de decidir si su obligación era atajar aquellos chistes denigrantes para las mujeres o si hacer tal cosa podría ser considerado un acto represivo y reaccionario. Hablaban de política de una forma abstracta y casi mitológica, hablaban

del «sistema», de «comecocos», de «lavados de cerebro», hablaban de formas de vida alternativas y de comunidades agrícolas. Eran músicos, eran artesanos, eran terapeutas, se dedicaban a la medicina alternativa o eran masajistas o quiroprácticos o bien tenían pequeños proyectos comerciales, se iban a la India a comprar telas y artesanía y luego las vendían a las tiendas de regalos de Madrid o bien ponían un puesto en el Rastro, muchos de ellos y de ellas habían estudiado Magisterio y eran maestros de los que se iban voluntariamente a los barrios *deprimidos*, a Vallecas, a San Blas, a Entrevías, a Horcasitas, convencidos de que tenían la misión de ayudar a aquellos niños que tenían menos oportunidades en la vida. Aborrecían a los pijos, el dinero, la elegancia, el orden establecido. Eran todos antiamericanos. Iban a las manifestaciones en contra de la base aérea de Torrejón y gritaban «*Yankees go home*». Hablaban de viajes a Almería, del cabo de Gata, de playas nudistas en el cabo de Gata, hablaban de costo, de costo, de costo.

—Tienes que hacer tres días de ayuno para drenar todo eso —le decía Bibiana a un muchacho que estaba sentado a su lado en la mesa—. Ya te iré diciendo las pautas.

—Tres días, de acuerdo —decía el muchacho, que se apartaba con la mano una mosca que le atacaba con insistencia.

—Y luego tendrás que cambiar la dieta —decía Bibiana—. Nada de grasas, ni de levadura, ni de azúcares refinados. Arroz integral, germen de trigo, levadura de cerveza, eso prácticamente todos los días...

Mateo estaba extrañado, porque aquel muchacho no parecía enfermo en absoluto. No tenía tos, ni estaba pálido, ni parecía tener fiebre, y estaba comiendo con excelente apetito. ¿Para qué tenía que tratarse entonces, hacer un ayuno, cambiar de dieta si no estaba enfermo? Y en caso de estar verdaderamente enfermo, ¿no habría sido lo más lógico ir al médico para que le recetara algún medicamento?

—¿Has ido a la Escuela? —le preguntaba Emilio a Pelayo mientras le pasaba una fuente de ensalada de endivia con nueces y manzanas sobre la cual bailoteaban en el aire dos avispas.

—Esta semana no he podido ir —decía Pelayo—. Tocábamos en Salamanca.

—Ya he conseguido el libro de Nicoll —dijo Emilio—. Está de puta madre.

—Ya me lo pasarás. Cuando vaya por la Escuela...

—Conseguimos un costo de puta madre.

—Entonces nos metimos en la cabina de sonido y había una tía con unas peras de puta madre y éste va y le dice: «Quítate la rebeca», y la tía va y se la quita, no tenía sostén, unas domingas acojonantes, y Helio que es un cabrón se pone a lamerle una teta y yo, joder, me pongo al lado y también a lamerle la otra teta, allí como dos bebés lamiéndole las peras a la tía, que se estaba poniendo más salida que la madre que la parió...

—Qué cerdos sois, joder —protestaba alguna de las mujeres—. Vosotros sí que

sois una pandilla de salidos.

—Tiene una lancha, se compró una lancha el tío para cruzar el estrecho, y ha hecho varios viajes, pero las pasa putas porque tiene que evitar las patrulleras de la Guardia Civil, y una vez se perdió en la niebla y no veas el acojone, porque se creía que se había metido en el océano... El tío se ha comprado la lancha, pero de navegación no tiene ni puta idea, y allí enseguida ves las luces de la costa, pero con la niebla no veía nada, y lo que más le acojonaba no era salir a mar abierto, ni que le pillara la Guardia Civil, sino que le pillaran los moros...

—Me han pasado una receta para cocinar un pastel de chocolate de puta madre, un pastel de chocolate con cannabis, que es muy difícil, porque el cannabis cocinado no coloca...

—Es una médico acojonante, practica la lectura del iris y también ha aprendido con los tibetanos a diagnosticar con el pulso... Pero lo que te va a recomendar es que hagas una limpieza intestinal completa, es una cosa un poco jodida, pero te quedas de puta madre, es como si volvieras a nacer...

—Venga, haceros un porrito.

—Joder, a ver si compráis vosotros alguna vez.

—Pero ¿esto es costo o es Avecrem? ¡Esto es Avecrem, mamón!

—Va la tía y dice: «Doctor, que mi marido la tiene muy pequeña y no me corro...».

—Sí, es verdad, me encontré con Chick Corea en un club... En el descanso, Chick Corea estaba bebiendo agua mineral, ya sabéis que desde que se metió con la dianética no toca nada... y me acerco, le saludo, le digo que yo también soy músico, y va el tío y me dice: «Cuéntame algo de música, enséñame algo que tú sepas». Y yo le digo: «Tío, tú eres Chick Corea, ¿cómo te voy a enseñar yo a ti algo de música?». Y él me dice: «No, no, de todo el mundo se puede aprender algo... seguro que hay muchas cosas que tú sabes y que yo no sé...». Acojonante, el tío.

—Qué alucine.

—Te cagas.

—Sí, conozco a un tío que iba a participar en una película porno... Estuve en el rodaje, y al tío no se le ponía dura... Eran todos más burros... Y el director, «¡venga, joder, a ver si te empalmas!».

Y la tía con una cara de muermo que no veas...

—Pasar el porro, joder.

—A ver si compráis alguna vez.

—Sí, hemos estado en Carboneras... allí, poníamos las tiendas en la playa, en una zona de dunas... sí, el Tito tiene un amigo que ha puesto un bar... era un tío que trabajaba en un banco en Madrid, y al final le tocaron tanto los cojones que pasó de todo, los mandó a todos a tomar por culo y se fue al sur, se compró un bar y ahora vive allí la mitad del año... tres meses en pelotas se pasa el tío... allí por la noche,

sus porritos, sus tías...

—¿A que no sabéis qué hacen en África con las compresas usadas?

—Joder, Helio, ya vale, ¿no?

—Es que la Gali es *mu* fina, no le gustan los chistes guarros...

—Es que sois asquerosos, joder.

—El tío se enrolló con una alemana y estaba viviendo allí con ella, como el bar está en una playa nudista, los dos en pelotas todo el día... Y qué buena estaba, la tía, una alemana de esas grandes, rubia, con unas tetas que no veas... Y luego vino su hermana, que estaba más buena todavía, muy jovencita, no debía de tener ni dieciocho tacos, y claro, allí hay que despelotarse porque allí están todos en pelotas todo el día... Total que el Tito se enrolló con la hermana también y así estaban los tres durmiendo juntos...

—Qué cabrón.

—Qué hijoputa, podía dejar algo para los demás.

—Y con lo feo que es el cabrón. Y dice que la hermana pequeña le hacía unas mamadas que no veas.

—Me la estuve follando toda la noche y hoy me duele la polla de puta madre...

—Eso es que has pillado algo.

—No, coño, no seas animal, es por el hueso ese... el hueso ese... el del monte de Venus...

—Joder, qué cosas te pasan más raras.

—Te lo juro, estuvimos horas follando y es por rozar tanto contra esa parte, la parte de arriba, que les sobresale... Sabes que es como más gusto les da.

—Seguro que has pillado purgaciones.

—Que no, joder, no voy a saber yo cómo son las purgaciones. Eso no notas nada hasta pasados unos días... Coño, si esta tía está limpiísima, es una tía de puta madre.

—Es un tío que ha estado varias veces en la cárcel por posesión... Allí, sí, allí... Y allí si te meten en chirona tres veces por lo mismo, la tercera vez es cadena perpetua, te meten en el calabozo y tiran la llave, o sea que el tío tuvo que salir por pies, y ya no piensa volver a Estados Unidos en la puta vida... El tío es yonqui, pero lo tiene supercontrolado... Estaba escribiendo un libro sobre cómo ser yonqui y llevar una vida normal... Él dice que la religión le ayuda, desde que se hizo musulmán dice que ha cambiado su vida, y que ahora sólo toca para Dios...

—Vaya cuelgue, ¿no?

—Qué va, tío, si es un tío de puta madre... Toca unas escalas que sólo las conoce él, y las lleva en supersecreto. Las aprendió en África... Se fue a África y estuvo viajando y tocando, él con su tenor, aprendiendo músicas locales y aprendiendo unas escalas africanas de puta madre con las que ha construido un sistema para improvisar... Pero por eso no deja que le filmen tocando, para que no se las pillen...

—Eso lo hacen muchos de ellos, no dejan que les filmen las manos para que no les pillen los rollos que hacen...

—Sí, el Herbie Hancock cuando se le acerca una cámara deja de tocar... Dicen... Para que no le pillen las inversiones que hace...

En un momento de la comida, se encontró con los ojos de Lomax, que le miraba desde el otro extremo de la mesa con un vaso de vino en la mano y una plácida sonrisa en sus ojos claros, y tuvo la sensación de que Lomax podía ver a través de él y que conocía exactamente sus penalidades y sufrimientos. Mateo levantó su vaso lleno de cerveza en un amago de brindis, y Lomax hizo oscilar su vaso de vino, y de nuevo Mateo se sintió subyugado por su civilidad y por la intensa sensación de calma que transmitía su forma de estar en el mundo. A pesar de su acento de Vallecas y de la risa aguda con que celebraba los chistes más groseros y machistas que se contaban en la mesa, había en él algo principesco, una especie de melancolía, la tristeza del efendi que ha sido expulsado de un lugar encantado en el que fue feliz una vez y al que ya no puede volver. Muchos años más tarde, cuando Lomax ya había muerto después de pasar por un cáncer largo y doloroso, Mateo seguiría recordando aquel gesto pensativo de sus ojos, y seguiría preguntándose qué era lo que veía Juan cuando su mirada se perdía de ese modo. «Mateo, tío, libérate, pasa de todo», parecían decir los ojos de Lomax, «estás vivo, tío, tienes diecinueve años, goza de la vida, tío, no te hagas pajas mentales... Es todo mucho más sencillo de lo que parece. Vive con el co-ra-zón, tío, con el co-ra-zón...»

Alrededor de aquella mesa estaban, en suma, todos los problemas que aquejarían para siempre a la generación de Mateo: la oposición imaginaria a un «sistema» del cual ellos mismos formaban parte sin saberlo o sin querer aceptarlo, la constante sensación de ambigüedad al enfrentarse con cualquier forma de la autoridad, aunque fuera para rebelarse contra algo que les repugnara, como un chiste brutal y obscuro, aquel hundirse voluntario y suicida en una tierra de nadie, fuera de los símbolos y de las Grandes Narraciones, que les dejaría para siempre al margen del poder. Es cierto que participaban de las obsesiones políticas de la generación inmediatamente anterior y que todos eran de izquierdas y que todos eran antiamericanos y que todos admiraban a Fidel Castro y a Mao Tse Tung, pero su compromiso político real era prácticamente inexistente y, por otra parte, su interés por el Oriente y por el universo alternativo les dejaba automáticamente fuera de la *praxis*. Su enfrentamiento con la autoridad tenía algo de infantil, de inmaduro, porque uno se opone a la autoridad de los padres para establecer su propia autoridad, es decir, su propio criterio, pero ellos, al rechazar toda forma de autoridad en la familia, en el sexo, en la creación artística y en las relaciones personales y laborales, fueron tan lejos que acabaron por quedarse ellos mismos sin criterio, sin capacidad de elegir, de rechazar y de discriminar. Se convirtieron así en una generación de hijos sempiternos, siempre luchando contra

unos padres imaginarios, siempre reaccionando contra la dictadura y contra el dictador aun cuando aquel hombrecillo despreciable llevara ya cinco, diez, quince, veinte, treinta años enterrado bajo su losa inmensa del Valle de los Caídos. Y todo esto sucedía alrededor de aquella mesa agostada por el sol y atacada por los insectos. Ya que mientras ellos estaban allí, hablando de noches de sexo y de enfermedades venéreas, y de ayunos y de dietas macrobióticas y de arroz integral y algas *kombu*, de polen, de salvado, de levadura de cerveza y de germen de trigo, y mientras discutían cómo cocinar un pastel de chocolate con hachís, mientras charlaban bajo los ailantos de retorcidas ramas y rojizas hojas de sus viajes a Almería y de sus ferias de artesanos y de sus proyectos de cooperativas agrícolas, había toda una generación que estaba por aquellos días tomando el poder.

Eran los tíos. No sus padres, que tenían por entonces alrededor de cuarenta años, sino los tíos, que tenían alrededor de treinta. En la historia de España se había abierto una ventana mágica. El dictador había muerto, todo lo anterior era odioso y vergonzoso y había que cambiar las cosas y crear un país nuevo. Borrar y crear. Olvidar e inventar. Y la ventana era mágica porque se abría en un momento mágico, el momento en que nada de lo que existe sirve para nada y en que todas las posibilidades están abiertas. Pero los que se colaron por allí porque tenían la edad para hacerlo no podían ni imaginar entonces que aquélla era una ventana mágica que sólo se abriría una vez en su vida, y en la vida de las siguientes generaciones y en la historia de España en general. No cabe duda de que la guerra civil había abierto una ventana similar, pero en condiciones muy diferentes, con sangre, con violencia, con horror, con un país sumido en el hambre y en el fundamentalismo religioso, en el odio y en la venganza. La ventana mágica que se abría con la muerte de Franco era muy diferente: los que saltaron por ella prometían cosas muy diferentes, prometían la libertad, la democracia, la modernidad, la normalización de España, prometían llevar a España a Europa y vincularla de nuevo al mundo. Y es verdad que hicieron todo eso y que España se transformó y se convirtió en una democracia sólida y en un país europeo y más tarde en una potencia económica, pero para los que lograron saltar por la ventana mágica, que se abría como una ventana más pero en realidad conducía a un paisaje de sueños y de poder ilimitados, no eran conscientes quizá (o quizá sí, quién sabe) de que esa ventana se abría sólo para ellos y sólo una vez. De modo que saltaron al poder y se quedaron allí para siempre. Mateo y sus amigos no lo sabían entonces: ellos tenían apenas veinte años, y los que tenían treinta o treinta y cinco comenzaban a dirigir instituciones, a crear periódicos, a organizar la vida política y cultural, a establecer programas y sistemas y paradigmas. No sabían entonces que cuando ellos tuvieran treinta y cinco años no habría ninguna ventana mágica que se abriera para ellos, y que cuando tuvieran cuarenta y cinco años y se dieran cuenta de que toda posibilidad de que se abriera una ventana para ellos había desaparecido ya

por completo, los mismos que llevaban en el poder desde fines de los ochenta seguirían en el poder en el siglo XXI, los mismos directores de teatro, los mismos articulistas, los mismos críticos, los mismos ministros, los mismos santones de la cultura y de la opinión, y que los únicos miembros de su generación que tendrían acceso a ciertas parcelas de poder serían aquellos cuya visión del mundo estuviera modelada de acuerdo con las ideas de la generación de los tíos, con su adoración por el existencialismo, la novela negra, las mujeres fatales, la política, los problemas sociales, el «compromiso» del intelectual, y su convicción un tanto cerril de que los grandes temas que han de interesar a la literatura son la vida nocturna, el crimen, el alcohol y la prostitución. Ya que la generación de Mateo practicaba el sexo indiscriminadamente y no necesitaba para nada de la prostitución, y para ellos entonces las prostitutas no eran un rito de paso, como sucedía en las novelas de Vargas Llosa, sino algo más bien de viejos, y siempre se relacionaba a las prostitutas con los viejos, y también con el franquismo, con una forma de vida reprimida, machista y odiosa. Odiaban el poder y toda forma de organización o de sumisión a unas normas y sólo querían libertad, pero no libertad política como los tíos, no libertad de expresión, que ya tenían, querían la libertad de saltar y correr libres y despeinados por cualquier lugar y en cualquier dirección haciendo cualquier cosa que les viniera en gana, la libertad de levantarse tarde y de trasnochar y de no tener un trabajo fijo y de seguir en cada momento los instintos, los impulsos (tenían una fe casi religiosa en los impulsos, en las intuiciones, en esos *prontos* del alma que nos hacen decir de repente algo o hacer alguna cosa cuyas consecuencias son desastrosas o totalmente impredecibles, porque sentían una devoción absoluta por lo espontáneo, por lo no cultivado, por lo inmotivado, por la *frescura*, una palabra que usaban siempre para todo), querían la libertad de los viajes interminables, largos viajes al sur, a Almería, a Marruecos, a la India, a Tailandia, cuanto más lejos mejor, cuanto más exótico mejor, música oriental, ragas, y telas indias y comidas exóticas y *kohl* en los ojos; eran la generación de los restaurantes chinos que comenzaban a llenar España, la generación exótica, la generación del humo, la fantasía y el sueño, de Oriente, de la lejanía, la generación de la lejanía, y se quedaron en el limbo de la fantasía, del humo y del sueño, y cuando comenzaron a despertar del sueño, cuando los efectos del cannabis comenzaron a desvanecerse y ellos se levantaban en sus lechos revueltos y sin hacer desde hacía días (otra forma de oponerse a la autoridad: no hacer la cama jamás), ya que muchos de ellos se encontraron al final de sus treinta años con el problema de que ya no sabían dormir sin cannabis y muchos intentaron dejarlo, aterrados al darse cuenta de que tenían lapsos de memoria y había meses enteros de su vida de los que no tenían el menor recuerdo (del mismo modo que hubo muchos de ellos que apenas habían fumado cuando tenían veinte años o lo habían hecho sólo ocasionalmente y que al cumplir los cuarenta comenzaron a comprar y a fumar como

nunca lo habían hecho antes, quizá porque sentían que el tiempo se les iba y querían regresar a la juventud, quizá porque para ellos fumar hachís era una forma de rebeldía y de libertad, la única que podían permitirse ahora que estaban llenos de hijos, hipotecas y exmujeres), cuando se despertaron, pues, de aquel sueño de amapolas y elefantes chinos, se dieron cuenta de que tenían cuarenta años y que no sólo ellos habían *pasado* del poder, sino que también, y esto no dejaba de tener su lado cómico, ¡incluso hilarante!, que el poder, cualquier forma de poder, había *pasado* también de ellos. Y que ya había en esos momentos una generación de vibrantes jóvenes *mileuristas* de veinticinco años dispuestos a comerse el mundo, jóvenes que no tenían ningún problema con el poder, ni con el dinero, ni con el éxito, y que deseaban desenfrenadamente el poder, el dinero y el éxito, todo eso que ellos habían despreciado y que habían considerado indigno de ellos.

Y todo aquello ya estaba tramándose por encima de las onduladas ramas de los ailantos de aquel jardín de Pozuelo, desmochado y un poco silvestre, y de aquellas voces algo bruscas del mundo bohemio y hedonista y caótico de principios de los ochenta, la época de la movida madrileña, los años dorados de Madrid. Todo aquello y aquella sensación de horror que sentía Mateo, aquella intensa incomodidad a causa del sol excesivo y los insectos, cuando en realidad todo estaba bien y todo era hermoso, o al menos todos los demás parecían pensarlo y vivirlo así (todos menos él, que se sentía incómodo por el sol, por los insectos, por la música estruendosa, por tanto sexo, tanto costo, tantas tías de puta madre y tantos tíos de puta madre), y allí estaban todos en la Comunidad Ideal de los Felices que tanto le obsesionaba a él mismo en sus lecturas de utopías, en sus lecturas de Tomás Moro y Campanella y Bacon, en sus lecturas de socialismo utópico y falansterios y comunidades ideales, y aquella era, más que ninguna que él hubiera conocido antes, la comunidad ideal de los felices, el hotelito de Pozuelo lleno de artistas, lleno de mujeres, lleno de amigos, lleno de música y fiestas, y sexo y conversaciones interminables, el jardín, la piscina, las lámparas indias de tela, la vida sin horarios ni tiempo. Pero las conversaciones eran decepcionantes, el jardín estaba agostado, la piscina no tenía depuradora, y el ideal, al ser llevado a la práctica, sólo traía consigo una sensación de desilusión y de hastío. No, aquéllas no eran «las más bellas personas que había en el mundo», como decía el verso de *Orlando Furioso*, sino una colección de bohemios mal vestidos y peor afeitados, de mujeres que hubieran resultado muy hermosas de no haber estado siempre ojerosas y despeinadas, de personas sin cultivar, de intelectos toscos. Como sucedía en el poema de Ariosto, Ruggiero llegaba a la isla de Alcina, encantado con las bellas fiestas y las seductoras muchachas, sólo para descubrir algo más tarde que en realidad Alcina era una bruja, que todo era mentira, que la isla no era el paraíso, sino el infierno.

Al terminar la comida varios de los comensales propusieron darse un baño en la



mefítica piscina llena de hojas y de insectos. Para gran sorpresa de Mateo, que era un burgués lleno de convenciones, varios de los comensales de ambos sexos comenzaron a desnudarse. No tenían bañador, pero eso no tenía la menor importancia en los tántricos años ochenta. Danielle, la bailarina francesa que iba a participar en *Catoblepas* mostró un encantador cuerpo torneado como una madera pulida, completamente moreno y sin la menor marca de bikini, y un joven que tenía una cara parecida a un sapo y unos labios curiosamente replegados sobre sí mismos se desnudó para mostrar un sorprendente pene circuncidado. El chico ya no volvió a vestirse en toda la tarde, y el pene circuncidado se paseó por los ojos de todos hasta el hastío y hasta dejar una marca indeleble en la receptiva memoria de Mateo, que muchos años más tarde seguiría recordándolo con toda claridad. Los dos se metieron en la piscina con riesgo de su salud, especialmente de la muchachita, que quién sabe qué podía pillar sumergiéndose en aquellas aguas estancadas y llenas de larvas y de pájaros muertos. Había una mujer tendida en la hamaca que hacía bromas con todo aquello de la piscina, los que se desnudaban y los que no se atrevían a desnudarse. Llevaba allí tumbada desde el final de la comida, ofreciendo comentarios ligeramente irónicos a los temas de la conversación que le llegaban girando entre el sol y las ramas del ailanto bajo las cuales se protegía del calor samaritano. Uno sentía allí en la hamaca una presencia intrigante, más elaborada de lo habitual, con algo de exótico y cosmopolita. Por fin, se levantó y se desnudó ella también, quitándose parsimoniosamente botas, vaqueros, blusa ibicenca y ropa interior. Debía de tener unos treinta y dos años y era muy guapa, con grandes ojos rasgados y rizados cabellos rubios y un cuerpo mórbido y lleno de inflexiones que dejó a Jorge literalmente boquiabierto. Se llamaba Silvana.

—Vamos —dijo a los otros con una curiosa voz musical e insolente en la que parecían mezclarse los acentos de varios países, mientras se acercaba al borde de la piscina—. ¿Es que os da vergüenza?

Mateo por nada del mundo se habría desnudado en público, pero Jorge, soltando una de sus risas flojas, ya había comenzado a quitarse la ropa y se acercaba a Silvana, que observaba el muñequito que iba saltando delante de Jorge con una indiferencia casi perfecta. Jorge se metió en el agua y empezó a salpicar a Silvana, que dio un grito y se refugió detrás del tronco de un ailanto.

Era extraño ver tantos cuerpos desnudos vadeando las aguas oscuras de la piscina, sentados en el borde de cemento balanceando las piernas y compartiendo un canuto o charlando amigablemente a la sombra de un pruno mientras en el jardín cantaban los mirlos y un avión cruzaba silenciosamente el cielo dejando en el azul lo que parecía una larga marca de tiza. Viendo las pollas colgantes, las rosadas tetas recorridas de venas azules, las nalgas musculosas, el erizado vello púbico de hombres y mujeres, uno se veía forzado a recordar la naturaleza puramente animal de los seres humanos,

una revelación que tenía algo de violento y descorazonador y que, al menos para Mateo, hacía que aquel Paraíso resultara menos paradisíaco que nunca. Y es que la verdadera animalidad es humilde y casta, y ninguna especie animal exhibe sus atributos sexuales con tanta impudicia como lo hacen nuestros cuerpos, que sólo tienen vello en los lugares más íntimos y que parecen diseñados no para esconder y proteger los frágiles órganos de la reproducción, sino para exhibirlos como una flor o un trofeo.

## Ada o el ardor

Pasó un curso entero. Llegó la primavera, y el jardín de Matilde se llenó de celindas. Florecieron las rosas que había en el jardín delantero y las hortensias que Josefina cultivaba en varios macetones del jardín de atrás, las rejas de Madrid se cargaron de lilas y de glicinas, y los muros de la Calle de las Hadas se llenaron de flores de madreselva asediadas por miles de mariposas doradas.

Mateo y Matilde decidieron irse a Viena para visitar a Fabricio. El viaje duraba tres días viajando de día y de noche en lentísimos trenes expresos que, a pesar de su nombre, eran precisamente los que iban deteniéndose en todos los pueblos. Los billetes tenían en la parte de atrás una larga lista donde se recogían los nombres de las estaciones y los números y horarios de todas las conexiones que era necesario realizar para llegar hasta Viena, con cambios de tren en Barcelona, en Montpellier, en Niza, en Génova y en Venecia.

Una semana antes de salir, Matilde empezó a sentirse muy cansada. Después de una semana de agotamiento y debilitamiento progresivo fue al médico, que le diagnosticó una hepatitis tipo A, una enfermedad relativamente benigna pero que le impedía viajar. Matilde tenía que meterse en la cama y reposar. Tenía que leer, oír música, tomar tostadas con mermelada y no moverse mucho. El reposo podría durar varios meses. Mateo pensó en quedarse en Madrid, un poco agobiado ante la perspectiva de hacer un viaje de tres días completamente solo, pero luego pensó en caballos de piedra por los cielos de Viena y en Fabricio el Grande y en la sombra de Schubert caminando bajo la sombra de los tilos y supo que su destino era hacer ese viaje, que tenía que cruzar Europa para reunirse con su amigo. El día antes de salir, fue a visitar a Matilde para despedirse de ella y la encontró en su habitación del piso de arriba metida en la cama. Se había cepillado el pelo y se había puesto (según le explicó cuando él le preguntó por el aroma que llenaba la habitación) un poco de agua de rosas, que era su perfume de esos días, una esencia natural que no olía realmente a perfume, sino a flores recién cortadas. Su habitación estaba llena de la luz del jardín, esa luz transparente y demasiado amarillenta de algunas mañanas de Madrid, que parecen resentirse de un exceso de realidad. Estaba cansada, como desconectada de las cosas, ligeramente distraída, y no le prestó mucha atención.

—Me voy a Viena mañana —dijo Mateo.

—Ah, ¿sí? —dijo ella sin apenas mover los labios—. Pensaba que no ibas a ir. Pensaba que ibas a quedarte.

—Sí, he decidido ir a pesar de todo.

Ella miraba insistentemente la pared de enfrente, donde había una reproducción de un cuadro de Gauguin en el que se veía una escena tropical llena de árboles y flores, perros y muchachas.

—Más tarde, cuando estés bien, iremos los dos a Viena —dijo Mateo, desorientado por la poca expresividad de su amiga.

—Sí... —dijo ella poco convencida—. ¿Cuánto tiempo vas a estar?

—Dos semanas.

Ella evitaba mirarle. Estaba pálida, distraída. Mateo pensó que era como si el hecho de estar enferma la hubiera llevado hasta una órbita propia, alejada de la vida común. Era como si las cosas que le contaba, las incidencias del largo viaje que le esperaba, los cambios de tren, las fronteras, todo aquello de lo que llevaban semanas y semanas hablando, hubiera perdido para ella todo interés. Pero en realidad no estaba distraída, sino apenada. No le miraba para no llorar. Todo esto lo supo más tarde. Aquella mañana, en la luz color celinda de su cuarto, lo que pensó es que en realidad a ella le importaba un bledo si él iba o venía.

No, Matilde no estaba distraída, sino decepcionada. Seguramente ella había pensado que Mateo renunciaría a su viaje para quedarse con ella y cuidarla. Había pensado que él, su amigo del alma, estaría a su lado entreteniéndola, trayéndole libros y noticias del exterior, mientras ella reposaba y tomaba tostadas con mermelada sentada en su cama o recostada en una silla en el jardín, y que su larga y aburrida enfermedad sería de este modo mucho menos aburrida. Sin embargo Mateo huía, se montaba en un tren, se decidía a hacer solo el viaje que habían planeado hacer los dos juntos. Pero Mateo no se daba cuenta de nada de esto, o había decidido no darse cuenta.

—Bueno, me voy —dijo él finalmente—. Tengo que hacer la maleta.

—Te acompaño abajo —dijo ella.

—No, no, quédate en la cama.

—No pasa nada. No tengo que estar metida en la cama todo el rato. Puedo andar un poquito.

Retiró el edredón y sacó las piernas del embozo, buscando las zapatillas que estaban al pie de la cama para ponérselas. Tenía un pijama rojo de algodón muy fino, y las perneras se le subían por encima de las rodillas dejando las rodillas desnudas. Aquellas rodillas, por alguna razón inexplicable que iba mucho más allá del deseo o de la atracción física que sentía por Matilde, le parecieron a Mateo intensamente conmovedoras. Eran grandes, limpias, redondeadas, rodillas mullidas, pálidas, rosadas, sin atisbo de dureza ni señal alguna de los huesos poderosos que se escondían en su interior, luminosas casi como si estuvieran hechas de mayólica. La visión de aquellas rodillas rosadas y virginales, inocentes y sensuales al mismo tiempo, desenvueltamente exhibidas a la tibia luz de la mañana de fines de Marzo y en medio del dulce aroma de rosas que llenaba el cuarto de su amiga, le produjo una intensa sensación de amor y de ternura, pero también una punzada de callada desesperación. Sintió que jamás podría besar aquellas rodillas redondas y frías, y que

aquel atisbo de su cuerpo tierno y perfecto que ella le ofrecía con tanta confianza, como si él fuera un hermano menor o un viejo amigo de la familia, no era en realidad sino una humillación más. Porque aquellas eran inequívocamente unas rodillas de mujer, y eso era lo que su amiga no quería ser para él: deseaba seguir siendo una niña, una amiga, una hermana, pero no una mujer de bellas rodillas sensuales. Y allí, en aquel mismo instante, decidió renunciar para siempre a Matilde, no volver a verla jamás. Bajaría con ella la escalera, besaría sus mejillas con helada educación, le diría adiós, se marcharía a Viena, y a su regreso a Madrid se olvidaría de su teléfono, del lugar donde vivía y hasta de su nombre. Aquello se había terminado. Las celindas, los cafés, las conversaciones, el perfume de rosas, los iris marchitándose en su jarrón, el contacto de sus manos ardientes, el amor inútil, la ternura inútil, el deslumbramiento ante su carne tenue y temible, todo aquello se había acabado para siempre.

A su regreso de Viena, Mateo se sentía una persona diferente. Dejemos para mejor ocasión el relato de sus aventuras vienesas, las dos semanas gloriosas pasadas con su amigo Fabricio. Resumamos diciendo que en el viaje de ida, pero especialmente en el de vuelta, atravesando los Alpes y la península de Italia, Mateo había adquirido la sensación física y espacial de Europa y se había visto a sí mismo como parte integrante de un viviente paisaje. Mateo llevaba viajando por Europa con sus padres desde que era niño, pero nunca como ahora había comprendido realmente lo que significa Europa, Europa como construcción y como sueño. La sensación de estar en el corazón de Europa atravesando un valle en los Alpes o una calle en Salzburgo. Europa como el presentimiento de una red invisible que lo conecta todo *por encima*, los sonidos de las campanas de las iglesias a través del campo (que establecieron ya en el siglo xv la obsesión cronológica de Europa y convirtieron el Tiempo y su medición en la música de Europa), la sensación protectora del castillo encaramado en su loma y de la fortaleza abrazando su ciudadela, la torre de la catedral surgiendo por encima de los olmos y el reloj del Ayuntamiento asomando su ojo numerado por encima de los tejados, los vuelos de las palomas al amanecer, los vuelos de las golondrinas al atardecer, los vuelos de los murciélagos al anochecer, las hileras de castaños de los paseos que unen sus ramas en lo alto, la forma en que las ramas de los plátanos de los bulevares tropiezan en primavera con el techo de los autobuses, los cables de los tranvías y de los trolebuses que llenan con su feo reticulado el cielo de las ciudades. Toda Europa está cubierta de nubes, y además cubierta de mensajes, de voces, de ondas de radio, de cables eléctricos, de telegramas, de palomas, de torres que otean en la distancia, de relojes que miden el Tiempo, de aves migratorias, de idiomas que atraviesan las fronteras. Europa es el sueño de un continente consciente de sí mismo, controlado y determinado por una invisible tela de araña hecha de obispos muertos, caballeros muertos, villanos muertos, fosas comunes, vasos con reliquias sagradas, puertos fluviales, plazas públicas, altos

hornos, teatros de ópera, monumentos en medio del bosque, miradores en lo alto de la colina, castillos convertidos en hospitales, cárceles convertidas en ministerios, mansiones convertidas en museos. Europa es el sueño de un continente donde toda la naturaleza es parte de un decorado, un continente transformado en un gran parque. Entonces comprendió Mateo que el parque de Flermonde de la visión que había tenido en el parque de Berlín mientras esperaba a Matilde era, en realidad, Europa, y los que caminaban por él en busca de las míticas verjas que señalarían los confines del parque estaban en realidad intentando averiguar cuáles eran los límites de la construcción que llamamos Europa, porque todo lo que construimos acaba encerrándonos y toda fortaleza acaba siendo una cárcel.

A su regreso a Madrid, Mateo se sentía una persona más adulta y más importante y se dio cuenta de que tenía la fuerza necesaria para no llamar a Matilde. La imaginó metida en cama, aburrida, leyendo novelas de Virginia Woolf, pintando flores con su caja de acuarelas y esperando su llamada. La imaginó sentada en una silla entre las celindas de su jardín, «tomando el aire», desayunando una taza de té (¿estaba el té prohibido durante la hepatitis?), mordisqueando tostadas con mantequilla y mermelada de cereza y esperando que en cualquier momento sonara el teléfono. Pero el teléfono no sonaría, y no sonó. Pasó una semana y Mateo comprobó asombrado que había logrado no llamarla. Y luego pasó otra semana más. Ahora Matilde ya debía de saber con toda claridad que no la llamaba no porque estuviera cansado por el viaje o porque tuviera cosas que hacer (¿qué cosas tiene uno que hacer en Junio, al fin y al cabo?) sino, simplemente, porque no quería hacerlo. La imaginaba pensando en él, preguntándose qué habría hecho durante aquellas dos semanas en Viena.

Unos meses atrás, Mateo había leído *Rojo y negro* de Stendhal, un libro que le había fascinado completamente y en el que había creído aprender cosas sorprendentes sobre el amor y sobre el corazón femenino. Julien Sorel está profundamente enamorado de una joven errática y caprichosa, Mathilde de la Mole, pero no sabe qué hacer para ganarse sus afectos. Ella a veces parece apasionadamente dispuesta hacia él y al minuto siguiente, especialmente si él le manifiesta alguna muestra de ternura o de afecto, le rechaza e incluso le trata con desprecio. Durante un viaje a Estrasburgo, Julien le confía sus problemas sentimentales a un antiguo conocido, un príncipe ruso llamado Korasoff que es, por lo que parece, todo un experto en el arte del amor. «Recuerda la gran máxima de tu época», le dice el príncipe: «“Sé siempre lo contrario de lo que se espera de ti”».» Y ése es su primer consejo: fingir siempre, tener buen cuidado de no ser nunca espontáneo ni natural. A continuación, le indica que hay ciertos pasos que debe seguir, en primer lugar empezar a cortejar a alguna dama de sociedad a fin de convencer a Mathilde de que ha perdido todo interés por ella. «Te dispones a representar una comedia», dice el príncipe, «pero si se descubre que estás actuando, estás perdido.» Sorel reflexiona que el aristócrata ruso debe de saber

lo que dice. «El arte de la seducción es su fuerte», se dice, «lleva quince años sin pensar en otra cosa, y ahora tiene treinta. No carece de inteligencia; por el contrario, es listo y procede con cautela. El entusiasmo y la poesía son una imposibilidad en un carácter como el suyo. Es un profesional, y por esa razón no es posible que se equivoque. Sí, voy a hacer lo que dice... Voy a seguir el consejo de mi amigo en vez de confiar en mí mismo.» La técnica de Korasoff es simple: comportarse con la mujer predilecta como un bastardo sin sentimientos, tratarla con total displicencia y procurar que jamás, bajo ninguna circunstancia, note que es querida. Esto mismo es lo que se dice Julien en uno de sus encuentros con Mathilde: «He de procurar por todos los medios que no note que la adoro; si no, todo estará perdido».

¡Qué extraño era todo aquello! Pero ¿aquello funcionaba de verdad? Su propósito no era realmente seducir a Matilde ni lograr que ella se entregara a él, ya que sabía que tal cosa no iba a suceder, pero a pesar de todo decidió aplicar las lecciones del príncipe Korasoff adaptándolas a su caso y comportarse con su amiga como un perfecto desalmado. Fingiría haberse olvidado completamente de ella, haber perdido todo interés en su persona y en su compañía y se aseguraría, además, de que ella se enterara de que había perdido el interés y ni siquiera se preocupaba de ocultarlo.

Sus padres le preguntaron por Matilde, y él les dijo que no sabía nada, que hacía tiempo que no la veía. Pero ¿no había ido a visitarla ni una vez desde su regreso de Viena?, le preguntaron, algo escandalizados por la falta de corazón de su hijo, que se olvidaba de su amiga cuando estaba enferma. Un día de aquéllos Josefina, la madre de Matilde, pasó por la casa de Mateo para ver a sus padres, y ya cuando salía, esperando el ascensor en el descansillo, le dijo a Mateo que Matilde seguía en cama, que estaba aburridísima y que por qué no se acercaba algún día a hacerle una visita. Mateo le dijo, poniendo su mejor sonrisa, que *no iba porque no le apetecía*, y vio en los ojos de Josefina casi una expresión de sobresalto, como si jamás hubiera esperado una respuesta así de labios de Mateo. Sabía que Josefina, que era incapaz de callarse nada, iría derecha a repetirle sus palabras a Matilde. Más tarde se enteraría de que al oír aquella declaración extraordinaria, que Mateo, su confidente, su príncipe de la infancia, su amigo del alma, no iba a verla cuando llevaba un mes enferma «porque no le apetecía», Matilde había llorado. Aquello le asustó. ¿No habría ido, quizá, demasiado lejos? Sin embargo, su remordimiento por el castigo que estaba infligiendo a su amiga no era nada comparado con la voluptuosidad que sentía al ser implacable. Era un placer amargo el que sentía, nacido del resentimiento y alimentado todavía con más resentimiento. El dulce amigo especial, el eunuco del serrallo, había demostrado finalmente que también era un gallo con espolones afilados, que también él era capaz de herir.

Mateo estaba ocupado con sus ensayos. Ahora ya no ensayaban en el hotelito de Lomax, que no resultaba cómodo por la dificultad de desplazarse allí desde Madrid,

sino en uno de los locales de ensayos de Tablada, donde había también un pub abierto al público y en cuyo escenario se había estrenado *Catoblepas* unos meses atrás. Al mismo tiempo, Jorge no había renunciado a crear un grupo para tocar su propia música, y habían formado un cuarteto con un saxo tenor que se llamaba Lorenzo Solano y tocaba en Suburbano, uno de los grupos míticos de esa época, y un batería que se llamaba Jose Vázquez pero al que todos llamaban Jose Roper (más tarde, Roper) porque estudiaba percusión con un profesor del Conservatorio que tenía ese apellido.

Más cosas estaban sucediendo en su vida. Leyó *Ada o el ardor* de Vladimir Nabokov, que le pareció el libro más bello que había leído jamás. Al mismo tiempo, y después de meses o quizá años teniendo crecientes dificultades para leer los subtítulos de las películas, Mateo fue al oculista y le notificaron que tenía miopía y debía usar gafas. Se miraba en el espejo con sus nuevas gafas de pasta y se decía que con aquel instrumento colgado de la nariz tenía todavía más aspecto de desdichado. Se pasó un par de días mareado e incapaz de calcular la altura de los bordillos de las aceras, contemplando fascinado cómo las líneas y las perspectivas se deformaban cuando volvía la cabeza de un lado a otro, y comprobando, después de ponerse y quitarse las gafas muchas veces, que las lentes hacían parecer los objetos un poco más pequeños de lo que eran en realidad, pero enseguida sus ojos se adaptaron a la nueva forma de ver las cosas, las deformaciones ópticas desaparecieron y un mundo desconocido se le reveló en todo su esplendor, ya que Mateo tenía más de dos dioptrías en cada ojo y llevaba años viendo imágenes borrosas sin darse cuenta. Era sobre todo la extremada delicadeza del mundo, el maravilloso detalle y perfil que tenían todas las cosas, la nitidez extraordinaria de los miles y millones de hojas de los árboles de un paseo, la precisión asombrosa de las flores. Algo había cambiado en sus ojos, y su forma de escribir cambió también. Abandonó el estilo pensativo y envolvente de Cortázar y se abismó en la prosa visual de Nabokov. Algo había cambiado en sus ojos, pero no a causa de las gafas, sino a causa del irónico y juguetón autor de *Ada*, *Pálido fuego*, *Pnin*, novelas que devoraba con una creciente sensación de esplendor y de vértigo. Allí estaba el dominio verbal de Joyce y la pasión por contar de Dickens, la síntesis entre la belleza deslumbrante del lenguaje y el encanto de las viejas novelas que se leen con el deseo de saber qué pasa después. Ésta era una literatura como sólo parece posible en los sueños, en los que podemos volar, hablar en idiomas desconocidos y respirar bajo el agua. A partir de entonces, y hasta el fin de sus días (acaecido en la década de los cincuenta del siglo XXI), Nabokov fue su autor favorito.

—La prosa de Nabokov —le decía a Pedro—, nos recuerda cómo es el mundo en realidad. Nos recuerda que vivimos en el Paraíso, un Paraíso que nosotros enturbiamos con nuestros infiernos personales y con nuestra incomprensible maldad.



Poco a poco las transaminasas de Matilde iban descendiendo, y llegó un día en que el médico le dijo que podía salir de casa y dar breves paseos por las calles cercanas siempre que procurara no cansarse mucho. Matilde llamó a Mateo y le propuso que dieran uno de aquellos paseos suyos de antes por el parque de Berlín. En su tono no había ni tristeza, ni nervios ni reproche, y Mateo se preguntó si aquello que le habían contado de las lágrimas de Matilde no habría sido más que una mentira bienintencionada, pero no es probable que lo fuera, porque la naturalidad de Matilde era evidentemente falsa, y si de verdad no hubiera sentido su ausencia, ¿acaso no habría hecho algún comentario sobre aquellos dos meses que llevaban sin verse? Una voz amarga le sugirió al oído que podría rechazar su invitación, decirle que lo sentía pero que no tenía tiempo, o bien, de nuevo, *que no le apetecía*, y que de ese modo lograría satisfacer dos grandes placeres al mismo tiempo, el placer de humillarla y el placer de sentirse verdaderamente malvado y de destruir toda esperanza de felicidad para aquel maldito y dulce Mateo al que tanto odiaba. Pero el príncipe Mayerling venció al señor Urbanek, el toro podrido que olía a castañas asadas. Quedaron, como antaño, en la esquina de la iglesia mexicana.

El reencuentro con Matilde bajo los arcos de las ramas del parque de Berlín. Ella estaba diferente, pálida y muy hermosa, quizá más hermosa que nunca, con su bonito pelo castaño cepillado hasta hacerlo brillar. Estaba pálida, con los ojos un poco hinchados y aparentemente más grandes y profundos que antes. Las pecas habían desaparecido de sus mejillas. Iba como siempre sin sujetador, con una blusa color rosa bajo la cual se movían sus pequeños pechos, y unos ajustados pantalones blancos. Llevaba un collar de perlas sobre la V de su garganta y dos diminutos pendientes de perlas en los lóbulos de las orejas. Pasearon lentamente por el parque, inhalando en lentas inspiraciones el aire cálido del atardecer de Junio, perfumado de madreselva y abelmosco. Era la noche de San Juan, y había intimaciones de fiesta en el parque, más allá de las arboledas oscuras. Mateo le describió con los «vivos colores» de la vieja retórica la vida bohemia que llevaba Fabricio en Viena y le contó todas sus aventuras durante su viaje en tren, y era como si no hubiera pasado nada, como si fueran los mismos de siempre. Se hizo de noche y era el momento de que Matilde regresara a su casa. Estaban sentados en uno de los bancos de la parte alta del parque, medio hundidos en las sombras. En el cielo de verano brillaba la estrella de la tarde. ¿Se encenderían hogueras en algún lugar para celebrar el equinoccio de verano? ¿Saltaría alguien esas hogueras?

—¿Por qué no has venido a verme en todo este tiempo? —dijo entonces Matilde, sin atreverse a mirarle a los ojos y conteniendo las lágrimas.

Mateo no sabía qué decir.

—Le dijiste a mi madre que *no te apetecía* —insistió Matilde—. ¿Por qué?

Mateo no podía hablar. Pensó en ser ingenioso, en ser fastidioso, en ser hiriente,

pero ninguna de esas posibilidades parecía la adecuada. De pronto se había puesto a temblar.

—Porque no quería sufrir —dijo por fin.

—He estado casi tres meses enferma —dijo ella—. Y no has venido a verme ni una vez, ni me has llamado siquiera por teléfono. ¿Por qué?

Mateo la miró a los ojos y pensó que nunca había visto en el rostro de ella una expresión tan grande de desconsuelo, y pensó también que de ningún modo podía soportar ver aquella expresión en su rostro nunca más. Era el gesto de un animalito apaleado que no sabe por qué le golpean.

—Matilde —dijo.

—Qué.

—Matilde.

—¿Qué te he hecho yo? —dijo ella—. ¿Yo qué te he hecho?

—Matilde.

—¿Es que ya no quieres verme más?

—Te quiero —dijo Mateo.

—Yo también te quiero —dijo Matilde.

Mateo acercó sus labios a los de ella y los labios de los dos se unieron, y por primera vez desde que se conocían se besaron en la boca como se besan los amantes, y siguieron besándose así durante un largo rato. Los labios de Matilde le sorprendieron todavía más que sus rodillas, con las cuales los relacionó inmediatamente. Eran cálidos, suaves, elásticos, húmedos, pero por encima de todo transmitían una intensa sensación de realidad, como si sólo ahora que la besaba pudiera él verdaderamente sentir que ella existía y que su carne existía. Cálidos labios de verano de la mujer que amaba, de la niña que amaba. Era como si al entregarle el calor animal de sus labios ella le estuviera entregando también toda su vida y toda su memoria, todos sus actos y las razones de sus actos. Regresaron a casa de ella cogidos de la mano, deteniéndose de vez en cuando a lo largo de las rosas de los jardines de Ramón y Cajal para besarse de nuevo y dejar que sus lenguas se conocieran, se empujaran y se acariciaran lentamente, como dos animalitos que se hubieran enamorado por su cuenta y vivieran a su ritmo su propia pasión de moluscos. El tocó uno de sus pechos por encima de la blusa, quizá con más curiosidad que sensualidad, y notó cómo ella le había entregado ya silenciosamente su cuerpo y no había nada que le separara de ella ni nada que ella deseara proteger ni guardar de él. Pensó que el príncipe Korasoff tenía razón, y que habían sido su crueldad y su determinación las que habían logrado por fin que Matilde se enamorara de él. Y con esa pedantería tan ingenua y tan cautivadora de los jóvenes, se maravilló de lo complicada que es la existencia.

—Torre —le dijo cuando se separaba de ella, bajo el pruno de hojas carmesíes de

la entrada de su jardín.

—¿Qué? —dijo ella con una carcajada.

—Mañana te lo explico —dijo Mateo.

Se marchó a su casa caminando por López de Hoyos, feliz y poderoso como un joven gigante. Pensó en la muchacha que quedaba caminando por los pasillos y habitaciones de la casa donde todos dormían, también ella sonriendo en la oscuridad. La sensación de los labios de Matilde sobre sus labios. La sensación del calor de su cuerpo entre sus brazos.

Aquella noche, aquella noche al menos, las estrellas cantaban.

## Isadora

Mateo siempre sostuvo que uno se enamora por los ojos, y que uno se enamora de la belleza del otro. Matilde no estaba de acuerdo. Ella pensaba en cosas más sutiles: en la atracción misteriosa que surge entre dos personas, no entre dos cuerpos. Pero seguramente lo que él quería decir no era algo tan simple. Discutían en tardes interminables, besándose interminablemente en habitaciones vacías, desnudándose y acariciándose, jugando y riendo. Tardes ardientes de Agosto, los dos desnudos uno al lado del otro, los dos sudorosos en habitaciones llenas de sol a pesar de los visillos corridos y las persianas bajadas. La luz violenta, brava, cruda. El cuerpo de ella, hermoso como una larga flor. Sus brazos tiernos, su vientre suave, sus caderas rojas, sus senos blancos, el vello casi transparente de su pubis. Una tarde él se curvó para besarla en el sexo. Estaban tumbados en la cama del cuarto de Mateo, en la misma habitación en la que muchos años atrás habían jugado a las tinieblas y él había temblado, sin saber por qué, al sentir el calor de su rostro en la oscuridad. El cuerpo de ella ahora, sobre las flores rojas y anaranjadas de la colcha, le parecía también hecho de flores. Hecho de flores, de agua, de helechos, de musgo, de greda roja. Sintió el movimiento instintivo de su cuerpo, y luego la forma en que ella se relajaba, recibéndole. Se maravilló al contemplar la perfecta simetría de su cuerpo, sus amplias, redondeadas caderas de sirena, el vello rizado y vaporoso color castaño rojizo que crecía en su monte de Venus. La besó discretamente, castamente en aquel rincón de su cuerpo que de pronto le parecía inmenso como una gran plaza al sol en el centro de una ciudad. Apoyó la cabeza sobre el vientre de ella y se sintió envuelto en una paz infinita. Éste, se dijo, era el centro del mundo. Muchos años después, de aquel vientre surgirían niños. Pero entonces sólo era un lugar, una plaza soleada y desierta, un lugar en el que recostarse para sentir el latido del mundo.

Era verano, no tenían nada que hacer. La única obligación de Mateo eran los ensayos con el grupo de Lomax en el local de Tablada, que comenzaban a última hora de la tarde. Se veían todos los días, se pasaban todo el día juntos, y cuando se separaban sentían que se les rompía el corazón. Se pasaban horas caminando cogidos de la mano, charlando, entrando en cafés, cenando en pequeños restaurantes. Se sentaban en un parque, en un banco, o en la hierba, y se ponían a besarse. Los labios del otro resultaban interminablemente fascinantes. Los labios de ella siempre estaban calientes. Aquel amor no tenía fin. Hablaban sin parar. Hablaban de sus planes, de cómo sería su vida. Ella hablaba de teatro, él hablaba de libros, ella de las obras de teatro que le gustaría hacer, él de los libros que le gustaría escribir. Ella le decía que su sueño era unir el teatro y la danza. Estaba leyendo las *Memorias* de Isadora Duncan, las leía una y otra vez, descubriendo en sus páginas todos los misterios de la danza y del cuerpo. La danza que sale del estómago. La danza que sale de la columna

vertebral. La danza que sale del corazón. Hay *otro* que vive en el corazón: cuando ese otro surge y se manifiesta, entonces se produce la danza. La danza consiste en abandonarse al otro, en recibir al que vive en el corazón. Se comprende con el cuerpo. Se explica con el cuerpo. Se comunica con el cuerpo. Para ella todo comenzaba y terminaba con el cuerpo. Él leía *Ada o el ardor*, descubriendo todos los misterios de las palabras, aprendiendo lo que se puede hacer con las palabras: crear vida, crear imágenes, crear lugares, voces, gestos, paisajes, melancolía de cosas que nunca fueron, colores más hermosos que los visibles. La agonía de Van con Ada en el viejo sofá era su agonía: «Oh, Van, pobrecito, estas todo rojo, ¿te duele mucho?», y él: «Tócalo, rápido, ¿no ves que me muero?». Mariposas, belleza de las tardes tranquilas caminando por las avenidas vacías de Madrid en Agosto. Felicidad. Hablaban de los países que visitarían. Hablaban del futuro. Luego corrían a la casa de uno o a la del otro, la que estuviera más vacía o la que estuviera más cerca, se desnudaban, se metían en la cama desnudos y se acariciaban hasta hacerse daño. Salían de la cama, se duchaban juntos, se vestían y corrían al cine o al teatro. Quedaban con Jorge, o con Pedro, o con José María, o con Miguel. Iban a Malasaña, a la plaza del Dos de Mayo, a Huertas. Iban a Clamores a oír jazz. Iban a Manuela. Iban al pub Libertad, o a la Casa Pueblo. Cenaban en Don Zoko, o en Paulino. Se acostaban muy tarde. Les hacía daño separarse. Soñaban con vivir juntos, con dormir juntos todas las noches.

En Octubre decidieron irse a Viena a visitar a Fabricio, que cumplía los años por aquellos días. Seguramente todavía no haría mucho frío en Viena. Se fueron con José María en su coche, un pequeño Peugeot blanco con el que no se podía correr mucho, e hicieron el viaje en dos días agotadores, sólo con una parada para dormir en mitad de Francia, en un lugar que José María conocía. Era un albergue juvenil situado en un pueblecito medieval llamado Mirmande, un tanto alejado de la autopista. Llegaron allí muy tarde, pero el albergue estaba abierto y había camas para todos (estaba, de hecho, medio desierto), y aún tuvieron tiempo de cocinar algo de cena y salir a dar un paseo por las inclinadas calles de Mirmande, llenas de estudios de artistas y de casas medievales restauradas.

Luego se fueron a dormir. Sólo había literas, pero el albergue estaba tan vacío que Mateo y Matilde encontraron una sala desierta en la que pudieron cómodamente (o bastante incómodamente, a decir verdad) compartir una de las estrechas camas. No durmieron mucho, pero aquélla fue verdaderamente la primera noche que pasaron juntos. Se desnudaron los dos y se cubrieron con el saco de dormir abierto, y enseguida estaban sudando. Cuando se cansaron de besarse y de acariciarse se durmieron uno en brazos del otro, pero la cama era tan estrecha que Mateo no consiguió alcanzar el sueño profundo en ningún momento. Se dormía y se despertaba, sin acabar nunca de dormirse ni de despertarse del todo, y permanecía largos períodos

en ese estado intermedio entre la vigilia y el sueño en el que la percepción se adelgaza y se sitúa en un lugar equidistante entre los datos de los sentidos y las visiones oníricas. Un lugar donde los sentidos adquieren dimensiones desconocidas y en el que lo percibido (lo oído, lo tocado, las palabras, las caricias, la música) se transforma en otra realidad más intensa y más salvaje, no mediada por la mente ni por las categorías aprendidas. Así, en ese estado, él sostuvo entre sus brazos el cuerpo de la mujer que amaba, el peso fascinante de su brazo, la solidez ardiente de sus muslos, entre los cuales una de sus manos quedó atrapada durante horas. Y en un momento de la noche, medio dormido, medio despierto, tocó su rostro. Era un rostro ovalado, fino, y no lo reconoció. Le pareció muy extraño que aquél fuera el rostro de ella. Le parecía estar tocando un objeto, una estatua quizá, una máscara. Y de pronto sintió que aquel cuerpo ardiente que sostenía entre sus brazos y que aquel rostro fresco que rozaba con la palma de su mano no eran ella en absoluto. Lo supo con tanta claridad que la impresión le duraría durante años. Tocaba su rostro dormido y le sorprendía comprobar cómo aquellas facciones, que conocía de memoria y podía leer sin la menor dificultad con sus manos, igual que hacen los ciegos, no eran en absoluto el rostro de ella. Y mientras tocaba aquel rostro extraño, le pareció recordar quién era ella verdaderamente, un ser de luz que habitaba en una realidad intensa y misteriosa que él había conocido una vez, mucho tiempo atrás. De pronto recordaba quién era ella, una mujer pero más que una mujer, no una mujer con forma de mujer, no una persona con el nombre de Matilde, un ser (¿cómo explicarlo con las pobres palabras?) de luz, infinito, inmenso, femenino, que le conocía, al que él conocía, al que él llevaba amando desde hacía mucho tiempo, que le llevaba amando desde siempre. Y ambos habitaban en aquella realidad inconcebible hecha de luz y de realidad, al mismo tiempo que habitaban ésta. Ella estaba allí, en el lugar de la libertad, al mismo tiempo que estaba aquí siendo Matilde. Y era la otra el verdadero objeto de su amor, la otra que era la totalidad de la muchacha que tenía entre los brazos, la otra que era el árbol completo del cual él ahora sólo conocía una rama con una flor.

No hay una palabra en la lengua española que sirva para definir una cosa así. «Sensación» alude a algo que depende de los sentidos y que resulta subjetivo y engañoso. Una «sensación» no es algo que *sea*, sino algo que a uno *le parece* que es. La lengua española carece de un sustantivo que defina el descubrimiento de algo real. «Realización» significa otra cosa, porque «realizar» significa, simplemente, «hacer». «Darse cuenta» es más ajustado. ¿Podríamos decir, entonces, que Mateo «se dio cuenta» de que Matilde no era sólo aquella muchacha que sostenía entre sus brazos, sino un ser mucho más grande que existía en otra dimensión, fuera del tiempo y del espacio? Pero «darse cuenta» es hacerse consciente de algo obvio, y aquel descubrimiento no era obvio en absoluto. ¿«Descubrir», entonces? ¿«Constatar», «atestiguar»? Eso es lo que hicieron los apóstoles: dar testimonio de lo que vieron, de

lo que oyeron. En su caso, la fe y la «religión» no eran necesarias.

A la mañana siguiente se despertaron temprano, agotados y doloridos pero felices. Bajaron al pueblo a desayunar tazones de café con leche y largas barras de pan con mantequilla y mermelada de ciruela en un café lleno de sol, con rosas en las ventanas y un abejorro grande como un colibrí danzando entre las rosas. ¿O quizá se trataba realmente de un colibrí? Ese día cruzaron el resto de Francia, toda Suiza y entraron en Austria ya de noche, pero decidieron seguir hasta Viena. Había que cruzar los Alpes, y luego la mayor parte de Austria. A lo largo de la noche, la autopista, rectilínea y desierta, parecía ir siempre cuesta arriba. Aquel fenómeno les llamó la atención: ¿cómo era posible que una autopista fuera cuesta arriba durante cientos y cientos de kilómetros? Más tarde, Mateo reflexionaría que debía de tratarse de un fenómeno psicológico: la sensación de ir «cuesta arriba» cuando se va hacia el norte o cuando uno se aleja de su casa.

Llegaron a Viena por la mañana, completamente agotados. Buscaron la casa de Fabricio, no consiguieron encontrarla. Se metieron a un hotel a desayunar. Llevaban una noche entera sin dormir, José María había pasado un día y una noche enteros conduciendo. Entraron en un hotel y desayunaron en un restaurante muy lujoso, con tartas deliciosas y zumo de naranja natural. Volvieron a buscar la casa de Fabricio, la encontraron por fin. A pesar de que era muy tarde para ellos, eran apenas las ocho de la mañana. Fabricio estaba recién levantado y con todo el pelo revuelto. Meli andaba por la casa en calcetines, camiseta azul celeste y bragas blancas, una visión difícil de olvidar. Aquel día era el cumpleaños de Fabricio.

Aquellos días en Viena fueron, quizá, los más felices de su vida. Pero es mejor no hablar de esto. Es mejor guardar tanta felicidad dentro de su estuche, atado con el viejo bramante, dentro de la alacena más alta del armario. Los paseos por Viena con Matilde de la mano, con José María, con Meli, con Fabricio. Ahora Meli estaba viviendo en Viena con Fabricio, buscando trabajo en las Naciones Unidas a través del contacto de un amigo de Fabricio, que era traductor y con el que un tiempo más tarde ella tendría una aventura simplemente para vengarse de las muchas aventuras que había tenido Fabricio con otras mujeres. Los paseos por las escalinatas de Viena, el sol de otoño en Viena. Todavía no hacía frío, y Mateo tenía que enseñarle Viena a Matilde. Fueron a la ópera a ver *La Flauta Mágica* en entradas baratas en las que había que estar de pie. Lucia Popp cantaba la Reina de la Noche. Luego fueron al Merkur, un café de Strozzigasse que Mateo conocía de su anterior visita a Viena, a comer *palatschinken* de queso y jamón. Las noches de música en el apartamento vienés de Fabricio, las interminables conversaciones sobre música, sobre Bruckner, sobre Wagner, sobre Schönberg. Los amigos extraños y pintorescos de Fabricio. El viejo piano de pared de Fabricio, donde Mateo improvisaba en los ratos perdidos, y donde le improvisó a Fabricio un regalo de cumpleaños que recordaba vagamente la

secuencia de acordes de *Peace Piece* de Bill Evans. Las noches con velas encendidas en el salón de la casa, con Matilde haciendo imposibles posturas de yoga. Los tres, José María, Matilde y Mateo bajando unas escalinatas en el centro de Viena cogidos los tres de la mano, con Matilde en el centro de los dos cantando la canción «Se ha arruinado mi peinado» de Las Chinas mientras bajaban corriendo, casi volando, los viejos escalones de piedra.



# La lluvia de los inocentes

## El fin de la lluvia

Ha dejado de llover. El intenso sufrimiento del mundo parece haberse calmado, y ahora todo espera: el cielo espera, y las nubes esperan, y las ventanas del patio interior al que dan las ventanas del salón de la casa de mi madre esperan también. Es un patio muy grande, lo suficientemente grande como para que el salón reciba su buena porción de luz solar, y está formado por las partes traseras de cinco edificios que dan a la glorieta de López de Hoyos, a López de Hoyos, a Príncipe de Vergara y a Francisco Silvela. Las vistas no son hermosas, pero el piso es silencioso, o lo era al menos hasta que colocaron en medio del patio unos enormes compresores de aire acondicionado que corresponden al local comercial que hay debajo, una sucursal del supermercado Caprabo, al que se entra por Príncipe de Vergara. Los vecinos protestaron, pero al parecer no había nada ilegal, o quizá alguien recibió un sobre lleno de billetes a cambio de decir que no había nada ilegal. En España todavía perviven restos de esa forma de felicidad que otros, más moralistas, llaman corrupción.

Recojo los papeles, los voy metiendo en las carpetas. ¿Qué voy a hacer? Amontono las carpetas en una pila y las coloco en la mesa del despacho, detrás del ordenador de mi madre. En cuanto al bloc con el diario de mi padre y su cuaderno escolar de 1936, los guardo en mi mochila para leerlos más despacio. El mazo de cartas de mis padres lo dejo en medio de la mesa de centro que hay entre los dos sofás del comedor, donde mi madre pueda verlo. Pienso en dejarle una nota, pero no creo que sea necesario. En cuanto las vea, sabrá de qué se trata.

Me calzo, me preparo para marcharme. No he logrado encontrar aquella novela juvenil que buscaba, pero he encontrado muchas otras cosas. Mi mirada vaga por la estancia. ¿No me olvido de nada? Ya con los zapatos y con el abrigo puestos me acerco de nuevo a la biblioteca para echar una última ojeada. Tengo la superstición de que en estos anaqueles se esconden muchos libros fantasmas que aparecen y desaparecen, libros de mi pasado, libros que he olvidado, libros que llevo años buscando. Es algo que me ha pasado muchas veces en la vida, buscar algo exhaustivamente en un lugar, no encontrarlo, y luego volver a mirar una vez más y encontrármelo allí, precisamente allí, donde unos instantes antes no estaba. ¿Qué será esto? ¿Magia? ¿Un despiste gigantesco por mi parte? Los libros habituales me saludan. El ajedrez ruso de viaje, con pequeñas fichas que se incrustan en los cuadrados del tablero, apoyado contra los cantos de los libros. La enciclopedia de pediatría de mi madre, una fúnebre hilera de tomos color caoba. Las obras completas de Anna Ajmátova, en dos tomos rosados, que yo le compré a mi madre en Nueva York el año pasado. En uno de los anaqueles, justo encima del equipo de música, está mi tortuga *Pseudemis Scrypta*, que yo, como buen niño pedante e insoportable,

llamaba exactamente así, con su nombre latino, embalsamada en un tarro de cristal lleno de alcohol. ¿Cuántos años llevará ahí esa tortuga?, me pregunto maravillado. El alcohol ya está amarillento, pero el bello animalito, todo cubierto de un delicado dibujo verde claro y verde oscuro en el cuello y las patas, con dos manchas anaranjadas a ambos lados de la cabeza y delicadas zarpas negras y un meticuloso caparazón construido a base de polígonos verdes, sigue exactamente igual que el día que lo metimos allí. ¿Cómo es que nadie ha decidido nunca tirarla a la basura? Siempre que miramos ese rincón de la estantería Luis, mi madre o yo, vemos a la tortuguita dentro de su sarcófago transparente, inclinada hacia arriba (el frasco no es muy grande) en la postura característica del reptil que nada hacia la superficie para tomar oxígeno, y su permanencia en el anaquel de madera sirve para darnos testimonio (supongo) de nuestra propia permanencia. Sí, seguramente desarrollamos un afecto y una fidelidad irracional por ciertos objetos o «recuerdos» en la creencia de que si ellos duran, nosotros duraremos también.

Voy a la cocina y recojo mi paraguas. La ventana de la cocina da a un patio interior, súbitamente inundado de una luz anaranjada que no entiendo. Regreso al salón con gesto de extrañeza. El viejo parqué cruje y gime bajo mis zapatos. A través de la cristalera del salón, veo la luz del sol. Brillan las diminutas gotas de lluvia que han quedado pegadas a los cristales. El sol inunda las tres hojas de cristal, ilumina las plantas sin flores que crecen en las jardineras, resplandece en el rectángulo de la mesa de comedor.

Me acerco de nuevo a la cristalera. El cielo azul brilla en lo alto. Las nubes se han abierto. Las nubes han desaparecido. La brisa mueve las plantas que crecen en las jardineras y mueve también los arbolitos del jardín de los vecinos de enfrente, que se han apropiado de un trozo del enorme patio común y han plantado photinias y azaleas y árboles de Júpiter en grandes macetones. Sonrío al ver la luz, como si la lluvia hubiera durado muchos años, largos años de desdicha y de malos tiempos. Me parece un milagro inexplicable esta luz que ahora llena el mundo. Los geranios de mi madre tiemblan con la brisa. La luz atraviesa los cristales y yo extendiendo las manos para recibirla.

Siempre que llueve parece que el cielo plomizo durará siempre. Perdemos completamente la fe, y comenzamos a vivir en el mundo de la lluvia. Estamos convencidos de que el mundo será siempre así, siempre triste, siempre gris, siempre húmedo. Porque siempre creemos que el mundo es exactamente como lo vivimos en cada momento. Pero de pronto la lluvia termina, sale el sol, y todo cambia.



ANDRÉS IBÁÑEZ, (Madrid, 1961). Estudió piano en el Conservatorio Superior de Música de Madrid y Filología Hispánica en la Universidad Autónoma de Madrid. La música y la literatura siempre han estado en el centro de su actividad. Residió en Nueva York, donde escribió varias obras de teatro en inglés, dos de las cuales (*Nympho Lake* y *Ophelia*) se representaron en el circuito *off off Broadway*. Gran aficionado a la música, ejerce la crítica de conciertos de música clásica en el periódico *ABC*, en cuyo suplemento cultural también mantiene una columna semanal. Ha sido pianista de *jazz* durante muchos años. Trabaja como profesor de español en la Escuela Oficial de Idiomas de Madrid.

En 1995 publicó su primera novela, *La música del mundo*, que obtuvo el Premio Ojo Crítico de Radio Nacional y fue recibida con grandes alabanzas por los principales críticos españoles. Posteriormente ha publicado varias novelas más: *El mundo en la Era de Varick* (1999), *La sombra del pájaro lira* (2003), *El parque prohibido* (2005), su primera incursión en la literatura juvenil. *Memorias de un hombre de madera* (2009), IV Premio Tristana de novela fantástica) y *La lluvia de los inocentes* (2012). Además de la novela, Ibáñez ha cultivado también otros géneros. En 1994, su relato *No esperes* fue recogido en la antología *Páginas amarillas*. Su libro de relatos *El perfume del cardamomo* obtuvo el premio NH de relatos inéditos, y ha sido publicado por la Editorial Impedimenta, en 2008. Su libro de poesía *El bulevar del crimen* fue accésit del premio Rafael Morales. Es también un destacado

articulista, colaborador habitual de *Revista de Libros* y del suplemento cultural del diario madrileño *ABC*, donde publica una columna titulada *Comunicados de la tortuga celeste*.